

KARL OVE KNAUSGÅRD

*La isla
de la infancia*

Mi lucha: 3



se

La memoria no atiende al orden cronológico. Avanza, retrocede, se remansa; guarda reposo y, por sorpresa, sin que conozcamos el motivo, se aviva de nuevo, como si la impulsara una súbita iluminación. Es en las mil direcciones en las que se dispara por las que se interna con pasmosa exactitud Mi lucha, el monumental ejercicio de realismo autobiográfico de Karl Ove Knausgård, guiado por «una especie de oído absoluto de los recuerdos». Y, de todas ellas, La isla de la infancia (el esperado tercer volumen de su novela) arranca situándonos en la isla de Tromøya en el verano de 1969, donde un Karl Ove de ocho meses llega en un carrito empujado por su madre.

Desde allí, desde el centro de los inmensos bosques cargados de promesas y misterios (el escenario predilecto de las exploraciones del pequeño Karl Ove, descrito con meticuloso detallismo, objeto de una permanente fascinación), se despliega un zigzagueante y encendido recuento de experiencias y descubrimientos. La felicidad de la escuela y el esfuerzo por encontrar encaje en ella; las recompensas y fricciones de la amistad; la excitación de la vida al aire libre, con sus travesuras y juegos; el descubrimiento de la cara más luminosa y la más amarga del amor; los temores y alegrías; la ropa, la lectura, la música, el deporte; la familia, la familia por encima de todo, con sus dos figuras antagónicas, difuminada una, omnipresente la otra: la serena confortabilidad de la madre frente al terrorífico autoritarismo paterno, siempre vigilante, dispuesto a examinar y sancionar con violencia cualquier desliz.

He aquí los materiales con los que, cerrando el foco y diseñando una voz que se acerca con la mayor veracidad a la experiencia infantil y su cosmovisión, se compone la entrega más dinámica, directa, compacta y magnética de una empresa literaria imperecedera; un combate inclemente y exitoso, de una sinceridad y crudeza tan descarnadas como inusuales, contra lo más complejo del recuerdo, la existencia, la identidad.

«Fascinante. Knausgård es un héroe que ha alcanzado la grandeza renunciando a cualquier tipo de finta literaria; un emperador cuya desnudez vale más que los ropajes más elegantes y regios. Leo sus libros compulsivamente; no puedo parar. A veces aparecen escritores que exigen que hagas cola para su próxima entrega» (Jonathan Lethem).

«Knausgård mezcla la autoficción y la reflexión como nadie lo había hecho antes. Al leerlo, sientes que estás absorbiendo el retrato completo de una vida» (Jeffrey Eugenides).

«Desnudo frontal de cuerpo entero. Y encima lo hace con talento. Eso es ser un artista» (Hanif Kureishi).

«Luminoso y profundo» (Hari Kunzru).

«Una gran obra literaria, verdaderamente original y llamada a perdurar. Hay pocos proyectos artísticos de nuestro tiempo que merezcan más atención» (The New York

Times).

«Este segmento de una novela inusual, que desafía los géneros, dejará a los lectores con hambre del siguiente volumen» (Publishers Weekly).



Karl Ove Knausgård

La isla de la infancia

Mi lucha - 3

ePub r1.0

Titivillus 18.06.15

Título original: *Min kamp. Tredje bok*

Karl Ove Knausgård, 2009

Traducción: Kirsti Baggethun & Asunción Lorenzo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Cuarta parte

Un templado y nublado día del mes de agosto de 1969, un autobús iba por una estrecha carretera del extremo de una isla de la costa sur de Noruega, entre jardines y peñascos, prados y bosquecillos, subiendo y bajando pequeñas cuestas, doblando cerradas curvas, unas veces con árboles a ambos lados, como en un túnel, y otras pegado al mar. Perteneía a la Compañía de Vapores de Arendal, y, como todos sus autobuses, era de varias tonalidades de marrón. Cruzó un puente a lo largo de un brazo de mar, puso el intermitente a la derecha y se detuvo. Se abrió la puerta y una pequeña familia bajó de él. El padre, un hombre alto y delgado con camisa blanca y pantalón claro de tergal, llevaba dos maletas. La madre, con un abrigo beige y un pañuelo azul claro que cubría su largo pelo, empujaba un cochecito de bebé con una mano, y llevaba cogido a un niño de la otra. El humo gris y aceitoso del tubo de escape se quedó por un instante suspendido sobre el asfalto, después de que el autobús se hubiera ido.

—Hay que andar un trecho —dijo el padre.

—¿Crees que podrás, Yngve? —preguntó la madre, mirando al niño, que asentía con la cabeza.

—Claro que sí —contestó.

Tenía cuatro años y medio, el pelo rubio, casi blanco, y la piel bronceada después de un largo verano al sol. Su hermano, de apenas ocho meses, estaba tumbado en el cochecito, mirando fijamente al cielo, sin saber ni dónde estaban, ni adónde se dirigían.

Empezaron a subir lentamente la cuesta. El camino era de grava, y estaba lleno de baches de todos los tamaños tras un chaparrón. A ambos lados había campos labrados. Al final del llano, de unos quinientos metros de largo, empezaba un bosque bajo, como encogido por el viento del mar, que descendía hacia las playas de cantos rodados.

A la derecha había una casa recién construida. Por lo demás, no se veía ninguna edificación.

La suspensión del cochecito crujía. El bebé iba cerrando los ojos, mecido por ese delicioso balanceo, hasta que se quedó dormido. El padre, que tenía el pelo oscuro y corto, y una tupida barba negra, dejó una de las maletas en el suelo para secarse el sudor de la frente con una mano.

—Hace bochorno —dijo.

—Sí —asintió la mujer—, pero tal vez haga más fresco cuando nos acerquemos al mar.

—Esperemos —dijo él, cogiendo de nuevo la maleta.

Esta familia, en todos los sentidos normal y corriente, con padres jóvenes, como lo eran casi todos en aquella época, y dos hijos, como casi todas las familias de entonces, se había mudado de Oslo, donde había vivido durante cinco años en la calle Therese, muy

cerca del estadio de Bislet, a la isla de Trom, donde les estaban construyendo una casa en una urbanización. Mientras esperaban a que estuviera acabada, alquilarían otra, una casa vieja, en Hove. En Oslo, él había estudiado inglés y noruego en la universidad, mientras trabajaba de vigilante por las noches; ella había estudiado enfermería en la escuela de Ullevål. Aunque él aún no había terminado la carrera, había conseguido un puesto de profesor en el instituto Rolighed, y ella trabajaría en el sanatorio de Kokkeplassen para personas con afecciones de tipo nervioso. Se conocieron en Kristiansand cuando tenían diecisiete años, ella se quedó embarazada a los diecinueve y se casaron a los veinte, en la pequeña granja del oeste en la que ella se había criado. Nadie de la familia de él asistió a la boda, y aunque sonríe en todas las fotos, un aura de soledad se cierne sobre su rostro, se ve que no encaja plenamente entre todos los hermanos y hermanas, tíos y tías, primos y primas de ella.

En este momento tienen veinticuatro años y su verdadera vida por delante. Trabajos propios, casa propia, hijos propios. Son ellos dos, y también ese futuro en el que están entrando es el suyo propio.

¿O no lo es?

Nacieron en el mismo año, 1944, y pertenecían a la primera generación de la posguerra que en muchos aspectos representaba algo nuevo, en gran parte porque fue la primera de este país en vivir en una sociedad planificada a gran escala. La década de los cincuenta fue la del nacimiento de los sistemas públicos —el ente educativo, el ente sanitario, el ente social, el ente de carreteras—, las direcciones generales y las administraciones, con una monumental centralización, que en el transcurso de un tiempo asombrosamente corto tendría consecuencias en el estilo de vida. El padre de ella, nacido a principios del siglo xx, venía de la granja en la que ella nació y se crió, en Sørbøvåg, en la parte de los fiordos de la provincia de Sogn, y no tenía ninguna formación. Su abuelo paterno venía de una de las islas de la región, como seguramente sería el caso de su padre y del padre de éste. La madre venía de una granja en Jølster, a unos cien kilómetros de distancia; ella tampoco tenía estudios, y la presencia de sus antepasados en ese lugar se remontaba hasta el siglo xvi. La familia de él se encontraba en un nivel más alto que la de ella en la escala social, ya que tanto su padre como sus tíos varones tenían estudios superiores. Pero también ellos vivieron en el mismo lugar que sus padres, en Kristiansand. Su madre, que tampoco tenía ninguna formación, venía de Åsgårdstrand, su padre fue práctico, y en la familia había también policías. Cuando conoció a su marido, se mudó con él a su ciudad. Eso era lo habitual. Ese cambio que tuvo lugar en la década de los cincuenta y de los sesenta fue una revolución, sólo que desprovista de la violencia e irracionalidad de las revoluciones habituales. No sólo empezaron a estudiar en la universidad los hijos de pescadores y pequeños granjeros, obreros de la industria y dependientes de las tiendas, hijos que luego serían profesores y psicólogos, historiadores y trabajadores sociales; muchos de ellos también se fueron a vivir a lugares muy alejados de las comarcas de las que provenían sus

familias. El que todo esto lo hicieran con la mayor naturalidad dice algo de la fuerza del espíritu de la época. Ese espíritu viene de fuera, pero actúa por dentro. Para él todos son iguales, pero él no es igual para todos. Para esta joven madre de la década de los sesenta habría sido absurdo pensar en casarse con un chico de una de las granjas vecinas, y pasarse allí el resto de su vida. ¡Ella quería salir! ¡Quería vivir su propia vida! Lo mismo regía para su hermano y para sus hermanas, y así sucedía en familias por todo el país. Pero ¿por qué querían eso? ¿De dónde venía esa fuerte convicción? En la familia de ella no había ninguna tradición de algo parecido; el único que se marchó fue el hermano de su padre, Magnus, y se fue a Estados Unidos huyendo de la pobreza. La vida que llevó en América fue durante mucho tiempo sorprendentemente parecida a la que había llevado en Noruega. El caso del joven padre de la década de los sesenta era distinto; en su familia lo natural era procurarse una educación superior, pero tal vez no casarse con la hija de un pequeño granjero del oeste del país e irse a vivir a una urbanización a las afueras de una pequeña ciudad del sur.

Pero allí estaban ese día cálido y nublado de agosto de 1969, camino de su nuevo hogar, él arrastrando dos pesadas maletas llenas de ropa de la década de los sesenta, ella empujando un cochecito de la década de los sesenta, con un bebé vestido con ropa de los sesenta, es decir, blanca y llena de encajes, y entre ambos, moviéndose de un lado para otro, alegre y lleno de curiosidad, emocionado y expectante, su hijo mayor, Yngve. Cruzaron el llano, pasaron por la pequeña zona de bosque hasta la puerta abierta de la verja y entraron en la zona del antiguo campamento. A la derecha había un taller de coches, propiedad de un tal Vraaldsen; a la izquierda grandes barracones rojos en torno a un llano de gravilla, y detrás, un pinar.

A un kilómetro hacia el este estaba la iglesia; era de piedra y databa de 1150, pero tenía partes que eran incluso más antiguas, y era probablemente una de las iglesias más antiguas del país. Estaba situada sobre una pequeña colina y desde tiempos inmemoriales había funcionado como punto de referencia para los barcos que pasaban por allí, y estaba marcada en todos los mapas de navegación. En Mærdø, una pequeña isla de las muchas que bordeaban el litoral, había una vieja casa de capitán de barco, como testimonio de la época de esplendor de la zona —los siglos XVIII y XIX—, cuando floreció el comercio con el mundo exterior, sobre todo el de la madera. Durante las excursiones al museo provincial de Aust-Agder, a los escolares se les enseñaban objetos holandeses y chinos de aquella época e incluso anteriores. En Tromøya había plantas raras y exóticas que habían llegado allí en los barcos que vaciaban sus aguas de lastre, y en el colegio aprendieron que fue en Tromøya donde se cultivó por primera vez la patata en Noruega. En las sagas reales de Snorri la isla se menciona varias veces; bajo la tierra de prados y campos cultivados se encontraron puntas de flecha de la Edad de Piedra, y entre las piedras redondas de las largas playas de cantos rodados había fósiles.

Pero cuando esta familia nuclear llegada de fuera atravesó con todas sus pertenencias

y a paso lento ese espacio abierto, el entorno no recordaba ni al siglo X, ni al XIII, ni al XVII, ni al XVIII, sino a la Segunda Guerra Mundial. El lugar había sido utilizado por los alemanes durante la guerra; fueron ellos los que construyeron gran parte de los barracones y las casas. En el bosque había búnkers de piedra completamente intactos, y en lo alto de las pendientes sobre las playas se veían varios emplazamientos de cañones. Había incluso un pequeño aeródromo alemán en los alrededores.

La casa en la que vivirían los años siguientes era un edificio solitario en medio del bosque. Estaba pintada de rojo, con los marcos de las ventanas blancos. Se oía un constante murmullo procedente del mar, que no se veía, pero que estaba a sólo un par de cientos de metros más abajo. Olía a bosque y a agua salada.

El padre dejó las maletas en el suelo, sacó la llave y abrió la puerta. Dentro había una entrada, una cocina, una sala de estar con una estufa de leña y un cuarto de baño, que también servía de lavadero; en el piso de arriba había tres dormitorios. Las paredes no tenían aislamiento, la cocina estaba escasamente equipada. No había teléfono, ni lavaplatos, ni lavadora, ni televisión.

—Pues ya hemos llegado —dijo el padre, y llevó las maletas al dormitorio, mientras Yngve corría de ventana en ventana mirando fuera y la madre aparcaba el cochecito con el niño dormido en el umbral de la puerta.

Claro está que yo no recuerdo nada de aquella época. Resulta completamente imposible identificarse con ese bebé al que mis padres hacían fotos; resulta tan difícil que casi parece incorrecto emplear la palabra «yo» para hablar de aquello. Tumbado en el cambiador, por ejemplo, con la piel inusualmente roja, las piernas y los brazos abiertos y una cara retorcida en un grito cuya causa ya nadie recuerda, o sobre una piel de oveja en el suelo con un pijama blanco, todavía con la cara roja y unos grandes ojos oscuros ligeramente bizcos. ¿Esa criatura es la misma que la que está aquí sentada, en Malmö, escribiendo esto? ¿Y esa criatura sentada en Malmö escribiendo esto con cuarenta años, un día nublado de septiembre, en una habitación llena del murmullo del tráfico de fuera y el viento otoñal que aúlla por el anticuado sistema de ventilación, será la misma que ese viejo gris y enjuto que dentro de cuarenta años tal vez esté sentado temblando y babeando en una residencia de ancianos en algún lugar de los bosques suecos? Por no hablar del cuerpo que un día estará tendido sobre una mesa en el depósito de cadáveres. Se seguirá hablando de él como «Karl Ove». ¿No es, en realidad, increíble que un solo nombre contenga todo esto? ¿Que contenga el feto en el vientre, el bebé en el cambiador, el cuarentón detrás del ordenador, el anciano en el sillón, el cadáver sobre la mesa? ¿No sería más natural operar con distintos nombres, ya que la identidad y el concepto de uno mismo varían tantísimo? Algo así como que el feto se llamara Jens Ove, por ejemplo, el bebé Nils Ove, el niño de entre los cinco y los diez años Per Ove, el de entre diez y doce Geir Ove, el de entre diecisiete y veintitrés John Ove, el de entre veintitrés y treinta y dos

Tor Ove, el de entre treinta y dos y cuarenta y seis Karl Ove, etcétera, etcétera. Entonces el primer nombre representaría lo propio de la edad, el segundo nombre la continuidad y el apellido la pertenencia familiar.

No, no recuerdo nada de aquella época, ni siquiera sé cuál era la casa en la que vivimos, aunque mi padre me lo indicó en una ocasión. Todo lo que sé de aquella época lo sé por lo que me han contado mis padres y por las fotos que he visto. Aquel invierno la nieve alcanzó varios metros de altura, como sucede algunas veces en la región de Sørlandet, y el camino hasta la casa parecía un estrecho desfiladero. En una foto Yngve está empujando un carro conmigo dentro, en otra aparece con sus cortos esquís puestos sonriendo al fotógrafo. En otra, dentro de casa, me está señalando, riéndose, y en otra estoy yo solo agarrado a la cuna. Yo le llamaba «Aua»; fue mi primera palabra. Según me han contado, él era el único que entendía lo que yo decía y se lo traducía a mis padres. También sé que Yngve iba por las casas llamando a la puerta y preguntando si había allí algún niño; esa historia la contaba siempre luego mi abuela paterna. «¿Vive aquí algún niño?», preguntaba ella con voz de niño, riéndose. Y sé que me caí por las escaleras y que tuve una especie de conmoción; dejé de respirar, la cara se me puso azul y tuve espasmos, mi madre se fue corriendo conmigo en brazos a la casa más próxima con teléfono. Ella creía que era epilepsia, pero no lo era. No fue nada. Y sé que mi padre disfrutaba en su trabajo de profesor, que era un buen pedagogo, y que uno de aquellos años fue con sus alumnos a la montaña. Existen fotos de esa excursión: se le ve joven y alegre en todas, rodeado de adolescentes vestidos de esa manera tierna tan característica de los primeros años de la década de los setenta. Jerséis de punto, pantalones anchos, botas de goma. Tenían el pelo abultado, pero no recogido en un moño como en los años sesenta, sino cayendo con suavidad sobre sus dulces rostros adolescentes. Mi madre dijo una vez que él nunca fue tan feliz como en aquella época. Y luego están las fotos de la abuela: Yngve y yo delante de un lago helado, Yngve y yo con holgadas chaquetas de punto, ambas hechas por ella, la mía color mostaza y marrón, y dos sacadas en la terraza de su casa de Kristiansand: en una, ella tiene su mejilla junto a la mía, es otoño, el cielo está azul, el sol bajo, estamos mirando la ciudad, yo tendría unos dos o tres años.

Uno podría imaginarse que estas fotos representan una especie de memoria, una especie de recuerdo, sólo que carentes de ese «yo» del que suelen salir los recuerdos, y la pregunta natural es ¿qué significan entonces? He visto innumerables fotos de la misma época de las familias de mis amigos y novias, y son de un parecido sorprendente. Los mismos colores, la misma ropa, las mismas habitaciones, los mismos quehaceres. Pero no doy ninguna importancia a esas fotografías, hasta cierto punto carecen de sentido, y esto me resulta aún más evidente cuando veo fotografías de la generación anterior: en ellas no hay más que un grupo de personas vestidas con ropa extraña, haciendo algo que me resulta de lo más enigmático. Lo que fotografiamos es la época, no los seres humanos dentro de ella: ellos no se dejan captar. Ni siquiera las personas de mi entorno más

cercano. ¿Quién era esa mujer que posaba delante de la cocina eléctrica del piso de la calle Therese, ataviada con un vestido azul claro, las rodillas juntas y las piernas separadas, esa postura tan típica de los sesenta? ¿La del pelo recogido en un moño, los ojos azules y esa leve sonrisa, tan leve que casi no es una sonrisa? ¿La que tenía una mano alrededor de la reluciente cafetera con tapa roja? Pues sí, era mi madre, mi madre en persona, pero ¿quién era ella? ¿En qué pensaba? ¿Qué opinaba de su vida, la que había vivido hasta entonces, y la que le esperaba? Eso sólo lo sabe ella, y la foto no dice nada al respecto. Una mujer desconocida en una habitación desconocida, eso es todo. ¿Y ese hombre que diez años después está sentado en una montaña bebiendo café de esa misma cafetera roja, pues se olvidó de meter unas tazas en la mochila antes de irse? ¿Quién era él? ¿El hombre de la barba cuidada y abundante pelo negro? ¿El de los labios finos y los ojos alegres? Ah, sí; era mi padre, mi padre en persona. Pero nadie sabe ya quién era él para sí mismo, ni en ese momento ni en ningún otro. Y lo mismo sucede con todas esas fotos, también con las mías. Están completamente vacías, el único significado que se puede extraer de ellas es el que les ha proporcionado el tiempo. Y sin embargo esas fotos forman parte de mí y de mi historia más íntima, de la misma manera que las fotos de los demás forman parte de la suya. Lleno de sentido, vacío de sentido, lleno de sentido, vacío de sentido, que tiene sentido, que no tiene sentido, ésa es la ola que atraviesa nuestra vida y que constituye su emoción fundamental. Todo lo que recuerdo de mis primeros seis años de vida, y todas las fotos y objetos de esa época me atraen, es una parte importante de mi identidad, y llena de sentido y continuidad esa periferia por lo demás vacía y carente de recuerdos del «yo». Gracias a todos esos fragmentos y piezas me he construido un Karl Ove y también un Yngve, una madre, un padre, una casa en Hove y otra en Tybakken, unos abuelos paternos y unos abuelos maternos, un vecindario, y un montón de niños.

Ese estado provisional chabolista es lo que yo llamo mi infancia.

La memoria no es una magnitud fiable en una vida. No lo es por la sencilla razón de que no antepone la verdad a todo. No es nunca la exigencia de veracidad lo que decide si la memoria reproduce un suceso correctamente o no. Lo decide el interés personal. La memoria es pragmática, es insidiosa y astuta, pero no de un modo hostil o malicioso; al contrario, hace todo lo posible para satisfacer a su amo. Algunas cosas las empuja hasta el vacío del olvido, otras las retuerce hasta lo irreconocible, otras las malinterpreta elegantemente, y algunas, las menos, las recuerda nítida y correctamente. Tú nunca puedes decidir qué es lo que se recuerda correctamente.

En mi caso, el recuerdo de los primeros años es casi inexistente. Apenas recuerdo nada. No tengo ni idea de quién me cuidaba, qué hacía, con quién jugaba; es como si el viento se lo hubiese llevado todo, los años entre 1968 y 1974 son un gran vacío en mi vida. Lo poco que recuerdo no vale gran cosa: estoy en un puente de madera dentro de un bosque ralo que casi podría ser alta montaña, por debajo de mí corre un gran arroyo, el agua es verde y blanca, yo doy saltos en el puente, el puente se balancea, y yo me río. A mi

lado está Geir Prestbakmo, el hijo de los vecinos; él también salta y ríe. Estoy sentado en el asiento trasero de un coche, nos detenemos en un cruce con semáforos, mi padre se vuelve y dice que estamos en Mjøndalen. Me dijeron luego que íbamos camino de un partido con el Start, pero no recuerdo nada ni del viaje hasta allí, ni del partido, ni del viaje de vuelta a casa. Subo la cuesta de delante de casa empujando un gran camión de plástico; es amarillo y verde y me produce una fantástica sensación de riqueza, bienestar y alegría.

Eso es todo. Ésos son mis primeros seis años.

Pero éstos son los recuerdos canonizados ya en el chico de siete u ocho años, la magia de la infancia: ¡lo primero que recuerdo! No obstante, existen otra clase de recuerdos. Los que no están fijados y no se dejan evocar a voluntad, pero que de vez en cuando se liberan y asoman a la conciencia por su cuenta, y durante un rato se mueven por ella como una especie de medusas transparentes, despertados por un determinado olor, un determinado sabor, un determinado sonido... Siempre van acompañados de una inmediata e intensa sensación de felicidad. Luego están los recuerdos relacionados con el cuerpo, cuando haces algo que hiciste en algún momento, levantar la mano para protegerte del sol, atrapar un balón en el aire, correr por un prado con la cuerda de una cometa en la mano y tus hijos pegados a tus talones. También están los recuerdos que vienen con los sentimientos: la rabia repentina, el llanto repentino, el miedo repentino, y te encuentras allí donde estabas como lanzado hacia atrás dentro de ti mismo, lanzado a través de las edades a una velocidad vertiginosa. Y luego están los recuerdos relacionados con el paisaje. Porque el paisaje de la infancia no es el mismo que el que sigue luego, está cargado de una manera muy diferente. En ese paisaje cada piedra, cada árbol tenía un significado; y dado que todo se veía por primera vez, y además se veía muchas veces, ha quedado anclado en lo más profundo de la conciencia, no sólo vaga y aproximadamente, tal y como el paisaje de delante de casa se les aparece a los adultos si cierran los ojos para evocarlo, sino de un modo casi monstruosamente preciso y detallado. En mi mente sólo tengo que abrir la puerta y salir para que las imágenes fluyan. La gravilla de la entrada de los coches en verano, de un color casi azulado. ¡Sólo eso, las entradas de coches de la infancia! ¡Y esos coches de los setenta aparcados en ellas! Escarabajos, Tiburones, Taunus, Granadas, Asconas, Kadetts, Cónsules, Ladas, Amazons... Pero sigamos, crucemos la gravilla, caminemos junto a la valla de madera, vayamos dando zancadas por encima de la cuneta poco profunda que había entre nuestra calle, la carretera circular de Nordåsen y la calle Elgstien, que atravesaban toda la zona y pasaban por otras dos urbanizaciones además de la nuestra. ¡La pendiente de tierra oscura y grasienta que bajaba desde el borde del camino y se adentraba en el bosque! Cómo unos finos y verdes tallos habían empezado a crecer casi espontáneamente en ella; frágiles y solitarios en todo eso nuevo, grande y negro, y luego la multiplicación casi brutal durante el año siguiente, hasta que la pendiente estuvo completamente cubierta por unos matorrales espesos y

frondosos. Arbolillos, hierba, dedaleras, diente de león, helechos y arbustos que borraban la separación hasta entonces tan clara entre la calle y el bosque. Subamos por esa cuesta a lo largo del asfalto con los estrechos adoquines de cemento, y, ah, ¡el agua que murmuraba y fluía junto a él cuando llovía! El sendero de la derecha, un estrecho atajo hasta el nuevo supermercado B-Max. La pequeña zona pantanosa, no más grande que dos plazas de aparcamiento, los abedules como colgando sedientos encima. La casa de los Olsen, en lo alto de la pequeña colina y la calle que se metía por detrás. Se llamaba Grevlingveien. En la primera casa de la izquierda vivían John y su hermana Trude, en un terreno que no era más que un montón de piedras. Yo siempre tenía miedo cuando me veía obligado a pasar por delante de esa casa. En parte porque temía que John estuviera allí escondido tirando piedras o bolas de nieve a los niños que pasaban, en parte porque tenían un pastor alemán... Aquel pastor alemán... Ah, sí, ahora me acuerdo. Qué salvaje era aquel animal. Estaba atado en el porche o en la entrada de los coches, y ladraba a todos los que pasaban por delante de la casa, moviéndose todo lo que le permitía la cuerda, aullando y lanzando quejidos. Estaba delgaducho y tenía los ojos saltones y amarillos. Una vez bajó la cuesta a toda prisa hacia mí, con Trude pisándole los talones y arrastrando una correa detrás. Yo había oído decir que no había que correr cuando un animal te perseguía, por ejemplo, un oso en el bosque, sino que había que quedarse quieto y hacer como si nada, de modo que así lo hice, me paré momentáneamente al verlo llegar. No sirvió de nada. No le importó que yo estuviera inmóvil, abrió las fauces y me clavó los dientes en el antebrazo, muy cerca de la muñeca. Trude tardó un segundo en llegar hasta él, agarró la correa y tiró de ella con tanta fuerza que el perro dio un paso atrás. Yo me eché a llorar y me fui corriendo. Ese animal...; todo en él me asustaba. Los ladridos, los ojos amarillos, la baba que se le escurría de las fauces, los dientes redondos y afilados cuya marca ya tenía en el brazo. En casa no dije nada de lo ocurrido por miedo a que me regañaran, porque en un caso así había muchas posibilidades de reproche. Yo no debería haber estado allí, o no debería haberme puesto a llorar, ¿a qué venía tenerle miedo a un perro? Desde ese día el miedo siempre se apoderaba de mí cuando veía a ese animal. Y eso era lo peor, porque no sólo había oído decir que había que quedarse quieto cuando un animal peligroso te atacaba, también había oído que un perro era capaz de oler el miedo. No sé quién lo dijo, pero era una de esas cosas que se decían y que todo el mundo sabía: los perros huelen el miedo. Y entonces pueden asustarse o ponerse agresivos y atacar. Si uno no tiene miedo, ellos son buenos.

Yo meditaba mucho sobre eso. ¿Cómo podían *oler* el miedo? ¿Y no era posible hacer como si uno no tuviera miedo y que los perros no notaran el sentimiento *real* que uno escondía?

Los Kanestrøm, que vivían dos casas más arriba de nosotros, también tenían perro. Era un golden retriever, se llamaba Alex y era manso como un corderito. Caminaba detrás del señor Kanestrøm adondequiera que éste fuera, pero también detrás de cada uno de los

cuatro hijos si lo dejaban. Ojos bondadosos y tiernos, movimientos amables. Pero yo le tenía miedo incluso a él. Porque cuando aparecías por la cuesta y querías llamar al timbre, se ponía a ladrar. No eran ladridos vacilantes, amables o curiosos, sino fuertes, profundos y retumbantes. Entonces yo me paraba.

—Hola, Alex —le decía a veces, cuando no había nadie cerca—. No tengo miedo, ¿sabes? No es eso.

Si en esos momentos había alguien cerca, me veía obligado a seguir andando, a hacer como si nada, a abrirme camino a través de los ladridos, y cuando estaba justo delante de mí, con la boca abierta, me inclinaba hacia él y le acariciaba un par de veces el costado, mientras mi corazón latía deprisa y todos los músculos me temblaban de espanto.

—¡Cállate, Alex! —decía entonces Dag Lothar mientras subía corriendo desde la puerta del sótano, o salía disparado por la puerta principal—. A Karl Ove le dan miedo tus ladridos, perro tonto.

—No es verdad —decía yo entonces. En esos casos, Dag Lothar solía mirarme con una especie de sonrisa congelada, que significaba que no me creía.

Y caminábamos.

¿Hacia dónde caminábamos?

Hacia el bosque.

Bajábamos a Ubekilen.

Bajábamos a los muelles flotantes.

Subíamos al puente.

Bajábamos a Gamle Tybakken.

Íbamos hasta la fábrica de pequeñas embarcaciones de plástico.

Subíamos al monte.

Íbamos hasta Tjenna.

Subíamos a B-Max.

Bajábamos a la gasolinera Fina.

Cuando no nos limitábamos a correr por la pequeña calle en la que vivíamos, nos quedábamos delante de alguna casa o nos sentábamos en las piedras del bordillo o trepábamos al gran cerezo, que no era propiedad de nadie.

Eso era todo. Eso era el mundo.

¡Pero qué mundo!

Una urbanización no tiene ninguna raíz en el pasado, y tampoco ramas que se extiendan hacia el cielo del futuro, como tuvieron en su tiempo las ciudades dormitorio. Éstas surgieron como una respuesta pragmática a una pregunta práctica: ¿dónde van a vivir todos los que vienen de fuera a establecerse aquí? Pues en ese bosque despejamos una zona y ponemos en venta los terrenos. La única casa que estaba allí de antes pertenecía a una familia llamada Beck; el padre venía de Dinamarca y había construido la casa con sus propias manos en medio del bosque. No tenían coche, ni lavadora, ni televisión. Tampoco tenían jardín, sólo un patio abierto de tierra apisonada entre los árboles. Montones de leña bajo lonas, y durante el invierno una barca boca abajo. Las dos hermanas, Inga-Lill y Lisa, iban al instituto e hicieron de canguro para Yngve y para mí los primeros años que vivimos allí. Su hermano se llamaba John, tenía dos años más que yo, vestía con ropa extraña, hecha en casa, y no tenía ningún interés por lo que a nosotros nos interesaba; le daba por hacer cosas de las que nunca nos hizo partícipes. Construyó su propia barca cuando tenía doce años. No como nosotros y esas balsas que intentábamos improvisar a base de sueños y afán de aventuras, sino una verdadera barca de remos. Era el tipo de chico al que suelen acoger, pero nadie lo acosó, en cierta manera la distancia era demasiado grande. No era uno de nosotros, ni le interesaba serlo. El padre, el danés en bici que quizá había soñado con vivir solo en medio del bosque ya desde sus tiempos en Dinamarca, debió de llevarse un gran disgusto cuando se presentaron y aprobaron los planes para la urbanización y llegaron las primeras máquinas de construcción al bosque justo al lado de su casa. Las familias que se mudaron allí procedían de todo el país, y todas tenían hijos. En la casa al otro lado de la calle vivía la familia Gustavsen; él era bombero, ella se dedicaba a sus labores, venían de Honingsvåg, en el norte, y los hijos se llamaban Rolf y Leif Tore. En la casa de enfrente vivían los Prestbakmo; él era profesor del instituto, ella enfermera, venían de Troms, los hijos se llamaban Gro y Geir. En la de más allá vivían los Kanestrøm; él trabajaba en Correos, ella se dedicaba a sus labores. Venían de Kristiansand, los hijos se llamaban Steinar, Ingrid Anne, Dag Lothar y Unni. Al otro lado, los Karlsen; él era marinero, ella dependienta, eran del sur, los hijos se llamaban Kent Arne y Anne Lene. Más arriba de ellos vivían los Christensen; él era marinero, la profesión de ella no la sabía, las hijas se llamaban Marianne y Eva. Al otro lado vivían los Jacobsen; él era tipógrafo, ella se dedicaba a sus labores, los dos venían de Bergen, los hijos se llamaban Geir, Trond y Wenche. Más arriba de ellos vivían los Lindland, sureños, los hijos se llamaban Geir Håkon y Morten. Allí empecé a perder la visión de conjunto, al menos de cómo se llamaban los padres y qué hacían. Los niños de esa parte se llamaban Bente, Tone Elisabeth, Tone, Liv Berit, Steinar, Kåre, Rune, Jan Atle, Oddlaug, Halvor. La mayor parte de ellos era de mi edad, los mayores tenían siete años más que yo, los más pequeños cuatro años menos. Cinco de ellos iban a mi clase.

Nos mudamos allí en el verano de 1970. Por aquel entonces la mayor parte de las casas de la urbanización estaban todavía construyéndose. La estridente sirena de alarma, que se

oye antes de una voladura, era un sonido normal en mi infancia, y esa sensación tan característica de destrucción que se experimenta cuando se esparcen las ondas de choque de la explosión, haciendo temblar el suelo de tu casa, también era muy habitual. Era natural que hubiera conexiones en la superficie: calles y cables eléctricos, bosques y mar, pero que también las hubiera bajo tierra resultaba más inquietante. Ese suelo sobre el que nos encontrábamos ¿no debería ser completamente firme e impenetrable? Al mismo tiempo, toda clase de hoyos y agujeros ejercían sobre mí y los demás chicos con los que me crié una atracción muy especial. A menudo nos reuníamos alrededor de uno de los muchos agujeros que se cavaban en el vecindario, ya fuera para el alcantarillado o la corriente eléctrica, o para construir un sótano, y nos quedábamos mirando fijamente la profundidad, que era amarilla donde había arena, negra, marrón o rojiza donde había tierra, gris donde había barro, y con un fondo que antes o después se cubría siempre de una capa de agua entre amarilla y gris, quebrada tal vez por una o dos piedras berroqueñas. Sobre el agujero se colocaba una excavadora amarilla o naranja reluciente, algo parecido a un pájaro, con la cuchara mecánica como un pico en el extremo del largo cuello, y junto a la máquina un camión aparcado, cuyos faros parecían ojos, la calandra una boca y la plataforma de carga tapada con una lona, una espalda. Cuando se trataba de proyectos más importantes, también podía haber por allí bulldozers o volquetes, por regla general amarillos, con unas ruedas enormes, cuyas bandas de rodadura eran tan profundas como una mano. Si teníamos suerte y encontrábamos cable de detonación dentro o cerca del agujero, siempre lo cogíamos, porque tenía un alto valor tanto de intercambio como utilitario. Además, siempre había cilindros de la altura de un hombre, construcciones de madera parecidas a bobinas de hilo de las que se desenrollaban los cables, y un montón de tubos de plástico apilados, lisos y marrones, de un diámetro parecido al de nuestros antebrazos. Y montones de tubos de cemento y pozos ya fundidos de cemento, ásperos y bonitos, un poco más altos que nosotros, perfectos para trepar; largas alfombrillas imposibles de mover de viejos neumáticos cortados, que se utilizaban durante las voladuras; montones de postes de teléfono de madera de color verde debido a los conservantes con los que se les había impregnado; cajas de dinamita; barracones en los que los obreros se cambiaban y comían. Cuando estaban ellos, nosotros nos manteníamos a una distancia respetuosa, mirando lo que hacían. Cuando no estaban, nos metíamos en el agujero, subíamos a las ruedas de los volquetes, nos balanceábamos en los montones de tubos, probábamos las puertas de los barracones y mirábamos por las ventanas, bajábamos a los pozos de cemento, intentábamos hacer rodar los cilindros, nos llenábamos los bolsillos de cables cortados, abrazaderas de plástico y cables de detonación. En nuestro mundo, no había nadie por encima de aquellos obreros, ningún trabajo nos parecía más importante que el suyo. Los detalles técnicos de ese trabajo no me interesaban, como tampoco me interesaban las marcas de la maquinaria empleada. Para mí, lo más fascinante —aparte del cambio que ocasionaban en el paisaje— eran las huellas de su vida privada que los acompañaban. Cuando sacaban un peine del mono

color naranja o del pantalón azul suelto, casi informe, y se peinaban, sujetando el casco debajo del brazo, en medio de toda esa maquinaria de construcción y sus ruidosas y martilleantes actividades, por ejemplo, o ese momento misterioso, casi incomprensible, cuando por la tarde salían del barracón con ropa completamente normal, se metían en sus coches y se marchaban en ellos como hombres normales y corrientes.

También había otros obreros a los que seguíamos incansablemente y con gran atención. Si venía alguien de Televerket, el servicio público de telecomunicaciones, la noticia corría como la pólvora entre los chicos. Allí estaba el coche. Allí estaba el trabajador, un técnico de telecomunicaciones, y allí estaban sus FANTÁSTICAS botas para trepar por los postes de madera! Con ellas en los pies y un cinturón de herramientas a la cintura, se ataba una cuerda que lo envolvía a él y al poste, y entonces, con unos movimientos lentos y estudiados, pero para NOSOTROS COMPLETAMENTE incomprensibles, empezaba a trepar. ¿Cómo era POSIBLE? Con la espalda recta, sin aparente esfuerzo, se DESLIZABA hasta arriba. Lo mirábamos con los ojos de par en par mientras trabajaba en las alturas; nos resultaba imposible alejarnos del lugar, porque pronto bajaría de nuevo, de manera tan ligera, sin esfuerzo y tan incomprensible... Imagínate tener unas botas como ésas, con ese gancho metálico curvado que se agarraba al poste, ¿qué no podrías hacer con algo así?

Y luego estaban los que trabajaban en los desagües. Los que aparcaban su coche junto a uno de los muchos pocillos de alcantarilla de la calle, ya se encontraran en el propio asfalto o en pequeñas plataformas construidas en la cuneta, y después de ponerse unas botas que les llegaban hasta la ¡CINTURA!, abrían con una palanca la enormemente pesada tapa de metal, la colocaban a un lado y se metían dentro. Primero desaparecían las pantorrillas en el agujero debajo del asfalto, luego los muslos, el vientre, el pecho y al final la cabeza... ¿Y qué había allí abajo sino un túnel? ¿Por el que corría el agua? ¿Por el que se podía andar? Ah, era sencillamente fantástico. ¡Tal vez habían llegado ya a la altura de la bici de Kent Arne, que estaba tirada sobre la acera a unos veinte metros de distancia, sólo que por *debajo* del suelo! ¿O eran esos pocillos sólo una especie de estaciones, es decir, pozos donde se podían inspeccionar las tuberías y extraer agua cuando algo se quemaba? Nadie lo sabía, siempre nos decían que nos apartáramos cuando ellos se metían dentro. Nadie se atrevía a preguntárselo. Y nadie era lo bastante fuerte para levantar esas pesadas tapas de metal que parecían monedas. De modo que seguía siendo un misterio, como tantas otras cosas en aquella época.

Incluso antes de empezar el colegio teníamos libertad para ir a donde quisiéramos, con dos excepciones: una era la carretera principal, que salía del puente e iba hacia la gasolinera Fina. La otra era el mar. ¡Nunca vayáis solos al mar!, nos advertían los mayores. Pero ¿por qué, en realidad? ¿Pensaban que nos íbamos a caer al agua? No, no era eso, dijo alguien una vez que estábamos sentados en el monte, justo detrás del pequeño prado donde jugábamos de vez en cuando al fútbol, mirando el agua hacia la que

bajaba la pendiente, a unos treinta metros por debajo de nosotros. Era el genio de las aguas. Se llevaba a los niños.

—¿Quién lo dice?

—Mis padres.

—¿Está *aquí*?

—Sí.

Miramos hacia la grisácea superficie del agua en Ubekilen. No parecía improbable que pudiera haber algo ahí debajo.

—¿Sólo aquí? —preguntó uno—. Entonces podemos ir a otro sitio. ¿A Tjenna?

—¿O a Pequeño Hawái?

—Allí hay otros genios del agua. Son peligrosos. Es verdad. Mis padres lo dicen. Cogen a niños y los ahogan.

—¿Puede llegar el genio hasta aquí arriba?

—No lo sé. No, no creo. No. Está demasiado lejos. Sólo es peligroso en el borde del agua.

Desde entonces tenía miedo del genio de las aguas, pero más miedo me daban los zorros; sólo pensar en ellos me hacía sentir pánico, y si veía moverse un arbusto u oía un crujido cerca, corría hacia un lugar seguro, es decir, a un sitio abierto en el bosque, o arriba a la urbanización, donde los zorros jamás se atrevían a ir. Tenía tanto miedo de los zorros que bastaba con que Yngve dijera «Soy un zorro, voy a por ti», desde la litera de arriba, para que me quedara petrificado de terror en la de abajo. «No, tú no eres un zorro», decía yo entonces. «Sí», decía él, inclinándose sobre el borde de la litera y haciendo como si fuera a pegarme. Aunque a veces me asustaba, luego lo eché de menos cuando cada uno tuvimos nuestra propia habitación y tuve que dormir solo. Estaba bien, pues también la nueva habitación estaba *dentro* de casa, pero no tan bien como tenerlo cerca, en la litera de arriba. Entonces podía preguntarle, por ejemplo, «Yngve, ¿tienes miedo ahora?», y él podía contestar, «No-o, ¿por qué iba a tener miedo? Aquí no hay nada de que tener miedo», y yo sabría que tenía razón y me tranquilizaría.

El miedo a los zorros me abandonó cuando tenía unos siete años. El vacío que dejó fue llenado, no obstante, por otros miedos. Una mañana pasé por delante del televisor, que estaba encendido sin que nadie lo mirase. Ponían una película ien la que un hombre sin cabeza, oh, no, no, subía por una escalera! ¡Ay, ay, ay! Me fui corriendo a mi habitación, pero no sirvió de nada, pues estaba solo e indefenso, tenía que ir a buscar a mi madre, si estaba en casa, o a Yngve. La imagen del hombre sin cabeza me perseguía no sólo en la oscuridad, como esas otras terribles imaginaciones mías. No, el hombre sin cabeza podía

aparecer en pleno día, y si entonces me encontraba solo no servía de nada que el sol brillara y los pájaros cantaran, el corazón se me aceleraba y el miedo se extendía por todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Era casi peor el que esta oscuridad también pudiera aparecer a la luz del día. De hecho, si había algo que realmente me daba miedo era la oscuridad en la luz. Lo terrible era que no tenía remedio. De nada servía pedir socorro, de nada servía colocarme en medio de un lugar abierto, de nada servía correr. Luego estaba la portada de la *Revista de Detectives* que me enseñó un día mi padre, una revista de cuando él era pequeño; era una imagen de un esqueleto con un hombre a la espalda, y el esqueleto había girado la cabeza y me miraba fijamente con las cuencas de sus ojos vacías. También ese esqueleto me daba miedo, y aparecía en toda clase de contextos. También tenía miedo del agua caliente en el baño. Porque cuando se abría el grifo del agua caliente se oía un chirrido procedente de las tuberías, y justo después, si no lo cerrabas enseguida, empezaban a oírse golpes. Esos sonidos tan salvajes y fuertes me producían terror. Había una manera de evitar aquello, y era abrir primero el grifo del agua fría, y luego abrir poco a poco el de la caliente. Mis padres e Yngve lo hacían así. Yo lo había intentado, pero el sonido chirriante que atravesaba la pared y al que seguían los golpes a una frecuencia en constante aumento, como si alguien allí abajo estuviera a punto de montar en cólera, empezaba en cuanto abría el grifo del agua caliente, entonces lo cerraba lo más rápido posible y salía corriendo con el miedo metido en el cuerpo. Así que por la mañana o me lavaba con agua fría o utilizaba el agua de lavar de Yngve, sucia pero templada.

Los perros, los zorros y las tuberías de agua eran amenazas concretas y físicas, estaban o no estaban. Pero el hombre sin cabeza y el esqueleto con la boca abierta pertenecían al reino de los muertos, y a los muertos no se les podía controlar de la misma manera; podían estar en todas partes: en el armario si se abría en la oscuridad, en la escalera, en el bosque, incluso debajo de la cama o en el cuarto de baño. Relacionaba mi propio reflejo en las ventanas con esas criaturas del más allá, tal vez porque sólo aparecía cuando fuera era de noche, pero era terrible ver mi propio reflejo en la ventana negra y pensar que esa imagen no era yo, sino un muerto que me miraba.

El año que empezamos el colegio, ninguno de nosotros creía ya en el genio de las aguas, los gnomos o los troles, y nos reíamos de los que aún lo hacían, pero la idea de los fantasmas y los espectros seguía viva, quizá porque no nos atrevíamos a ignorarla; al fin y al cabo había personas muertas, eso lo sabíamos todos. Otras ideas que teníamos, que procedían de la misma complicada esfera, es decir, la mitología, eran más luminosas e inocentes, como por ejemplo la del final del arcoíris, donde según se decía había un tesoro. Hasta el otoño del primer curso de primaria creíamos lo bastante en esa leyenda para ir a buscarlo. Creo que fue un sábado de septiembre, había llovido a cántaros toda la mañana, estábamos jugando en la calle, cerca de la casa de Geir Haakon, o mejor dicho, en la cuneta, que se había inundado. Justo allí la calle pasaba por delante de la pared

dinamitada de un monte, desde cuya cima cubierta de musgo, hierba y tierra salían chorritos de agua. Íbamos equipados con botas de goma, gruesos pantalones de hule e impermeables de colores claros; las capuchas nos cubrían las orejas de tal modo que todos los sonidos se desplazaban; la propia respiración y los movimientos de la cabeza se oían siempre muy bien cuando las orejas rozaban la parte interior de la capucha, mientras que todo lo demás se atenuaba, como si se oyera en la lejanía. Entre los árboles, al otro lado de la calle, y sobre el monte, encima de nosotros, había una densa niebla. Los tejados de color naranja de las casas a ambos lados de la calle emitían un resplandor mate en la luz gris. Sobre el bosque al final de la cuesta se veía el cielo como un vientre hinchado, perforado por la monótona lluvia que constantemente crujía contra la capucha y las orejas, hipersensibles para la ocasión.

Construimos un dique, pero la arena que sacábamos no paraba de venirse abajo todo el rato, y cuando avistamos el coche del señor Jacobsen subiendo la cuesta, no vacilamos ni un instante; tiramos la palas y bajamos corriendo hasta su casa, donde justo en ese instante se detuvo el vehículo. Una raya azulada de humo flotaba en el aire justo detrás de él. Salió el padre, flaco como un fideo, con una colilla en la comisura de los labios, se agachó y tiró de la palanca de debajo del asiento para empujarlo hacia delante y que pudieran salir sus dos hijos, Geir el Grande y Trond, a la vez que su madre, pequeña y rechoncha, pelirroja y pálida, dejaba salir por su lado a su hija Wenche.

—Hola —dijimos.

—Hola —contestaron Geir y Trond.

—¿Dónde habéis estado?

—En la ciudad.

—Hola, chicos —dijo el padre.

—Hola —contestamos.

—¿Queréis saber cómo se dice setecientos setenta y siete en alemán? —nos preguntó.

—Sí.

—*Siebenhundert-und-siebundsiebsich!* —dijo con su voz ronca—. ¡Ja, ja, ja!

Nosotros también nos reímos. La risa de él se transformó en tos.

—Bueno, bueno —dijo cuando dejó de toser; luego metió la llave en la cerradura de la puerta del coche y la giró. Tenía tics constantes en los labios y en uno de los ojos.

—¿Adónde vais? —preguntó Trond.

—No lo sé —contesté.

—¿Puedo ir con vosotros?

—Claro que sí.

Trond tenía la misma edad que Geir y que yo, pero era mucho más bajo. Sus ojos eran muy redondos, el labio inferior, grueso y rojo, y la nariz, pequeña. Encima de esa cara casi de muñeco crecía un pelo rubio y medio rizado. Su hermano tenía un aspecto completamente distinto; sus ojos eran achinados y astutos, la sonrisa, a menudo socarrona, el pelo, liso y aleonado, y tenía pecas en la nariz. Pero también él era bajo.

—Ponte el impermeable —le dijo su madre.

—Voy un momento a coger el impermeable —nos dijo Trond, y entró corriendo en la casa. Nosotros nos quedamos esperando, en silencio, con los brazos colgando a los lados como dos pingüinos. Había dejado de llover. Un suave viento agitaba las copas de los finos y altos pinos de los jardines. Un pequeño arroyo corría a lo largo de la cuneta, arrastrando por algunas partes montones de agujas de pino, esas uves o patas amarillas que hay por todas partes.

La capa de nubes que cubría el cielo detrás de nosotros se había abierto, y el paisaje en el que nos encontrábamos, con todos sus tejados, céspedes, árboles, colinas y cuevas, había adquirido una especie de resplandor. Desde la colina más arriba de nuestra casa, a la que llamábamos «el monte», subía el arcoíris.

—Mirad —dije—. ¡El arcoíris!

—¡Oh! —exclamó Geir.

Trond cerró tras de sí la puerta de la casa y vino corriendo hacia nosotros.

—Hay un arcoíris en el monte —dijo Geir.

—¿Vamos a buscar el tesoro?

—¡Vale! —exclamó Trond.

Bajamos corriendo. En el césped de los Karlsen vimos a Anne Lene, la hermana pequeña de Kent Arne, que nos siguió con la mirada. Estaba atada a una correa que a su vez estaba enganchada a una cuerda flexible para que no pudiera escaparse. El coche rojo de su madre estaba aparcado frente al garaje. Una luz brillaba en la farola de la pared. Al pasar por delante de la casa de los Gustavsen, Trond redujo la velocidad.

—Seguro que Leif Tore quiere venir con nosotros —dijo.

—No creo que esté en casa —apunté yo.

—Podemos preguntar —insistió Trond, pasando por delante de los dos pilares de hormigón que no sujetaban ninguna verja, y de los que mi padre solía burlarse. Encima de los pilares había un globo hueco de metal del que salía una flecha, todo esto sostenido por un hombre desnudo con la espalda encorvada. Era un reloj de sol, y mi padre se burlaba

también de eso, porque ¿de qué servían *dos* relojes de sol?

—¡Leif Tore! —gritó Trond—. ¿Vienes o qué?

Nos miró, y gritamos los tres.

—¡Leif Tore! ¡Vienes o qué!

Pasaron unos segundos y se abrió la ventana de la cocina. Su madre se asomó.

—Ahora sale. Va a ponerse el impermeable. No hace falta que sigáis gritando.

Yo tenía una imagen muy clara del tesoro que nos aguardaba: una gran olla negra con tres patas, llena de objetos relucientes. Oro, plata, diamantes, rubís, zafiros. Había una en cada extremo del arcoíris. Ya lo habíamos buscado una vez antes sin suerte. Había que darse prisa; los arcoíris nunca duraban mucho tiempo.

Leif Tore, que hasta entonces había sido una sombra detrás del cristal amarillo de la puerta, la abrió por fin. Una oleada de aire caliente salió con él. En su casa hacía siempre mucho calor. Noté un débil aroma agrisado. Así olía su casa. Todas las casas, excepto la nuestra, tenían su olor característico, ése era el suyo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, cerrando tras de sí la puerta con tanta fuerza que el cristal tintineó.

—Hay un arcoíris sobre el monte, vamos a buscar el tesoro —contestó Trond.

—¡En marcha! —exclamó Leif Tore, echando a correr. Lo seguimos, bajando a toda prisa la última parte de la cuesta, antes de salir a la calle que subía hacia el monte. Vi que la bicicleta de Yngve aún no estaba en su sitio, pero tanto el escarabajo verde de mi madre como el Kadett rojo de mi padre se encontraban allí. Mi madre estaba pasando la aspiradora cuando salí; yo odiaba ese ruido, era como una pared que me aprisionaba. Y cuando mis padres limpiaban, abrían todas las ventanas, y el aire de dentro de casa se quedaba helado; era como si el frío se transmitiera también a mi madre, en ella no había espacio para nada más cuando estaba agachada sobre el cubo de fregar y el trapo, o cuando arrastraba la fregona o la aspiradora por el suelo, y como yo sólo cabía en ese espacio extra, también cogía frío esas mañanas de sábado, de hecho me quedaba tan helado que el frío se me metía hasta la cabeza, de manera que me resultaba difícil quedarme leyendo cómics en la cama, algo que me encantaba, y no tenía otro remedio que vestirme, salir corriendo y esperar que ocurriera algo.

En nuestra casa limpiaban los dos, mi madre y mi padre, algo no del todo corriente; que yo supiera, ningún otro padre limpiaba, con la posible excepción de Prestbakmo, pero yo nunca le había visto hacerlo, y en realidad dudaba de que él se dedicara a ese tipo de cosas.

Pero ese día mi padre había ido a la ciudad a comprar cangrejos en el muelle del

pescado, tras lo cual se metió en su despacho a fumar cigarrillos, mientras corregía redacciones de sus alumnos, repasaba documentos, echaba una ojeada a su colección de sellos o leía el cómic *El Hombre Enmascarado*.

Al otro lado de nuestra valla de madera, donde empezaba el sendero que conducía a B-Max, el agua de un depósito había inundado el sotobosque. Rolf, el hermano de Leif Tore, había dicho unos días antes que eso era responsabilidad de mi padre. «Responsabilidad» no era una palabra que él empleara de un modo natural, así que supuse que se lo habría oído decir a su padre. Mi padre era concejal del ayuntamiento; ellos eran los que decidían en la isla, y a eso se refería Gustavsen, el padre de Leif Tore y Rolf. Mi padre debía dar parte de la inundación para que enviaran a alguien a reparar la avería. Mientras subíamos, mi mirada se posó de nuevo sobre esa inusual cantidad de agua que había entre los pequeños y finos árboles, en la que también flotaba algún que otro trozo de papel higiénico blanco, y decidí decírselo a mi padre si tenía ocasión. Así podría avisar de la avería en la reunión del lunes.

Y ahí llegaba, doblando la esquina de casa, con su impermeable azul sin capucha, los vaqueros azules que siempre se ponía cuando iba a trabajar en el jardín y las botas verdes que le llegaban hasta la rodilla. Tenía la parte superior del cuerpo un poco inclinada hacia un lado, porque en las manos llevaba una escalera que iba balanceando por el césped y que luego colocó en el suelo. La enderezó y la apoyó contra el tejado de la casa.

Me di la vuelta y eché a correr para alcanzar a los otros.

—¡El arcoíris sigue allí! —grité.

—¡Ya lo vemos! —contestó Leif Tore, también a gritos.

Los alcancé donde empezaba el sendero, e iba justo detrás de la espalda amarilla de Trond entre los árboles, de los que caía una lluvia de gotas cada vez que alguien apartaba alguna rama, cerca de casa de los Molden, que no tenían hijos pequeños, sólo uno adolescente de pelo largo, gafas grandes, ropa marrón y pantalones de campana. Ni siquiera sabíamos cómo se llamaba, así que lo llamábamos también Molden.

El mejor camino hasta lo alto del monte pasaba por delante de su casa; ese es el que acabábamos de tomar, e íbamos despacio, porque era empinado y crecía en él una larga hierba amarilla muy resbaladiza. A veces me agarraba a algún pequeño árbol para ayudarme a avanzar. Justo antes de llegar arriba, el monte estaba ya pelado y era imposible trepar por él, al menos cuando todo estaba tan mojado, como entonces, pero en el borde había una grieta y un pequeño saliente en el que podías poner los pies, y desde allí subir los últimos metros hasta arriba del todo.

—¿Dónde está? —preguntó Trond, que fue el primero en llegar arriba.

—¡Pero si estaba allí! —exclamó Geir, señalando unos metros hacia el interior de la

pequeña llanura.

—Pues no —dijo Leif Tore—. Está allí abajo. ¡Mirad!

Todos nos volvimos a mirar. El arcoíris estaba sobre el bosque, muy abajo. Un extremo se veía sobre los árboles, al lado de la casa de los Beck, el otro más o menos sobre la cuesta que bajaba hasta el estrecho.

—¿Bajamos hasta allí? —preguntó Trond.

—Pero quizá el tesoro siga aquí —objetó Leif Tore—. Podríamos buscar un poco.

Lo dijo en nuestro dialecto.

—No está aquí —señalé yo—. Sólo está donde está el arcoíris.

—¿Quién habrá tenido tiempo de quitarlo de aquí? Me gustaría saberlo —dijo Leif Tore.

—Nadie —contesté—. ¿Eres tonto o qué? Nadie lo trae, si eso es lo que crees. Es el arcoíris.

—Tú sí que eres tonto —dijo Leif Tore—. No puede desaparecer sin más.

—Claro que puede —dije yo.

—No —dijo Leif Tore.

—Que sí —insistí—. ¡Búscalos entonces, a ver si los encuentras!

—Yo también quiero buscarlo —dijo Trond.

—Y yo —dijo Geir.

—Yo no —dije yo.

Se dieron la vuelta y echaron a andar, mientras miraban a todos lados. A mí me apetecía seguirlos, pero no podía hacerlo, claro. Opté por contemplar el paisaje. Desde allí se tenía la mejor vista. Se veía el puente, que daba la impresión de levantarse de entre las copas de los árboles, se veía el estrecho, donde siempre había barcos en movimiento, y se veían los enormes y blancos depósitos de gas al otro lado. Se veía el islote de Gjerstad, se veía la carretera nueva y el puente bajo de hormigón por el que cruzaba, se veía Ubekilen más adentro. Y se veía la urbanización. Los tejados rojos y naranjas entre los árboles. La calle. Nuestro jardín, el jardín de los Gustavsen; lo demás quedaba oculto.

El cielo sobre la urbanización estaba ya casi del todo azul. Las nubes sobre la ciudad eran blancas. Pero las del otro lado, detrás de Ubekilen, seguían grises y pesadas.

Podía ver a mi padre abajo. Una figura minúscula, no más grande que una hormiga, subida en una escalera apoyada en el tejado.

¿Podría verme él a mí?

Llegó una corriente de aire.

Me volví y miré a los otros. Dos manchas amarillas y una verde clara que se movían hacia delante y hacia atrás entre los árboles. El monte estaba gris oscuro, más o menos como el cielo más allá, con la hierba amarilla, y por algunas partes, en las grietas, casi blanca. Una rama reposaba sobre todas las finas ramitas laterales sin tocar el suelo. Tenía un aspecto extraño.

Apenas había estado en el bosque que se extendía delante de nosotros. Sólo había llegado hasta un gran árbol arrancado, a unos treinta metros de distancia, aproximadamente. Desde allí se veía una cuesta descendente en la que sólo crecía brezo. Con los altos y estrechos pinos a cada lado del camino y los tupidos abetos que se levantaban como una pared más abajo, parecía una gran habitación.

Geir dijo que en una ocasión había visto un zorro por allí. Yo no lo creí, pero con los zorros no se juega, así que, por si acaso, nos llevamos el bocadillo y las botellas de zumo hasta el borde del monte, donde teníamos debajo todo nuestro mundo conocido.

—¡Aquí está! —gritó Leif Tore—. ¡Ostras! ¡El tesoro!

—¡Ostras! —gritó Geir.

—¡A mí no me engañáis! —les grité.

—¡Ay, ay! —gritó Leif Tore—. ¡Somos ricos!

—¡Demonios! —exclamó Trond.

Y se hizo el silencio.

¿Lo habrían encontrado de verdad?

Qué va. Sólo intentaban engañarme.

Pero el pie del arcoíris estaba exactamente allí.

¿Y si fuera verdad lo que decía Leif Tore, que la olla no desaparecía con el arcoíris?

Di unos pasos e intenté mirar a través del enebro, detrás del que se encontraban.

—¡Sí! ¡Míralo! —dijo Leif Tore.

Tomé una rápida decisión: me metí corriendo por entre los troncos, pasando por los arbustos, y me detuve.

Me miraron.

—¡Te lo has creído! ¡Ja, ja, ja! ¡Te lo has creído!

—Lo sabía desde el principio —dije—. Sólo he venido a buscaros. El arcoíris

desaparecerá si no nos damos prisa.

—Ya —dijo Leif Tore—. Te lo habías creído. Admítelo.

—Ven con nosotros, Geir —dije—. Vamos a buscar el tesoro allí abajo.

Él miró a Leif Tore y a Trond; se sentía mal. Pero era mi mejor amigo y vino conmigo. Trond y Leif Tore lo seguían a cierta distancia.

—Tengo que mear —dijo Leif Tore—. ¿Jugamos a ver quién mea más lejos? ¿Por encima del borde? ¡Será un chorro larguísimo!

¿Mear sabiendo que mi padre estaba allí abajo y podría vernos?

Leif Tore ya se había bajado el pantalón impermeable, y estaba manipulando la cremallera de su bragueta. Geir y Trond se habían colocado uno a cada lado de él y se estaban bajando los pantalones contoneando el culo.

—Yo no tengo ganas —dije—. Acabo de mear.

—No es verdad —dijo Geir mirándome, con las dos manos alrededor de la picha—. Llevamos todo el día juntos.

—He meado mientras vosotros buscabais el tesoro —dije.

Al instante los rodeó una nube de vapor del meado. Me acerqué un par de pasos para ver quién había sido el ganador. Sorprendentemente había sido Trond.

—Rolf ha tirado hacia atrás la piel de su picha —dijo Leif Tore, subiéndose la cremallera de nuevo—. Así puede mear mucho más lejos.

—El arcoíris ha desaparecido —dijo Geir, sacudiéndose la picha por última vez antes de metérsela en el calzoncillo.

Todos miramos hacia abajo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Trond.

—No lo sé —contestó Leif Tore.

—Podemos bajar al cobertizo de las barcas —sugerí.

—¿Y qué hacemos allí? —preguntó Leif Tore.

—Tregar al tejado, por ejemplo —propuse.

—¡Vale! —asintió Leif Tore.

Bajamos zigzagueando por la ladera, nos abrimos paso a través del espeso bosque de abetos y al cabo de cinco minutos salimos al camino de gravilla que bordeaba la cala. En invierno solíamos esquiar por la cuesta cubierta de hierba al otro lado. En verano y en otoño casi nunca íbamos allí, pues ¿qué se podía hacer en ese sitio? La cala era poco

profunda y estaba llena de barro y no resultaba muy apta para el baño; el muelle se encontraba en estado ruinoso, y el pequeño islote que había al otro lado estaba cubierto de excrementos de la colonia de gaviotas que vivía allí. Cuando deambulábamos por ahí era porque no teníamos nada que hacer, como esa mañana. En la parte más alta, entre la pradera inclinada y la orilla del bosque, había una vieja casa blanca, donde vivía una anciana de pelo blanco. No sabíamos nada de ella. Ni cómo se llamaba, ni lo que hacía. A veces mirábamos hacia el interior de la casa poniendo las manos en la ventana y pegando la nariz al cristal. No por nada, ni siquiera por curiosidad, sólo porque se podía hacer. Se veía un salón con muebles antiguos o una cocina con cosas viejas. Junto a la casa, al otro lado del estrecho camino de grava, había un granero rojo, medio derruido. Más abajo, junto al arroyo que salía del bosque, había un viejo cobertizo sin pintar, con el tejado de cartón alquitranado. A lo largo del arroyo crecían helechos y plantas con hojas que resultaban enormes en comparación con sus finos tallos. Si las apartabas con las manos, con esa especie de braceo que la gente utiliza para mirar entre el follaje, el suelo parecía desnudo, como si las plantas nos engañaran, fingiendo que eran frondosas y verdes, cuando lo cierto es que debajo de las tupidas hojas casi no había más que tierra. Más abajo, más cerca del agua, la tierra, el barro o lo que fuera, era rojizo, parecido al óxido. A veces quedaban atrapadas allí distintas cosas, un trozo de una bolsa de plástico, un preservativo, pero no en días como ése, en los que el agua salía de la tubería por debajo del camino con mucha fuerza y sólo dejaba de rugir dentro de ese pequeño espacio parecido a un delta, donde se dispersaba antes de llegar a la cala.

El cobertizo estaba gris de lo viejo que era. En algunas partes se podía meter una mano entre los tablones, de modo que sabíamos cómo era por dentro sin que ninguno de nosotros hubiese entrado jamás. Tras mirar por las rendijas durante un rato, dirigimos nuestra atención a ese tejado al que pretendíamos trepar. Para conseguirlo, había que buscar algo en que subirse. No había nada cerca, de modo que nos encaminamos sigilosamente al granero sin dejar de mirar a nuestro alrededor. Primero nos aseguramos de que no hubiera ningún coche aparcado junto a la casa, pues a veces había uno que era de un hombre, quizá el hijo de la mujer, que nos prohibía pasar por delante de la granja cuando esquiábamos y queríamos alargar el trayecto, algo que ella no hacía nunca. Así que estábamos siempre un poco en guardia ante él.

No se veía ningún coche.

Había unos cuantos bidones blancos tirados junto a la pared. Me sonaban de la granja de mis abuelos maternos; eran de ácido fórmico. Un barril oxidado. Una puerta fuera de sus goznes.

¿Y eso? ¡Un palé!

Lo levantamos. Estaba casi clavado en la tierra e invadido por unos bichitos parecidos a arañas que se dispersaron cuando lo arrancamos del suelo. Luego lo cogimos entre

todos para cruzar el campo y bajarlo hasta el cobertizo. Allí lo colocamos de pie contra la pared. Leif Tore, considerado el más valiente de todos, fue el primero en intentarlo. De pie encima del palé consiguió poner un codo sobre el tejado. Con la otra mano se agarró al borde y subió una pierna; la colocó en el canto del tejado y logró mantenerla allí un instante, pero en cuanto quiso subir el resto del cuerpo, la mano se le soltó y cayó como un saco, sin posibilidad de apoyarse en nada. Aterrizó con el costado contra el palé y de ahí cayó al suelo.

—¡Ay! —se quejó—. ¡Mierda! ¡Ay, ay! —Se levantó despacio, se miró las manos, y se frotó el trasero—. ¡Qué daño me he hecho! ¡Ahora que lo intente otro!

Me miró a mí.

—Yo no tengo fuerza suficiente en los brazos —objeté.

—Puedo intentarlo yo —se ofreció Geir.

Si Leif Tore tenía fama de valiente, Geir la tenía de salvaje. No lo era de natural, si de él hubiera dependido, se habría quedado en casa todo el día dibujando y tirándose pedos; sólo mostraba esa faceta cuando lo desafiaban. Tal vez fuera algo ingenuo. Aquel verano, él y yo habíamos construido un carro con una caja y algo de ayuda de su padre, y cuando estuvo terminado, conseguí hacer que lo empujara conmigo dentro, diciéndole que así se haría fuerte. Ingenuo, pero también temerario, a veces todos los límites dejaban de existir para él, y entonces era capaz de cualquier cosa.

Geir eligió una técnica diferente a la de Leif Tore. De pie sobre el palé, se agarró con las dos manos al borde del tejado e intentó trepar dando *pasos* por la pared, concentrando todo el peso en los dedos con los que se agarraba. Era una estupidez, claro. Si lo hubiera conseguido, se habría quedado en horizontal *debajo* del tejado, lo cual era claramente una postura mucho peor que la que tenía al principio.

Los dedos se le resbalaron y él se cayó, dándose primero con el culo contra el palé y luego con el codo.

Se le escapó un pequeño gruñido. Cuando se levantó, vi que se había hecho mucho daño. Dio unos tenaces pasos hacia delante y hacia atrás, volvió a gruñir, ¡Grrr!, y subió de nuevo. Esta vez empleó la técnica de Leif Tore. Cuando consiguió subir la pierna al borde, fue como si una serie de descargas eléctricas lo atravesaran: la pierna golpeó el cartón alquitranado, su cuerpo se arqueó y zas, ahí estaba, de rodillas sobre el tejado, mirándonos.

—Es fácil —dijo—. ¡Venid! ¡Puedo tirar de vosotros!

—No puedes. No tienes fuerza suficiente —objetó Trond.

—Por lo menos podemos intentarlo —sugirió Geir.

—Más vale que te bajas —dijo Leif Tore—. Yo tengo que irme a casa.

—Yo también —dije yo.

Pero Geir no parecía decepcionado. Más bien resuelto.

—Entonces bajaré de un salto —dijo.

—¿No está un poco alto? —preguntó Leif Tore.

—Qué va —contestó Geir—. Sólo tengo que concentrarme.

Permaneció un buen rato de rodillas mirando al suelo, mientras inspiraba y espiraba profundamente, como si se dispusiera a zambullirse en el agua. Por un instante desapareció toda la tensión en su cuerpo —habría cambiado de parecer—, pero entonces volvió a tensarse, y saltó. Cayó, rodó, se levantó de nuevo como un resorte y empezó a sacudirse los muslos para mostrar que estaba relajado, casi antes de haberse puesto en pie.

Si hubiera sido yo el único en escalar el tejado, habría sido un gran triunfo. En ese caso, Leif Tore no se habría rendido, ni siquiera si hubiera tenido que estar trepando y cayendo toda la noche. Hubiera seguido, con el fin de eliminar el desequilibrio que se habría producido. Con Geir era diferente. Él era capaz de hacer cosas únicas, como por ejemplo saltar cinco metros por el aire para acabar en un ventisquero en invierno, algo que nadie más se atrevía a hacer, sin que le acarrearara consecuencias. Geir era Geir, hiciera lo que hiciera.

Sin más demora, subimos la cuesta. En algunos sitios, el agua se había llevado parte de la calzada, en otros se veían largos baches. Nos paramos un rato y hundimos los talones con fuerza en lugares especialmente blandos. La gravilla mojada nos subía por encima de las botas, produciendo una sensación agradable. Tenía frío en las manos. Cuando las apretaba, los dedos dejaban marcas blancas en lo rojo. Pero las verrugas, tres en un pulgar, dos en el otro, una en el dedo índice y tres en el dorso de la mano, no cambiaron de color, estaban como siempre, de un tono rojizo suave, llenas de puntitos y con una costra que se podía arrancar. Entramos en la otra parte del prado, que acababa en un murete de piedras y el bosque al otro lado, como enmarcado por una loma cubierta de abetos, bastante empinada, tal vez de diez metros de alto, y que en algunos trozos mostraba sólo monte pelado. Cuando andaba por ahí, o por lugares semejantes, me gustaba pensar que el campo se parecía al mar. Me imaginaba que el prado era la superficie del mar, de la que emergían montes e islotes.

¡Ojalá pudiera navegar en un barco a través del bosque! ¡Ojalá pudiera nadar entre los árboles! ¡Eso sí que habría estado bien!

Cuando hacía buen tiempo, a veces íbamos con el coche hasta la parte de la isla que daba al mar abierto, lo aparcábamos en el viejo campo de tiro y luego bajábamos a pie

hasta las rocas pegadas al mar, donde solíamos ponernos siempre, no muy lejos de la playa de Spornes, que era donde más me gustaba estar, ya que allí había arena y podía vadear hasta la profundidad que quisiera. Junto a las rocas, cubría mucho. Había por allí una pequeña cala, una especie de garganta estrecha llena de agua, en la que te podías meter, donde te podías bañar, pero era pequeña, y el fondo, desigual, cubierto de crustáceos, algas y conchas. Cuando las olas golpeaban las rocas de fuera, el agua de la garganta subía y me llegaba a veces hasta el cuello; entonces los trozos de corcho blanco del chaleco salvavidas se me levantaban hasta las orejas. Las rocas lisas y empinadas intensificaban el gorgoteo y el chapoteo, que hacía que de alguna manera sonaran huecas. En ese momento me asustaba, incapaz de repente de respirar más que con grandes y temblorosos jadeos. Igual de escalofriante me resultaba cuando se retiraban las olas y el nivel del agua dentro de la garganta bajaba con un sorbido. A veces, cuando el mar estaba en calma, mi padre inflaba el colchón verde y amarillo de plástico, y me dejaba tumbarme en él, cabeceando muy cerca de la orilla, moviéndome ligeramente en el agua, con el plástico mojado y la espalda seca y recalentada por el ardiente sol, en esa agua tan fresca y salada, mirando las algas que oscilaban hacia delante y hacia atrás a lo largo de las rocas en las que estaban fijadas. También buscaba con la mirada peces o cangrejos, o contemplaba algún ferry en la lejanía. Por las tardes pasaba el transbordador que iba a Dinamarca; lo veíamos en el horizonte cuando llegábamos, y luego en el estrecho cuando nos íbamos, formidable y blanco entre islotes y escollos. ¿Era el *Venus*? ¿O el *Christian Quart*? Cuando el barco llegaba, los niños de toda la parte sur y oeste de la isla, y seguramente también los que vivían al otro lado del estrecho Galte, en esa isla desconocida para nosotros, Hisøya, solían bañarse, porque las olas que dejaba su estela eran grandes y terribles. Una de esas tardes en las que yo estaba tumbado en la colchoneta inflable «remando», las súbitas olas me hicieron incorporarme a medias y me caí al agua. Me hundí como una piedra. Estaría a unos tres metros de profundidad. Moví los brazos y las piernas, grité de pánico, tragué agua, lo que me asustó más aún; el episodio no debió de durar más de veinte segundos, porque mi padre lo estaba viendo todo. Saltó al agua y me arrastró hasta la orilla. Regurgité un poco de agua; tenía frío, y nos fuimos a casa. No corrí peligro en ningún momento, y el incidente no dejó ninguna huella en mí, excepto esa sensación que me invadió cuando llegué a casa y subí la cuesta para contarle a Geir lo ocurrido: el mundo era algo sobre cuya cima yo andaba, era impenetrable y duro, y era imposible hundirse en él, aunque subiera escarpadas montañas, o cayera en profundos valles. Yo sabía que era así, pero nunca había sentido que andábamos sobre una superficie.

A pesar de ese incidente y del malestar que sentía a veces cuando me bañaba en la estrecha garganta, esas excursiones me entusiasmaban. Estar sentado en una toalla al lado de Yngve mirando el mar azul claro en calma total, que se perdía en el horizonte, por donde siempre se deslizaban grandes barcos lentamente, como las agujas de un reloj, o

mirar en dirección a los dos faros de Torungen, nítidamente recortados en blanco sobre el cielo azulísimo: difícilmente podría haber algo mejor que eso. Beber los refrescos que transportábamos en la bolsa térmica roja, comer galletas, tal vez seguir con la mirada a mi padre, que iba hasta el extremo de la roca, con la piel bronceada, musculoso, para segundos después tirarse al mar a dos metros por debajo de él. Esa manera suya de mover la cabeza y retirarse el pelo de los ojos cuando volvía a emerger, el rumor de las burbujas a su alrededor, esa rara alegría en sus ojos cuando llegaba nadando con movimientos pesados y lentos, meciéndose en las olas. O acercarse a las dos cuevas de la roca un poco más allá, una de ellas de la profundidad de un hombre, con evidentes marcas de espiral en la piedra, llena de agua salada de mar, cubierta de plantas marinas verdes y grandes racimos de algas en el fondo, la otra menos honda, pero no menos bella. O ir hasta las charcas extremadamente saladas y calientes que llenaban las depresiones de las rocas y sólo recibían agua nueva cuando había tormenta; mirar la superficie cubierta de pequeños insectos que zumbaban y el fondo cubierto de algas amarillas de aspecto enfermizo.

Uno de esos días mi padre decidió enseñarme a nadar. Me pidió que lo acompañara hasta la orilla. Allí, más o menos a medio metro de profundidad, sobresalía un montículo liso, lleno de algas, donde yo tenía que colocarme. Él, por su parte, nadó hasta un escollo que se encontraba a cuatro o cinco metros de la orilla. Se volvió hacia mí.

—Ahora nada hasta donde yo estoy —dijo.

—¡Está muy profundo! —exclamé. Porque así era, sólo se podía vislumbrar el fondo entre los dos escollos; tal vez fueran tres metros.

—Estoy aquí, Karl Ove. ¿Crees que no te puedo salvar si te hundes? Vamos. ¡No hay peligro! Sé que puedes hacerlo. Échate hacia delante y mueve los brazos. ¡Si lo haces, sabes nadar! ¿Entiendes? ¡Entonces sabrás nadar!

Me acuclillé en el agua.

El fondo brillaba verdoso muy abajo. ¿Podría yo deslizarme por encima?

El corazón me latía muy fuerte, como cuando tenía miedo.

—¡No puedo! —grité.

—¡Claro que puedes! —insistió mi padre—. ¡Es muy fácil! Deslízate dentro, da un par de brazadas y estarás aquí.

—¡No puedo! —repetí.

Me miró. Suspiró y nadó hasta mí.

—De acuerdo —dijo—. Nadaré a tu lado. Te pondré la mano debajo de la tripa. ¡Así no *podrás* hundirte!

Pero yo no *podía*. ¿Por qué no lo entendía?

Me eché a llorar.

—No puedo —volví a decir.

La profundidad estaba en mi cabeza y en mi pecho. La profundidad estaba en mis brazos y en mis piernas, en los dedos de mis manos y en los dedos de mis pies. La profundidad me llenaba del todo. ¿Cómo iba a quitármelo de la cabeza?

Ya no hubo más sonrisas. Con cara de pocos amigos, mi padre salió del agua, fue hasta donde estaban nuestras cosas y volvió con mi chaleco salvavidas.

—Póntelo —dijo, tirándomelo—. Con él no puedes hundirte, aunque lo intentes.

Me lo puse, aunque sabía que eso no cambiaría nada.

Él se alejó de la orilla y se volvió hacia mí.

—¡Inténtalo ahora! —dijo—. ¡Ven hasta donde yo estoy!

Me agaché. El agua me mojó el bañador. Saqué los brazos de debajo del agua.

—¡Eso es! —dijo mi padre.

Sólo cabía echarse hacia delante, dar unas cuantas brazadas, y todo habría acabado.

¡Pero no podía! ¡Nunca en la vida sería capaz de nadar por esas aguas tan profundas!

Las lágrimas me corrieron por las mejillas.

—¡Ven ya, chico! —gritó mi padre—. ¡No tenemos todo el día!

—¡NO PUEDO! —le respondí a gritos—. ¡LO OYES!

Él se puso rígido y me miró con ojos enfurecidos.

—¿Me estás provocando? —dijo.

—No —contesté, incapaz de dejar escapar un sollozo. Me temblaban los brazos.

Vino nadando hacia mí y me agarró con fuerza del brazo.

—Ven aquí —dijo. Intentó meterme de nuevo en el agua. Yo arqueé el cuerpo hacia la orilla.

—¡No quiero! —dije.

Me soltó e inspiró profundamente.

—De acuerdo —dijo—. Está claro entonces.

Fue hasta donde estaban nuestras cosas, cogió la toalla con las dos manos y se secó la cara. Yo me quité el chaleco salvavidas, lo seguí y me detuve a unos metros de él. Levantó un brazo y se secó una axila, luego hizo lo mismo con la otra. Se inclinó y se secó los muslos. Tiró la toalla, cogió la camisa del suelo y se la abrochó mirando al mar en calma.

Acto seguido, se puso los calcetines y se calzó. Era un par de zapatos marrones de piel sin cordones, que no pegaban ni con los calcetines ni con el bañador.

—¿A qué esperas? —me preguntó.

Me puse la camiseta azul clara de Las Palmas que me habían regalado los abuelos, y me até las zapatillas de deporte azules. Mi padre metió las dos botellas de refresco vacías y las cáscaras de naranja en la bolsa térmica, se la colgó al hombro y echó a andar, con la toalla mojada enrollada en la otra mano. No dijo nada mientras íbamos camino del coche. Abrió el maletero, metió la bolsa térmica, me cogió el chaleco salvavidas de las manos y lo colocó con su toalla junto al resto de las cosas. Al parecer, no pensó en que yo también tenía una toalla, y desde luego yo no iba a molestarle recordándoselo.

Aunque había aparcado a la sombra, el coche estaba ya al sol. Los asientos negros ardían y los muslos me escocían. Por un instante pensé en poner la toalla mojada encima. Pero él se daría cuenta. Opté por poner las palmas de las manos en el asiento y sentarme encima, lo más al borde que pudiera.

Mi padre arrancó el coche y empezó a conducir a la velocidad de un peatón; toda la despejada llanura de gravilla, a la que llamaban campo de tiro, estaba llena de grandes piedras. Eligió un camino repleto de enormes baches, de modo que siguió conduciendo con la misma lentitud que antes. Ramas verdes y arbustos rozaban el capó y el techo, a veces con pequeños golpes cuando eran más grandes. Me seguían escociendo las palmas de las manos, pero ya menos. Entonces caí en la cuenta de que también mi padre estaba sentado con pantalón corto sobre un asiento ardiendo. Le miré fugazmente la cara por el retrovisor. Tenía una expresión hosca y cerrada, pero no se podía deducir de ella que tuviera los muslos abrasados.

Cuando salimos a la carretera, cerca de la iglesia, aceleró y condujo por encima del límite permitido los cinco kilómetros que había hasta casa.

—Tiene hidrofobia —le dijo a mi madre aquella tarde. No era verdad, pero yo no dije nada, tan tonto no era.

Una semana después vinieron a vernos mis abuelos maternos. Era la primera vez que nos visitaban en Tybakken. En su granja de Sørbøvåg no había nada extraño en ellos, allí encajaban perfectamente: el abuelo con sus monos azules y sus gorros negros con pequeñas alas, botas altas marrones de lluvia, y constantes escupitajos de tabaco; la abuela con sus limpios vestidos de flores, pelo cano, cuerpo ancho, y siempre con las manos temblorosas. Pero cuando bajaron del coche delante de nuestra casa, después de que mi padre fuera a buscarlos al aeropuerto de Kjevik, noté enseguida que no encajaban. El abuelo lucía su mejor traje gris, camisa azul claro y sombrero gris, y en la mano llevaba su pipa, no agarrada por la boquilla, como solía hacer mi padre, sino por la propia cazoleta. Usabala boquilla para señalar; reparé en ello cuando más tarde les enseñamos

nuestro jardín. La abuela llevaba abrigo y zapatos gris claro, y un bolso colgado del brazo. Nadie vestía así donde nosotros vivíamos. En la ciudad tampoco se veía a nadie vestido así. Era como si viniesen de otra época.

Llenaron nuestras habitaciones con sus maneras y su aspecto diferentes. También mis padres se comportaban de repente de distinto modo, sobre todo mi padre, que se volvió exactamente como solía ser en navidades. Sus constantes «No» se convirtieron en «¿Por qué no?», su mirada vigilante clavada en nosotros se volvió amable, incluso a veces ponía una mano amistosa en mi hombro o en el de Yngve. Pero aunque hablaba entrañablemente con el abuelo, vi que en realidad no tenía ningún interés, siempre había breves instantes en los que desviaba la vista y sus ojos estaban completamente muertos. El abuelo, alegre y atento, pero en cierto modo más pequeño y vulnerable que en su casa, parecía no notar ese rasgo en mi padre. O quizá lo pasaba por alto.

Una de las noches que estuvieron allí, mi padre compró cangrejos. Para él era el plato de fiesta por excelencia, y aunque la temporada acababa de empezar, consiguió unos con mucha carne. Pero mis abuelos no comían cangrejos. Si cuando pescaba cogía algún cangrejo, mi abuelo volvía a tirarlo al agua. Mi padre hablaría más tarde sobre eso, lo consideraba cómico, una especie de superstición, el que los cangrejos fueran menos puros que los peces sólo porque corrían por el fondo y no nadaban libremente por el agua. Puede que los cangrejos coman cadáveres porque comen todo lo que cae al fondo, pero ¿qué posibilidad había de que exactamente *esos* cangrejos justamente *esa* noche se hubiesen topado con algún muerto en las grandes profundidades del Skagerrak?

Una tarde en que habíamos estado en el jardín tomando café y limonada, y luego me metí en mi habitación a leer cómics tumbado en la cama, oí a los abuelos subir la escalera. No dijeron nada, sólo oí sus pesados pasos antes de entrar en el salón. La luz del sol que brillaba en la pared de mi habitación era dorada. El césped fuera tenía grandes trozos amarillentos e incluso marrones, aunque mi padre puso en marcha el riego en el momento en que el ayuntamiento lo permitió. Todo lo que yo veía por nuestra calle, todas las casas, todos los jardines con sus muebles de jardín y sus juguetes, todos los coches y pequeñas herramientas junto a las paredes y los escalones, estaban como dormidos, al menos eso me parecía. Mi pecho sudado se pegaba de un modo desagradable a la funda del edredón. Me levanté, abrí la puerta y fui al salón, donde estaban sentados mis abuelos en sendos sillones.

—¿Queréis ver la tele? —les pregunté.

—Sí, debe de quedar poco para que empiecen las noticias, ¿verdad? —contestó el abuelo—. Nos gustaría verlas.

Fui a encender el televisor. Al cabo de unos segundos apareció la imagen. La pantalla se fue aclarando lentamente, la N de Noticias se fue agrandando y empezó a oírse la

sencilla señal como de xilófono, ding-dong-ding-dooong, también baja al principio, luego cada vez más alta. Retrocedí un paso. El abuelo se inclinó hacia delante en el sillón, señalando con la cazoleta de la pipa en la mano.

—Ya está —dije.

En realidad no tenía permiso para encender el televisor, tampoco la radio grande que estaba junto a la estantería de la pared; si quería ver o escuchar algo debía pedir a mi padre o a mi madre que me lo encendieran. Pero ahora lo hice por los abuelos, mi padre no tendría nada en contra, supuse.

De repente, la imagen empezó a parpadear. Los colores se distorsionaron. Se vio una ráfaga de luz, luego se oyó un sonoro ipuf! y la pantalla se quedó negra.

Oh, no.

No, no, no.

—¿Qué ha pasado con el televisor? —preguntó el abuelo.

—Se ha estropeado —respondí con los ojos llenos de lágrimas.

Era yo quien lo había estropeado.

—Son cosas que pasan —dijo el abuelo—. En realidad lo que más nos gusta es escuchar las noticias por la radio.

Se levantó del sillón y cruzó con sus pequeños pasos el cuarto, hasta donde estaba la radio. Yo me fui a mi habitación. Helado de miedo, con el estómago revuelto, me tumbé en la cama. La funda del edredón estaba fresca en contraste con mi piel desnuda y caliente. Cogí una revista del montón del suelo, pero era incapaz de leer. Pronto mi padre entraría en el cuarto de estar y se acercaría al televisor a encenderlo. Si se hubiera estropeado estando yo solo, es posible que pudiera haber hecho como si nada, para que él pensara que se había estropeado solo. Pero lo más probable es que incluso en un caso así pensara que había sido yo, porque él tenía olfato para esas cosas, bastaría con que me lanzara una mirada para darse cuenta de que algo iba mal, y sacaría sus conclusiones. Ahora era imposible hacer como si nada, porque los abuelos estaban presentes; ellos contarían lo sucedido, y si yo intentaba ocultarlo, todo acabaría mucho, muchísimo peor.

Me incorporé en la cama. Algo me presionaba el estómago, pero no tenía nada del calor y la suavidad de la enfermedad, era frío y doloroso, y estaba tan duro que ninguna lágrima del mundo sería capaz de ablandar.

Durante un buen rato lloré sin cesar.

Ojalá Yngve hubiera estado en casa. Entonces podría haberme quedado con él en su habitación el mayor tiempo posible. Pero estaba fuera, bañándose con Steinar y Kåre.

La sensación de estar más cerca de él si fuera a su habitación me hizo levantarme. Abrí con cuidado la puerta, crucé el pasillo y entré en su cuarto. Su cama estaba pintada de azul, la mía de naranja, la puerta de su armario estaba pintada de azul, la mía de naranja. La habitación olía a Yngve. Me acerqué a la cama y me senté en ella.

¡La ventana estaba entreabierta!

Eso era más de lo que esperaba. Podía oír sus voces desde la terraza sin que ellos supieran que estaba allí. Si la ventana hubiera estado cerrada, me habría delatado al abrirla.

La voz de mi padre subía y bajaba de esa manera tranquila en que lo hacía cuando estaba de buen humor. Entremedias oí la voz de mi madre, más clara, más suave. En el cuarto de estar sonaba la radio. Por alguna razón me imaginé que los abuelos estaban dormidos, cada uno en un sillón, con la boca abierta y los ojos cerrados, quizá porque cuando íbamos a verlos a Sørbøvåg estaban a veces así.

Las tazas tintinearón fuera.

¿Estaban recogiendo?

Sí, porque al instante sonaron las sandalias de mi madre rodeando la casa.

¡Entonces podría estar a solas con ella! ¡Así se lo podría decir primero a ella!

Esperé hasta oír que se abría la puerta de entrada. Luego, en el instante en que mi madre subía la escalera llevando una bandeja con tazas, platos y la reluciente cafetera con tapa roja, colocada sobre una tablilla de pinzas de la ropa que Yngve había hecho en el taller de manualidades, salí al pasillo.

—¿Estás dentro con el buen tiempo que hace? —me preguntó.

—Sí —le respondí.

Estuvo a punto de pasar por delante de mí, pero se detuvo.

—¿Pasa algo? —me preguntó.

Miré al suelo.

—Dímelo.

—La tele se ha roto —le dije.

—No me digas. Qué pena. ¿Están ahí los abuelos?

Asentí con la cabeza.

—He venido a buscarlos. Hace una noche maravillosa. Sal tú también. ¿Quieres? Te daré un poco más de limonada, si te apetece.

Negué con la cabeza y volví a mi habitación. Me paré justo delante de la puerta. ¿Acaso sería más sensato salir con ellos? Él no haría nada mientras mis abuelos estuvieran allí, aunque supiera que yo había estropeado el televisor.

Pero por otra parte justo eso podría cabrearlo aún más. La última vez que fuimos a Sørbøvåg, estábamos todos sentados alrededor de la mesa comiendo, y Kjartan contó que Yngve se había peleado con Bjøen Atle, el chico de la granja vecina. Todos se rieron, también mi padre. Pero cuando mi madre y yo nos habíamos ido a la tienda, los demás se estaban echando la siesta e Yngve se había metido en la cama con una revista, mi padre entró en la habitación, lo sacó de la cama zarandeándolo y empezó a darle golpes contra la pared por haberse peleado.

Lo mejor sería entonces que me quedara allí. Si el abuelo o mi madre decían que la tele estaba estropeada, tal vez se le pasara la rabia mientras estaba sentado con ellos.

Me tumbé en la cama otra vez. Un temblor descontrolado me recorrió el pecho, un nuevo torrente de lágrimas me salió a chorros.

Buaaaa. Buaaaa.

Pronto vendría.

Lo sabía.

No tardaría en aparecer.

Me tapé los oídos y cerré los ojos, intentando hacer como si nada existiera. Sólo esa oscuridad y esa respiración.

Pero la indefensión volvió a golpearme enseguida y entonces hice lo contrario, me arrodillé en la cama y miré por la ventana al torrente de luz que caía sobre el suelo fuera, las tejas ardientes y las ventanas centelleantes.

Abajo, la puerta se abrió y se cerró con un portazo.

Miré enloquecido a mi alrededor. Me levanté, saqué la silla del escritorio y me senté.

Sonaron pasos en la escalera. Eran pasos pesados, era él.

No podía estar de espaldas a la puerta, y volví a levantarme.

Abrió la puerta de un empujón. Dio un paso hacia dentro y me miró.

Tenía los ojos entornados y los labios apretados.

—¿Qué estás haciendo, chico? —me preguntó.

—Nada —contesté, mirando al suelo.

—¡Mírame cuando me hables! —gritó.

Lo miré. Pero no funcionó, volví a mirar al suelo.

—¿Estás sordo? ¡MÍRAME, TE HE DICHO!

Lo miré, pero no a los ojos.

Dio tres rápidos pasos, me agarró de una oreja y la retorció, a la vez que tiraba de mí para que me pusiera de pie.

—¿Qué te tengo dicho sobre encender el televisor? —me preguntó.

Yo sollozaba, incapaz de contestar.

—¿QUÉ TE TENGO DICHO? —repitió, retorciéndome la oreja con más fuerza.

—Que yo... que yo... no... de... debo hacerlo —dije.

Me soltó la oreja, me agarró por los brazos y me zarandeó.

—¡Y AHORA MÍRAME! —gritó.

Levanté la cabeza. Mis lágrimas lo desdibujaban casi del todo.

Sus dedos apretaron con más fuerza.

—¿No te he dicho que te mantengas alejado del televisor? ¿Me oyes? ¿Acaso no te lo he dicho? Ahora tendremos que comprar uno nuevo, ¿y de dónde vamos a sacar el dinero? ¿Me lo puedes decir?

—No... no... no... —sollocé.

Me tiró sobre la cama.

—Te quedarás en tu habitación hasta que yo te avise. ¿Entendido?

—Sí —asentí.

—Esta noche estás castigado en tu cuarto, y mañana también.

—Sí.

Y desapareció. Lloraba tanto que no pude oír adónde se dirigía. Tenía la respiración entrecortada, como si estuviera subiendo una escalera. Me temblaba el pecho, me temblaban las manos. Estuve llorando tumbado en la cama tal vez durante veinte minutos. Por fin me calmé, me arrodillé en la cama y miré por la ventana. Todavía me temblaban las piernas y las manos, pero iba a mejor, lo notaba, era como si hubiese entrado en una habitación más tranquila tras una tormenta.

Desde la ventana veía la casa de los Prestbakmo y toda la parte delantera de su jardín, que limitaba con el nuestro, la casa de los Gustavsen y la parte delantera de su jardín, un trozo de la casa de los Karlsen y otro trozo de la parte más alta de la casa de los Christensen. También veía el camino hasta el poste de los buzones. El sol, que se ponía

un poco más gordito por la tarde, por así decirlo, colgaba en el cielo sobre los árboles en lo alto de la ladera. El aire estaba completamente quieto, no se movía ni un árbol, ni un arbusto. La gente no se sentaba nunca en la parte delantera de sus casas, eso sería «estar expuesto», como solía decir mi padre refiriéndose a lo de estar visible ante todo el mundo; en nuestro vecindario todos los muebles de jardín y barbacoas estaban detrás de las casas.

De repente ocurrió algo. Por la puerta de los Karlsen salió Kent Arne. Sólo pude verle la cabeza por encima del coche aparcado; su reluciente pelo blanco se deslizaba como el de un títere en un teatro de títeres. Desapareció por completo unos segundos, luego volvió a aparecer, montado ya en su bicicleta. Iba de pie sobre los pedales, frenando a pequeños golpes, se encaminó hacia la calle y aceleró bastante antes de frenar enérgicamente, girar y parar delante de la casa de los Gustavsen. Había perdido a su padre, que era marinero, dos años atrás; yo apenas me acordaba de él. En realidad sólo conservaba una imagen suya, de una vez que bajamos juntos la cuesta, hacía frío y sol, pero no había nada de nieve, yo llevaba en la mano mis minúsculos patines naranjas con tres hierros y correas para fijar a los zapatos, así que supongo que iríamos camino de Tjenna. También recuerdo cuando me enteré de que había muerto. Leif Tore estaba frente al bordillo que separaba las dos calles, justo delante de nuestra casa, y nos dijo que el padre de Kent Arne había muerto. Mientras nos lo decía, mirábamos hacia su casa. El hombre intentaba sacar algo de un depósito que estaban limpiando. El depósito estaba lleno de gas, los hombres se desmayaron, y él cayó muerto. Nunca hablábamos de su padre cuando Kent Arne estaba delante, ni tampoco de la muerte. Otro hombre acababa de mudarse a la casa y curiosamente también se llamaba Karlsen.

Si Dag Lothar era el número uno, Kent Arne era el número dos, aunque tenía un año menos que nosotros y dos menos que Dag Lothar, Leif Tore era el número tres, Geir Håkon el número cuatro, Trond el número cinco, Geir el número seis y yo el número siete.

—¡Leif Tore! ¿Sales ya? —gritó Kent Arne delante de la casa. Llegó al instante, vestido sólo con un pantalón vaquero corto y zapatillas de deporte, se montó en la bicicleta de Rolf y desaparecieron cuesta abajo. El gato de los Prestbakmo se quedó inmóvil sobre la roca plana entre la casa de los Gustavsen y la de los Hansen.

Volví a tumbarme en la cama. Leí unos cómics, me volví a levantar y puse la oreja en la puerta para averiguar si pasaba algo en la casa, pero no se oía ni un ruido, estarían aún en el jardín. Los abuelos estaban de visita; era imposible que no me dieran de cenar. ¿O no lo era?

Media hora más tarde alguien subió por la escalera y se metió directamente en el cuarto de baño, que estaba junto a mi habitación. No era mi padre, lo noté por los pasos, que eran más ligeros que los suyos. Pero era incapaz de determinar si eran de mi madre,

de mi abuela o de mi abuelo, hasta que el zumbido del inodoro fue seguido por unos fuertes golpes en las tuberías del agua caliente, algo que sólo podía ser atribuible a mis abuelos.

Ya tenía hambre de verdad.

Las sombras que caían sobre el suelo del jardín eran tan alargadas y torcidas que apenas tenían ya nada en común con las formas que las generaban. Como si salieran por su cuenta, como si existiera una realidad de oscuridad paralela, con vallas de oscuridad, árboles de oscuridad, casas de oscuridad habitadas por personas de oscuridad, como encalladas, se podría pensar aquí en la luz, donde parecían contrahechas y desamparadas tan lejos de su elemento, como un escollo con algas, conchas y cangrejos del que se ha retirado el agua. ¿No es por eso por lo que las sombras son cada vez más alargadas conforme avanza la noche? Se alargan buscando la noche, esa marea de oscuridad que baña la tierra, cumpliendo durante unas horas los deseos más profundos de las sombras.

Miré el reloj. Eran las nueve y diez. Faltaban veinte minutos para la hora de acostarse.

Por la tarde, lo peor de estar castigado era que no podías salir, mientras veías por la ventana a todos los que estaban fuera. Por la noche, lo peor era que no había una clara separación entre las distintas fases de las que constaba la noche. Que después de haber estado levantado un buen rato, simplemente me desnudaba y me metía en la cama. La diferencia entre las dos situaciones, que normalmente era grande, casi se borraba durante el castigo, y conducía a que fuera muy consciente de mí mismo de una manera que no era habitual. Era como si la persona que yo era *mientras* hacía lo que estuviera haciendo, como por ejemplo cenar, cepillarme los dientes, lavarme la cara, ponerme el pijama, no sólo apareciera, sino que también me llenara del todo, ya que de repente no *había* nada más. Yo era exactamente la misma persona sentado en la cama vestido o acostado en ella desvestido. De hecho, no había ninguna separación o tránsito.

Era una sensación irritante.

Una vez más me acerqué a la puerta y pegué la oreja. Primero había silencio, luego oí unas voces y de nuevo silencio. Lloré un poco, me quité la camiseta y el pantalón corto y me metí en la cama con el edredón hasta la barbilla. El sol seguía brillando en la pared de enfrente. Leí unas revistas, luego las dejé en el suelo y cerré los ojos. Mi último pensamiento antes de dormirme fue que yo no tenía la culpa.

Me desperté y miré el reloj. Las dos culebras luminosas señalaban las dos y diez. Me quedé un rato inmóvil, intentando averiguar qué era lo que me había despertado. Aparte del pulso que me latía susurrando al oído, reinaba un silencio absoluto. Por la calle no pasaban coches, en el estrecho no había ningún barco, ningún avión volaba por el cielo, ni un paso, ni una voz, nada. Tampoco en nuestra casa.

Levanté un poco la cabeza para que las orejas no rozaran en ninguna parte. Al cabo de

unos segundos oí un ruido procedente del jardín. Un sonido tan alto y claro que al principio no lo capté, pero que cuando reparé en él me pareció horrible.

Iiiii-iiii-iiii-iiii. Iiiiiii-iiii-iiiiiii. Iiiii.

Me arrodillé en la cama, aparté la cortina y miré por la ventana. El césped estaba bañado en una tenue luz, la luna llena brillaba sobre la casa. Una ráfaga de viento agitó la hierba como si ésta se alejara corriendo. Una bolsa blanca de plástico que se había enganchado en el extremo del seto se mecía, y pensé que alguien que no supiera de la existencia del viento pensaría que era la propia bolsa la que se movía. Me temblaban las puntas de los dedos de las manos y de los pies, como si me encontrara a una gran altura. El corazón me latía deprisa en el pecho. Los músculos del estómago se tensaron, tragué saliva y volví a tragar. La noche era el tiempo de los fantasmas y de los espectros, la noche era el tiempo del hombre sin cabeza y del esqueleto llorón. Y de la noche sólo me separaba una fina pared.

¡Ahí estaba otra vez ese sonido!

Iiii-iiiiiiii-iii-iiiiiiiiiiiiiiii-ii-iiiiiiii.

Dejé que mi mirada se deslizara por el césped gris del jardín. Junto al seto, a unos cinco metros de distancia, avisté al gato de los Prestbakmo. Estaba tumbado en la hierba, dando golpes a algo con la pata. Lo que estaba golpeando, un trozo gris de algo, como de piedra o barro, fue lanzado unos metros hacia la ventana. El gato se levantó y lo siguió. El bulto se quedó inmóvil en la hierba. El gato lo tocó cuidadosamente con la pata un par de veces, acercó la cabeza y fue como si lo empujara con el hocico, antes de abrir las mandíbulas y metérselo en la boca. Cuando el chirrido volvió a sonar, comprendí que se trataba de un ratón. Ese ruido tan repentino pareció desconcertar al gato. Al menos hizo un movimiento con la cabeza y lo tiró. Esta vez el ratón echó a correr todo lo que pudo y cruzó el césped. El gato permaneció inmóvil, siguiéndolo con la mirada. Por un momento pareció que iba a dejar marchar al ratón. Pero entonces, en el instante en que el ratón llegó al parterre que había delante de la valla del jardín de los Prestbakmo, corrió tras él. Tres saltos y volvió a cazarlo.

En la habitación de al lado sonó de repente la voz de mi padre. Su tono era bajo y murmuraba, como si no tuviera ni principio ni fin, como solía sonar cuando hablaba dormido. Al instante, alguien se levantó de la cama. Por la ligereza de los pasos que siguieron, supe que era mi madre. Fuera, el gato había empezado a dar saltos. Parecía una especie de baile. Una nueva ráfaga de viento hizo ondear la hierba. Eché un vistazo al pino y vi mecerse sus sensibles ramas, negras y frágiles bajo la luna amarilla y pesada. Mi madre abrió la puerta del baño. Cuando la oí bajar el asiento del inodoro, apreté las manos contra las orejas y empecé a canturrear. Los sonidos que saldrían entonces de ella eran de lo peor que conocía, eran como silbantes, como si soltara vapor. También solía

evitar el estruendoso chapoteo de mi padre, aunque no me resultaba tan difícil sobrellevar ese sonido como los silbidos de mi madre. *Aaaaaaaaaa*, exclamaba ella, mientras yo contaba lentamente hasta diez y seguía al gato con la mirada. Aparentemente hartado ya del juego, cogió al ratón con la boca, atravesó el seto y luego la calle, hasta meterse por la entrada del jardín de los Gustavsen, donde lo dejó en el suelo, delante de la caravana. Permaneció un rato mirándolo fijamente. El ratón estaba tan inmóvil como puede estarlo una criatura. El gato se subió de un salto a la valla de cemento y se fue balanceando hasta uno de los relojes de sol en forma de globo que había sobre el pilar. Me quité las manos de la cabeza y dejé de canturrear. En el cuarto de baño zumbaba la cisterna. El gato dio de repente la vuelta y miró al ratón, que seguía inmóvil. El chorro de agua del grifo salpicaba la porcelana de la pila. El gato bajó de la valla de un salto, salió a la calle y se tumbó como un pequeño león. Justo en el momento en que mi madre bajó el picaporte de la puerta y la abrió, el ratón se estremeció, como si el sonido hubiese disparado en él un impulso, y al instante emprendió una nueva y desesperada huida del gato, que al parecer también había calculado esa posibilidad, ya que sólo necesitó una fracción de segundo para adaptarse del reposo a la caza. Pero esta vez llegó demasiado tarde. Una plancha blanca de uralita tirada sobre el césped fue la salvación del ratón, que logró meterse debajo uno o dos segundos antes de que llegara el gato.

Era como si los rápidos movimientos de los animales continuaran dentro de mí; mucho rato después de haberme vuelto a la cama, el corazón me latía muy deprisa en el pecho. ¿Acaso porque el mismo corazón era un pequeño animal? Al cabo de un rato volví a cambiar de postura, coloqué la almohada a los pies de la cama y abrí un poco las cortinas para poder ver el cielo sembrado de estrellas, tan parecidas a granos de arena, una playa contra cuya orilla, para nosotros invisible, golpeaba el mar.

¿Pero qué había realmente más allá del universo?

Dag Lothar decía que no había nada. Geir decía que había llamas. Eso era lo que creía yo también, lo del mar se decía más porque el cielo estrellado se parecía a lo que se parecía.

En el dormitorio de mis padres se hizo de nuevo el silencio.

Eché la cortina y cerré los ojos. Me fui llenando lentamente del silencio y de la oscuridad de la casa, y caí sumido en un profundo sueño.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, los abuelos estaban con mi madre en el salón tomando café. Mi padre andaba por el jardín con el aspersor en la mano. Lo dejó en el borde del césped para que los finos chorros de agua, que parecían una mano saludando, no sólo alcanzaran la hierba, sino también el huerto. Los rayos del sol, ahora al otro lado de la casa, sobre el bosque al este, bañaban el jardín. El aire parecía tan quieto como el día anterior. El cielo estaba nublado, por las mañanas casi siempre lo estaba. Yngve

desayunaba sentado a la mesa. Los huevos blancos en las hueveras marrones me recordaron que era domingo. Me senté en mi sitio.

—¿Qué pasó ayer? —me preguntó Yngve en voz baja—. ¿Por qué estabas castigado?

—Estropeé la tele —contesté.

Me miró interrogante, sosteniendo la rebanada de pan en la mano justo debajo de la boca.

—Sí, se la puse a los abuelos. E hizo *puf*. ¿No han dicho nada?

Yngve dio un gran mordisco a la rebanada de pan con queso de comino y negó con la cabeza. Yo di un golpe con el cuchillo a la parte de arriba del huevo, lo abrí como una tapadera, saqué la blanda clara con una cucharilla, me estiré para llegar al salero y le di unos golpecitos con el dedo índice. Unté una rebanada de pan con margarina y me bebí un vaso de leche. Abajo mi padre abrió la puerta. Me comí la clara y metí la cucharilla en la yema para ver si el huevo estaba duro o sólo pasado por agua.

—Estoy castigado hoy también —dije.

—¿*Todo* el día? ¿O sólo por la tarde?

Me encogí de hombros. El huevo estaba duro, la yema amarilla se deshacía en el borde de la cucharilla.

—Todo el día, creo.

La calle estaba desierta, resplandeciente al sol. Pero en la cuneta, debajo de las tupidas ramas, había oscuridad y sombra.

Una bicicleta se acercaba cuesta abajo a toda marcha. El chico que iba en ella —de unos quince años— tenía una mano en el manillar y la otra en el bidón rojo de gasolina que llevaba atado al portaequipajes. Su pelo negro ondeaba al viento.

En la escalera sonaron los pasos de mi padre. Me senté derecho en la silla y eché una rápida mirada a la mesa para asegurarme de que todo estaba en orden. Un poco de huevo había acabado fuera de la huevera; lo llevé hasta el borde de la mesa para que cayera dentro de mi mano, y a continuación lo dejé en el plato. Yngve esperó casi demasiado para empujar su silla hasta la mesa y enderezarse, pero sólo casi, porque cuando mi padre entró por la puerta, Yngve tenía la espalda recta y los pies en el suelo.

—Coged vuestras cosas, chicos —dijo—. Vamos a dar una vuelta por Hove.

«¿Yo también?», estuve a punto de preguntar, pero me contuve, porque tal vez él se hubiese olvidado de que estaba castigado, y esa pregunta podía recordárselo. Si se acordaba, pero había cambiado de opinión, lo mejor sería también no mencionarlo, ya que podría entenderse como si él se hubiera equivocado, como que había hecho algo mal, y yo

no quería que pensara eso. Así que me fui a por mi bañador y una toalla que estaba tendida en la cuerda del sótano y lo metí todo en una bolsa de plástico, junto con las gafas de bucear, cosas que serían útiles si íbamos a una de las dos playas de Hove. Me senté en mi cuarto esperando el momento de irnos.

Cuando media hora más tarde fuimos en el coche hasta la parte de la isla que daba al mar abierto, en el que tal vez fuera el día más bonito del año, con el mar en tanta calma que apenas se oía un ruido y prestaba por ello al entorno, las ya de antes calladas rocas y el ya de antes silencioso bosque, un resplandor de algo irreal, en el que cualquier paso sobre la piedra y cualquier tintineo de botellas sonaba como si fuera la primera vez, y el sol, brillando en el cénit, aparecía como algo profundamente primitivo y esencialmente desconocido ese día, cuando se podía ver el mar curvarse y desaparecer en la profundidad más allá del horizonte, sobre el que el cielo, con su color azul luminoso, suave y medio nebuloso, flotaba con tanta ligereza por encima de nosotros, y tanto Yngve y yo como mis padres nos pusimos los bañadores dejando, cada uno a su manera, que el agua tibia nos envolviera los cuerpos calentados por el sol, los abuelos estaban allí sentados con sus mejores galas como ajenos al entorno y a lo que ocurría en él, como si el rasgo de la década de los cincuenta y su pertenencia al oeste del país de esos abuelos míos no sólo fuera algo que los caracterizaba superficialmente, a través de su ropa, sus maneras y su dialecto, es decir, como algo externo, sino al contrario, como si viniera del interior, desde la profundidad de sus respectivas almas, desde el interior de sus respectivos caracteres. Resultaba tan extraño verlos sentados sobre la roca, mirando con los ojos entornados hacia la intensa luz que nos llegaba desde todos los lados..., parecían tan extraños...

Los abuelos se marcharon al día siguiente. Mi padre los llevó al aeropuerto de Kjevik y aprovechó la ocasión para ir a ver a mis abuelos paternos, mientras mi madre nos llevaba a Yngve y a mí de excursión al lago Gjerstad, con la intención de bañarnos, comer galletas y pasárnoslo bien, pero, primero, mi madre no encontró ningún camino que llevara al lago, así que tuvimos que andar un buen trecho a través de un bosque lleno de maleza y espesura; segundo, la parte del lago a la que llegamos resultó estar verde de algas, y el monte pelado resbaladizo; y tercero, empezó a llover casi en el momento en que dejamos en el suelo la bolsa térmica y la cesta con las galletas y las naranjas.

Mi madre pretendía que hiciéramos una bonita excursión, pero no lo consiguió. Me dio mucha pena, pero no fui capaz de transmitirse. Era una de esas cosas que simplemente hay que olvidar cuanto antes. No resultó nada difícil, con todas las experiencias nuevas e inusuales que me esperaban las siguientes semanas. Pronto empezaría el colegio, y en consecuencia habría una serie de objetos nuevos que serían míos. En primer lugar, la mochila, que fui a comprar con mis padres a la ciudad el sábado siguiente. Era cuadrada, la parte exterior de un reluciente color azul y las correas blancas. Dentro tenía dos apartados, en los que me apresuré a meter el estuche naranja que también me habían comprado, con un lápiz, una pluma, una goma de borrar y un

sacapuntas, además del cuaderno con la cubierta de cuadros naranjas y marrones, igual que el de Yngve, y unos cómics que metí para rellenar. Allí estaba la mochila, junto a la pata del escritorio, cada noche al acostarme me recordaba que aún faltaban muchos días para que, con casi todos los niños que conocía, empezara primero de primaria. Todos habíamos estado una vez en el colegio, fue un día en la primavera; conocimos entonces a la que sería nuestra profesora, y nos quedamos un rato dibujando un poco, pero esto era diferente, esto ya no era de mentira, esto iba en serio. Algunos decían que odiaban el colegio, bueno, casi todos los chicos mayores decían que odiaban el colegio, y sabíamos que nosotros en el fondo también debíamos odiarlo, pero era a la vez tan fascinante eso que iba a suceder, sabíamos tan poco y esperábamos tanto..., aparte de que el propio hecho de empezar el colegio nos elevara de un día para otro a la misma división en la que jugaban los chicos mayores, de repente éramos como ellos, y *entonces* sí podríamos permitirnos el lujo de odiar el colegio, pero aún no... ¿Hablábamos de otra cosa? Apenas. En el colegio al que realmente pertenecíamos, Rolighed, donde trabajaban tanto mi padre como el de Geir, y al que iban todos los chicos mayores, no había sitio para nosotros, los grupos eran demasiado grandes, éramos demasiados nuevos habitantes, de modo que iríamos a un colegio en la parte este de la isla, a unos cinco o seis kilómetros de distancia, junto con todos los niños desconocidos de por allí, y nos llevarían en autobús. Era un gran privilegio y una auténtica aventura. ¡Un autobús vendría a recogernos todos los días!

También me compraron un pantalón y una chaqueta azul claro, y unas zapatillas de deporte azul oscuro, con rayas blancas en el empeine. Varias veces, cuando mi padre no estaba en casa, me puse la ropa nueva y me contemplé en el espejo de la entrada, a veces también con la mochila a la espalda, de manera que cuando por fin llegó el día y me coloqué en la gravilla delante de la puerta de la entrada para que mi madre me hiciera una foto, no sólo fueron la emoción y la incertidumbre lo que me producía un cosquilleo en el estómago, sino también esa sensación especial, casi triunfante, que me invadía a veces cuando llevaba ropa excepcionalmente bonita.

La noche anterior me había bañado, y mi madre me había lavado el pelo. Cuando me desperté por la mañana, la casa dormía aún, silenciosa, y el sol todavía se estaba alzando por detrás de los abetos. ¡Ah, qué gusto poder sacar por fin la ropa nueva del armario y ponérmela! Fuera cantaban los pájaros, seguía siendo verano, detrás del velo brumoso el cielo estaba azul y enorme, y las casas a ambos lados de la calle en las que ahora reinaba el silencio, pronto hervirían, casi como en el 17 de mayo, de impaciencia e ilusión. Saqué los cómics de la mochila, me la colgué a la espalda, ajusté las correas y volví a colocármela. Me bajaba y me subía la cremallera de la chaqueta pensando: estaba mejor con la cremallera subida, pero entonces no se veía la camiseta que llevaba debajo... Entré en el salón, miré por la ventana al sol que estaba rojizo y llameante detrás de los árboles verdes, fui a la cocina y sin tocar nada miré hacia la casa de los Gustavsen, donde no había

señales de vida. Me coloqué delante del espejo de la entrada, me subí y me bajé la cremallera de la chaqueta un par de veces...; la camiseta también era bonita, sería una pena que no se viera.

¡Podía cepillarme los dientes!

Me fui al cuarto de baño, saqué el cepillo de dientes y la pasta dentífrica blanca. Me cepillé durante bastante rato enérgicamente, mientras me miraba en el espejo. Era como si el sonido del cepillo contra los dientes me llenara toda la cabeza desde dentro, de manera que no me enteré de que mi padre se había levantado hasta que abrió la puerta. Sólo llevaba puestos unos calzoncillos.

—¿Te cepillas los dientes antes de desayunar? ¡Qué tontería! ¡Deja el cepillo inmediatamente y vete a tu cuarto!

En cuanto pisé la moqueta roja del pasillo, cerró la puerta de un portazo y se puso a mear en el inodoro, tan ruidosamente como siempre. Yo me arrodillé en la cama para mirar hacia la casa de los Prestbakmo. ¿Eran dos cabezas lo que veía en la oscuridad de la ventana de la cocina? Sí, tenían que serlo. Estaban levantados y en marcha. ¡Ojalá hubiera tenido un walkietalkie para hablar con Geir! ¡Habría sido perfecto!

Mi padre salió del baño y se metió en su dormitorio. Oí su voz, y luego la de mi madre. ¡Entonces estaba despierta!

Me quedé en mi cuarto hasta que ella se levantó y entró en la cocina, donde mi padre llevaba ya algún rato trajinando. Al abrigo de la espalda de mi madre, me senté en mi sitio. Habían comprado cereales, algo muy poco frecuente en mi casa, y cuando mi padre puso un plato hondo y una cuchara delante de mí, y yo ya había echado leche sobre los copos dorados, ligeramente perforados y de formas bastante desiguales, decidí que los cereales estaban mejor crujientes, es decir, cuando la leche aún no los había empapado. Pero cuando llevaba un rato comiendo y empezaron a ponerse blandos, como llenos de su propio sabor y del de la leche, además del del azúcar, que había esparcido por encima, cambié de opinión: era entonces cuando *estaban* en su mejor momento.

¿O no?

Mi padre se fue al salón con una taza en la mano, no solía desayunar, sino que se sentaba allí a fumar y tomar un café. Yngve entró, se sentó en su sitio sin pronunciar palabra, se echó leche y cereales, esparció azúcar por encima y empezó a engullir.

—¿Te hace ilusión ir al cole? —me preguntó al cabo de un rato.

—Un poco —contesté.

—No es para tanto, en absoluto —dijo.

—Claro que lo es —intervino mi madre—. A ti también te hizo ilusión empezar el

colegio. Lo recuerdo muy bien. ¿Lo recuerdas tú?

—Sí —dijo Yngve—. Supongo que sí.

Él iba al colegio en bicicleta, por regla general un rato antes de que mi padre se fuera en su coche, excepto cuando éste tenía algún trabajo que hacer antes de que empezara la primera clase, lo que ocurría de vez en cuando. Para Yngve estaba descartado por completo ir al colegio en coche con mi padre, excepto en días muy especiales, como por ejemplo cuando había nevado mucho durante la noche. Para que no tuviera ninguna ventaja por ser su padre profesor en el mismo colegio.

Cuando se marcharon después de desayunar, me quedé un rato con mi madre en la cocina. Ella leía el periódico, yo hablaba.

—¿Crees que escribiremos en la primera clase, mamá? —le pregunté—. ¿O lo normal es hacer cálculo? Leif Tore dice que dibujaremos, porque al principio nos lo vamos a tomar con calma, y que no todos saben escribir. O sumar. En realidad creo que sólo sé yo. Aprendí cuando tenía cinco años y medio, ¿te acuerdas?

—¿Quieres decir que te acuerdas de cuando aprendiste a leer? —me preguntó mi madre.

—Aquella vez delante de la estación de autobuses, cuando leí lo que ponía allí, «Cafetería». Entonces tú te reíste. E Yngve también. Ahora sé que se dice «cafetería». ¿Quieres que lea algún titular?

Mi madre asintió. Yo leí. Un poco entrecortado, pero todo correcto.

—Lo has hecho muy bien —dijo ella—. Te va a ir estupendamente en el colegio.

Se rascaba la oreja mientras leía, de esa manera tan propia suya, como sólo hacía ella, con la mano en la oreja moviéndose rapidísimamente hacia delante y hacia atrás, como un gato.

Dejó el periódico y me miró.

—¿Te hace ilusión? —preguntó.

—No puedo decir que no —respondí.

Sonrió y me acarició la cabeza, se levantó y empezó a retirar de la mesa las cosas del desayuno. Yo me fui a mi habitación. El colegio no empezaba hasta las diez por ser el primer día. Pero a pesar de ello acabamos teniendo que correr, algo que ocurría a menudo con mi madre, era bastante despistada con asuntos como ése. Desde la ventana vi cómo se extendía la excitación delante de las casas en las que había niños que empezaban el colegio ese día, es decir, en las familias de Geir, Leif Tore, Trond, Geir Håkon y Marianne, se peinaban cabezas, se ajustaban vestidos y camisas, se hacían fotos. Cuando por fin estaba allí sonriendo a mi madre, con una mano protegiéndome del sol que ya se había

movido un buen trecho sobre las copas de los abetos, todos se habían ido. Éramos los últimos y de repente íbamos tarde, de manera que mi madre, que se había tomado el día libre en su trabajo para la ocasión, empezó a meterme prisa. Yo abrí la puerta del Volkswagen verde, empujé el asiento hacia delante y me senté detrás, mientras ella sacaba la llave de su bandolera y arrancaba el coche. Se encendió un pitillo y dio marcha atrás, después de haber echado una rápida mirada por encima del hombro; un par de metros más arriba en la cuesta cambió de marcha y empezó a bajar. El ruido casi atronador del motor golpeaba la pared de cemento. Yo me puse en el centro, desde donde podía mirar hacia fuera por entre los respaldos de los asientos de delante. Vi los dos depósitos blancos al otro lado del estrecho, el cerezo silvestre de Kristen, luego la carretera cuesta abajo hacia el pequeño puerto por donde no íbamos casi nunca —esa ruta que, durante los siguientes seis años, llegaría a serme tan familiar que conocería cada pequeño claro en el bosque— en dirección a las pequeñas localidades de la parte este de la isla, que mi madre no conocía, lo que le hacía estar un poco nerviosa.

—¿Recuerdas si era por aquí abajo, Karl Ove? —me preguntó, apagando el pitillo en el cenicero mientras miraba por el retrovisor.

—No me acuerdo —contesté—, pero creo que sí. Al menos era a la izquierda.

Había una tienda al lado de un muelle rodeada por un grupo de viviendas, pero ninguna escuela. El mar estaba azul oscuro, casi negro bajo la sombra de las casas, en esa plenitud intocada por el calor que lo separaba de casi todos los demás colores del paisaje, como diluido tras la ola de calor de varias semanas. Amarillo, marrón y verde pálido eran los colores que contrastaban con el frío azul de la superficie del mar.

Mi madre conducía por una carretera de grava. El polvo se levantaba detrás de nosotros. Cuando el camino se estrechó, dando la impresión de que nada iba a ocurrir en él, dio la vuelta y volvió por donde habíamos llegado. Al otro lado, a lo largo de la orilla del agua, había otra carretera por la que se metió. Tampoco ésa llevaba al colegio.

—¿Vamos a llegar tarde? —le pregunté.

—Quizá —contestó—. ¿Por qué no habré traído un mapa?

—¿Nunca has estado allí?

—Sí —contestó—. Pero no tengo tan buena memoria como tú, ¿sabes?

Subimos la cuesta por la que habíamos bajado diez minutos antes, y nos metimos en la carretera general, muy cerca de una capilla. En cada señal de tráfico y en cada cruce, ella reducía la velocidad y se agachaba para mirar.

—¡Es aquí, mamá! —grité, señalando. Aún no se podía ver, pero reconocí el prado a la derecha; en lo alto de la suave cuesta estaba el colegio. A lo largo del edificio había un estrecho camino de gravilla con un montón de coches aparcados, y cuando mi madre giró

para meterse por ese camino, me dio tiempo a ver que el patio de recreo estaba lleno de gente, y que en el pequeño montículo, debajo del mástil de la bandera, había un señor gesticulando, al que todos miraban.

—¡Tenemos que darnos prisa! —exclamé—. ¡Han empezado! ¡Mamá, han empezado!

—Sí, lo sé —dijo mi madre—. Pero primero tenemos que encontrar un sitio para aparcar. Allí, tal vez. Sí.

Habíamos acabado abajo, junto al gimnasio y la sala de manualidades, un edificio blanco de los viejos tiempos, y delante de él, en un lugar asfaltado, dejó mi madre el coche. No conocíamos mucho aquello, de modo que en vez de ir hasta el extremo del edificio y coger el atajo por el campo de fútbol, seguimos el camino del otro lado, hasta el patio. Mi madre correteaba conmigo a rastras. La mochila me golpeaba deliciosamente la espalda cuando corría, cada golpe me recordaba lo que llevaba en ella, algo resplandeciente, y el siguiente pensamiento fue para el pantalón y la chaqueta azul claro y los zapatos azul oscuro.

Cuando por fin llegamos al patio, la multitud estaba entrando lentamente en el bajo edificio escolar.

—Creo que nos hemos perdido la ceremonia de bienvenida —dijo mi madre.

—No importa, mamá —dije—. ¡Ven!

Descubrí a Geir y a su madre, y me acerqué corriendo a ellos con mi madre cogida de la mano, se saludaron sonrientes, y subimos la escalera en medio de muchos padres e hijos. La mochila de Geir era igual que la mía, como las de casi todos los chicos, pero las de las chicas eran muy distintas entre ellas, según pude ver de pasada.

—¿Sabes adónde nos llevan? —preguntó mi madre a Martha, que era la madre de Geir.

—No lo sé —contestó Martha riéndose—. Seguiremos a su señorita.

Miré en la dirección en la que ella señaló con la cabeza. Y allí estaba la señorita. Se detuvo delante de la escalera y dijo que todos los de su clase tendríamos que bajar por allí. Geir y yo bajamos corriendo los escalones entre toda la gente, hasta el final del pasillo. Pero la señorita se detuvo delante de una puerta justo al lado de la escalera, de modo que no llegamos los primeros, como pensábamos, sino casi los últimos.

El aula estaba llena de niños vestidos con sus mejores galas, acompañados de sus madres. Por la ventana se veía un estrecho prado; más allá, el bosque tupido. La señorita se colocó detrás de su mesa, subida en una pequeña tarima; en la pizarra detrás de ella ponía «BIENVENIDOS A LA CLASE 1B» en letras de color rosa y con un borde de flores. En la pared detrás de la mesa colgaban mapas y gráficos.

—Hola a todos —dijo la señorita—. ¡Bienvenidos al colegio de Sandnes! Me llamo

Helga Torgersen y voy a ser vuestra profesora. ¡Me hace mucha ilusión, os lo aseguro! Vamos a hacer muchas cosas divertidas. ¿Y sabéis una cosa? No sólo vosotros sois nuevos aquí hoy. Yo también soy nueva. ¡Sois mi primera clase!

Miré a mi alrededor. Todos los adultos sonreían. Los niños miraban a los demás niños. Yo conocía a Geir Håkon, Trond, Geir, Leif Tore y Marianne. Y a ese chico que solía tirarnos piedras y que tenía aquel perro horrible. A los demás no los había visto nunca.

—Ahora vamos a pasar lista —dijo la señorita—. ¿Alguien sabe lo que es pasar lista?

Nadie contestó.

—Tú dices un nombre y el que tiene ese nombre contesta —expliqué yo.

Casi todo el mundo me miró. Sonreí ampliamente con mis dientes salientes.

—Correcto —dijo la señorita—. Empezaremos por la A, que es la primera letra del alfabeto. Todo esto lo aprenderéis más adelante. Ahora la A. ¡Anne Lisbet!

—Sí —sonó una voz de niña, y todos se volvieron en dirección al sonido, también yo.

La que había contestado era una niña delgada con el pelo negro y brillante, que parecía una india.

—¿Asgeir? —dijo la señorita.

—¡Sí! —contestó un chico con dientes grandes y pelo largo.

Después de pasar lista, nos sentamos cada uno en nuestro sitio, y los padres se colocaron junto a la pared. La señorita repartió a cada uno una flauta dulce, un cuaderno para escribir en limpio y otro para borrador, un horario con nuestras asignaturas impresas, además de una hucha y un folleto con la imagen de una hormiga amarilla de una caja de ahorros local. Luego nos habló de algunas cosas que tendrían lugar durante el otoño, entre otras un cursillo de natación que se organizaría en la piscina de un colegio al otro lado del estrecho, ya que en Tromøya no había piscina. Repartió una hoja informativa al respecto, con una parte que había que rellenar y entregar si querías asistir. Luego dibujamos un poco, mientras los padres seguían allí mirándonos, y eso fue todo. Hasta el día siguiente no empezaríamos en serio, entonces cogeríamos solos el autobús y estaríamos en el colegio durante tres horas sin tener a los padres a la espalda.

Cuando salimos del aula, yo seguía emocionado con todo lo nuevo y desconocido, y esa sensación perduraba cuando todos los alumnos de la nueva clase se metieron en sus respectivos coches junto con sus padres. Normalmente sólo el 17 de mayo había tanta agitación de coches y de niños que abandonaban un lugar al mismo tiempo, pero cuando iniciamos el camino de vuelta a casa, la decepción se me metió dentro, y conforme nos acercábamos, me iba poniendo cada vez más triste.

Pero si no había pasado nada.

Yo sabía leer y escribir, y me hubiera gustado tener la oportunidad de demostrarlo el primer día. ¡Al menos un poco! Y esperaba con mucha ilusión lo del recreo, que el timbre sonara a la entrada y a la salida, usar el nuevo estuche y los compartimentos de la mochila.

Pero no, la jornada no había estado a la altura de mis expectativas, y tuve que quitarme esa ropa que me quedaba tan bien y colgarla en el armario, a la espera de futuras solemnes ocasiones. Me quedé un rato sentado en la banqueta de la cocina charlando con mi madre, mientras ella preparaba la comida, pocas veces la tenía para mí solo a mediodía, y ahora encima me había acompañado a lo más importante de todo, de modo que disfruté del momento por lo valioso que era, y no paré de hablar.

—Deberíamos tener un gato para poder jugar con él —dije—. ¿Podríamos tener uno?

—Estaría muy bien —contestó mi madre—. A mí me gustan mucho los gatos. Son una buena compañía.

—¿Entonces es papá el que no quiere?

—No lo sé —contestó mi madre—. Simplemente no está muy interesado, creo yo. Y quizá piense en el trabajo que conlleva tener un animal.

—Yo puedo ocuparme de él —dije—. Eso no es un problema.

—Ya lo sé —dijo mi madre—. Ya veremos.

—Ya veremos, ya veremos —dije—. Si Yngve quiere, somos tres los que queremos tener un gato.

Mi madre se rió.

—No es tan sencillo —dijo—. Tendrás que armarte de paciencia. Quién sabe lo que va a pasar.

Dejó la zanahoria ya pelada encima de la tabla y se puso a picarla, luego levantó la tabla y dejó caer todo dentro de la cacerola grande, en la que ya había huesos y trozos de carne. Miré por la ventana. A través de los muchos agujeritos de la cortina color naranja hecha a ganchillo por mi madre, vi que la calle estaba desierta, como casi siempre a mediodía.

De repente olía mucho a cebolla, y me volví hacia mi madre, que estaba pelando una con los ojos llenos de lágrimas y los brazos extendidos.

Cuando volví a mirar por la ventana, vi a Geir bajar la cuesta corriendo. También él había vuelto a ponerse ropa normal. Al cabo de unos segundos, se oyó el crujido de sus pasos por la gravilla del jardín a través de la ventana medio abierta.

—¿Vienes, Karl Ove? —gritó.

—Voy a dar una vuelta —dije a mi madre, dejándome deslizar de la silla.

—Muy bien —contestó—. ¿Adónde vais?

—No lo sé.

—No os vayáis lejos.

—Vale —contesté, y bajé deprisa a la entrada a abrir la puerta, para que Geir no pensara que la casa estaba vacía y se marchara. Lo saludé, y me puse las zapatillas de deporte.

—Tengo una caja de cerillas —dijo en voz baja, palpándose el bolsillo del pantalón corto.

—¡De verdad! —exclamé, también yo en voz baja—. ¿De dónde la has sacado?

—Estaba en casa. En el salón.

—¿La has robado?

Asintió con la cabeza.

Me levanté, salí y cerré la puerta.

—Tenemos que encender algo —dije.

—Sí —contestó Geir.

—¿Pero qué?

—Cualquier cosa. Busquemos algo. La caja está entera. Podemos encender muchas cosas.

—Pero tenemos que hacerlo en un sitio donde nadie vea el humo —dije—. Tal vez arriba, en el monte.

—Vale.

—Y necesitamos algo para apagar el fuego —añadí—. Espera un momento. Voy a por una botella de agua.

Volví a abrir la puerta, me quité los zapatos y subí la escalera hasta la cocina, donde estaba mi madre. Ella se volvió al oírme entrar.

—Nos vamos de excursión —dije—. Necesito una botella de agua.

—¿No prefieres llevarte limonada? Puedes coger una si quieres. ¡Todavía es tu primer día de colegio!

Vacilé. Tenía que ser agua. Pero ella podría sospechar algo, porque yo siempre prefería la limonada al agua. De modo que la miré y dije:

—No, Geir quiere agua, así que yo también.

El corazón me latía más deprisa en el pecho mientras lo decía.

—Como quieras —dijo. Cogió una botella de refresco vacía de cristal verde oscuro, casi opaco, del armario de debajo de la pila; la llenó de agua, le puso el tapón y me la dio.

—¿Quieres también unas rebanadas de pan?

Me quedé pensando.

—No —dije—. O mejor sí. Dos con fuagrás.

Mientras ella sacaba el pan y lo cortaba, yo abrí la ventana un poco más y asomé la cabeza.

—¡Voy enseguida! —grité. Geir me miró con ojos serios y asintió con la cabeza.

Cuando mi madre acabó de preparar y envolver las rebanadas, las metí en una bolsa de plástico junto con la botella, y bajé a toda prisa a reunirme de nuevo con Geir. Subimos la cuesta. El calor había ablandado el borde de la calle. Por donde circulaban los coches estaba más duro. A veces nos tumbábamos sobre el asfalto como gatos, dejando que el calor que desprendía nos calentara. Pero en esta ocasión teníamos otros asuntos de que ocuparnos.

—¿Me dejas verla? —pregunté.

Geir se detuvo y se sacó la caja del bolsillo. La cogí y la agité un poco. Estaba llenísima. La abrí. Todas las cerillas estaban sin usar.

Encender. Encender.

—La caja está completamente nueva —dije, devolviéndosela—. ¿No se darán cuenta de que la has cogido?

—No creo —respondió—. Y si me preguntan, lo negaré. No podrán *probarlo*.

Llegamos hasta la casa de los Molden y allí nos metimos por el sendero. La hierba estaba seca y amarilla, y por algunas partes marrón. En casa de Geir, la madre era la severa y el padre era el bueno. Los padres de Dag Lothar eran igual de buenos los dos, el padre tal vez un poco más severo. En casa de los demás el padre era el severo y la madre la buena. Pero nadie era tan severo como mi padre, eso seguro.

Geir se detuvo y se agachó con la caja de cerillas en la mano. Sacó una e hizo ademán de encenderla.

—¿Qué haces? —dije—. ¡Aquí no! ¡Todo el mundo puede vernos!

—Qué va —resopló. Pero no obstante se levantó, metió de nuevo la cerilla en la caja y siguió andando.

En lo alto del monte nos volvimos y contemplamos el paisaje, como solíamos hacer. Conté cuatro pequeños triángulos blancos abajo en el estrecho. Luego un barco más grande con algo que parecía una excavadora en la cubierta. Junto al islote de Gjerstad se veían dos barcos amarrados.

Encender, encender.

Cuando nos adentramos en el bosque, temblaba por dentro de excitación. Los rayos del sol reposaban como animalillos temblorosos de luz entre las sombras de las ramas sobre el sotobosque. Nos detuvimos detrás de la gran raíz del árbol caído, yo saqué de la bolsa la botella de agua para tenerla preparada, mientras Geir se agachaba, encendía una cerilla y acercaba la pequeña llama, casi invisible, a una de las briznas ralas de hierba que crecían por allí. Se prendió inmediatamente. La llama pasó a las hierbas de al lado. Cuando se había hecho tan grande como una mano de adulto, eché agua encima. Un pequeño reguero de humo flotó por el aire, como si actuara por su cuenta, independiente de lo que acababa de suceder.

—¿Crees que alguien lo habrá visto? —preguntó Geir.

—El humo se ve a muchísima distancia —dije—. Los indios veían las señales de humo a un montón de kilómetros.

—Ha ardido muy deprisa —dijo Geir—. ¿Lo has visto?

Sonrió, y se pasó rápidamente una mano por el pelo.

—Sí —contesté.

—¿Lo intentamos en otro sitio?

—Sí, pero esta vez quiero encenderla yo.

—Vale —dijo. Me alcanzó la caja de cerillas, mientras miraba a su alrededor en busca de un nuevo lugar adecuado.

Geir siempre se mostraba impaciente antes de cualquier actividad y completamente absorto cuando se encontraba en medio de ella. De todos los chicos que yo conocía, él era el que más imaginación tenía. Cuando jugábamos a algo, por ejemplo a exploradores, marineros, piratas, indios, pilotos de coches de carreras, astronautas, ladrones, contrabandistas, príncipes, monos o mensajeros secretos, él podía aguantar durante horas, al contrario por ejemplo que Leif Tore o Geir Håkon, que se cansaban enseguida y querían hacer otra cosa, sin ningún interés por esa luz con la que la imaginación podía iluminar todas las cosas; Geir, en cambio, estaba más que satisfecho con la cosa en sí, aunque sólo fuera el viejo coche siniestrado en medio del grupo de pequeños sauces en el llano, entre el parque infantil y el campo de fútbol, cuyos asientos, volante, palanca de cambios, pedales, salpicadero, guantera y puertas estaban intactos, en el que jugábamos a

menudo, y ellos sólo jugaban a que era un coche, lo que era verdad, pisaban el pedal del embrague, tiraban de la palanca de cambios, giraban el volante, regulaban los espejos laterales rotos, daban saltos en el asiento para simular velocidad, mientras Geir se dejaba seducir además por todo lo que se podía añadir, por ejemplo, que estuviéramos huyendo tras el atraco a un banco, y los cristales rotos, que seguían diseminados sobre las alfombrillas negras del suelo, permitieran a uno salir por la ventanilla y subir al techo mientras el otro conducía, para disparar desde allí a los perseguidores, un juego que podía llevarse hasta el punto en el que aparcábamos el coche en un garaje con el fin de repartirnos el botín, y más lejos aún, porque ¿a que no estaban cerca los perseguidores cuando nos deslizábamos entre los árboles camino de casa en el resplandor del sol bajo? O si no nos imaginábamos que era una nave espacial en la que íbamos sentados, y que el paisaje que nos rodeaba era en realidad un paisaje lunar, en el que nos resultaría imposible andar de un modo normal al salir del coche, y habría que moverse a saltos. A veces nos metíamos por uno de los muchos arroyos que nos rodeaban; de todos los chicos que yo conocía, sólo Geir tendría interés en seguir hacia arriba para encontrar su nacimiento. Lo que solíamos hacer sobre todo era ir en busca de nuevos lugares, o volver a los que ya habíamos encontrado. Podía tratarse de un gran roble viejo con el tronco hueco; una hoya en un arroyo; un sótano inundado de una casa no terminada; el fundamento de hormigón del enorme mástil del puente o los primeros metros de los gruesos cables metálicos que iban desde un lugar de fijación en el bosque hasta el punto más alto donde uno podía trepar; un desvencijado cobertizo entre Tjenna y la carretera al otro lado, que por el momento constituía el límite de nuestras correrías, nunca habíamos pasado de allí, un cobertizo hecho de tablas lisas, oscuras de podredumbre, los dos coches siniestrados; la pequeña laguna con los tres islotes no más grandes que unas matas, uno de ellos casi totalmente cubierto por un solo árbol, con el agua negra y profunda alrededor, aunque se encontraba muy cerca de una cuesta de la carretera; ese monte blanco, como de cristal, junto al sendero que iba a la gasolinera Fina y del que se podían extraer trozos a golpes; la fábrica de pequeñas embarcaciones al otro lado del puente, más allá de Gamle Tybakken, todas las naves que había allí, los cascos vacíos de los barcos, los bloques y máquinas oxidadas, ese olor tan agradable a aceite, brea y agua salada. Íbamos casi a diario por esa área que se extendía sobre uno o dos kilómetros en todas las direcciones, y lo único que importaba de todo lo que encontrábamos o buscábamos era que fuera secreto y que era nuestro. Con los otros niños jugábamos a llevar un palo sobre otro en equilibrio, a patear una lata y al fútbol, o íbamos a esquiar; cuando estábamos solos buscábamos lugares que nos atraían por algo. Así éramos Geir y yo.

Pero ese día la magia se encontraba en lo que hacíamos, no en dónde nos encontrábamos.

Encender, encender.

Nos acercamos a un abeto a unos metros de distancia. Las ramas que colgaban justo

por encima del suelo eran grises y sin agujas, con aspecto de viejas. Rompí un trozo con el pulgar y el índice. Era quebradizo y fácil de desmenuzarse. En la pequeña colina en la que se encontraba el árbol crecía hierba rala entre terrones de tierra seca y un sinfín de agujas reseca casi de color naranja. Me puse en cuclillas, froté la cabeza roja de la cerilla contra la banda oscura y acerqué la llama a la hierba, que se prendió al instante. Al principio la llama era invisible, apenas un temblor en el aire encima de las briznas de hierba, que se arrugaron rápidamente. Pero enseguida se prendió toda la mata, y desde allí la llama empezó a extenderse, a la vez rápida y lentamente, más o menos como un montón de hormigas asustadas que se mueven de prisa si las miras una por una, y despacio si las ves todas juntas. De repente las llamas me llegaban hasta la cintura.

—¡Apaga! ¡Apaga! —le grité a Geir.

Agitó la botella sobre el fuego, que crepitaba y se encogía, mientras yo golpeaba con el dorso de la mano la hierba llameante.

—¡Puf! —exclamé, cuando por fin conseguimos apagar las llamas.

—¡Por los pelos! —dijo Geir echándose a reír—. ¡Ha sido un fuego de verdad!

Me levanté.

—¿Crees que alguien lo habrá visto? ¿Nos acercamos al barranco para ver si hay alguien mirando hacia arriba?

Sin esperar su respuesta, me apresuré por el sotobosque, blando y cubierto de musgo y brezo, y me metí por entre los árboles. Fue como si el repentino miedo encogiera todo lo que tenía dentro, y cada vez que mi pensamiento se acercaba a lo que había sucedido, era como si un abismo se abriera. Sin fondo. Ay, ¿qué pasaría ahora? ¿Qué pasaría ahora?

Me detuve en el borde del monte y me puse la mano encima de los ojos para protegerlos del sol. El coche de mi padre estaba ya aparcado en el patio. A él no lo veía. Pero podría estar dentro. Gustavsen cruzó el césped. Podría habernos visto y luego decírselo a mi padre. O tal vez se lo dijera después.

Sólo pensar en mi padre, en que existía, me hizo temblar de miedo por dentro.

Me volví hacia Geir, que venía andando con la bolsa de plástico colgándole de la mano. Un niño que tenía pinta de ser el hermano pequeño de Geir Håkon estaba sentado jugando allí abajo, en la arena, delante del bordillo. Un coche subía la cuesta, encerrado en sí mismo como un insecto, el negro parabrisas eran sus ojos vacíos, giró a la izquierda y desapareció.

—No podemos bajar directamente —dije—. Si alguien ha visto el humo, le dará que pensar.

¿Por qué lo hicimos? Ay, ¿por qué, por qué?

—Pueden vernos aquí también —dije—. ¡Ven!

Bajamos por la ladera poblada de árboles. Al llegar abajo fuimos tambaleándonos hasta casa a través del bosque, tal vez a diez metros de la calle. Nos paramos junto al gran abeto, con la corteza llena de pegajosa brea, de color parecido al del azúcar quemado, y un fuerte olor a enebro, muy cerca del arroyo bajo, ancho y turbio, en el que todos los colores eran verdes y sombríos. Entre los finos troncos de los serbales se veía nuestra casa, ya muy cerca. Me miré las manos en busca de hollín. No había ni rastro. Pero olían un poco a quemado, así que las metí en el agua y luego las froté en el pantalón para que se secaran.

—¿Qué vas a hacer con la caja de cerillas? —pregunté a Geir.

Geir se encogió de hombros.

—Seguramente esconderla.

—Si la descubren, no digas nada de mí —dije—. Ni de lo que hemos hecho.

—Claro que no —dijo Geir—. Por cierto, aquí tienes la bolsa.

Subimos hasta la carretera.

—¿Vas a encender más cosas hoy? —le pregunté.

—No creo —contestó.

—¿Ni siquiera con Leif Tore?

—Quizá mañana —dijo. De repente se le iluminó la cara—. ¿Me llevo las cerillas al colegio?

—¡Estás loco!

Se rió. Llegamos a la carretera y la cruzamos.

—¡Hasta mañana! —dijo, echando a correr cuesta arriba.

Pasé por delante del escarabajo de mi madre, aparcado en un trozo de hierba quemada justo fuera de la verja, junto al contenedor gris de basura. Pisé la gravilla. El miedo se apoderó otra vez de mí. El coche de mi padre brillaba rojo con el intenso sol. Miré al suelo, no quería encontrarme con esa mirada que tal vez me estuviera esperando en la ventana de la cocina. Sólo pensarlo me hizo temblar de miedo. Delante de la puerta de entrada, invisible ya desde la ventana de la cocina del primer piso, entrelacé las manos y cerré los ojos.

Querido Dios, pensé. Si no pasa nada, te prometo no volver a hacer nada malo nunca más. Nunca más. Te lo prometo, oh, Dios. Amén.

Abrí la puerta y entré.

La entrada estaba más fresca que el aire de fuera, y casi oscura después de esa intensa

luz del sol. En el aire se notaba el pesado olor a carne con verduras. Me agaché y me desaté los cordones de las zapatillas de deporte, que a continuación coloqué con cuidado junto a la pared. Luego subí la escalera, esforzándome por poner una cara normal y corriente, y me detuve vacilante al llegar arriba. ¿Qué habría hecho normalmente a continuación? ¿Apresurarme hasta mi cuarto o pasar por la cocina para ver si la comida estaba lista?

Voces, tintineo de cubiertos en los platos.

¿Llegaba tarde?

¿Estaban comiendo ya?

No, no, por favor.

¿Qué podía hacer?

La idea de dar la vuelta, subir al monte y adentrarme en el bosque para no volver nunca más me llegó como un alegre toque de trompeta en medio de mi corazón contraído.

Entonces ellos podrían arrepentirse.

—¿Eres tú, Karl Ove? —gritó mi padre desde dentro.

Tragué saliva, cabeceé, parpadeé unas cuantas veces e inspiré.

—Sí —contesté.

—¡Estamos comiendo! —gritó—. ¡Entra de una vez!

Dios había escuchado mi oración y había hecho lo que le había pedido. Mi padre estaba de buen humor, me di cuenta nada más entrar, estaba sentado con las piernas abiertas, reclinado, el espacio entre sus brazos era grande, y los ojos le brillaban con picardía.

—¿En qué estabas tan entretenido que se te ha pasado el tiempo sin darte cuenta? —me preguntó.

Me senté al lado de Yngve. Mi padre estaba sentado en el lado corto de la mesa, a la derecha, mi madre a la izquierda. La mesa de formica, con un dibujo en blanco y gris imitando al mármol y un listón gris alrededor del borde, con patas delgadas y tapones de goma debajo, estaba puesta con los platos marrones, los vasos verdes en los que ponía Duralex, una cestita con pan crujiente y la cacerola grande de la que asomaba un cucharón de madera.

—He estado con Geir —dije, inclinándome hacia delante para asegurarme de que había un trozo de carne en el cucharón, que levanté.

—¿Y dónde habéis estado? —preguntó mi padre, llevándose la cuchara a la boca. Un trocito amarillo pálido se le quedó enganchado en la barba.

—Ahí abajo, en el bosque.

—¿Ah, sí? —dijo, masticó un par de veces y tragó, aún con la mirada clavada en mí—. A mí me ha parecido veros subir hacia el monte.

Me quedé paralizado.

—No hemos estado allí —dije por fin.

—Mentira —dijo—. ¿Qué travesuras habéis hecho para que no quieras admitir que habéis estado allí?

—No hemos estado en el monte —mentí.

Mis padres se miraron. Él no dijo nada más. Pude volver a mover las manos, me llené el plato y empecé a comer. Mi padre se sirvió otra vez, siempre con esos movimientos como giratorios. Yngve había acabado de comer, seguía sentado a mi lado mirando al suelo con una mano sobre el muslo y la otra en el borde de la mesa.

—¿Qué tal el cole? —me preguntó mi padre—. ¿Os han puesto deberes?

Dije que no con la cabeza.

—¿Y la señorita? ¿Es buena?

Asentí.

—¿Cómo se llamaba?

—Helga Torgersen —contesté.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Ella vive en... ¿Os lo dijo?

—En Sandum —contesté.

—Parecía muy maja —dijo mi madre—. Joven y contenta de estar allí.

—Pero llegamos tarde —señalé, sintiéndome aliviado por dentro debido al giro de la conversación.

—¿Ah, sí? —dijo mi padre, mirando a mi madre.

—Nos confundimos de camino —explicó ella—. Así que llegamos unos minutos tarde, pero creo que estuvimos en lo más importante. ¿No te parece, Karl Ove?

—Sí —murmuré.

—No hables con la boca llena —dijo mi padre.

Tragué.

—Vale —dije.

—¿Y tú, Yngve? ¿Has tenido alguna sorpresa el primer día?

—No —contestó, enderezándose en la silla.

—Hoy tienes entrenamiento, ¿verdad? —le preguntó mi madre.

—Sí —contestó él.

Había cambiado de equipo. Había dejado el Trauma, el equipo de la isla, en el que jugaban todos sus amigos, con ese fantástico traje, camiseta azul con una raya blanca oblicua, pantalones blancos y medias blancas y azules, para inscribirse en el Saltrød, un club de una pequeña población del otro lado del estrecho. Ese día tenía el primer entrenamiento. Iba a cruzar el puente en bicicleta él solo, algo que nunca había hecho, y luego todo el camino hasta el campo de entrenamiento. Había dicho que eran cinco kilómetros.

—¿Entonces no han pasado más cosas en tu colegio hoy, Karl Ove? —preguntó mi padre.

Asentí y tragué.

—Sí —dije—. Vamos a ir a un curso de natación. Seis lecciones. En otro colegio.

—Vaya, vaya —dijo mi padre, pasándose el dorso de la mano por la boca, pero sin lograr quitarse el trozo de cebolla de la barba—. Buena idea. No puedes vivir en una isla sin saber nadar.

—Y es gratis —apuntó mi madre.

—Pero necesito un gorro de baño —dije—. Todo el mundo tiene que llevar. Y a lo mejor un bañador nuevo. No un pantalón corto, sino uno de esos... buenos.

—Un gorro de baño sí te vamos a conseguir. Pero tendrás que conformarte con el pantalón corto —dijo mi padre.

—Y gafas de natación —dije.

—¿Gafas también? —Mi padre me miró con ojos burlones—. Eso ya lo veremos.

Empujó el plato hacia el centro de la mesa y se reclinó en la silla.

—Gracias, la comida estaba muy buena —dijo mi padre.

—Gracias, mamá —dijo Yngve—, estaba todo muy rico. —Y salió pitando. Cinco segundos más tarde se oyó cerrarse la puerta de su cuarto.

Me quedé sentado un rato más, por si mi padre quería hablar conmigo. Él miraba por la ventana a los cuatro chicos con sus bicicletas que estaban en el otro cruce. Luego se levantó, dejó el plato en el fregadero, cogió una naranja del armario y bajó a su despacho con el periódico bajo el brazo, sin decir una palabra más a nadie. Mi madre empezó a

recoger la mesa y yo me fui al cuarto de Yngve, que estaba preparando la bolsa. Me senté en su cama a mirar. Yngve tenía unas auténticas botas de fútbol, unas Adidas negras con tacos, un pantalón corto de fútbol marca Umbro y un par de medias Start amarillas y negras. Mi madre le había comprado primero unas Grane blancas y negras, pero él no las quiso, así que me las quedé yo. Pero lo mejor que tenía Yngve era el chándal Adidas, azul con rayas blancas, de una tela lisa y brillante, no esa mate, como de crepé, y elástica, de la que antes estaban hechos todos los chándales. A veces lo olía, enterrando la nariz en ese material liso, porque olía fantásticamente bien. A lo mejor me lo parecía, porque yo quería uno igual, y tal vez por eso el olor estuviera impregnado de mi propio deseo, quizá porque ese olor, tan enteramente sintético, no recordaba a ninguna otra cosa, y por eso le hacía parecer algo que no pertenecía a este mundo, como si de alguna manera conllevara una promesa de futuro. Además del chándal, también tenía otra chaqueta y otro pantalón, marca Adidas, que se ponía encima cuando llovía.

Preparó la bolsa en silencio. Cerró la gran cremallera roja y se sentó junto al escritorio. Miró el horario semanal que tenía allí.

—¿Os han puesto deberes? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—A nosotros tampoco —dije—. ¿Has forrado ya los libros?

—No. Tenemos toda la semana para hacerlo.

—Yo lo haré esta noche. Mamá me va a ayudar.

—¡Mejor para ti! —dijo, levantándose—. Me largo. Si no he vuelto antes de medianoche, es porque me ha comido el hombre sin cabeza. ¡Aunque no sé cómo iba a poder!

Se rió y bajó la escalera. Yo lo seguí con la mirada desde la ventana del cuarto de baño, viendo cómo primero ponía un pie en el pedal, y con el otro se daba impulso, antes de pasarlo por encima de la barra, y cómo luego pedaleó todo lo que pudo con la marcha más larga, hasta que alcanzó la cuesta a tanta velocidad que pudo llegar hasta el cruce sin pedalear.

Cuando hubo desaparecido salí al pasillo, donde por un instante me quedé inmóvil para localizar a mis padres. Pero reinaba un silencio absoluto.

—¿Mamá? —llamé en voz baja.

No hubo respuesta.

Fui a la cocina, no estaba allí, luego fui al salón del fondo, tampoco estaba allí. ¿Podría estar en su cuarto?

Me acerqué y me quedé un instante en la puerta.

No.

¿En el jardín tal vez?

Desde distintas ventanas fui mirando los cuatro lados del jardín, sin ver ni rastro de ella por ninguna parte.

Y su coche seguía aparcado fuera, ¿no?

Pues sí.

El no saber dónde estaba mi madre me hizo en cierto modo sentirme desamparado en la casa, que se me abrió de un modo confuso, casi inquietante, y para recuperarme, volví a mi habitación y me senté en la cama a leer revistas. Entonces se me ocurrió de repente que sin duda estaría abajo, en el despacho de mi padre.

Yo no entraba allí casi nunca. Las pocas veces que lo hacía era para preguntar algo, por ejemplo si me dejaban quedarme levantado para ver un determinado programa de televisión, después de llamar a la puerta y que él hubiera dicho adelante. Me costaba tanto llamar a esa puerta que prefería acostarme sin ver el programa en cuestión. Un par de veces él nos había invitado a entrar para enseñarnos o darnos algo, sobres con sellos, por ejemplo, que metíamos en el fregadero de la pequeña cocina del estudio, la cual, que yo supiera, sólo se empleaba para eso, para que el pegamento se desprendiera, y luego, tras secar los sellos durante un par de horas, podíamos pegarlos en nuestros álbumes.

Por lo demás, yo nunca entraba allí. Ni siquiera estando solo en casa se me ocurría pisar ese lugar. El riesgo de que él lo descubriera era demasiado grande, él descubría todo lo que era anómalo, olfateaba de alguna manera hasta dar con ello, hiciera lo que hiciera para ocultarlo.

Como lo del monte durante la comida. Aunque no hubiese visto nada, excepto que subíamos, sabía que habíamos hecho alguna travesura allí arriba. De no ser porque estaba de tan buen humor, lo habría descubierto todo.

Me tumbé boca abajo y empecé a leer una revista *Tempo*. Era de Yngve, se la había prestado Jan Atle, y ya la había leído muchas veces. Era para chicos más mayores, y tenía para mí un halo de pertenecer a un mundo lejano, pero completamente maravilloso. Yo no distinguía entre los ambientes en los que se desarrollaban los cómics, ya fuera la Segunda Guerra Mundial, como en *På vingene* o en la serie *Kamp*, el siglo XIX norteamericano, como en *Tex Willer*, *Jonathan Hex* o *Blueberry*, la época inglesa de entreguerras, como en *Paul Temple*, o las realidades puramente fantasiosas de El Hombre Enmascarado, Superman, Batman, Los Cuatro Fantásticos y todos los personajes de Disney, pero de todos modos mis sentimientos hacia ellos eran distintos, despertaban en mí diferentes sensaciones. Algunas series de *Tempo*, por ejemplo la que tenía lugar en la pista de carreras, y algunas de las de *Buster*, como *Johnny Puma* y *Benny Pie de Oro*, me

resultaban especialmente atractivas, tal vez porque se encontraban más cerca de esa realidad que yo sabía que existía. Los trajes de cuero y los cascos con visera de los pilotos de Fórmula 1 se podían ver en los motoristas en el verano, y también en los coches bajos con todos sus alerones en la televisión, chocando a veces contra las vallas o contra algún otro coche, rodando e incendiándose, de manera que el conductor se quemaba vivo, o salía del coche en llamas y se marchaba tranquilamente del lugar.

Por regla general, me metía de lleno en esas historias sin pensarlo, pues lo que importaba era precisamente que no pensaras en ello, al menos no con tus propios pensamientos, sino que simplemente siguieras lo que pasaba. Esa tarde, en cambio, dejé enseguida la revista, por alguna razón era incapaz de estarme quieto, y no eran más que las cinco, de modo que decidí salir a dar otra vuelta. Me detuve junto a la escalera, ni un ruido, mi madre seguía abajo. ¿Qué estaría haciendo? Si ella no solía bajar allí casi nunca... Al menos no a estas horas, pensé, agachándome a coger mis zapatos en la entrada. Luego me los até y llamé a la puerta del despacho. Es decir, la puerta conducía a un pasillo desde el que se accedía a tres cuartos: el baño, el despacho y la cocina, con el pequeño trastero al fondo. En realidad, era la parte que se alquilaba, pero nadie había vivido nunca allí.

—¡Me voy un rato! —grité—. A casa de Geir.

Eso era lo que había aprendido: avisar siempre cuando me iba y decir adónde.

Y sin embargo, la voz de mi padre sonó irritada desde el despacho, tras unos segundos de silencio.

—¡Vale, vale! —gritó.

Pasaron unos silenciosos segundos más.

Entonces oí la voz de mi madre, más amable, como corrigiendo la de mi padre.

—Muy bien, Karl Ove.

Salí, cerré la puerta con cuidado detrás de mí y corrí hasta casa de Geir. Lo llamé un par de veces desde fuera, hasta que su madre salió de detrás de la casa. Llevaba guantes de trabajo y vestía un pantalón corto color caqui, una camisa azul y un par de zuecos negros. En la mano llevaba una pala roja de jardinería.

—Hola, Karl Ove —dijo—. Geir se ha ido hace un rato con Leif Tore.

—¿Adónde iban?

—No lo sé. No lo ha dicho.

—Vale. ¡Hasta luego!

Di la vuelta y salí lentamente del jardín con los ojos brillantes de lágrimas. ¿Por qué

no me habían llamado?

Me detuve delante del bordillo entre las dos calles. Luego me quedé un rato escuchando por si los oía. Ni un sonido. Me senté. El hormigón áspero me picó en los muslos. En la cuneta más abajo crecían dientes de león, estaban completamente grises de polvo. Al lado había una rejilla oxidada, con un paquete de cigarrillos descolorido colgando aplastado entre las barras.

¿Adónde podían haber ido?

¿A Ubekilen?

¿A los muelles?

¿Al campo de deportes y al parque infantil?

¿Habría llevado Geir a Leif Tore a alguno de nuestros lugares especiales?

¿Al monte?

Miré hacia arriba. Ni rastro de ellos en esa dirección. Me levanté y empecé a bajar. En el cruce, junto al cerezo, se podía elegir entre tres caminos para ir al muelle flotante. Cogí el de la derecha, a través del portón, a lo largo del sendero cubierto de tierra y ramas, bajo las profundas sombras de los grandes robles, hasta el prado donde solíamos jugar al fútbol, aunque estaba inclinado hacia ambos lados, y en la hierba, ya en primavera muy aplastada, que me llegaba hasta las rodillas, también crecían pequeños árboles. Pasé por delante del barranco con sus pedruscos grisáceos y en algunas partes cubiertos de líquenes pero por lo demás desnudos, luego por el bosque hasta salir a la calle. Al otro lado se encontraba el puerto de pequeñas embarcaciones, recientemente construido, con sus tres muelles idénticos, todos con pasarelas revestidas de madera y flotadores de color naranja.

Tampoco estaban allí. Pero a pesar de eso me metí por una de las pasarelas, donde un barco acababa de anclar en la parte más alejada. Era el de Kanestrøm y me acerqué a él para ver lo que estaba pasando. Kanestrøm se encontraba solo a bordo, apenas levantó la cabeza cuando me detuve delante de la proa.

—¿Estás dando un paseo por aquí? —dijo—. He salido a pescar un rato, ¿sabes?

El sol brillaba en los cristales de sus gafas. Tenía bigote, el pelo corto y estaba algo calvo, llevaba unos pantalones vaqueros azules y una camisa a cuadros, y calzaba unas sandalias.

—¿Quieres ver lo que he pescado?

Levantó delante de mí un cubo rojo. Estaba lleno de caballas delgadas, lisas, azuladas y relucientes. Algunas de ellas se estremecían, era como si ese movimiento se propagara a los demás cuerpos colocados tan juntos que podrían haberse tomado por la misma

criatura.

—¡Vaya! —dije—. ¿Has pescado todas éstas?

Asintió con la cabeza.

—En unos minutos. Había un gran cardumen justo aquí fuera. ¡Ahora tenemos comida para unos días!

Dejó el cubo en la estrecha pasarela. Levantó un viejo bidón de gasolina y lo colocó al lado. Luego unos plomos y una cajita con anzuelos y cucharas, mientras canturreaba constantemente una antigua canción.

—¿Sabes dónde está Dag Lothar? —pregunté.

—No, lo siento, no lo sé. ¿Lo estás buscando?

—Sí, más o menos —respondí.

—¿Quieres subir conmigo en el coche?

Negué con la cabeza.

—Creo que no. Tengo mucho que hacer, ¿sabes?

—Bueno, entonces nada —dijo él, subió al muelle, se agachó y recogió sus cosas. Yo me puse a andar deprisa para no ir a su lado. Crucé corriendo el pedregoso aparcamiento y recorrí haciendo equilibrios sobre el bordillo todo el camino hasta la carretera, desde la que había una cuesta bastante empinada hacia el interior del bosque, que bajaba hasta el islote de Gjerstad, al otro extremo de un canal de unos diez metros de anchura. Aunque era profundo, y yo no sabía nadar, iba allí de vez en cuando, ya que era un lugar en el que ocurrían bastantes cosas.

Me llegaron voces desde el interior del bosque. Una voz clara de niño y una juvenil un poco más grave. Un instante después aparecieron Dag Lothar y Steinar entre los troncos manchados de sol. Tenían el pelo mojado y llevaban cada uno una toalla bajo el brazo.

—¡Hola, Karl Ove! —gritó de repente Dag Lothar al verme—. ¡Al venir vi una víbora!

—¿Ah, sí? ¿Dónde? ¿Aquí? —le pregunté.

Asintió con la cabeza y se detuvo delante de mí. Steinar hizo lo mismo, adoptando una postura que mostraba que no tenía intención de charlar, sino que quería proseguir su camino cuanto antes. Steinar estaba en el instituto, en la clase de mi padre. Tenía el pelo negro y largo y una sombra de vello sobre el labio superior. Tocaba el bajo, y tenía su cuarto en el semisótano de su casa, con entrada propia.

—Bajaba corriendo, ¿sabes? —dijo Dag Lothar, señalando el sendero—. Lo más deprisa que podía, y al doblar la curva descubrí una víbora. ¡Apenas me dio tiempo a parar!

—¿Qué pasó? —pregunté.

No había nada en el mundo a lo que yo temiera más que a las serpientes, sobre todo a las víboras.

—Se metió entre los matorrales a la velocidad del rayo.

—¿Seguro que era una víbora?

—Sí, seguro. Tenía el dibujo de zigzag en la cabeza.

Me miró sonriente. Su cara era un triángulo, el pelo rubio y suave, los ojos azules, con una expresión a menudo intensa y animada.

—Ahora no te atreverás a bajar, ¿no?

—No lo sé —contesté—. ¿Están Geir y los otros allí abajo?

Negó con la cabeza.

—Sólo Jørn y su hermano pequeño. Y los padres de Eva y Marianne.

—¿Puedo subir con vosotros? —pregunté.

—Claro —dijo Dag Lothar—. Pero no puedo quedarme a jugar, vamos a comer.

—Yo también tengo que irme a casa —dije—. Voy a forrar los libros.

Cuando llegamos a mi casa, y Dag Lothar y Steinar continuaron hacia las suyas, opté por no entrar, y me quedé un rato buscando a Geir y a Leif Tore. No se les veía por ninguna parte. Empecé a andar con pasos vacilantes. El sol, que se encontraba justo encima de la colina, me quemaba los hombros. Eché una última mirada a la calle por si habían aparecido, antes de meterme por el sendero de detrás de casa. El primer trecho iba a lo largo de nuestra valla, el segundo a lo largo de la valla de piedra de los Prestbakmo, medio oculta detrás de todos esos esbeltos y jóvenes álamos que allí crecían y que durante todas las tardes del verano temblaban al llegar la brisa marina. A partir de ahí, el sendero se separaba de la urbanización y corría a través de una tupida zona de jóvenes árboles caducifolios, luego llegaba a una zona pantanosa y al fondo de un pequeño prado, debajo de una enorme haya que crecía oblicuamente desde la empinada pendiente, dejando todo en sombra a su alrededor.

Resultaba curioso que todos los árboles grandes tuvieran su propia personalidad, expresada mediante las posturas únicas en las que se encontraban, y ese carisma que mostraban en conjunto los troncos y raíces, las cortezas y las ramas, las relaciones de luz y sombra. Era como si hablaran. No con voces, claro, sino con lo que eran, como si se *extendieran* hacia los que los miraban. Y sólo hablaban de eso, de lo que eran, de nada más. Anduviera por donde anduviera, por la urbanización o por el bosque, siempre oía esas voces a mi alrededor, o notaba las huellas que dejaban esas figuras que tan

lentísimamente crecían. Estaba el abeto que se erguía junto al arroyo, con ese tronco tan gordo por abajo, pero a la vez con la corteza húmeda, las raíces que aparecían como gruesos ovillos a *una gran distancia*. La manera en que las ramas continuaban hacia abajo siempre en formas piramidales, a cierta distancia aparentemente espesas y lisas, pero más de cerca llenas de agujitas de color verde oscuro, perfectamente formadas. Todas las ramas verdes, grises y porosas, capaces de crecer *desde dentro* del tejado de ramas, que no eran grises, sino casi negras del todo. El pino de la parcela de Prestbakmo, alto y delgado como el mástil de un barco, con la corteza de un color rojo inflamado y pequeñas borlas de ramitas verdes moviéndose en el extremo de cada rama, que no empezaban a crecer hasta casi arriba en la copa. El roble de detrás del campo de fútbol, cuyo tronco por la parte de abajo parecía más de piedra que de madera, pero que por lo demás nada tenía de lo compacto del abeto, porque las ramas del roble se extendían hacia fuera, formando una bóveda de un fino cielo de follaje sobre el sotobosque, tan ligero que *jamás* se pensaría que no sólo existía una relación con la parte de más abajo del tronco y las frágiles ramas exteriores, sino que de hecho también era su origen y fuente. En medio del tronco había algo parecido a una gruta, era como si el árbol se hubiese caído, formando un óvalo suave y no obstante duro y áspero, cuyo espacio interior era del tamaño de una pequeña cabeza. Y todas las hojas que independientemente de su origen repetían ese mismo dibujo, en parte curvo, en parte dentado, tanto cuando colgaban de una de las ramas, verdes, gruesas y lisas, como cuando estaban en el suelo unos meses más tarde, rojizas y crujientes. En otoño, el suelo que rodeaba al árbol estaba siempre cubierto por una gruesa alfombra de hojas, de color amarillo intenso y verde al principio, más oscuras y blandas conforme avanzaba el otoño.

Y luego estaba el árbol de la pendiente, junto a la zona pantanosa. No tenía un solo tronco, como los demás árboles grandes, sino que crecía hacia fuera en cuatro troncos iguales que se retorcían como serpientes, con una corteza verde grisácea llena de largas cavidades, cubriendo de esa manera un espacio tan grande como el del roble o el del abeto, pero la impresión que daba no era tan magnífica, sino más bien insidiosa. En una de las ramas había un tirachinas que seguramente habían dejado allí los chicos que vivían en la calle de más arriba, ellos vivían igual de cerca que nosotros. En ese momento no había nadie, y yo subí la cuesta por debajo de las ramas, me agarré con las dos manos al árbol y me lancé hacia fuera. Lo hice dos veces más. Luego permanecí un rato debajo del árbol pensando en algo que hacer. En la casa que había en lo alto de la cuesta, donde vivía una pareja con un bebé, sonaban voces y tintineo de cubiertos. No podía ver nada, pero suponía que estaban en el jardín. Muy a lo lejos se oía un avión. Di un par de pasos por el pantano seco, mientras miraba al cielo. Un pequeño hidroavión llegaba del mar, volando bastante bajo, el sol brillaba en el casco blanco. Cuando desapareció detrás de las colinas, eché a correr de nuevo y me metí entre las sombras, donde el aire era un poco más fresco. Miré hacia la casa de los Kanestrøm y pensé que en ese momento estarían comiendo

caballa, porque no había nadie fuera, y luego miré el sendero, del que conocía cada piedra, cada hoyo, cada montículo. Si hubieran organizado una carrera por aquel sendero, desde nuestra casa hasta B-Max, nadie me habría ganado. Podía recorrerlo con los ojos vendados. No necesitaría pararme en ningún momento, siempre sabría lo que aparecería después de la siguiente curva, siempre sabría dónde era mejor poner los pies. Cuando echábamos carreras por la calle, Leif Tore ganaba siempre, pero allí ganaría yo, lo sabía. Era una buena idea, una buena sensación, e intenté mantenerla viva el máximo tiempo posible.

Mucho antes de llegar al campo de fútbol, oí voces procedentes de allí, gritos y risas en la lejanía, que a través del bosque parecían provenir de monos. Me detuve en el claro. Delante de mí, el campo estaba atestado de chicos y chicas de todas las edades, a muchos de ellos apenas los había visto antes, casi todos estaban reunidos en torno al balón, intentando llevárselo, de manera que la multitud se desplazaba todo el rato hacia delante y hacia atrás, hacia los lados, como dando saltos. El campo era de una tierra oscura y dura, se encontraba en medio del bosque, en suave pendiente hacia arriba por un lado, en donde sobresalían algunas raíces. En cada extremo había una gran portería hecha de maderos, sin red. Uno de los largos estaba acortado por un peñasco saliente, y el otro se extendía a lo largo de un prado desigual de grandes matas de hierba dura. Casi todos mis sueños tenían su origen allí. Correr por ese lugar me producía una gran felicidad.

—¿Puedo jugar? —grité.

Cada golpe a la pelota era devuelto con un sonido sordo desde la roca.

Rolf, que estaba de portero, se volvió hacia mí.

—Puedes ponerte aquí si quieres —contestó.

—Vale —dije, y me apresuré hasta la portería, que Rolf abandonó a pasos lentos y algo bamboleantes.

—¡Karl Ove es ahora nuestro portero! —gritó.

Me coloqué meticulosamente justo en medio de los dos postes, y me concentré en lo que ocurría en el campo. Poco a poco fui distinguiendo a los que eran de mi equipo, me incliné hacia delante, preparado cuando la pelota se acercaba, y al llegar el primer disparo, un balón suelto por el suelo, me agaché y lo paré, lo boté tres veces contra el suelo y se lo devolví a los jugadores. El balón cedió ligeramente contra mi pie, era grande, blando y gastado, de un color parecido al de la tierra seca por el sol. Por una rendija de la bota brillaba la lengüeta de color naranja. El arco que formó en el aire no fue alto, pero aun así, el balón llegó lejos, rebotando en el lado derecho. Fue maravilloso ver la horda de niños correr tras él. Yo quería ser portero. Me colocaba en la portería siempre que me dejaban, no había nada comparable con lanzarse a salvar un disparo. El problema era que sólo podía hacerlo hacia un lado, el izquierdo. Lanzarme hacia la derecha me resultaba

antinatural, nunca lo conseguía, cuando el balón me llegaba por ese lado, tenía que optar por sacar la pierna.

Los árboles dibujaban ya largas sombras sobre el campo, y manchas oscuras y vacilantes perseguían a los niños que corrían, fundiéndose y separándose todo el rato. Pero muchos habían empezado ya a andar en lugar de correr, algunos estaban agachados con las manos sobre las rodillas, y para mi gran desilusión comprendí que el juego se acercaba a su fin.

—Tengo que irme a casa —dijo uno.

—Yo también —dijo otro.

—Podemos seguir un poco, ¿no? —intervino un tercero.

—Yo también tengo que largarme.

—¿Hacemos nuevos equipos?

—Yo me voy.

—Yo también.

En el transcurso de un par de minutos se había disuelto todo el escenario, y el campo se había quedado vacío.

El papel de forrar que mi madre había comprado era azul y medio transparente. Estábamos sentados en la cocina, yo desenrollaba un trozo y lo cortaba; si el borde quedaba demasiado irregular y desigual, mi madre lo arreglaba. Luego yo ponía el libro encima, abría las dos tapas, que parecían aletas, doblaba el papel por encima y ponía celo en las esquinas. Ella ajustaba lo que había que ajustar. O hacía punto, algo que sería un jersey para mí. Yo mismo lo había elegido de una de sus revistas de muestras de punto, un jersey blanco con bordes de color marrón oscuro, un poco especial, porque el cuello era completamente recto, y con un corte abajo a cada lado, de manera que casi colgaba como una especie de taparrabos. Me gustaba mucho ese rasgo indio, y seguía muy de cerca la evolución de la labor.

Mi madre hacía muchas labores. Las cortinas del salón y de la cocina las había hecho ella a ganchillo, y también las cortinas blancas de nuestros dormitorios. Las de Yngve con un borde marrón y dibujos de flores también marrones, las mías con un borde rojo y dibujos de flores también rojos. Y hacía jerséis y gorros de punto, zurcía medias, y remendaba pantalones y chaquetas. Cuando no estaba ocupada en eso, o cocinando, fregando o haciendo pan, leía. Teníamos toda una estantería llena de libros, en ninguna otra casa tenían tantos. Ella también tenía amigas, al contrario que mi padre, casi todas mujeres de su trabajo y de su misma edad, a las que iba a visitar de vez en cuando, y ellas también venían a casa. A mí me gustaban todas. Estaba Dagny, con cuyos hijos, Tor y Liv,

yo había ido a la guardería; Anne Mai, gorda y alegre, que siempre nos traía chocolate, conducía un Citroën y vivía en la ciudad de Grimstad, donde yo había estado una vez con la guardería; y Mari, que tenía un hijo, Lars, de la misma edad que Yngve, y una hija, Marianne, que tenía dos años menos. Las amigas de mi madre no venían a casa a menudo, a mi padre no le gustaba, pero tal vez viniera alguna una vez al mes; entonces me dejaban estar un rato con ellas, resplandeciendo en ese brillo que me procuraban. Y alguna tarde íbamos al taller de manualidades de Kokkeplassen, un lugar en el que se podía hacer de todo, también iban otros hijos de empleados y allí hacíamos, por ejemplo, nuestros regalos de Navidad.

El gesto de mi madre era amable, pero serio. Se había colocado el pelo detrás de las orejas.

—¡Esta tarde Dag Lothar ha visto una víbora! —dije.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En el sendero que baja hasta la colina. ¡Casi se dio de bruces con ella! Pero por suerte la víbora se asustó tanto como él y desapareció por entre los matorrales.

—Menos mal —dijo mi madre.

—¿Había víboras donde tú vivías?

Negó con la cabeza.

—En el oeste no hay víboras.

—¿Por qué no?

Se rió un poco.

—No lo sé. Tal vez haga demasiado frío para ellas.

Yo estaba sentado con las piernas colgando, tamborileando en la mesa, mientras canturreaba *kisses for me, all the kisses for me, bye, bye, baby, bye, bye*.

—Hoy Kanestrøm ha pescado un montón de caballas —dije—. Las he visto con mis propios ojos. Me enseñó el cubo. Estaba llenísimo. ¿Crees que nosotros tendremos pronto un barco?

—Vaya, vaya —dijo mi madre—. ¡Barco y gato a la vez! Puede ser, pero no este año, eso seguro. Quizá el año que viene. Cuesta dinero, ¿sabes? Pero se lo puedes preguntar a papá.

Me devolvió las tijeras.

Preguntar a papá, ya, ya, pensé, pero no lo dije, intenté hacer que las tijeras se deslizaran sin cortar, pero se detuvieron, yo apreté las asas y se hizo un corte.

—Yngve tarda mucho —dijo mi madre, mirando por la ventana.

—Está en buenas manos —dije yo.

Ella me sonrió.

—Supongo que sí.

—El papel —dije—. El curso de natación. ¿Puedes firmarlo ya?

Ella asintió. Yo me levanté y corrí por el pasillo hasta mi cuarto, saqué la fotocopia de la mochila, y estaba a punto de volver corriendo a la cocina cuando sonó la puerta de abajo y, con un latido de más del corazón, me di cuenta de lo que acababa de hacer.

Por la escalera sonaban los pesados pasos de mi padre. Yo estaba inmóvil delante del cuarto de baño y mi padre en el descansillo, cuando nuestras miradas se cruzaron.

—¡No se corre dentro de casa! —dijo—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Tiembla toda la casa. ¿Entendido?

—Sí.

Llegó hasta arriba y pasó por delante de mí, la ancha espalda con la camisa blanca. Al verlo entrar en la cocina, toda mi alegría se esfumó. Pero yo también tendría que entrar.

Mi madre seguía sentada en el mismo sitio. Mi padre miraba por la ventana. Yo dejé el papel sobre la mesa con mucho cuidado.

—Aquí está —dije.

Sólo quedaba un libro por forrar. Me senté y me puse a hacerlo. Sólo se movían mis manos, todo lo demás estaba en absoluto silencio. Mi padre estaba rumiando algo.

—¿No ha vuelto Yngve? —preguntó.

—No —contestó mi madre—. Estoy empezando a preocuparme.

Mi padre miró lo que había en la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Lo del curso de natación —contesté—. Mamá iba a firmármelo.

—Enséñamelo —dijo. Cogió el papel y lo leyó. Luego agarró el bolígrafo de la mesa y firmó con su nombre antes de devolvérmelo.

—Ya está —dijo, señalando la mesa—. Y ahora llévate todo esto a tu cuarto. Puedes acabarlo allí. Aquí vamos a cenar.

—Sí, papá —dije. Puse los libros en un montón, enrollé el papel y me lo metí debajo del brazo, cogí las tijeras y el celo con una mano, los libros con la otra, y salí.

Sentado junto a mi escritorio cortando el forro para el último libro, oí llegar una

bicicleta por la gravilla del jardín. Al instante se abrió la puerta de la entrada.

Mi padre lo estaba esperando en el pasillo cuando Yngve subió la escalera.

—¿Qué horas de llegar son éstas? —preguntó.

Yngve respondió en una voz tan baja que no pude captar la respuesta, pero la explicación sería convincente, porque enseguida obtuvo permiso para entrar en su cuarto. Puse el libro sobre el papel que había cortado, y lo doblé, poniendo otro libro encima para que hiciera peso, mientras intentaba despegar el extremo del celo, que se había quedado pegado al rollo. Cuando por fin lo conseguí, y empecé a tirar de él, se rompió y tuve que empezar de nuevo.

Se abrió la puerta a mis espaldas. Era Yngve.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Forrando los libros, ¿no lo ves? —contesté.

—Nos han invitado a bollos y refrescos después del entrenamiento —dijo Yngve—. En el local del club. Y en el equipo hay chicas. Una de ellas es muy buena.

—¿Chicas? —pregunté—. ¿Está permitido?

—Parece que sí. Y Karl Fredrik es muy majo.

Por la ventana abierta se oyeron voces y pasos subiendo la cuesta. Pegué en el papel el trozo de celo que me colgaba del dedo índice, y me acerqué a la ventana a ver quién era.

Geir y Leif Tore. Se pararon delante de la verja de Leif Tore y se rieron de algo. Luego se despidieron y Geir corrió el último trecho hasta su entrada. Al meterse por ella, por fin pude distinguir su cara y vi que tenía una pequeña sonrisa en los labios y los puños cerrados dentro del bolsillo del pantalón corto.

Me volví hacia Yngve.

—¿De qué vas a jugar?

—No lo sé. Seguramente de defensa.

—¿De qué color es el equipo?

—Azul y blanco.

—¿Igual que el del Trauma?

—Casi —contestó.

—¡Venid a cenar! —gritó mi padre desde la cocina. Cuando llegamos, había un plato con tres rebanadas de pan y un vaso de leche en nuestros sitios. Queso de comino, queso de cabra y mermelada. Mis padres estaban sentados en el salón viendo la televisión. La

calle estaba gris, y también lo estaban las ramas de los árboles de la cuneta, pero sobre los árboles al otro lado del estrecho, el cielo estaba azul y abierto, como si se levantara sobre un mundo distinto a ese en el que nosotros nos encontrábamos.

A la mañana siguiente, me desperté cuando mi padre abrió la puerta de mi habitación.
—¡Levántate, dormilón! —dijo—. ¡El sol brilla y los pájaros cantan!

Me libré del edredón y puse los pies en el suelo. Aparte de los pasos de mi padre, que se iban perdiendo pasillo adelante, reinaba en la casa un silencio absoluto. Era martes. Mi madre entraba temprano a trabajar. Yngve entraba temprano en el colegio, pero mi padre no empezaba hasta la segunda hora.

Me fui al armario y busqué en el montón de ropa, elegí la camisa blanca, que era la más bonita que tenía, y un pantalón de pana azul. Pero la camisa era demasiado elegante, pensé, él se fijaría, quizá me preguntara por qué me había disfrazado, quizá me la haría quitar. Sería mejor ponerme la camiseta blanca Adidas.

Me fui al cuarto de baño con la ropa debajo del brazo. Por suerte, Yngve se había acordado de dejar el agua en el lavabo. Cerré la puerta detrás de mí. Levanté la tapa del váter y meé dentro. El meado tenía un color amarillo verdoso, no amarillo oscuro, como muchas mañanas. Aunque me esforcé mucho para que todas las gotas cayesen dentro al sacudirme la picha, algunas cayeron al suelo, junto a unas pequeñas burbujas de humedad sobre el linóleo azul grisáceo. Las sequé con un trozo de papel higiénico, que eché al váter antes de tirar de la cadena. Con el bramido del agua a mi lado, me coloqué delante del lavabo. El agua tenía un color ligeramente verdoso, y flotaban en ella unas pequeñas escamas casi transparentes de algo que no sabía qué era. Formé con las manos un pequeño cuenco, lo llené de agua, incliné la cabeza hacia delante y la metí dentro. El agua estaba un pelín más fría que yo. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando me rozó la piel. Me enjaboné las manos y me froté rápidamente la cara con los ojos cerrados. Las enjuagué, me las sequé y luego me sequé la cara con la toalla marrón y amarilla que colgaba de mi gancho.

¡Listo!

Aparté la cortina y miré por la ventana. Los árboles del bosque, por encima de los que acababa de alzarse el sol, dibujaban sombras oscuras y profundas sobre ese asfalto por lo demás tan resplandeciente de sol. A continuación me vestí y fui a la cocina.

En mi sitio había un cuenco con cereales, además de un cartón de leche. Mi padre no estaba.

¿Había bajado al despacho a preparar sus cosas?

No. De repente le oí moverse por el salón.

Me senté y eché leche sobre los cereales. Metí la cuchara y me la llevé a la boca.

¡Qué asco!

La leche estaba agria, y el sabor, que me llenó del todo la cavidad bucal, me produjo una arcada en el pecho. Me la tragué, porque en ese momento mi padre entraba por la puerta; fue hasta la encimera y se apoyó en ella. Me miró y sonrió. Volví a meter la cuchara en el plato, y me la llevé a la boca. La mera idea del sabor que me esperaba me revolvió el estómago. Pero respiré por la boca, mastiqué sólo un par de veces y tragué.

Mierda.

Mi padre no daba muestras de que fuera a marcharse y yo seguí comiendo. Si él hubiera bajado al despacho, yo podría haber tirado los cereales a la basura y taparlos con otros desperdicios. Pero mientras él estuviera en la cocina o arriba en el primer piso, no tenía elección.

Al cabo de un rato se volvió y abrió la puerta del armario, sacó un cuenco como el mío, cogió una cuchara del cajón y se sentó frente a mí en la mesa.

Era algo que no hacía nunca.

—Tomaré un poco yo también —dijo. Echó en el plato los dorados cereales de la caja con el gallo verde y rojo, alargó la mano y cogió la leche.

Dejé de comer. Sabía que la catástrofe era inminente.

Mi padre metió la cuchara en el cuenco, y llena de leche y cereales se la llevó a la boca. En el momento de metérsela dentro, su cara se contrajo. La escupió en el cuenco sin masticar.

—¡Qué asco! —exclamó—. ¡Pero si la leche está agria! ¡Por Dios!

Luego me miró a mí. Recordaría esa mirada durante el resto de mi vida. Al contrario de lo que me esperaba, sus ojos no estaban enojados, sino asombrados, como si estuviera mirando algo que era incapaz de entender. Bueno, como si me viera por primera vez.

—¿Te has tomado los cereales con la leche *agria*? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¡No debes hacer eso! —dijo—. ¡Hay más leche!, ¿entiendes?

Se levantó, tiró la leche agria al fregadero con unos grandes movimientos temblorosos de las manos, enjuagó y dobló el cartón antes de meterlo en el cubo de la basura que estaba debajo de la pila, y sacó un cartón de leche del frigorífico.

—Mira —dijo, cogió mi cuenco, tiró el contenido al fregadero, frotó el cuenco un par de veces con el cepillo de fregar, lo enjuagó, y volvió a ponerlo en la mesa delante de mí.

—Así —dijo—. Ahora ponte más cereales y leche. ¿Vale?

—Sí —contesté.

Hizo lo mismo con su cuenco y desayunamos en silencio.

Todo era nuevo en el colegio esos días, pero todos los días tenían la misma forma, y nos familiarizamos tanto con ella que al cabo de unas semanas ya no había nada que nos sorprendiera. Lo que la profesora decía en clase era verdad, y el que se dijera en clase hacía probable lo más improbable. El que Jesús anduviera sobre el agua era verdad. Que Dios apareciera en forma de arbusto en llamas era verdad. Que las enfermedades viniesen de unos bichos tan pequeños que no se podían ver era verdad. Que todas las cosas, y nosotros también, estuvieran compuestas por minúsculos granos que eran aún más pequeños que las bacterias era verdad. Que los árboles viviesen de la luz del sol era verdad. Pero no sólo lo que decían los profesores era objeto de esa actitud nuestra, también aceptábamos sin reparos lo que hacían. Muchos de nuestros profesores eran viejos, nacidos antes o durante la Primera Guerra Mundial, y llevaban trabajando desde la década de los treinta o los cuarenta. Canosos y vestidos con traje, nunca se aprendieron nuestros nombres, y lo que tenían que ofrecer de conocimientos y sabiduría no nos llegaba nunca. Uno de ellos se llamaba Tommesen y nos leía de un libro una vez por semana en el recreo largo, encorvado delante de su mesa, gangueando un poco, con su piel pálida, casi amarilla, y los labios color sangre. El libro del que nos leía trataba de una mujer que vivía aislada en plena naturaleza, nos resultaba incomprensible, de modo que el rato que él seguramente consideraría agradable, como un gesto amable hacia los pequeños alumnos, era para nosotros un suplicio, porque estábamos obligados a quedarnos quietos mientras él tosía y murmuraba leyendo esa incomprensible historia.

Otro profesor, de apellido Myklebust y de unos cincuenta años, venía de algún lugar de la parte oeste, vivía en Hisøya y llevaba al alumnado con una disciplina férrea. Antes de cada clase con él no sólo teníamos que ponernos en fila y entrar marchando al aula, sino que, una vez dentro, teníamos que ponernos firmes al lado del pupitre, y a continuación, de pie delante de su mesa, él nos observaba lentamente hasta que reinaba un silencio absoluto. Entonces se ponía de puntillas, hacía una inclinación con la cabeza y decía «Buenos días, clase», a lo que nosotros contestábamos «Buenos días, profesor». No escatimaba en bofetadas a alumnos en situaciones alteradas, o en lanzarlos contra la pared. Ponía a menudo en ridículo a los que no le gustaban. Sus clases de gimnasia tenían mucho de adiestramiento militar. Había algunas profesoras de la misma edad, también ellas estrictas y formales, rodeadas de un aura desconocida por nosotros, pero a las que automáticamente respetábamos y a menudo también temíamos. Recuerdo que una de ellas me levantó del pelo un día que dije algo inoportuno, también se contentaban con enviar un informe a tu casa, ya que lo de quedarse castigado después de acabar el colegio o llegar una hora antes de empezar la primera clase resultaba imposible debido a los

autobuses. Entre esa legión de mayores, de los que algunos llevaban toda la vida en ese colegio, también había una nueva generación de profesores, de la edad de nuestros padres o aún más jóvenes. Nuestra profesora, Helga Torgersen, era de éstos. Era lo que se decía «buena», es decir, nunca castigaba con dureza a los que infringían las normas, nunca se enfadaba, nunca gritaba, no pegaba, ni tiraba a nadie del pelo, sino que siempre solucionaba los conflictos hablando de ellos, controlada y tranquila, y siempre estaba ahí con su persona más que con su papel, en el sentido de que había poca diferencia entre cómo era en privado, cuando salía con amigos o estaba en casa con su marido, con el que acababa de casarse, y cómo era en el aula. Y no era la única, todos los profesores jóvenes eran así y ellos eran los que nos gustaban. El director del colegio pertenecía a los jóvenes, se llamaba Osmundsen y tendría unos treinta años, llevaba barba y era de complexión fuerte, no muy distinto a mi padre. A él sí le teníamos miedo, quizá más que a ningún otro. No debido a lo que hacía, sino por lo que era. Te mandaban a su despacho cuando habías hecho algo grave. El que no participara en la enseñanza diaria, sino que se encontrara en el colegio como una especie de sombra, no hacía que el miedo disminuyera. También era legendario por otra razón. El año anterior se había encontrado un barco de esclavos a sólo unos metros de las rocas del lado este de la isla; había encallado allí en 1768. Todos los periódicos escribieron sobre el hallazgo, la noticia salió incluso en la televisión. Osmundsen, el director, era uno de los tres buceadores que lo habían encontrado. Para mí, que apreciaba el buceo más que nada en el mundo, excepto quizá los veleros, él era la persona más grande imaginable. Era como tener a un astronauta de director. Cuando yo dibujaba, aparte de veleros dibujaba sólo buceadores y restos de naufragios, peces y tiburones, hoja tras hoja. Cuando veía uno de esos programas sobre la naturaleza que se emitían en la televisión en esa época, sobre buceo en bancos de coral o en jaulas de tiburones, seguía hablando de eso durante semanas. Y allí estaba él, ese hombre barbudo que el año anterior había emergido con un diente de elefante en las manos, procedente de uno de los pocos barcos de esclavos naufragados que se habían encontrado intactos.

Entró en la clase ya el segundo día para hablarnos un poco del colegio y de las reglas que en él regían, y cuando se hubo marchado, la señorita dijo que volvería uno de esos días para hablarnos del barco que había encontrado. Ella estaba de pie junto a la ventana con las manos a la espalda, sonriendo constantemente mientras el director hablaba, y lo mismo hizo cuando él volvió, dos semanas después, como había prometido. Yo ardía de entusiasmo anticipando lo que iba a contarnos, pero también me sentí un poco decepcionado cuando resultó que el barco naufragado estaba sólo a unos metros de profundidad, lo que reducía bastante la hazaña, pues yo me esperaba cien metros de profundidad, con buceadores obligados a detenerse a lo largo de una cuerda al subir, tal vez hasta una hora en total, debido a la gran presión que había allí abajo. Una inmensa oscuridad, vacilantes rayos de luz de sus linternas, quizá incluso un pequeño submarino o

una campana de inmersión. ¿Pero encontrarlo allí, en el bajío, justo debajo de los pies de los que allí se bañaban, al alcance de cualquier niño con aletas y gafas de bucear? Por otra parte, nos enseñó fotos del hallazgo, tenían un barco de buceador amarrado en la cala, llevaban trajes de buzo y botellas de oxígeno, y todo había sido minuciosamente planificado, con mapas y documentos antiguos y todo.

Mi padre estuvo a punto de salir en la tele en una ocasión, lo habían entrevistado, era algo de política, pero cuando nos sentamos a ver las noticias no salió, ni tampoco al día siguiente, que también nos sentamos a verlas. Otra vez lo entrevistaron en la radio sobre una exposición de filatelia. A mí se me olvidó, así que cuando llegué a casa aquel día ya se había emitido y él me regañó.

Al principio más de un profesor se hizo un lío con mi nombre, eran colegas de mi padre y suponían que yo me llamaba como él; el que me conocieran, que supieran que yo era el hijo de mi padre, me gustó mucho. Desde el primer día me esforcé al máximo en el colegio, sobre todo por ser el mejor de la clase, pero también porque tenía la esperanza de que llegara a oídos de mi padre lo inteligente que era.

Me encantaba ir al colegio. Me encantaba todo lo que allí ocurría, y los espacios en los que ocurría.

Nuestras sillas, bajas y viejas, de tubos de hierro, con una tabla de madera de asiento y otra para apoyar la espalda, nuestros pupitres, llenos de muescas y tinta de todos los que se habían sentado antes en ellos. La pizarra, las tizas y la esponja, las letras que salían de la tiza de la mano de la señorita, una O, una U, una I, una E, una Å, una Æ, siempre blancas, como se le quedaban a ella las manos. Esa esponja seca que se oscurecía y se hinchaba cuando ella la enjuagaba en la pila, la buena sensación que producía cuando lo borraba todo con su huella mojada, la cual permanecía unos minutos, hasta que la pizarra estaba limpia y verde como antes. La señorita, que hablaba el dialecto de Karmøy, llevaba unas gafas grandes y tenía el pelo corto, vestía blusa y falda, y nos contaba y nos preguntaba un montón de cosas. Íbamos a aprender a no hablar todos a la vez, y también a no empezar a hablar sin haber levantado la mano y que ella nos hubiese señalado o dado permiso para hablar. Al principio había en la clase un bosque de manos que se levantaban, moviéndose impacientemente de un lado para otro, algunos gritaban *yo, yo, yo*, porque las preguntas que ella hacía no eran difíciles, sólo cosas que todos podían contestar. Luego estaban los recreos, todo lo que ocurría en ellos, todos los niños que estaban allí, cómo se formaban y se disolvían grandes grupos, cómo florecían y perecían las actividades. Las perchas del pasillo donde colgábamos nuestras chaquetas, el olor a diez años de fregado con jabón vegetal, el olor a meado en los lavabos, el olor a leche en los armarios de leche, el olor a veinte paquetes de bocadillos de distinto contenido que se abrían a la vez en el aula. La costumbre del *responsable del orden*, elegido cada semana y cuya misión era repartir lo que había que repartir, limpiar la pizarra después de la clase y

recoger los cartones de leche en los recreos de la comida. La sensación que te producía ser elegido. Y esa sensación tan especial de andar por los pasillos cuando todos los demás estaban sentados en las aulas, pasillos completamente vacíos, con las chaquetas colgando de los percheros a ambos lados, el lejano murmullo proveniente de todas las aulas por las que pasabas, la luz diurna que hacía brillar suavemente el linóleo del suelo cuando hacía sol y relumbrar miles de partículas de polvo, como una miniatura de la Vía Láctea. Cómo una puerta que se abría, otro niño que salía corriendo, podía cambiar el ambiente de todo ese largo pasillo, como si absorbiera toda la atención e importancia: de repente él era el único que contaba. Como si llevara consigo todo el olor, todo el polvo, toda la luz, todas las chaquetas y todo el murmullo, como un cometa en el cielo, que con su ala pálida, comparada con el centro luminoso, absorbiera toda clase de desperdicios con los que se encontraba en el camino.

Me encantaba el momento en que Geir llamaba a la puerta y nos dábamos una vuelta por el supermercado, desde donde salía el autobús escolar, la competición que allí surgía y que consistía en llegar pronto al lugar de formación, con el fin de colocar la mochila lo más adelante posible para luego poder elegir los mejores sitios en el autobús. Me encantaba quedarme esperando delante del supermercado y mirar a los demás chicos llegar de todas partes. Algunos vivían en la parte de arriba de la urbanización de detrás del supermercado, otros venían desde Tybakken la Antigua, y otros de las llanuras al otro lado del monte. Me gustaba sobre todo mirar a Anne Lisbet. No sólo tenía un pelo negro y reluciente, también tenía los ojos oscuros y la boca roja. Siempre estaba alegre, se reía mucho y sus ojos no sólo eran negros, también eran resplandecientes, como si ella tuviera por dentro tanta alegría que sus ojos estuvieran siempre llenos de ella. Su amiga pelirroja se llamaba Solveig, eran vecinas y estaban siempre juntas, exactamente como Geir y yo. Solveig era pálida y tenía pecas, no hablaba mucho, pero sus ojos eran bondadosos. Vivían en la urbanización de más arriba, en Tybakken, en una zona donde yo sólo había estado un par de veces y donde no conocía a nadie. Cuando en clase le tocó a Anne Lisbet hablar de ella, contó que tenía una hermana un año menor y un hermano cuatro años menor. También vivía allí arriba otro niño de la clase, se llamaba Vemund, era regordete y miedoso, tal vez incluso de pocas luces, era el más lento corriendo, el menos fuerte, tiraba el balón como las chicas, se le daba mal jugar al fútbol, no sabía leer, pero le gustaba dibujar y las demás cosas que uno puede hacer sentado en su casa. Su madre era una mujer grande, forzuda y enérgica, con mirada de pocos amigos y voz chillona. Su padre era flaco y pálido y llevaba muletas, tenía una especie de enfermedad muscular y era hemofílico, explicó Vemund con orgullo. ¿Qué es hemofílico?, preguntó alguien. Quiere decir que la sangre no se detiene, contestó Vemund. Cuando mi padre se hace una herida y empieza a sangrar no para nunca, sólo sangra y sangra, y entonces tiene que tomar una medicina o irse al hospital, si no, se muere.

El barrio de Anne Lisbet, Solveig y Vemund, donde vivían muchos niños uno o dos

años menores que nosotros, de repente fue incluido en nuestro mundo cuando empezamos el colegio. Lo mismo ocurrió con todos los demás barrios de donde venían niños a nuestra clase. Fue como si se levantara el telón y lo que nosotros pensábamos que era el escenario completo resultara ser sólo el proscenio. Por ejemplo, la casa que había al lado del monte, cuyo jardín completamente plano podíamos ver desde arriba, como balanceándose sobre el canto de un muro que se precipitaba tal vez cinco metros directo hacia abajo, con una valla de tela metálica verde, ya no era sólo una casa, sino la casa donde vivía Siv Johannesen. Cincuenta metros más lejos, detrás del tupido bosque, acababa una calle, en la que vivían Sverre, Geir B. y Eivind. Justo debajo, pero en otra urbanización muy distinta, en un mundo muy distinto, vivían Kristin Tamara, Marian y Asgeir.

Todos tenían sus lugares, todos tenían sus amigos, y todo esto se abrió para nosotros en el transcurso de unas semanas al final del verano. Nos resultó a la vez nuevo y familiar, pues nos parecíamos, hacíamos lo mismo y por eso estábamos totalmente abiertos los unos a los otros. Al mismo tiempo, cada uno tenía sus rasgos particulares. Sølvi era tan tímida que apenas hablaba. Unni trabajaba en el mercado con sus padres y hermanos cada sábado, vendían verduras cultivadas por ellos mismos. El padre de Vemund usaba muletas, Kristin Tamara llevaba gafas con un parche en un ojo. A Geir Håkon, que siempre había sido tan valiente, lo vimos de repente retorciéndose delante de la pizarra. Dag Magne sonreía siempre. A Geir le habían administrado la extremaunción al nacer porque pensaban que se iba a morir. Asgeir olía siempre un poco a meado. Marianne era fuerte como un chico. Eivind sabía leer y escribir y era muy bueno jugando al fútbol. Trond era menudo y veloz como el rayo. Solveig dibujaba muy bien. El padre de Anne Lisbet era buceador. Y Johan era el que más tíos tenía de todos nosotros.

Un día que habíamos estado en el colegio las tres primeras horas, y el autobús nos había dejado junto al supermercado sobre las doce del mediodía, Geir y yo acompañamos a John. El sol brillaba, el cielo estaba azul, la calle seca y polvorienta. Cuando llegamos a su casa nos preguntó si queríamos entrar y tomar zumo. Dijimos que sí. Lo seguimos hasta la terraza, nos quitamos las mochilas y nos sentamos en los sillones de plástico. John abrió la puerta de la casa y gritó hacia dentro:

—¡Mamá, queremos zumo! ¡He venido con unos compañeros de clase!

La madre apareció en la puerta. Llevaba un bikini blanco, tenía la piel bronceada por el sol, y el pelo largo y rubio oscuro. Toda la parte superior de su cara estaba cubierta por unas grandes gafas de sol.

—¡Qué bien! —dijo—. Voy a ver si queda zumo.

Se metió de nuevo en el salón y desapareció por una puerta. El salón tenía un aspecto como vacío. Se parecía al nuestro, pero había menos muebles y ningún cuadro en la pared. Dos chicas de nuestra clase pasaron por la calle. John se inclinó sobre la barandilla y les gritó que parecían unas monas.

Geir y yo nos reímos.

Las chicas no nos hicieron caso y continuaron calle abajo. Marianne, que era más alta que todos los chicos, tenía la frente y los pómulos altos, y un pelo rubio y largo que le colgaba liso como una cortina a cada lado de la cara. A veces, cuando se alteraba o se ponía triste, se le arrugaba la frente y en sus ojos aparecía una expresión muy especial que a mí me gustaba. A veces también se enfadaba, y en esos casos, se defendía como ninguna de las otras chicas.

La madre de John salió con una bandeja con tres vasos y una jarra de zumo, puso un vaso delante de cada uno de nosotros y los llenó. Los cubitos de hielo flotaban en el zumo rojo. La miré cuando volvió a entrar en la casa. No era guapa, pero tenía algo que hacía que uno la mirara y se fijara en ella.

—¿Le estás mirando el culo a mi madre? —me preguntó John con una carcajada.

No entendí lo que me decía. ¿Por qué iba yo a mirarle el culo a su madre? Me dio vergüenza, porque lo dijo tan alto que también ella tendría que haberlo oído.

—¡Claro que no! —dije.

Él se reía todavía más.

—¡Mama! —gritó—. ¡Sal un momento!

Ella salió, todavía en bikini.

—¡Karl Ove te ha mirado el culo! —dijo John.

Ella le pegó una bofetada.

John seguía riéndose. Miré a Geir, él miró al aire mientras silbaba. La madre entró en la casa. Yo vacié el vaso de un largo trago.

—¿Queréis ver mi habitación? —preguntó John.

Dijimos que sí y lo seguimos por el oscuro salón hasta su cuarto. De una pared colgaba un póster de una moto, y de la otra uno de una mujer casi desnuda, con la piel naranja de tanto sol que había tomado.

—Es una Kawasaki 750 —dijo—. ¿Queréis más zumo?

—Creo que no —contesté—. Tengo que ir a casa a comer.

—Yo también —dijo Geir.

El perro nos enseñó los dientes cuando salimos. Bajamos la cuesta sin decir nada. John nos saludó con la mano desde el porche. Geir le devolvió el saludo.

¿Por qué iba yo a mirarle el culo a la madre de John? ¿Había algo sobre los culos que yo no sabía? ¿Por qué me lo gritó de esa manera? ¿Por qué le pegó ella una bofetada? ¿Y por qué diablos seguía él riéndose después? ¿Cómo podías reírte cuando tu madre acababa de pegarte? O mejor dicho, ¿cuando alguien, cualquiera, acababa de pegarte?

Yo había mirado a su madre y sentí un poco de vergüenza al hacerlo, porque estaba casi desnuda, pero no le miraba el culo, ¿por qué iba a hacerlo?

Fue la primera vez que estuve en casa de John y sería la última. Con John jugábamos al fútbol y nos bañábamos, pero no solíamos ir a su casa. Todos le teníamos un poco de miedo, porque aunque decíamos que se hacía el fuerte, sabíamos que en el fondo lo era. Prefería relacionarse con chicos de los cursos por encima del nuestro, era el único que se peleaba, y el único capaz de enfrentarse a los profesores y negarse a hacer lo que nos decían. Por las mañanas siempre tenía sueño, porque en su casa le dejaban quedarse levantado hasta tarde, y cuando en clase hablaba de cosas que sucedían en casa, como hacíamos todos, siempre había algún tío viviendo en ella temporalmente. Ni él ni nosotros cuestionábamos nunca el estatus de esos hombres, ¿por qué íbamos a hacerlo? John tenía más tíos que los demás, eso era todo.

Unos días más tarde, un sábado a principios de septiembre, uno de esos días del temprano otoño a los que el verano se extiende de lleno, en que la tierra está polvorienta y caliente, el cielo azul oscuro y las primeras hojas marchitas vuelan por el aire casi contra natura, pues el viento sigue siendo templado y todas las caras que ves brillan de sudor, Geir y yo nos dimos una vuelta por la parte alta de la urbanización. Llevábamos cada uno un bocadillo y una botella de zumo. Pensábamos seguir un camino que salía de la izquierda, al final del largo llano, más o menos donde empezaba el sendero que iba a la

gasolinera Fina. Para llegar allí teníamos que atravesar el terreno de una casa de la que sabíamos muy poco, sólo que el dueño se cabreaba a veces, porque un domingo aquella misma primavera, un grupo de chicos habíamos estado jugando al fútbol en el prado que había al final de su propiedad, por un lado limitado por un peñasco y por el otro por un arroyo. A la media hora vino hacia nosotros a paso rápido y empezó a insultarnos casi antes de llegar a una distancia audible, a la vez que nos amenazaba con el puño. Nosotros echamos a correr. Pero esta vez no íbamos a jugar al fútbol, sólo íbamos a atravesar la propiedad a lo largo del arroyo hasta el sendero, que en realidad era un pequeño camino sembrado de piedrecitas planas y en su mayoría blancas. Había una verja que empujamos hacia un lado, y nos encontramos en un lugar en el que nunca habíamos estado. El sendero estaba cubierto de sombra y había árboles altos a ambos lados, era casi como entrar en un túnel. Un poco más abajo, el sendero hacía una curva y había una roca blanca y reluciente. Era la roca de la que tendrían que proceder esas piedras sobre las que andábamos. No se trataba de una roca resquebrajada ni medio descompuesta, como lo estaban a veces algunas rocas dinamitadas más porosas. Tampoco era llana, ni ligeramente áspera como esos pedruscos desnudos con los que te topabas a veces en el bosque, no, esa roca era completamente lisa, casi como el cristal, y estaba compuesta por muchas superficies oblicuas. ¿Habíamos encontrado una veta de piedras preciosas? Eso parecía. Pero estaba demasiado cerca de la urbanización, no había posibilidad alguna de que hubiésemos descubierto algo que nadie hubiese descubierto ya. Lo sabíamos, pero no obstante llenamos las mochilas de esas piedras. Luego proseguimos nuestro camino. El arroyo seguía el sendero, por la parte de arriba corría por un profundo surco en algo parecido a un drenaje, más abajo, donde empezaba la cuesta, caía en pequeñas terrazas. En un lugar donde el arroyo corría casi paralelo al sendero intentamos contener el agua con un pequeño dique. Metimos dentro piedra tras piedra y cubrimos los espacios entre ellas con musgo. Al cabo de media hora más o menos conseguimos que el agua flotara sobre el sendero. Entonces oímos de repente unos disparos. Nos miramos. Acto seguido nos colocamos las mochilas a la espalda y echamos a correr cuesta abajo. ¿Disparos? ¿Podían provenir de cazadores? Tras unos cientos de metros, el sendero empezó a allanarse. Se encontraba en una profunda sombra, verde oscuro, debido a las densas filas de grandes abetos. A unos cien metros vislumbramos una carretera asfaltada y nos detuvimos, porque los disparos se oían con más nitidez, procedían de nuestra izquierda. Nos metimos por entre los árboles, pisando un blando suelo cubierto de arándanos, brezo y musgo. Subimos una pequeña pendiente, y delante de nosotros, tal vez a veinte metros, vimos un enorme recinto lleno de basura, bañado por el sol.

¡Un vertedero!

¡Un vertedero en el bosque!

Al fondo del mismo volaban unas gaviotas. Graznaban y daban vueltas sobre la basura como si del mar se tratara. El olor —dulce a la vez que fuerte— nos escoció en la nariz.

Entonces volvieron a sonar disparos. No muy alto, los estallidos eran secos, como una especie de tableteo. Bajamos lentamente hasta el borde del vertedero, y allí, a dos pasos de donde nos encontrábamos, vimos a dos hombres, uno de pie junto a los restos de un coche, el otro tumbado al lado. Los dos llevaban rifles y apuntaban hacia el vertedero. Los disparos sonaban a intervalos de un par de segundos. El que estaba tumbado se levantó y los dos se adentraron en el vertedero con los rifles en las manos. Nosotros nos acercamos al lugar donde ellos habían estado. Entre los montones de basura que subían y bajaban como colinas y cerros, había un pasadizo que siguieron. Iban vestidos como verdaderos cazadores, con botas y guantes. Eran adultos, pero no viejos. Alrededor de ellos se veían coches destartados, frigoríficos, congeladores, televisores, roperos y cómodas. Vimos sofás, sillas, mesas y lámparas. Vimos esquís y bicicletas, cañas de pescar, lámparas de araña, cubiertas de coches, cajas de cartón, cajas de madera, cajas de polietileno, y montones de grandes sacos de plástico. Nos encontrábamos delante de un paisaje de cosas desechadas. La mayor parte de ese paisaje constaba de bolsas de desperdicios de comida y embalaje, esas cosas que todas las familias sacaban en su cubo de basura cada día, pero en la parte del recinto que estábamos contemplando, y por la que andaban los dos hombres, quizá una quinta parte del área total, habían colocado los objetos grandes.

—Están matando ratas —dijo Geir—. ¡Mira!

Los hombres se habían detenido. Uno de ellos levantó una rata por el rabo. Un lado del animal parecía aplastado. El hombre le dio varias vueltas y luego la soltó; la rata voló por los aires y cayó sobre unos sacos, entre los que desapareció. Se rieron. El otro dio una patada a otro cadáver, metiendo la punta de la bota debajo y moviéndolo.

Volvieron hacia donde estábamos. Nos saludaron con los ojos entornados hacia el luminoso sol. Parecían hermanos.

—¿Estáis de excursión, chicos? —preguntó uno de ellos. Tenía el pelo rojizo y rizado debajo de una gorra azul con visera, la cara ancha y los labios gruesos, con un poblado bigote encima también pelirrojo.

Asentimos con la cabeza.

—¡De excursión al vertedero! Vaya, vaya —dijo el otro. Excepto por el color del pelo, que era rubio, casi blanco, y el labio superior, sin bigote, era el vivo retrato del primero—. ¿Y ahora vais a comeros el bocadillo? ¿Allí dentro, en esa montaña de basura?

Se rieron. También nosotros nos reímos un poco.

—¿Queréis ver cómo matamos un par de ratas? —preguntó el primero.

—Sí, me gustaría —contestó Geir.

—Entonces tenéis que colocaros detrás de nosotros. Eso es importante. ¿Entendido? Y luego quitecitos, no hay que estorbar.

Asentimos.

Esta vez se tumbaron los dos y permanecieron inmóviles un buen rato. Yo intenté ver lo que ellos estaban viendo. Pero no vi la rata hasta que sonaron los disparos. Fue como si el animal fuera arrastrado por el suelo, como empujado por una repentina y fortísima ráfaga de viento.

Se levantaron.

—¿Queréis venir a verla? —preguntó uno de ellos.

—¡No hay mucho que ver! —dijo el otro—. ¡Una rata muerta!

—Yo quiero verla —dijo Geir.

—Yo también —dije yo.

Pero la rata no estaba muerta. Se retorció en la tierra. La parte de atrás casi había desaparecido por el impacto de las balas. Uno de los hombres dio un fuerte porrazo al animal en la cabeza, sonó un golpe sordo, casi un crujido, y se quedó inmóvil. El hombre miró con preocupación el mango.

—¿Por qué habré hecho eso?

—Supongo que querías fardar un poco —dijo el otro—. Ven, vámonos ya. Puedes limpiarlo cuando lleguemos al coche.

Se fueron de nuevo «a tierra», con nosotros detrás.

—¿Saben vuestros padres que estáis aquí? —preguntó uno.

—Sí —contesté.

—Bien —dijo él—. Entonces supongo que os han dicho que no debéis tocar nada, ¿verdad? Esto está lleno de bacterias y otras porquerías, ¿sabéis?

—Sí —dije.

—Bien, chicos. ¡Que os vaya bien!

Al cabo de unos minutos se oyó un coche arrancar abajo en la carretera, nos habíamos quedado solos. Estuvimos un rato correteando por allí mirando cosas, vaciando sacos, tirando armarios para ver si había algo valioso detrás, mientras nos gritábamos lo que íbamos encontrando. Mi mejor hallazgo fue una bolsa llena de unos cómics estupendos, casi nuevos, de *Tempo* y *Buster*, un libro de bolsillo de Tex Willer, y algunas de esas pequeñas revistas de vaqueros de la década de los sesenta. Geir encontró una linterna plana, un pequeño bordado de un ciervo y dos ruedas de un cochecito de niño. Cuando nos hartamos de rebuscar, nos sentamos arriba en el brezo con nuestros hallazgos, y nos comimos los bocadillos.

Geir arrugó el papel y lo tiró lo más lejos posible. Su idea era que acabara más o menos en medio del vertedero, pero justo en ese momento lo alcanzó una ráfaga de viento y era tan ligero que ni siquiera llegó donde empezaba el vertedero, sino que aterrizó en el brezo.

—¿Cagamos o qué? —preguntó él.

—Si quieres —contesté—. ¿Dónde?

—No lo sé —dijo, encogiéndose de hombros.

Anduvimos un rato por el bosque buscando un lugar apropiado. Cagar en el vertedero me pareció por alguna razón impropio, como si fuera algo sucio, lo que resultaba curioso, ya que allí todo era basura. Pero la basura consistía en relucientes bolsas de plástico y cartones, electrodomésticos desechados y montones de periódicos. Lo blando y pringoso estaba embalado. De modo que tendríamos que ir al bosque.

—Mira ese árbol —dijo Geir.

Había un gran pino caído a unos diez metros de nosotros. Nos subimos al tronco, nos bajamos los pantalones y nos agachamos, mientras nos agarrábamos cada uno a una rama. Geir giró el culo justo en el momento en el que le salía la mierda, para que pareciera que la lanzaba hacia un lado.

—¿Has visto eso?! —dijo riéndose.

—¡Ja, ja, ja! —contesté, intentando hacer lo contrario, soltarla directamente debajo, como una bomba arrojada desde un avión sobre una ciudad. Era una sensación maravillosa conforme salía más y más, ese momento en el que quedaba colgando antes de soltarse y caer al suelo.

A veces me contenía durante días para conseguir una cagada grande de verdad, y también porque era bueno en sí. Cuando realmente tenía necesidad de cagar, tanta que apenas conseguía mantenerme en pie y tenía que inclinarme un poco hacia delante, sentía un maravilloso cosquilleo por todo el cuerpo si no cedía y apretaba los músculos del culo todo lo que podía y más o menos *empujaba* la mierda al lugar de antes. Pero era peligroso, porque si lo hacías demasiadas veces, la mierda se hacía tan grande que casi resultaba imposible sacarla. ¡Dios mío, lo que dolía cuando iba a salir uno de esos gigantescos cagarros! Era realmente insoportable, el dolor me llenaba del todo, era como una explosión de dolor. ¡AHHAHAHAHA!, gritaba. ¡AHHAHAHAH! Y entonces, cuando la cosa iba muy mal, salía de repente.

¡Dios mío, qué bien!

¡Qué sensación tan fantástica me invadía en esas ocasiones!

El dolor había pasado.

La mierda en el váter.

Todo dentro de mí respiraba entonces paz y tranquilidad. Tanta paz sentía que no tenía ganas de levantarme y limpiarme, sino que quería seguir allí sentado.

¿Pero merecía realmente la pena?

Antes de una de esas grandes cagadas podía estar temiéndola un día entero. No quería ir al baño, porque me dolía, pero si no iba, resultaría cada vez más doloroso.

Así que al final no había otro remedio que sentarse. ¡Saber que aquello te iba a doler un montón!

Una vez tenía tanto miedo a lo que iba a sufrir que intenté buscar otra manera de sacar la mierda. Me levanté un poco y me metí el dedo en el culo hasta donde pude. ¡Allí! ¡Allí estaba la mierda! ¡Dura como una piedra! Ya localizada, empecé a girar el dedo en un intento de ensanchar el paso, a la vez que apretaba un poco, y así pude poco a poco ir remolcando la mierda hasta el borde. Costó sacar hasta el último trozo, pero no dolió tanto.

¡Qué gran método!

No importaba que todo el dedo se hubiera puesto marrón; bastaba con lavarlo. Peor era el olor, porque aunque lo froté y lo limpié, siguió oliendo ligeramente a mierda durante todo el día, incluso seguía oliendo cuando me desperté a la mañana siguiente.

Habría que sopesar con cuidado las ventajas y los inconvenientes.

Cuando Geir y yo hubimos acabado, nos limpiamos con sendas hojas de helecho, y nos pusimos a estudiar el resultado. La mía tenía una tonalidad verdosa y estaba tan blanda que ya se había diluido un poco en el suelo. La de Geir era marrón clara, con una parte negra en un extremo, más dura y más grumosa.

—¿No te parece raro que la mía huela bien y la tuya apeste? —le pregunté.

—¡La que apesta es la tuya! —dijo Geir.

—No es verdad.

—¡Qué asco! —exclamó Geir, tapándose la nariz, mientras hurgaba en mi cagada con un palo largo.

Unas cuantas moscas zumbaban sobre ella. También eran de color verdoso.

—Bueno —dije—, ¿nos vamos ya? El sábado que viene a lo mejor podemos ver cómo les va.

—Ese día me voy —dijo él.

—¿Adónde?

—A Risør —contestó—. Creo que vamos a ver un barco nuevo.

Nos apresuramos a recoger nuestras cosas y nos fuimos hacia casa, Geir con una rueda en cada mano, yo con mi bolsa de plástico llena de cómics. Le hice prometer que no diría en su casa dónde habíamos estado, porque sospeché que nos prohibirían volver si lo supieran. Por mi parte, me ingenié una explicación para los cómics; diría que me los había prestado un chico llamado Jørn, que vivía en la otra urbanización, en caso de que mi padre los descubriera y dijera algo.

Cuando entré en casa, me quedé muy quieto durante unos instantes. No oía nada fuera de lo normal y me agaché a desatarme los zapatos.

Sonó la puerta de más adentro. Me quité un zapato, que coloqué junto a la pared. Se abrió la otra puerta y mi padre apareció ante mí.

Coloqué el otro zapato y me levanté.

—¿Dónde has estado? —me preguntó.

—En el bosque. —De repente me acordé de la explicación que iba a darle, y añadí, mirando al suelo—: Y luego en lo alto de la cuesta.

—¿Qué llevas en esa bolsa?

—Unos cómics.

—¿De dónde los has sacado?

—Me los ha prestado un chico que se llama Jørn. Vive allí arriba.

—Déjame verlos —dijo mi padre.

Le alcancé la bolsa, él miró dentro y sacó el Tex Willer de bolsillo.

—Éste me lo quedo yo —dijo, y volvió a su despacho.

Yo fui hacia la escalera y estaba subiendo cuando él me llamó.

¿Lo había descubierto? ¿Olía a basura?

Me di la vuelta y volví a bajar, con las piernas tan temblorosas que apenas me sostenían.

Él estaba en la puerta.

—No te he dado la paga —dijo—. A Yngve se la he dado hace un momento.

Me puso una moneda de cinco coronas en la mano.

—¡Ah, muchas gracias! —dije.

—Pero B-Max ya está cerrado —dijo—. Tendrás que ir hasta Fina si quieres comprar golosinas.

Fina estaba lejos. Primero la larga cuesta, luego el largo llano y después el largo

sendero por el bosque, hasta el camino de grava que desembocaba en la carretera principal, donde se encontraba esa gasolinera a la vez fantástica y terrible. La cuesta y el llano no suponían ningún problema, aquello estaba lleno de casas, coches y gente a ambos lados del camino. El sendero era peor, porque al cabo de unos metros desaparecías entre los árboles, donde no había nadie, ni personas, ni nada creado por la mano del hombre. Sólo hojas, arbustos, troncos, flores y alguna que otra pequeña zona pantanosa, alguna pequeña colina con árboles talados y algún prado. Cuando iba por allí, me ponía a cantar. Canciones infantiles que me sabía, una sobre un pájaro, otra sobre un oso que duerme, etcétera. Cuando cantaba era como si no estuviera solo. Era como si la canción fuera otro chico. Cuando no cantaba, hablaba solo. Me pregunto si vive alguien al otro lado, decía. O si este bosque continúa eternamente. No, eso no, porque vivimos en una isla. Luego está el mar, claro. Tal vez esté pasando el barco de Dinamarca en este momento. Me compraré un caramelo Nox y un Fox. Fox y Nox, Nox y Fox, Fox y Nox, Nox y Fox.

A la derecha se abría una especie de sala bajo las copas de los árboles. Eran árboles caducifolios altos, cuyas copas formaban un tejado tan espeso que en el sotobosque apenas había vegetación.

Justo después de salir al camino de grava, continué por delante de la vieja casa blanca y el viejo granero rojo, oía el murmullo de los coches procedente de la carretera principal, y cuando llegué hasta allí, vi la gasolinera en todo su esplendor a cincuenta metros de distancia.

Los cuatro surtidores tenían la mano colocada en la frente, en su postura habitual. El gran cartel blanco de plástico en el que ponía FINA en letras azules brillaba algo pálido en el extremo del alto poste. Había allí aparcado un camión con remolque, el conductor estaba sentado con el brazo apoyado en la ventanilla abierta, hablando con un hombre que estaba debajo de él. En la puerta de la tienda había aparcados tres ciclomotores. Un coche se detuvo delante de uno de los surtidores, un hombre con la cartera saliéndosele del bolsillo trasero bajó de él, cogió una de las bombas y metió el extremo en el depósito de su coche. Me paré delante de él. La bomba empezó a hacer ruido; los números, que para mí eran como caras, empezaron a girar. El hombre miraba hacia otro lado mientras todo esto estaba pasando y a mí me pareció un gesto magnífico, no prestar atención a lo que estaba teniendo lugar. Ese hombre sabía lo que hacía, no cabía duda.

Llegué hasta la tienda y abrí la puerta. El corazón me latía deprisa, nunca se sabía lo que te esperaba allí dentro. ¿Alguien se dirigiría a ti? ¿Alguien contaría un chiste que haría reír a todos?

«Así que el pequeño Knausgård ha venido hoy a visitarnos», podían por ejemplo decir. «¿Y dónde te has dejado hoy a tu padre? ¿Está en casa corrigiendo trabajos?».

Los que frecuentaban ese lugar eran del instituto. Llevaban chaquetas vaqueras o incluso chaquetas de piel, a menudo con parches cosidos en ellas. Podía poner Pontiac, Ferrari o Mustang. Algunos llevaban un pañuelo al cuello. El pelo les cubría los ojos a todos, y cuando querían apartárselo, echaban la cabeza hacia atrás. Fuera escupían sin cesar y bebían Coca-Cola. Algunos metían los cacahuets directamente en la botella, de manera que comían y bebían a la vez. Casi todos fumaban, aunque sus padres se lo hubieran prohibido. Los más jóvenes tenían bicicleta, los mayores ciclomotores. De vez en cuando se juntaban con ellos chicos más mayores aún que tenían coches.

Allí estaba todo lo que era malo: ciclomotores, pelo largo, tabaco, pellas, juego, todo lo que ocurría en la gasolinera era malo.

Sus risas, que siempre me azotaban cuando se acordaban de que yo era el pequeño Knausgård, era lo que más odiaba. Evidentemente no podía contestar, así que me limitaba a agachar la cabeza, me apresuraba hasta el mostrador y compraba lo que había ido a comprar.

«¡El pequeño Knausgård tiene miedo!», gritaban entonces, si ese día les daba por ahí. Porque a veces también me dejaban en paz. Nunca podía saberse.

Esta vez me dejaron en paz. Tres de ellos estaban alrededor de una máquina de juego, cuatro bebían Coca-Cola sentados en una mesa, y luego había unas chicas con la cara maquillada sentadas en una mesa al fondo del local.

Gasté todo el dinero en comprar Fox y Nox. Dio para bastante, el dependiente los metió en una bolsita de plástico y yo salí a toda prisa.

Subí la cuesta de grava y tomé el sendero, donde el aire era fresco, pues ya no daba el sol. No ha ido mal, me dije a mí mismo, dejando que la vista se deslizara entre los troncos para ver si algo se movía allí dentro. ¿Pero qué voy a hacer realmente?, me pregunté. ¿Comérmelos alternándolos, o comerme primero todos los Fox y luego todos los Nox?

De repente oí un crujido entre los arbustos al lado derecho.

Me detuve y miré fijamente el lugar de donde procedía el ruido. Retrocedí con cuidado un par de pasos por si acaso.

Volví a oír el crujido.

¿Qué podía ser?

—¡Hola! —dije—. ¿Hay alguien?

Silencio.

Me agaché y cogí una piedra. Acto seguido la tiré con todas mis fuerzas a los matorrales y luego corrí cuesta arriba lo más rápido que pude. Cuando volví a pararme y pude comprobar que nadie me perseguía, me eché a reír.

—¡Te lo mereces por tonto! —me dije a mí mismo, y seguí subiendo.

En cuanto a los muertos, lo mejor era no pensar en ellos. Pensar todo el rato en otra cosa. Porque si empezabas a pensar en los muertos, en que estaban allí, por ejemplo detrás de ese abeto, resultaba de repente imposible pensar en otra cosa, y te entraba cada vez más miedo. Al final no quedaba más remedio que correr con el corazón en vilo, como si tuvieras un grito resonando en tu interior.

Aunque esta vez todo había ido bien, me sentí aliviado cuando llegué donde se abría el sendero y vi el llano con la urbanización delante de mí.

El aire, que estaba muy despejado cuando salí, había adquirido ya una tonalidad grisácea donde se posaba sobre la pradera entre las casas, junto a la carretera.

Corrí un poco más.

Delante de una de las casas que había junto a la carretera había dos chicas. Me miraron de reojo cuando crucé el prado. Acto seguido echaron a correr hacia mí.

¿Qué querían?

Las miré, pero no me paré.

Se detuvieron justo delante de mí.

Una de ellas era la hermana de Tom, uno de los chicos mayores de la urbanización, que tenía su propio coche, rojo y reluciente. A la otra no la había visto nunca. Tenían al menos diez años.

—¿De dónde vienes? —preguntó una de ellas.

—De Fina —contesté.

—¿Qué has ido a hacer allí? —preguntó la otra.

—Nada —contesté, y eché a andar.

Se colocaron de tal manera que me impedían el paso.

—Apartaos —dije—. Voy a mi casa.

—¿Qué llevas en esa bolsa?

—Nada.

—Sí que llevas algo. Se ve, Fox y Nox, claro.

—¿Y qué? Se los he comprado a mi hermano. Tiene once años.

—Dánosla.

—No —dije.

Una de ellas, la hermana de Tom, intentó coger la bolsa. Yo la aparté. La otra sacó el brazo y me empujó para que me cayera.

—Dame la bolsa —dijo.

—No —contesté, protegiendo la bolsa con los brazos, a la vez que intentaba levantarme.

Volvió a empujarme. Me caí de bruces y me eché a llorar.

—¡Son míos! —grité—. ¡No me los podéis quitar!

—¿No decías que eran de tu hermano? —preguntó una de ellas tras arrancarme la bolsa de las manos. Luego cruzaron el prado corriendo y riéndose, hasta la carretera.

—¡Son míos! —grité a sus espaldas—. ¡Son míos!

Lloré todo el camino hasta casa.

Me habían robado todas mis golosinas. ¿Cómo era posible? ¿Cómo pudieron simplemente acercarse a mí y *llevárselas*? ¡Eran mías! ¡Mi padre me había dado el dinero y yo había recorrido todo ese largo camino hasta Fina! ¡Y vinieron y me las quitaron! ¡Dándome un empujón! ¿Cómo pudieron hacer algo así?

Cuando estaba cerca de mi casa, me limpié la cara con la manga del jersey, parpadeé un par de veces, y moví la cabeza un poco para que nadie notara que había llorado.

Una vez, cuando tenía cinco años, Wenche, la hermana pequeña de Trond, me tiró una piedra enorme directamente a la tripa. Me puse a llorar y me fui corriendo hasta nuestra valla, porque mi padre estaba al otro lado trabajando en el jardín. Estaba seguro de que me ayudaría, pero no quiso, al contrario, me dijo que Wenche no sólo era una chica, sino encima un año menor que yo, y que no había motivo para ponerse a llorar. Dijo que se sentía avergonzado de mí, y que tendría que defenderme yo mismo, que debía entenderlo. Pero yo no lo entendía, todo el mundo sabía que tirar piedras no estaba bien, ¿no? ¿No era lo peor que podías hacer, lo más bajo?

Pero mi padre no opinaba eso. Con su mirada severa y los brazos cruzados se quedó contemplando la calle donde estaban todos los niños jugando. Negó con la cabeza y dijo que volviera a la calle a jugar y que no le molestara.

Las que acababan de robarme las golosinas eran chicas. Así que de nada serviría pedirle ayuda a mi padre.

Me detuve en la entrada a escuchar, me quité los zapatos, los coloqué junto a la pared, subí con mucho cuidado la escalera y entré en el cuarto de Yngve. La imagen de todos los caramelos Fox y Nox que había perdido me sobrevino con fuerzas renovadas y me eché a llorar.

Yngve estaba tumbado boca abajo en la cama leyendo un cómic de Buster, con las piernas dobladas hacia arriba. Entre el cómic y él había una bolsa de golosinas.

—¿Por qué lloras? —me preguntó.

Le conté lo que había ocurrido.

—¿Y por qué no echaste a correr y ya está? —quiso saber.

—No pude. Me cerraron el paso.

—¿Te empujaron? ¿No pudiste tú empujarlas a ellas?

—No, eran mucho más grandes y fuertes que yo —dije, sollozando.

—No hace falta que chilles tanto por una cosa así —dijo Yngve—. ¿Te vale si te doy de las mías?

—Sí-í-í —sollocé.

—No muchas, sólo unas pocas. Ésa, ésa, ésa y ésa, por ejemplo. Y quizá ésa. Así, ¿mejor ya?

—Sí —contesté—. ¿Me dejas quedarme aquí?

—Puedes quedarte hasta que te acabes las golosinas. Luego tienes que irte.

—Vale.

Cuando me lo hube comido todo y lavado la cara con agua fría, tuve la sensación de empezar de nuevo. Oí que mi madre estaba en la cocina preparando la comida; el extractor estaba en marcha. A mi padre no lo oí mientras estuve en el cuarto de Yngve, de modo que debía de andar abajo en su despacho.

Entré en la cocina y me senté en una silla.

—¿Te has comprado golosinas? —me preguntó mi madre. Estaba delante de la cocina dando vueltas en la sartén a algo que parecía carne picada. Crepitaba y borbotaba. En el otro fuego había una olla hirviendo que casi no hacía ruido debido al extractor.

—Sí, sí —contesté.

—¿Has ido hasta la gasolinera Fina?

Ella siempre decía «la gasolinera Fina», nunca Fina a secas, como decíamos los demás.

—Sí —contesté—. ¿Qué hay para comer?

—Un guiso con arroz, había pensado.

—¿Con piña?

Ella sonrió.

—No, con piña no. Es una olla mexicana.

—Ah, vale.

Se hizo el silencio. Mi madre abrió una bolsita y esparció el contenido sobre la carne picada, luego midió agua y la añadió a la sartén. El agua empezó enseguida a borbotear y echó el arroz. Luego se sentó en la silla, al otro lado de la mesa, se puso las manos a los costados y se estiró.

—¿En realidad qué haces en Kokkeplassen? —le pregunté.

—Ya lo sabes, ¿no? Has estado muchas veces.

—¿Cuidas de los que viven allí?

—Sí, podría decirse así.

—¿Pero por qué están allí? ¿Por qué no viven en sus casas?

Ella se quedó pensando un buen rato. Tanto que cuando por fin contestó, yo ya estaba pensando en otra cosa.

—Muchos de los que viven allí sufren de ansiedad. ¿Sabes qué es eso?

Negué con la cabeza.

—Es algo que sientes cuando tienes miedo a algo y no sabes a qué.

—¿Tienen miedo todo el tiempo?

Ella asintió.

—Sí, sí que lo tienen. Yo hablo con ellos. Hago cosas con ellos para que no tengan miedo.

—Pero... —dije— ¿no tienen miedo a nada en especial? ¿Simplemente tienen miedo?

—Sí, exacto, así es. Simplemente tienen miedo. Luego se les pasa y entonces vuelven a sus casas. —Hizo una pausa—. ¿Por qué has preguntado eso? ¿Has estado pensando en ello?

—No, qué va. Fue la seño. Cuando tuvimos que contar lo que hacían nuestros padres. Yo dije que tú trabajabas en Kokkeplassen y ella me preguntó qué hacías allí. Yo no lo sabía muy bien. ¿Pero sabes lo que dijo Geir? ¡Dijo que su madre enseñaba a la gente de su trabajo a atarse los zapatos!

—Bien dicho. La gente con la que ella trabaja no tiene miedo. Pero tienen problemas para hacer cosas que nosotros consideramos algo natural. Como por ejemplo cocinar o lavarse. O vestirse. Martha les ayuda con eso.

Se levantó para remover la comida.

—Son mongos, ¿no? —pregunté.

—Se dice discapacitados psíquicos —dijo mirándome—. Está feo decir mongos.

—¿Lo está?

—Sí.

En el piso de abajo se abrió una puerta.

—Voy a ver a Yngve un rato —dije, y me levanté.

—Muy bien —dijo mi madre.

Me fui lo más deprisa que pude, sin correr. Si me iba justo en el momento de oír la primera puerta, llegaría al cuarto de Yngve antes de que mi padre hubiera tenido tiempo de subir la escalera y verme. Si me iba en el momento de oír la segunda puerta, él me vería.

Esta vez oí el primer paso en la escalera justo cuando cerré la puerta detrás de mí.

Yngve seguía tumbado en la cama leyendo. Ahora era una revista de fútbol.

—¿Vamos a comer pronto? —me preguntó.

—Creo que sí —contesté—. ¿Me prestas una revista?

—Toma —dijo—. Pero cuídala.

Mi padre pasó por delante de la puerta. Yo me agaché delante del montón de cómics de la estantería. Yngve los coleccionaba. *El Hombre Enmascarado*, por ejemplo, los guardaba en carpetas, mientras que los míos estaban diseminados por todas partes. Él también era miembro del club de El Hombre Enmascarado.

—¿Puedo coger toda la carpeta? —pregunté.

—Ni hablar —contestó.

—¿Y el álbum?

—¡Vale, pero devuélvemelo en cuanto lo hayas terminado!

Los sábados tomábamos arroz con leche a mediodía, y comida caliente por la noche, muchas veces un guisado, siempre en el comedor y no en la cocina, donde cenábamos los demás días. Había una servilleta de tela junto a cada plato. Mis padres bebían cerveza o vino, y a nosotros nos daban refrescos. Después de cenar veíamos la televisión. Solían poner algún espectáculo al estilo de Broadway desde un estudio de Oslo, en el que mujeres con medias de rejilla, americanas masculinas, bastón y sombrero, y hombres con smoking, bufanda blanca, sombrero y bastón, bajaban por una escalera blanca mientras

cantaban una canción. Casi siempre era «New York, New York». La cantante Sølvi Wang, que le gustaba mucho a mi madre, solía participar en el programa. Otros que actuaban a menudo en la televisión los sábados eran Leif Juster, Arve Opsahl y Dag Frøland. Wenche Myhre solía hacer un sketch en el que interpretaba a una niña de guardería, y luego participó en el Festival de Eurovisión, claro, que además de la final de la Copa de Europa, la final de la FA Cup y el torneo de Wimbledon constituía el punto culminante del año televisivo.

Esa noche había un hombre vestido de harapos sentado en un tejado, cantando con una voz increíblemente grave. *Oul man riba*, cantaba. La estuve canturreando hasta que me acosté. *Oul man riba*, cantaba mientras me cepillaba los dientes; *Oul man riba*, cantaba mientras me desnudaba; *Oul man riba*, cantaba, ya acostado y a punto de dormirme.

Mis padres habían cerrado la puerta corredera y estaban sentados en el salón charlando, fumando, escuchando música y bebiéndose el resto de la botella de vino de la cena. Entre las canciones oía a lo lejos la voz gruñona de mi padre, y sabía que mi madre decía algo en las pausas, pero no conseguía oír su voz.

Me dormí. Cuando volví a despertarme, seguían sentados en el salón. ¿Estarán allí toda la noche?, pensé, antes de dormirme de nuevo.

Los cálidos y claros días de septiembre fueron el último esfuerzo del verano, porque de repente se derrumbó y en su lugar llegó la lluvia. Las camisetas y pantalones cortos fueron sustituidos por jerséis y pantalones largos, por las mañanas nos poníamos una chaqueta, y cuando empezaron las lluvias torrenciales del otoño, nos pusimos botas, pantalones e impermeables. Los arroyos crecieron, los caminos de gravilla se llenaron de charcos, a lo largo de los bordillos corría el agua, arrastrando arena, guijarros y agujas. Se acabaron los baños en el mar, la gente ya no iba de excursión en sus barcos los fines de semana, todo el tráfico de ida y vuelta hasta los muelles flotantes trataba ya de pesca. También mi padre preparó su equipo de pesca: la caña, la bobina, el cebo y el garfio. Se ponía la ropa verde oscura impermeable y se iba en el coche hasta la parte de la isla que daba al mar abierto, donde los fines de semana se pasaba horas pescando solo, en busca del bacalao skrei, que llegaba allí en el invierno. El que el cursillo de natación comenzara justo en esa época era muy oportuno, ya que habría resultado casi contra natura nadar en una piscina interior con el sol abrasando fuera. El cursillo tendría lugar todos los martes por la tarde durante el invierno, y todos los de mi clase se habían apuntado. Como mi madre se iba al trabajo antes de que yo me levantara por las mañanas, la noche anterior le recordé que me comprara un gorro de baño al volver a casa. Deberíamos haberlo hecho hacía tiempo, pero no lo hicimos. Cuando oí su coche subir la cuesta, bajé corriendo a la entrada para esperarla allí. Entró con el abrigo puesto y el bolso al hombro y me dirigió una sonrisa cansada al verme. No llevaba ninguna bolsa de ninguna tienda de deportes.

Quizá estuviera dentro de su bolso. Después de todo un gorro de baño no ocupa mucho espacio.

—¿Has comprado el gorro? —le pregunté.

—Ay, no —respondió.

—¿No te has acordado? ¡No puede ser que no te hayas acordado! ¡Pero si es hoy!

—La verdad es que no me he acordado. He estado pensando en otras cosas viniendo del trabajo. Pero bueno... ¿A qué hora es la clase?

—A las seis —contesté.

Miró el reloj.

—Ahora son las tres y media. Las tiendas cierran a las cuatro. Me dará tiempo si salgo ahora mismo. Dile a papá que estaré de vuelta en una hora, ¿quieres?

Asentí.

—¡Date prisa entonces! —dije.

Mi padre estaba en la cocina friendo chuletas. Una humareda flotaba por encima de la sartén. La tapadera de la olla de las patatas bailoteaba con la presión del vapor. La radio estaba encendida y él estaba de espaldas, con la paleta en una mano mientras apoyaba la otra en la encimera.

—¿Papá? —dije.

Se volvió de repente.

—¿Qué? —contestó. Y luego al verme—: ¿Qué quieres?

—Mamá vendrá en una hora. Me dijo que te lo dijera.

—¿Ha estado aquí y se ha vuelto a ir?

Asentí.

—¿Por qué? ¿Qué ha ido a hacer?

—Ha ido a comprarme el gorro de baño. Hoy tengo el cursillo de natación.

La irritación en la mirada que me echó era inequívoca. Pero aún no se había aclarado la situación, no podía simplemente darme la vuelta y desaparecer.

Luego hizo un gesto en dirección a mi cuarto, y me fui allí, feliz por haber salido tan fácilmente de la situación.

Diez minutos después nos llamó. Salimos deslizándonos de nuestros cuartos, sacamos silenciosamente las sillas de debajo de la mesa y nos sentamos cada uno en nuestro sitio, esperando hasta que mi padre hubiese echado en nuestros platos patatas, una chuleta, un

montoncito de cebolla quemada y unas zanahorias hervidas. Empezamos a comer, con la espalda recta y totalmente inmóviles, excepto los brazos, la boca y la cabeza. Ninguno de los tres dijo una palabra durante toda la comida. Cuando nuestros platos quedaron vacíos, con excepción del hueso limpio y la piel de la patata, dimos las gracias por la comida y volvimos a nuestros cuartos. Mi padre hizo café en la cocina, lo supe por el sonido silbante que salía de allí. Unos instantes después bajó a su despacho, seguramente con una taza de café en la mano. Me puse a leer, pero estaba todo el rato atento a los ruidos procedentes de fuera de la casa, al murmullo del motor de los coches que pasaban, y oí el de mi madre en cuanto se metió por el camino bastante más abajo, el sonido de su escarabajo era inconfundible, y si a pesar de todo me hubiese confundido, estuve seguro cuando unos segundos más tarde entró en la rotonda. Me levanté y salí al pasillo, encima de la escalera. Dado que mi padre estaba en el despacho, ése era el mejor sitio donde esperar.

Sonó la puerta, oí cómo mi madre primero se quitaba las botas, luego la chaqueta, que colgó en el perchero del rincón, los pasos por la alfombra de la entrada, luego, cuando empezaron a subir la escalera, como unidos a la visión física de ella.

—¿Has podido comprarlo? —pregunté.

—Sí, sin problemas —contestó.

—Déjame verlo.

Me alcanzó la pequeña bolsa de Intersport que llevaba en la mano. La abrí y saqué el gorro.

—¡Pero mamá, tiene flores! —exclamé—. ¡No puedo llevar un gorro de flores! ¡No puede ser! ¡Es un gorro de baño de mujer! ¡Has comprado un gorro de baño de mujer!

—¿No es bonito? —preguntó.

Yo miraba el gorro de baño con lágrimas en los ojos. Era blanco, y las flores con las que estaba decorado formaban no sólo un dibujo impreso, sino que eran pequeñas imitaciones de flores con relieve en algo que parecía plástico.

—Tienes que ir a cambiarlo ahora mismo —dije.

—Pero hijo, eso no puede ser. Las tiendas están cerradas.

Me puso la mano en la cabeza mientras me miraba.

—¿Tan horrible te parece? —preguntó.

—No puedo ir al cursillo de natación con él. De ninguna manera. Me quedo en casa.

—Pero Karl Ove —dijo mi madre.

Las lágrimas me corrían por las mejillas.

—Ese cursillo de natación te hacía mucha ilusión —dijo—. No importa que el gorro sea de flores, ¿no? Podrás ir de todos modos. Y te compraremos uno nuevo para la semana que viene. ¿Vale? Yo puedo quedármelo. Necesito un gorro de baño. Y a mí las flores me parecen muy bonitas.

—No entiendes nada —dije—. No puede ser. ¡Es un gorro de baño *de mujer!* —grité.

—Creo que estás exagerando —dijo mi madre.

En ese instante sonó el portazo de la puerta de mi padre. Era capaz de olfatear una situación como ésa a kilómetros de distancia. Me limpié los ojos a toda prisa y metí el gorro de baño en la bolsita. Pero era demasiado tarde, él estaba ya en el descansillo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—A Karl Ove no le gusta el gorro de baño que le he comprado —dijo mi madre—. Así que ahora no quiere ir al curso de natación.

—¡Tonterías! —dijo mi padre. Subió la escalera y me levantó la barbilla con una mano.

—Irás al curso de natación con el gorro de baño que te ha comprado tu madre. ¿Entendido?

—Sí —dije.

—Y no llores por una tontería como ésa. Es indigno.

—Sí —dije, limpiándome de nuevo los ojos con la mano.

—Vete a tu cuarto, y quédate allí hasta que os vayáis. Ya.

Hice lo que me decía.

—No entiendo cómo volviste a la ciudad a comprarlo —le oí decir cuando iban hacia la cocina.

—Está muy ilusionado con ese curso —dijo mi madre—. Faltaría más. Se lo había prometido. Y no me acordé.

Una hora más tarde mi madre vino a buscarme a mi cuarto. Bajamos a la entrada, yo había decidido no hablarle y no dije nada, sino que me limité a ponerme las botas y el impermeable. En la mano llevaba la bolsa con el bañador, la toalla y el gorro de baño. Cuando abrí la puerta, me encontré con Geir y Leif Tore esperando fuera, cada uno con su bolsa de plástico en la mano. Fuera oscurecía y el aire estaba lleno de llovizna. El pelo de los chicos estaba húmedo, sus impermeables brillaban a la luz de la lámpara que había encima de la puerta.

Saludaron a mi madre, ella les devolvió el saludo, y luego cruzó la gravilla con pasos rápidos y con nosotros detrás. Abrió la puerta del coche, empujó el asiento hacia delante y nos sentamos en el asiento de atrás.

Ella metió la llave y arrancó el motor.

—¿Está mal el tubo de escape? —preguntó Leif Tore.

—Sí, este coche es viejo —contestó mi madre, y subió la cuesta marcha atrás. Los limpiaparabrisas se movían de un lado a otro sobre el cristal. Los faros iluminaron los abetos negros al otro lado de la calle, que parecieron acercársenos un paso.

—Geir sabe nadar —dije. Entonces me acordé de que había decidido no hablar.

—¡Qué bien! —exclamó mi madre. Puso el intermitente y echó una breve mirada por la ventanilla de la derecha antes de meterse en la calle e ir hasta el próximo cruce, donde se repitió todo, sólo que al lado contrario: ahora puso el intermitente a la izquierda y miró por la ventanilla de ese lado—. ¿Y tú, Leif Tore, ya sabes nadar? —preguntó.

El ruido del motor rebotaba en la roca dinamitada al otro lado de la carretera cuando subimos la cuesta hacia el puente. Las luces en la punta del mástil lucían rojas en la oscuridad. Alguien que no lo supiera podría pensar que flotaban en el aire, pensé.

Leif Tore negó con la cabeza.

—Sólo un poco —contestó.

La lluviosa oscuridad había empezado a unir el estrecho y los prados; lo vi cuando cruzamos el puente. Todavía podían diferenciarse, porque la oscuridad de la tierra era un poco más oscura y densa que la del agua en calma, que conservaba una especie de brillo. Las luces, que se extendían hacia fuera a ambos lados, colgaban como en el aire en la parte de más afuera, como estrellas en un cielo estrellado, mientras que las de más cerca, cuyo entorno iluminado podía vislumbrarse, estaban fijadas en el paisaje de un modo muy distinto. En muchos sitios se veían luces verdes y rojas de farolas o pequeños fanales de faros. Bajamos hasta la intersección al lado contrario, aparecieron casas y jardines a un lado, edificios industriales al otro, amarillos y vacíos a la luz de las farolas, con la lona goteante de la oscuridad colgando encima. Los limpiaparabrisas se movían a gran velocidad, estaba lloviendo ya con mucha fuerza. Leif Tore dijo que Rolf había ido a esa escuela de natación. La profesora era una mujer mayor, de unos cuarenta años, que según Rolf era muy estricta. Pero Rolf decía muchas cosas. Si se le ofrecía la posibilidad de engañar a Leif Tore o a cualquiera de nosotros, la aprovechaba. Yo dije que aún no tenía gafas de natación, pero que era capaz de ver debajo del agua, así que no era un problema. Geir nos enseñó las suyas. Era un par de gafas Speedo, con cristal azul y elástico blanco.

—¿Y el gorro de baño? —preguntó Leif Tore.

—El de mi padre. Es un poco grande —dijo Geir con una risa.

—¿Tu padre tiene gorro de baño? El mío desde luego que no. ¿El tuyo tiene? —preguntó Leif Tore, mirándome.

—No creo. ¿Qué hora es, mamá, vamos a llegar a tiempo?

Mi madre levantó el brazo izquierdo y miró el reloj.

—Las seis menos veinticinco. Vamos bien de tiempo.

—¿Por qué sólo las mujeres y los niños llevan gorro de baño? —prosiguió Leif Tore.

—No es verdad —contesté—. También lo llevan los nadadores que participan en competiciones.

—A mí me comprarán uno de esos con una bandera noruega cuando tengamos dinero —dijo Geir—. Mi padre me lo ha prometido hoy. Y también ha dicho que podré apuntarme a un club de natación cuando haya aprendido a nadar bien. A uno de la ciudad.

—¿Pero no íbamos a empezar juntos en el fútbol?

—Sí-í-í. Podré hacer las dos cosas —contestó Geir.

Mi madre puso el intermitente para salir de la carretera principal y meterse por un camino de grava hasta un colegio oscuro, delante del que aparcó.

—Creo que es allí —dijo, señalando hacia un edificio bajo un poco más allá.

—Sí que es —dijo Leif Tore—. Porque allí están Trond y Geir Håkon.

—Entonces vendré a buscaros dentro de una hora —dijo mi madre—. ¡Suerte!

Salimos a trompicones con nuestras bolsas de plástico y fuimos corriendo hasta la entrada, mientras el escarabajo verde de mi madre daba la vuelta y volvía por el camino por el que había llegado.

El vestuario estaba frío, el suelo era verdoso, las paredes blancas, la luz del techo intensa. A lo largo de tres de las paredes había una fila de bancos de madera, con una fila de ganchos encima. Cinco chicos habían llegado ya. Estaban charlando y riéndose mientras se desnudaban. Nos saludaron.

—¿Está fría el agua de la piscina? —preguntó Sverre.

—Helada —contestó Geir B.

—¿Os habéis metido para probarla? —preguntó Leif Tore.

—Claro —contestó Sverre.

Me senté en el banco y me saqué el jersey por la cabeza. Me levanté y me quité el pantalón. Un débil olor a cloro me llenó de placer. Me encantaba el cloro, me encantaban las piscinas, me encantaba bañarme. Geir B., Sverre y Dag Magne se metieron desnudos en la ducha. Trond y Geir Håkon los siguieron. Nos habían dicho que era absolutamente necesario que nos ducháramos antes de meternos en la piscina. Vi que todos se colocaban a cierta distancia de la ducha, alargaban un brazo y abrían el grifo con cuidado, como si

nos encontramos cerca de un animal impredecible, y con el otro tocaban el agua que salía con fuerza. Cuando estaba lo suficientemente caliente se colocaron todos debajo del chorro, de espaldas a la pared. El pelo se les pegaba a la frente. Yo me quité los calzoncillos, dejé mi ropa en un montón sobre el banco, y me quedé esperando un rato hasta que Geir y Leif Tore acabaron. Se abrió la puerta y entraron otros cuatro chicos; entre ellos John. Había algo que no me gustaba en eso de estar desnudo cuando los que entraban iban vestidos, de modo que saqué la jabonera y la toalla de la bolsa y entré en la ducha más alejada, que era una de las tres que estaban libres. Por suerte Geir y Leif Tore vinieron justo después.

¡Qué maravilloso era estar debajo de la ducha caliente en esa sala que se iba llenando lentamente de vapor! Podría haberme quedado allí eternamente. Pero tenía ese problema de que mi piel se ponía roja cuando me duchaba, sobre todo el culo, tras diez minutos en agua caliente de verdad tenía casi el mismo aspecto que el trasero de esos monos que tienen el culo muy rojo. Resultaba imposible no darse cuenta y no comentarlo, de manera que tras un par de minutos y una veloz comprobación del color allí atrás, cerré el grifo, me sequé y volví al vestuario a ponerme el bañador. El culo no sólo se me ponía rojo cuando me duchaba, era además muy respingón. Mi padre solía decir que tenía un culo protuberante. Era verdad y era importante que nadie se diera cuenta. Esas cosas se extendían rápidamente.

Me quedé un rato sentado en el banco, inclinado hacia delante con las manos sobre las rodillas, mirando a los demás, que salían de la ducha uno tras otro, todos con cabezas grandes y pelo rubio, ahora oscurecido por el agua, y la piel pálida en la que esa marca entre los bañadores y las camisetas, tan clara hasta hace pocas semanas, estaba a punto de desaparecer. Y unos cuerpos flacuchos, porque nadie en la clase estaba gordo, ni siquiera Vemund, sólo un poco fofo y con las mejillas redondas, y sin embargo se decía de él que estaba gordo, que era el más gordo de la clase. Alguien tenía que desempeñar ese papel. La piel de los brazos se me arrugaba con el aire frío, los froté con las manos un par de veces, intentando recobrar esa sensación con la que me había llenado el olor a cloro, pero ahora era como si no la encontrara, como si se hubiera acabado o se hubiera integrado en todo lo que estaba sucediendo.

A través de la puerta entreabierta, vi que dentro del recinto se encendía la luz.

—¡Ya empieza! —gritó alguien.

Los pocos que quedaban en la ducha salieron apresuradamente. Los demás se pusieron bañador, gafas de natación y gorros de baño.

Se oyó un pitido dentro. Saqué el gorro de baño de la bolsa, lo apreté en la mano y me fui hacia la piscina, detrás de Geir y delante de John. Las chicas salieron del vestuario del otro lado justo al mismo tiempo. La profesora de natación, que estaba en el borde de la

piscina, nos hizo señas para que nos acercáramos. El silbato le colgaba de una cuerda alrededor del cuello. En la mano llevaba una hoja dentro de una carpeta de plástico transparente.

Volvió a pitar. Los últimos chicos llegaron corriendo del vestuario, riéndose.

—¡No corráis! —gritó ella—. No se corre aquí dentro. El suelo está resbaladizo y duro.

Se ajustó las gafas.

—¡Bienvenidos a este curso de natación! —dijo—. Nos vamos a reunir aquí seis veces en el transcurso de este otoño, y nuestro objetivo es que todos aprendamos a nadar. Como hoy es la primera clase, vamos a tomárnoslo con mucha calma. Vamos a empezar por un poco de juego libre en el agua, luego ensayaremos las brazadas en esas colchonetas que veis allí.

—¿En tierra? —preguntó Sverre—. ¿Vamos a aprender a nadar en tierra?

—Sí, eso es exactamente lo que vamos a hacer. También tenemos unas sencillas reglas que hay que seguir. Os tenéis que duchar siempre antes de meteros en la piscina. ¿Hay alguien que no se haya duchado todavía?

Nadie dijo nada.

—¡Bien! Todos tenemos que llevar gorro de baño. No se puede correr, ni siquiera cuando hemos terminado. Y está prohibido hacer ahogadillas. ¡Eso no se hace jamás! Para meternos en la piscina, debemos usar siempre esas dos escaleras que veis allí.

—¿Está permitido tirarse del trampolín? —preguntó John.

—¿Tú sabes? —le preguntó la profesora.

—Sí, un poco —contestó John.

—No, no está permitido. Ni siquiera «un poco». Como he dicho, nada de tirarse, nada de saltar del trampolín y nada de correr. Y cada vez que yo use este silbato tenéis que acercaros a mí. ¿Entendido?

—Sí.

—Empecemos entonces con los nombres. Contestad cuando yo diga vuestro nombre.

Anne Lisbet era como siempre la primera de la lista. Estaba muy atrás, con un bañador rojo, y sonrió, casi se rió, cuando contestó. En ese momento noté un cosquilleo por dentro. Al mismo tiempo tenía miedo a que se leyera mi nombre, odiaba esa manera de cortar cada nombre como si fuera una rebanada de pan y dejarlo a un lado hasta que llegara mi turno. Solía gustarme cuando estábamos sentados en la clase y la atención de todos se centraba en mí, entonces sí, contestaba con voz alta y clara... Pero ese día era diferente.

—¡John! —dijo la profesora.

—Sí, aquí estoy —contestó John agitando su mano levantada.

Ella apenas lo miró, antes de volver a mirar el papel.

—¡Karl Ove! —dijo.

—Sí —contesté.

Ella me miró.

—¿Dónde está tu gorro de baño? ¿No te lo has traído?

—Aquí —contesté, levantando la mano con el gorro de baño asomando lo justo para que ella pudiera verlo.

—¡Pues póntelo, chico!

—Prefiero esperar hasta meterme en el agua —dije.

—¡Aquí no hay «prefiero» que valga! ¡Póntelo!

Lo desdoblé, separé los lados con las manos y me lo coloqué en la cabeza con dificultad. No pasó inadvertido, desde luego que no.

—¡Mirad a Karl Ove! —dijo alguien.

—¡Lleva un gorro de mujer!

—¡Un gorro de baño con flores! ¡Pero si es un gorro de vieja!

—¡Ya está bien! —dijo la profesora—. ¡Aquí sirven todos los gorros por igual!
¡Marianne!

—Sí —contestó Marianne.

Pero la curiosidad no desapareció así de fácilmente. A mi alrededor se vieron risas, empujones y miradas insolentes. Era como si el gorro de baño me abrazara la cabeza.

Cuando acabaron de pasar lista, nos dirigimos a toda prisa a las dos escaleras de las esquinas de la piscina. El agua estaba fría, lo mejor sería meter todo el cuerpo cuanto antes, de modo que me agaché, me impulsé hacia delante y di todas las brazadas que fui capaz de dar, muy cerca del fondo. Sabía nadar por debajo del agua, el problema era nadar por encima. ¡Pero qué sensación tan maravillosa, sentir el fondo a unos centímetros debajo del cuerpo, y toda el agua encima! Cuando salí a la superficie, busqué a Geir con la mirada.

—¿Tu madre te ha dejado su gorro de baño, o qué? —me preguntó Sverre.

—Pues no —contesté.

Geir y Leif Tore habían cogido cada uno una tabla y se lanzaron hacia delante con ella

en las manos pataleando todo lo que podían. Me acerqué a ellos.

—¿Nos metemos un poco más adentro a bucear? —pregunté.

Dijeron que sí y nos adentramos con esos pasos lentos y pesados que se dan cuando se anda en el agua, hasta que nos llegaba justo debajo de los brazos.

—¿Es verdad que eres capaz de tener los ojos abiertos debajo del agua? —me preguntó Leif Tore.

—Sí —contesté—. Sólo hay que dejarlos abiertos.

—¡Pero escuece muchísimo! —dijo él.

—A mí no —contesté, feliz por tener la oportunidad de decirlo. Durante un rato intentamos bucear como hacen los buceadores, estar tumbados en la superficie y luego darse impulso hacia abajo con la parte superior del cuerpo, de modo que los pies queden rectos en el aire. Ninguno de los tres lo consiguió, pero Geir estuvo cerca. Él era bueno en todo lo que se hacía en el agua.

Cuando sonó el silbato y nos reunimos junto a las finas colchonetas azules para ensayar las brazadas, ya casi me había olvidado por completo del gorro de baño. Entonces se me acercó Marian.

—¿Por qué llevas un gorro de mujer? —preguntó—. Tanto te gustan las flores, ¿o qué?

—Ya basta de gorro de baño —dijo la profesora de natación. Estaba justo detrás de nosotros—. ¿De acuerdo?

—Vale —contestó Marian.

Estuvimos un rato tumbados en las colchonetas moviendo los pies y los brazos como si fuéramos grandes y pálidas ranas. La profesora de natación se movía entre nosotros corrigiéndonos los movimientos. Luego nos dejó volver a meternos en la piscina, coger cada uno nuestra tabla y ensayar los movimientos de las piernas. Al cabo de un rato haciendo eso, la clase de pronto había terminado. La profesora nos reunió brevemente junto al borde de la piscina; nos elogió y nos explicó lo que haríamos en la siguiente clase. Nos recordó que teníamos que ducharnos y nos fuimos a los vestuarios. Me senté en el banco y estaba a punto de meter el gorro en la bolsa cuando Sverre apareció a mi lado de un salto y me lo arrebató de las manos.

—¡Déjame verlo! —dijo.

—No. Dámelo.

Estiré la mano y él dio un salto hacia atrás. Se puso el gorro y empezó a andar moviendo el culo.

—Ah, qué flores tan bonitas tiene mi gorro —dijo con voz de niña.

—Dámelo —dije levantándome.

Dio unos pasos más, moviendo las caderas.

—Karl Ove lleva un gorro de mujer —dijo—. Karl Ove lleva un gorro de mujer.

Cuando corrí hacia él, se quitó el gorro y me lo enseñó, dando unos pasos hacia atrás.

—Dámelo —dije—. ¡Es mío!

Volví a intentar cogerlo. Sverre se lo tiró a John.

—Karl Ove lleva un gorro de mujer —cantó.

Me volví hacia él e intenté cogerlo. Me agarró del brazo y apretó, sosteniendo el gorro justo delante de mi cara.

Me eché a llorar.

—¡Quiero que me lo des! —grité—. ¡Dámelo!

Tenía los ojos ya casi cegados por las lágrimas.

John se lo tiró de nuevo a Sverre.

Él lo levantó en el aire mirándolo.

—¡Mirad qué flores tan bonitas! —exclamó—. ¡Ay, qué bonitas son!

—Dáselo —dijo alguien—. Está llorando.

—Ay, pobrecito nene, ¿quieres que te devuelva el precioso gorro de baño? —dijo Sverre, y lo tiró al banco.

Lo seguí, metí el gorro en la bolsa, cogí la toalla y me metí en la ducha, donde me quedé un momento debajo del cálido chorro de agua. Luego me sequé, me vestí, y fui el primero en abandonar el vestuario, me puse las botas, que estaban en la entrada con todas las demás, abrí la puerta de cristal y salí al patio asfaltado, cuyos charcos grandes y poco profundos, sólo visibles por ser un poco más relucientes que el asfalto alrededor, eran constantemente penetrados por gotas de agua. No había un alma. Eché a andar en dirección al edificio principal del colegio, que era casi idéntico al nuestro, y vi el escarabajo verde aparcado exactamente donde mi madre nos había dejado poco más de una hora antes.

Abrí la puerta y me senté en el asiento trasero.

—Hola —dijo mi madre, volviéndose hacia mí. Apenas se le veía la cara con el brillo de la farola que colgaba sobre el colegio como un buitre.

—Hola —dije.

—¿Ha ido bien?

—Sí, sí.

—¿Dónde están Geir y Leif Tore?

—Vienen enseguida.

—¿Ya sabes nadar?

—Casi —respondí—. Pero hemos nadado sobre todo en tierra.

—¿En tierra?

—Sí, sobre unas colchonetas. Para aprender el movimiento de los brazos.

—Ah, entiendo —dijo mi madre, y se volvió de nuevo. El humo del cigarro que tenía en la mano colgaba espeso y grisáceo debajo del parabrisas. Inhaló una vez más, luego sacó el pequeño cenicero metálico y apagó el cigarro. Por la puerta de la piscina cubierta salió un montón de niños. El faro de un coche rozó el asfalto, luego otro. Los dos coches se acercaron a la puerta.

—Quizá debería decirles que estás aquí —dije, y abrí la puerta.

—¡Geir, Leif Tore! —grité—. ¡El coche está aquí!

Los dos me miraron, pero no se acercaron. Seguían con el grupo que se había reunido junto a la salida.

—¡Geir, Leif Tore! —grité—. ¿Venís ya?

Fueron hasta el coche. No sin decir algo a los demás antes de cruzar el patio. Las bolsas blancas de plástico que les colgaban de las manos, lo único en ellos que reflectaba algo de luz, parecían cabezas.

—Hola, señora Knausgård —dijeron, antes de acomodarse en el asiento de atrás.

—Hola —dijo mi madre—. ¿Ha ido bien?

—Pues sí-í-í —contestaron, mirándome.

—Sí, ha ido bastante bien —dije yo—. Pero la profesora de natación es muy severa.

—Ah, así que es una mujer —dijo mi madre.

Cuando cuatro días después iba por el bosque con Geir, Leif Tore y Trond tras la breve y fallida búsqueda del tesoro al final del arcoíris, tuve la fantasía de poder nadar entre los árboles, sólo para acto seguido preguntarme a mí mismo si algún día llegaría a aprender. Mi abuelo materno no sabía nadar y encima había sido pescador durante una época. Ignoraba si la abuela sabía, pero me costaba imaginármela bañándose.

Detrás de los pinos ondeantes, las nubes pasaban velozmente por el cielo.

¿Qué hora sería?

—¿Llevas tu reloj, Geir? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Yo sí —dijo Trond, sacando la mano y levantándola como casualmente, para hacer que la manga se le bajara por su cuenta y apareciera el reloj de pulsera.

—La una y veinticinco, no, las dos y media —dijo.

—¿Las dos y media? —repetí.

Dijo que sí, y el corazón me dio un vuelco. Los sábados comíamos gachas a la *una*.

Qué mala pata.

Eché a correr, como si eso sirviera de algo.

—¿Tienes un cohete en el culo, o qué? —dijo Leif Tore detrás de mí. Volví la cabeza.

—Se supone que comemos a la una —dije—. Tengo que irme.

Subí la suave cuesta sembrada de agujas, crucé el pequeño arroyo verde, pasé por delante del gran abeto y ascendí la cuesta hasta mi calle. Tanto el coche de mi padre como el de mi madre estaban allí aparcados. Pero no la bicicleta de Yngve. ¿Había ido a casa a comer y luego se había vuelto a marchar en la bici? ¿O él también llegaba tarde?

Esa posibilidad, por improbable que fuera, me proporcionó algo de esperanza.

Crucé la calle y entré por donde estaban los coches. Mi padre podría estar detrás de la casa, podría doblar la esquina en cualquier momento. Podría estar esperándome en la entrada, podría estar en su despacho y abrir de golpe la puerta al oírme. Podría estar junto a la ventana de la cocina esperando a que subiera.

Cerré con mucho cuidado la puerta detrás de mí y permanecí inmóvil un par de segundos. Alguien andaba por la cocina, justo encima de mí. Me quité las botas y las coloqué junto a la pared, me desabroché el impermeable, me bajé los pantalones de lluvia, y me lo llevé todo al cuarto del sótano, donde lo tendí en la cuerda. Me paré y me miré por un instante en el espejo colgado sobre la cómoda. Tenía las mejillas rojas, el pelo despeinado, algunos mocos relucientes debajo de la nariz. Los dientes como siempre salientes. Dientes de conejo, como solían decirme. Subí la escalera y entré en la cocina. Mi madre estaba fregando los cacharros, mi padre estaba sentado junto a la mesa comiéndose unas pinzas de cangrejo. Me miraron los dos. La olla de las gachas seguía encima de la placa, sobresalía de ella el cucharón de plástico amarillo.

—Lo siento. Estábamos muy entretenidos y se me ha pasado la hora —dije.

—Siéntate —dijo mi padre—. Tienes hambre, supongo.

Mi madre sacó un plato del armario, lo llenó de gachas, puso al lado el azucarero, el paquete de margarina y el botecito de canela, que no habían recogido aún.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó—. Ah, se me olvidaba, también necesitas una cuchara.

—Por ahí —contesté.

—¿Tú y ...? —preguntó mi padre sin mirarme. Dobló las pequeñas puntas blancas que salían de la pinza peluda de color naranja y se la metió en la boca, chupándola ruidosamente.

—Geir, Leif Tore y Trond —contesté.

Mi padre rompió la pinza vacía y se puso a chupar la siguiente. Yo puse un poco de margarina sobre las gachas, aunque ya no estaban lo bastante calientes para que se derritiera, y les eché azúcar y canela encima.

—He limpiado el canalón —dijo—. Tendrías que haberme ayudado.

—Ah, sí.

—Dentro de un rato voy a cortar un poco de leña. En cuanto hayas comido vendrás conmigo.

Dije que sí con la cabeza, intentando parecer contento, pero él me leyó los pensamientos.

—Huelga decir que entraremos a ver el partido de la semana —dijo—. ¿Quién juega hoy?

—Stoke y Norwich —contesté.

—Norisch —me corrigió.

—Nojrich —dije yo.

A mí me gustaba el Norwich, su uniforme verde y amarillo. También me gustaba el Stoke, con su barra roja en diagonal sobre las camisetas blancas. Pero mi club favorito era el Wolverhampton, cuyas camisetas eran de color naranja y negro, con la imagen de un lobo como emblema. Los Wolves eran mi equipo.

Yo hubiera preferido quedarme en mi cuarto leyendo cómics tumbado en la cama hasta que empezara el partido, pero no podía decirle que no a mi padre, y pensando en lo que podría haber pasado, sólo podía considerarme muy afortunado.

Las gachas estaban tan frías que me las comí en un par de minutos.

—¿Has quedado satisfecho? —preguntó mi padre.

Asentí con la cabeza.

—Entonces vámonos —dijo él.

Tiró las cáscaras de cangrejo al cubo de la basura, dejó el plato en la encimera y salió de la cocina, y detrás yo, pisándole los talones. Se oía música procedente de la habitación de Yngve. Miré la puerta, sorprendido. ¿Cómo era eso posible? Su bicicleta no estaba fuera.

—Ven —dijo mi padre, ya en la escalera. Lo seguí. Me puse el chaquetón y las botas, luego lo esperé fuera en la gravilla. Él llegó unos minutos más tarde, con el hacha en la mano y una mirada juguetona en los ojos. Lo seguí por las losas, luego cruzamos el césped, empapado de agua. No nos dejaba pisar la hierba, pero estando con él esas prohibiciones quedaban anuladas.

Había cortado ya hacía tiempo un abedul junto a la valla del huerto. Todo lo que quedaba del árbol era un montón de leños que ahora iba a partir. Yo no iba a hacer nada, sólo estar allí mirándolo, «hacerle compañía», como decía él.

Retiró la lona, sacó un leño y lo colocó sobre el tajo.

—Bueno... —preguntó, levantando el hacha por encima del hombro; luego se concentró durante un instante y la dejó caer. El filo se hundió en la madera blanca—. ¿El colegio bien?

—Sí —contesté.

Levantó el leño con el hacha y lo golpeó contra el tajo un par de veces, hasta que se partió en dos. Cogió los trozos y los partió, luego los colocó en el suelo, se secó la frente con la mano y se enderezó. Vi que estaba contento.

—¿Y la señorita? —preguntó—. Torgersen se apellida, ¿no?

—Sí —contesté—. Es maja.

—¿Maja? —dijo. Levantó otro leño y repitió el proceso.

—Sí —contesté.

—¿Hay alguien que no sea majo? —me preguntó entonces.

Vacilé un poco. Él se detuvo por unos instantes.

—Bueno, si dices que ella es maja tiene que haber algunos que no lo sean. Si no, la palabra perdería su significado. ¿Lo entiendes?

Siguió cortando.

—Creo que sí —contesté.

Se hizo un silencio. Me volví y vi el agua subir por encima de la hierba al otro lado del sendero.

—Myklebust no es muy majo —dije, volviéndome de nuevo hacia mi padre.

—¡Myklebust! —exclamó—. Lo conozco, ¿sabes?

—¿Lo conoces?

—Sí, sí. Nos vemos en la asociación de profesores. La próxima vez que lo vea le diré que has dicho que no es bueno con vosotros.

—¡No, no hagas eso, por favor! —supliqué.

Sonrió.

—Claro que no lo haré —dijo—. Tranquilo.

Volvió a hacerse el silencio. Mi padre trabajaba, yo lo miraba inmóvil, con los brazos colgando a los lados. Mis pies, en las botas sin calcetines gordos, empezaban a enfriarse. También los dedos de las manos.

No había nadie fuera. Excepto algún que otro coche que pasaba, no se veía a nadie. Las luces de las casas empezaron a brillar con más intensidad, como preparadas y reforzadas por el incipiente crepúsculo, el cual, a juzgar por el cielo abierto, parecía subir del suelo. Como si debajo de nosotros hubiera un depósito de oscuridad que cada tarde empezaba a subir a través de miles, por no decir millones, de minúsculos agujeros en la tierra.

Miré a mi padre. El sudor le corría por la frente. Yo me froté las palmas de las manos un par de veces. Él se inclinó hacia delante. Justo cuando agarró el leño, a punto de enderezarse, se tiró un pedo. No cabía duda.

—Siempre dices que sólo podemos tirarnos pedos en el cuarto de baño —dije.

Al principio no contestó.

—Es distinto cuando estás al aire libre —dijo por fin, sin mirarme—. Entonces sí que puedes tirarte pedos libremente.

Clavó el hacha en el leño, que se partió al primer intento. El sonido del golpe rebotó en la pared de la casa, y desde el monte sonó con un extraño retraso, como si allí arriba hubiera un hombre usando el hacha justo un segundo después de mi padre cada vez.

Mi padre volvió a levantar el hacha, y echó los cuatro trozos al montón. Fue a por otro leño.

—¿Puedes empezar a apilarlos, Karl Ove? —me pidió.

Asentí y me acerqué al pequeño montón.

¿Cómo debía apilarlos? ¿Cómo quería que lo hiciera? ¿A lo largo de la pared rocosa? ¿O hacia fuera? ¿En filas cortas o largas?

Volví a mirarlo. Él no se dio cuenta. Me agaché y cogí un leño. Lo puse junto a la pared rocosa. Luego puse otro al lado del primero. Cuando hube puesto cinco seguidos, coloqué

otro sobre ellos transversalmente. Era justo igual de largo que el total de los cinco lados cortos. A continuación puse cuatro más sobre ellos, de tal modo que quedaron dos cuadrados igual de grandes. Entonces podía elegir entre colocar otros dos cuadrados iguales junto a éstos o empezar una fila nueva.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó mi padre—. ¿Eres tonto o qué? ¡La leña no se coloca así!

Se agachó y quitó los leños con sus grandes manos. Yo lo miraba con lágrimas en los ojos.

—¡Se colocan a lo largo! —dijo—. ¿Nunca has visto leña apilada?

Me miró.

—No te pongas a llorar como una niña, Karl Ove. ¿No eres capaz de hacer nada correctamente?

Siguió partiendo. Yo me puse a apilar los maderos como él me había dicho. Unos sollozos me recorrieron el cuerpo. Tenía frío en las manos y en los dedos de los pies. No resultó nada difícil colocarlos uno al lado del otro. La única pregunta sería cómo de larga iba a ser la fila. Cuando hube puesto todos en fila, me incorporé, me quedé con las manos a los lados y lo miré como antes. La sonrisa se había borrado de su cara, me di cuenta enseguida; era como si me mirara con el rabillo del ojo. Pero no por ello tendría necesariamente que ocurrir algo, mientras yo no hiciera o dijera nada que pudiera irritarle. Al mismo tiempo me corroía la idea del partido de la semana. Habría empezado hacía mucho rato. A él se le había olvidado, pero yo no podía recordárselo, teniendo en cuenta la situación. Los dedos me escocían cada vez más. Mi padre seguía partiendo leña. Se paraba de vez en cuando para echarse el pelo hacia atrás con ese gesto tan típico suyo, en que de alguna manera la cabeza seguía a la mano un trecho hacia atrás, como en un lento lanzamiento.

Acababan de darnos un apartado de correos en Pusnes, lo que significaba que ya no nos llegaban cartas al buzón de lo alto de la cuesta. También significaba que al viejo buzón llegaba sólo el periódico, y que mi padre tenía que ir en coche a buscar el correo. El sábado anterior yo había ido con él, se peinó en el coche frente al retrovisor, quizá durante un minuto, luego se alisó su reluciente pelo negro con unas ligeras palmadas y salió del coche. Nunca le había visto hacer eso. Cuando entró en correos, una mujer se volvió a mirarlo. Ella no sabía que alguien que lo conocía lo estaba viendo todo desde el coche. ¿Pero por qué se había vuelto ella? ¿Lo conocía? Yo nunca la había visto. ¿Acaso era la madre de algún alumno suyo?

Coloqué los maderos que me tiraba en la fila. Encogía los dedos de los pies dentro de las botas, sin que sirviera de nada; seguían doliéndome.

Estuve a punto de decirle que tenía frío, tomé aliento y todo, pero me contuve. Me di otra vez la vuelta para contemplar ese resplandeciente charco que no debería estar allí, viendo cómo una gran burbuja transparente irrumpía en la superficie, justo por encima del pocillo oxidado. Cuando me volví, vi a Steinar andando por la calle. Llevaba la funda de la guitarra a la espalda y andaba con la cabeza gacha; el largo pelo negro, que le caía sobre las espaldas, se mecía ligeramente de un lado para otro.

—¡Hola, Knausgård! —dijo al pasar.

Mi padre se enderezó y lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Hola —dijo.

—Partiendo leña, ¿eh? —dijo Steinar sin aminorar el paso.

—Eso parece —contestó mi padre.

Volvió a la tarea. Yo di unos pasitos hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás.

—No hagas eso —dijo mi padre.

—¡Tengo frío! —exclamé.

Me miró con frialdad.

—¿Poblecito, tienes frío? —se burló.

Los ojos se me llenaron otra vez de lágrimas.

—No quiero que me imites —dije.

—Ah no, ¿no quieres que te imite?

—¡NO! —grité.

Se puso rígido. Soltó el hacha y vino hacia mí. Me agarró de la oreja y la retorció.

—¿Te has vuelto contestón o qué? —dijo.

—No —respondí, mirando al suelo.

Me retorció un poco más la oreja.

—¡Mírame cuando te hablo!

Levanté la cabeza.

—No me contestes, ¡entendido!

—Sí —dije.

Me soltó la oreja, se dio la vuelta y puso un nuevo leño sobre el tajo. Yo lloraba tanto que me costaba respirar. Mi padre seguía partiendo leña sin hacerme caso. Ya sólo

quedaba un par de leños y habría acabado.

Me acerqué al pequeño montón y coloqué encima los nuevos maderos, mientras encogía los dedos de los pies dentro de las botas. Dejé de llorar, sólo se me escapaba algún hipido de vez en cuando, en forma de unos sollozos completamente descontrolados e inoportunos. Me sequé los ojos en la manga, mi padre me echó otros cuatro maderos, los coloqué, cuando de repente una idea me sacó de la miseria. No vería el partido de la semana. Iría directamente a mi habitación, dejando que Yngve y él lo vieran solos.

Sí.

Sí.

—Ya está —dijo mi padre, tirando los últimos cuatro—. Hemos acabado.

Lo seguí hasta el interior de la casa sin pronunciar palabra, me quité la ropa de abrigo y la colgué en su sitio, subí la escalera. Por los ruidos procedentes del salón supe que Yngve estaba sentado allí, viendo el partido. Entré en mi cuarto.

Me senté junto al escritorio y fingí que leía.

Ojalá se diera cuenta.

Así fue. Al cabo de unos minutos, mi padre abrió la puerta.

—Ha empezado el partido —dijo.

—No quiero verlo —respondí, sin mirarlo.

—¿Contestándome otra vez? —dijo.

Entró en la habitación, me cogió del brazo y me levantó de la silla.

—Ven conmigo —dijo, soltándome.

Me quedé donde estaba.

—¡NO QUIERO VER EL PARTIDO! —grité.

Sin mediar palabra, volvió a apretarme el brazo y me sacó a rastras de la habitación por el pasillo, hasta el salón, mientras yo no paraba de llorar. Allí me tiró al sofá junto a Yngve.

—Ahora vas a quedarte aquí sentado viendo el partido con nosotros —dijo—. ¿Entendido?

Yo había pensado cerrar los ojos si me obligaba a ir al salón, pero ya no me atrevía a hacerlo.

Mi padre había comprado una bolsa de caramelos y otra de chokolatinas. Los caramelos eran mis favoritos, pero las chokolatinas también estaban buenas. Como

siempre, él guardaba las bolsas en su lado de la mesa. De vez en cuando, nos tiraba uno a mí y otro a Yngve. También lo hizo ahora. Pero yo no me los comí, sino que los dejé sin tocar delante de mí. Acabó por reaccionar.

—Cómete tus golosinas —dijo.

—No me apetecen —contesté.

Se levantó.

—Ahora mismo te comes las golosinas —dijo.

—No —contesté, y me eché a llorar de nuevo—. No quiero. No quiero.

—¡AHORA MISMO! —dijo. Me agarró del brazo y apretó.

—No... quiero —sollocé.

Me puso la mano en la parte de atrás de la cabeza y la presionó hacia delante, casi hasta la mesa.

—Ahí están —dijo—. ¿Las ves? Cómetelas ahora mismo.

—Vale —dije, y me soltó.

Se quedó de pie justo encima de mí hasta que desenvolví el caramelo cubierto de chocolate y me lo metí en la boca.

Al día siguiente íbamos a Kristiansand a visitar a mis abuelos paternos. Lo hacíamos a menudo los domingos que el Start jugaba en casa. Primero comíamos con ellos, luego Yngve, mi padre y mi abuelo se iban al partido, de vez en cuando también iba mi madre, y yo, que era demasiado pequeño, me quedaba con la abuela.

Mis padres iban más elegantes que de costumbre. Mi padre llevaba una camisa blanca, americana marrón de tweed con coderas marrones y un pantalón de algodón beige, y mi madre un vestido azul. Yngve y yo llevábamos camisa y pantalón de pana, el de Yngve marrón, el mío azul.

El día estaba nublado, pero las nubes eran de esas blanquecinas y ligeras que impedían la vista del cielo, pero que no traían lluvia. El asfalto estaba seco y entre grisáceo y azul; en la urbanización, los troncos de los pinos estaban quietos, secos y rojizos.

Yngve y yo nos sentamos detrás, mis padres delante. Mi padre encendió un cigarrillo antes de arrancar el coche. Yo estaba sentado justo detrás de su asiento, de manera que no podía verme por el retrovisor si no me echaba hacia un lado. Cuando llegamos al cruce al final de la cuesta del puente, entrelacé las manos y me dije por dentro:

Querido Dios, no permitas que choquemos hoy.

Amén.

Siempre decía esta oración cuando emprendíamos viajes algo más largos, porque mi padre conducía muy deprisa, siempre por encima del límite permitido, siempre adelantando a otros coches. Mi madre solía decir que era un buen conductor, y supongo que lo era, pero cada vez que aceleraba e invadíamos el otro carril, yo me estremecía de miedo.

La velocidad y la ira iban juntas. Mi madre conducía con prudencia, mostrando consideración, nunca le importaba si el coche de delante iba muy despacio, ella seguía detrás con mucha paciencia. Así era también en casa. No se enfadaba, siempre tenía tiempo para ayudar, no se molestaba si algo se rompía, esas cosas pasan, le gustaba hablar con nosotros, se interesaba por lo que decíamos, nos ofrecía a menudo cosas que no eran estrictamente necesarias, como gofres, bollos, cacao, pan recién hecho en casa, mientras que mi padre, por su parte, intentaba eliminar de nuestras vidas todo aquello que no tuviera una relevancia directa para la situación: comíamos porque era necesario, y el tiempo empleado en comer no tenía ningún valor en sí; cuando veíamos la televisión, veíamos la televisión, no se podía hablar o hacer otra cosa al mismo tiempo; cuando andábamos por el jardín, teníamos que ir pisando las losas, en cambio por el césped, tan grande y apetecible, no se debía ni andar, ni correr, ni tumbarse. El que ni Yngve ni yo celebráramos nunca nuestro cumpleaños en casa con los amigos formaba parte de la misma lógica, era innecesario, bastaba con una tarta con la familia después de comer. El que no se nos permitiera llevar amigos a casa también se debía a lo mismo, pues ¿por qué íbamos a estar dentro desordenándolo todo, cuando se podía estar fuera? Nuestros amigos podrían contar en sus casas cómo era la nuestra, y eso también formaba parte de esa lógica. En realidad, eso lo explicaba todo. No teníamos permiso para tocar ni una de las herramientas de mi padre, ya fueran martillos, destornilladores, tenazas o sierras, palas quitanieves o cepillos, tampoco se nos permitía cocinar, ni siquiera cortarnos una rebanada de pan, o encender el televisor o la radio. Si se nos hubiera permitido, habríamos ocasionado un desorden constante en la casa. Tal como estaba entonces, todo se encontraba en orden, como debía ser, y sólo mi padre o mi madre podían usar las cosas de una manera ordenada y adecuada. Lo mismo ocurría con su manera de conducir, él quería llegar lo antes posible, con el mínimo de impedimentos, de un determinado punto a otro. En este caso de Tromøya a Kristiansand, la ciudad natal de ese profesor de enseñanza media de treinta años de edad.

El tiempo nunca corre tan deprisa como en la infancia, una hora nunca es tan corta como entonces. Todo está abierto, vas corriendo de un sitio a otro, en un momento haces una cosa, al siguiente otra, y de repente se ha puesto el sol y te encuentras en la penumbra, con el tiempo como una barrera bajada de repente delante de ti: ay, ay, ¿ya son las *nueve*? Pero tampoco el tiempo transcurre nunca tan despacio como en la infancia, y tampoco una hora es jamás tan larga como entonces. Si desaparece lo abierto, desaparece la posibilidad de correr de un lado para otro, ya sea en los pensamientos o en la realidad

física, cada minuto se convierte en una barrera, el tiempo es una habitación en la que estás atrapado. ¿Hay algo peor para un niño que estar dentro de un coche durante una hora entera, recorriendo un trayecto que conoce hasta la saciedad, camino de algo que le hace ilusión? Con el compartimento lleno de humo de cigarrillos de dos padres fumadores, y un padre que resopla de irritación cada vez que cambias de postura y sin querer rozas su asiento con la rodilla.

Ah, con qué lentitud pasaba el tiempo. Ah, con qué lentitud aparecían los puntos destacados delante de la ventanilla. Subimos la cuesta desde el centro de Arendal, a través de las urbanizaciones en dirección al puente de Hisøy, a la largo de toda la parte interior de la isla, pasamos por delante de Kokkeplassen, el sanatorio para personas con afecciones de tipo nervioso donde trabajaba mi madre, bajamos la pendiente, pasamos por delante de las tiendas, cruzamos el puente del río Nidelva, y luego atravesamos los infinitos llanos con casas, bosque y campos labrados hacia Nedenes. ¡Y ni siquiera habíamos llegado a Fevik! Y desde allí aún quedaba un trecho hasta Grimstad, por no hablar de la distancia entre Grimstad y Lillesand, y entre Lillesand y Timenes, y de Timenes al puente Varoddbrua, y de Varoddbrua a Lund...

Íbamos sentados en el asiento trasero, callados, mirando el paisaje accidentado y variado por el que la carretera serpenteaba. Pasamos por delante de pequeños estrechos con islotes y escollos, nos adentramos en profundos bosques, seguimos por delante de ríos y saltos, urbanizaciones y polígonos industriales, granjas y prados, todo tan conocido y familiar que sabía constantemente lo que me esperaba. Sólo nos despertábamos del letargo cuando pasábamos por delante del parque zoológico, porque podía ocurrir que uno o dos animales aparecieran detrás de la alta valla de tela metálica, ¡completamente gratis! Al instante habíamos pasado y volvíamos al letargo. Durante una interminable hora íbamos sentados inmóviles en el asiento de atrás, hasta que la ciudad empezaba a tomar forma a nuestro alrededor y el centro de gravedad se desplazaba de la visita a mis abuelos al viaje en coche. Entrar en la ciudad era entrar de nuevo en el tiempo. Los relojes empezaban otra vez a hacer tictac, allí estaba la tienda Oasis, justo debajo vivían nuestros primos Jon Olav y Ann Kristin, ambos hijos de la hermana de mi madre, Kjellaug, y su marido Magne, allí estaban los castaños, con esos altos y sucios edificios de hormigón detrás. Allí estaba la farmacia, allí estaba el quiosco Rundingen, allí estaba el cruce con semáforos, allí estaba la tienda de música, allí estaban las casas blancas de madera, la calle estrecha y luego, al lado izquierdo, aparecía de repente la casa amarilla de los abuelos.

Mi padre condujo hasta un poco más allá de la casa, bajó la cuesta y volvió a subir marcha atrás para entrar en el callejón de enfrente. Así pudo por fin subir por la empinada y corta entrada del jardín.

La cara de la abuela apareció en la ventana de la cocina. Cuando habíamos salido del

coche, aparcado ya junto a la puerta barnizada del garaje, con herrajes de forja, y estábamos subiendo por la escalera pintada de rojo, ella abrió la puerta.

—¡Por fin estáis aquí! —dijo—. ¡Entrad!

Y cuando nos metimos en el pequeño zaguán:

—¡Qué ganas tenía de veros, chicos!

Le dio un largo abrazo a Yngve, meciéndolo un poco de un lado para otro. Él apartó ligeramente la cara, pero le gustaba. Luego me dio un largo abrazo a mí, meciéndome un poco de un lado para otro. Yo también aparté ligeramente la cara, pero también me gustaba. Su mejilla estaba caliente, y ella olía bien.

—¡A lo mejor hemos visto un lobo en el parque zoológico! —dije cuando me soltó.

—¿De veras? —preguntó la abuela, riéndose y tirándome del pelo.

—No es verdad —dijo Yngve—. Sólo eran imaginaciones de Karl Ove.

—Conque no, ¿eh? —dijo ella, tirándole del pelo—. ¡De cualquier forma me alegro mucho de veros, chicos!

Colgamos las chaquetas en la entrada, en la que había un armario empotrado abierto. Cruzamos la moqueta azul y subimos la escalera. En la primera planta estaba el salón noble a la derecha y la cocina a la izquierda. El llamado salón noble sólo se usaba en Nochebuena y otras ocasiones señaladas. En la pared corta había dos cuadros y un piano, y sobre él tres fotos de los hijos de la casa con gorro de bachiller. En la pared larga había librerías de madera oscura con puertas de cristal, encima de las cuales se habían colocado algunos recuerdos de los viajes de los abuelos, entre ellos una góndola iluminada y una tetera de cristal entre marrón y amarillo, con un cuello tremendamente largo, y algo que yo suponía que eran diamantes y rubíes pegados. En la parte de más adentro había dos sofás de piel negra, y entre ellos un armario pintado al modo antiguo noruego, y delante una pequeña mesa. El gran ventanal daba al río, con la ciudad detrás. Pero durante las visitas normales como ésa no entrábamos allí, sino que nos metíamos por la puerta de la izquierda, donde estaban la cocina y las dos salas contiguas, una de las cuales se comunicaba con el salón noble mediante una puerta corredera. La mitad de la pared estaba ocupada por una ventana, por la que primero se veía el jardín, luego el río, que se ensanchaba al encontrarse con el mar, y al final de todo, en el horizonte, sobresalía el faro de Grønningen.

La casa olía bien, no sólo la cocina, donde la abuela estaba haciendo albóndigas en salsa marrón, algo que ella hacía mejor que la mayoría, sino también debido a ese olor que de alguna manera subyacía debajo de todos los demás olores, y era constante, ese aroma dulce y ligeramente afrutado que yo asociaba con la casa cuando lo percibía en otros lugares, por ejemplo cuando los abuelos venían a nuestra casa, porque entonces

ellos se traían el olor, estaba en su ropa, lo notaba en cuanto pisaban nuestra entrada.

—¿Bueno? —dijo el abuelo cuando entramos en la cocina—. ¿Habéis encontrado mucho tráfico por el camino?

Estaba sentado en su silla, con las piernas algo separadas. Llevaba una chaqueta gris de punto y una camisa azul debajo. La tripa le colgaba por encima de la cinturilla del pantalón gris oscuro. Tenía el pelo negro y peinado hacia atrás; excepto un rizo que le caía sobre la frente. Un cigarrillo a medio fumar y sin encender le colgaba entre los labios.

—No mucho, ha ido bien —contestó mi padre.

—¿Qué tal la quiniela de ayer? —preguntó el abuelo.

—No muy bien —contestó mi padre—. Lo mejor fue un siete.

—Yo tuve dos dieces —dijo el abuelo.

—No está mal —dijo mi padre.

—Fallé en el número siete y en el número once —dijo el abuelo—. Ese último fue una pena. ¡El partido ya había acabado cuando metieron el gol!

—Sí —respondió mi padre—. Yo tampoco lo incluí.

—¿Habéis oído lo que le dijo un alumno un día a Erling? —preguntó la abuela desde delante de la cocina.

—No —contestó mi padre.

—Una mañana un alumno le preguntó: «¿Te ha tocado la quiniela o qué?». «No», contestó Erling. «¿Por qué?». «Es que pareces tan contento...», respondió el alumno. —La abuela se rió—. «¡Pareces tan contento!» —repitió.

Mi padre sonrió.

—¿Queréis un café? —preguntó la abuela.

—Gracias, me encantaría —contestó mi madre.

—Bajemos entonces al cuarto de estar —dijo la abuela.

—¿Podemos subir a por algunas revistas? —preguntó Yngve.

—Claro que sí —contestó la abuela—. Pero sin desordenar.

—Vale —dijo él.

Con pasos prudentes, porque tampoco ésa era una casa en la que se corría, volvimos a la entrada y subimos al segundo piso. Aparte del dormitorio de los abuelos había también allí una buhardilla, en la que se guardaban cajas de cartón con viejas revistas desde la infancia de mi padre, en la década de los cincuenta. Había también más cosas, como por

ejemplo un viejo aparato que se usaba para estirar manteles y ropa de cama, una vieja máquina de coser, unos juguetes antiguos, entre ellos una peonza de estaño y algo que debería representar un robot, también de estaño.

Pero lo que más nos atraía eran las revistas. No nos dejaban llevárnoslas a casa, teníamos que leerlas allí, lo que a veces hacíamos desde que llegábamos hasta que nos marchábamos. Con un montón en cada mano bajamos a sentarnos a leer, y no subimos hasta que la comida estuvo en la mesa y la abuela nos avisó.

Después de comer, la abuela fregó los cacharros y mi madre los iba secando a su lado. El abuelo estaba sentado junto a la mesa leyendo el periódico y mi padre de pie mirando por la ventana. Luego llegó la abuela y le pidió que la acompañase al jardín, había algo que quería enseñarle. Mi madre y el abuelo se quedaron sentados junto a la mesa, de vez en cuando decían algo, pero la mayor parte del tiempo estaban en silencio. Me levanté para ir al baño, que estaba abajo, llevaba mucho rato aguantándome, pero ya no podía más. Salí al pasillo, bajé la escalera crujiente, atravesé rápidamente la moqueta de la entrada, que estaba rodeada por las tres habitaciones vacías detrás de las puertas cerradas, y entré en el baño. Estaba a oscuras, y un temblor me recorrió el cuerpo los segundos que transcurrieron hasta que se encendió la luz. Pero tenía miedo incluso con la luz encendida. Meé a lo largo del borde, para que el chapoteo del chorro al alcanzar el agua del fondo me impidiera oír otras cosas. También me lavé las manos antes de tirar de la cadena, porque en el momento en que bajara la palanca que había a un lado del inodoro, tendría que marcharme de allí lo antes posible, ya que el ruido de la cisterna era tan fuerte y tan siniestro que no soportaba permanecer en el cuarto. Estuve un par de segundos preparado con la mano alrededor de la pequeña bola negra, y por fin la bajé. Enseguida salí corriendo al pasillo, también siniestro, ya que cada cosa que allí había «se transmitía» a sí misma sin sonido alguno, y llegué a la escalera, en la que obviamente no podía correr, con la sensación de que algo de allí abajo me perseguía, hasta que entré en la cocina y la presencia de los demás la eliminó.

Fuera, en el callejón, había aumentado la afluencia de gente camino de la ciudad y el estadio del fútbol. Mis padres e Yngve pronto estuvieron también dispuestos para salir. El abuelo iba siempre en bicicleta, un rato después que los otros. Llevaba una gabardina gris, una bufanda color óxido, una gorra gris con visera y unos guantes negros. Lo vi desde la ventana cuando iba cuesta abajo en su bicicleta. La abuela sacó del congelador unos bollos que nos tomaríamos cuando los demás volvieran. Los dejó sobre la encimera.

Me echó una mirada pillá y dijo:

—Tengo algo para ti.

—¿Qué es? —pregunté.

—Espera y verás. Tápate los ojos.

Me tapé los ojos y la oí rebuscar en los cajones. Luego se detuvo delante de mí.

—¡Ya puedes mirar! —dijo.

Era una tableta de chocolate de esas en forma de triángulo tan poco frecuentes y tan buenas.

—¿Es para mí? —pregunté—. ¿Toda?

—Sí —contestó.

—¿Yngve no tiene?

—No, esta vez no. A él lo llevan al partido. ¡Tú también tienes derecho a divertirte!

—Muchas gracias —dije, arrancando el envoltorio para descubrir los triángulos de chocolate.

—Pero no le digas nada a Yngve —dijo con un guiño—. Es nuestro secreto.

Me comí el chocolate mientras ella hacía un crucigrama.

—Pronto vamos a tener teléfono —le conté.

—¿Ah, sí? Entonces podremos hablar por él.

—Sí —dije—. En realidad estábamos muy atrás en la cola, pero nos lo ponen ya porque papá está en la política.

La abuela se rió.

—¿En la política, dices?

—Sí, es así, ¿no?

—Sí, lo es —respondió ella—. ¿Te lo pasas bien en el colegio?

Asentí con la cabeza.

—Sí, mucho.

—¿Y qué es lo que más te gusta?

—Los recreos —contesté, porque sabía que eso la haría reír o al menos sonreír.

Cuando me hube comido todo el chocolate y ella volvía a estar inmersa en su crucigrama, subí a la buhardilla a por unos juguetes.

Al cabo de un rato me miró y me preguntó si quería que fuéramos al partido nosotros también. Sí que quería. Nos pusimos los abrigos, ella sacó la bicicleta del garaje, yo me senté sobre el portaequipajes, ella en el sillín, pero seguía con un pie en el suelo, y se volvió hacia mí.

—¿Estás listo?

—Sí —contesté.

—Agárrate y nos vamos.

La rodeé con los brazos y ella arrancó, dándose impulso con el pie, luego lo puso en el pedal y bajó la suave cuesta; giró a la derecha y empezó a pedalear.

—¿Estás cómodo? —preguntó, yo asentí con la cabeza hasta que me di cuenta de que no podía verme. Entonces dije:

—Sí, estoy comodísimo.

Y era verdad. Resultaba muy agradable abrazarla así, y muy divertido ir en bici con ella. La abuela era la única que nos tocaba a Yngve y a mí, la única que nos abrazaba y nos acariciaba los brazos con su mano. La abuela también era la única que jugaba con nosotros. También mi padre en Navidad, pero siempre hacíamos las cosas que él quería que hiciéramos, como jugar al Master Mind, al ajedrez, a las damas chinas, al yatzy, a distintos juegos de naipes o al póquer con cerillas. Mi madre también participaba en los juegos, pero con ella solíamos más bien hacer manualidades en la mesa de la cocina de casa o en el taller de manualidades de Kokkeplassen, y era divertido, pero no como con la abuela, porque ella quería hacer lo que nosotros queríamos, y escuchaba con gran interés a Yngve cuando él le enseñaba algo de su juego de química, por ejemplo, y me ayudaba a mí cuando hacía alguno de mis puzzles.

Las ruedas giraban cada vez más despacio, hasta que se pararon casi del todo y la abuela se bajó de la bici para subir la cuesta empujándola.

—Tú quédate sentado si quieres —dijo.

Me quedé sentado contemplando la ciudad, mientras la abuela empujaba la bicicleta, jadeando un poco. Cuando llegamos arriba y ella volvió a sentarse en el sillín, teníamos una suave cuesta abajo todo el camino hasta el estadio. Se oyó de repente un gran gemido procedente de allí, como de un animal enorme, luego aplausos. Había muy pocos sonidos tan estimulantes como ése. La abuela bajó hasta uno de los lados cortos del estadio, colocó la bici junto a la pared de tablonos y me dejó ponerme de pie en el portaequipajes unos minutos, sujetándome para que pudiera mirar hacia dentro del campo y ver lo que estaba ocurriendo. La distancia era grande, se me escapaban todos los detalles, excepto las camisetas amarillas y blancas que contrastaban con la hierba verde, y toda la muchedumbre alrededor, negra y ondeante, y pude captar el ambiente, lo absorbí con todos mis sentidos y en los días siguientes disfrutaría con el recuerdo de todo aquello.

Ya de vuelta en casa, la abuela se puso a preparar la comida que tomaríamos antes de marcharnos, y al poco tiempo se oyó abrirse la puerta de la entrada, era el abuelo que llegaba, tenía una expresión enfadada, y la abuela le preguntó al verlo: «¿Han perdido?».

El abuelo contestó que sí con un gesto de la cabeza, se sentó en su silla de siempre y la

abuela le sirvió café. Nunca entendí del todo la relación de fuerzas entre los abuelos. Por un lado, ella le servía siempre, hacía todas las comidas, fregaba como si fuera la sirvienta, por otro lado, muchas veces estaba enfadada o irritada con él, entonces lo regañaba o lo ponía en ridículo, de un modo hiriente y con desdén. Él no contestaba, no se defendía. ¿Porque no le hacía falta? ¿Porque nada de lo que ella decía tenía realmente importancia? ¿O porque no era capaz? Si Yngve y yo estábamos delante cuando actuaban así, la abuela nos guiñaba a veces un ojo como para decirnos que no iban en serio, o también para usarnos a la hora de chincharlo, diciendo por ejemplo «vuestro abuelo ni siquiera es capaz de cambiar una bombilla como es debido», y el abuelo nos miraba, sonreía y meneaba la cabeza por lo que la abuela decía. Otra forma de intimidad, excepto la verbal, o la que se veía cuando ella le servía, no vi jamás entre ellos.

—Han perdido, ¿no? —dijo de nuevo la abuela cuando mis padres e Yngve subieron la escalera diez minutos más tarde.

—Pues sí —dijo mi padre—. Pero según el refrán lo perdido es lo único que se tiene eternamente, ¿tú qué dices, padre?

El abuelo gruñó algo.

Cuando nos marchamos aquella tarde nos dieron una bolsa llena de ciruelas y otra de peras, además de un montón de bollos. El abuelo se despidió de nosotros arriba, no tenía muchas ganas de levantarse de su sillón, pero la abuela, que bajó con nosotros, nos dio un gran abrazo a cada uno, salió fuera y nos dijo adiós con el brazo hasta que la perdimos de vista.

Curiosamente, la vuelta siempre era mucho más rápida que la ida. A mí me encantaba viajar en coche en la oscuridad, con el salpicadero iluminado, las voces bajas en el asiento delantero, el resplandor de las farolas por las que pasábamos, que se nos venían encima como si fueran olas u olas rompientes de luz, luego los largos tramos completamente oscuros que aparecían de vez en cuando, en los que lo único que se veía, lo único que existía, era el asfalto iluminado por los faros de los coches, y la parte del paisaje que se iluminaba en las curvas. Repentinas copas de árboles, repentinos peñascos, repentinas calas. Luego siempre era un placer llegar a casa en la oscuridad, escuchar los pasos en la gravilla y el penetrante ruido de las puertas del coche al cerrarse, el tintineo del llavero, la luz que se encendía en la entrada, revelando la presencia de todas las cosas conocidas. Los zapatos con los agujeros de los cordones como ojos y la lengüeta como frente, la mirada fría de los enchufes blancos encima del rodapié, el perchero de pie del rincón, como si nos diera la espalda. Y en mi cuarto: los bolígrafos y los lápices reunidos como una pandilla de alumnos de bachillerato en el portalápices, algunos de ellos arrogantemente apoyados en el borde, dispuestos en todo momento a lanzar un escupitajo con el fin de mostrar su total falta de interés por todo y por todos. El edredón y la almohada que o estaban en la cama pulcramente hecha con aspecto de algo que no debía tocarse, un sarcófago o la cápsula de

una nave espacial, o modelados por mis últimos movimientos en ellos, contentos por la oportunidad de poder cambiar de postura, pero sin ninguna exigencia propia al respecto. Las miradas inmóviles de las lámparas. La boca del agujero de la cerradura, los dos ojos de los tornillos de la manilla y su larga nariz, colocada de un modo muy extraño.

Me cepillé los dientes, grité buenas noches a mis padres y me acosté en mi cama a leer durante media hora. Tenía dos libros preferidos que intentaba poner en cuarentena el tiempo suficiente para poder volver a leerlos como si fuera la primera vez, sin conseguirlo nunca, porque los volvía a sacar mucho antes, uno era *El doctor Doolittle*, que trataba de un doctor que podía hablar con los animales y que un día partió para un largo viaje con ellos a África, donde, tras ser perseguido y capturado por unos hotentotes encontró por fin lo que buscaba, es decir, el raro animal salchicha que tenía dos cabezas, una en cada extremo. El otro libro era *Gangles*, que trataba de una chica que sabía balancearse sobre el agua de una fuente y se dejaba lanzar por el chorro, y que tras varios reveses se balancea sobre el chorro del agujero de respiración de una enorme ballena en el mar. Esa noche saqué, no obstante, otro libro del montón, uno titulado *La pequeña bruja*, una bruja que era demasiado pequeña para participar en el sábado de las brujas de Blocksberg, pero que fue a escondidas. También se dedicó a otras cosas prohibidas, como por ejemplo a hacer brujerías en domingo, algo que resultaba casi demasiado emocionante de leer, ella no debería hacerlo, la pillarían..., lo que de hecho ocurrió, pero, a pesar de todo, al final salió triunfante. Leí un par de páginas, pero como ya conocía la historia a fondo, me puse a mirar las ilustraciones en lugar de leer. Cuando hube hojeado todo el libro, apagué la luz, puse la cabeza en la almohada y cerré los ojos.

Casi me había dormido, a lo mejor incluso me *había* dormido, porque fue como si de repente regresara a la cama y a la habitación, despertado por el timbre de la puerta.

Ding-dong.

¿Quién podría ser? Nadie llamaba nunca a nuestra puerta, excepto invitados a los que estábamos esperando, los cuales en nueve de diez ocasiones eran mis abuelos paternos, además de algún que otro vendedor, o alguno de los compañeros de Yngve. Pero ninguno llamaría tan tarde.

Me incorporé en la cama. Oí a mi madre salir al pasillo y luego bajar la escalera. Unas voces subieron desde abajo. Luego ella volvió a subir, intercambió con mi padre algunas palabras que yo no capté, volvió a bajar, debió de vestirse allí, porque unos instantes después cerró la puerta de fuera y arrancó el coche.

¿De qué demonios podría tratarse? ¿Adónde se dirigía ella a estas horas? ¡Eran casi las diez!

Unos minutos después también bajó mi padre. Pero él no salió, sino que se metió en el despacho. Al oírlo, me levanté y miré con cautela por la puerta para salir al pasillo y

meterme rápidamente en la habitación de Yngve.

Estaba tumbado en la cama leyendo, todavía vestido. Al verme sonrió y se incorporó.

—¿Vienes en calzoncillos? —dijo.

—¿Quién ha llamado a la puerta?

—Creo que era la señora Gustavsen —dijo—. Y todos los chicos.

—¿Ahora? ¿Para qué? ¿Y por qué se ha marchado mamá? ¿Adónde ha ido?

Yngve se encogió de hombros.

—Creo que los ha llevado a casa de unos parientes.

—¿Por qué?

—Gustavsen está borracho. ¿No oíste cómo les gritaba hace un rato?

Dije que no con la cabeza.

—Estaba dormido. ¿Ha venido también Leif Tore? ¿Y Rolf?

Yngve asintió.

—Jolín —dije.

—Seguro que sube papá —dijo él—. Más vale que vuelvas a la cama. Yo también me acuesto ya.

—Vale. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando volví a mi cuarto, abrí la cortina y miré hacia la casa de los Gustavsen. No observé nada fuera de lo normal. Al menos en el exterior todo estaba en calma.

El señor Gustavsen se había emborrachado otras veces, eso era algo que todo el mundo sabía. Una noche de aquella primavera se corrió la voz de que estaba borracho, y tres o cuatro de nosotros nos metimos a escondidas en su jardín para acercarnos a la ventana del salón y mirar dentro. Pero no había nada que ver. Él estaba sentado en el sofá, inmóvil, mirando al frente. Otras veces lo habíamos oído gritar y berrear, tanto a través de la ventana abierta como fuera en el césped. Leif Tore se limitaba a reírse de aquello. ¿Pero acaso era algo diferente esta vez? Porque nunca antes ellos habían escapado de él.

Cuando volví a despertarme era de día. Oí que alguien estaba en el cuarto de baño, probablemente Yngve, y fuera, en la calle, a lo largo del muro de tres metros de altura que se extendía por la propiedad de los Gustavsen, manteniendo el césped en su sitio, se oía el zumbido del coche de mi madre. Ese día iba muy temprano a trabajar. Yngve cerró la puerta del baño y se metió en su cuarto. Unos instantes después bajó por la escalera.

¡La bicicleta!

¿Dónde estaba su bicicleta?

Había olvidado por completo preguntárselo.

Pero tendría que ser por eso por lo que se marchaba tan temprano, porque no podría ir en bici, sino que tenía que ir andando al colegio.

Me levanté, me llevé la ropa al cuarto de baño y me lavé en el agua que también ese día se había acordado de dejarme. Me vestí y me fui a la cocina, donde mi padre me había dejado el desayuno preparado en un plato delante de mi sitio, además de un vaso de leche.

Fuera llovía. Una lluvia uniforme y torrencial que a veces era entorpecida por una ráfaga de viento y entonces caía contra las ventanas como pequeños dedos tamborileando.

El lunes era el único día que no había nadie en casa cuando yo volvía del colegio, por lo que tenía mi propia llave, que llevaba en una cuerda alrededor del cuello. Pero había un problema con esa llave, no conseguía hacerla funcionar. El primer lunes, cuando había llovido y yo crucé la gravilla corriendo con botas e impermeable y la mano bien agarrada a la llave, feliz y orgulloso ante la inminente situación, conseguí meter la llave en la cerradura, pero no girarla. No fui capaz, a pesar de esforzarme todo lo que pude. La llave se quedaba bloqueada. Al cabo de diez minutos me eché a llorar. Tenía las manos rojas y llovía a cántaros, todos los demás niños estaban ya hacía rato en sus casas. Justo en ese momento pasó una de las vecinas que yo menos conocía; era vieja y vivía con su marido en la casa de más arriba, junto al campo de fútbol. Ella bajaba por la calle, y al verla no vacilé, porque esa vecina no tenía ninguna relación con mis padres. Me acerqué corriendo a ella y le pregunté, con las lágrimas corriéndome por las mejillas, si podía ayudarme con la cerradura. Sí que podía. ¡Para ella no fue ningún problema! Manipuló la llave y la giró. ¡Zas! La puerta se abrió. Le di las gracias y entré. Entonces supe que no le pasaba nada a la llave, sino a mí. La siguiente vez no llovía, y simplemente dejé mi mochila junto a la puerta y fui corriendo a casa de Geir. Mi padre comentó lo de la mochila cuando llegó a casa, no quería verla allí tirada, de manera que el lunes siguiente, que tampoco llovía, me la llevé sin más, con el pretexto de que iba a hacer los deberes en casa de Geir y que por eso necesitaba tener conmigo la mochila.

Entretanto, había maquinado un método que podría usar cuando el tiempo empeorara en el otoño y luego en invierno, como ese día. En el cuarto de la caldera había un ventanuco, o mejor dicho un tragaluz, aunque no tan pequeño que yo no pudiera entrar por él. Desde el césped se encontraba aproximadamente a medio metro por encima de mi cabeza. Había pensado que si dejaba ese ventanuco abierto por la mañana, lo que no era arriesgado, podría arrastrar el contenedor de basura hasta allí cuando volviera a casa, subirme en él, deslizarme dentro del cuarto de la caldera, abrir la puerta de casa desde dentro, recoger el contenedor de basura, cerrar el ventanuco y luego quedarme en casa sin

que nadie sospechara que no sabía utilizar la llave. El único momento de inseguridad sería el instante de abrir los ganchos del pequeño ventanuco. Pero cuando llovía resultaba muy natural entrar en el cuarto de la caldera, donde solía estar tendida la ropa de lluvia, y simplemente levantar los ganchos, imposible de descubrir si no estabas junto a la puerta. ¡Y no era tan tonto como para hacer algo así con mi padre en el pasillo!

Me comí las tres rebanadas de pan y me bebí la leche. Luego me cepillé los dientes en el cuarto de baño, cogí la mochila de mi habitación, bajé la escalera y entré en ese cuarto estrecho y caliente con los dos calentadores de agua. Me quedé inmóvil unos segundos. Al no oír ningún paso por la escalera, me estiré para abrir los ganchos. Luego me puse el impermeable, me eché la mochila al hombro, salí a la entrada, donde estaban mis botas, azules y blancas de la marca Viking, que me habían comprado a pesar de que yo quería un par de botas blancas del todo, dije hasta luego a mi padre y salí pitando hacia casa de Geir, que asomó la cabeza por la ventana gritando que aún estaba desayunando, pero que bajaría pronto.

Fui hasta uno de los charcos de agua gris de la entrada de coches, y empecé a tirarle piedras. Esa entrada no estaba cubierta de gravilla, como casi todas las demás, y tampoco de baldosas, como la de Gustavsen, sino que era de tierra apisonada algo rojiza, llena de pequeñas piedras redondas. Eso no era lo único distinto de su casa. Ellos no tenían césped en la parte de atrás, sino una especie de pequeño terreno labrado, donde habían plantado patatas, zanahorias, colinabo, rábanos y otras verduras. Hacia el bosque no tenían una valla de madera como nosotros, o tela metálica, como muchos otros, sino una cerca de piedras que Prestbakmo había hecho él mismo. Tampoco tiraban toda la basura en el cubo, como hacíamos nosotros, sino que guardaban los cartones vacíos de leche, por ejemplo, y los de los huevos, que luego utilizaban para diferentes cosas, y vertían los restos de comida en un montón de compost, junto a la valla de piedra.

Me levanté y miré la hormigonera, cuya redonda cabeza verde estaba parcialmente oculta por una lona blanca, que recordaba un pañuelo. Tenía la boca abierta, enorme y desdentada, ¿qué podría ser lo que tanto le asombraba?

En ese momento, bajaba la cuesta el padre de Geir Håkon en su Taunus verde. Lo saludé, él me devolvió el saludo, levantando apenas la mano del volante.

De repente me acordé de Anne Lisbet. El pensamiento me subió como un tiro desde el estómago, para luego extenderse como un estallido de felicidad en el pecho.

Ella no había ido al colegio el viernes. Solveig había dicho que estaba enferma. Pero era lunes, seguro que ya estaba bien.

¡Tenía que estar ya bien!

Ardía por llegar a B-Max y verla.

Esos ojos negros centelleantes. La alegre voz.

—¡Geir! ¡Vienes ya! —grité.

Su voz sonó sorda desde detrás de la puerta. Al instante la abrió violentamente.

—¿Vamos por el sendero? —preguntó.

—Vale —dije.

Nos apresuramos hasta la parte trasera de la casa, trepamos la valla de piedra y seguimos corriendo por el sendero. La zona pantanosa, que antes constaba de un montón de matas con pequeños canales reseco entre medias, estaba ahora impregnada de agua, casi imposible de cruzar sin mojarse los zapatos, incluso con botas de goma, porque cada dos por tres el pie se te metía en alguna pequeña hoyita hasta muy por encima de la caña de la bota, pero lo intentamos de todos modos, balanceándonos sobre las temblorosas matas, saltando a la siguiente, resbalando, apoyándonos con una mano, notando cómo cedía el suelo, cómo el agua de alguna manera nos subía *reptando* por el jersey por debajo de la manga. Nos reíamos y nos decíamos a voces lo que estaba sucediendo, luego cruzamos el campo de fútbol ya liso y fangoso, subimos el ancho pasaje entre los árboles caducifolios a la derecha, que en el pasado tal vez fuera un camino de carruajes, al menos era más ancho que un sendero, y completamente cubierto por una alfombra de follaje amarillento, rojizo y marrón, con algún toque de verde entre medias. Arriba del todo había un minúsculo prado cultivado, con hierba larga y blanquecina, pegada al suelo. Detrás se levantaba un cerro desnudo, y sobre él se veía un viejo poste de electricidad. El camino seguía un pequeño trecho más hasta desaparecer, devorado por la nueva carretera grande, que pasaba a unos veinte metros más allá del prado. Abajo estaba el bosque, la mayor parte de robles, entre dos de ellos había un viejo coche siniestrado, en un estado bastante peor que el de aquel en el que solíamos jugar, se encontraba a tal vez cien metros más abajo, pero no por ello nos resultaba menos atractivo; al contrario: pues por allí dentro no solía andar casi nadie.

¡Ah, ese olor a viejos coches siniestrados en un bosque mojado! El olor a la tela sintética de los asientos rajados, manchada de humedad y mohosa, y sin embargo fuerte y casi fresco, comparado con el pesado y oscuro aroma a hojas en putrefacción que desde el suelo sube alrededor de ellos por todas partes. Los bordes negros de las ventanillas que se han desprendido y cuelgan del techo como una especie de tentáculos. Todo ese cristal hecho pedazos y que en su mayoría ha desaparecido dentro de la tierra, pero en algunas partes está en las alfombrillas o en los huecos de las puertas como pequeños diamantes mates. ¡Y, ay, las alfombrillas negras! Las sacudes un poco y espantas a una horda de bichitos que salen por todas partes. Arañas, murgaños, cochinillas. La resistencia de los tres pedales del suelo, que apenas se dejan ya mover. Las gotas que entran por la ventanilla y te dan en la cara cada vez que el viento las saca de su trayecto en el aire o las

desprende de las hojas de las ramas que se mecen justo encima.

A veces encontrábamos cosas por allí cerca, muchas botellas, bolsas con revistas de coches o porno, paquetes vacíos de cigarrillos, botellas vacías de plástico de líquidos limpiacristales, algún que otro preservativo, una vez incluso encontramos unos calzoncillos llenos de mierda. Nos estuvimos riendo durante mucho tiempo de eso, del que se había cagado encima y luego había ido hasta allí a tirar los calzoncillos.

Pero nosotros mismos solíamos cagar en el bosque durante nuestras excursiones. A veces trepábamos a los árboles para cagar desde arriba, o subíamos a la cima de un monte y cagábamos por el borde, o en la orilla de un arroyo para que cayera dentro. Todo esto con el fin de ver lo que ocurriría y sentir cómo era. ¿Qué color tenían las cagadas? ¿Eran negras, verdes, marrones, marrones claras? ¿Cómo de largas y gruesas eran, y qué ocurría cuando yacían brillantes en el sotobosque, entre brezo y musgo? O si serían rodeadas por moscas o pisadas por escarabajos. También el olor de la cagada era más notable, más fuerte, más perceptible en el bosque. A veces volvíamos a los lugares donde habíamos cagado para ver cómo había evolucionado aquello. En algunas ocasiones habían desaparecido del todo, otras veces sólo quedaban restos secos, otras estaban extendidas con pinta de haberse derretido.

Pero ahora íbamos camino del colegio y no teníamos tiempo para semejantes actividades. Bajamos la cuesta, cruzamos el parque infantil, que constaba únicamente de un balancín oxidado, un columpio oxidado y una carcomida caja de arena con casi nada de arena. Subimos la empinada cuesta andando por la piedra del bordillo y ya teníamos B-Max al otro lado de la calle. La fila de mochilas que ya estaban colocadas era larga. Algunas chicas saltaban a la comba a pesar de la insistente lluvia, otros se habían refugiado debajo del tejadillo del supermercado. ¿Pero dónde estaba Anne Lisbet? ¿No estaba?

En ese instante llegaba el autobús escolar subiendo la cuesta. Geir y yo cruzamos la calle a toda prisa y llegamos al lugar de formación cuando el vehículo entraba en la zona asfaltada que había delante del supermercado. Entramos los últimos y nos sentamos en los primeros sitios. Las grandes ventanillas se estaban empañando por la humedad que habíamos metido con nosotros. Muchos se pusieron enseguida a dibujar en el vaho. El conductor cerró las puertas y puso rumbo a la carretera principal. Yo iba de rodillas en el asiento mirando hacia atrás. Ella no estaba, y fue como si el sentido de las cosas hubiese encontrado un agujero en el mundo por el que se estaba saliendo. Tendría que pasarme el día entero sin verla y quizá también el día siguiente. Tampoco estaba Solveig, de modo que no habría manera de averiguar cómo de enferma estaba o cuánto duraría su enfermedad.

Diez minutos después, el autobús se detuvo delante del colegio y cruzamos el patio de recreo a toda prisa para meternos en el cobertizo de la lluvia, donde nos quedamos con

casi todos los demás alumnos hasta que sonó el timbre y nos fuimos a formar. Yo ya conocía a casi todos de vista, de algunos también sabía sus nombres y su reputación. Compartíamos el gimnasio con otra clase de nuestro curso, ellos eran superiores a nosotros, ya que eran del lugar y conocían todo de antes. Ése era su colegio, los profesores eran sus profesores, nosotros no éramos más que una especie de inmigrantes sin derechos. Pero también eran más valientes que nosotros, es decir, se peleaban más, hacían más gamberradas y decían más tacos, al menos algunos, contra lo que sólo se rebelaron los más valientes de entre nosotros, es decir, Asgeir y John. Los demás éramos zarandeados y tratados según su conveniencia. De repente podías notar un brazo en el cuello y luego un tirón, y al instante te encontrabas en el suelo. O te llegaba de pronto un puño cerrado contra el hombro durante la formación o por el pasillo camino del aula, donde más dolía. De repente alguien podía pisotearte con fuerza los dedos de los pies cuando jugábamos al fútbol. Pero aprendieron rápidamente que a John o a Asgeir no se les podía machacar, porque se defendían, capaces de ser tan salvajes como ellos. Esos chicos que entonces vivían en la parte este de la isla también vestían de un modo diferente al nuestro, al menos algunos. Su ropa era más vieja y daba la impresión de estar más usada, como si sólo llevaran ropa que hubiesen heredado, y no de un hermano, sino de dos o tres... El gran miedo de Geir y mío era que algunos de esos chicos nos sorprendiesen en nuestro lugar secreto. Pero en realidad no representaban un problema grave, simplemente había que mantenerse alerta cuando estábamos fuera; entonces solía ir bien. Tal vez la consecuencia más importante era que nos uníamos más, que nos considerábamos una unidad, y el aula, un lugar de seguridad total.

Sonó el timbre, formamos, y la señorita, larga y delgada como siempre, salió a la parte de arriba de la escalera con su modo de andar algo anguloso y sus gestos de las manos nerviosos, y entramos todos en el aula donde, después de haber colgado la ropa de lluvia en los ganchos de fuera, nos sentamos enseguida en nuestros sitios.

—¡Anne Lisbet está enferma hoy también! —dijo alguien.

—Y Solveig también.

—Y Vemund.

—Y Leif Tore —dijo Geir.

Entonces me acordé de lo que había ocurrido la noche anterior.

—¡Vemund está mal de la cabeza! —dijo Eivind.

—¡Ja, ja, ja!

—No, no, no —dijo la señorita—. En esta clase no se habla mal de nadie. ¡Y menos cuando están ausentes!

—¡Anoche el padre de Leif Tore estaba borracho! —dije yo—. Mi madre tuvo que

llevarlos a casa de un familiar. ¡Por eso no ha venido hoy!

—Sht —dijo la señorita, poniéndose un dedo sobre los labios y mirándome mientras meneaba la cabeza. Luego apuntó algo en su cuaderno, antes de mirar a la clase—. ¿Falta alguien más? ¿No? Entonces podemos empezar.

Se sentó en el borde de la mesa. Esa semana aprenderíamos cosas sobre la granja. ¿Alguien había estado alguna vez en una granja?

Yo estiré el brazo todo lo que pude, casi me levanté, mientras gritaba *¡Yo, yo, yo! ¡Yo he estado!*

No era el único que tenía algo que decir sobre el tema. Y tampoco fue mi mano la que señaló la señorita, sino la de Geir B.

—Yo he montado un caballo en Legolandia —dijo él.

—¡Eso no es una *granja!* —grité—. Yo sí que he estado en una granja muchas veces. Mis abuelos maternos...

—¿Te tocaba a ti, Karl Ove? —me preguntó la señorita.

—No —contesté, mirando al suelo.

—Es verdad que Legolandia no es una granja —prosiguió—. Pero los caballos forman parte de las granjas, eso es verdad, Geir. ¿Unni?

¿Unni? ¿Quién era Unni?

Me di la vuelta. Ah, sí, esa que siempre se reía. Llenita, con el pelo rubio.

—Yo vivo en una granja —dijo, con las mejillas sonrosadas—. Pero no tenemos animales. Cultivamos verduras. Luego mi padre las vende en el mercado de la ciudad.

—¡Yo he estado en una granja *con animales!* —dije.

—¡Yo también! —dijo Sverre.

—¡Y yo! —dijo Dag Magne.

—Debéis esperar vuestro turno —dijo la señorita—. Todos podréis hablar.

Señaló a cinco antes de que yo pudiera por fin bajar la mano y contarles lo que tanto necesitaba contar. Sí, mis abuelos maternos vivían en una granja, era grande, tenían dos vacas y un ternero, y también gallinas. Yo había ido muchas veces a coger huevos, y acompañaba al abuelo a ordeñar las vacas por la mañana. Primero quitaba las cacas, luego les daba pienso y después las ordeñaba. A veces ellas levantaban el rabo y meaban o cagaban.

Una oleada de risas se me vino encima. Inflamado por la reacción proseguí, sentado en la clase con la cara sonrojada:

—¡Y una vez una vaca me meó encima!

Miré a mi alrededor y acogí con entusiasmo las risas que siguieron. La señorita no dijo nada, dio la palabra a otro niño, pero por la cara que puso vi que no me creía.

Cuando todos los que querían decir algo lo hubieron dicho, nos leyó un trozo de nuestro libro de texto sobre Ola-Ola Heia. Luego nos preguntó sobre lo que nos había leído, ignorándome por completo, hasta que sonó el timbre. Entonces me pidió que esperara un momento.

—Karl Ove —dijo—, espera un poco, tengo que hablar contigo.

Me quedé junto a su mesa mientras los demás salían corriendo. Cuando nos quedamos solos, se sentó en el borde y me miró.

—No todo lo que sabemos de los demás se puede decir —dijo—, como por ejemplo lo que has dicho sobre el padre de Leif Tore. ¿No crees que Leif Tore se sentirá apenado por eso?

—Sí —dije.

—Él no quiere que lo sepan los demás. ¿Lo entiendes?

—Sí —dije, y me eché a llorar.

—Hay algo que se llama vida privada —prosiguió ella—. ¿Sabes qué es eso?

—No —contesté, lloriqueando.

—Es todo lo que ocurre en casa, en la mía, en la tuya, en la de todos. Si uno ve lo que ocurre en otras casas, no siempre es bueno contárselo a los demás. ¿Lo entiendes?

Dije que sí con la cabeza.

—Bien, Karl Ove. No estés triste. Tú no lo sabías. ¡Pero ahora ya lo sabes! Ya puedes irte.

Subí corriendo la escalera, recorrí el pasillo y salí al patio de recreo. Observé a los distintos grupos que allí se encontraban. Unas chicas saltaban a la goma, otras a la comba, algunos se perseguían corriendo. Abajo, en el campo de fútbol vi que un grupo jugaba delante de la portería más cercana. Toda la parte central del campo estaba cubierta por un charco casi amarillento. Geir, Geir Håkon y Eivind estaban delante del banco, justo debajo del pequeño peñasco donde se erguía el mástil de la bandera. Me acerqué corriendo a ellos. Estaban jugando con los naipes de Geir Håkon.

—¿Has llorado? —me preguntó Eivind.

Negué con la cabeza.

—Es el viento —contesté.

—¿Qué te ha dicho la señorita?

—Nada especial —contesté—. ¿Me dais una carta o qué?

—Has llorado —afirmó Eivind.

Junto con Sverre y yo mismo, Eivind era el mejor de la clase. Era el mejor en cálculo, Sverre el segundo y yo el tercero. Yo era el mejor en lectura y escritura, Eivind el segundo y Sverre el tercero. Pero Eivind era mucho más rápido que yo, de los chicos de la clase sólo Trond era más rápido que él. Yo era el sexto más rápido. Y era más fuerte que yo. Yo era el penúltimo más fuerte, sólo Vemund era más débil, y como también era el más gordo y el más tonto de la clase, era horrible, nadie contaba con él. Incluso Trond, el más bajo de la clase, era más fuerte que yo. En altura, yo era el tercero de la clase, un poco más alto que él. En fútbol yo era el cuarto mejor, por delante de mí estaban Asgeir, Trond y John, y Eivind era el quinto mejor. En dibujo yo era mejor que él, pero iba detrás de Geir, que era capaz de dibujar todo tal y como era, y Vemund. Pero en tiro con pelota pequeña yo era el penúltimo, también sólo con Vemund detrás de mí.

—El viento se me ha metido en los ojos cuando salí a la escalera —dije—. No he llorado. ¿Me dais una carta o qué?

La primera carta que cogí era *SS France*, el barco de pasajeros más grande del mundo, capaz de ganar a todos en todas las categorías.

Durante la siguiente clase escribimos letras en el cuaderno de sucio: *a* como en «vaca», *o* como en «cordero», *i* como en «gallina». El deber para casa sería escribir las mismas letras en el cuaderno de limpio. La señorita preguntó si alguien que vivía cerca de los que no habían ido ese día podría llevarles los deberes.

La posibilidad que eso abría no se me ocurrió hasta la última clase, que era gimnasia, mientras dábamos vueltas corriendo por el pequeño gimnasio. Yo podía subir a casa de Anne Lisbet y decirle los deberes que teníamos que hacer. La sola idea me dejó sudado y aturdido de felicidad. En cuanto nos hubimos vestido y salido del vestuario, camino ya del lugar donde esperábamos el autobús, le conté a Geir mi plan. Frunció la nariz, ¿subir a casa de Anne Lisbet?, ¿para qué? Nunca habíamos estado allí, eso era verdad. Y segundo, Vemund vivía en el mismo sitio. ¿No podía él llevarle los deberes? No entiendes nada, le dije. ¡La cosa es precisamente que lo hagamos nosotros!

Dudó un rato más, pero después de ponerme un poco pesado dijo que estaba dispuesto a acompañarme.

En lugar de dejar a todos junto a B-Max, esa tarde el autobús recorrió la urbanización, dejándonos a cada uno en nuestra casa. Lo hacía de vez en cuando, y la impresión que daba era siempre igual de extraña, porque ese enorme autobús no encajaba en esas calles tan estrechas, en las que sobresalía como un buque de pasajeros en un canal. Nos

quedamos parados en la acera viéndolo seguir subiendo la cuesta, como quejumbroso por el esfuerzo, dejando tras él una nube de grasientos gases de escape sobre el asfalto.

—¿Subo yo o bajas tú? —pregunté.

—Sube tú —contestó Geir.

—Vale —dije, y me metí por la entrada de coches, que por suerte y naturalmente estaba vacía. Ya no llovía, pero todo lo que veía estaba mojado. Sobre la pared marrón oscura de la casa reposaba la humedad en grandes zonas negras, en la escalera, delante de la puerta, todas las pequeñas cavidades del cemento estaban llenas de agua, en la pala colocada junto a la pared las gotas se mecían en el mango. Me bajé la cremallera del impermeable y saqué la llave para ver si ese día era capaz de abrir. Pero ocurrió lo mismo, la llave entró, pero ese pequeño cilindro que debía girar se quedó completamente atascado. Miré la calle. No había nadie. Luego me acerqué al cubo de basura que había junto a la valla, saqué la bolsa negra medio llena y la dejé en el suelo, cogí el cubo de las asas y lo levanté. Pesaba más de lo que me imaginaba, y tuve que apoyarlo en el suelo varias veces mientras lo acercaba a casa. Aún no había nadie en la cuesta. Pasó un coche, pero no era nadie conocido, de modo que llevé el cubo hasta el césped y lo coloqué debajo del ventanuco. Trepé hasta él, levanté la pequeña ventana y metí la cabeza y los hombros. La sensación de perder el control, al no poder ver si alguien me estaba observando me llenó de pánico, delante de mí sólo estaba el vacío, caliente y oscuro. Me retorcí y me impulsé hacia delante, y cuando tenía medio cuerpo dentro, conseguí agarrarme al tubo de metal del calentador de agua y así meterme del todo.

En el suelo me quité las botas, las llevé a la entrada y me puse de nuevo delante de la puerta de la calle, la abrí y estaba otra vez fuera de la casa. Vacío de miedo y emoción miré cuesta abajo. Ningún coche, nada. Siempre y cuando él siguiera ausente los siguientes diez minutos y no volviera a casa porque había olvidado algo o porque se hubiera puesto malo, algo que nunca ocurría, mi padre jamás se ponía enfermo, todo iría bien.

Se me escapó un pequeño sollozo de felicidad. Me apresuré hasta el cubo de la basura, lo llevé de nuevo a su sitio, metí dentro la bolsa de plástico, doblé los bordes y corrí de nuevo hacia la ventana. Asustado, comprobé que el cubo había dejado marcas en el césped. Marcas incluso bastante profundas. Froté la hierba con la mano intentando removerla, para ocultar los lugares donde el borde se había clavado, haciendo que la tierra grumosa se levantara. Me puse de pie para mirar.

Aún podían verse.

Pero si uno no lo sabía, tal vez fuera más difícil de descubrir.

Mi padre lo vería. Lo veía todo.

Me arrodillé otra vez y seguí removiendo la hierba.

Así.

Tendría que ser suficiente.

Si él lo descubría, yo podría negarlo. Suponía que mi padre sería incapaz de imaginarme arrastrando el cubo para colocarlo debajo de la pequeña ventana y meterme dentro. Si veía la marca, sería un misterio, algo totalmente incomprensible, y si yo lograba negarlo todo con una voz y una cara normales, entonces él no tendría ninguna base para proseguir con el asunto.

Me sequé las manos húmedas y sucias en los muslos y subí a mi habitación con la mochila. Abrí la puerta del armario y estaba a punto de ponerme la camisa blanca, acompañado por el bonito pensamiento de que a Anne Lisbet le gustaría, cuando recapacité y renuncié a ponérmela, por si mi padre me preguntaba por qué me había cambiado, y me metía en un embrollo que él podía desentrañar.

Cerré la puerta de la calle, me subí en el calentador de agua, me di la vuelta, saqué los pies fuera y me dejé caer con mucho cuidado para aterrizar sobre la hierba.

Luego me puse de pie y corrí hasta la entrada de coches, haciendo como si nada.

No se veía ninguno. En el cruce estaban John Beck, Geir Håkon, Kent Arne y Øyvind Sundt. Al verme, pedalearon hacia mí. Yo no me quedé quieto, esperándolos.

—¿Lo has oído? —preguntó Geir Håkon, frenando justo delante de mí.

—¿El qué?

—Un cable de acero ha partido en dos a un obrero de Vindholmen esta mañana temprano.

—¿Partido en dos?

—Sí —dijo John Beck—. El cable se rompió durante un arrastre. Una punta le dio a un hombre y lo partió en dos. Me lo ha dicho mi padre. A los demás les dieron el resto del día libre.

Me imaginé a un hombre en un remolcador que era partido en dos por la mitad, y cómo la parte superior, la de la cabeza y los brazos, se quedaba al lado de la parte inferior, la de las piernas.

—¿Sigue pinchada tu bici? —preguntó Kent Arne.

Asentí.

—Puedes montarte en la mía.

—Yo voy a casa de Geir. ¿Adónde vais vosotros?

Geir Håkon se encogió de hombros.

—Quizá bajemos hasta los barcos.

—¿Y vosotros adónde vais? —preguntó Kent Arne.

—A casa de alguien de la clase con los deberes —contesté.

—¿A casa de quién? —quiso saber Geir Håkon—, si se puede preguntar.

—A casa de Vemund —dije.

—¿Os juntáis con él?

—Qué va —dije—. Sólo hoy. Tengo que irme ya.

Subí corriendo la cuesta y llamé a Geir, que salió al instante con una rebanada de pan en la mano.

Veinte minutos después volvimos a pasar otra vez por delante de B-Max, a lo largo de un llano que después de la curva empezaba a subir hacia el punto más alto de la urbanización, desde donde salía la calle de las casas de Anne Lisbet, Solveig y Vemund. También se podía llegar a esas casas yendo en la dirección completamente opuesta, desde donde vivíamos nosotros, porque la calle que unía todas las bocacalles y sectores de la urbanización era un círculo dentro del que se encontraba nuestra calle, a su vez también circular. Como si eso no bastara, la carretera principal fuera de ésta también iba en círculo alrededor de toda la isla. De modo que vivíamos en un círculo, dentro de un círculo, dentro de otro círculo. Cien metros más allá del supermercado iban las dos carreteras exteriores en paralelo, pero no se veían, porque estaban separadas por un pequeño montículo de unos diez metros de altura, protegido por un muro. Encima de ese muro había una valla de tela metálica verde, y más arriba aún un montón de piedras en pendiente. Y por fin, por encima de todo iba el camino que estábamos siguiendo. Pero aunque no veíamos los coches que pasaban a toda velocidad por debajo de nosotros, podíamos oírlos. Los sonidos de los motores resultaban emocionantes, y bajamos trepando hasta la valla. Primero los oíamos como un lejano murmullo cuando subían la cuesta desde la gasolinera Fina, un murmullo que iba en aumento, hasta que pasaban zumbando por debajo de nosotros, con el ruido del motor aumentado por la valla de cemento. Acordamos tirarles piedras. Como no podíamos ver los coches, habría que calcular dónde estaban por el ruido. Cogimos cada uno una piedra y esperamos al siguiente coche. Las piedras eran grandes, más grandes que nuestras manos, pero no tan pesadas que no lográramos tirarlas por encima de la valla, desde donde caerían en línea recta los diez metros hasta la calzada. Le tocó a Geir ser el primero. Tiró en el instante en el que el coche se encontraba debajo de nosotros, y falló, claro está. Oímos el débil y hueco repiqueteo cuando la piedra aterrizó y rodó por el asfalto. Cuando me tocó a mí, yo, en cambio, tiré demasiado pronto; cuando la piedra dio contra el asfalto el coche se encontraba aún a unos cincuenta metros.

Por la acera venía andando una señora con una bolsa de la compra en cada mano. Se detuvo y nos dijo algo, aunque no la habíamos visto nunca.

—¿Qué hacéis ahí abajo? —preguntó.

—Nada en especial —contestó Geir.

—Más vale que subáis —dijo—. Está empinado y es peligroso.

Prosiguió su camino, pero no dejaba de mirarnos, de modo que optamos por hacer lo que nos había dicho. Continuamos cuesta arriba.

Nos fuimos haciendo equilibrios sobre el bordillo todo el camino hasta la casa de Vemund. Delante de su casa estaba su hermana arrodillada en la caja de arena jugando. Llevaba un impermeable amarillo, su cubo era azul y la pala verde.

—¿Entramos primero a ver a Vemund? —preguntó Geir.

—No —contesté—. Empecemos por Anne Lisbet.

El sonido de su nombre era eléctrico, miles de pistas crujientes se me abrían por dentro al pronunciarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Geir.

—¿Cómo que qué pasa? —dije yo.

—Estás muy raro.

—¿Raro? ¡Qué va! Estoy como siempre.

Tras unos pasos más calle arriba, por un lado cubierta por una película de agua que corría hacia abajo, tan fina que daba más la impresión de temblar que de correr, vimos la esquina de la casa en la que vivía Anne Lisbet. Estaba situada sobre una colina, con césped delante, y restos de bosque por la parte de abajo. Salía luz de una ventana de la planta de arriba, ¿sería aquélla su habitación? Al otro lado de la calle estaban las casas de Myrvang y Solveig, junto a ellas se veía el bosque, verde, oscuro y mojado. Pasamos por delante de las casas, la calle terminaba en una rotonda donde los coches podían dar la vuelta, era de grava y estaba justo donde empezaba el bosque. Desde allí se metía la entrada de coches de la casa de Anne Lisbet. Había un farol encendido sobre la puerta de la calle.

—¿Llamas tú al timbre? —pregunté cuando nos encontrábamos delante de la puerta.

Geir se estiró y pulsó el timbre. El corazón me temblaba. Al cabo de unos segundos la madre abrió la puerta.

—¿Está Anne Lisbet? —le pregunté.

—Sí —contestó ella.

—Somos de su clase —dijo Geir—. Le traemos los deberes.

—Qué amables —dijo ella—. ¿Queréis entrar?

Tenía el pelo rubio y los ojos azules, era muy distinta a Anne Lisbet, pero también resultaba agradable mirarla.

—¡Anne Lisbet! —gritó—. ¡Tienes visita de tu clase!

—¡Voy! —sonó la voz de Anne Lisbet desde arriba.

—¿No está enferma? —pregunté.

La madre dijo que no con un gesto de la cabeza.

—Ya no. La hemos dejado en casa un día más por si acaso.

—Comprendo —dije.

Sonaron pasos en la escalera y apareció Anne Lisbet. Llevaba una rebanada de pan en una mano y nos sonrió con la boca llena de comida.

—¡Hola! —dijo.

—Creíamos que estabas enferma —dije.

—Te hemos traído los deberes —dijo Geir.

Ella llevaba su jersey blanco de cuello alto y dibujos rojos, y unos pantalones azules. Tenía la piel alrededor de los labios blanca de leche.

—¿Por qué no vamos a jugar? —dijo—. Llevo todo el día en casa. ¡Y también estuve ayer todo el día!

—Por nosotros vale —dije—. ¿No te parece, Geir?

—Sí —contestó Geir.

Ella se puso sus botas blancas y el impermeable rojo. La madre subió la escalera.

—¡Hasta luego, mamá! —gritó Anne Lisbet, y salió corriendo. Nosotros corrimos tras ella.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, al pararse donde acababa la gravilla, y volviéndose hacia nosotros—. ¿Bajamos a casa de Solveig?

Eso hicimos. Solveig salió, Anne Lisbet sugirió que jugáramos a la goma, así que allí estábamos, Geir y yo, con una goma alrededor de las piernas, mientras Solveig y Anne Lisbet saltaban y bailaban de un lado para otro, de acuerdo con un complicado sistema que dominaban a la perfección. Cuando me tocó a mí, Anne Lisbet me enseñó lo que tenía que hacer. Me puso una mano en el hombro y un temblor me recorrió el cuerpo. Sus ojos oscuros resplandecieron. Se rió a carcajadas cuando no lo conseguí, y, ah, noté el olor de su pelo casi rozándome la cara.

Fue fantástico. Todo fue fantástico. Encima de nosotros el cielo se estaba espesando, apareció un tono azul negruzco entre lo gris, como una pared sobre el bosque, y al poco rato empezó a llover. Nos pusimos las capuchas de los impermeables y seguimos saltando. Las gotas caían en las capuchas y nos chorreaban por la cara, la gravilla crujía bajo nuestros pies, de repente se encendió la luz de la farola que había en el extremo del poste, al final de la rotonda. Al cabo de un rato llegó un coche subiendo lentamente.

—¡Es mi padre! —dijo Anne Lisbet.

El coche —un Volvo familiar— se detuvo al final de la entrada, y de él se bajó un hombre grande y robusto, con barba negra. Saludó a Anne Lisbet con la mano, ella se acercó a él corriendo, él se agachó y la abrazó, y luego entró en la casa.

—Vamos a comer ya —dijo ella—. ¿Qué tenemos de deberes?

Se lo dije. Ella asintió con la cabeza, nos dijo adiós y desapareció dentro de la casa.

—Yo también tengo que irme —dijo Solveig, enrollando la goma con sus ojos tristes.

—Nosotros también —dije yo.

Cuando llegamos al cruce de abajo, sugerí que fuéramos todo el camino hasta el supermercado corriendo, y eso hicimos. Allí Geir propuso que cogiéramos la calle Grevlingveien y que no fuéramos por el bosque, sino que siguiéramos la carretera principal hasta Holtet. Así lo hicimos. Desde allí subía un sendero por el pequeño prado hasta la carretera circular, que seguimos hasta casa. Pero después de unos doscientos metros andando ocurrió algo extraño. El autobús bajaba, yo me volví automáticamente, y en el lado de la ventanilla, a sólo unos metros de mí, y a la misma altura, estaba sentado Yngve.

¿Qué narices hacía allí? ¿Se iba a la ciudad? ¿A esas horas? ¿A qué iba allí?

—Era Yngve —dije—. Iba sentado en el autobús.

—¿Ah, sí? —dijo Geir, sólo moderadamente interesado. Cruzamos el césped por delante de una casa y nos metimos en nuestra calle.

—Lo hemos pasado bien allí arriba —dijo Geir.

—Sí —dije—. Podemos subir otro día, ¿verdad?

—Sí —contestó Geir—. Pero quizá no deberíamos decírselo a nadie. Son chicas.

—Es verdad, no hace falta que se lo digamos a nadie.

Desde lo alto de la cuesta vi que el coche de mi padre estaba aparcado delante de nuestra casa. También el padre de Geir había vuelto del trabajo. Eran profesores, y salían de trabajar antes que los otros padres.

Miré el cubo de basura que había usado para entrar.

—Pensemos en alguna otra cosa que hacer —dije—. ¿Nos vamos a otro sitio? ¿Al árbol balancín?

Geir dijo que no con la cabeza.

—Llueve mucho. Y tengo hambre. Me voy a casa.

—Vale —dije—. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo Geir, y se metió en su casa. Cerró la puerta con tanta fuerza que el cristal tintineó. Yo miré hacia la casa de los Gustavsen. Había luz en la cocina. ¿Habrían vuelto a casa, o estaría sólo el padre? Tenían garaje, así que resultaba imposible saber si el coche estaba allí o no.

Me di la vuelta y miré hacia lo alto de la cuesta. El padre de Marianne estaba abriendo la tapa del cubo de la basura para tirar una bolsa de plástico. Llevaba una chaqueta de punto y estaba sin afeitarse. Siempre parecía enfadado, pero yo no sabía si lo estaba, nunca había hablado con él u oído hablar de él. Era marinero y estaba largas temporadas ausente. Cuando volvía a casa, se quedaba siempre en ella.

Cerró la puerta sin haberse percatado de mi presencia.

Subiendo desde el cruce llegaba un enorme camión amarillo con piedras en la plataforma de carga. Al pasar, el suelo vibró ligeramente. Un humo espeso salía del tubo de escape delantero.

Un día Yngve me enseñó una foto del vehículo más grande del mundo. La había encontrado en un libro sobre el programa Apolo que había sacado de la biblioteca. Todo en ese vehículo era lo más grande del mundo. Había sido construido para transportar el cohete unos kilómetros hasta el lugar del lanzamiento. Era muy grande, pero andaba muy despacio, apenas se movía a paso de tortuga, decía Yngve.

Pero lo más emocionante era el lanzamiento en sí. Nunca me cansaba de ver esas fotos. Una vez también lo vi en la televisión. Quizá era de esperar que el cohete se disparara a una enorme velocidad, pero no fue así, al contrario, se elevó lentamente los primeros metros; luego ese fuego y ese humo que salía, posándose como una especie de almohada debajo de él, sobre la que por un instante dio la impresión de descansar antes de elevarse despacio, casi tambaleante, con un enorme estruendo que se pudo oír a varios kilómetros de distancia. A partir de ahí subió cada vez más deprisa hasta alcanzar una velocidad tan salvaje como la que uno se había imaginado, como una flecha o un rayo por el cielo cristalino.

A veces me imaginaba el lanzamiento de un cohete desde ese bosque. Se construiría en secreto al abrigo de una montaña, y un día lo veríamos elevarse lentamente por encima de los árboles, blanco y limpio en contraste con lo verde y gris, con una nube de fuego y humo debajo de él, colgando un instante antes de tomar velocidad y subir cada vez más deprisa por el cielo, mientras el estrépito de los enormes motores retumbaba entre las paredes de nuestras casas.

Era un buen pensamiento.

Bajé correteando hasta mi casa, crucé la gravilla, llegué a la puerta, la abrí y empecé a quitarme los zapatos sobre el felpudo cuando mi padre salió del despacho y vino a la entrada.

Le eché una rápida mirada.

No parecía especialmente enfadado.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Jugando con Geir.

—No te he preguntado eso —dijo—. ¿*Dónde* has estado?

—Hemos estado por ahí, por B-Max —dije—. Por allí detrás.

—Ya, ¿y qué habéis hecho?

—Nada en especial —contesté—. Hemos estado jugando.

—Tienes que ir allí —dijo—. Necesitamos patatas. ¿Crees que podrás comprarlas?

—Sí.

Se sacó la cartera del bolsillo trasero y cogió un billete.

—Déjame ver tus bolsillos —dijo.

Me levanté y eché las caderas hacia delante.

Me dio el billete.

—Métetelo en el bolsillo, y date prisa —dijo.

—Vale —contesté. Él volvió al despacho, yo me volví a calzar, cerré la puerta cuidadosamente detrás de mí y eché a correr cuesta arriba.

Yngve volvió a casa justo antes de que empezáramos a comer, y a mí me dio tiempo de pasar por mi cuarto antes de que mi padre gritara que la comida estaba lista. Había frito chuletas y cebolla, y hervido patatas y coliflor. Mi madre dijo que tendríamos una asistenta, una señora mayor que vendría a limpiar una vez por semana, se llamaba señora Hjellen y empezaría ya esa misma tarde. Mi madre la había llamado desde el trabajo, dijo, y le había parecido muy maja. Yo sabía que mi padre no quería ninguna asistenta, lo había dicho una vez, pero ahora no dijo nada, de modo que supuse que habría cambiado de opinión.

A mí me hacía ilusión que viniera. Las pocas veces que recibíamos visitas me alegraba mucho, tal vez porque los que venían llenaban la casa de algo nuevo y diferente. Y también porque nos prestaban atención a Yngve y a mí. «Así que éstos son sus hijos», decían si nunca nos habían visto, o «Qué mayores están», si ya nos conocían, y a veces también nos hacían preguntas, como por ejemplo «Qué tal el colegio», o «Qué tal el fútbol».

Después de comer, me metí rápidamente en la habitación de Yngve. Él sacó uno de los casetes de la estantería, era *Piledriver* de Status Quo, y lo metió en el radiocasete.

—Te vi antes en el autobús —dije—. ¿Adónde ibas?

—A la ciudad.

Se tumbó en la cama y se puso a leer un cómic.

—¿A qué?

—No seas tan pesado —dijo—. Fui a comprar una pieza para la bici.

—¿Está *estropeada*?

Asintió con un gesto de la cabeza. Luego me miró.

—No se lo digas a nadie. Ni siquiera a mamá.

—Lo juro —dije.

—Está en casa de Frank. La pieza a la que va fijado el manillar, ¿sabes?, se partió en dos. Pero su padre ha prometido arreglámela. Me la dará mañana.

—Imagínate que papá te hubiera visto —dijo—. En el centro. O algún conocido suyo.

Yngve se encogió de hombros y siguió leyendo. Yo me fui a mi habitación. Al cabo de un rato llamaron a la puerta de entrada. Esperé a que mi madre bajara a abrir, antes de salir del cuarto. Al poco rato subió por la escalera una mujer mayor un poco rechoncha, o mejor dicho ancha, con el pelo canoso y gafas.

—Éste es Karl Ove —dijo mi madre—. El pequeño.

La saludé con la cabeza. Ella sonrió.

—Yo soy la señora Hjellen —dijo—. Seguro que haremos buenas migas.

Me puso una mano en el hombro y una sensación de calor me recorrió todo el cuerpo.

—El mayor, Yngve, está en su cuarto —dijo mi madre.

—¿Voy a buscarlo? —pregunté.

Mi madre negó con la cabeza.

—No hace falta.

Empezó a enseñarle la casa a la señora Hjellen y yo volví a mi cuarto. Fuera oscurecía. La lluvia caía con suaves crujidos contra el techo y la pared. Los canalones zumbaban y borboteaban. Grandes gotas de lluvia golpeaban la ventana y bajaban chorreando por trayectorias imprevisibles. Las luces de un coche se reflejaron en el abeto que había detrás del soporte de los buzones. Era Jacobsen, que volvía del trabajo. Los buzones verdes y el soporte metálico que los sostenía brillaban en silencio. *No, no*, decían. *Esa luz no, esa luz no*. Me tumbé en la cama y pensé en Anne Lisbet. Al día siguiente volveríamos a su casa. Pero antes la vería en el colegio. Me bastaba con verla, no necesitaba más que eso para que la felicidad se me expandiera por todo el cuerpo. Un día le preguntaría si podíamos ser novios. Un día yo estaría en su habitación, y ella en la mía. Aunque no me dejaran llevar a nadie a mi habitación, ella entraría, ya me las arreglaría. ¡Aunque tuviéramos que meternos por el ventanuco de la pared!

Me senté frente al escritorio, saqué los libros de la mochila y me puse a hacer los deberes. La señora Hjellen se marchó y oí a Yngve entrar en la cocina. Era lunes, y los lunes él había tomado por costumbre hacer bollitos o gofres por la tarde. Yo solía sentarme en la cocina con mi madre, observándolo mientras trabajaba, hacía calor, el olor a bollitos o gofres era agradable, y charlábamos de todo. Cuando Yngve había acabado, comíamos bollitos con mantequilla que se derretía, y queso marrón, o gofres con mantequilla y azúcar. Para acompañar, bebíamos té con leche. A veces, aunque no muy a menudo, subía también mi padre. Por regla general, volvía a bajar al despacho casi enseguida.

Hice los deberes en un santiamén, pues conocía las letras, sólo había que escribir un montón de ellas. Luego fui a la cocina. Se veía una luz en el horno vacío. Yngve tenía la camisa remangada y un delantal atado sobre el pecho, y con un cucharón estaba removiendo algo en un cuenco sobre la encimera. Mi madre hacía punto.

—¿No lo has acabado aún? —le pregunté, sentándome en mi sitio.

—Mañana o pasado —contestó ella, tirando de la lana, como si estuviera pescando desde una barca—. Depende del tiempo que tenga para hacer punto.

—Geir y yo hemos estado donde Anne Lisbet y Solveig —dije.

—¿Ah, sí? ¿Quiénes son? ¿Niñas de vuestra clase?

Dije que sí.

—¿Has empezado a jugar con las chicas? —preguntó Yngve.

—Sí —contesté.

—¿Estás enamorado o qué?

Miré vacilante a mi madre, luego a Yngve.

—Creo que sí —contesté.

Yngve se echó a reír.

—¡Pero si sólo tienes siete años! ¡No puedes estar enamorado!

—No debes reírte de eso, Yngve —dijo mi madre.

Yngve se puso rojo y miró dentro del cuenco que tenía delante.

—Los sentimientos son sentimientos, tengas siete o setenta años. Es igual de importante, ¿sabes?

Se hizo el silencio.

—¡Pero no puede llegar a nada! —dijo Yngve.

—Es posible —dijo mi madre—. Pero de todos modos puedes sentir algo por alguien, ¿no?

—Tú estabas enamorado de Anne —dije.

—No —dijo él.

—Dijiste que sí.

—Bueno, bueno —intervino mi madre—. ¿Qué tal va la masa? ¿Está ya?

—Creo que sí —contestó Yngve.

—¿Me dejas ver? —preguntó mi madre. Dejó la labor de punto en la cesta que tenía al lado de los pies, y se levantó—. ¿Quieres untar tú la bandeja del horno, Karl Ove?

Me puso delante el pequeño cuenco con mantequilla derretida y me alcanzó una brocha. Luego sacó la bandeja del cajón de debajo del horno. La mantequilla había hervido, se notaba por el olor; en el líquido amarillo se veían varias pequeñas calas y algunas lagunas grandes de color marrón claro. Si se calentaba despacio, el color adquiría más cuerpo y parecía más limpio. Unté la brocha en el líquido y lo extendí por la bandeja. La mantequilla calentada lentamente podía hacer que la brocha se resistiera de tal modo que había que esparcir más que untar, la marrón y menos espesa resultaba más fácil de manejar. En diez segundos la bandeja estaba lista. Volví a sentarme e Yngve empezó a dar forma a los bollos. Sonó la puerta de abajo. Al instante escuchamos los pesados pasos de mi padre por la escalera. Me enderecé en la silla. Mi madre se sentó de nuevo, dejó la labor de punto sobre las rodillas y miró hacia la puerta en el momento en que mi padre entraba.

—Por lo que veo estáis en plena faena —dijo, metiendo los pulgares en las trabillas del pantalón—. Enseguida habrá algo que comer, supongo.

—En un cuarto de hora —dijo mi madre.

—¿Estás haciendo bollos, Yngve?

Yngve se limitó a asentir con la cabeza, sin levantar la vista.

—Bueno, bueno —dijo mi padre. Se dio la vuelta y se metió en el salón. El suelo crujía ligeramente bajo sus pies. Se detuvo delante del televisor, lo encendió y se sentó en el sillón de piel marrón.

Reconocí la voz de la televisión. Era el que hacía el programa de médicos. Una voz un poco ronca, como oxidada, que salía de un rostro que siempre estaba inclinado hacia atrás, como si hablara al techo, mientras los ojos miraban constantemente abajo, como para dirigir la voz hacia el lugar correcto.

Me levanté y fui al salón.

En la pantalla se veía una hendidura de piel, sangre y carne entre tela azul.

—¿Es una operación? —pregunté.

—Al parecer sí —contestó mi padre.

—¿Puedo verlo?

—Claro, no creo que te haga ningún mal.

Me senté en el borde del sofá. Se podía ver directamente el interior del cuerpo. Habían puesto una especie de embudo que mantenían abierto con varias pinzas de metal, y se veían capas de carne de las que la sangre al parecer acababa de salir, y debajo de todo había un órgano brillante, como una membrana, también manchado de sangre, y todo iluminado por una penetrante luz blanca. Un par de manos con guantes de goma hurgaban allí dentro, como si fuera algo muy habitual. De vez en cuando la imagen se hacía más grande, entonces se veía claro que el embudo estaba abierto dentro de una persona tumbada en una mesa, completamente cubierta por una tela azulada de un material parecido al plástico y que las manos pertenecían a un médico que constituía el punto central de un círculo de cinco, todos vestidos de verde, los dos del centro inclinados sobre el cuerpo, debajo de una lámpara parecida a un lagarto, y los otros tres con una bandeja al lado de instrumentos y otras cosas que yo no conocía.

Mi padre se levantó.

—Esto no hay quien lo vea —dijo—. ¡No entiendo cómo pueden poner una cosa así un lunes por la tarde!

—¿Puedo verlo de todos modos? —pregunté.

—Sí, sí —respondió, acercándose a la escalera.

La membrana de abajo latía. La sangre chorreaba encima, la membrana la rechazaba, como elevándose, luego la sangre volvía a chorrear sobre ella y ella la rechazaba otra vez, elevándose de nuevo.

De repente comprendí que estaba viendo un corazón.

Qué terriblemente triste.

No porque el corazón latiera y no consiguiera liberarse, no era eso. Lo triste era que el corazón no sería visto, latiría en secreto, fuera de nuestra vista, eso estaba claro, lo entendías al verlo, un animalillo sin ojos, tendría que palpitar y latir allí abajo, solo en el pecho.

Pero seguí mirando. Los programas de médicos y medicina eran de lo que más me gustaba de la televisión, y sobre todo los pocos programas que mostraban operaciones. Hacía mucho que había decidido ser cirujano de mayor. Mis padres se lo contaban a veces

a la gente, se suponía que era divertido, porque yo era muy pequeño, pero yo lo decía de verdad, era lo que quería hacer cuando fuera mayor, cortar a personas y operar dentro de ellas. Dibujaba y pintaba a menudo operaciones con sangre, cuchillos, enfermeras y lámparas, y mi madre me había preguntado varias veces por qué pintaba y dibujaba tanta sangre, si no prefería pintar y dibujar otras cosas, hierba, sol y casas, por ejemplo, y claro que podía, pero no era eso lo que *quería*. Lo que yo quería pintar y dibujar eran buceadores, barcos de vela, cohetes y operaciones, no hierba, ni soles, ni casas.

Cuando Yngve era muy pequeño y vivía en Oslo decía que de mayor quería ser basurero. La abuela se reía mucho de eso y lo mencionaba a menudo. Entonces solía contar que de pequeño mi padre decía que quería ser hombre para todo. También se reía de eso, a veces tanto que se le saltaban las lágrimas, aunque seguro que lo había dicho cien veces. El que yo quisiera ser cirujano no era divertido, era diferente, y yo era mucho mayor de lo que era Yngve cuando decía lo de ser basurero.

Poco a poco fueron quitando todas las pinzas y tubos del embudo en el cuerpo. El presentador del programa apareció en la pantalla para hablarnos de lo que acabábamos de ver. Me levanté y fui a la cocina. La bandeja de los bollos ya estaba sobre las placas de la cocina para que se enfriaran un poco, el agua para el té hervía y mi madre estaba poniendo la mesa con platos, tazas, cuchillos y embutido.

Al día siguiente la temperatura había bajado y ya no llovía. Los botines del año anterior me estaban pequeños, y mi madre sacó unos calcetines gordos para que me los pusiera dentro de las botas. El plumas azul todavía me quedaba bien, sólo tenía un año. Y luego llevaba un gorro azul, que en cuanto pisé la calle me lo calé tanto que era como un tejado negro en la parte superior de mi campo de visión. Anne Lisbet llevaba un plumas azul claro, de una tela lisa y brillante, al contrario que la del mío, que estaba ya un poco mate y áspera. Su gorro, por el que asomaba el pelo negro, era blanco, también llevaba una bufanda blanca, un pantalón azul y un par de flamantes botines rojos. Estaba con las otras niñas y no me miró cuando yo las miré a ellas.

El color de su plumas era increíblemente bonito.

Yo también quería uno así.

Cuando llegamos al colegio y todos habían dejado sus mochilas en donde nos colocábamos para entrar, conseguí que Geir viniera conmigo a quitarles los gorros. Él se ocuparía del de Solveig y yo del de Anne Lisbet. Ella estaba de espaldas, y cuando se lo arranqué, se volvió con un chillido. Esperé hasta que nuestras miradas se cruzaran, y entonces eché a correr. No corrí tan deprisa como para que ella no pudiera seguirme, pero tampoco tan despacio como para que todos pudieran darse cuenta de que estaba esperándola.

Sus pasos sonaron en el asfalto justo detrás de mí.

¡Y me abrazó!

¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Su maravillosa plumas gordo se apretó contra el mío, ella sonreía gritando «Dámelo, dámelo», y yo fui incapaz de alargar el momento, manteniendo el gorro en alto sobre ella, mi felicidad era demasiado grande, se lo devolví sin más, y me quedé inmóvil, mirando cómo se lo ponía y se alejaba.

¡Acto seguido se volvió y me sonrió!

¡Le brillaban los ojos, ah, esos ojos tan negros y bonitos!

Fue como entrar en una zona de algo luminoso y resplandeciente, contra lo que todo lo de fuera palidecía y perdía importancia. Sonó el timbre, subimos en fila la escalera, recorrimos el pasillo, nos sentamos en los pupitres y sacamos los libros. Yo hice lo que teníamos que hacer, escuché cuando debíamos escuchar, hablé como hablaba siempre, dibujé mis barcos hundidos y mis hombres rana, me comí el bocadillo y me bebí la leche, jugué al fútbol, fui a casa cantando sentado en el autobús al lado de Geir, subí corriendo la última cuesta en medio del grupo con la mochila bailando a la espalda, siempre presente en cuerpo y alma, y sin embargo ausente, porque dentro de mí había de repente un nuevo cielo bajo cuya bóveda parecían nuevos incluso los pensamientos y quehaceres más usuales.

Esa tarde, cuando llegamos a la casa de Anne Lisbet, ella se encontraba en medio de un grupo de niños en la rotonda. Dos niñas movían automáticamente una comba entre ellas, sonaba como un látigo cuando daba contra el suelo, y uno tras otro, los niños iban entrando, daban unos cuantos saltos, volvían a salir y dejaban entrar al siguiente. Anne Lisbet llevaba el mismo gorro y la misma bufanda, y nos sonrió cuando nos detuvimos delante de ellos.

—¡Venid! —dijo.

Nos pusimos en la cola. Me gustaría tanto impresionarla..., deslizarme dentro de ese tambor tembloroso dibujado por la comba, pero no conseguí dar más que dos saltos antes de que la comba me diera en la pierna y tuviera que salirme. Geir, que no dominaba mucho su cuerpo, y cuyas piernas y brazos se movían sin control en todas las direcciones, se manejó sorprendentemente bien. Salto, salto, salto, salto, salto, y luego se salió con tanta fuerza e intensidad que tuvo que dar un par de pasos de apoyo para no perder el equilibrio, algo parecido al corredor que se tira contra la cinta de llegada.

Ahora ella pensaría que Geir era mejor que yo.

Lo tenebroso de tal pensamiento desapareció al instante, porque entonces le tocó a ella. Corrió hasta la comba y bailó dentro virtuosamente, poniendo el peso primero sobre un pie y luego sobre el otro, mientras miraba al infinito como si la cabeza no tuviera nada

que ver con lo que hacía el cuerpo. Pero en el momento de salirse y no tener ya que concentrarse, fue a mí a quien miró y sonrió. *¿Has visto?*, decía su sonrisa. *¿Me has visto?*

El agua que cubría los baches más grandes del lugar donde nos encontrábamos estaba casi amarilla. En los charcos más pequeños estaba grisácea, casi como en la gravilla alrededor, sólo que un poco más clara. Y más brillante, claro. Del bosque nos llegaba el murmullo de un arroyo. También se oía el sonido retumbante de una máquina. Yo no había estado nunca allí, y me acerqué al borde a mirar hacia abajo. De la casa de más arriba, en la orilla del bosque, bajaba un empinado pedregal. Y más abajo había una zona pantanosa amarilla. Detrás se levantaban los pinos muy apretados. Entre los troncos vi un viejo barracón pintado de verde y un generador amarillo. De ahí debía de proceder el ruido.

Entonces de repente alguien empezó a perforar. No podía verlo, pero por el sonido, tan estridente y monótono, con ese timbre de metal contra la roca por encima de todo, no cabía duda, era un sonido que conocía a fondo.

Al volverme, vi que Geir movía la cabeza al compás de la comba, antes de saltar dentro. Pero esta vez no lo consiguió, la comba le dio en el pie y cuando las dos niñas que daban retomaron su monótona actividad, él vino hacia mí a pasos lentos. Detrás de él iba Anne Lisbet. Pero apenas se había colocado, cuando la comba le dio en el brazo. Casi parecía que lo había hecho a propósito.

—¿Vienes, Solveig? —dijo.

Solveig asintió con la cabeza y se salió de la fila. Las dos se acercaron a nosotros.

—¿Qué hacemos? —preguntó Anne Lisbet.

—¿Vamos a buscar botellas? —propuse.

—¡Sí, vamos! —dijo Geir.

—¿Dónde? ¿Dónde hay botellas? —preguntó Anne Lisbet.

—A lo largo de la carretera grande —dijo Geir—. Y en el bosque, detrás del parque infantil. Alrededor de los barracones. A veces en Nabben. Pero no en el otoño, es verdad.

—En la parada del autobús —dije yo—. Y debajo del puente.

—Una vez encontramos una *bolsa* llena —dijo Geir—. En la cuneta, más abajo del supermercado. ¡Sacamos cuatro coronas por los envases!

Solveig y Anne Lisbet lo miraron atónitas. ¡Pero si lo de las botellas había sido idea mía! ¡Era a mí al que se me había ocurrido, no a Geir!

Sin pensar, habíamos empezado a bajar. El cielo estaba gris como cemento seco. Ni un

soplo de aire rozaba los árboles, todos estaban quietos, rumiando, como metidos dentro de ellos mismos. Aunque no, los pinos no, ellos estaban tan abiertos, libres y mirando al cielo como siempre. Daban más la impresión de estar tomándose una pausa. Los abetos sí estaban dentro de ellos mismos, absortos por su propia oscuridad. Los árboles caducifolios, con sus troncos finos y sus ramas divergentes, eran miedosos y vigilantes. Los viejos robles, que crecían en una parte de la pendiente al otro lado de la calle, y hacia donde nos dirigíamos, no eran miedosos, sólo solitarios. Pero soportaban la soledad, llevaban allí muchos años y allí seguirían muchos más.

—Allí hay una tubería que va por debajo de toda la calle —dijo Anne Lisbet señalando la pendiente. Estaba cubierta por una tierra negra colocada hacia muy poco, porque aún no había salido ninguna flor.

Bajamos hasta allí. Y así era: por debajo de la calle iba una tubería de hormigón, tal vez de un poco más de medio metro de diámetro.

—¿La habéis atravesado alguna vez? —pregunté.

Ellas negaron con la cabeza.

—¿Lo hacemos? —propuso Geir. Estaba de pie, inclinado hacia delante, con una mano en el borde de la tubería, mirando hacia la oscuridad.

—Imagínate que nos quedamos atascados allí dentro —dijo Solveig.

—*Nosotros* podemos hacerlo —dije—. Y vosotras podéis ir al otro lado y esperarnos allí.

—¿Os atrevéis? —preguntó Anne Lisbet.

—Claro que sí —contestó Geir. Me miró—: ¿Quién va primero?

—Tú —dije.

—Vale —contestó, se agachó y metió el cuerpo en la tubería. Vi que era demasiado estrecha para gatear, pero podíamos arrastrarnos. Tras unos segundos retorciéndose y girándose, todo su cuerpo había desaparecido. Miré a Anne Lisbet, me incliné hacia delante y metí la cabeza por la tubería. Un olor a algo parecido a putrefacción me llenó las fosas nasales. Apoyé los codos en el cemento y metí el resto del cuerpo con un movimiento como de larva. Cuando hube metido todo el cuerpo, me levanté hasta donde pude, y con los antebrazos, las rodillas y los pies contra el cemento, me desplazé en la oscuridad. Los primeros metros veía a Geir como una sombra delante de mí, pero luego la oscuridad se hizo demasiado densa y él desapareció.

—¿Estás ahí? —grité.

—Sí —contestó.

—¿Tienes miedo?

—Un poco. ¿Y tú?

—Sí, un poco.

De repente todo vibró. Tenía que ser un coche o un camión que pasaba muy arriba por encima de nosotros. ¿Y si la tubería reventaba? ¿Y si se encogía y nos quedábamos atrapados?

Una ligera sensación de pánico empezó a vibrar en las puntas de los dedos de mis manos y mis pies. Conocía esa sensación, me sobrevinía a veces cuando trepaba un monte y de repente me quedaba paralizado. Me paraba, aterrado, sin poder subir ni bajar, a la vez que sabía que sólo mis movimientos serían capaces de sacarme de allí. No podía moverme, tenía que moverme, pero no podía, no podía, tenía que hacerlo, pero no podía.

—¿Todavía tienes miedo? —pregunté.

—Un poco. ¿Has oído el coche? ¡Ahí viene otro!

De nuevo noté una ligera sacudida a mi alrededor.

Me quedé inmóvil. En varias partes había agua en la tubería, estaba ya subiéndome por el pantalón.

—¡Veo luz! —exclamó Geir.

Pensé en el enorme peso que presionaba contra la tubería. En que sólo tenía unos centímetros de grosor. El corazón me latía con fuerza. Entonces de repente quise enderezarme. Las ganas de hacerlo crecieron salvajemente, pero chocaron contra el hecho de que era imposible, el muro estaba como una cápsula alrededor de mi cuerpo. Era incapaz de moverme.

A veces Yngve se sentaba encima de mí a horcajadas cuando yo estaba debajo del edredón, y me apretaba tanto que no podía moverme. El edredón me oprimía el pecho, tenía las manos inmovilizadas por las suyas, las piernas dobladas debajo de su cuerpo y el edredón tensado. Lo hacía porque sabía que era lo que yo más odiaba en el mundo. Lo hacía porque sabía que tras unos segundos acorralado de esa manera me entraría el pánico. Que yo haría acopio de todas mis fuerzas para intentar soltarme, y si no lo conseguía, cuando me tenía completamente cogido, sabía que me pondría a gritar a voz en cuello. Gritaba sin cesar, como un poseso, estaba muerto de miedo, no conseguía librarme, gritaba hasta vaciarme los pulmones.

Ahora noté esa misma sensación oprimiéndome el corazón.

No me podía mover.

El pánico iba en aumento.

Sabía que no debía pensar en que no me podía poner de pie, sino limitarme a reptar hacia delante con paciencia, si lo hacía, todo saldría bien. Pero no era capaz. Lo único que podía pensar era que no me podía mover.

—¡Geir! —grité.

—¡Ya casi estoy fuera! —contestó—. ¿Tú dónde estás?

—¡Estoy atrapado!

Se hizo un silencio de unos segundos.

—¡Voy a ayudarte! —gritó Geir—. ¡Pero primero tengo que salir y dar la vuelta!

El pánico se convirtió en un suspiro de alivio, porque ya me había abandonado. Moví los antebrazos hacia delante y arrastré las rodillas detrás. La tela de la espalda del plumas rozaba la tubería por encima de mí. A sólo unos centímetros fuera de allí había muchas toneladas de piedra y tierra. Me paré. Las piernas y los brazos me flojeaban. Me quedé completamente plano.

¿Qué pensarían ahora de mí Anne Lisbet y Solveig?

Ay, ay.

El pánico volvió a crecer. Era incapaz de moverme. Estaba atrapado. ¡No podía moverme!

En algún lugar de la oscuridad que tenía delante se movía algo. Una tela rozaba el cemento. Oí la respiración de Geir, era inconfundible, respiraba a menudo por la boca.

Podía verlo. Vi su cara blanca en la oscuridad.

—¿Estás muy atascado? —me preguntó.

—No.

Me agarró de la manga del plumas y tiró hacia él. Yo levanté la espalda y moví primero un brazo y luego el otro, una rodilla y luego la otra. Geir se deslizó hacia atrás, tirando de la manga de mi plumas, y aunque él no me arrastraba, porque era yo el que reptaba, parecía que era así, y la presencia de su cara blanca, puntiaguda como la de un zorro, e inusualmente concentrada, hizo que ya no pensara en la tubería, en la oscuridad, y en que no podía moverme, ahora sí era capaz, paso a paso, por el hormigón mojado que era cada vez más claro, hasta que por fin pude sacar la cabeza a la luz.

Anne Lisbet y Solveig estaban muy juntas esperando delante de la entrada, mirándome.

—¿Te quedaste atrapado? —preguntó Anne Lisbet.

—Sí —contesté—. Un rato. Pero Geir me ayudó.

Geir se restregó las manos para limpiárselas. Luego se frotó las rodilleras del pantalón. Yo me enderecé. El espacio debajo del cielo gris era enorme. Todas las formas se veían nítidas.

—¿Bajamos a Pequeño Hawái? —propuso Geir.

—Buena idea —dije yo.

Fue maravilloso correr por el sotobosque. La superficie del pequeño charco estaba totalmente negra. Los árboles que se levantaban en los dos pequeños islotes estaban inmóviles. Anne Lisbet y yo saltamos hasta uno de ellos y Solveig y Geir hasta el otro.

Los labios de Anne Lisbet eran muy inquietos, se abrían con mucha facilidad para sonreír, a veces también por su cuenta, en esos casos sus ojos permanecían indiferentes. Era obvio que seguían el mínimo impulso de los pensamientos. Cuando ella se acordaba de algo, sus labios se deslizaban rojos y suaves por los dientes blancos y duros, a veces seguidos de una exclamación o de una concentración de alegría en los ojos, a veces sin relación con nada.

—Vosotros sois marineros —dijo ella de repente—. Y volvéis a casa, donde os esperamos nosotras. Llevamos mucho tiempo sin veros. ¿Queréis jugar a eso?

Yo dije que sí, y Geir también.

Las dos chicas volvieron a tierra de un salto y se adentraron un trecho en el bosque.

—¡Ya podéis venir! —gritó Anne Lisbet.

Echamos el amarre, saltamos detrás y empezamos a andar hacia ellas. Pero no lo bastante deprisa, Anne Lisbet pateaba con impaciencia, vino corriendo hacia mí, y al llegar me echó los brazos alrededor del cuello y se apretó contra mí, con su mejilla contra la mía.

—¡Te he echado tanto de menos! —dijo—. ¡Mi querido marido!

Dio un paso atrás.

—¡Venga, otra vez!

Me fui corriendo hasta el charco, di un salto hasta la islita, esperé hasta que Geir se hubo colocado en la otra, y entonces repetimos los movimientos, con la diferencia de que esta vez nosotros corrimos todo lo que pudimos hacia las chicas.

Ella volvió a abrazarme.

Mi corazón palpitaba con fuerza, porque no sólo me encontraba en el fondo de un bosque con el cielo muy alto por encima de mí, también me encontraba en el fondo de mí mismo, mirando hacia arriba a algo luminoso, abierto y feliz.

El pelo le olía a manzana.

A través de la tela del grueso plumas sentí su cuerpo. Su mejilla lisa y fría contra la mía, casi ardiente.

Lo hicimos tres veces. Luego continuamos bosque adentro. Tras unos cuantos metros, el terreno empezó a bajar, y más adelante crecían casi sólo árboles caducifolios, por eso el sotobosque estaba cubierto de hojas rojas, amarillas y marrones, como un suelo de madera contra las desvencijadas paredes de los troncos. En algún lugar murmuraba un arroyo, el soto se estrechaba hasta convertirse en un sendero que bajaba empinado hacia la carretera principal, que no pudimos ver hasta que salimos a un par de metros encima de ella.

Al otro lado descendía un campo labrado, más allá estaba el estrecho, gris como la arcilla, y el cielo que se abría encima era un poco más claro.

Los coches pasaban deprisa, por lo que íbamos por la cuneta. Las botellas que solíamos encontrar allí eran siempre nuevas y brillantes, mientras que las del bosque estaban casi siempre cubiertas de briznas y hojas que se les habían pegado, algunas veces también estaban llenas de bichos, y cogerlas era como coger un trozo de la tierra.

Sin embargo, ese día no se veían botellas por ninguna parte. Cuando llegamos a la casa de Larsen, un edificio destartado con pinta de barracón, que en tiempos había formado parte de una granja, pero que ahora había quedado arrinconado entre el bosque y la carretera, y cuyo dueño era profesor del mismo instituto que mi padre, y del que se decía que había llegado borracho al trabajo en más de una ocasión, cruzamos la carretera y seguimos por la cuesta de grava hasta abajo, hasta Gamle Tybakken. Íbamos buscando botellas, pero cada vez con menos convicción. Pronto llegamos a la parte edificada. Viejas casas blancas al fondo de viejos jardines llenos de árboles frutales y arbustos de bayas. Como los colores eran tan nítidos por el suelo, donde todas las hojas brillaban en amarillo, pasando a veces al rojo, y tan mates bajo el gris un poco frío del cielo, tenía la sensación de andar por el fondo de una caja, debajo de la tapadera del cielo, donde los prados que aparecían por todas partes eran las paredes sobre las que reposaba.

Tras unos doscientos metros pasamos por delante de una gran propiedad, cuyo césped se extendía hacia el bosque de arriba. La casa era sorprendentemente pequeña teniendo en cuenta el tamaño de la finca. Un estrecho camino de grava subía hacia ella, nos paramos al lado del buzón porque allí, delante de la casa, junto a un gran arroyo que venía lanzado desde el bosque, había una mujer mayor tirando de un árbol que se había atascado.

El árbol, con una amplia red de finas ramas alrededor, medía seguramente tres veces más que ella.

De alguna manera, ella se dio cuenta de que estábamos allí abajo, porque al instante se enderezó y nos miró. Movi6 la mano, pero no a modo de saludo, sino doblándola hacia

ella misma, lo que significaba que quería que nos acercáramos.

Subimos corriendo todo lo que pudimos la cuesta de grava, cruzamos el suave césped mojado y nos detuvimos delante de ella.

—Parecéis fuertes —dijo—. ¿Podríais ayudar a una anciana como yo? Quisiera sacar este árbol del arroyo. Se ha quedado atascado.

Halagados, nos pusimos manos a la obra. Geir bajó al agua hasta donde pudo y agarró una rama, yo hice lo mismo al otro lado, mientras Anne Lisbet y Solveig tiraban del propio tronco. Al principio ni se movió, pero entonces Geir se puso a gritar para que tiráramos todos a la vez, y poco a poco conseguimos sacarlo.

—¡Ah, fantástico! —dijo la anciana—. ¡Muchísimas gracias! Yo no lo habría conseguido nunca, ¿sabéis? ¡Qué fuertes sois! Ya lo creo, ya lo creo. Esperadme aquí, voy a por algo para agradeceróslo.

Se fue con la cabeza baja hasta la casa y desapareció por la puerta.

—¿Qué creéis que va a darnos? —pregunté.

—Unas galletas, quizá —contestó Geir.

—O una bolsa de bollos —apuntó Anne Lisbet—. Mi abuela suele tener siempre por si acaso.

—Yo creo que nos dará manzanas —dijo Solveig. Y cuando lo dijo, yo también pensé lo mismo, porque al otro lado del camino había un montón de manzanos.

Pero cuando volvió a salir y se dirigió hacia nosotros, tan encorvada como antes, venía con las manos vacías. ¿No había encontrado nada?

—A ver —dijo—. Aquí tenéis esto por la ayuda que me habéis prestado. ¿Quién lo guarda? Es para todos.

Era una moneda de cinco coronas.

¡Cinco coronas!

—Yo puedo guardarla —dije—. ¡Muchas gracias!

—Soy yo la que os da las gracias —dijo la anciana—. ¡Que os vaya bien!

Exaltados, bajamos la cuesta a toda prisa, cogiendo automáticamente el camino por el que habíamos llegado, mientras discutíamos lo que haríamos con el dinero. Geir y yo queríamos ir a la tienda enseguida a gastarlo todo en golosinas. Anne Lisbet y Solveig también querían comprar golosinas, pero no ir a la tienda en ese instante, faltaba poco para la hora de comer y tenían que irse a casa. Acordamos guardar el dinero hasta el día siguiente y comprar entonces las golosinas.

Cuando llegamos al sendero, Anne Lisbet y Solveig se fueron a su casa, y Geir y yo seguimos por la carretera principal, en dirección a la tienda. Cuando nos encontramos justo delante, no fuimos capaces de esperar, tal y como habíamos dicho, la moneda de cinco coronas nos quemaba en el bolsillo, no conseguíamos pensar en otra cosa. Resultó simple y llanamente imposible esperar hasta el día siguiente, y decidimos comprar las golosinas en ese momento, guardarlas para luego y sorprender a Anne Lisbet y Solveig.

Y así lo hicimos.

Pero justo cuando hubimos comprado las golosinas y nos acercábamos a la carretera, llegó el padre de Geir en su escarabajo. Paró el coche, se inclinó sobre el asiento y abrió la puerta.

—Entra —dijo.

—¿Puede venir Karl Ove también?

—No, ahora no, no vamos a casa, ¿sabes? Vamos a la ciudad. ¡Otro día, Karl Ove!

—Vale —dijo Geir. Se volvió hacia mí y susurró de su modo dramático—: ¡No te comas ninguna golosina!

Asentí con la cabeza y no me moví hasta que Geir se hubo sentado y el coche se puso en marcha. Entonces me acerqué corriendo a la piedra del bordillo, la salté, bajé la pendiente, pasé el parque infantil, seguí corriendo por delante del coche siniestrado, crucé el campo de fútbol, luego atravesé el bosque y corrí por el borde del pantano. Justo antes de entrar en el campo de visión de nuestra casa, me paré y repartí las golosinas, que hasta entonces estaban en una bolsa, entre los cuatro bolsillos de mi plumas. Tiré la bolsa y salí corriendo a la carretera, bajé hasta casa y vi luz en la ventana del salón. El coche de mi padre estaba aparcado delante y junto a la pared, en su lugar habitual, la bicicleta de Yngve!

La pequeña pieza metálica que sujetaba el manillar estaba mucho más brillante que el metal de alrededor. Supuse que era algo que mi padre no dejaría de notar.

Abrí la puerta y entré. Si él se acercaba, yo simplemente colgaría como siempre mi plumas. Si se quedaba un rato en el despacho, yo subiría con el plumas puesto, escondería las golosinas y volvería a bajar con los bolsillos del plumas vacíos. Si entonces me preguntaba por qué iba con el plumas dentro de casa, diría que tenía tanta prisa por ir al cuarto de baño que no podía esperar.

En el despacho todo estaba en silencio.

Ah, estaba arriba, en el salón.

Me quité con mucho cuidado los zapatos y subí al cuarto de baño. Me desabroché la bragueta, me saqué la picha y meé. Tiré de la cadena, me lavé las manos con agua fría, me

las sequé y esperé a que la tubería dejara de sonar para abrir la puerta. Eché un rápido vistazo hacia el salón, nada, me fui a mi cuarto, aparté el edredón, saqué las golosinas de los bolsillos, las tapé con el edredón y salí al pasillo.

—Karl Ove, ¿eres tú? —preguntó mi padre desde dentro.

—Sí —contesté.

Él salió.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—En Gamle Tybakken con Geir —contesté.

—¿Y qué habéis hecho allí?

Sus labios estaban tensos, sus ojos fríos.

—Nada en especial —dije, con toda la alegría que fui capaz de expresar—. Dar vueltas, nada más.

—¿Por qué llevas puesto el plumas?

—Porque tenía que ir corriendo al baño. Ahora me lo quito.

Bajé. Él volvió al salón. Me quité el plumas, lo colgué y volví a subir, no me gustaba pensar que las golosinas estaban desprotegidas. Encendí la pequeña lámpara redonda de metal del escritorio, la larga y esbelta cabeza de la bombilla llenaba con su luz amarilla el espacio vacío en el que moraba. Me senté en la cama. Estiré bien el edredón sobre las golosinas.

¿Y ahora qué?

Las sensaciones más distintas recorrían mi interior. En un momento estaba a punto de echarme a llorar, al siguiente, mi pecho rebosaba de alegría.

Saqué un libro sobre el universo que era de mi padre y me había prestado la última vez que estuve enfermo. Estaba lleno de dibujos de cómo se imaginaban los futuros viajes espaciales. Habían adivinado y dibujado el equipamiento de los astronautas, las formas de los cohetes y las superficies de los planetas.

Mi padre se acercaba por el pasillo.

Abrió la puerta y me miró.

No daba señales de ir a entrar ni de ir a decir algo. Yo cerré el libro y me enderecé. Eché un rápido vistazo en dirección a las golosinas.

Era imposible ver que había algo debajo del edredón.

—¿Qué tienes ahí? —quiso saber.

—¿Dónde? —pregunté—. ¿Qué quieres decir? No tengo nada.

—Debajo del edredón —dijo él.

—¡No tengo nada debajo del edredón!

Me miró.

Acto seguido fue hasta la cama y arrancó el edredón.

—¡Me estás mintiendo, chico! —exclamó—. ¿Mientes a tu propio padre?

Me agarró de la oreja y me la retorció.

—¡No era mi intención! —dije.

—¿Cómo has conseguido estas golosinas? ¿Quién te ha dado dinero para comprarlas?

—¡Una anciana! —dije, echándome a llorar—. ¡No he hecho nada malo!

—¿Una anciana? —dijo él, retorciéndome aún más la oreja—. ¿Por qué iba a darte dinero una anciana?

—¡Ay! ¡Ay! —grité.

—¡Cállate! —dijo—. Me has mentado, ¿verdad que sí?

—¡Sí, pero no era mi intención!

—¡Mírame cuando te hablo! Me has mentado, ¿no?

Levanté la cabeza y lo miré. Sus ojos ardían de ira.

—Sí —contesté.

—Y ahora vas a decirme dónde conseguiste el dinero. ¿Entendido?

—¡Sí, pero me lo dio una anciana! ¡La ayudamos!

—¿Quiénes?

—Geir y yo y A ...

—¿Tú y Geir y quién más?

—Nadie más. Sólo yo y Geir.

—Mentiroso. Ven aquí.

Volvió a retorcerme la oreja, a la vez que con la mano me obligaba a levantarme. Yo lloraba y sollozaba y me sentía completamente vacío por dentro.

—Al despacho —dijo, sin soltarme la oreja.

—No... no... he hecho... nada malo —dije—. Nos... dio... el dinero.

Abrió la primera puerta de un empujón tan fuerte que golpeó con estruendo en la pared. Luego me arrastró por la segunda y me soltó en el suelo.

—¿Cómo conseguiste el dinero? —dijo—. ¡Y no quiero más mentiras!

—Ayudamos... a una anciana.

—¿A qué?

—Un... árbol. Un árbol... que se había atascado en el arroyo. Lo... quitamos.

—¿Y se supone que por eso ella os dio dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cinco coronas.

—Mientes, Karl Ove. ¿Dónde conseguiste el dinero?

—¡NO MIENTO! —grité.

Su mano se acercó a mi mejilla y me pegó.

—¡No grites! —resopló. —Se enderezó—. Pero hay una manera de averiguarlo —dijo—. Llamaré a la anciana para preguntarle si es verdad.

Me miraba mientras lo decía.

—¿Dónde vive ella?

—En... Gamle... Ty... bakken —contesté.

Mi padre se acercó al teléfono del escritorio, levantó el auricular y marcó un número. Mantuvo el auricular muy pegado a la oreja.

—Hola —dijo—. Me llamo Knausgård. Se trata de mi hijo. Dice que hoy le ha dado usted cinco coronas. ¿Es así?

Se hizo una pausa.

—¿No? ¿No la han visitado hoy dos chicos? ¿Usted no les ha dado cinco coronas? Ah, entiendo. Perdona la molestia, y gracias. Adiós.

Colgó.

No daba crédito a mis oídos.

Él me miró.

—Ella no ha visto a ningún chico. Y desde luego no ha regalado a nadie cinco coronas.

—¡Pero es verdad! Sí que nos dio cinco coronas.

Sacudí la cabeza.

—Ella ha dicho que no. Basta ya de mentiras. ¿Dónde conseguiste el dinero?

Me inundó otra oleada de lágrimas.

—¡Nos lo dio... la ... anciana! —sollocé.

Él me miró fijamente.

—Esto no nos lleva a ninguna parte ya —dijo—. Ahora vas y tiras todas esas golosinas a la basura. Y luego te quedarás en tu cuarto hasta que te acuestes. Y un día de éstos tendré una charla con Prestbakmo.

—¡Pero no son mías! —dije.

—¿Cómo que no son tuyas? Estás diciendo todo el rato que te dieron cinco coronas. ¿Y ahora no son tuyas?

—Son también de Geir —dije—. No puedo tirarlas.

Mi padre me miró con la boca entreabierta y los ojos enfurecidos.

—Haz lo que te digo —dijo por fin—. No quiero oír UNA sola palabra más. ¿Entendido? ¡Robas, mientes y encima eres un tozudo! Venga. Levántate.

Subí a mi cuarto con él detrás, cogí todas las golosinas, las tiré al cubo de la basura de la cocina y volví a mi cuarto.

Aquel otoño e invierno siempre que podíamos íbamos a ver a Anne Lisbet y Solveig. Algunos días nos movíamos a nuestras anchas jugando en la oscuridad, con ropa de lluvia resplandeciente de agua a la luz de nuestras linternas, que hacían como pequeños túneles de luz en el bosque, cerca de las casas de las chicas, otros días nos quedábamos sentados en la habitación de una de ellas dibujando y escuchando música, íbamos hasta la fábrica de pequeñas embarcaciones y el gran muelle, subíamos al monte, donde ninguno de nosotros había estado antes, o bajábamos al bosque por debajo del puente, donde se encontraba ese enorme pilar de hormigón.

Un sábado bajamos al vertedero secreto. Ellas se entusiasmaron como habíamos hecho nosotros, y Geir y yo arrastramos cuatro sillas y una mesa, una lámpara y una cómoda hasta el bosque, y allí los colocamos como en un salón, y era fantástico, porque estábamos en el bosque, al sol, a la vez que dentro de un salón, y además con Solveig y Anne Lisbet.

Los temblores que sentía al mirarla nunca cesaban, era tan guapa que me dolía por dentro. El grueso plumas azul claro de esa tela lisa. El gorro blanco. El borde de lana de sus botas. Su cara cuando por alguna razón nos miraba algo enfadada. Su radiante sonrisa, como mil millones de diamantes.

Cuando empezó a nevar, dábamos vueltas por la zona en busca de lugares apropiados para saltar con los esquís, deslizarnos o cavar cuevas. Sus mejillas, cálidas y sonrosadas entonces, con ese definido olor a nieve, que tanto cambiaba según la temperatura, pero que de todos modos nos rodeaba por todas partes; todas esas posibilidades que se nos ofrecían. Un día había una densa niebla entre los árboles, el aire estaba lleno de llovizna y nosotros llevábamos ropa impermeable tan lisa que podíamos deslizarnos sobre ella como focas. Trepamos hasta lo alto del pedregal, yo me tumbé. Anne Lisbet se sentó a horcajadas sobre mi espalda, Solveig sobre la de Geir, y nos deslizamos por el largo camino hasta abajo del todo. Fue el mejor día de mi vida. Lo hicimos una y otra vez. La sensación de sus piernas apretándose contra mi espalda, la manera en la que se agarraba a mis hombros, los gritos que lanzaba cuando cogíamos velocidad, esa fantástica agitación cuando alcanzábamos el fondo y nos caíamos de tal manera que se mezclaban brazos y piernas. Todo esto con la niebla inmóvil entre los abetos mojados, de color verde oscuro, y la llovizna en el aire que se posaba como una capa sobre la piel de nuestras caras.

Aquel invierno descubrimos muchos nuevos lugares, como el bosque de frondosos árboles al lado de la carretera que daba la vuelta a toda la urbanización y que iba por encima de la gasolinera Fina, dos lugares que hasta entonces habían estado completamente separados en nuestra conciencia, pero que de repente estaban relacionados. El viejo camino de grava que bajaba por allí y cuyo último tramo seguíamos cuando íbamos a Fina, también tenía una parte de arriba, donde vivían niños a los que no habíamos visto nunca, y que también tenían un campo de fútbol en el bosque, pequeño, pero con una portería de verdad. O la calle de debajo de la de Anne Lisbet y Solveig, donde las casas se encontraban sólo a unos metros de las suyas. Dag Magne, que iba a nuestra clase, resultó ser vecino de Solveig. El que sus casas estuvieran tan cerca las unas de las otras era sorprendente, porque pertenecían a dos mundos diferentes, y había una zona de bosque entre ellas. Seguramente lo que engañaba era el bosque. No mediría más de veinte o treinta metros de ancho, pero representaba algo tan distinto a las casas que la distancia sentimental era de varios cientos de metros. Eso pasaba en todas las partes de la urbanización, y no sólo allí, en el vertedero era igual, porque si llegabas por el camino de Færvik sin girar a la derecha, por donde la carretera que iba a Hove, sino que continuabas recto, lo que casi nadie hacía, de repente habías llegado. Y si ibas hacia la derecha, al final del largo llano de la carretera que iba al este, hacia el colegio, sólo faltaban unos doscientos metros para que apareciera el vertedero en todo su esplendor entre los árboles. Las zonas que antes habían sido lugares aislados, como mundos completamente aparte, estaban de repente relacionadas. ¿Cuánta gente sabía que Tjenna se encontraba en realidad muy cerca del lago de Gjerstad? Ese lago al que podías ir desde Sandum, ¡que se encontraba al otro lado de la isla! ¡O encontrar un atajo desde el colegio!

Otra sorpresa fue que la señora Hjellen, la asistente, vivía con su marido en la casa de al lado de la de Anne Lisbet. No tenían hijos, y a ella le gustaba recibir visitas; yo la

visitaba solo y en compañía de los otros tres. Mientras ella limpiaba en casa, yo le contaba muchas cosas, incluso cosas que no decía a mis padres. Ella me enseñó cómo abrir la puerta exterior con la llave que me habían dado: había que tirar un poco de ella después de haberla metido hasta el fondo, y *entonces* girar.

Y fue a la señora Hjellen a la que le confesé aquella vez que una de las piedras que tirábamos de vez en cuando a los coches de la carretera debajo de nosotros, alcanzó por fin su objetivo. Fui yo el que la tiró. Estábamos junto a la valla verde. Geir acababa de fallar con su piedra, cuando yo cogí una y esperé a que llegara otro coche. La piedra era más grande que mi mano, y tan pesada que tuve que empujarla más que tirarla. Por la curva llegaba un coche a toda marcha por el llano. ¡Ya!

La piedra voló por los aires. En el instante en que empezó a caer supe que acertaría. Pero no había previsto que el golpe contra el techo sonara tanto. Tampoco que unos segundos después se oyera el chirrido de frenos y llantas deslizándose por el asfalto.

Geir me miró asustado.

—¡Larguémonos de aquí! —dijo.

Subió por las piedras a cuatro patas, cruzó la carretera a toda marcha, trepó el pequeño montículo y desapareció.

Yo me quedé completamente paralizado, incapaz de moverme. Tenía demasiado miedo. Ni siquiera me moví cuando oí que la puerta del coche se cerraba, el motor arrancaba y lo vi ponerse en movimiento allí abajo.

Medio minuto más tarde el coche subía por la carretera. Con las lágrimas corriéndome por las mejillas y las piernas tan temblorosas que ni siquiera me sostenían, lo vi detenerse a tres metros de mí. El conductor no *abrió* la puerta para bajarse, casi la arrancó y saltó fuera, rojo de ira.

—¡Eres tú el que acaba de tirar esa piedra! —gritó, bajando la pendiente.

Dije que sí con la cabeza.

Me cogió por los brazos y me sacudió.

—Podrías haberme matado, ¿lo entiendes? ¡Si la piedra hubiese alcanzado el parabrisas! ¿Lo entiendes? ¡Y el coche está DESTROZADO! ¿Sabes cuánto dinero cuesta reparar ese techo? ¡Ah, esto te costará caro, chico!

Me soltó.

Yo lloraba tanto que no podía ver nada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Karl Ove.

—¡El apellido también!

—Knausgård.

—¿Vives aquí?

—No.

—¿Dónde vives entonces?

—En Nordåsen Ringvei —contesté.

El hombre se enderezó.

—Tendrás noticias mías —dijo—. O mejor dicho, tu padre tendrá noticias mías.

Bajó la pendiente en un abrir y cerrar de ojos con sus largas piernas, se metió en el coche dando un portazo y subió la cuesta de un tirón.

Me senté sollozando en el suelo. Toda esperanza se había desvanecido.

Un momento después, Geir gritó desde arriba. Bajó corriendo, lleno de preguntas sobre lo que había ocurrido, y lo que se había dicho. Yo sabía que se alegraba de que hubiera sido yo el que había tirado la piedra y el que había dado mi nombre. Pero sobre todo quería saber por qué no me había ido corriendo cuando, de hecho, habíamos tenido tiempo de sobra para alejarnos. Si me hubiera ido corriendo, el hombre jamás habría averiguado que yo era el culpable.

—No lo sé —dije, secándome las lágrimas—. No fui capaz. De repente no podía moverme.

—¿Se lo vas a contar a tus padres? —preguntó Geir—. Sería lo mejor. Si lo cuentas se enfadarán, pero luego se les pasará. Será peor si no dices nada y él llama.

—No me atrevo —dije—. No puedo decirlo.

—¿Le dijiste el nombre de tu padre?

—No, sólo el mío.

—¡Pero tú no estás en la guía telefónica! —dijo—. Es a tu padre al que tiene que llamar. ¡Y no le dijiste su nombre! ¿A que no?

—No —contesté, sintiendo un atisbo de esperanza.

—No digas nada entonces —señaló Geir—. A lo mejor no pasa nada.

Cuando llegué a casa, la señora Hjellen estaba allí. Notó que había llorado y me preguntó qué me pasaba. Le pedí que no se lo dijera a nadie. Ella lo prometió. Se lo conté. Me acarició la mejilla y dijo que lo mejor sería que se lo contara a mis padres. Pero le dije que no me atrevía, y así quedó la cosa. Cada vez que sonaba el teléfono los días siguientes,

me sentía tan petrificado de miedo como no me había sentido jamás. Una gran oscuridad se posó sobre esos días. Pero cuando llamaban, nunca era él, siempre eran otros, y empecé a creer que todo pasaría, sin más.

Entonces llamó.

Sonó el teléfono, mi padre lo cogió en la planta de abajo. Pasaron unos cinco minutos hasta que sonó un clic, que significaba que había colgado. Subió la escalera, sus pasos eran decididos y firmes. Entró donde estaba mi madre. Las voces que salían de allí eran altas. Yo estaba sentado en la cama llorando. Unos minutos más tarde la puerta de mi cuarto se abrió. Entraron los dos. Eso no ocurría nunca. Sus rostros estaban sombríos y serios.

—Me ha llamado un hombre, Karl Ove —dijo mi padre—. Ha dicho que tiraste una piedra muy grande a su coche y le destrozaste el techo. ¿Es verdad?

—Sí —contesté.

—¿Cómo pudiste HACER semejante cosa? —me preguntó—. ¿A ti qué te pasa? ¡Podrías haberlo matado! ¿Lo entiendes? ¿Entiendes lo serio que es esto, Karl Ove?

—Sí —contesté.

—Si la piedra hubiera dado en el parabrisas —intervino mi madre— el hombre podría haberse salido de la carretera o chocado contra otro coche. ¡Podría haberse matado!

—Sí —asentí.

—Ahora me tocará pagarle la reparación. Va a costar miles de coronas. ¡Un dinero que no tenemos! —exclamó mi padre—. ¿De dónde vamos a sacarlo?

—No lo sé —contesté.

—¡Ah, jodido niño! —dijo, dándose la vuelta.

—Y no nos dijiste nada —apuntó mi madre—. Hace más de una semana que ocurrió. Cuando pasa algo así, nos lo tienes que decir, ¿comprendes? Tienes que prometerlo.

—Sí —dije—. Pero se lo conté a la señora Hjellen.

—¿A la señora *Hjellen*? —dijo mi padre—. ¿Y no a nosotros?

—Sí.

Me miró con sus ojos fríos y airados.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo mi madre—. ¿Cómo pudiste hacer algo así? ¿Tirar piedras a un coche? Tenías que saber que era peligroso.

—No pensamos que le íbamos a dar al coche.

—¿Pensamos? —preguntó mi padre—. ¿Erais más?

—Geir también estaba —dije—. Pero fui yo el que tiró la piedra que le dio al coche.

—Al parecer tendré que tener una charla con Prestbakmo también —dijo mi padre, mirando a mi madre. Luego se volvió hacia mí—. Estás castigado en tu habitación hoy y dos tardes más. No habrá paga ni esta semana ni la que viene. ¿Entendido?

—Sí —contesté.

Salieron de mi cuarto.

Todo pasó. También esto. Lo terrible fue aquella oscuridad entre el suceso y cuando se descubrió, ese tiempo en que todo parecía normal, pero no lo era. Cuando todo temblaba detrás de la superficie inmóvil y cotidiana. Un año antes algo parecido me había hecho huir. En ese caso se trataba de un cuchillo, no una piedra. Todos los demás chicos tenían ya cuchillo de explorador, yo era el único que no. Era demasiado pequeño e irresponsable. Pero entonces, durante algo parecido a una ceremonia, mi padre me entregó un día un cuchillo. Se fiaban de mí, dijo. Oculté mi decepción al ver que lo que había comprado era un cuchillo de chica, que el explorador dibujado en la vaina llevaba falda y no pantalón — detalles que uno no podía esperar que los mayores tuvieran en cuenta—, y dejé prevalecer la felicidad por el cuchillo, porque con él podría cortar, tallar y lanzar con los demás. De lo único que tendría que cuidar sería de mantener la vaina fuera de su vista. Ya ese mismo día tallé una espada con Leif Tore. Una larga pieza de madera, uno de cuyos extremos afilé para hacerla puntiaguda como un punzón. Luego clavé otro trozo corto a modo de mango. Con las espadas en la mano nos paseamos por la urbanización. Descubrimos a dos niñas con sendos cochecitos de muñecas, las estuvimos vigilando un rato y luego nos lanzamos al ataque, imaginándonos que éramos piratas y ellas barcos, y con las espadas rajamos la piel de las capotas de los cochecitos. Las niñas chillaron y gritaron, y nosotros nos marchamos, dijeron que se iban a chivar, a nosotros nos entró miedo por lo que habíamos hecho y las vigilamos. Primero se fueron a sus casas, luego volvieron a salir y se dirigieron hacia la casa de los Gustavsen y la nuestra. Aterrados por las posibles consecuencias, decidimos fugarnos. Trepamos hasta lo alto del monte, nos internamos en el bosque y lo seguimos hasta donde terminaba, es decir, el barranco de Tjenna. Ni Leif Tore ni yo habíamos estado nunca allí. Estaba lejos de casa, y yo pensé que podríamos dormir allí y luego seguir camino al día siguiente. Nos sentamos en el borde a contemplar las vistas. El sol colgaba ya bajo detrás de nosotros, el paisaje que se extendía delante estaba casi dorado por el brillo del sol. Nos quedamos allí sentados una media hora. Entonces Leif Tore quiso volver a casa. Dijo que tenía hambre. Intenté convencerle, pues nos habíamos fugado y no podíamos volver, pero él insistió, no quería dormir al aire libre, y yo, que tenía miedo a la oscuridad, no podría de ninguna manera dormir solo, de manera que volví con él. Mi padre me estaba esperando en el jardín cuando llegué. Me agarró con fuerza del brazo y me arrastró hasta mi cuarto, donde me quedé castigado. Me confiscaron

el cuchillo, a pesar de que lo que había utilizado era una espada. Ellos no entendían la diferencia. Atacar con el cuchillo era impensable. La espada era de madera, y con ella habíamos atacado, era la espada lo que deberían haber confiscado. Pero cogieron el cuchillo. Les oí hablar sobre ello. Mira, dijo mi padre, mira la vaina, está completamente destrozada. Se refería a los agujeros que había hecho para ocultar que lo que llevaba el explorador era una falda y no pantalones. Él lo interpretó como prueba de mi imprudencia y mi falta de madurez. Mientras yo estaba castigado en mi cuarto esa tarde y la tarde siguiente, vi a Leif Tore jugando en la calle. Su padre le dio una bofetada y asunto zanjado. A Leif Tore no le importaban las bofetadas.

Pero pasó. Todo pasa. A las niñas les compraron nuevos cochecitos para sus muñecas, el automovilista hizo arreglar el techo de su coche, el castigo acabó, la paga volvió, por las tardes la calle se llenaba de niños, y el bosque estaba siempre abierto, día y noche, primavera e invierno. Anne Lisbet y Solveig no bajaban nunca, éramos nosotros los que subíamos a sus casas, y así teníamos dos mundos, uno delante de nuestras casas, donde nos uníamos al tropel de niños que se juntaban allí todas las tardes, y jugábamos al fútbol, construíamos cabañas con ramas de abeto en el bosque, corríamos por todas partes metiendo la cabeza en cada rincón de la urbanización, y cuando llegaba el frío y el hielo se instalaba, patinábamos por el lago Tjenna, donde los maravillosos sonidos del acero de los patines contra el hielo, devueltos por el monte bajo junto a la pista, llenaban cada día con un intenso placer, y otro arriba, en aquel espacio donde todo se parecía a lo nuestro, porque también allí había montones de niños que se lanzaban a todo lo que se podían lanzar, también allí jugaban al fútbol en la calle, jugaban a juegos en la oscuridad, también allí saltaban a la comba o a la goma, también allí patinaban cuando el agua se helaba, esquiaban cuando caía la nieve, y sin embargo era diferente. Era como si la alegría estuviera en otra parte, no en lo que hacíamos, sino en aquellos con los que lo hacíamos. Tan intenso era ese placer que también aparecía a menudo cuando ellos no estaban. Unas tardes jugábamos al ping-pong en el garaje de Dag Lothar, otras espiábamos alrededor de un par de barracones junto a un nuevo camino en el bosque, otras nos metíamos en el cuarto de Geir a jugar a las damas chinas, y alguna noche que me estaba desnudando delante de la cama, sólo pensar en Anne Lisbet y en su manera de ser, podía alcanzarme con tanta fuerza que me quedaba mareado de felicidad y añoranza. Había algo más que sólo ella en esa relación, también intervenía su bella madre y su padre, de hombros anchos, que era buceador y tenía un par de botellas de oxígeno amarillas en el baño del sótano, su hermana pequeña y su hermano pequeño, todas las habitaciones de su casa y ese agradable olor que las llenaba. Eran todas las cosas que ella tenía en su cuarto, tan distintas a las del mío, muchas muñecas, ropa de muñeca, mucho color rosa y mucho tul. Y era lo que hacíamos juntos, reforzado por la alegría y la emoción de ella dándole brillo. Quizá era sobre todo en el colegio donde nos manteníamos separados, hasta que alguna determinada situación nos unía, por ejemplo cuando jugábamos en círculo. Como en el

juego de Pasa el anillo, donde era a mí al que pasaba el anillo, o cuando me atrapaba en el último verso de «Puente puente puente» y se quedaba rodeándome con sus brazos, cuando yo la perseguía jugando a Tú la llevas, y ella reducía a propósito la velocidad para que me fuera más fácil pillarla. Ah, si por mí fuera podría correr detrás de Anne Lisbet toda la vida si al final lograra abrazarla.

¿Sabía yo que aquello no podía durar?

No, no lo sabía. Yo creía que seguiría para siempre. Llegó la primavera y con ella la ligereza: un día me puse mis nuevas zapatillas de deporte, y correr con ellas después de haber andado con botas y botines durante medio año fue como volar. Los pantalones y la cazadora de plumas, que hacían todos los movimientos tan complicados y pesados, fueron sustituidos por pantalones y chaquetas ligeros. Las manoplas, las bufandas y los gorros se guardaron. También los esquís, los patines, los trineos y los toboganes. Se metieron en trasteros y garajes y se sacaron las bicicletas y los balones de fútbol. El sol, que durante tanto tiempo había permanecido bajo en el cielo, subía cada día más alto, y calentaba tanto que las chaquetas que nos poníamos por las mañanas iban metidas en las mochilas cuando volvíamos a casa después de mediodía. Pero la señal más grande de todas de la llegada de la primavera era el olor a quema de rastrojos que se expandía por la urbanización durante esas semanas. Las noches frescas, la oscuridad azulada, el frío que subía de las cunetas donde todavía había nieve acumulada, dura como el hielo y mezclada con gravilla, el constante murmullo de las voces de todos los niños que había en la calle, algunos corriendo tras una pelota, otros montados en sus bicicletas, todos rebosantes de vida y agilidad, adelante, a correr, a subir en bici, a reírse, todo con ese olor punzante y sin embargo denso de la quema de hierba del año anterior, que de repente llegaba de todas partes. A veces nos acercábamos a mirar: las llamas bajas y espesas parecían pequeñas olas de color naranja, casi húmedas y de un color intenso producido por la oscuridad de la noche, vigiladas por un orgulloso padre o madre, a menudo con el mango del rastrillo al hombro y guantes en las manos, como una especie de caballeros de la clase media baja. A veces vigilaban verdaderas hogueras en las que quemaba toda la morralla que se había amontonado en el jardín en el transcurso del invierno.

¿Y el fuego?

Resultaba tan extraño allí, era tan profundamente arcaico que nada en él podía asociarse al entorno en el que aparecía: ¿qué hacía el fuego al lado de la caravana de los Gustavsen? ¿Qué hacía el fuego al lado de la excavadora de juguete de Anne Lene? ¿Qué hacía el fuego al lado de esos muebles de jardín, mojados y descoloridos por el sol, de los Kanestrøm?

El fuego se extendía hacia el cielo en todos los matices de amarillo y rojo, comiéndose crepitantes ramas de abeto, derritiendo plásticos, aparecía un instante por aquí y al siguiente por allá, formando dibujos completamente impredecibles, tan hermosos como

increíbles, porque ¿qué hacían allí, en medio de nosotros, noruegos normales y corrientes, durante esas tardes normales y corrientes de la década de los setenta?

Con el fuego apareció otro mundo y con el fuego volvió a desaparecer. Era el mundo del agua y del aire, el mundo de la tierra y del monte, del sol y de las estrellas, de las nubes y del cielo, de todo aquello antiguo que siempre estaba allí y siempre había estado allí, y en lo que por tanto uno no pensaba. Pero el fuego *llegaba*, se veía. Y cuando ya lo habías visto, no podías evitar verlo por todas partes, en chimeneas y estufas, en todas las fábricas y naves de producción, y en todos los coches que circulaban por calles y carreteras, y que por las noches estaban en los garajes o aparcados delante de las casas, porque el fuego ardía también en ellos. Los coches también eran profundamente arcaicos. En el fondo, esa inmensa antigüedad se encontraba en todas las cosas, desde las casas, que eran de cemento o de madera, hasta en el agua que entraba y salía por las tuberías de las mismas, pero como para cada generación todo ocurre como si fuera por primera vez, y esta generación había roto con la anterior, esto era algo que se encontraba muy atrás en su conciencia, si se encontraba, porque en nuestras cabezas no sólo éramos personas modernas de la década de los setenta, sino que nuestro entorno también era un moderno entorno de la década de los setenta. Y nuestros sentimientos, los que nos llenaban a todos y cada uno de los que vivíamos allí, en esas tardes y noches de primavera, eran sentimientos modernos sin otra historia que la nuestra propia. Y para los que éramos niños, eso significaba ninguna historia. Todo sucedía por primera vez. Nunca se nos ocurría pensar que también los sentimientos eran antiguos, tal vez no tanto como el agua y la tierra, pero sí tan antiguos como los seres humanos. Qué va, ¿por qué íbamos a pensar en eso? Los sentimientos que rebosaban en nuestro pecho, que nos hacían gritar, reírnos o llorar, eran simplemente algo que teníamos, eran nosotros tal y como éramos, más o menos de la misma manera que el frigorífico tenía una luz que se encendía cuando se abría la puerta, o las casas un timbre que sonaba cuando alguien lo pulsaba.

¿Creía yo realmente que eso duraría?

Sí, lo creía.

Pero no duró. Porque un día a finales de abril le dije a Anne Lisbet que subiríamos después del colegio, y ella dijo que no podíamos ir.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque van a venir otros —respondió.

—¿Quiénes? —pregunté, pensando que tal vez se trataba de unos tíos suyos o algo así.

—Es un secreto —contestó ella, exhibiendo una pícaro sonrisa.

—¿Es alguien de la clase? —insistí—. ¿Marianne, Sølvi o Unni?

—Es un secreto —repitió—. No podéis venir. ¡Hasta luego!

Me acerqué a Geir y le conté lo que ella había dicho. Acordamos subir y espiarlas. Después del colegio dejamos las mochilas en casa, y subimos por la otra calle, cruzando la urbanización del bosque de más abajo, donde los cimientos de las primeras casas ya estaban listos. Nos deslizamos por entre los árboles, cruzamos el pantano y nos dirigimos a la rotonda.

No había nadie.

¿Estarían dentro?

No podíamos llamar a la puerta, porque no deberíamos estar allí. Bajamos. A Geir se le ocurrió la brillante idea de llamar a casa de Vemund. Él salió y se quedó en el vano de la puerta con esa expresión tonta en su cara redonda. Pues sí, ellas habían bajado la cuesta hacía un rato.

¿Solas?

No, con otras dos personas.

¿Quiénes?

No se había fijado.

¿Chicos o chicas?

Creía que chicos. ¡Primero pensó que éramos nosotros, pues solíamos estar muchas veces por allí, pero ahora comprendía que tendría que tratarse de otros dos!

Se rió. Geir también se rió.

¿Quiénes podrían ser?

¿Qué estarían haciendo ellas con ellos?

—Ven, vamos a verlo —le dije a Geir.

—Pero no querían que fuéramos —dijo Geir—. ¿Por qué no entramos mejor un rato en casa de Vemund?

Lo miré con unos ojos como platos.

—Vale —dijo él.

—No les digas nada a los otros —le dije a Vemund. Él asintió. Y nosotros atravesamos su jardín y salimos a la calle.

¿Dónde podrían estar?

Que nosotros supiéramos, podrían haber ido hasta el supermercado. Pero yo sospechaba que estarían cerca de las casas. Nos metimos por la calle de más abajo de la suya. Al ser cuatro, resultaría fácil verlos y oírlos.

—¿Subimos por aquí? —pregunté, deteniéndome en el cruce de la calle que iba a la casa de Dag Magne y a la de ellas.

Geir se encogió de hombros.

Subimos la suave cuesta de grava. La casa de Dag Magne se encontraba en una pequeña hondonada. Al lado había un garaje lleno de bicicletas, herramientas y cubiertas de coche. Debajo del porche había leña amontonada.

Cuando subimos al pequeño montículo, vimos a Dag Magne en la ventana de la pared corta. Nos estaba mirando. Para que no creyera que íbamos a su casa, atravesamos su parcela sin mirarlo y bajamos al bosque al otro lado. La primavera estaba de camino, la hierba que durante tanto tiempo había sido blanca estaba reverdeciendo, pero las hojas de los árboles aún no habían brotado, de modo que se podía ver hasta muy dentro del joven bosque caducifolio.

Había alguien allí. Debajo de la cuesta, junto a la casa de Solveig, vi moverse algo azul y rojo.

—Allí están —dijo Geir.

Nos quedamos inmóviles.

Estaban hablando y riéndose excitados.

—¿Puedes ver quiénes son? —pregunté en voz baja.

Geir negó con la cabeza.

Nos acercamos un poco más, manteniéndonos siempre detrás de los árboles. Cuando nos encontramos a unos veinte metros de distancia, nos agachamos detrás de una piedra.

Asomé la cabeza para mirarlos.

Los que estaban con ellas eran Eivind y Geir B.

Eivind y Geir B.

¡Vaya mierda! ¡Si Eivind y Geir B. iban a nuestra clase! Eran vecinos y muy amigos, y vivían justo al lado de Sverre, que vivía justo al lado de Siv, cuya casa podíamos ver desde nuestra calle.

¿Qué diferencia había entre ellos y nosotros?

¡Apenas ninguna!

Ellos dos eran amigos del alma, nosotros éramos amigos del alma, Eivind era uno de los mejores de la clase, yo era uno de los mejores de la clase, tanto Geir B. como Geir simplemente aprobaban.

Pero Eivind era más guapo que yo. Tenía el pelo rizado, los pómulos altos y los ojos

achinados. Yo tenía los dientes y el culo salidos. Y él era más fuerte que yo.

En ese momento estaba colgado de un árbol seco intentando partirlo; Geir B., al otro lado, empujaba lo que podía. Anne Lisbet y Solveig miraban.

Se estaban exhibiendo ante ellas.

¡Mierda!

¿Qué podíamos hacer? ¿Acercarnos y hacer como si nada? ¿Juntarnos los seis?

Me volví hacia Geir.

—¿Qué hacemos? —susurré.

—No lo sé —respondió susurrando él también—. ¿Sacudirles?

—Ja, ja —susurré—. Son más fuertes que nosotros.

—Desde luego no podemos quedarnos aquí tumbados todo el día —susurró él.

—¿Nos largamos entonces?

—Pues sí.

Volvimos tan sigilosamente como habíamos llegado. Al llegar al cruce, Geir me preguntó si quería acompañarlo un rato a casa de Vemund.

—¡Ni en broma! —dije.

—Pues yo voy de todos modos —dijo él—. Hasta luego.

—Hasta luego.

Tras recorrer unos metros, me volví a mirarlo. Había encontrado una rama con la que iba jugueteando, golpeándola primero con una rodilla, y luego con la otra, subido en el bordillo de cemento de la acera. Fui llorando durante casi todo el camino a casa, y cogí el sendero que pasaba por el campo de fútbol para que nadie me viera.

Esto ocurrió un viernes. Temprano por la mañana el sábado subí corriendo a casa de Geir, pero él se iba a la ciudad con sus padres. Los míos estaban limpiando y pasando el aspirador por toda la casa. Yngve se había ido a la ciudad en el autobús con Steinar, de manera que estaba completamente solo. Entré en el cuarto de baño y cerré la puerta con llave, rebusqué en la cesta de la ropa sucia y encontré el pantalón de pana marrón, muy feo y negro por las rodillas. Me lo puse, volví rápidamente a mi cuarto y busqué el horrible jersey de punto amarillo, me lo puse, y sin que nadie me viera bajé la escalera y entré en el cuarto de la caldera, donde estaban mis botas, que era el calzado más feo que tenía, las llevé a la entrada y me las puse. Sólo quedaba la chaqueta. Cogí del perchero la fina chaqueta gris que me habían comprado la primavera pasada, y que ya me quedaba un poco pequeña y estaba bastante sucia, aparte de que la cremallera no funcionaba, de

manera que tenía que ir con la chaqueta abierta. Me vino bien, porque así se veía debajo el jersey amarillo.

Así vestido, de la peor manera posible, empecé a subir la calle hacia la urbanización donde vivía Anne Lisbet. Iba mirando todo el rato al suelo, quería que la gente que me viera se diera cuenta de lo triste que estaba. Y si me encontraba con Anne Lisbet, que era el objetivo de la excursión, quería que ella viera lo que había hecho. La ropa fea y sucia que llevaba puesta, la cabeza baja, todo era para que ella se percatara.

No quise llamar al timbre, en ese caso tendría que hablar con ella. No, la intención era que me viera por casualidad, y entendiera por ella misma lo triste que estaba por lo que había hecho.

Cuando llegué a casa de Vemund sin que Anne Lisbet me hubiese visto aún, entré por su calle, aunque eso podría estropear mi plan, pero ¿qué hacía yo allí arriba si no era para encontrarme con ellos?

¿Tal vez ir a ver a Bjørn Helge?

Él tenía un año menos que yo, y en realidad me resultaba impensable jugar con él. Pero jugaba al fútbol y parecía mayor de lo que era.

Me quedé un momento en la rotonda, pensando si debía o no subir a casa de Bjørn Helge. Pero sólo ver la casa en la que vivía Anne Lisbet me ponía triste, así que al cabo de un rato volví a bajar al bosque, pasando por delante de los terrenos recién dinamitados, donde la maquinaria de construcción estaba parada, y los barracones miraban al aire con sus ventanas vacías y negras. Luego salí a la calle que iba a lo largo del llano, allí me quedé un rato mirando el nuevo edificio de la parroquia que estaban construyendo, luego el campo donde habíamos jugado al fútbol aquella vez, y la valla del sendero que iba al vertedero y que empezaba a unos cien metros de allí. Bajé lentamente. Muy cerca de donde me encontraba, ocultas detrás de peñascos y árboles, estaban las casas de Eivind y Geir B. Habíamos estado allí un par de veces jugando con ellos, y en el invierno, antes de caer la nieve, los habíamos llevado a Tjenna a patinar. También estuvimos un año en el cumpleaños de Geir B. y otro en el de Sverre. Yo perdí el billete de diez coronas que le iba a regalar, el sobre estaba vacío cuando llegué, vestido con mi mejor ropa, y me eché a llorar, aquello no estuvo nada bien, nada bien, pero tenía una justificación, diez coronas era mucho dinero. Afortunadamente, su padre me acompañó a buscarlo, volvimos por el camino por el que había ido, y allí, luciendo azul sobre el asfalto, estaba el billete de diez coronas. Así no podrían pensar que les había engañado, quedándome el dinero y haciendo como si lo hubiera perdido.

En el césped de un jardín junto a la calle estaba el niño del pelo largo y negro y facciones de indio, haciendo toques con una pelota.

—Hola —dijo.

—Hola —dije.

—¿Cuántos consigues hacer tú? —preguntó.

—Cuatro —contesté.

—Ja, ja, eso no es nada.

—¿Cuántos puedes hacer tú?

—Hace un momento he hecho dieciséis.

—Enséñamelo —dije.

Colocó la pelota en el suelo y puso el pie encima. Retiró la suela y la metió debajo de la pelota con un movimiento que la levantó en el aire. Uno, dos, tres toques, entonces se le fue demasiado lejos, y el último toque, que tuvo que hacer con la pierna estirada, envió la pelota al seto.

—Han sido cuatro —dije.

—Es porque tú me estás mirando —dijo él—. Entonces me pongo nervioso. Una vez más. ¿Te esperas?

—Sí.

Esta vez consiguió levantar la pelota hasta la altura de la rodilla, y entonces resultó fácil; la pelota se movió de rodilla a rodilla cinco veces, antes de que el chico perdiera el control sobre ella.

—Ocho —dije.

—Sí —dijo él—, pero ahora verás.

—Tengo que irme.

—Vale —dijo él.

Su padre, un hombre gordo con gafas y mucho pelo canoso, nos miraba desde la ventana. Crucé corriendo la calle hasta la acera de enfrente, de repente me acordé de la ropa tan fea que llevaba, reduje la velocidad y empecé a andar con la cabeza gacha.

En el momento de llegar abajo, mi padre estaba sacando el coche marcha atrás. Me saludó con la mano, se inclinó sobre el asiento y abrió la puerta.

—Entra —dijo—. Vamos a dar una vuelta por la ciudad.

—Pero llevo una ropa muy fea —dije—. ¿Puedo cambiarme?

—Tonterías —dijo—. ¡Ven, métete ya!

Puse la mano en la pequeña palanca que había al lado del asiento para empujarlo hacia delante.

—Siéntate en el asiento de delante —dijo.

—¿En el de delante?

Eso nunca ocurría.

—Sí —contestó—. ¡No tenemos todo el día! ¡Entra ya!

Hice lo que me decía. Cuando cerré la puerta, él metió la marcha y empezó a bajar la cuesta.

—Vas un poco sucio —dijo—. Pero sólo vamos a dar una pequeña vuelta. No importa.

Empecé a manipular el cinturón de seguridad y no oí nada hasta que conseguí ponérmelo y estábamos ya subiendo al puente.

—Pensaba pasar por los muelles del pescado —dijo—. Y luego por la tienda de música. ¿Te apetece ir?

—Sí —contesté.

Conducía el coche con una sola mano sobre el volante. La otra la tenía encima de la palanca de cambios, con un cigarrillo humeante entre los dedos. Conducía deprisa, como siempre.

Estuvimos un buen rato en silencio.

Al lado izquierdo estaba Vindholmen, los astilleros, con sus enormes grúas que parecían saurios, y una nave de fibra de vidrio. El aparcamiento de delante no estaba ni siquiera medio lleno. Justo fuera, en el estrecho, había una enorme plataforma. Era una plataforma Condeep, que sería arrastrada al mar la semana siguiente.

Cuando hubimos atravesado el pequeño túnel y nos dirigíamos hacia Songe, él me miró.

—¿Has estado con Geir? —me preguntó.

—No —contesté—. Están en la ciudad.

—A lo mejor nos encontramos con ellos —dijo.

Volvió a hacerse el silencio.

Me daba pena, él estaba de buen humor y no se merecía que yo no dijera nada. ¿Pero qué iba a decir?

Después de un rato se me ocurrió algo.

—¿Dónde vas a aparcar?

Me miró.

—Ya encontraremos algún sitio.

—¿Y arriba, en el campo de tiro? Allí siempre hay sitio para aparcar los sábados.

—Como último recurso, ya sabes —dijo.

Encontró un sitio en Tyholmen. Echó a andar por entre las altas casas de madera, yo tenía que corretear para poder seguirlo. Me sentía avergonzado por la ropa tan fea que llevaba, me hacía parecer un idiota. Iba observando detenidamente a la gente con la que nos cruzábamos para ver si me miraban o se reían de mí.

En el muelle del pescado, mi padre paseaba la mirada por los mostradores de cristal, mientras esperaba su turno.

—Compramos gambas, ¿no, muchacho? —dijo.

Yo asentí.

—¿Y quizá ese bacalao fresco?

No dije nada.

Me miró sonriendo.

—Sé que no te gusta el bacalao fresco. Pero es bueno para ti. Cuando seas mayor te gustará.

—Lo dudo mucho —dije.

Me entraron ganas de hablar y de contar historias, como hacía cuando estaba con mi madre, pero no resultaba nada fácil simplemente empezar a hacerlo, no con mi padre. Pero estaba contento de que me hubiese llevado con él, y era importante hacérselo entender.

Cuando le tocó el turno y le señaló a la dependienta lo que quería, otra de las empleadas lo miraba fijamente. Al darse cuenta de que yo la estaba mirando, bajó la vista y siguió envolviendo el pescado que tenía delante en el mostrador. Algo de mi padre haciendo cola entre los clientes, señalando y charlando, me hizo pensar que lo que él quería era librarse de todo lo que le rodeaba. No era su aspecto, esa cara caracterizada por la barba, esos ojos de color azul claro, esos labios algo torcidos, tampoco su largo y delgado cuerpo, era otra cosa, algo que él «irradiaba».

—Ya está —dijo cuando le habían devuelto el cambio y tenía en la mano la bolsa blanca con el pescado y las gambas—. ¡Vámonos pues!

Fuera, bajo el cielo gris, con la gente que llenaba las aceras y las calles peatonales como todos los sábados, nos paseamos por el barrio de Pollen, en el centro de la ciudad, camino de la tienda Musikkhjørnet. Di unos pequeños saltos con un pie a su lado para demostrarle que estaba contento. El viento que entraba desde el estrecho lo despeinó, él volvió a colocarse el pelo en su sitio.

—¿Puedes cogermela bolsa un momento? —dijo cuando entramos en la tienda de música. Asentí y la tuve en la mano mientras él echaba una ojeada a los discos con rápidos movimientos de los dedos.

Mis padres solían poner música cuando nosotros nos acostábamos, sobre todo las noches de los viernes y sábados. A menudo era lo último que oía antes de dormirme. Él también ponía música bastante a menudo cuando estaba solo en el despacho. Steinar nos contó que mi padre se llevó una vez al instituto discos de Pink Floyd para ponérselos a los alumnos. Lo dijo con respeto en la voz.

—¿Quieres elegir un casete para ti? —me preguntó de repente, sin apartar la mirada de los discos que tenía delante.

—Pero no tengo donde ponerlo —objeté.

—Yngve puede prestarte su radiocasete —dijo—. Y quién sabe si no recibirás uno para Navidad. Es bueno tener algunos casetes guardados. ¡De nada sirve tener un radiocasete sin casetes!

Me acerqué vacilante a los casetes, que no estaban en cajas, como los discos, sino que colgaban en unos soportes en la pared. Uno de ellos estaba lleno de casetes de Elvis. Elegí uno en cuya funda se le veía sonriente con traje de cuero y la guitarra sobre las rodillas.

Mi padre compró dos discos, y cuando los puso sobre el mostrador, le dijo al dependiente que yo quería un casete. Con una pequeña llave en la mano, el empleado vino con nosotros hasta el soporte. Señalé el casete de Elvis, el hombre abrió con la llave, lo sacó y lo metió en una bolsa pequeña, que dejó al lado de la grande de mi padre.

—No está mal —dijo él cuando volvíamos al coche—. ¿Sabes? Elvis era el número uno cuando yo era pequeño. Elvis la Pelvis, le llamábamos. Aún conservo algunos de sus viejos discos. Están en casa de los abuelos. Quizá deberíamos llevárnoslos a casa algún día. Así tú podrías escucharlos.

—Eso estaría bien —dije—. Seguro que a Yngve también le gustaría.

—Hoy deben de tener algún valor —dijo. Se paró y sacó el llavero del bolsillo. Yo miré hacia los enormes petroleros fuera de servicio, amarrados en Galtesund, en el lado de Tromøya. Eran tan grandes que en comparación con los páramos de escasa altura daban la impresión de venir de otro mundo.

Mi padre abrió la puerta de mi lado.

—¿Puedo sentarme delante otra vez?

—Sí, puedes. Pero sólo hoy. ¿Entendido?

—Sí —dije.

Dejó las bolsas en el asiento de atrás, se encendió un pitillo antes de ponerse el cinturón de seguridad —yo ya me había atado el mío— y arrancó el coche. Durante todo el camino iba un rato mirando por la ventanilla y otro la funda del casete. Los coches hacían cola a lo largo de todo el muelle Lang hasta más o menos la cala, donde estaba Bai Radio y la Televisión a un lado, y la lonja, con sus bajos edificios blancos de cemento y banderas ondeantes, al otro. Al otro lado del estrecho, donde las olas se levantaban blancas, estaba Skilsø, un grupo de casas de madera esparcidas por un páramo, con un embarcadero de transbordadores más abajo, luego estaban los talleres mecánicos, y después casi todo era bosque en esa isla, mientras que en la parte que daba a la carretera había casas y muelles por todo el trayecto, y luego estaban Songe, Vindholmen y la carretera hasta el puente. Todo estaba como despeinado por el viento, que soplaba desde el sur. En el viaje de vuelta me acordé de Anne Lisbet y la mente se me ofuscó de nuevo. Tal vez fuera la plataforma Condeep la que me la recordaba, porque había pensado en que podríamos ir al puente a ver cómo la remolcaban. Ya no podría ser. ¿O sí? Ella aún no había estado en mi habitación, cada noche pensaba en ello antes de acostarme, en que ella un día estaría allí, sentada en mi cama, rodeada de mis cosas, y la mera idea solía producir en mí verdaderos fuegos artificiales de alegría, ¡Anne Lisbet allí, en mi cuarto!

¿Por qué de repente era Eivind el que podía ir a verla y no yo? ¡Pero si lo habíamos pasado muy bien!

Eivind tenía que desaparecer. Nosotros teníamos que volver.

¿Pero cómo lo haríamos?

Por debajo de nosotros, el estrecho se ensanchaba hacia el este y el oeste. Una barca de pesca se acercaba al muelle, y vi a una persona al timón.

Mi padre puso el intermitente a la izquierda y redujo la velocidad, esperó a que pasaran dos coches, cruzó y subió la cuesta hasta nuestra casa. Leif Tore, Rolf, Geir Håkon, Trond, Geir el Grande, Geir y Kent Arne estaban jugando al fútbol en la calle. Nos miraron cuando pasamos por delante de ellos y nos metimos en la entrada de coches.

Los saludé con la mano cuando me bajé.

—¿Vienes a jugar? —gritó Kent Arne.

Dije que no con la cabeza.

—Voy a comer.

Camino de casa, una vez fuera de la vista de los chicos, mi padre me agarró la mano.

—Déjame ver —dijo—. ¿Aún no han desaparecido las verrugas?

—No —contesté.

Me soltó la mano.

—¿Sabes cómo quitarlas?

—No.

—Yo te lo diré. Tengo un viejo método. Ven a la cocina luego y te lo cuento. Quieres deshacerte de ellas, ¿verdad?

—Claro.

Lo primero que hice al llegar arriba fue tirar el pantalón y el jersey a la cesta de la ropa sucia. Luego puse el casete con la funda hacia delante en el escritorio, apoyado en la pared, para poder verlo desde cualquier parte del cuarto. Después fui a la cocina, donde mi padre estaba sentado con un plato de gambas delante. Las gachas se estaban haciendo en la olla, mi madre estaba en el salón regando las plantas.

—Nos da tiempo a hacerlo antes de comer —dijo mi padre—. Es casi magia. Mi abuela me lo hacía cuando yo era pequeño. Y surtía efecto. Yo tenía las manos llenas de verrugas. Al cabo de unos días habían desaparecido del todo.

—¿Y qué hacía ella?

—Ya lo verás —dijo, y fue a abrir la puerta del frigorífico. Sacó un paquete blanco, lo dejó sobre la mesa y lo abrió. Era tocino—. Primero te untaré los dedos de tocino. Luego saldremos al jardín y enterraremos el tocino. Y las verrugas desaparecerán en unos días.

—¿En serio?

—¡Sí! ¡Eso es lo extraño! ¡Desaparecen! ¡Ya verás! Dame las manos.

Le alcancé una mano. Él la cogió con la suya y agarró un trozo de tocino, con el que untó minuciosamente todos los dedos y el dorso de la mano.

—Y ahora la otra —dijo.

Se la alcancé. Él cogió otro trozo de tocino y repitió el proceso.

—¿He untado ya todos? —preguntó.

Asentí.

—Salgamos al jardín. Mira, eres tú el que tiene que llevar el tocino y enterrarlo.

Lo seguí escaleras abajo y me puse las botas sin tocarlas con las manos, porque llevaba en ellas las tiras de tocino. Él cogió una pala, yo iba detrás, doblamos la esquina y entramos en el huerto, hasta la valla que daba al bosque.

Hundió la pala en la tierra, la empujó con el pie y se puso a cavar. Al cabo de unos minutos se paró.

—Ahora mete el tocino ahí —dijo.

Hice lo que me decía, él volvió a tapar el agujero y entramos en casa.

—¿Puedo lavarme las manos ya? —pregunté.

—Sí, sí —contestó—. Lo que quita las verrugas es el tocino que acabamos de enterrar.

—¿Cuánto tarda?

—Bueno... Una semana o dos. Depende de la fe que tengas.

Después de comer salí a la calle. Ya no había nadie jugando al fútbol, pero Geir Håkon, Kent Arne y Leif Tore seguían allí, subían corriendo al muro que iba a lo largo de la calle para ver lo alto que podían llegar antes de caerse. Si la velocidad al empezar era lo bastante grande, conseguían subir unos tres o cuatro pasos antes de que la fuerza de la gravedad los obligara a bajar. Si estabas demasiado alto te caías de espaldas, de modo que era una actividad que requería mucha prudencia. Yo fui cauteloso la primera vez, que sería la última, ya que, poco rato después, Geir Håkon fue demasiado temerario y cayó a la cuneta con un golpe que lo dejó sin aliento unos segundos; acto seguido llenó los pulmones de aire y soltó un tembloroso aullido, luchando contra las lágrimas y quitándonos a todos las ganas de continuar.

Geir Håkon consiguió levantarse y nos dio la espalda, volvió a respirar con normalidad, todavía de espaldas a nosotros, y cuando por fin se dio la vuelta, todos pudimos ver que había llorado, pero nadie dijo una palabra.

¿Por qué no?

Si hubiera sido yo, lo habrían comentado.

—¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó Kent Arne.

En ese instante llegó Kleppe montado en su bicicleta, tambaleándose un poco hacia los lados, vestido con chaqueta y gorro negros, con sus fofas y enrojecidas facciones, que parecían colgar más o menos como las dos bolsas de B-Max que llevaba a cada lado del manillar de la bicicleta. Era el padre de Håvard, un chico que vivía en la casa más alejada de la nuestra y que tenía ya diecisiete años, lo admirábamos, pero lo veíamos poco. Corrían rumores de que su padre era alcohólico. Cuando se metió por la calle en la que nosotros estábamos, yo aproveché la ocasión. Fui corriendo a su lado un trecho, haciendo como que miraba dentro de las bolsas que llevaba colgando.

—¡Hay botellas de cerveza en las bolsas! —grité a los demás, y me paré.

Kleppe no se dignó mirarme. Pero los chicos se rieron.

Al día siguiente estábamos sentados en la habitación de Geir escribiendo una carta de amor a Anne Lisbet. La casa de Geir era idéntica a la nuestra, tenía exactamente las mismas habitaciones con la misma orientación, pero era casi infinitamente distinta, porque la suya era una casa para ser usada, los sillones eran sobre todo cómodos para

sentarse en ellos, no bonitos de contemplar. Lo casi matemáticamente limpio y aspirado que caracterizaba nuestras habitaciones, brillaba por su ausencia en la suya, donde las mesas y el suelo rebosaban de lo que sus habitantes estaban haciendo en ese momento. En cierto modo, su vida estaba integrada en su casa. Supongo que también lo estaba en la nuestra, sólo que nosotros vivíamos de otra manera. Para el padre de Geir, resultaba impensable disponer él sólo de todas sus herramientas, al contrario, formaba parte de la educación que daba a Geir y Gro implicarlos todo lo posible en lo que él estuviera haciendo. Tenían un banco de carpintero en el sótano, donde se enclavaba y se cepillaba, se pegaba con cola y se pulía, y si nos entraban ganas de construir un carrito o un coche con una caja, era él a quien nos dirigíamos. Su jardín no era bonito y simétrico, como había quedado el nuestro después de todo el tiempo que mi padre había invertido en él, sino que era más bien el resultado de casualidades, y estaba basado en un principio de utilidad, en el que el compost, por ejemplo, ocupaba un lugar destacado, a pesar de su aspecto poco atractivo, y lo mismo pasaba con las plantas de maceta, que casi parecían malas hierbas, plantadas en un amplio terreno detrás de la casa, mientras el nuestro contenía un césped muy liso y macizos redondos con arbustos de rododendros.

La habitación de Geir estaba en el mismo lugar que la mía, la de su hermana, Gro, era la de mi hermano Yngve, y sus padres ocupaban el cuarto que había entre las dos, exactamente como en nuestra casa. Geir se movía libremente por todas las habitaciones, subía y bajaba las escaleras cuando quería, y cuando le apetecía una rebanada de pan sacaba el embutido del frigorífico y se preparaba una él solo. En su casa yo podía hacer lo mismo, podía correr por las habitaciones si quería, o comerme una rebanada de pan con Geir. A menudo nos sentábamos en el salón a escuchar un disco que él tenía de Knudsen & Ludvigsen y nos reíamos de ellos, o de él, que no sólo se sabía todas las letras, sino que también sabía cantarlas como los propios artistas. No sabía jugar al fútbol, se le daban mal toda clase de juegos de pelota, algo fallaba en su coordinación, pero también en su interés, él nunca ardía de ganas de jugar como me pasaba a mí, y el jugar al fútbol durante una larga tarde en el campo y sentir un fuerte deseo de seguir cuando caía la noche y todos lo dejaban, le era totalmente ajeno. Tampoco iba muy bien en el colegio. Leía mal, tenía dificultades con los números, pocas veces era capaz de repetir algo que había oído o leído en clase, pero de todos modos se las apañaba bien, para él nada dependía del fútbol o del colegio. Era un buen imitador y había empezado ya a reunir en torno a él nutridos grupos que se quedaban a escucharlo. Eso le gustaba, las risas de los demás le hacían ir cada vez más lejos, volverse cada vez más atrevido y valiente, como si fueran una especie de carburante, pero tampoco dependía de esas risas. Daba la impresión de tener sus pequeños mundos propios. Como el dibujo. Podía quedarse un día entero en su cuarto dibujando. O construir maquetas de aviones, que era otra de sus aficiones. Tenía una risa atronadora, que a veces podía volverse casi histérica. Le gustaba tirarse pedos, quizá más que ninguna otra cosa, al menos llevaba a cabo muchos experimentos al respecto y

hablaba mucho de ello.

El que tuviera una hermana mayor, Gro, tal vez explicara que en un principio él no se sintiera tan fascinado por el mundo de las chicas como yo. Pero sí se entusiasmó con la idea de escribir una carta de amor. Yo escribiría la carta y él haría un dibujo. El dibujo mostraba a un chico pisando un corazón, y dos chicos más alejados mirando. Debajo yo escribí con rotulador rojo: *Eivind destroza nuestros corazones*. La carta en sí constaba de cinco líneas.

Querida Anne Lisbet

Nuestros corazones están destrozados

Vuelve con nosotros

Escúchanos

Te amamos tanto...

No podíamos entregarle ese dibujo y esa carta, podría enseñárselos a alguien, incluso a alguien del colegio, y entonces seríamos el hazmerreír de todos. Decidimos pues enseñárselos. Con la carta y el dibujo enrollados como dos tratados en nuestras manos, subimos a su casa. Llegamos hasta el pedrusco que había detrás de la casa de la señora Hjellen y nos situamos debajo de su ventana, a la que tiramos gravilla. Ella apareció. Primero le enseñamos los papeles, ella nos sonrió, luego los rompimos en pedazos, los pisamos y nos marchamos del lugar. Ahora al menos sabría cómo nos sentíamos. Ahora todo dependía de ella.

Geir se detuvo en el cruce.

—Voy un rato a casa de Vemund. ¿Vienes?

Le dije que no. Bajando, pensé que yo también debería ir a casa de un nuevo amigo. ¿Dag Magne tal vez? Pero parecería raro, así que opté por irme a casa. Me tumbé en la cama a leer un rato, hasta que entró Yngve a preguntarme si me apetecía salir a jugar al fútbol en la calle. Sí que me apetecía. No había nada que me gustara más que hacer algo con Yngve. Solíamos hacer cosas en casa, jugábamos a algo o simplemente escuchábamos música juntos, mientras que cuando estábamos fuera era más como si nos dividiéramos, él estaba con sus amigos y yo con los míos, excepto en vacaciones, en que nos bañábamos y jugábamos al ping-pong o al bádminton, o en casos como éste, cuando él se aburría y no tenía cerca a nadie más que a mí.

Durante más de una hora estuvimos pasándonos la pelota. Un rato Yngve me tiraba y yo me entrenaba disparando. Luego seguimos centrando.

Como por un milagro, mis verrugas desaparecieron. Se volvieron cada vez más pequeñas, y unas tres semanas después habían desaparecido por completo. La piel de mis

manos estaba tan lisa que era muy difícil imaginarse que en algún momento hubiera sido diferente.

Pero Anne Lisbet no volvió. Antes gritaba de placer cuando yo le quitaba el gorro, le tiraba de la bufanda o le tapaba los ojos desde atrás, ahora sólo se irritaba o incluso se enfadaba. Sentía un pinchazo por dentro cuando las veía a ella y a Solveig llegar al autobús acompañadas por Eivind y Geir B., y cada noche, antes de dormirme, me imaginaba situaciones en las que yo las salvaba o aparecía de un modo que le hacía entender su error y volver conmigo. Otras veces me imaginaba que me moría, el gran dolor que entonces sentiría ella, y el arrepentimiento cuando entendiera que lo que realmente quería, es decir, estar conmigo, ya no era posible, porque yo descansaba en el ataúd, con coronas de flores encima. En general, la muerte constituía en aquella época un pensamiento dulce, porque Anne Lisbet no sería la única persona que se arrepentiría de lo que había hecho, también mi padre tendría que hacerlo. Estaría delante de mi ataúd llorando, delante de mí, muerto tan joven. Toda la urbanización estaría allí, y tendrían que reconsiderar todo lo que habían pensado sobre mí, porque yo ya no estaba, y el que realmente había sido yo aparecería dibujado por primera vez con más claridad. Pues sí, la muerte era dulce y buena y un gran consuelo. Pero aunque yo estaba triste por lo de Anne Lisbet, ella seguía allí, la veía todos los días en el colegio, y mientras ella estuviera cerca, habría esperanza. La oscuridad que a veces me sobrevenía al pensar en ella era por tanto muy diferente a esa otra oscuridad, a lo que me entristecía y pesaba, y que también conocía Geir, porque una tarde que estábamos sentados en su cuarto me preguntó qué me pasaba.

—Nada en especial —respondí.

—¡Pues estás muy callado! —dijo.

—Ah, bueno —dije—. Es que estoy muy triste.

—¿Por qué?

—No lo sé. No hay ninguna razón en especial. Sólo que estoy triste.

—A mí también me pasa eso algunas veces —dijo.

—¿A ti también?

—Sí.

—¿Que estés triste sin que haya pasado nada especial?

—Sí, a mí también me pasa.

—No lo sabía —dije—. No sabía que a otros también les pasaba eso.

—Lo podemos llamar así —propuso Geir—. «Eso». Podemos decirlo cuando nos sentimos así. «Ahora me pasa eso», podemos decir, y entonces el otro lo entenderá

enseguida.

—Es una idea muy buena —dije.

También llegaron otras palabras nuevas, por ejemplo la que me enseñó Yngve, la que era la verdadera palabra para follar, se llamaba «coito», y tan estremecedor fue ese conocimiento que me llevé a Geir hasta lo alto del monte antes de atreverme a decírselo. «¡Se llama *coito!*», le dije, «¡pero no le digas a nadie que yo te lo he enseñado! ¡Prométemelo!». Él me lo prometió. Pasaba cada vez más tiempo con Vemund, e incluso Vemund empezó a bajar a su casa de vez en cuando. Yo no lo entendía, simplemente no lo entendía, y así se lo dije. ¿Por qué vas a casa de Vemund? Si está gordo y es tonto y el peor de la clase. Geir no me contestaba nunca directamente a esa pregunta, sólo decía que le gustaba estar allí. ¿Por qué?, preguntaba yo entonces. ¿Qué hacéis que es tan fantástico? Bueno, decía Geir, solemos dibujar... Incluso en clase se dirigía de vez en cuando a Vemund cuando había que hacer algo por parejas, en lugar de a mí, como hacía automáticamente antes. Un par de veces lo acompañé a casa de Vemund, también para estar cerca de Anne Lisbet, pero lo que hacían me resultaba aburrido, y cuando les sugería que hiciéramos otra cosa, se confabulaban y querían seguir con lo que estaban haciendo. Pero a mí me daba igual, si él realmente prefería estar con el más tonto de la clase, allá él. Además, seguíamos siendo vecinos, seguía bajando a verme por las tardes, y esa primavera empezamos además a ir juntos al entrenamiento de fútbol. Se apuntaron casi todos los chicos de nuestra calle. El entrenamiento era en Hove, y mi madre y la de Geir se turnaban para llevarnos. Mi madre me compró un chándal para entrenar antes de que empezara. Era el primero, y tenía grandes expectativas al respecto, imaginándome un brillante chándal Adidas, como el que tenía Yngve, o mejor aún, uno Puma, o al menos uno Hummel o Admiral. Pero el que ella me trajo no tenía marca. Era marrón con rayas blancas, y aunque el color me pareció horrible, eso no era lo peor. Lo peor fue que la tela no era brillante, sino mate, como un poco rugosa, y que no colgaba de un modo natural sobre el cuerpo, sino que se pegaba a él, de tal manera que mi culo sobresalía incluso más que de costumbre. Cuando me lo ponía, sólo pensaba en eso. Incluso cuando salía corriendo al campo y el entrenamiento empezaba, ése era mi único pensamiento. Mi culo sobresale como un globo, pensaba, corriendo detrás del balón. Mi chándal es marrón y feo, pensaba. Parezco un idiota así vestido, pensaba. Idiota, idiota, idiota.

Sin embargo, nunca se lo dije a mi madre. Cuando me lo dio, fingí que me ponía contento, porque había costado mucho dinero y ella había estado dando vueltas por la ciudad buscándolo. Si decía que no me gustaba, en primer lugar ella pensaría que yo era un desagradecido, y en segundo lugar se pondría triste, porque se había equivocado. Y yo no quería que ocurriera eso. Por eso dije qué bonito es. Fantástico. Justo el que quería.

Lo curioso de esos entrenamientos aquella primavera fue la gran diferencia que había entre el que yo era por dentro y el que era en el campo. Por dentro estaba rebosante de

pensamientos y sentimientos respecto a cómo meter goles y regatear, al horrible chándal para entrenar y a mi gran culo, y también a mis dientes salientes, mientras en el campo, donde corría, en la práctica era completamente invisible. Había un montón de niños, una enorme aglomeración de piernas, brazos y cabezas siguiendo el balón como un enjambre de mosquitos, y los entrenadores sólo se sabían los nombres de un puñado, seguramente de los que eran de su propio vecindario, sus hijos y los amigos de sus hijos. La primera vez que me diferencié de la masa fue una tarde en la que alguien había tirado el balón al bosque, detrás de la portería, donde desapareció, por lo que se nos ordenó a todos meternos a buscarlo. Siguieron dos, tal vez tres minutos de búsqueda intensiva. Nadie encontró el balón. Entonces yo lo descubrí de repente, justo delante de mí, brillaba blanco y bonito en el atardecer. Yo sabía que era mi oportunidad, sabía que debía gritar «¡Lo he encontrado!» y llevármelo al campo, para que el merecido mérito fuera mío, pero no me atreví. Sólo le di una patada para que volviera al campo. «¡Ahí está el balón!», gritó alguien. «¿Quién lo ha encontrado?», gritó otro. Yo salí del bosque con todos los demás y no dije nada, de modo que aquello siguió siendo un misterio.

La otra vez fue una situación parecida, sólo que aún más halagüeña para mí. Corría con un grupo de chicos a unos diez, tal vez doce metros de la portería, allí acabó el balón, todo era un caos de brazos y piernas, cuando de repente la pelota estaba a un metro de mí, entonces la golpeé con todas mis fuerzas y se metió en la portería, debajo del larguero.

—¡Gol! —gritaron.

—¿Quién lo ha metido?

Yo no dije nada, no hice nada, me quedé inmóvil.

—¿Quién lo ha metido? ¿Nadie? —gritó el entrenador—. Vale. ¡Sigamos, pues!

Tal vez pensaran que se trataba de un gol en propia meta, por eso nadie dijo que era suyo. Pero aunque no me atreví a decir que había sido yo, fue mi primerísimo gol, y pensar en ello me iluminó el resto del entrenamiento y la vuelta a casa en el coche. Lo primero que dije cuando llegamos corriendo al coche, donde estaba mi madre esperando, fue que había metido un gol.

—¡He metido un gol! —grité.

—¡Qué bien! —dijo mi madre.

Cuando llegamos a casa y me senté a cenar en la mesa de la cocina, volví a decirlo.

—¡Hoy he metido un gol!

—¿Habéis jugado un partido? —preguntó Yngve.

—No —contesté—. No hemos empezado con eso todavía. Ha sido en el entrenamiento.

—Pero entonces no es nada.

Un par de lágrimas me rodaron por las mejillas. Mi padre me echó esa mirada suya dura e irritada.

—¡Pero no puedes echarte a llorar por ESO! —dijo—. ¡Tienes que aguantar UN POCO!

Entonces me eché a llorar de verdad.

Lo de echarme a llorar con tanta facilidad era un problema. Lloraba cada vez que alguien me regañaba o reprendía, o cuando pensaba que lo harían. Solía ser mi padre, ante él me ponía a llorar cada vez que levantaba la voz, aunque sabía que él lo detestaba. No podía remediarlo. Cuando él levantaba la voz, yo me echaba a llorar. Con mi madre no lloraba nunca. En toda mi larga infancia ocurrió sólo dos veces. Las dos veces esa primavera en la que empecé a jugar al fútbol. La primera fue la más estremecedora. Yo había estado abajo en el bosque con una pandilla, estábamos reunidos como en un círculo, estaba Yngve, y Edmund, de su clase, además de Dag Lothar, Steinar, Leif Tore y Rolf. No parábamos de hablar. Desde el estrecho de Grytekilen se oían los chillidos de las gaviotas, el cielo estaba todavía claro, aunque la oscuridad empezaba a arrastrarse por el suelo y por debajo de los árboles del bosque. Hablamos del colegio y de los profesores, de hacer pellas, de quedarse castigado después de la salida o una hora antes de la primera clase. Luego hablamos de uno de la clase de Yngve que era muy buen alumno. Yo escuchaba, contento de estar con los mayores, pero de repente se abrió un resquicio por el que podía meterme.

—Yo soy el mejor de mi clase —dije—. Al menos en lectura y caligrafía, geografía e historia y ciencias naturales y sociales. Y en conocimientos locales.

Yngve me miró.

—No presumas, Karl Ove —dijo.

—¡No presumo, es verdad! —dije—. ¡No hay duda! Aprendí a leer cuando tenía cinco años. Antes que nadie de mi clase. Ahora leo con fluidez. ¡Edmund, por ejemplo, tiene cuatro años más que yo, y no sabe leer! ¡Tú mismo lo has dicho! Eso significa que soy mejor que él.

—Cállate ya y deja de presumir —dijo Yngve.

—¡Pero es verdad! —insistí—. ¿A que sí, Edmund? ¿Acaso no es verdad que tú no sabes leer? ¿Que te dan clases particulares? Pero si tu hermana va a mi clase. Ella tampoco sabe leer. O sólo un poco. Eso no es una mentira, ¿a que no?

Ocurrió algo muy raro: los ojos de Edmund se llenaron de lágrimas. Se dio la vuelta con un sobresalto y empezó a subir la cuesta.

—¿Se puede saber qué haces? —me resopló Yngve.

—Es verdad —dije—. Yo soy el mejor de mi clase, y él es el peor de la suya.

—Vete a casa —dijo Yngve—. No te queremos aquí con nosotros.

—Eso no lo decides tú —dije.

—¡Cállate y vete a casa! —resopló, me puso las manos en los hombros y me empujó para que me fuera.

—Vale, vale —dije, empezando a subir la cuesta. Crucé la calle, me metí en casa y me quité la ropa. Pero si todo lo que había dicho era verdad, ¿por qué me había empujado?

Tenía lágrimas en los ojos cuando me tumbé en la cama y me puse a leer. Era injusto, porque yo sólo había dicho la verdad. Injusto. Injusto.

Mi madre volvió del trabajo, hizo té y preparó la cena. Yngve seguía en la calle, de modo que sólo estábamos ella y yo. Me preguntó si había llorado, le dije que sí, me preguntó por qué, yo dije que Yngve me había empujado, y ella dijo que luego hablaría con él. Le enseñé una carta que le había escrito al abuelo, ella dijo que él se alegraría muchísimo, me dio un sobre, yo metí la carta en él, ella puso el nombre y la dirección y me prometió mandarla al día siguiente. Y me fui a la cama. Mientras leía, oí llegar a Yngve, sus pasos en la escalera y que se metía en la cocina, donde estaba mi madre. Ahora ella le diría que no me empujara y que no me dijera que me callara, pensé, imaginándome la cabeza gacha de mi hermano. Luego sonaron voces y sus pasos por el pasillo. La puerta se abrió.

Noté enseguida que mi madre estaba enfadada, y me incorporé en la cama.

—¿Es verdad lo que dice Yngve? —me preguntó—. ¿Que te burlaste de Edmund porque no sabe leer?

Dije que sí con la cabeza.

—En cierto modo.

—¿No entiendes que has hecho que Edmund se sintiera muy mal? ¿No entiendes que no puedes hablar de esa manera a otras personas?

Dio unos pasos hacia mí. Sus ojos se habían estrechado, su voz era alta y cortante. Yngve se quedó detrás de ella, mirándome.

—¿Es verdad, Karl Ove?

—Edmund lloró —dijo Yngve—. Y fue por lo que tú le dijiste. ¿Lo entiendes?

Y de repente lo entendí. Lo que mi madre acababa de decir arrojó una despiadada luz sobre lo ocurrido. Era *Edmund* el que merecía compasión, aunque tenía cuatro años más que yo. Estaba triste y era por lo que yo había dicho.

Me eché a llorar como nunca en mi vida había llorado.

—BUAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA —sollocé—. BUAAAAAAAAAAAA.

Mi madre se inclinó hacia mí y me acarició la mejilla.

—Perdóname, mamá. Nunca más volveré a hacerlo. Nunca, nunca. Lo prometo de corazón.

El que llorara con tanta fuerza y gritara mis disculpas más que decirlas suavizó a mi madre, pero no a Yngve; él tardó varios días en olvidar lo sucedido. Y eso a pesar de que Edmund no era para él una persona muy cercana, uno de sus mejores amigos, sólo alguien que iba a su clase. Yo eso lo entendí y no lo entendí.

La segunda vez que mi madre me hizo llorar fue una tarde que fuimos a dar un paseo, ella tenía que comprar algo en Fina y le apetecía ir a pie, y yo, que deseaba estar a solas con ella, la acompañé. Cogí la linterna, el sendero estaba oscuro, pero antes de llegar a él, iluminé una ventana sin luz de una casa por la que pasamos.

—¡No hagas eso! —resopló de repente mi madre—. ¡Allí vive gente! ¡No puedes iluminar desde la calle los salones de la gente!

Dirigí la linterna al suelo lo más deprisa que pude, y luché por unos instantes con el llanto, antes de darme por vencido. Me eché a llorar desconsoladamente.

—¿Por qué te pones tan triste? —me preguntó mi madre mirándome—. Tenía que decírtelo, ¿sabes? Lo que has hecho ha sido un poco grosero.

Me eché a llorar no por ser regañado, sino porque quien me regañaba era mi madre.

Pero ella al menos no se enfadaba porque llorara.

Fuera de casa casi nunca lloraba. O mejor dicho, lloraba cuando me hacía daño, eso lo hacía todo el mundo, era inevitable que en esos casos se te saltaran las lágrimas. El hecho de que casi nadie viniera a buscarme a mi casa se debía a otros factores fuera de mi alcance. Discutía mucho con los chicos, sobre todo con Leif Tore, disentíamos en casi todo, también en quién iba a decidir, y aunque fuéramos iguales en el sentido de que ninguno de los dos se daba por vencido, todos querían jugar con él, no conmigo. Cuando éramos muchos, como por ejemplo cuando construíamos cabañas en el bosque de abetos o jugábamos al fútbol en el campo de tierra, no se notaba, sólo quedaba patente cuando éramos tres o cuatro. Tampoco era problemático cuando yo estaba con alguien mayor que yo, con Dag Lothar, por ejemplo, entonces simplemente me colocaba detrás de él, seguía sus movimientos, no protestaba, no decía nada, y me parecía natural, porque él tenía un año más que yo. A Geir se lo dije una vez, que Dag Lothar decidía sobre mí, y que yo decidía sobre Geir y que Geir decidía sobre Vemund. Geir se molestó, dijo que yo no decidía sobre él. ¡Pero es así! Insistí. Soy yo el que decide lo que vamos a hacer. Pero tú no decides *sobre* mí, dijo Geir. ¿Qué importa eso?, pregunté. Te he dicho que Dag Lothar decide sobre mí. Y que tú decides sobre Vemund. Entonces no importa que yo decida sobre ti, ¿no? Por lo visto sí importaba. La cara de Geir adquirió esa expresión rígida, sus

movimientos se volvieron desganados, y al cabo de unos instantes se fue. Otros se enfadaban por cosas aún menos importantes, como por ejemplo esa tarde que estábamos solos en la calle después de volver del colegio, solos en la urbanización, Geir Håkon, Kent Arne, Leif Tore y yo, y pasó un enorme camión con la plataforma de carga llena de piedras procedentes de alguna voladura más arriba.

—¿Lo habéis visto? —dije—. ¡Era un Mercedes!

A mí no me interesaban ni los coches, ni los barcos, ni las motos, no sabía nada de eso, pero como todos los demás sí sabían, tenía que meterme en la conversación de vez en cuando sólo para demostrarles que yo también estaba al corriente.

—No puede ser —dijo Geir Håkon—. Mercedes no fabrica camiones.

—¿Pero no has visto la estrella? —dije.

—¿Eres tonto o qué? No era una estrella de Mercedes.

—Sí que lo era —insistí.

Geir Håkon resopló. Sus mejillas redondas se hicieron por un momento aún más gordas que de costumbre.

—Además, Mercedes sí fabrica camiones. Lo he leído. Lo pone en un libro que tengo.

—Me gustaría ver ese libro —dijo Geir Håkon—. Eres un mentiroso. Tú no sabes nada de camiones.

—¿Y tú sí? ¿Sólo porque tu padre trabaja con maquinaria de construcción? —dije.

—Pues sí, así es —contestó él.

—Ajá —dije yo, con tono irónico—. Tú crees que sabes algo de los esquís de eslalon sólo porque tu padre te ha comprado un par. Pero no sabes llevarlos. Esquías muy mal. ¿Para qué necesitas entonces todo ese equipo? Si no sabes usarlo. Todo el mundo dice que eres un mimado. Y lo eres. Consigues todo lo que pides.

—No es verdad —dijo él—. Lo que pasa es que me tienes envidia.

—¿Por qué iba a tenerte envidia? —le pregunté.

—¿Por qué no lo dejas ya, Karl Ove? —dijo Kent Arne.

Geir Håkon no sólo había apartado ya la mirada, sino todo el cuerpo.

—¿Por qué tengo que dejarlo *yo* y no Geir Håkon? —pregunté.

—Porque Geir Håkon tiene razón —contestó Kent Arne—. No era un Mercedes. Y él no es el único que tiene esquís de eslalon. Yo también tengo.

—Los tienes sólo porque tu padre está muerto —dije yo—. Por eso tu madre te lo

compra todo.

—No es por eso —dijo Kent Arne—. Es porque ella quiere que los tenga. Y porque tenemos dinero para comprarlos.

—Pero tu madre trabaja en una tienda —objeté—. No se gana mucho en esos trabajos.

—¿Y es mejor ser *profesor*, o qué? —intervino Leif Tore, que también quiso meterse—. ¿Crees que no hemos visto el muro de vuestro jardín? Está lleno de grietas y a punto de caerse porque tu padre no sabía que hacía falta reforzarlo. Lo hizo sólo de cemento. ¡Bastante tonto, eh!

—Y se cree alguien sólo porque es concejal del ayuntamiento —añadió Kent Arne—, saludándonos con un dedo cuando nos pasa en el coche. Así que será mejor que te calles.

—¿Por qué iba a callarme? —pregunté.

—Es verdad, no hace falta, puedes quedarte aquí diciendo tonterías como siempre. No queremos jugar contigo.

Y se fueron corriendo.

Las desavenencias no solían durar mucho tiempo, al cabo de un par de horas podía jugar con ellos de nuevo, pero aquello no estaba bien, y me metía cada vez con más frecuencia en situaciones en las que de repente me encontraba acorralado, y también cada vez con más frecuencia los otros se apartaban de mí cuando yo llegaba, incluso Geir; de hecho, en ocasiones me daba cuenta de que se escondían de mí. En la urbanización era corriente que cuando alguien decía algo de alguien, lo que había dicho corría enseguida de unos a otros, y de repente todo el mundo lo decía. De mí solían decir que me creía más listo que nadie, y que siempre presumía mucho. Pero lo cierto era que yo sabía mucho, mucho más que los otros, no pretenderían que hiciera como si no fuera así, ¿no? Cuando yo sabía algo, lo sabía porque *era* así. En cuanto a lo de presumir, la verdad era que *todos* presumían constantemente. Dag Lothar, por ejemplo, que caía bien a todo el mundo, ¿acaso no empezaba cada dos frases diciendo «No es por presumir, pero...» para decirnos algo bueno que había hecho, o algo bueno que alguien había dicho sobre él?

Sí que lo hacía. De modo que no se trataba de lo que yo hacía, sino de cómo era. Si no era así, ¿por qué Rolf empezó a llamarme «el profe» cuando jugábamos al fútbol en la calle? Yo no había hecho nada en especial. «Crees que eres tan jodidamente bueno jugando al fútbol, ¿o qué, profe?», decía. Pero todo lo que había hecho era decir cómo se debía hacer, y ¿por qué no iba a hacerlo, si yo jugaba al fútbol y realmente sabía lo que había que hacer? No debíamos correr todos juntos en un corro, había que repartirse y centrar el balón entre nosotros o regatear, no hacer esa porquería de juego que estábamos haciendo.

Pero también esa primavera conseguí tener la última palabra. Porque cuando las

clases del colegio fueron reestructuradas con vistas a los preparativos para la celebración del fin de curso y la señorita repartió las carpetas con la obra de teatro que íbamos a representar para los padres el día más grande de todo el curso escolar, es decir el último día, ¿a quién dieron el papel principal sino a mí?

No a Leif Tore, ni a Geir Håkon, ni a Trond ni a Geir.

Sino a mí.

A mí, a mí, a mí.

Ninguno de ellos sería capaz de aprenderse de memoria tantas frases, de los chicos sólo podríamos hacerlo Eivind y yo y tal vez Sverre, y no fue una casualidad que al fin y al cabo la señorita optara por mí.

Cuando me lo dijo, me puse tan contento que no sabía qué hacer.

La última semana ensayamos todos los días, todos los días fui el centro de atención de toda la clase, también de Anne Lisbet, y cuando llegó el día de fin de curso, encima con un sol radiante, vinieron todos los padres. Iban vestidos de fiesta y se sentaron en unas sillas junto a la pared, hicieron fotos con sus cámaras, estuvieron muy callados mientras nosotros, excitados, recitábamos nuestras frases, y aplaudieron muchísimo cuando se acabó.

Luego tocamos la flauta dulce y cantamos, y nos repartieron los boletines de notas. Al final la señorita nos deseó un feliz verano y salimos corriendo al patio de recreo para dirigirnos hacia los coches de nuestros padres.

Con las notas en la mano esperaba impaciente con Geir a mi madre delante de su escarabajo. Ella venía andando con Martha, charlaban y se reían y no nos vieron a Geir y a mí hasta que sólo nos separaban unos metros.

Mi madre llevaba un pantalón beige y un jersey rojizo, con las mangas arremangadas. El largo pelo le caía por la espalda. Calzaba unas sandalias de color marrón claro. Acababa de cumplir treinta y dos años. Marta, que llevaba un vestido marrón, tenía dos años más.

Eran mujeres jóvenes, pero eso nosotros no lo sabíamos.

Mi madre estuvo un buen rato buscando la llave del coche en su bolso.

—Qué bien lo habéis hecho —dijo Martha.

—Gracias —dije.

Geir no dijo nada, se limitó a mirar al sol con los ojos entornados.

—Aquí está —dijo mi madre. Abrió y nos metimos dentro, los mayores delante, los niños detrás. Encendieron cada una un cigarrillo y nos fuimos a casa bajo el sol.

Aquella noche me quedé en el vano de la puerta mirando a mi madre mientras se

secaba el pelo en su habitación. A veces, cuando mi padre no estaba, yo la seguía por la casa, dándole la lata con mi charla. Ahora estaba callado, el ruido del secador me impedía hablar. En lugar de eso la observaba, viendo cómo inclinaba la cabeza y con un cepillo en una mano levantaba el pelo hacia el secador, que sujetaba con la otra. De vez en cuando me miraba y me sonreía. Entré en la habitación. Sobre la pequeña mesa, junto a la pared había una carta. Mi intención no era fisgonear, pero incluso a lo lejos vi que el primer nombre era Sissel, es decir, el nombre de mi madre, pero que luego seguía algo más, porque entre Sissel y Knausgård, que intuía más que leía, había una tercera palabra. Me acerqué: «Sissel Norunn Knausgård», ponía.

¿Norunn?

¿Quién era Norunn?

—¡Mamá!

Bajó el secador como si eso fuera a aumentar mi voz, y me miró.

—Mamá —repetí—. ¿Qué pone en ese sobre? ¿Qué nombre es ése?

Apagó el secador.

—¿Qué dices?

—¡Que qué nombre es ése!

Señalé el sobre. Ella se inclinó hacia delante y lo cogió.

—Es mi nombre.

—¡Pero pone Norunn! ¡Tú no te llamas Norunn!

—Sí, es mi segundo nombre. Me llamo Sissel Norunn.

—¿Te has llamado siempre así?

Noté que la aflicción me oprimía el pecho.

—Claro. Me he llamado así toda la vida. ¿No lo sabías?

—¡No! ¿Por qué no me lo habías dicho?

Algunas lágrimas me caían por las mejillas.

—Pero Karl Ove —dijo mi madre—. No creía que importara. Sissel es el nombre que uso. Norunn no es más que mi segundo nombre. Un nombre que lleva poniéndose mucho tiempo en nuestra familia.

Me sentí sacudido en el fondo de mi ser. No por el nombre en sí, sino porque no lo sabía. Que mi madre se llamara algo que yo no sabía.

¿Había más cosas que yo no sabía?

Un mes más tarde, más o menos a mitad de las largas vacaciones de verano, fuimos en el coche hasta Sørbøvåg, junto a Åfjorden, en Ytre Sogn, donde vivían mis abuelos maternos. Nos quedamos allí dos semanas. Llevaba tanto tiempo esperando con ilusión ese evento que la mañana que íbamos a salir y que me despertaron tempranísimo estuvo tocada de una luz irreal. El maletero iba a tope, mis padres delante, Yngve y yo detrás. Íbamos a viajar todo el día y parte de la noche, e incluso el paisaje que me era más familiar, el camino hasta el cruce y luego hasta el puente, me parecía distinto esa mañana. Ya no pertenecía a nuestra casa y nuestra vida cotidiana, ahora pertenecía al gran viaje que acabábamos de emprender, y que dejaba en cada pedrusco y en cada monte, en cada islote y en cada escollo algo de emoción y expectativa.

Y sin embargo, cuando llegamos al cruce cerca del puente, entrelacé las manos como de costumbre y recé la breve oración que hasta entonces siempre había funcionado:

Querido Dios.

Por favor, haz que no choquemos.

Amén.

Nos alejamos de la costa y fuimos por los enormes y monótonos bosques de coníferas del interior, pasamos por Evje, con sus bajos y largos barracones militares y sus grandes pinares, luego por Byglandsfjord y el camping, subimos hasta el valle de Setesdalen, con sus viejas granjas y sus numerosos carteles que anunciaban fraguas de plata a lo largo de una carretera que casi se metía en los patios de la gente. Lentamente desaparecieron las edificaciones, fue como si las casas se fueran soltando y cayeran una tras otra, más o menos como antes ese verano los niños habían ido cayendo uno tras otro del enorme rulo atado a un barco conforme aumentaba la velocidad del mismo, hasta que sólo quedó el rulo. Veía relucientes bancos de arena en las orillas de los ríos, páramos vestidos de verde que subían, cada vez más empinados, alguna que otra enorme ladera de montaña desnuda en todos los matices posibles de gris, algunas con pinos flameantes en lo más alto. Veía rápidos y cascadas, lagunas y eriales, todo bañado en el brillo del sol claro y fuerte que, mientras viajábamos, había subido cada vez más alto en el cielo. La carretera era estrecha y seguía, suave e imperceptiblemente, todas las subidas y bajadas del paisaje, todos los escollos y curvas, en algunas partes con los árboles como una pared a ambos lados, en otros sitios de repente elevados por encima de todo, en repentinos e inesperados puntos panorámicos.

A intervalos desiguales aparecían áreas de descanso, como pequeños llanos de gravilla junto a la carretera, donde las familias podían comer en las toscas mesas de madera, con el coche aparcado justo al lado, a veces con las puertas abiertas, a la sombra de los árboles, a menudo cerca de un lago o un río. Todos tenían un termo colocado en la mesa, muchos una bolsa isotérmica, algunos también un hornillo. «¿Vamos a parar pronto a

comer?», preguntaba yo, después de ver una de esas áreas de descanso, porque el descanso pertenecía, junto con los pasajes en transbordador, a los puntos culminantes del viaje. Nosotros también teníamos una bolsa isotérmica en el maletero, nosotros también teníamos un termo, zumo y un montoncito de vasos, tazas y platos de plástico. «No seas pesado», solía decir entonces mi padre, porque a él lo que le interesaba era hacer la mayor cantidad posible de kilómetros de un tirón, lo que significaba que al menos recorreríamos sin parar todo Setesdalen, pasaríamos por Hovden y Haukeligrend y subiríamos a la montaña de Haukeli, antes de que pudiera considerarse la posibilidad de parar. A partir de ahí se trataba de encontrar un sitio adecuado. Porque no íbamos a quedarnos en el primero que viéramos, claro que no; como nos parábamos tan pocas veces durante el trayecto, las paradas tenían que hacerse en lugares especialmente agradables.

Arriba en la montaña todo era completamente llano. No había ni árboles ni arbustos en ningún sitio. La carretera avanzaba en línea recta. Por algunas partes había montones de piedras que estaban diseminadas por el campo, que a su vez estaba cubierto por algo que a mi entender debía de ser liquen o musgo. Otras partes constaban de monte pelado y llano. Entre todo eso veíamos brillar el agua y resplandecer la nieve. Mi padre conducía más deprisa por allí, ya que el tramo era más recto. En el borde de la carretera se veían a veces unos enormes postes para las máquinas quitanieves, y me costaba creer lo que dijo Yngve; que eran tan altos porque en el invierno la nieve podía llegarles casi hasta arriba. ¡Se trataba de varios metros!

El sol brillaba, la montaña se extendía en todas las direcciones, y nosotros avanzábamos, dejando atrás un área de descanso tras otra, hasta que sin avisar, mi padre puso el intermitente, redujo la velocidad y se metió en una de ellas.

Se encontraba junto a un lago ovalado y negro. Al otro lado se elevaba suavemente la montaña, en el lateral, en un agujero por el que desaparecía el agua, se veía un gran montón de nieve con aristas, casi azul y hueco por debajo.

A nuestro alrededor reinaba el silencio. Tras tantas horas con el zumbido del motor, el silencio resultaba artificial, como si no perteneciera al paisaje, sino a nosotros.

Mi padre abrió el maletero y sacó la bolsa isotérmica, la colocó sobre la tosca mesa de madera, y mi madre empezó enseguida a vaciarla, mientras él iba a por el termo y la bolsa de tazas y platos. Yngve y yo nos acercamos corriendo al lago, nos agachamos y tocamos el agua. ¡Estaba helada!

—¿Seguro que no queréis daros un baño aquí, chicos? —preguntó mi padre.

—Qué va, ¡está helada! —dije yo.

—¡Sois unos caguetas! —exclamó él.

—¡Está *helada*! —repetí.

—Ya, ya lo sé. Estoy bromeando. No hay tiempo para baños.

Yngve y yo nos acercamos al gran montón de nieve. Estaba tan dura que no se podían hacer bolas, como pretendíamos. Y con ese lago justo debajo, tampoco nos atrevíamos a pisarla, estando nuestros padres tan cerca.

Cogí un puñado de nieve y lo tiré al agua, donde se quedó moviéndose, como un pequeño iceberg. Cuando volviéramos a casa, al menos podría decir que nos habíamos tirado bolas de nieve en mitad del mes de julio.

—Venid a comer —gritó mi madre.

Nos sentamos. Nos dieron un paquetito de comida a cada uno. Tres rebanadas de pan con huevo duro. Había también un paquete de galletas en la mesa. En los vasos había zumo. El plástico le daba otro sabor, pero a mí me gustaba, me recordaba a las excursiones que solíamos hacer a coger bayas, y a cuando estábamos de vacaciones en algún camping. La verdad es que no habíamos estado muchas veces, en realidad sólo una, el verano anterior, que fuimos a Suecia con mis abuelos paternos. A mis espaldas llegaba un coche a toda velocidad, era como si el sonido vibrara cuando empezó a aumentar, luego, con una especie de ráfaga, empezó a bajar en intensidad, hasta que desapareció del todo. Las tazas de café de mis padres humeaban. Un coche con caravana se acercaba por el otro lado. Lo seguí con la mirada mientras vaciaba el vaso de zumo. Iba bastante despacio. Puso el intermitente. Cuando se metió en el área de descanso, mi padre se volvió.

—¿Qué pretende ese idiota? —dijo—. Aquí sólo hay una mesa. ¿No lo ve?

Se volvió de nuevo, dejó la taza y sacó del bolsillo de la camisa el paquete de tabaco de liar, con un dibujo de un zorro.

El coche con la caravana se paró a sólo unos metros de nosotros. Se abrió la puerta y se bajó un hombre gordo, vestido con un pantalón corto beige, una camiseta amarilla y un sombrero de pescador en la cabeza. Abrió la puerta de la caravana y desapareció dentro, a la vez que una mujer se bajaba por la otra puerta del coche. También ella estaba gorda, llevaba un pantalón elástico gris con raya y un jersey de lana. De los labios le colgaba un cigarro sin encender, tenía el pelo abultado y entre rubio y gris, y unas gafas grandes con cristales ligeramente tiznados le ocultaban los ojos. La mujer se acercó al lago, encendió el cigarrillo y se puso a contemplar el agua mientras fumaba.

Empecé la última rebanada.

El hombre sacó una mesa de camping y la abrió entre el coche y nuestra mesa. Mi padre se volvió de nuevo.

—¿Es que no tienen educación? —dijo—. Estamos nosotros aquí comiendo, y viene éste y se nos pega de esta manera.

—No tiene importancia —dijo mi madre—. Este sitio es muy bonito.

—*Era* muy bonito —dijo mi padre—. Hasta que llegó ese idiota.

—Te va a oír —dijo mi madre.

El hombre puso ruidosamente una bolsa isotérmica al lado de la mesa. La mujer se acercó a él.

—Son alemanes —dijo mi padre—. No entienden nada. Podemos decir lo que nos dé la gana.

Se bebió lo que le quedaba de café y se levantó.

—Bueno, tenemos que seguir viaje.

—Los chicos todavía no han terminado de comer —dijo mi madre—. No tenemos *tanta* prisa, ¿no?

—Sí que la tenemos —dijo él—. Pero, bueno, terminad de comer. Daos prisa.

Tiró el cigarrillo a medio fumar, llevó los vasos y las tazas al agua y los enjuagó, luego los metió en la bolsa junto con los platos y el termo. Cerró la bolsa isotérmica y colocó todo en el maletero. El hombre y la mujer dijeron algo que yo no entendí, mientras miraban la suave pendiente al otro lado del lago. Él señaló. Algo se movía a lo lejos. Mi madre arrugó el papel de las rebanadas y lo metió en una bolsa, luego se levantó.

—Vámonos entonces —dijo—. Ya nos comeremos las galletas en la siguiente parada.

Eso era lo que me temía.

Mi padre me hizo sitio para que me sentara detrás. Después del aire tan fresco fuera, el olor a tabaco dentro era muy fuerte. Yngve llegó saltando a la otra puerta. Hizo un gesto de asco.

—Creo que las pastillas para el mareo ya no funcionan —dijo.

—Si te encuentras mal, dínoslo —dijo mi madre.

—Ayudaría mucho si no fumarais todo el rato —dijo él.

—Cállate, chico, y deja ya de quejarte —dijo mi padre—. Estamos de vacaciones.

El coche avanzó lentamente hasta la carretera. Yo miraba por la ventanilla más allá del lago, hacia donde el hombre había señalado. Había algo allí. Algo gris que se movía lentamente en medio de lo verde. ¿Qué demonios podría ser?

Di a Yngve un pequeño empujón, y cuando logré captar su atención señalé por la ventanilla,

—¿Qué es? —pregunté.

—Renos, tal vez —dijo—. También los vimos el año pasado. ¿No te acuerdas?

—Sí —dije—. Pero entonces los vimos mucho más de cerca. ¡Esos de allí son pequeños como ratones!

Y nos sumimos en ese estado casi en trance de los viajes en coche. Cruzamos lo que quedaba de la montaña, bajamos a Røldal y seguimos hasta Odda, ese pequeño y sucio lugar al fondo del fiordo de Hardanger, que, a pesar de su pinta contaminada y deteriorada, formaba parte de esa magia reinante al otro lado de la montaña, debido a su diferencia vertiginosa y en el fondo incomprensible con ese mundo que habíamos dejado atrás tan sólo unas horas antes. Mientras nuestra región, Sørlandet, estaba en su mayor parte formada por rocas y peñascos bajos, desordenados bosquecillos con los árboles más variopintos creciendo uno al lado del otro en un paisaje que a la vez era abierto de par en par y mezquino, y el monte más alto de la isla en la que yo vivía no medía más de ciento veinte metros, aquel paisaje, que siempre llegaba de repente, se caracterizaba por gigantescas montañas, tan dominantes en su pureza y sencillez que todos los detalles del paisaje se veían obligados a someterse a ellas, pues simplemente desaparecían: ¿a quién le importaba un abedul, por muy grande que fuera, si estaba colocado debajo de una de esas infinitamente hermosas montañas, perdurables para siempre? No obstante, la diferencia más llamativa no eran las dimensiones, sino los colores, que allí parecían más profundos —en ningún lugar el color verde es tan profundo como en el oeste— o más nítidos, incluso el cielo, el azul del cielo, era más profundo y más nítido que el del lugar de donde yo venía. Las laderas de los valles eran verdes y estaban labradas, en primavera y al principio del verano se veían de un blanco japonés debido a las flores de los frutales, los picos de las montañas eran de un color azul nublado, en algunas partes estaban cubiertos de nieve, y, entre esas montañas que se elevaban en una larga fila a ambos lados, estaba el mismísimo fiordo, en algunas partes verdoso, en otras azulado, por doquier reluciente al sol, tan profundo como altas las montañas.

Entrar en coche por ese paisaje resultaba siempre abrumador, porque nada de lo que habíamos pasado antes te preparaba para lo que allí te esperaba. Y entonces, cuando nos adentramos en el paisaje del norte del fiordo, aparecieron todos esos detalles desconocidos, como las vallas eléctricas, los graneros rojos, las viejas casas blancas de madera, las vacas pastando, las largas filas de pajares en las laderas, los tractores, las cosechadoras, los sótanos de estiércol, las altas botas marrones colocadas delante de las puertas de las casas, umbrosos árboles en los patios abiertos, caballos, tiendas en los sótanos de casas normales, niños que vendían cerezas o fresas en pequeños tenderetes con carteles escritos a mano a lo largo de la carretera. La vida allí era diferente a la de nuestro hogar, en cualquier momento podías ver una señora mayor con vestido floreado y pañuelo, algo que no se veía donde yo vivía, o a algún anciano encorvado con mono azul y gorra negra con visera en algún campo o a lo largo de algún camino de grava. Pero a pesar de todas las impresiones que me proporcionaban los sitios de allí, de las que los nombres

constituían una parte, claro: Tyssedal, Espe, Hovland, Sekse, Børve, Opedal, Ullensvang, Lofthus, Kinsarvik, que con su sonido exótico era mi favorito, y es que *vik* era una ensenada, vale, pero *kinsar*, ¿qué demonios era *kinsar*?, a pesar de la claridad de los colores y de lo diferente que era la multitud de detalles, reinaba también un ambiente desértico en esas poblaciones campestres, no en sus gentes o actividades, sino en ese espacio en el que se movían, demasiado grande para ellos —debido tal vez a esa intensa luz solar, al azul del enorme cielo, o a la fila de montañas que se alzaba hacia esa luz—, o era simplemente porque sólo estábamos de paso, no nos deteníamos en ningún sitio, excepto en esa parada de autobuses en la que Yngve salió tambaleándose del coche para vomitar, porque no conocíamos a nadie allí y no teníamos ninguna relación con lo que veíamos. Porque cuando por fin llegamos al embarcadero de Kinsarvik y nos bajamos del coche, que mi padre había puesto en la cola, ya no se veía ese ambiente desértico, al contrario, todo parecía cálido y acogedor, con sonidos de radio procedentes de los coches, puertas que se abrían y se cerraban, personas que estiraban las piernas dando un paseo, niños que jugaban con cuidado al balón cerca de la cola, o que hacían como Yngve y yo, que nos acercamos al quiosco del fondo para ver si había algo en lo que poder gastar nuestro dinero para las vacaciones.

¿Un helado?

Ah, sí.

Yngve se compró un helado con forma de barco, y yo uno de vaso que traía una cuchara roja, y con los helados en la mano salimos al muelle, donde nos sentamos en el borde de cemento y miramos el agua y las algas, que se veían en grasientos racimos sobre la roca. En el fiordo a lo lejos vimos el transbordador que llegaba. Olía a agua salada, algas, hierba y gases de tubo de escape. Y el sol quemaba la cara.

—¿Aún estás mareado? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Es una pena que nos olvidáramos del balón —dijo—. Pero quizá tengan uno en Våjen.

Dijo «Våjen» de esa forma que lo pronunciaba nuestro abuelo materno.

—Sí —dije, mirando al sol con los ojos entornados—. ¿Crees que cabremos en este transbordador?

—No lo sé. Espero que sí.

Me colgaban las piernas. Cogí un gran trozo de helado con la cuchara y me lo metí en la boca. Estaba tan frío y era tan grande que tuve que moverlo con la lengua para poder aguantar la dentera. Mientras, me volví para mirar hacia nuestro coche. Mi padre estaba sentado dentro, fumando, con la puerta abierta y un pie en el suelo. El sol centelleaba en

sus gafas de sol. Mi madre estaba al lado, acababa de poner una cesta de cerezas en el techo, de la que se iba sirviendo de vez en cuando.

—¿Qué vamos a hacer mañana? —le pregunté a Yngve.

—Yo iré con el abuelo al establo. Me dijo que iba a enseñármelo todo para que pueda sustituirlo algún día.

—¿Crees que ahora podremos bañarnos en el fiordo?

—¿Estás loco? —dijo—. En el fiordo hace tanto frío como en aquel lago de la montaña.

—¿Por qué?

—¡Porque está muy al norte!

Algunos coches arrancaron el motor. Fuera, en el fiordo, se abrió el portón de la proa. Yngve se levantó y empezó a andar hacia el coche. Yo me comí el resto del helado lo más deprisa que pude y lo seguí.

Tras el viaje en el transbordador, que nos cruzó a Kvanndal, el siguiente punto culminante del viaje era la subida a la montaña Vikafjellet. La estrecha carretera serpenteaba por la escarpada pendiente de un lado para otro, en algunos sitios era tan empinada que me daba miedo que el coche volcase y cayera.

—Más de un turista se llevará aquí una sorpresa —dijo mi padre mientras subíamos, y yo miraba estremecido el precipicio debajo de nosotros—. Intentan bajar usando los frenos ¿sabes? Eso es peligrosísimo.

—¿Y qué usas tú entonces? —pregunté yo.

—Las marchas —respondió.

Nosotros no éramos turistas, nosotros sabíamos cómo iba todo, no éramos de los que se quedaban con el humo saliendo del capó abierto al borde de la carretera. Pero justo después de aquello, estuvimos a punto de tener un accidente, porque en la siguiente curva nos encontramos por sorpresa con un coche con caravana, y evitamos la colisión por unos metros, pero mi padre pisó los frenos y el otro coche hizo lo mismo. Mi padre dio marcha atrás cuesta abajo, hasta un lugar donde la carretera era suficientemente ancha para los dos vehículos. El conductor del otro coche nos saludó con la mano cuando pasó por nuestro lado.

—¿Lo conoces, papá?

Lo vi sonreír por el espejo.

—No, no lo conozco. Ha saludado para agradecerme que le cediera el sitio para pasar.

Llegamos a otra montaña y bajamos a otro fiordo. Las montañas eran tan altas como las del fiordo de Hardanger, pero en cierto modo más clementes, no sobresalían de la misma manera abrupta, y este fiordo era más ancho, en algunas partes casi tan ancho como un mar. ¿Qué pasa?, decían las montañas del fiordo de Hardanger. Tranquilos, decían las montañas aquí. Todo va bien.

—¿Nos turnamos para dormir? —me preguntó Yngve.

—Vale —respondí.

—Yo primero —dijo él.

—De acuerdo —contesté. Él apoyó la cabeza en mis rodillas y cerró los ojos. Me gustaba tenerlo dormido encima, su cabeza estaba calentita y resultaba agradable, era como si algo tuviera lugar en dos sitios a la vez, tanto el paisaje de fuera de las ventanillas, que cambiaba constantemente, y que yo no dejaba de mirar, como la cabeza de Yngve durmiendo sobre mis rodillas.

Cuando nos detuvimos en la cola para el siguiente transbordador, Yngve se despertó. Subimos a la cubierta y disfrutamos del viento que nos azotaba el rostro. Media hora

después nos metimos de nuevo en el coche y era mi turno para dormir con la cabeza apoyada en las rodillas de Yngve.

Me desperté y vi que estábamos llegando. Cuanto más nos acercábamos al mar, más bajas eran las montañas y más tupida la vegetación, aunque sin aproximarse al paisaje pelado y sinuoso de nuestra región de Sørlandet. Ninguno de los caminos de por allí estaba fijado en mi memoria, miraba por la ventanilla sin asociar lo que estaba viendo con nada, hasta que de repente reconocí Lihesten, la montaña vertical que se precipitaba varios cientos de metros al otro lado del fiordo desde la casa de mis abuelos. Hacía un buen rato que teníamos la montaña delante de nosotros, pero era irreconocible desde todos los ángulos excepto desde el que tuvimos cuando nos encontramos en uno de sus costados. La emoción me oprimió el pecho. ¡Habíamos llegado! ¡Ah, sí, allí delante está el salto de agua! ¡Allí está la capilla! ¡Allí está el hotel! ¡Allí está el cartel donde pone Salbu! ¡Y allí está la casa! ¡La casa de los abuelos!

Mi padre redujo la velocidad y se metió por el camino de gravilla que primero pasaba por delante de la casa del vecino, luego atravesó la valla, dejando la leñera a la derecha, subimos el último pequeño tramo de cuesta y nos detuvimos delante de la casa. Abrí la puerta casi antes de que el coche se hubiera detenido, y bajé de un salto. Más allá de las casas, vi al abuelo. Estaba junto a las colmenas, con su traje de apicultor. Mono blanco y gorro blanco con un largo velo blanco alrededor de la cabeza. Todos sus movimientos eran lentos, también el que hizo con la mano para saludarnos. Parecía que estaba debajo del agua, o en un planeta desconocido con una ley de gravedad diferente. Levanté la mano y lo saludé, luego entré corriendo en la casa. La abuela estaba en la cocina.

—¡Casi chocamos con un coche en la Vikafjellet! Subíamos así —expliqué, dibujando con el dedo sobre el hule amarillo, mientras ella me miraba sonriente con sus cálidos ojos oscuros.

—Y entonces venía un coche con caravana y...

—Me alegro de teneros aquí enteritos —dijo la abuela. Mi madre entró por la otra puerta. En la entrada oí a alguien que debía de ser mi padre metiendo el equipaje. ¿Dónde estaba Yngve? ¿Se había ido con el abuelo? ¿Con todas las abejas zumbando alrededor?

Me apresuré a salir otra vez. Qué va. Yngve estaba ayudando a mi padre con el equipaje. El abuelo seguía fuera con su traje blanco, como el de un cosmonauta. Sacó unas planchas de la colmena con gran lentitud. El sol ya había desaparecido de la granja, pero brillaba sobre los abetos que crecían en la pradera, detrás del pequeño lago. Un viento suave soplaba sobre la casa, agitando las copas de los árboles encima de mí. Desde lejos vi llegar a Kjartan. Llevaba mono y botas. Pelo negro, media melena, gafas cuadradas.

—Buenas noches —dijo, deteniéndose delante del coche.

—Hola, Kjartan —dijo mi padre.

—¿El viaje bien? —preguntó Kjartan.

—Sí, sí. Todo bien.

Kjartan tenía diez años menos que mi madre, es decir que aquel verano tenía veintipocos. Había en él algo hosco y casi enfadado, y aunque nunca me había hecho nada, yo le tenía miedo. Era el único de los hermanos que vivía en casa; la mayor, Kjellaug, vivía en Kristiansand con su marido Magne y los dos hijos de ambos, Jon Olav y Ann-Kristin, que pronto vendrían a casa de los abuelos. La segunda, Ingunn, estudiaba y vivía en Oslo con Mård y su hija Yngvild, de dos años. Kjartan y el abuelo discutían mucho, yo sabía que Kjartan no era exactamente como el abuelo quería que fuese su único hijo varón. La intención era que él se encargara de la pequeña granja cuando llegara el día. Por el momento se estaba formando como fontanero de barcos, trabajaría en unos astilleros en alguna parte de la región. Pero lo más importante de Kjartan, lo que se mencionaba más a menudo cuando alguien hablaba de él, era su condición de comunista. Un ardiente comunista. Cuando discutía sobre política con mis padres, lo que hacían con frecuencia cuando estaban juntos, por alguna razón la conversación iba siempre en esa dirección, entonces esa mirada suya un poco tímida y evasiva cambiaba y se volvía apasionada. Cuando en nuestra casa se hablaba de Kjartan, mi padre se reía a veces de él, más bien para tomarle el pelo a mi madre, que no era exactamente comunista, pero estaba en desacuerdo con mi padre en casi todo lo que tuviera que ver con política. Mi padre era profesor y del Partido Liberal.

—Tendré que quitarme esta ropa y darme una ducha para no oler a establo con tan noble visita —dijo Kjartan—. Creo que la cena ya está preparada.

Incluso desde fuera oí crujir la escalera cuando subió al cuarto de baño en el piso de arriba. ¡Allí las escaleras crujían un montón!

Efectivamente, en el comedor la mesa estaba puesta para nosotros. En una fuente había un montón de tortitas de dos clases, *lefser* y *sveler*, todavía calientes, además de pan, embutidos y queso. Mi madre iba y venía de la cocina al comedor. Aunque se había mudado de allí a los diecisiete años y a los veinte se había casado con mi padre y había tenido a Yngve y vivido con su propia familia desde entonces, en cuanto llegábamos se adaptaba al ritmo de la casa de los abuelos. Cambiaba incluso su manera de hablar, que se volvía aún más parecida a la de sus padres que de costumbre. Con mi padre pasaba lo contrario, allí él pasaba a un segundo plano. Cuando hablaba con el abuelo, al que le encantaba hablar y tenía una historia para cada ocasión, a menudo en primera persona, se apreciaba en él algo muy formal que lo convertía en un extraño, pero al que yo de todos modos reconocía, pues así era cuando hablaba con otros padres y colegas. El abuelo no era así de cortés, era simplemente él mismo, ¿entonces por qué mi padre asentía con la

cabeza, diciendo sí, de acuerdo, ah, sí, no me digas, y cosas por el estilo? Mi madre también cambiaba cuando estaba allí, se reía y hablaba más. En suma, estos cambios resultaban positivos para nosotros, por no mencionar una enorme ventaja: mi padre pasaba a un segundo plano, mi madre se ponía más contenta, y en la granja no había reglas como en la casa de donde veníamos, allí podíamos hacer lo que quisiéramos. Si alguno de nosotros tiraba sin querer un vaso de leche no era una catástrofe, los abuelos entendían que esas cosas podían pasar, allí incluso podíamos poner los pies en la mesa, si mi padre no estaba presente, claro, y hundirnos todo lo que quisiéramos, incluso tumbarnos, en el sofá, marrón con rayas naranja y beige. Y todos los trabajos que ellos hacían, también los hacíamos nosotros, a nuestra pequeña escala. No teníamos la impresión de estar de sobra. Al contrario, se esperaba de nosotros que ayudáramos en lo que pudiéramos. Rastrillar en la siega, meter el heno en el pajar, recoger huevos, barrer los excrementos de los animales al sótano de estiércol, poner la mesa antes de las comidas, coger grosellas, grosellas negras y uvas espinas cuando estaban maduras. Allí la puerta estaba siempre abierta y la gente entraba sin llamar, sólo daban un grito en la entrada y de repente estaban ya en el salón, donde se sentaban como si estuvieran en su casa y tomaban café con el abuelo, que no daba mucha importancia a esas visitas, sino que retomaba rápidamente la conversación anterior, tras haberla interrumpido sólo durante unos segundos. Esa gente que venía resultaba curiosa, sobre todo uno de ellos, un hombre con mucha tripa, aspecto desaliñado y un pelín maloliente y con voz fuerte, que solía subir la cuesta al atardecer, tambaleándose en su ciclomotor. Hablaba en un dialecto tan cerrado que yo apenas entendía la mitad de lo que decía. El abuelo se ponía muy contento al verlo, pero no era fácil saber si era porque ese hombre le gustaba especialmente, ya que se ponía contento con la llegada de casi todo el mundo. Yo estaba convencido de que al abuelo nosotros le gustábamos, aunque seguro que él jamás lo había pensado; existíamos, eso era suficiente para él. Creo que para la abuela era distinto, al menos ésa era la impresión que daba el interés que ponía en todo lo que decíamos.

Mi madre estaba inmóvil mirando la mesa, seguramente para comprobar que todo estaba allí. En la cocina la abuela levantó la cafetera de la placa y el silbido en ascenso se interrumpió con un breve suspiro. Mi padre dejó el equipaje en el cuarto que había justo encima de nuestras cabezas. El abuelo entró tras quitarse el traje de apicultor en el sótano.

—¡Veo que el pueblo noruego está creciendo! —dijo al vernos. Se acercó y me acarició la cabeza como si yo fuera una especie de perro. Luego acarició la cabeza de Yngve y se sentó en el instante en el que la abuela entraba con la cafetera en la mano, y mi padre y Kjartan bajaban por la escalera.

El abuelo era bajo, tenía la cara redonda, y aparte de un fino círculo de pelo blanco alrededor de la cabeza, estaba calvo. En las comisuras de los labios tenía a menudo un poco de saliva marrón de tabaco. Los ojos detrás de las gafas eran agudos, pero se

transformaban por completo cuando se las quitaba, entonces parecían dos niños pequeños que acababan de despertarse.

—Al parecer llego en el momento oportuno —dijo, poniéndose una rebanada de pan en el plato.

—Te oímos bajar al sótano —dijo mi madre—. Así que no ha sido una casualidad.

Ella me miró.

—¿Recuerdas aquella vez que te oímos en la entrada diez minutos *antes* de que llegaras?

Dije que sí con la cabeza. Mi padre y Kjartan se sentaron uno a cada lado de la mesa. La abuela empezó a servir café en las tazas.

El abuelo extendió mantequilla con un cuchillo en la rebanada de pan y levantó la cabeza.

—¿Lo oísteis *antes* de que llegara?

—Sí, es curioso, ¿verdad? —dijo mi madre.

—Pero eso es un presagio —dijo el abuelo, mirándome—. Eso significa que vas a tener una larga vida.

—¿De verdad? —preguntó mi madre riéndose.

—Sí —contestó el abuelo.

—Pero tú no crees en eso, ¿no? —se interesó mi padre.

—¿Lo oísteis cuando no estaba aquí? —preguntó el abuelo—. Eso es prodigioso. ¿Es entonces menos prodigioso que también signifique algo?

—¡Qué cosa! —exclamó Kjartan—. En la vejez te has vuelto muy supersticioso, Johannes.

Miré a la abuela. Le temblaban las manos, y al servir el café, la cafetera se movía tanto que sólo con un gran esfuerzo logró que el chorro cayera dentro de la taza sin manchar nada. Mi madre también la miró y estuvo a punto de levantarse, seguramente para encargarse ella de la cafetera, pero se relajó y optó por alargar el brazo para coger la cesta del pan. Resultaba doloroso ver a la abuela, porque todo lo hacía muy despacio, y cada dos por tres el café acababa en el plato. Yo seguía sus movimientos con gran interés, porque era extraño ver que ella, una persona adulta, no supiera echar el café sin manchar y porque era inusual ver a una persona a la que le tiemblan todo el rato las manos.

Mi madre puso una mano sobre la mía.

—¿Quieres una tortita? —me preguntó.

Dije que sí. Ella se estiró para coger una que luego puso en mi plato. La unté de mantequilla y luego eché azúcar encima. Mi madre levantó la jarra de leche y me echó en el vaso. La leche venía directamente del establo, estaba caliente y como amarilla, con algunos minúsculos grumos flotando. Miré a mi madre. ¿Por qué me había echado leche en el vaso? Yo no podía beber esa leche, era asquerosa, venía directamente de la vaca, y no de cualquier vaca, sino de una que estaba justo allí fuera, meando y cagando.

Me comí la tortita y cogí otra mientras mi padre le hacía un par de preguntas al abuelo, que se tomó bastante tiempo para responderlas. Kjartan suspiró más fuerte de lo que hubiera hecho de haber estado solo. O ya lo había oído todo antes, o no le gustaba lo que oía.

—Este año hemos pensado ir a Lihesten —dijo mi padre.

—¿Ah, sí? —dijo el abuelo—. Buena idea. Aquello es muy bonito. Desde allí podréis contemplar siete parroquias.

—Nos hace ilusión —dijo mi padre, mientras mi madre y la abuela hablaban de un roble y un agrifolio que se habían traído de nuestro jardín de Tromøya el año anterior, y ahora crecían allí.

Decidí que tenía que verlos.

La mirada de mi padre se detuvo en mí.

—¿No vas a beberte la leche, Karl Ove? —me preguntó—. Es muy fresca. Mejor leche no se encuentra en ninguna parte.

—Ya lo sé —contesté.

Como no di señales de disponerme a beber, a pesar de lo que me decía, clavó sus ojos en mí.

—Bébetela leche, chico —insistió.

—Es que está un poco caliente —objeté—. Y tiene grumos.

—Estás ofendiendo a tus abuelos —dijo mi padre—. Tienes que comer y beber lo que se te sirve. Y basta.

—El chico está acostumbrado a la leche pasteurizada —dijo Kjartan—. De un cartón que se guarda en el frigorífico. También la venden aquí en la tienda. ¡El chico tendrá la leche que suele tomar! Podemos comprarla mañana. No está acostumbrado a la leche que viene directamente de la vaca.

—Me parece innecesario —dijo mi padre—. La leche de aquí es igual de buena. Si no mejor. Así que es innecesario comprar leche sólo porque el niño esté muy mimado.

—A mí también me gusta más la leche pasteurizada —señaló Kjartan—. Estoy

totalmente de acuerdo con tu hijo.

—Si tú lo dices —dijo mi padre—. Aunque supongo que es por defender a los débiles, como es tu costumbre. Pero esto es más una cuestión de educación, ¿sabes?

Kjartan sonrió y bajó la vista. Yo levanté el vaso de leche, dejé de respirar por la nariz, intenté pensar en algo que no fueran los grumos blancos y me la bebí toda de cuatro grandes tragos.

—¿Ves? —dijo mi padre—. ¿A que está buena?

—Sí —contesté.

Cuando terminamos de cenar, preguntamos si podíamos ir a dar una vuelta, aunque era tarde. Nos dijeron que sí. Nos pusimos los zapatos y salimos fuera. Fuimos por el camino del granero. La penumbra era ligera y reposaba como una telaraña sobre todo lo que nos rodeaba. Las formas se mantenían, los colores habían desaparecido o se habían ensombrecido. Yngve levantó el gancho de la puerta del establo y la empujó hacia dentro. Estaba atascada y tuvo que empujar con todas sus fuerzas para abrirla. Dentro reinaba una oscuridad casi total. Gracias a una tenue luz que entraba por las sucias claraboyas, podíamos vislumbrar los contornos. Las tres vacas estaban tumbadas en sus cubículos, pero se movieron al oírnos. Una de ellas volvió la cabeza.

—Tranquilas, vacas, tranquilas —dijo Yngve.

En el establo hacía calor y se estaba bien. El pequeño ternero daba vueltas en una especie de apartado al otro lado del canalillo de excrementos. Nos inclinamos sobre él. Nos miró con ojos asustados. Yngve lo acarició.

—Hola, ternerito —dijo.

No sólo la puerta estaba cubierta de vegetación, también lo estaban las paredes, el suelo y las ventanas, como si el establo se hubiera hundido en algún momento y ahora se encontrara bajo el agua.

Yngve abrió la puerta del granero. Trepamos hasta donde estaba el heno. Luego fuimos hasta la rampa, y abrimos la puerta del pequeño gallinero, donde el suelo estaba cubierto de serrín y plumas. Las gallinas estaban inmóviles en las perchas, mirando al aire.

—No parece que haya huevos —dijo Yngve—. ¿Subimos a ver los visones?

Le dije que sí. Cuando cerró la alta puerta del granero, un gatito blanco pasó como un rayo, para acto seguido desaparecer debajo de la rampa. Nos acercamos y lo llamamos, sabíamos que estaba allí, en alguna parte, pero se mantenía fuera de nuestra vista y al final desistimos y nos fuimos hacia las tres casitas de visones que había al fondo, en la parte oeste de la granja, pegadas al bosque. El olor acre que se nos vino encima al acercarnos era casi insoportable, y empecé a respirar por la boca.

Todas las jaulas crujían cuando nos deteníamos delante de ellas.

Resultaba escalofriante.

Allí, tan cerca del bosque, estaba mucho más oscuro. Las garras de los visones tintineaban contra el metal de las jaulas cuando se movían. Nos acercamos mucho a una. El negro animal se alejó todo lo que pudo, volvió la cabeza y nos resopló. Sus dientes relucían. Sus ojos eran negros como piedras negruzcas, y cuando veinte minutos después estaba acostado en la cama, en la habitación del piso de arriba que nos habían adjudicado, con la cabeza junto a los pies de Yngve, que yacía con la cabeza en la almohada en el extremo opuesto leyendo una revista de fútbol, seguía pensando en los visones, y en que corrían de un lado para otro dentro de sus jaulas mientras nosotros dormíamos. Entonces las voces procedentes del salón, debajo de nosotros, subieron de tono. Eran mis padres discutiendo con Kjartan. El que las voces sonaran tan altas no significaba nada malo, al contrario, inspiraba confianza. Querían decir algo, y lo querían decir con tanta fuerza que no se podía susurrar o murmurar, sino que se tenía que gritar.

A la mañana siguiente, el abuelo entró y nos preguntó si queríamos ir con él a recoger las redes. Sí que queríamos, y unos minutos después lo seguíamos por el sendero que bajaba hasta el fiordo, cargando entre los dos una cuba blanca vacía.

La barca estaba amarrada a una boya roja metida en el agua. La niebla era tan densa que parecía flotar en el aire. El abuelo tiró de la barca hasta la orilla, nos subimos a bordo, y la empujó hacia fuera, ayudándose del remo. Yngve se sentó en el banco junto a las horquillas para los remos y empezó a remar. El abuelo iba sentado en la popa, dirigiéndolo cuando hacía falta, yo iba en la proa contemplando la niebla. La montaña Lihesten al otro lado había desaparecido casi por completo, sólo se veía como una pincelada de algo más gris en medio de todo lo espeso y húmedo.

—Raramente hay niebla aquí —dijo el abuelo—. Al menos en esta época del año.

—¿Has estado en el pico de Lihesten, abuelo? —preguntó Yngve.

—Ah sí, claro que sí —respondió el abuelo—. Muchas veces. Pero ya hace unos años.

Se sentó con las manos sobre los muslos.

—Una vez participé en un rescate allí arriba. Fue el primer accidente de avión ocurrido en Noruega. ¿Habéis oído hablar de él?

—No —contestó Yngve.

—Había niebla, como ahora. El avión se estrelló en Lihesten. Oímos la explosión, ¿sabéis? No sabíamos de dónde podía venir aquel estruendo. Pero entonces se supo que el avión se había perdido, y el comisario de la policía rural necesitaba gente para subir con él. Yo lo acompañé.

—¿Lo encontrasteis? —pregunté.

—Sí, pero todos estaban muertos. Vi la cabeza del comandante, jamás lo olvidaré. ¡Tenía el pelo recién peinado! Perfectamente peinado hacia atrás. Ni un solo pelo fuera de su sitio. Jamás lo olvidaré.

—¿Dónde se estrelló? ¿Contra la pared de la montaña? —quiso saber Yngve.

—No, no se puede ver desde aquí. Pero hay una montaña arriba, en la planicie. Allí fue donde se estrelló. Tuvimos que trepar hasta los restos. ¡Vete un poco más a babor!

Los ojos de Yngve se estrecharon, seguramente estaría intentando recordar qué lado era babor.

—Así, vale —dijo el abuelo—. ¡Remas muy bien! Fue un suceso muy sonado en aquel entonces. Salió en todos los periódicos. Y hablaron mucho de ello en la radio.

Delante de nosotros lucía la boya encima de la red, roja en medio de todo lo gris.

—¿La coges tú, Karl Ove? —dijo el abuelo.

Me incliné hacia delante con el corazón palpitante, y la agarré con las dos manos. Pero estaba resbaladiza y se me fue enseguida.

—Tienes que agarrarla por debajo —explicó el abuelo—. ¡Intentémoslo otra vez! Rema un poco hacia atrás. Así, muy bien.

Esta vez conseguí subirla a bordo. Yngve metió los remos en la barca. El abuelo empezó a tirar de la red. Los peces se veían primero como pequeñas luces centelleantes muy abajo en la oscuridad, luego crecieron y se hicieron más visibles, hasta que al cabo de un instante los sacamos del agua y los metimos en la barca, donde empezaron a dar saltos. Estaban relucientes y limpios, con sus dibujos grisáceos y azulados sobre el lomo, sus ojos amarillos, sus bocas de color rojo pálido y sus aletas y colas cortantes. Cogí uno con las dos manos, se movía con una fuerza difícil de atribuirle cuando al instante lo vi inmóvil junto a mis pies, sobre una de las tablas del suelo de la barca.

El abuelo los desprendió pacientemente de las mallas de la red y luego los echó a la cuba. Habíamos pescado veinte. En su mayoría carboneros, pero también algún que otro bacalao y abadejo, y dos caballas.

Cuando Yngve empezó a remar de vuelta, oí de repente un sonido débil, como un chapoteo silbante, parecido al procedente de un velero en marcha. Volví la cabeza. A tal vez treinta metros de distancia vi moverse en el agua unos lomos oscuros.

Me entró miedo.

—¿Qué es eso? —preguntó Yngve, levantando los remos—. ¡Eso de allí!

—¿Dónde? —dijo el abuelo—. Ah, son marsopas. Llevan ya unos días aquí. No ocurre a

menudo, pero tampoco es muy inusual. Miradlas bien. Ver una marsopa es un buen presagio, ¿sabéis?

—¿Ah, sí? —dije yo.

—Ya lo creo —contestó él.

El abuelo limpió los peces en el fregadero del sótano, más parecido a una gruta que a un espacio dentro de una casa. El suelo de hormigón solía estar resbaladizo de humedad, el techo era tan bajo que mi padre no podía estar allí de pie —algo que no le molestaba nada al abuelo, que era bastante bajito— y los estantes de las paredes estaban repletos de toda clase de objetos y herramientas que él había ido coleccionando en el transcurso de una larga vida. Cuando hubo terminado, y los peces que sólo unas horas antes habían dado tantos saltos estaban ya en el congelador envueltos en plástico, lo ayudamos a limpiar la red fuera en la hierba, bajo la lluvia, delante de la leñera, hasta que mi madre nos llamó diciendo que la comida estaba lista.

Después de comer ellos solían echar una siesta. Mi padre, ya inquieto tras sólo un día, me hizo una seña con el dedo meñique para que saliera a la entrada.

—Ven fuera un momento —dijo.

Me puse las botas y el impermeable y lo seguí por los campos. Andaba con pasos largos y parecía absorber el paisaje con la mirada a grandes bocados. La niebla colgaba sobre el bosque de abetos que se extendía delante de nosotros. El agua del lago lucía negra entre los troncos. Un tractor bajaba por la carretera al otro lado.

—¿Estás a gusto aquí? —me preguntó mi padre.

—Sí-í —contesté, inseguro de la dirección que tomaría eso.

Él se detuvo.

—¿Te gustaría vivir aquí?

—Sí-í —contesté de nuevo.

—Tal vez podríamos quedarnos con esto algún día. ¿Te gustaría?

—¿Vivir aquí?

—Sí, cuando llegara el momento, es sin duda una posibilidad.

Yo creía que Kjartan se iba a quedar con la granja, pero no lo dije, hubiera estropeado un momento bonito para él.

—Ven, vamos a dar una vuelta para ver esto —dijo, echando a andar de nuevo.

¿Vivir allí?

Me pareció una idea extraña. Me resultaba imposible imaginarme a mi padre en esa

casa, rodeado de todas esas cosas. ¿Mi padre poniendo a secar el heno? ¿Mi padre cortando hierba y metiéndola en el silo? ¿Mi padre esparciendo estiércol sobre los campos? ¿Mi padre sentado en el sillón del salón escuchando el parte meteorológico?

Aunque la historia no existía para mí cuando iba allí de niño, y todo pertenecía al momento, intuía no obstante su presencia. Mi abuelo había vivido allí toda su vida, lo que de alguna manera influía en la imagen que yo tenía de él. Pero si había algo que mi abuelo materno como imagen e idea reunía en él, no era lo que había hecho en el transcurso de su vida, de eso yo sabía muy poco, y con lo poco que sabía no tenía nada con que comparar; la imagen que yo tenía de mi abuelo se concentraba en una sola cosa: su pequeño tractor de dos tiempos que usaba para todo. Ese tractor era la esencia del abuelo. Era rojo y estaba un poco oxidado, se ponía en marcha pisando una palanca de metal con el pie, tenía una pequeña caja de cambios, una palanca con una bola negra en una de las manivelas, el acelerador en la otra. Lo usaba para segar, y el abuelo se limitaba a ir detrás de él, mientras un enorme artilugio parecido a unas tijeras, montado delante para la ocasión, segaba toda la hierba que encontraba a su paso. También lo usaba para transportar cosas pesadas; entonces lo enganchaba a un carro con un asiento verde, desde el que dirigía algo que de repente se había convertido en un vehículo parecido a un camión. Pocas cosas me gustaban más que acompañarlo en esas ocasiones, ir sentado en la parte de atrás cuando nos acercábamos a las dos tiendas que había en Vågen, por ejemplo, adonde iba a por bidones de ácido fórmico, sacos de forraje o fertilizante artificial. El vehículo iba tan despacio que podías ir andando a su lado, pero la velocidad era lo de menos, lo importante era todo lo demás; el tableteo del motor, el humo del tubo de escape que olía tan bien y que inundaba la carretera cuando íbamos por ella, el sentirme completamente libre sentado en esa plataforma de carga, pudiendo colgarme por el borde tanto a un lado como al otro, todo lo que podía verse por el camino, como por ejemplo la pequeña figura del abuelo con su gorra con visera justo delante de mí, y que íbamos camino de la tienda que había en el muelle donde amarraba el barco que iba y venía de Bergen y por donde podíamos pasear, preferentemente con un helado en la mano, mientras el abuelo se ocupaba de sus cosas.

En la granja también había una carretilla que se usaba para transportar cosas pesadas a distancias cortas, como por ejemplo las lecheras que cada mañana había que llevar hasta la rampa de la leche junto a la carretera, donde luego las recogía el camión lechero. La carretilla era de metal, y las ruedas del tamaño de las de una bicicleta. Otra cosa que nadie tenía donde nosotros vivíamos eran las guadañas, tanto las tres grandes, con mango de madera, como las pequeñas, que para usarlas había que inclinarse, ni la gran muela que había delante de la leñera, en la que se afilaban. Los bieldos con sus tres largos y finos dientes. Las palas planas y pesadas que se usaban para empujar los excrementos de las vacas dentro del sótano del estiércol, que no era más que una trampilla debajo del suelo del establo. La valla eléctrica en la que meé por primera y última vez ese verano,

engañado por Yngve. Los pajares, esos extraños entramados larguiruchos y pusilánimes donde se colgaba el heno para que se secara, que estaban delante de todas las granjas esperando limosna, y que a lo lejos o en la oscuridad parecían divisiones militares formadas para iniciar la batalla. Esa plancha grande y completamente redonda sobre la que la abuela freía sus tortitas. El hierro negro para hacer barquillos. Los filtros y los dispositivos planos de filtración para la leche, y las propias lecheras, con sus cuerpos chatos y cuellos cortos y sin cabeza, y cómo dejaban de murmurar y cacarear cuando se llenaban de leche, luego se metían en la carretilla y se bajaban hasta la rampa bien colocadas una al lado de otra, de repente serias y dignas, cuando alguna de ellas no se tambaleaba alegremente de un lado para otro al toparse la rueda con un bache en la carretera. Ah, y el abuelo, que todas las tardes se ponía a cantar junto al establo para que entraran las vacas.

—¡Vaquiiiitas! —cantaba—. ¡Veniiiiid, mis vaquiiiitas!

¿Cómo podía contar yo todo esto a mis amigos de Tromøya, cuando me preguntaban dónde habíamos estado y qué habíamos hecho en las vacaciones? Era imposible, y así debía serlo, los dos mundos estaban separados por sólidos muros, tanto en mi interior como en el exterior.

En el transcurso de las dos semanas que estuvimos allí, lo lejano se había vuelto familiar, mientras lo familiar, a lo que volvimos tras un largo viaje de un día entero en coche, se había vuelto lejano, o se había sumergido en la laguna de lo lejano, porque cuando bajamos la cuesta después del puente de Tromøya y emprendimos el último trecho hasta nuestra casa, que allí estaba, con la madera impregnada y los marcos de las ventanas pintados de rojo, rodeada de un césped seco, quemado por el sol, con las ventanas oscuras que nos miraban algo tristes, fue como si al mismo tiempo la conociera y no la conociera, porque aunque mi mirada estaba familiarizada con todo lo que veía, algunas cosas ofrecían resistencia, más o menos como un par de zapatillas de deporte nuevas, tan nuevas y relucientes en su estado virgen que se niegan a someterse a su nuevo entorno e insisten en su propia singularidad, hasta que unas semanas después ésta se ha esfumado y son ya sólo un par de zapatillas entre todas las demás zapatillas. Algo de esa sensación de nuevo se había adherido a la urbanización cuando llegamos en el coche, estaba como impregnada de ella, y no desaparecería hasta varios días después.

Mi padre detuvo el coche y apagó el motor. En el regazo de mi madre dormía el gatito blanco. Había maullado y chillado en la jaula toda la mañana, y cuando por fin pudo salir, estuvo corriendo de un lado para otro en el asiento de atrás y subiéndose a la ventana trasera, hasta que mi madre lo cogió y se durmió por fin. Tenía los ojos completamente rojos y aunque su pelo era espeso y lanudo, él era minúsculo. Sobre todo la cabeza, pensaba yo al acariciarlo y sentir el pequeño cráneo debajo de mi mano, y también el cuello. Delgado, estaba muy delgado.

—¿Dónde va a vivir Gatitoblanco? —pregunté.

—Vaya nombre —dijo mi padre, que abrió la puerta y se bajó del coche.

—Habrás que hacerle un hueco en el sótano —dijo mi madre, colocando al gato junto a su pecho con una mano, y abriendo la puerta con la otra.

Mi padre echó el asiento hacia delante y yo bajé a la gravilla, con las piernas flojas. Yngve salió por el otro lado y fuimos juntos detrás de mi padre hasta la puerta de casa. Él abrió con la llave y entró en el cuarto de la caldera, donde abrió el ventanuco, por el que sacó el extremo de la manguera. El otro extremo lo enroscó en el grifo, acto seguido salió con el aspersor en la mano. Mi madre, Yngve y yo fuimos al cuarto del sótano, donde pusimos al gato, todavía dormido, en una cesta con una manta. Le llevamos un plato con agua y otro con unos trocitos de salchicha del frigorífico, y, finalmente, colocamos en un rincón un barreño con arena.

—Cerraremos todas las puertas excepto ésta —dijo mi madre—. Así cuando se despierte no podrá esconderse en ninguna parte.

Mientras los finos chorros de agua del aspersor caían sobre el césped, y mi padre entraba el equipaje, Yngve, mi madre y yo cenamos en la cocina. Era domingo, todas las tiendas estaban cerradas y mi madre se había traído un pan, mantequilla y algo de fiambre de Sørbovåg. Tomamos té, yo con leche y tres cucharaditas de azúcar.

De repente el gato chilló abajo en el sótano. Los tres nos levantamos y salimos. El gato estaba ya en la escalera. Al vernos, volvió a bajar corriendo. Lo seguimos. Mi madre lo llamó, y el gato se acercó a toda prisa, pasó por delante de nosotros, subió la escalera y se metió en el salón, donde desapareció. Durante varios minutos lo estuvimos buscando y llamando, hasta que Yngve lo descubrió. Se había metido en el estrecho hueco que había entre la librería y la pared, imposible de alcanzar si no se movía la librería.

Mi madre bajó a por los platos de agua y comida, los puso al lado de la librería y dijo que ya saldría cuando quisiera. Cuando yo entré a la mañana siguiente, aún no se había movido. Por fin, ya por la tarde salió a comer un poco, antes de volver a meterse en su escondite. Se quedó allí tres días. Pero cuando por fin salió, fue para siempre. Seguía siendo un poco asustadizo, pero se iba acostumbrando cada vez más a nosotros, y al cabo de una semana corría por todas partes jugando, y se sentaba de un salto sobre nuestras rodillas maullando cuando lo acariciábamos. Por las noches se colocaba delante del televisor y golpeaba la pantalla con la pata. El fútbol le gustaba especialmente. No hacía ni caso de los jugadores, sólo se preocupaba por el balón, al que seguía con mucha atención por donde se moviera. A veces se metía detrás del televisor para buscarlo.

Cuando empezó el colegio después de las vacaciones, el gato empezó a toser. Resultaba cómico, sonaba como una persona tosiendo en el sótano. Lenta e imperceptiblemente las mañanas iban siendo cada vez más frescas, hasta que un día descubrimos una fina y

cristalina capa de hielo en los charcos de la calle. Desapareció al cabo de unas horas, pero de todos modos, el otoño se estaba acercando. Las hojas de los árboles caducifolios del páramo amarillaron y enrojecieron para caer en remolino de sus ramas cuando el viento llegó arrasando. Mi madre se puso enferma y estaba en la cama cuando me iba al colegio por la mañana y cuando volvía unas horas después. Apenas era capaz de levantar la cabeza de la almohada cuando entraba en su habitación a hablar con ella. Al mismo tiempo también enfermó Gatitoblanco, casi no se movía de su cesta y no paraba de toser. Mientras estaba en el colegio pensaba a menudo en cómo se encontraría él, y cada día lo primero que hacía al llegar a casa era bajar al sótano a verlo. ¡Ojalá se pusiera bien pronto! Pero ocurrió lo contrario, se puso peor, y un día que llegué a casa y fui directamente a verlo, no estaba en su cesta, sino en un rincón, directamente sobre el suelo de hormigón, retorciéndose a la vez que resoplaba. Le puse una mano encima, pero él seguía retorciéndose.

—¡Mamá! ¡Mamá! —grité—. ¡Se muere! ¡Se está muriendo!

Subí corriendo la escalera y abrí de un tirón la puerta de su habitación. Ella se volvió hacia mí somnolienta, sonriendo.

—¡Tienes que llamar a un veterinario! —grité—. ¡Enseguida! ¡Deprisa!

Ella se incorporó con cuidado en la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Gatitoblanco se está muriendo! Está abajo, retorciéndose. ¡Le duele mucho! ¡Tienes que llamar al veterinario! ¡Ahora mismo!

—No podemos, Karl Ove —dijo mi madre—. No se puede hacer nada por él. Y yo estoy enferma...

—¡Tienes que llamar ya, mamá! ¡Mamá, mamá, se está muriendo! ¿No lo entiendes?

—No puedo, ¿sabes? Lo siento. No puede ser.

—¡Pero Gatitoblanco SE MUERE!

Ella negó con la cabeza.

—¡Pero mamá!

Suspiró.

—Lo más probable es que estuviera enfermo cuando nos lo trajimos. Y es albino. Son siempre más débiles. No tiene remedio. No podemos hacer nada.

La miré con los ojos llenos de lágrimas. Luego cerré la puerta de un portazo y bajé corriendo al sótano. El gato estaba tumbado de lado, rascando el suelo con la pata mientras resoplaba. Le recorrían como sacudidas. Me agaché y lo acaricié. Luego salí de

casa y me fui al bosque, hasta la laguna. Y subí de nuevo por el otro lado, llorando sin cesar. Cuando nuestra casa apareció ante mí, corrí todo lo que pude, tendría que intentar una vez más convencerla. Ella no era veterinaria, ¿qué sabía de lo que podía ser o no ser? Abrí la puerta y me detuve. En el sótano reinaba el silencio. Entré de puntillas. Se había metido en la cesta. Yacía inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás.

—¡Mamá! —grité—. ¡Tienes que venir!

Me apresuré escaleras arriba y abrí la puerta de su cuarto.

—No se mueve —dije—. ¿Podrías mirar si está muerto? ¿O si se ha puesto bien?

—¿Crees que puedes esperar hasta que venga papá? No tardará mucho.

—¡No! —contesté.

Mi madre se me quedó mirando.

—Bueno, entonces iré —dijo. Apartó el edredón, puso los pies en el suelo y se levantó, todo muy despacio. Llevaba un camisón blanco y largo. Estaba despeinada, tenía la cara pálida y más suave que cuando no estaba enferma. Se apoyó en el armario con una mano. Yo bajé corriendo y la esperé delante del cuarto del sótano. De repente no quería estar solo allí dentro.

Ella se agachó delante del gato y lo tocó.

—Lo siento mucho —dijo—. Pero está muerto.

Me miró y se incorporó. Yo me abracé a ella.

—Ya no le duele —dijo.

—No —dije yo.

No lloré.

—¿Lo enterramos ahora mismo? —pregunté.

—Será mejor esperar a que vengan papá e Yngve, ¿no te parece?

—Pues sí.

Y así se hizo. Mientras mi madre estaba en la cama, mi padre llevó el gato a un rincón del jardín, seguido por Yngve y por mí. Cavó un hoyo en el suelo, metió el gato dentro y volvió a taparlo con tierra. No quiso ni oír hablar de una cruz.

*

Existen dos fotos de ese gato. En una de ellas está delante del televisor con una pata levantada, en la pantalla hay un nadador al que quiere atrapar. En la otra foto está en el sofá al lado de Yngve y mío. Lleva un lazo azul alrededor del cuello.

¿Quién le puso ese lazo?

Tuvo que ser mi madre. Ella hacía cosas así, lo sé, pero durante los meses en los que he estado escribiendo esto, en esa avalancha de recuerdos de sucesos y personas que se me ha venido encima, ella está ausente casi del todo, es como si no estuviera, sí, como si perteneciera a uno de esos recuerdos falsos que tienes a través de lo que te han contado, y no por lo que has vivido.

¿A qué se debe eso?

Porque había alguien allí, en el fondo de ese pozo que es la infancia, y era ella, mi madre, mamá. Era ella la que nos preparaba las comidas y la que todas las tardes nos reunía en torno a ella en la cocina. Era ella la que compraba, tejía y nos cosía la ropa, era ella la que la remendaba cuando se rompía. Era ella la que acudía con tiritas cuando nos caíamos y nos hacíamos rasguños en las rodillas, fue ella la que me llevó al hospital cuando me rompí la clavícula, y al médico, cuando —algo bastante menos heroico— contraí la sarna. Fue ella la que estuvo fuera de sí de preocupación cuando una niña murió de meningitis y al mismo tiempo yo me puse malo con un resfriado y tenía la nuca algo tiesa, entonces me metió a toda prisa en el coche y me llevó a Kokkeplassen, con la angustia iluminándole el rostro. Era ella la que nos leía en voz alta y nos lavaba el pelo cuando nos bañábamos, y era ella la que luego nos dejaba pijamas limpios sobre la cama. Era ella la que nos llevaba al entrenamiento de fútbol por las tardes, era ella la que asistía a las reuniones en el colegio y la que se sentaba entre los otros padres para hacernos fotos en las fiestas de fin de curso. Era ella la que luego pegaba las fotos en un álbum. Era ella la que hacía tartas para nuestros cumpleaños, y las pastas navideñas y las de cuaresma.

Ella hacía para nosotros todo eso que hacen las madres para sus hijos. Si me ponía malo y ardía de fiebre, era ella la que venía con un trapo frío y me lo ponía en la frente, era ella la que me metía el termómetro en el culo para tomarme la temperatura, era ella la que llegaba con agua, zumo, uvas, galletas, era ella la que se levantaba por la noche y venía a mi cuarto en camisón para ver qué tal me encontraba.

Ella estaba siempre allí, lo sé, pero no consigo recordarlo.

No tengo ningún recuerdo de que me leyera, no la recuerdo poniéndome tiritas en las rodillas, ni recuerdo su presencia en una sola fiesta de fin de curso.

¿A qué se debe?

Ella me salvó, porque si no hubiera estado allí, yo me habría criado solo con mi padre, entonces me habría suicidado antes o después, de una u otra manera. Pero ella estaba allí, equilibrando la oscuridad de mi padre, yo vivo y el que no viva con alegría no tiene nada que ver con ese equilibrio de la infancia. Yo vivo, tengo hijos y con ellos sólo me he esforzado en una cosa: en que no tengan miedo de su padre.

No lo tienen. Lo sé.

Cuando entro en su habitación, ellos no se encogen, no miran al suelo, no escapan del cuarto a la primera oportunidad que se les presenta, qué va, si me miran es con indiferencia, y el que me ignoren es algo que me alegra inmensamente. Y si cuando tengan cuarenta años se han olvidado por completo de que yo estaba allí, se lo agradeceré.

Obviamente, mi padre conocía la situación. El conocimiento de sí mismo no era una de sus carencias. Una noche, a principios de los ochenta, dijo a Prestbakmo que era mi madre la que había salvado a sus hijos. La cuestión es si eso fue suficiente. La cuestión es si no fue responsabilidad de ella el que estuviéramos tantos años expuestos a él, a un hombre de quien teníamos un miedo visceral siempre, a todas horas. La cuestión es si basta con equilibrar la oscuridad.

Ella tomó una decisión, se quedó con él, alguna razón tendría.

Lo mismo rige para él. Él también tomó una decisión, también se quedó. Así vivieron durante toda la década de los setenta y principios de los ochenta, lado a lado en la casa de Tybakken, con sus dos hijos, sus dos coches y sus dos trabajos. Tenían una vida fuera de casa, otra vida en casa tal y como eran el uno para el otro, y una vida en casa tal y como eran para nosotros. Nosotros, como niños, éramos como perros en una multitud de personas, sólo interesados en otros perros o cosas de perros, no nos enteramos nunca de lo que ocurría allí, encima de nuestras cabezas. Yo apenas sabía cómo era mi padre fuera de casa, porque algo se filtraba hasta mí, pero nunca le vi ningún sentido. Me daba cuenta de que siempre iba bien vestido, pero no capté la importancia que eso tenía; cuando me hice mayor y me encontré con alguno de sus alumnos, fui capaz de verlo en ese papel: un joven profesor, esbelto y bien vestido, que se bajaba de su Opel Ascona, subía con paso decidido a la sala de profesores, dejaba allí la cartera, se preparaba un café mientras intercambiaba algunas frases con sus colegas, se iba a su aula cuando sonaba el timbre, colgaba la chaqueta de pana marrón del respaldo de la silla y echaba un vistazo a la clase, que lo miraba muy quieta. Tenía una cuidada barba negra, brillantes ojos azules, un bello rostro. Los chicos le temían, era severo, no toleraba nada. Las chicas estaban enamoradas de él, tenía un gran carisma y no se parecía a ninguno de los otros profesores. Le gustaba enseñar y lo hacía bien, cautivaba a sus alumnos cuando hablaba de lo que le gustaba. El poeta Obstfelder era su favorito. Pero también le gustaba Kinck, y escritores contemporáneos, como Bjørneboe.

En el trato con sus colegas era correcto, pero mantenía siempre las distancias. La distancia estaba en la ropa, pues muchos profesores solían llevar *busserull*, esa vestimenta campesina tan típica, y vaqueros, o ponerse el mismo traje durante meses. La distancia estaba en la objetividad y los conocimientos que mostraba. La distancia estaba en su lenguaje corporal, en su porte, en su carisma.

Siempre sabía más sobre ellos que ellos sobre él. Era una regla en su vida, e incluía a todo el mundo, incluso a sus padres y hermanos. O tal vez sobre todo a ellos.

Cuando volvía del instituto, se iba a su despacho a preparar las reuniones a las que asistiría por la tarde; era concejal del Partido Liberal, y además formaba parte de varios comités; en un tiempo también se habló de él como posible candidato de su partido para el Parlamento, según decía. Pero lo que decía no siempre era cierto, manipulaba notoriamente la verdad en el círculo que lo rodeaba, aunque no en su trabajo en el instituto, ni en la política, en esos temas era fiable y honesto. También era socio de un club filatélico de Grimstad y participó en varias exposiciones con sus colecciones. En los meses de verano dedicaba su tiempo a la jardinería, también en eso era ambicioso y perfeccionista, si se puede imaginar algo así del jardín de una casa de una modesta urbanización de la década de los setenta. Ese interés por todo lo que crecía lo había heredado de su madre. Y tal vez fuera de ese tema de lo que más solían hablar, de distintas plantas, arbustos y árboles, y de sus experiencias al respecto. Sol, tierra, humedad, grado de acidez. Poda, injertos, riego. No tenía amigos, sus relaciones sociales se limitaban a la sala de profesores y la familia. Visitaba a menudo a sus padres, hermanos y tíos, y ellos lo visitaban a menudo a él. Con ellos utilizaba un tono que a Yngve y a mí nos era ajeno, y que observábamos por ello con desconfianza.

La vida de mi madre se distinguía en muchos aspectos de la de él. Ella tenía muchas amigas, la mayor parte del trabajo, pero también de otros ambientes, en especial del vecindario. Con ellas charlaba, o «cacareaba», como solía decir mi padre, fumaba y comía bizcochos que ellas mismas habían preparado, o hacían punto dentro de esas nubes de humo de tabaco tan frecuentes en los salones de la década de los setenta. Le interesaba la política, estaba a favor de un estado fuerte, una buena sanidad pública, igualdad de derechos para todos, seguramente se relacionaba con el movimiento de mujeres y el de la paz, supongo que estaría en contra del capitalismo y el creciente materialismo, y que simpatizaría con el movimiento ecologista El Futuro en Nuestras Manos de Damman, en suma, sería de izquierdas. Ella misma dijo que entre los veinte y los treinta años se encontraba en una especie de estado de hibernación, entonces todo era cuestión de trabajo, niños y conseguir la vida que se había propuesto, la economía era precaria, había que luchar para que funcionara, pero cuando cumplió los treinta, volvió a descubrirse a sí misma y la sociedad de la que formaba parte. Mientras mi padre raramente leía más de lo que estaba obligado a leer, ella tenía un auténtico interés por la literatura. Ella era idealista, él era pragmático, ella meditaba, él era práctico.

Nos educaron entre los dos, aunque yo nunca lo viví así, siempre distinguía bien entre ellos, y los concebía como dos seres separados del todo. Pero para ellos tenía que ser diferente. Por las noches, mientras nosotros dormíamos, ellos estaban arriba charlando sobre los vecinos, los colegas, o nosotros, sus hijos, si no discutían de política o literatura. Alguna que otra vez se fueron de viaje los dos juntos a Londres, al valle del Rin, o a la

montaña, en esos casos Yngve y yo nos quedábamos con nuestros abuelos paternos o maternos. En lo referente a tareas domésticas había más igualdad entre ellos que entre los padres de mis compañeros; mi padre fregaba y cocinaba, lo que no hacía ninguno de los demás padres; estaba también toda esa cosecha de víveres a la que se dedicaban en esa época, todo el pescado que él pescaba en la parte de la isla que daba al mar abierto, y esos cientos de kilos de toda clase de bayas que cogíamos durante excursiones que hacíamos al interior del país en el verano tardío y el otoño, con las que luego hacían zumos y mermeladas que metían en frascos y botellas y que durante todo el invierno se almacenaban en los estantes del sótano, suavemente incandescentes a la luz del ventanuco de lo alto de la pared. Frambuesas, moras, arándanos, arándanos rojos y frambuesas árticas, ante las que mi padre era capaz de gritar de entusiasmo cuando las encontraba. Endrinas para vino. Además, pagaban por coger fruta en campos de Tromøya, por ejemplo manzanas, peras y ciruelas. Luego estaba el cerezo del tío de mi padre, Alf, que vivía en Kristiansand, y obviamente los frutales de mis dos abuelas. Nuestros días eran estructurados y claros, los domingos había comida dominical con postre, los días laborables solía haber pescado en distintas formas y variantes. Siempre sabíamos a qué hora iríamos al colegio al día siguiente, y qué asignaturas nos tocaban. Tampoco lo que ocurría por las tardes carecía de planificación, dependía mucho de la temporada: si nevaba o el lago estaba helado, entonces lo importante eran los esquís y los patines. Cuando la temperatura del mar subía por encima de los quince grados, había que bañarse. El único factor realmente imprevisible en esa vida que pasaba de otoño a invierno, de primavera a verano, curso tras curso, era mi padre. Le tenía tanto miedo que soy incapaz, incluso con el mayor de los esfuerzos, de recrearlo; los sentimientos que tenía hacia él no he vuelto a tenerlos nunca, ni siquiera de lejos.

Sus pasos en la escalera, ¿venía a mi habitación?

La ferocidad de sus ojos. El gesto de la boca, los labios que se separaban descontrolados. Y luego su voz.

Estoy a punto de echarme a llorar aquí sentado, escuchándola con mi oído interior.

Su ira llegaba como una ola y atravesaba la habitación, golpeándome una y otra vez, para luego retirarse. Después podía haber paz y tranquilidad durante varias semanas. Y sin embargo no había paz y tranquilidad, porque la ola igual podía llegar al cabo de dos minutos que de dos días. Llegaba sin previo aviso. De repente aparecía iracundo. Si entonces nos pegaba, no importaba, era igual de horrible cuando me retorció la oreja, me apretaba el brazo o me arrastraba hasta algún sitio para obligarme a mirar lo que yo había hecho, no era el dolor lo que temía, era a él, su voz, su cara, su cuerpo, esa rabia que emanaba, eso era lo que yo temía, y ese miedo nunca me abandonó, estuvo presente en todos los días de mi infancia.

Después de cada enfrentamiento, me quería morir. Una de mis mejores y más

entrañables fantasías era que me moría. Entonces sería peor para él. Entonces se quedaría pensando en lo que había hecho. Entonces se arrepentiría. ¡Ay, cómo se arrepentiría! Me lo imaginaba retorciéndose las manos de desesperación mirando al cielo, ante el pequeño ataúd en el que yo yacía, con mis dientes salidos, incapaz ya de pronunciar la «r».

¡Qué dulzura había en esa imagen! Era como para ponerme otra vez de buen humor. Así era en la infancia, la distancia entre lo bueno y lo malo era mucho más corta de lo que es para un adulto. Bastaba con asomar la cabeza por la puerta, y ocurría algo fantástico. Subir hasta B-Max y esperar el autobús era en sí un evento, aunque fuera algo que se repitiera cada día durante varios años. ¿Por qué? No tengo ni idea. Pero cuando todo relucía de humedad, los botines se me habían ablandado con el aguanieve del asfalto, la nieve del bosque estaba blanca y hundida, y nosotros nos habíamos reunido en un círculo para charlar o jugar, o corríamos detrás de las chicas para ponerles la zancadilla, quitarles el gorro o simplemente tirarlas a un montón de nieve y sentir a alguna de ellas cerca de mí, rodeándoles la cintura con los brazos con todas mis fuerzas, tal vez la de Marianne, tal vez la de Siv, tal vez la de Marian, porque siempre había una por la que sentía más aprecio, o en la que pensaba más que en las otras, entonces mis nervios vibraban, entonces mi pecho hervía de alegría. ¿Por qué? Ah, por la nieve mojada. Por las cazadoras mojadas. Por todas esas chicas tan guapas. Por el autobús escolar, que llegaba tintineando con sus cadenas. Por el vaho en las ventanas cuando entrábamos, por nuestros gritos y voces, porque Anne Lisbet estaba allí, tan alegre y tan bonita, con el pelo tan negro y la boca tan roja como siempre. Cada día era una fiesta, en el sentido de que todo lo que ocurría vibraba de emoción, y porque nada era del todo previsible. Y no había acabado cuando llegaba el autobús, en absoluto, apenas había empezado, porque teníamos por delante toda la jornada escolar, con esa transformación que experimentábamos cuando colgábamos las prendas mojadas en los percheros y entrábamos lentamente en el aula, descalzos, con las mejillas sonrosadas y el pelo despeinado, con las puntas que habían quedado fuera del gorro mojadas. Con la emoción en el cuerpo ante los recreos subíamos corriendo las escaleras, recorríamos los pasillos hasta llegar a la escalera principal y salíamos fuera, cruzábamos el patio, bajábamos la pequeña pendiente y nos metíamos en el campo de fútbol. Y luego llegábamos a casa, escuchábamos música, leíamos, tal vez nos poníamos los esquís y bajábamos la empinada cuesta hasta Ubekilen, donde siempre estaban los demás, y, con esa intensidad que sólo se tiene en la infancia, bajábamos, subíamos otra vez con los esquís y volvíamos a bajar, hasta que la oscuridad era tan densa que no veíamos a un palmo de nuestras narices y nos quedábamos parados, inclinados hacia delante, con los bastones en las axilas, charlando de todo y de nada.

El brillo fugaz del hielo en el estrecho, cubierto por una fina capa de agua. Las luces procedentes de las casas de la urbanización, que se posaban como una especie de cúpula sobre el bosque por encima de nosotros. Todos los sonidos intensificados por la oscuridad cada vez que alguien cambiaba de postura y los miniesquís azules repiqueteaban uno

contra otro, o se clavaban en la nieve blanda. El coche que se acercaba por el estrecho camino de grava era un escarabajo, pertenecía a los que vivían allí dentro, la luz alumbraba el prado, dejando todo por un momento al descubierto de un modo fantasmal, y luego la oscuridad, que nos envolvía de nuevo.

Un sinfín de momentos como éstos, todos igual de apiñados, en eso consistía la infancia. Algunos de ellos capaces de elevarme hasta alturas vertiginosas, como aquella tarde que conseguí que Tone quisiera ser mi novia, y un tramo corriendo y otro deslizándome, bajé esa cuesta por la que, a juzgar por la superficie, la máquina quitanieves acababa de pasar, y cuando llegué a la parte oscura entre las calles delante de mi casa, me tumbé boca arriba en la nieve y miré esa oscuridad densa, húmeda y silenciosa encima de mí, y me sentí plenamente feliz.

Otros días podían abrirse como un agujero debajo de mí, como aquella noche en la que mi madre nos contó que al año siguiente iba a empezar a estudiar en una escuela. Estábamos cenando cuando lo dijo.

—La escuela está en Oslo —explicó—. Será sólo un año. Vendré a casa los viernes, pasaré aquí todo el fin de semana y volveré a Oslo los lunes. Serán tres días aquí y cuatro allí.

—¿Nos vamos a quedar solos aquí con papá? —preguntó Yngve.

—Sí, estará muy bien. Así os veréis más.

—¿Por qué vas a ir a un colegio? —pregunté—. ¡Pero si eres una adulta!

—Es algo que se llama formación complementaria —dijo ella—. Voy a aprender más sobre mi profesión. Es muy emocionante, ¿sabes?

—No quiero que vayas —dije.

—Sólo será un año —dijo ella—. Y estaré aquí tres días a la semana. Y todas las vacaciones. Tendré unas vacaciones muy largas.

—Aun así no quiero.

—Lo entiendo —dijo mi madre—. Pero todo irá bien. Papá quiere estar con vosotros. Y el año que viene será al revés. Entonces será papá el que hará un año de formación complementaria, y yo la que estará en casa.

Me bebí el último sorbo de té con la boca casi cerrada, para que entrara a minúsculos chorros y evitar así que se me metiera en la boca alguna de las muchas y mojadas hojitas negras que había en el fondo de la taza.

Me levanté y cogí la pesada tetera con las dos manos, me serví más té en la taza y la devolví a su sitio. El té estaba casi negro, llevaba mucho tiempo haciéndose. Me eché una generosa cantidad de leche y tres cucharadas grandes de azúcar.

—Azúcar con té —dijo Yngve.

—¿Y a ti qué te importa?

En ese instante sonaron los pasos de mi padre en la escalera.

¡Vaya, justo cuando me había llenado la taza hasta arriba! Ahora tendría que quedarme allí sentado hasta acabármelo. Yngve, que no tenía en cuenta esas consideraciones, se levantó y desapareció.

Mi padre pasó con movimientos oscuros. Encendió el televisor y se sentó en el sillón.

—¿No quieres cenar un poco? —le preguntó mi madre.

—No —contestó él.

Me eché un poco de leche en el té para enfriarlo, y me lo bebí de tres grandes sorbos.

—¡Gracias por la cena! —dije, y me levanté.

—De nada —contestó mi madre.

La noticia fue estremecedora, pero no me sentía estremecido cuando luego me metí en mi habitación, era abril, y mi madre no empezaría en esa escuela hasta agosto. Faltaban cuatro meses, y en la infancia cuatro meses son una eternidad. La formación complementaria de mi madre pertenecía al futuro de la misma manera vaga que el instituto, la confirmación o el decimoctavo cumpleaños. Nos encontrábamos en medio de la infancia y en ella el tiempo estaba abolido. Es decir, los momentos pasaban volando, a una velocidad salvaje, mientras que los días que los contenían transcurrían de un modo casi imperceptible. Ni siquiera cuando llegó el día de fin de curso y nosotros ya no seríamos de tercero, pensé en que ella pronto se iría. Estaban por medio esas largas vacaciones de verano, ¿no? Me percaté cuando ella empezó a preparar sus cosas en el dormitorio, con la maleta abierta en el suelo. Al mismo tiempo ocurrieron muchas otras cosas, al día siguiente empezaríamos cuarto, y perteneceríamos al grupo de los mayores. Tendríamos una nueva aula y, aún más importante, tendríamos nueva tutora. En mi habitación me esperaba una mochila nueva, en el armario colgaba ropa nueva. Cuando pensaba en todo eso, sentía un cosquilleo en el estómago, y aunque me puse triste al ver a mi madre hacer el equipaje, no estaba mucho más triste que cuando ella se iba al trabajo.

Dejó de hacer el equipaje y me miró.

—Volveré el jueves —dijo—. Son sólo cuatro días.

—Ya lo sé —dije yo—. ¿Te has acordado de todo lo que te tienes que llevar?

—Creo que sí —contestó—. ¿Me ayudas con la maleta? ¿Puedes apoyar ahí la rodilla para que pueda cerrarla bien?

Asentí e hice lo que me pedía.

Mi padre subió por las escaleras.

—¿Estás lista? —preguntó a mi madre, señalando la maleta—. Yo la cogeré.

Mi madre me abrazó y siguió a mi padre hasta abajo.

Los vi desde la ventana del baño. Cuando ella se metió en el escarabajo verde fue exactamente como cualquier tarde que se iba a trabajar, de no ser por la maleta en el maletero. Le dije adiós con la mano, ella me devolvió el saludo, arrancó el motor, dio marcha atrás, cambió de marcha, el coche bajó la cuesta a su manera de escarabajo y desapareció.

¿Qué pasaría ahora?

¿Qué aspecto tendrían ahora los días?

Mi madre era la que lo unía todo, ella era el centro de la vida de Yngve y mía, lo sabíamos nosotros, lo sabía mi padre, pero tal vez no lo supiera ella. Porque si lo sabía, ¿cómo podía irse así sin más?

Cuchillos y tenedores entrechocando en los platos, codos que se mueven, cabezas inmóviles, espaldas derechas. Nadie dice nada. Estamos los tres, el padre y los dos hijos, sentados comiendo. Rodeados por todas partes de la década de los setenta.

El silencio crece. Lo notamos los tres, ese silencio no es de los que pueden disolverse, es de los que duran toda la vida. Se puede decir algo, se puede hablar, pero el silencio no cesa.

Mi padre dejó el hueso en el plato junto a la cáscara de patata, y se sirvió otra chuleta. A Yngve y a mí sólo nos tocaba una por barba.

Yngve había acabado.

—Gracias por la comida —dijo.

—Hay postre —dijo mi padre.

—No quiero —dijo Yngve—. Gracias de todos modos.

—¿Por qué no quieres postre? —le preguntó mi padre—. Es piña y nata batida. Eso te gusta.

—Salen espinillas —dijo Yngve.

—Si tú lo dices... —dijo mi padre—. Entonces puedes levantarte de la mesa.

Cuando Yngve se levantó, me miró a mí, como si mi hermano ya no existiera.

—Pero tú sí quieres, ¿no, Karl Ove?

—Ya lo creo —respondí—. Es mi postre favorito.

—Bien —dijo él.

Me puse a mirar por la ventana, esperando a que mi padre terminara. Se oía música procedente del cuarto de Yngve. En la calle había un grupo de chicos. Habían colocado piedras en el suelo a modo de porterías, al momento sonaron pesados golpes de pies que golpean un balón poco inflado, y luego los gritos bajos que siempre se oyen cuando se juega al fútbol, no importa la forma en la que el juego se desarrolle.

Por fin mi padre se levantó, cogió los platos y los vació en el cubo de basura. Puso un plato de piña y nata batida delante de mí, y otro delante de él.

Nos lo comimos sin decir nada.

—Gracias por la comida —dije, y me levanté. Mi padre no contestó, pero él también se levantó, llenó de agua la cafetera y sacó el paquete de café del armario.

Luego se volvió.

—Oye —dijo.

—¿Sí?

—No te burles nunca de las espinillas de Yngve. ¿Entendido? No quiero oír nada al respecto.

—Vale —contesté sin moverme por si tenía algo más que decir.

Él se dio la vuelta y cortó una esquina del paquete de café. Yo fui al cuarto de Yngve, que estaba tocando su guitarra eléctrica, una copia Les Paul negra, y que me había sorprendido mucho la primera vez que la escuché, ya que estaba convencido de que no saldría de ella un solo sonido sin un amplificador. Pero sí sonaba cuando él tocaba, bajo y vibrante, con la cara llena de espinillas.

—¿Jugamos a algo? —le pregunté.

—Estoy tocando.

—Yo quería jugar a algún juego.

—¿A Recoge las 52?

—¡Ja-ja-ja —dije—. A ese juego sólo se puede jugar una vez. Y yo ya he jugado. ¿Por qué no me enseñas algún acorde?

—Ahora no. Otro día.

—Por favor.

—Vale, pero sólo uno. Siéntate.

Me senté a su lado en la cama. Él me puso la guitarra sobre las rodillas y colocó tres

dedos en un traste.

—Es un mi —dijo, quitando la mano.

Yo coloqué los dedos donde él los tenía.

—Bien —dijo—. Y ahora dale.

Le di, pero sólo sonó alguna cuerda.

—Tienes que apretar con más fuerza —me explicó—. Y tienes que cuidar de que los otros dedos no pisen las cuerdas sueltas.

—Vale —dije, y volví a intentarlo.

—Muy bien —dijo—. Ya. Ya sabes el mi.

Le devolví la guitarra y me levanté.

—¿Te acordarás de cuáles son las distintas cuerdas? —me preguntó.

—Mi, la, re, sol, si, mi —dije.

—Correcto. Ya sólo te falta un conjunto.

—Pero entonces tienes que dejarme tu guitarra —dije.

—De eso nada.

No dije nada, porque podría cambiar de opinión.

—¿A qué hora empiezas mañana? —pregunté cambiando de tema.

—A primera hora —dijo—. ¿Y tú?

—A las once, creo.

—¿Lo crees?

—No, lo sé. ¿Y papá?

—Seguro que a primera hora.

Eran buenas noticias. Así me quedaría solo en casa unas horas.

Di la vuelta y me fui a mi cuarto. La mochila nueva estaba apoyada en la pata del escritorio. La cuadrada azul que tenía desde el principio se había quedado demasiado pequeña y era muy infantil. La nueva era verde oscura y de una tela sintética que olía maravillosamente bien.

La olí un rato. Luego puse *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, me tumbé boca arriba en la cama y miré al techo.

Getting so much better all the time!

It's getting better all the time!

Better, better, better!

It's getting better all the time!

Better, better, better!

Getting so much better all the time!

La música me elevó, daba golpes en el aire con una mano y movía la cabeza de un lado para otro, feliz en todo mi ser. *¡Betta, betta, betta!*, canté. *¡Betta, betta, betta!*

Allí estaba el colegio, con la madera impregnada de negro, y sus muchas ventanas brillando, cuando salimos dando tumbos del autobús. Ya éramos de los mayores, y sabíamos cómo comportarnos y lo que nos esperaba. Mientras los nuevos alumnos, los de primero, estaban con sus padres escuchando el discurso del director junto al mástil de la bandera, recién peinados y vestidos para la ocasión, nosotros íbamos por el patio escupiendo o nos apoyábamos en la pared del cobertizo de lluvia, contándonos lo que habíamos hecho durante el verano. Ya no bastaba con tres vacas en una granja, pero aunque nuestras únicas vacaciones habían transcurrido en Sørbøvåg, donde yo había estado una semana solo en casa de Jon Olav y familia, tenía algo que aportar, porque había allí una chica, mi prima segunda, se llamaba Merethe, era rubia y vivía a las afueras de Oslo. Había salido con ella, les dije, y aunque no era tan impresionante como Liseberg, en Gotemburgo, el parque de atracciones más grande del norte de Europa, era mejor que nada.

Algunas chicas desenrollaron las gomas de saltar de sus para mí ocultos escondites, y se pusieron a saltar.

No, a *bailar*.

Conseguimos convencerlas de que usaran la goma para hacer salto de altura, porque en eso podíamos participar sin quedar mal ante los otros chicos. Entre dos sostenían la goma, y nosotros corríamos uno tras otro hacia ella, nos poníamos de lado y levantábamos las piernas, aterrizando al otro lado.

Era un placer ver a las chicas saltar subiendo las piernas, de esa manera elegante y controlada.

La goma sonaba y, zas, se colocaban al otro lado.

La altura se fue subiendo hasta que sólo quedó un saltador.

Tenía la esperanza de ser yo, porque Anne Lisbet también se había sumado a nosotros, pero sería como siempre Marianne.

Zas, zas, zas, se oía cuando corría hacia delante, shhh, se oía cuando saltaba, y zas

estaba al otro lado.

Sonrió tímidamente, se apartó con un dedo el pelo rubio que le llegaba al hombro, y me pregunté si sería ella de quien me enamoraría ese curso.

Seguramente no. Iba a mi clase.

¿Quizá sería alguna de la clase A?

¿O incluso habría tal vez alguien de *otro* colegio en ese seductor futuro?

Después de que en la primera clase nos repartieran el horario y algunos libros nuevos, tuvimos por fin la oportunidad de contar, uno tras otro, lo que habíamos hecho durante el verano. En la segunda clase íbamos a elegir a los representantes para el nuevo consejo de alumnos. Siv y yo habíamos sido los representantes de la clase el curso anterior, y consideraba una mera formalidad la reelección, hasta que Eivind levantó la mano y dijo que él también se presentaba. Entonces habría que elegir entre seis. El hecho de que Eivind se encontrara entre ellos me hizo infringir esa ley no escrita que dice que nunca, bajo ninguna circunstancia, debes votarte a ti mismo. Pensé que tal vez hubiera un empate y entonces ese voto podría resultar decisivo. Excluí por completo la posibilidad de que alguien descubriera que me había votado a mí mismo. Eran elecciones secretas, la única que iba a ver los papelitos escritos por nosotros y que podría descubrirnos era la señorita, y ella no diría nada.

¡Qué manera tan cruel de equivocarme!

Puse KARL OVE con letras de molde en el papelito, lo doblé y se lo di a la señorita cuando pasó recogéndolos en un gorro. En la pizarra escribió los nombres de los seis candidatos, y llamó a Sølvi para que leyera en voz alta los nombres. Por cada papelito que Sølvi leía, la señorita ponía una cruz junto al nombre escrito en la pizarra.

Mis votos tardaban en aparecer. Al principio casi todos los votos de los chicos eran para Eivind. Me estremecí al darme cuenta de que apenas quedaban papelitos. ¡Yo no había recibido ningún voto! ¿Cómo era eso posible?

Por fin llegó.

—Karl Ove —dijo Sølvi, y la señorita puso una cruz detrás de mi nombre.

—Eivind —leyó Sølvi.

—Eivind.

—Eivind.

—Creo que ya está. Veamos ¡Los representantes de la clase en el consejo de alumnos de este curso serán Eivind y Marianne!

Bajé la mirada a la mesa delante de mí.

Un voto.

¿Cómo era posible?

Y encima ese voto era el mío propio.

¡Pero si yo era el mejor de la clase! ¡Al menos en noruego! ¡Y en geografía, historia, ciencias naturales y ciencias sociales! Y en mates era el segundo, o tal vez el tercero. ¿Pero en total? ¿Quién era mejor que yo en total?

Vale, Eivind ganó. ¿Pero un voto? ¿Cómo era eso posible?

¿Nadie me había votado a mí?

Tenía que haber algún error en alguna parte.

¿*Nadie*?

Cuando abrí la puerta de casa, mi padre estaba justo al otro lado.

Me llevé un buen susto.

¿Cómo lo había conseguido?

¿Estaba allí dentro esperando?

—Tienes que ir a B-Max a comprar algunas cosas —dijo—. Mira.

Me dio una nota con la lista de la compra y un billete de cien coronas.

—Quiero que me devuelvas todo el cambio. ¿Entendido?

—Sí —respondí, dejé la mochila y salí corriendo a la calle.

Si había algo con lo que yo era muy cuidadoso, era con el cambio. Cuando se inauguró el supermercado B-Max, Yngve volvió con dinero de menos, por lo que mi padre le dio la paliza más grande de toda su vida, lo que no era poco. Yngve había recibido muchas palizas. Muchas más que yo. Yo lo tuve todo más fácil en ese sentido. Incluso las horas de acostarme eran más admisibles comparadas con las de Yngve.

Miré la lista.

1 kg de patatas

1 kg de filetes rusos

2 cebollas

Café

1 lata de piña

1/4 de nata para batir

1 kg de naranjas

¿Piña? ¿Íbamos a comer postre otra vez? ¿Un lunes?

Metí la compra en una cesta, y me quedé unos minutos hojeando unas revistas en la estantería que había junto al mostrador, pagué, me metí el cambio en el bolsillo y volví correteando a casa con la bolsa bastante pesada colgándome de la mano.

Se la alcancé a mi padre en la cocina, junto con el dinero, que se metió en el bolsillo mientras yo me quedaba esperando a que me dijera que me podía marchar. Pero no lo hizo.

—¡Siéntate! —dijo, señalando la silla.

Me senté.

—¡Con la espalda recta, chico!

Me enderecé.

Sacó de la bolsa las patatas, que estaban llenas de tierra, y se puso a lavarlas.

¿Qué quería de mí?

—¿Bueno? —dijo volviendo la cabeza para mirarme mientras sus manos seguían trabajando bajo el chorro del grifo.

Lo miré interrogante.

—¿Y qué te dijo la profesora?

—¿La profesora?

—Sí. *La señorita*. ¿No tenía nada que decirnos el primer día de colegio?

—Sí, nos dio la bienvenida. Luego nos repartió el horario y algunos libros.

—¿Y qué tal el horario? —preguntó. Se acercó al armario que había junto a la cocina eléctrica y sacó una cacerola.

—¿Quieres que te lo busque?

—No, no. Algo recordarás, ¿no? ¿Tenía buena pinta?

—Sí —contesté—. Estupenda.

—Muy bien —dijo él.

Aquella noche entendí lo que significaba que mi madre no estuviera allí.

Las habitaciones estaban muertas.

Mi padre se quedaba abajo, en su despacho, y arriba, donde estaban nuestros cuartos, el salón y la cocina, todo estaba como muerto. Yo entraba sigilosamente en ellos y

aparecía ese sentimiento que me sobrevinía a veces cuando estaba solo en el bosque, cuando al bosque le bastaba con lo suyo y no quería incluirme a mí.

Las habitaciones no eran más que habitaciones, como una boca abierta en la que yo me metía.

Pero por suerte, mi cuarto no. Mi cuarto se cerraba en torno a mí, suave y amablemente, como siempre había hecho.

Al día siguiente se me acercaron Sverre y Geir Håkon en B-Max. Había por allí alguno más de nuestra clase.

—¿A quién votaste tú ayer, Karl Ove? —me preguntó Geir Håkon.

—Eso es secreto —respondí.

—Te votaste a ti mismo. Sólo recibiste un voto, y ese voto te lo diste tú a ti mismo.

—No —dije.

—Sí —insistió Sverre—. Hemos preguntado a todos los de la clase. Nadie te votó. Así que sólo quedas tú. Te votaste a ti mismo.

—No —dije—. No es verdad. No me voté a mí mismo.

—¿Entonces quién lo hizo?

—No lo sé.

—Hemos preguntado a todos. Nadie te votó. Tú te votaste a ti mismo. Tienes que admitirlo.

—No —dije—. No es verdad.

—Pues les hemos preguntado a todos. Sólo faltas tú.

—Entonces alguien miente.

—¿Por qué iban a mentir sobre algo así?

—Yo qué sé.

—Eres tú el que miente. Te votaste a ti mismo.

—No, no lo hice.

El rumor se extendió por el colegio, pero yo lo negaba todo. Lo negaba una y otra vez. Todo el mundo sabía lo que había pasado, pero mientras yo no lo admitiera, no podían estar completamente *seguros*. Opinaban que era algo muy típico de mí. Yo me creía alguien. Pero no lo era. Alguien que se vota a sí mismo no es nadie. El que yo nunca me apuntara a ir a robar fruta en los jardines, nunca sustrajera nada en el supermercado, nunca matara pájaros con el tirachinas o escupiera huesos de cereza a los coches o a los

transeúntes con un canuto, nunca participara cuando los demás encerraban al profesor de gimnasia en el garaje, cuando ponían chinchetas en la silla de los profesores suplentes o empapaban la esponja de limpiar la pizarra, sino al contrario, les dijera que no debían hacer esas cosas, que estaba mal, tampoco contribuía a mejorar mi reputación. Pero yo sabía que era yo el que tenía razón, y que lo que hacían los otros estaba mal. Le pedía a Dios que los perdonase. Cuando blasfemaban, por ejemplo. Entonces me subía a veces por dentro una oración: «Querido Dios, perdona a Leif Tore por blasfemar. No lo hace aposta». Yo, por mi parte, siempre decía por dentro cosas como «jelines», «ostras», «mecachis», «caracoles»... Pero aunque así era, que yo no blasfemaba, no mentía, excepto en casos de autodefensa, no robaba, no perjudicaba o molestaba a los profesores, que me interesaba la ropa y el aspecto, y que siempre quería tener razón y ser el mejor, de modo que mi reputación era en general bastante regular y nadie diría de mí que yo le gustaba, tampoco me evitaban o me excluían. Y si eso pasaba alguna vez, por ejemplo con Leif Tore y Geir Håkon, siempre había otros a quienes acudir. Dag Lothar, por mencionar a alguno, o Dag Magne. Y cuando los chicos se reunían en grandes pandillas, casi nunca se negaba a nadie que participara, se incluía a todos, también a mí.

Pero resultaba más fácil quedarse en casa leyendo, claro.

Tampoco contribuía a mejorar mi reputación el hecho de que fuera creyente. En el fondo, era culpa de mi madre. Un día, el año anterior, nos prohibió leer cómics. Yo había llegado temprano del colegio y había subido la escalera alegre y feliz, porque mi padre estaba todavía en el trabajo.

—¿Tienes hambre? —me preguntó mi madre, que estaba sentada en el salón con un libro sobre las rodillas, mirándome.

—Sí —contesté.

Se levantó, fue a la cocina y sacó el pan y el embutido.

La lluvia caía como rayas en el aire. Algunos remolones venían aún del autobús encorvados bajo las capuchas y los impermeables.

—He estado echando un vistazo a tus revistas —dijo mi madre, cortando una rebanada de pan—. ¿Qué es eso que estás leyendo? Estoy sobrecogida.

—¿Sobrecogida? —le pregunté—. ¿Qué significa eso?

Dejó la rebanada en el plato delante de mí, abrió la puerta del frigorífico y sacó el queso y la margarina.

—¡Eso que lees es horrible! ¡Es violencia pura y dura! ¡Personas que matan a tiros y que luego se ríen de ello! Eres demasiado pequeño para leer eso.

—Todo el mundo lo hace —protesté.

—Eso no es un argumento. Tú no tienes que hacerlo porque lo haga todo el mundo.

—¡Pero me gusta! —dije untando la rebanada de margarina con el cuchillo.

—Eso es lo terrible —dijo, sentándose—. Me da muchísima pena la gente de esas revistas. Sobre todo las mujeres. ¿Lo entiendes? No quiero que lo que aparece en ese tipo de revistas influya en tu manera de actuar.

—¿Te refieres a que maten?

—Sí, por ejemplo.

—¡Pero es de broma! —dije.

Mi madre suspiró.

—¿Sabes que Ingunn está escribiendo en la universidad una tesis sobre la violencia en los cómics?

—No, no lo sabía.

—No es bueno para ti —dijo—. Así de sencillo. Eso podrás al menos entenderlo. Que no es bueno para ti.

—¿Entonces ya no me dejarás leerlos?

—No.

—¿Qué?

—Es por tu bien —dijo.

—¿No me vas a dejar leerlos? Pero mamá... ¿Nunca?

—Puedes leer el Pato Donald.

—¿EL PATO DONALD? —grité—. ¡Nadie lee EL PATO DONALD!

Me eché a llorar y me fui corriendo a mi cuarto.

Mi madre me siguió, se sentó en el borde de la cama y me acarició la espalda.

—Puedes leer libros —dijo—. Es mucho mejor. Podemos ir a la biblioteca Yngve, tú y yo. A la ciudad, una vez a la semana. Allí puedes tomar prestados todos los libros que quieras.

—Pero no quiero leer libros. ¡Quiero leer cómics!

—Karl Ove —dijo—. Está decidido.

—¡Pero *papá* sí lee cómics!

—Papá es un adulto —dijo ella—. No es lo mismo.

—¿Entonces no voy a leer cómics *nunca más*?

—Esta noche trabajo. Pero mañana por la tarde podemos ir juntos a la biblioteca —dijo levantándose—. Dejémoslo así.

No contesté y ella salió del cuarto.

Seguramente había hojeado un cómic de la colección *Kamp* o *Vi Vinner*, que trataban de guerra, en la que a todos los alemanes, Fritz, Sauerkraut o como se llamaran, los mataban con una sonrisa en los labios, revistas sembradas de palabras como *Donnerwetter* y *Dumkopf* u otras cosas que se gritaban en el fragor de la batalla, o alguno de la serie *Agent X9* o *Serie Special*, en los que casi todas las mujeres iban en bikini y a veces ni eso. Era muy agradable ver a Modesty Blaise desnuda, pero únicamente cuando estaba solo, si no, la desnudez resultaba algo muy embarazoso. Cada vez que *Agaton Sax* aparecía en la programación infantil me ponía colorado si mis padres estaban presentes, porque él miraba con prismáticos a una mujer desnuda en la cabecera de la serie. A veces incluso alguien fornicaba en alguna de las series o películas de la televisión. Si era durante algún programa que se emitía en el horario que me estaba permitido, todo se volvía insoportable. Allí estábamos, la familia en pleno, padre, madre y dos hijos, y alguien follando en medio del salón, ¿dónde había que mirar en esos casos?

Ah, era horrible.

Pero los cómics eran sólo para mí, mi madre jamás les había echado un vistazo.

¿Y ahora de repente se me prohibía leerlos?

¡Qué injusticia!

Lloré, estaba furioso, volví a la cocina y le dije que no tenía derecho a prohibírmelo, aun sabiendo que la batalla estaba perdida, ella lo había decidido, y si no dejaba de protestar, podría decírselo a mi padre, al que resultaba imposible oponerse.

Devolví las revistas prestadas, las otras las tiraron. Al día siguiente fuimos a la biblioteca, nos dieron a cada uno nuestro carné, y todo estaba ya en marcha. A partir de entonces todo giraba en torno a los libros. Todos los miércoles bajaba por las escaleras de la biblioteca pública de Arendal con una bolsa llena de libros en cada mano. Me acompañaban mi madre e Yngve, que también se llevaban prestados un montón de libros. Luego volvíamos al coche y cuando llegábamos a casa me metía en la cama, leía casi todas las noches, todo el sábado y todo el domingo, la lectura sólo era interrumpida por unas salidas más cortas o más largas, según lo que aconteciera fuera, y al cabo de una semana íbamos de nuevo a la biblioteca a devolver los libros ya leídos y a llenar otras dos bolsas. Leí todas las colecciones que tenían, la que más me gustaba era *Pocomoto*, que se crió en el Salvaje Oeste, pero también la de *Jan*, *Los hermanos Hardy*, claro, y los gemelos Bobbsey y Nancy Drew. Me gustaba la colección de *Los cinco*, y una sobre personas reales,

leí la vida de Henry Ford y Thomas Alva Edison, Benjamin Franklin y Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill y John F. Kennedy, Livingstone y Louis Armstrong, siempre con lágrimas en los ojos cuando llegaba a las últimas páginas, porque todos los personajes morían. Leí la colección *Estuvimos allí*, que relataba toda clase de expediciones conocidas y desconocidas, leí historias sobre veleros y viajes espaciales, Yngve me hizo leer libros de Däniken, que opinaba que todas las grandes civilizaciones habían nacido como resultado de encuentros con seres extraterrestres, y libros sobre el proyecto Apolo, desde el pasado de los astronautas como pilotos de aviones caza y sus intentos de batir récords de velocidad. Leí también los buenos libros para chicos de mi padre, editados por la editorial Gyldendal, de los que el que más me impresionó fue *Cruzando la sierra de Kjølen en canoa*, en el que un padre se va de excursión con sus dos hijos en tienda de campaña y ven un alce gigante, que todo el mundo daba por extinguido. También leí un libro sobre un chico que fue recogido por un zepelín en Inglaterra en la época de entreguerras, leí todos los libros de Julio Verne; los que más me gustaron fueron *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *La vuelta al mundo en ochenta días*, pero también uno que se llamaba *El billete de lotería* y que trataba de una familia pobre de la provincia de Telemark que ganó un premio gordo en una gran lotería. Leí *El conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después*, *El tulipán negro*. Leí *El pequeño Lord Fauntleroy*, *Oliver Twist* y *David Copperfield*, leí *Sin familia*, *La isla del tesoro* y al Capitán Maryat, que me encantaba y que leía una y otra y otra vez, pues me lo habían regalado y no dependía de la biblioteca. Leí *El motín del Bounty*, y los libros de Jack London. Y también libros sobre hijos de beduinos y cazadores de tortugas, polizones y pilotos de coches de carreras, leí una colección sobre un chico sueco que participó en la guerra civil norteamericana como tamborilero, leí libros sobre chicos que jugaban al fútbol y los seguía temporada tras temporada, y leí libros más centrados en problemas sociales que Yngve se traía del instituto, libros que trataban de jóvenes que se quedaban embarazadas, o que se desviaban del buen camino y tomaban drogas, a mí me daba igual, yo leía todo, absolutamente todo. En el mercadillo anual de Hove encontré una colección completa de libros de Rocambole, los compré y los devoré. Había una colección de unos catorce libros sobre una chica que se llamaba Ida. También leí todos los viejos ejemplares de mi padre de *Detektivmagasinet*, y compré los libros sobre Knut Gribb cuando tuve dinero. Leí sobre Cristóbal Colón y Magallanes, sobre Vasco de Gama y sobre Amundsen y Nansen. Leí *Las mil y una noches* y los cuentos populares noruegos que nuestros abuelos maternos nos regalaron a Yngve y a mí por Navidad. Leí sobre el rey Arturo y los caballeros de la tabla redonda. Leí sobre Robin Hood, el Pequeño John y Marian, leí sobre Peter Pan y sobre chicos pobres que intercambiaban sus vidas con las de chicos ricos. Leí sobre chicos que participaron en acciones de sabotaje en Dinamarca durante la guerra, y sobre chicos que salvaron a gente de un alud. Leí sobre un extraño hombrecito que vivía en una playa y que se nutría de restos de naufragios, sobre jóvenes ingleses que eran cadetes a bordo de buques de guerra, y sobre la aventura del italiano Marco Polo en el reino de Gengis Kan.

Libro tras libro, bolsa tras bolsa, semana tras semana, mes tras mes. De todo lo que leí aprendí que hay que ser valiente, que la valentía quizá sea lo más sublime de todo, que hay que ser honesto y sincero en todo lo que uno hace, y no abandonar nunca a los demás. Tampoco hay que desistir jamás, ni darse nunca por vencido, porque si uno ha sido perseverante, valiente, honesto y ha mantenido la cabeza bien alta, no importa la soledad que uno haya tenido que sufrir en consecuencia, uno será al final recompensado. Pensaba mucho en eso, era uno de los pensamientos que me fascinaban cuando estaba solo, que un día volvería a ese lugar siendo alguien. Que yo sería una gran persona a la que toda la gente de Tybakken se vería obligada a admirar, quisiera o no. Ese día no llegaría pronto, eso lo sabía, porque no era precisamente respeto lo que ganaba cuando Asgeir decía algo despectivo sobre mí y alguna chica que me gustaba, y entonces yo me lanzaba sobre él, y él me tiraba al suelo sin ningún problema y se sentaba a horcajadas sobre mí, pinchándome el pecho y las mejillas con los dedos, riéndose y burlándose. Y yo, que casualmente un día tenía la boca llena de caramelo Fox amarillo, intenté escupírselo, sin lograr siquiera eso, pues el que recibió el escupitajo fui yo. Hueles a meado, cabrón, le dije, y era verdad, olía a meado. Y eso no era todo, también tenía dos juegos de dientes, exactamente como una ballena, una dentadura dentro de otra, e hice que todos los que había alrededor se fijaran en su asquerosa pinta, aunque de nada sirvió, yo estaba tirado en el suelo y no tenía ninguna influencia sobre nada ni sobre nadie. Era difícil estar más alejado de esos ideales que había recibido a través de la lectura, ideales que en cierto modo también regían entre los niños, muchos de los conceptos del honor eran los mismos, aunque no se usara exactamente esa palabra. Yo era débil, lento, cobarde, y ni fuerte, ni rápido, ni valiente. ¿De qué servía que yo, al contrario que el resto de los chicos, hubiera estado en *contacto* con esos ideales, que los conociera a fondo, mejor que ninguno de ellos llegaría a conocerlos jamás, si era incapaz de ponerlos en práctica? ¿Yo, que lloraba por nada? Que precisamente yo, que tanto sabía de heroicidad, estuviera provisto de una debilidad tan grande, lo sentía como algo injusto. Pero también había libros sobre esa clase de debilidades y uno de ellos me elevó sobre una ola que duró varios meses.

Un otoño me puse enfermo, durante el día estaba solo en la cama y me aburría, y una mañana, antes de ir a trabajar, mi padre se pasó por mi cuarto con unos libros. Los tenía en el sótano, eran de cuando él era pequeño, de los años cincuenta. Me los prestó. Algunos habían sido editados por editoriales cristianas, y por alguna razón fueron justo éstos los que más me impresionaron, uno de ellos incluso para siempre. Trataba de un chico que cuidaba de su madre enferma, el padre había muerto, vivían sumidos en la pobreza y dependían totalmente del empeño del chico para poder sobrevivir. Una pandilla, o mejor dicho, una banda de chicos le hacían la vida imposible. No sólo le perseguían y le pegaban, a él, que era tan diferente de ellos, también blasfemaban y robaban, y yo no podía soportar la injusticia del éxito del comportamiento de esa banda, comparado con los

constantemente contratiempos del entrañable protagonista, honrado y tan cariñoso con su madre. Yo lloraba por la injusticia, lloraba por la maldad, y esa dinámica por la que se ocultaba el bien y la presión de la maldad aumentaba hasta cotas inimaginables me sacudió en lo más profundo del alma y condujo a que decidiera convertirme en una buena persona. A partir de entonces cometería buenas acciones, ayudaría donde pudiera, y jamás haría mal alguno. Empecé a llamarme a mí mismo creyente. Tenía nueve años, en mi entorno no había nadie que se dijera creyente, ni mis padres, ni los padres de ningún otro —excepto el padre de Øyvind Sundt, que por esa razón lo mantenía alejado del cine, la televisión, la Coca-Cola y las golosinas— ni por supuesto ningún chico, de manera que era una iniciativa relativamente solitaria la que inicié en Tybakken hacia finales de la década de los setenta. Empecé a rezar a Dios al levantarme y al acostarme. En el otoño, cuando los demás se reunían para ir a robar fruta a los jardines de Gamle Tybakken, yo les rogaba que no fueran, porque robar era malo. Nunca se lo decía a todos a la vez, no me atrevía, conocía bien la diferencia entre las reacciones de un grupo, cuando unos incitan a otros en uno u otro sentido, y las reacciones individuales, en que cada uno está obligado a responder cara a cara, sin un colectivo en el que apoyarse y que te procurara distancia, de modo que eso era lo que hacía, me dirigía a los que conocía mejor, es decir, a los de mi edad, y les decía uno por uno que estaba mal robar fruta en los jardines de la gente, piénsalo, no necesitas hacerlo. Pero no me gustaba estar solo, de manera que iba detrás de ellos, me quedaba junto a la valla del jardín elegido y los veía deslizarse por los prados al atardecer; al volver iba a su lado, viéndoles masticar manzanas, con las cazadoras llenas de fruta, y si alguno me ofrecía algo, yo siempre decía no, gracias, porque el encubridor no es mejor que el ladrón.

Cuando durante una Semana Santa que pasé en casa de mis abuelos en Sørbøvåg conocí a un chico con el que hice amistad, le rogué encarecidamente que no blasfemara. Recuerdo que tenía mucho miedo de que a pesar de todo el chico incumpliera mis instrucciones una tarde que me acompañó a saludar a mis abuelos, y cuántas veces le pedí que me prometiera no blasfemar. El que después de aquello me evitara lo soporté pensando que había actuado bien y había hecho lo correcto. Cedía mi asiento a las personas mayores en el autobús, me ofrecía a ayudarles con las bolsas cuando salían del supermercado, no me colgaba nunca de los coches, no rompía nada, no intentaba matar pájaros con tirachinas, miraba al suelo cuando andaba para no pisar hormigas o escarabajos, incluso cuando en la primavera cogía flores silvestres para mis padres, con Geir o con otros, me estremecía pensando en la vida que de esa manera arrebatada.

Cuando en el invierno nevaba, quería ayudar a los ancianos a quitar la nieve de delante de sus casas. Uno de esos días —era un lunes después del colegio y había nevado copiosamente toda la noche— intenté convencer a Geir para que me acompañara a quitar la nieve de la entrada de coches de una de esas personas. Por fin, dejando caer que seguro que el viejo nos daría unas coronas por la ayuda, conseguí que me acompañara. Mi padre

acababa de comprar una nueva quitanieves manual, una de esas llamadas «pala del sur», era de un rojo resplandeciente, y como esa mañana él ya había quitado la nieve de nuestra entrada de coches, pensé que ya no le haría falta ese día. La cogí y me fui con Geir, que iba empujando su «pala del sur» verde delante de él en la nieve. La casa que había elegido se encontraba en la curva, y al anciano que abrió la puerta cuando llamamos al timbre se le iluminó la cara cuando comprendió que no habíamos ido a tirar bolas de nieve a su casa, como hacían muchos, sino a ofrecernos para retirar la nieve de su entrada de coches. Fue un trabajo duro, pero también divertido; nos construimos un camino por el que empujábamos la nieve hasta el borde, para luego echarla a la cuneta, viéndola bajar como pequeños aludes. El cielo estaba plomizo y la nieve tan húmeda que si la estrujabas escurría el agua. En Torungen sonaba la sirena de niebla. Los niños pasaban zumbando con esquís o en trineo patinete, los coches subían patinando a casa después del trabajo. Tardamos una hora en limpiar la entrada de coches. Al acabar, avisamos al anciano, que nos lo agradeció de corazón, y luego cerró la puerta. Geir me miró con expresión acusadora.

—¿No nos iba a dar algo de dinero por esto?

—Bueno, sí-i-i. Pero yo no tengo la culpa de que no nos haya dado nada...

—¿Hemos estado haciendo esto por nada?

—Eso parece —dije—. No importa, ¿no? Ven, vámonos.

Me siguió sin parar de refunfuñar. Cuando llegamos a la altura de nuestra casa, vi que mi padre estaba en la puerta. Tuve la sensación de que el corazón dejaba de latirme. El estómago se me encogió tanto que apenas podía respirar. Sus ojos estaban enfurecidos.

—¡Ven aquí! —gritó cuando llegué a la entrada de coches.

Di los últimos pasos hacia él con la mirada clavada en el suelo.

—¡Mírame! —dijo.

Levanté la cabeza.

Me dio una fuerte bofetada en la mejilla.

Empecé a sollozar.

Entonces me agarró de la pechera de la cazadora y me apretó contra la pared.

—¡Has cogido mi pala! —gritó—. ¡Es nueva! ¡Y es mía! ¡No tienes ningún derecho a coger mis cosas! ¿Lo entiendes? ¡Y encima sin avisarme! ¡Pensaba que la habían robado!

Lloraba y sollozaba tanto que apenas capté lo que decía. Me volvió a coger por la cazadora, me empujó dentro por la puerta abierta y me envió a la pared del otro lado.

—¡No vuelvas a hacerlo nunca! ¡Nunca! ¡Sube a tu cuarto y quédate allí hasta que yo te

diga! ¿Entendido?

—Sí, papá —dije.

Cerró la puerta del despacho tras él dando un portazo, y yo empecé a quitarme la ropa. Me temblaban las manos. Primero las manoplas y el gorro, los botines, luego el pantalón de plumas, la cazadora de plumas y el jersey gordo. Arriba, en mi habitación, me tumbé en la cama. Todo estaba rojo dentro de mí. Sollozaba y las lágrimas chorreaban hasta la almohada, a la vez que una rabia violenta, con la que no sabía qué hacer, me arrasaba por dentro. Le odiaba, y tenía que vengarme. Me vengaría. Ya lo vería. Le aplastaría. Le aplastaría.

Entonces de repente se me ocurrió pensar: ¿qué habría hecho un chico bueno? ¿Qué habría hecho un verdadero cristiano?

Lo correcto era perdonar.

Tras este pensamiento, sentí un calor que se me expandía por dentro.

Le perdonaría.

Era un gran pensamiento.

Y a mí me convertía en una gran persona.

Pero únicamente cuando estaba solo. Cuando estaba en la misma habitación que él, era como si mi padre lo absorbiera todo, sólo estaba él, yo no podía pensar en otra cosa.

El primer día a solas con mi padre sirvió de patrón para todos los demás días de aquel año. Desayuno preparado en la mesa, el bocadillo para llevar en el frigorífico, actividades al llegar a casa, responder a preguntas mientras él hacía la comida, a veces pequeños pinchazos con el cuchillo en la espalda seguidos de esos constantes «Endereza la espalda, chico» —a veces me obligaba a estar sentado hasta que él hubiera terminado, otras me decía de repente que podía irme, como si entendiera lo fastidiosas que me resultaban esas medias horas obligado a hacerle compañía—, luego cenábamos, y el resto del día nos quedábamos solos arriba o en la calle, mientras él asistía a reuniones o trabajaba abajo en el despacho. Una vez por semana íbamos a Stoa a hacer la compra. Alguna noche él subía a ver la televisión con nosotros. Entonces no le obsequiábamos con nada, seguíamos sentados con la espalda recta sin movernos y sin pronunciar palabra. Si nos preguntaba algo, contestábamos escuetamente.

Poco a poco fue dándole la espalda a Yngve y dedicándome más tiempo a mí, que nunca me atrevía a ser tan hosco y cortante como mi hermano.

Pero no siempre funcionaba.

Sus pasos en la escalera eran una señal de mal agüero. Si estaba escuchando música, bajaba el volumen. Si estaba tumbado en la cama leyendo, me incorporaba para no

parecer perezoso.

¿Venía aquí?

Claro que sí.

Se abrió la puerta, allí estaba.

Eran las ocho, no había subido desde que comimos a las cuatro.

Repasó con la mirada la habitación, se detuvo en el escritorio.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó. Entró y cogió la baraja—. ¿Jugamos a las cartas?

—Si quieres... —contesté dejando el libro.

Se sentó en la cama a mi lado.

—Te voy a enseñar un nuevo juego de cartas —dijo—. Cogió la baraja y tiró todas las cartas por la habitación.

—Se llama Recoge las 52 —dijo—. ¡Ahí las tienes, recógelas!

Yo creía que realmente quería jugar conmigo, y me sentía tan decepcionado porque sólo era una tomadura de pelo, y porque tuve que agacharme a recoger las cartas, mientras él seguía sentado en la cama riéndose de mí, que se me escapó una palabra fea.

Nunca habría dicho algo así si lo hubiera pensado antes.

Pero no lo pensé y se me escapó.

—¡Mierda! —dije—. ¿Por qué has hecho eso?

Se puso tieso. Me agarró de la oreja y se levantó para retorcerme la oreja con más fuerza.

—¿Te atreves a blasfemar delante de tu padre? —dijo, retorciéndome la oreja cada vez más, hasta que me eché a llorar.

—¡Y ahora recoge las cartas, chico! —dijo, con mi oreja aún agarrada, mientras yo me agachaba a recoger las cartas.

Cuando acabé, me soltó la oreja y salió de la habitación. A la hora de la cena, él seguía en su despacho, y cuando entramos en la cocina lo tenía todo preparado.

Al día siguiente no me llamó para que fuera cuando iba a preparar la comida, lo que se había convertido en una costumbre. Por fin, cuando estaba lista, su llamada sonó desde la cocina. Nos sentamos, nos servimos sin pronunciar palabra, había preparado filete de ballena con salsa marrón, patatas y cebolla, comimos en un silencio absoluto, dimos las gracias por la comida y nos levantamos de la mesa. Mi padre fregó los cacharros, se comió una naranja en el salón —lo noté por el olor— y se tomó una taza de café, lo supe por el zumbido de la cafetera, luego bajó al despacho, donde puso algo de música antes de

cambiarse, bajar al coche y marcharse.

En el instante en que el zumbido del motor desapareció cuesta abajo, abrí la puerta y me metí en el salón. Me recliné en el sillón de piel y puse las piernas sobre la mesa. Me volví a levantar, fui a la cocina, abrí la puerta del frigorífico y miré dentro: dos platos con sándwiches preparados, nuestra cena. Abrí la puerta del armario de al lado, saqué el bote de pasas, me llené la mano y me las metí en la boca, mientras con la otra mano allanaba las pasas del bote. Mascullando, volví al salón y encendí el televisor. A las seis y media ponían la reposición de *El polizón*. Era una serie que trataba de una nave espacial, con muchísimo suspense, en realidad la ponían los viernes y no nos dejaban verla, pero nuestros padres no sabían nada de las reposiciones, que para nuestra increíble suerte se emitían cuando ellos no estaban en casa.

Yngve entró y se tumbó en el sofá.

—¿Qué estás comiendo? —me preguntó.

—Pasas —contesté.

—Yo también quiero.

—No cojas demasiadas —dije cuando se levantó—. Si no, papá se dará cuenta.

—No te preocupes —dijo Yngve, abriendo la puerta del armario en la cocina.

—¿Quieres almendras? —gritó.

—Sí —dije—, pero no muchas.

La farola de la calle brillaba con una luz casi naranja en la oscuridad. Debajo, el asfalto brillaba del mismo color. También iluminaba parte del abeto que había detrás. Pero el bosque, aún más atrás, estaba negro como una tumba. En la parte más empinada de la cuesta sonó el chirrido angustiado de un ciclomotor.

—Aquí tienes —dijo, dejando caer unas almendras en mi mano abierta. Noté claramente el olor a Yngve. Era rancio a la vez que apagado, casi un poco metálico. No su sudor, el sudor olía diferente, sino la piel. Olía a metal. Lo notaba cuando nos peleábamos, lo notaba cuando él me hacía cosquillas, y a veces cuando él leía tumbado, y yo ponía la nariz casi en su brazo e inhalaba. Yo le quería, quería a Yngve.

Cinco minutos antes de empezar *El polizón*, Yngve se levantó.

—Cerremos la puerta de la calle —dijo—. Y apaguemos todas las luces para hacerlo más emocionante.

—¡No! —dije—. ¡No lo hagas!

Yngve se rió.

—¿Ya tienes miedo?

Me levanté y le cerré la salida. Él me rodeó con los brazos, me levantó y me dejó detrás de él, luego siguió andando hacia la escalera.

—¡No lo hagas! —dije—. ¡Por favor!

Se volvió a reír.

—Ahora bajaré a cerrar la puerta con llave —dijo desde la escalera.

Corrí detrás de él.

—Lo digo en serio, Yngve.

—Ya lo sé —dijo. Cerró la puerta y se puso delante—. Pero cuando estamos solos en casa, soy yo el que decide.

Apagó la luz.

En esa penumbra, iluminada sólo por la luz de la habitación de al lado, había en su sonrisa algo diabólico. Me apresuré a sentarme, oyendo cómo Yngve iba pulsando interruptor tras interruptor. La entrada, la lámpara de la mesa del salón, la del techo de la cocina. Luego los cuatro apliques de la pared encima del sofá, y finalmente la lámpara de encima del televisor. Aparte del débil brillo de la farola de fuera, y la vacilante luz azul del televisor, reinaba una oscuridad total cuando empezó el episodio. Ya el principio era tenebroso, un hombre empuñaba una guadaña, y cuando se volvió, vimos que su cara no era una cara, sino una máscara. Me vibraron los dedos de las manos y los pies, el miedo me contrajo por dentro. Pero miré, tenía que mirar. Cuando acabó, una media hora más tarde, Yngve se levantó y se colocó detrás de mí.

—No digas nada —le pedí—. ¡No hagas nada!

—¿Sabes una cosa, Karl Ove? —dijo.

—¡No! —contesté.

—No soy el que crees que soy —dijo, acercándose a mí.

—¡Sí! —dije.

—No soy Yngve —dijo—. Soy otro.

—¡No es verdad! —exclamé—. ¡Eres Yngve! ¡Di que eres Yngve!

—Soy un cibernético —dijo—. Y esto... —Sacó el brazo y se subió el jersey—. Esto no es carne y hueso. Es metal y cables. Parece carne y hueso, pero no lo es. No soy un ser humano.

—¡Sí! —dije llorando—. ¡Tú eres Yngve! ¡Yngve! ¡Di que eres Yngve!

—Y ahora vas a bajar conmigo al sótano —dijo—. Ja, ja, ja...

—¡YNGVE! —grité.

Me miró sonriente.

—Pero si estoy bromeando —dijo—. ¿No habrás creído en serio que soy un cibernético?

—No lo hagas —dije—. Enciende ahora mismo la luz.

Dio un paso hacia mí.

—¡NO! —grité.

—Vale, vale —dijo riéndose—. Vamos a encender las luces. ¿Quieres que cenemos ya? ¿Tienes hambre?

—Enciende primero la luz —dije.

Encendió los apliques y la lámpara de encima del televisor. Las noticias ya habían empezado. Fuimos a la cocina a cenar. Yngve preparó té. Todo iría bien si teníamos cuidado de dejar todo muy recogido y limpio, tal vez porque mi padre no se imaginaría que encendíamos la cocina eléctrica y hervíamos agua cuando él no estaba. Luego pusimos nuestro juego de fútbol sobre la mesa del salón, con la puerta del dormitorio abierta, desde donde sonaba mi disco favorito de Queen, *A Night at the Opera*.

Cuando oímos el coche de mi padre fuera, nos apresuramos a recoger y nos metimos cada uno en nuestro cuarto. A veces él llamaba a Yngve cuando habíamos estado solos, y le preguntaba qué habíamos hecho y cómo había ido todo, pero esa noche entró directamente en el salón y se sentó delante del televisor.

Para nosotros fue un alivio que se mantuviera a distancia, pero no sólo eso. Tenía la sensación de que no era aquello lo que él quería, y era como si esa sensación pesara sobre el ambiente de la casa, una exigencia que nadie era capaz de cumplir.

Cuando subió a vernos la siguiente vez fue tremendo. Yo me estaba poniendo enfermo, con catarro y fiebre, que me había subido bastante la última hora. Estaba sentado en la cama de Yngve, apoyado contra la pared, leyendo una de sus revistas. Él estaba haciendo deberes en el escritorio y en el tocadiscos sonaban Boomtown Rats.

Se abrió la puerta y allí estaba nuestro padre mirándonos.

Parecía de buen humor, sus ojos brillaban de energía.

—Estáis escuchando música —dijo—. Suena bien. ¿Quiénes son?

—Boomtown Rats —contestó Yngve.

—Las ratas de los barracones —dijo mi padre—. ¿Recordáis lo que os reísteis cuando os dije que Crystal Palace significaba el Palacio de Cristal? ¡No me creísteis!

Sonrió y entró en la habitación.

—¿A ti también te gusta esta música, Karl Ove? —me preguntó.

Dije que sí con la cabeza.

—Ven, vamos a bailar —dijo él.

—Estoy enfermo, papá. Tengo fiebre. No puedo bailar ahora.

—Claro que puedes —dijo mi padre, cogiéndome de las manos y tirando de mí para que me pusiera de pie, luego empezó a darme vueltas.

—¡Para, papá! —imploré—. ¡Estoy enfermo! ¡No puedo!

Pero él siguió dándome vueltas, cada vez más deprisa, cada vez menos inhibido. Era insoportable. Estaba a punto de vomitar.

—¡PARA, PAPÁ! —grité por fin—. ¡PARA!

Se detuvo tan súbitamente como había empezado, me tiró sobre la cama y salió del cuarto.

Mi madre volvía todos los viernes, entonces yo me encontraba siempre muy cerca para poder llegar a ella antes que ninguno, porque si yo ya estaba a su lado, mi padre no podía mandarme a mi cuarto como podía hacer si estaban los dos charlando. Cuando ella volvía a irse el domingo por la noche o el lunes por la mañana, era como si nuestro padre estuviera ya más cerca de nosotros, o al menos de mí, porque entonces volvía a llamarme para que fuera a la cocina a contarle lo que había sucedido durante el día, mientras él hacía la comida. Nos la comíamos en silencio, y después de fregar los cacharros, él desaparecía sin excepción y se iba a su despacho. A veces subía a ver la televisión con nosotros, pero por regla general se quedaba abajo hasta la hora de la cena, y entonces era casi como si Yngve y yo estuviéramos solos en casa. No es que yo hiciera cosas muy diferentes a las que hubiera hecho estando él. Casi siempre estaba tumbado en la cama leyendo. Como mi madre ya no nos llevaba regularmente a la biblioteca y había leído todos los libros de la biblioteca del colegio, empecé con las estanterías de mis padres. Leí los libros de Agatha Christie, y leí *Rojo y negro*, de Stendhal, leí un libro de cuentos franceses, un libro de Jon Michelet y una biografía sobre Tolstói. Yo mismo empecé a escribir un libro, trataría sobre un velero, pero cuando hube escrito las diez primeras páginas, que en su mayoría consistían en una retahíla de todo lo que había a bordo, del tipo de provisiones que llevaba y de la clase de carga que transportaba, Yngve me dijo que nadie escribía sobre veleros en nuestra época, que eso se hacía cuando existían los veleros, y que ahora se escribía sobre lo que había hoy en día, así que lo dejé. Aquel otoño también confeccioné tres ejemplares de un periódico, que dejé en tres buzones de la urbanización, uno para los Karlsen, otro para los Gustavsen y otro para los Prestbakmo, pero nunca me comentaron nada al respecto, fue como si esos periódicos simplemente hubieran desaparecido y nunca hubieran existido.

Tenía una vida dentro de casa, y otra vida fuera, así había sido siempre y supongo que así era para todos; los sábados por la noche frente a la pantalla del televisor, rodeados de padres y hermanos, mucho más dóciles y tranquilos que cuando los veía abajo en el bosque, donde la libertad era total y nada les impedía seguir sus más pequeños impulsos. La diferencia se hacía especialmente grande en el otoño. En primavera y en verano, gran parte de la vida cotidiana se desarrollaba al aire libre, había mucha más relación entre la vida de los niños y la de los mayores, pero cuando llegaba el otoño con su oscuridad, era como si los lazos se cortaran y nos deslizáramos dentro de nuestro propio mundo en cuanto la puerta de casa se cerraba. Las cortas, oscuras y frías tardes estaban cargadas de toda esa emoción que existe en lo invisible y lo oculto. El otoño era la oscuridad, la tierra, el agua, los huecos. Era la respiración, la risa, la luz de las linternas, las cabañas de ramas de abeto, las hogueras, la multitud de chiquillos que iban de acá para allá. Y, no menos importante, las habitaciones luego. Aunque a mí no se me permitía llevar a nadie a casa, y ninguno de los niños de la urbanización había estado jamás en mi habitación, siempre me dejaban entrar en las suyas. Algunos de tarde en tarde, otros a menudo. Aquel otoño la más importante fue la habitación de Dag Lothar. Con las caras rojas tras haber corrido por la oscuridad de fuera, podíamos sentarnos en su habitación y jugar al Monopoly, mientras uno de sus dos álbumes de Los Beatles, el rojo o el azul, sonaban en el radiocasete. Me gustaba más el rojo, con sus primeras canciones, eran sencillas y alegres, a menudo cantábamos con ellos el estribillo en voz alta, casi gritando, en un inglés que no se preocupaba por la parte semántica del idioma, sino que sólo se relacionaba con el sonido. También empezó a gustarnos el álbum azul, que escuchábamos cada vez más conforme íbamos apreciando esos tonos oscuros y más inusuales.

Esas tardes y noches fueron de las más felices de mi vida. Es curioso, porque no tenían nada de especial, hacíamos lo que hacían todos los demás chicos: jugar, escuchar música y charlar de nuestras cosas.

Pero me gustaban los olores de la casa, me gustaba estar allí. Me gustaba la oscuridad de la que acabábamos de salir. Y que llenaba todo de algo desconocido, sobre todo cuando había humedad y se podía sentir con todo el cuerpo, no sólo verse con los ojos. Me gustaba la luz de las farolas. Me gustaba el ambiente que se creaba cuando nos juntábamos muchos, las voces en la oscuridad, los cuerpos que se movían a mi alrededor. Me gustaba el sonido de la sirena de niebla desde la boca del mar. Todas esas tardes o noches pensaba: puede ocurrir cualquier cosa. Me gustaba andar al tuntún, toparme con cosas y situaciones. Por las noches, los barracones que habían construido en el bosque por encima de los muelles flotantes estaban vacíos y las ventanas iluminadas, así que nos poníamos a mirar lo que había dentro. ¿Aquello de allí eran revistas porno? Sí, lo eran. Nadie se atrevía a romper un cristal para entrar y cogerlas, pero de repente había una posibilidad, y sabíamos que alguien lo haría pronto, tal vez incluso nosotros. Era una época en la que una mañana te podías encontrar páginas centrales de una revista porno

en la calle, delante de casa. Era una época en la que se podían encontrar revistas porno en la cuneta, en los prados, debajo de los puentes. No teníamos ni idea de quién las había dejado allí, estaban como sembradas por la mano de Dios, formaban parte de la naturaleza, como las anémonas blancas, como los amentos, los arroyos hinchados, los montes pelados y resbaladizos por la lluvia. Los elementos también dejaban sus huellas en ellas: estaban porosas por la humedad o secas, pero crujientes o rajadas después de haberse vuelto a secar, a menudo palidecidas por el sol, con manchas de tierra.

Me estremecía al pensar en esas revistas. Esa sensación no tenía nada que ver con la manera en la que hablábamos de las revistas porno, cuando hablábamos se trataba de algo duro, algo de lo que nos reíamos y que mirábamos con avidez, el estremecimiento se encontraba en otra parte, tan en lo profundo que los pensamientos nunca llegaban hasta allí.

En la urbanización había muchos que no tendrían ningún inconveniente en guardar las revistas porno en sus casas, y eran, sin excepción, los que serían capaces de comprar un ciclomotor cuando llegara el momento, de hacer pellas y de empezar a fumar, en resumen, los que solían frecuentar la gasolinera Fina. Los malos. De manera que en mi interior las dos magnitudes eran incompatibles. Las revistas porno pertenecían al mal, pero aquello con lo que me llenaban, ese estremecimiento que me hacía tragar saliva una y otra vez era al mismo tiempo algo que yo ansiaba. Me deshacía cuando veía a una de esas mujeres desnudas. Era terrible, era fantástico, era un mundo que se abría y un infierno que aparecía, la luz que brillaba y la oscuridad que se desvanecía, lo único que queríamos hacer era quedarnos allí, hojeando las revistas sin parar, podíamos estar mirando esas fotos hasta la eternidad, bajo las pesadas ramas de los abetos, en medio del olor a tierra húmeda y monte mojado. Era como si esas mujeres subieran directamente del pantano, de la hierba amarilla otoñal, o al menos estuvieran en estrecha relación con ello. Partes de las fotos estaban a menudo borradas, pero veíamos lo suficiente, tanto de lo blando como de lo duro, para que la certeza de que ese sentimiento existía no nos abandonara nunca, y cualquier rumor sobre la proximidad de una de esas revistas era inmediatamente investigado.

Geir era uno de los más aplicados en ese tema. Ya cuando estábamos en segundo cogía de su casa la revista de su padre *Vi Menn*, y nos íbamos al bosque a mirar a las mujeres en topless mientras, con el fin de protegernos contra cualquier sospecha, hablábamos en voz alta sobre lo que hacían el Pato Donald y Dolly, como si lo que estábamos leyendo fueran cómics.

Ahora había revistas porno en los barracones.

Merodeábamos por allí, pero las puertas estaban cerradas y no teníamos suficiente valor para romper los cristales de las ventanas, entrar y coger las revistas.

Pero el deseo se había despertado, y miraba en muchas direcciones. ¿Entre los árboles alrededor del coche siniestrado en el bosque?

¿En la cuneta al otro lado de la parada del autobús, junto a B-Max?

¿En el bosque, debajo del puente?

¡En el vertedero, joder! Allí había muchas, ¿no? ¿Cientos? ¿Miles?

Un domingo por la mañana, a finales de septiembre, mi padre se había ido a pescar, mi madre estaba en el salón, Yngve con su bicicleta en algún lugar del este de la isla, y yo saliendo por la puerta. Crucé la gravilla mojada, vestido con mi chaqueta beige y mis vaqueros azules, camino de casa de Geir con un cosquilleo en el estómago, por fin íbamos a ir al vertedero. Brillaba el sol, pero de madrugada había llovido, y el asfalto seguía negro de humedad en donde el sol no llegaba, como bajo las sombras de los abetos de delante de nuestra casa.

Geir me estaba esperando. Subimos la cuesta a toda prisa y llegamos al largo llano, donde en los céspedes, delante de las casas, había embarcaciones cubiertas por lonas, en su mayoría barcas de plástico, pero también algunos botes pequeños, y un *cabin cruiser*, muy famoso en el vecindario. Los céspedes estaban amarillos, los árboles de detrás de las casas naranjas y rojos, y el cielo azul. Nos habíamos quitado las chaquetas y nos las habíamos atado a la cintura. Pasamos por delante de la casa de Ketil y entramos en el camino de grava, atravesando la cancela que marcaba el final del camino y el principio del sendero. Al otro lado del campo labrado estaba la nueva casa de la parroquia, donde el coro Ten Sing, con todas sus chicas rubias, ensayaba y celebraba encuentros.

El arroyo que iba a lo largo del sendero estaba rebosante de agua de color verde frío, que bajaba perezosamente por la suave pendiente. El color lo recibía del brezo, de la hierba y de las plantas que había inundado. Sólo los suaves temblores de la superficie revelaban que estaba en movimiento. Justo donde empezaba la cuesta y el arroyo caía burbujeante, nos pusimos a correr. Las piedras blancas que cubrían el sendero se veían mates y grisáceas en la sombra, y brillantes y amarillentas con el brillo del sol. Un poco por delante de nosotros subía alguien, y nosotros redujimos la velocidad. Era una pareja mayor. Ella tenía el pelo blanco y llevaba una chaqueta de punto, él una americana de pana marrón con coderas de cuero, y un bastón en la mano. Tenía la boca abierta y temblaba.

Nos volvimos a mirarlos.

—Pero si era Thommesen —dijo Geir.

No lo habíamos visto desde que lo tuvimos de profesor en segundo.

—¡Creía que se había muerto hace mucho tiempo! —dije.

Cogimos el viejo atajo del bosque y llegamos al saliente que había encima del vertedero. La montaña de bolsas blancas de plástico y bolsas negras de basura resplandecía bajo el desbordante sol. Una decena de gaviotas chillaban y aleteaban en las cercanías. Bajamos la cuesta y nos metimos por entre los desechos, que en algunos sitios estaban apilados en grandes montones, tal vez de cuatro veces nuestra altura, y en otros simplemente esparcidos sin nada encima. Lo que nosotros buscábamos eran bolsas y cajas de cartón, lo que encontramos en grandes cantidades, también con revistas dentro: revistas de esas que leía la gente mayor —*Hjemmet, Allers y Norsk Ukeblad*—, y revistas de chicas —*Starlet, Det Nye y Romantikk*—, montones de periódicos, en su mayor parte *VG y Agderposten*, pero también *Vårt Land, Aftenposten y Dagbladet*; encontramos el dominical de *Aftenposten, A-Magasinet*, y también la revista de caballos para chicas, *Kvinner og Klær*, la revista del Pato Donald y un álbum grueso de *El Hombre Enmascarado* de finales de los sesenta, que yo aparté inmediatamente, también un álbum de *Tempo*, algunas revistas del *Kaptein Miki* y un libro de bolsillo del *Agent X9*. En cierto modo, me sentía satisfecho con los hallazgos, pero eso no alteraba el hecho de que estuviéramos buscando revistas como *Alle Menn, Lek, Coctail y Aktuell Rapport*, e incluso tal vez alguna revista extranjera, porque había en circulación algunas danesas, una de las cuales se llamaba *Weekend Sex*, y también algunas suecas e inglesas, que no encontramos por ninguna parte. ¡No encontramos una sola revista porno! ¿A qué se debía? ¿Alguien había estado allí antes que nosotros? ¡Tendría que haber algo en alguna parte!

Al cabo de una hora nos dimos por vencidos y nos sentamos en el brezo a leer las revistas normales que habíamos encontrado. Quizá porque me esperaba algo muy diferente y porque durante todo el día había sentido ese estremecimiento por dentro, no estaba del todo contento con quedarme allí sentado. Faltaba algo. Me levanté y di un par de vueltas por entre los árboles, mirando el arroyo, ¿deberíamos meternos en él?

—¿Quieres vadear el arroyo? —grité.

—Vale. Sólo voy a terminar de leer esto —dijo Geir sin levantar los ojos de la revista.

Me acerqué a las dos bolsas de botellas que habíamos encontrado. Casi todas eran largas y marrones, con una etiqueta de la fábrica de cerveza Arendals Bryggeri, pero también había alguna de esas verdes, más bajas y más regordetas, de Heineken. Saqué una de ellas de la bolsa. Algo de tierra y hierba seguía pegado al exterior del cristal, y pensé que alguien la había dejado en algún jardín durante bastante tiempo y luego la habían recogido al preparar el jardín para el invierno.

Ese cosquilleo en el estómago seguía allí.

Di vueltas a la botella en las manos. El oscuro cristal verde clareó al sol.

—¿Crees que se puede meter la picha dentro de esta botella? —pregunté a Geir.

Geir dejó la revista sobre las rodillas.

—Sí —contestó—. Si el cuello de la botella no es demasiado estrecho. ¿Vas a intentarlo?

—Sí. ¿Tú también?

Se levantó y se acercó. Sacó otra botella.

—¿Crees que alguien puede vernos? —preguntó.

—Qué va —contesté—, estamos en medio del bosque. Pero podemos adentrarnos un poco más, para estar seguros.

Nos acercamos al tronco de un gran pino. Me desabroché el cinturón y dejé caer los pantalones hasta las rodillas, me saqué la picha con una mano, sosteniendo la botella con la otra. Apreté la picha contra el cuello de la botella, que estaba frío y duro en contraste con la piel caliente y blanda, y en realidad era demasiado pequeño, pero cuando meneé un poco el culo hacia los lados, apretándolo a la vez hacia delante, el pito se metió dentro. Un escalofrío me recorrió la espalda a la vez que la picha me latía, y tuve la sensación de que el cuello de la botella se tensaba cada vez más a su alrededor.

—No consigo meterla —dijo Geir—. No funciona.

—¡Yo he podido! —exclamé—. ¡Mira!

Me volví hacia él.

—Pero no puedo hacerme una paja —dije—. No hay sitio para hacer nada. ¡Está completamente atrapada!

Para enseñárselo, solté la botella, que se me quedó colgando entre las piernas.

—¡Ja, ja, ja! —se rió Geir.

Estaba a punto de sacarla cuando sentí un intenso dolor que subía de la picha.

—¡Ay! ¡Ay, mecachis!

—¿Qué pasa? —preguntó Geir.

—¡Ay! ¡Ay! ¡MIERDA!

Dolía como si me cortara un cuchillo o un afilado trozo de cristal. Tiré todo lo que pude y conseguí sacar la picha de la botella.

En medio de la cabeza de la picha había un escarabajo negro.

—¡Ay! ¡MIERDA! ¡MIERDA! ¡MIERDA! —grité. Agarré el escarabajo, o lo que fuera, negro y con patas grandes, lo arranqué y lo lancé con todas mis fuerzas lo más lejos posible, a la vez que corría de un lado para otro agitando los brazos.

—¿Qué pasa? —preguntó Geir—. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Karl Ove?

—¡Un escarabajo! ¡Me ha mordido la picha!

Primero me miró boquiabierto. Luego se echó a reír. Era muy típico de su sentido del humor. Se desplomó de risa en el brezo.

—¡No se lo digas a nadie! —dije, abrochándome el cinturón—. ¿Entendido?

—¡Sí, sí! ¡Ja, ja, ja!

Tres veces le hice prometer no decírselo a nadie. Subimos la cuesta, llevando cada uno nuestra bolsa y con el sol quemándonos la nuca. También recé una breve oración pidiendo perdón por haber blasfemado.

—¿Bajamos a Fina a que nos den el dinero de las botellas vacías? —sugirió Geir.

—¿Pero allí cogen botellas de cerveza? —pregunté.

—Es verdad, no lo hacen —contestó Geir—. Entonces tendremos que esconderlas.

Volvimos por el campo labrado, saltamos por encima del arroyo y allí, al otro lado, entre un grupo de árboles, justo debajo de la casa de oración, dejamos las bolsas con las botellas vacías. Arrancamos unos cuantos helechos y un poco de hierba y las tapamos lo mejor que pudimos. Miramos de reojo a nuestro alrededor para ver si había alguien cerca. Luego nos fuimos andando tranquilamente, conscientes de que las personas que corrían atraían la atención.

Delante de la puerta del sótano de su casa estaba Ketil, con su bicicleta tumbada delante. Con una mano en el pedal daba vueltas a la rueda de atrás, mientras untaba de grasa la cadena con un pequeño frasco de aceite que llevaba en la otra mano. El pelo negro y liso le caía en la cara.

—Hola —dijo.

—Hola —contestamos.

—¿Dónde habéis estado?

—En el vertedero.

—¿Qué habéis hecho allí?

—Buscar revistas porno —contestó Geir. Yo lo miré. ¿Qué estaba haciendo? ¡Era un secreto!

—¿Encontrasteis alguna? —preguntó Ketil, mirándonos sonriente.

Geir negó con la cabeza.

—Yo tengo un montón en mi cuarto —dijo—. ¿Queréis que os las preste?

—¡Vale! —dijo Geir.

—¿De verdad? —pregunté yo.

Él asintió.

—¿Las queréis ya?

—Yo me voy a comer —dije.

—Yo también —dijo Geir—. Pero nos las podemos llevar y esconderlas en el bosque.

Ketil negó con la cabeza.

—Ni hablar. Se estropearían. Tendréis que llevároslas a casa. Iré esta tarde entonces.

—Muy bien. Pero quedamos fuera. No llames a la puerta, ¿vale?

—¿Ah? —dijo sonriendo con los ojos entornados—. ¿Tienes miedo de que le enseñe las revistas a tu padre, o qué?

—No, pero... Él lo pregunta todo. Y a ti no te conoce.

—Por mí vale —dijo—. Espérame fuera sobre las cinco, yo iré a esa hora.

—A las cinco ponen el partido de la semana —dije.

—A las seis entonces. Y no me digas que vas a ver el programa infantil.

—Vale. A las seis.

Mi madre estaba sentada en la cocina leyendo un libro, con la radio encendida y el arroz con leche hirviendo en la placa. Todo el lado de la cacerola estaba blanco de leche, y entre las placas también había restos de leche y arroz casi del todo secos por el calor, me imaginé que se había salido.

—Hola —dije.

Ella dejó el libro en la mesa.

—Hola, ¿dónde has estado?

—Bueno —contesté—, dando una vuelta por ahí. Encontramos unas botellas vacías que vamos a vender el lunes.

—Qué bien —dijo.

—¿Vas a hacer pizza esta noche? —le pregunté.

Ella sonrió.

—Ésa es mi intención, sí.

—¡Bien!

—¿Has leído el libro que te traje?

Asentí con la cabeza.

—Lo empecé ayer. Tiene una pinta estupenda. Voy a seguir leyendo ahora mismo.

—Vale —dijo mi madre—. La comida estará en un cuarto de hora.

Ella siempre nos traía algo cuando venía los viernes, y esta vez había sido un libro. Se llamaba *Un mago de Terramar*, escrito por alguien llamado Ursula K. Le Guin, y ya después de las primeras páginas supe que se trataba de un libro fantástico. Pero a pesar de eso me tumbé con el libro no sin vacilar, porque mi madre estaba en casa y quería pasar con ella el máximo tiempo posible. Por otro lado, ella ya estaba allí, ella y todas las cosas positivas que su presencia aportaba a mi vida, en parte el que mi padre nunca hiciera nada cuando ella estaba, nunca tenía uno de sus ataques de ira estando ella, sino que se dominaba siempre, todo eso estaba presente aunque yo estuviera tumbado en la cama y ella sentada en la cocina.

Vi el partido de la semana con Yngve y mi padre, que, como siempre, había comprado caramelos ingleses, y nos había dejado a Yngve y a mí rellenar un boleto de ocho filas de doce partidos cada una. Acerté cinco, se rieron porque significaba menos de la mitad acertados, igualmente podría haber hecho la quiniela con un dado. Mi padre dijo que era tan difícil acertar cinco como diez. Pero que mientras que los que tenían diez aciertos recibían premios en metálico, los que tenían cinco debían pagar por ello. Yngve tuvo siete aciertos, y mi padre diez, pero desgraciadamente no hubo premio para los de diez aciertos esa semana.

Cuando dieron todos los resultados, eran ya las seis menos dos minutos. Fuera llegaba Ketil a toda prisa, bajando la cuesta en su bicicleta, con una abultada bolsa de plástico en el portaequipajes. Me levanté y dije que me iba a dar una vuelta.

—¿Vas a salir ahora? —me preguntó mi padre—. Está a punto de empezar el programa infantil, ¿sabes?

—No me apetece verlo —dije—. Y he quedado con Geir.

—Así que has quedado. Bueno, vale entonces. Pero tienes que estar en casa antes de las ocho.

—¿Vas a salir? —me preguntó mi madre desde la puerta—. Pensaba que me ayudarías con la pizza.

—Me gustaría, pero he quedado.

—Nuestro hijo queda, ¿sabes? —dijo mi padre—. ¿Estás seguro de que es con Geir y no con una novieta?

—Sí, estoy seguro —contesté.

—Vuelve a casa a las ocho entonces —dijo mi madre.

Mi padre se levantó.

—Pronto estaremos tú y yo solos aquí por las noches, Sissel —dijo tirándose de las trabillas del pantalón y pasándose una mano por el pelo. Yo ya estaba saliendo y no oí la respuesta de mi madre. Mi garganta estaba espesa de excitación, me temblaba todo el cuerpo. Abajo, en la entrada, me puse las zapatillas de deporte —porque si teníamos suerte, ya se habría secado el sotobosque—, el jersey azul de punto y el chaleco de plumas azul que mi madre acababa de hacerme, abrí la puerta y salí disparado hacia Ketil, que estaba sentado en la bicicleta con un pie en el pedal y el otro en el suelo, y Geir, que estaba de pie a su lado. Los dos me miraron.

—Bajemos al cobertizo de las barcas —dije—. Allí nadie puede vernos.

—De acuerdo —dijo Ketil—. Entonces doy la vuelta con la bici y nos vemos allí abajo.

Geir y yo bajamos la pendiente hasta el sendero a toda velocidad, saltamos por encima del arroyo y bajamos la cuesta, que temblaba con nuestras pisadas, cruzamos el campo labrado y el camino de grava y no redujimos la velocidad hasta llegar al prado justo en el momento en el que Ketil apareció en lo alto de la cuesta, al lado de la vieja casa blanca.

Ketil tenía dos años más que nosotros, y estaba casi siempre solo, al menos ésa era la impresión que nosotros teníamos de él. Los altos pómulos, los ojos achinados y el pelo negro y brillante hacían que pareciera un indio, y que las chicas se interesaran por él. Lo del interés de las chicas era bastante reciente. De un día para otro Ketil se convirtió en un personaje del que se hablaba y al que se admiraba, de repente su nombre sonaba por aquí y por allí, y lo curioso tal vez no fuera que él existiera de pronto de esa manera, tras haber estado en una especie de valle de sombras, sino que en esas chicas que de repente hablaban de él y lo miraban se notara una especie de orgullo por ser *ellas* las que se habían vuelto interesantes haciendo una elección tan inesperada, casi más interesantes de lo que era él. Porque él simplemente continuó con su vida, dando vueltas en su bicicleta, casi siempre solo, y siempre amable con nosotros.

Puso la pata de cabra de la bici, un modelo de color naranja de la marca DBS, con manillar de carreras, levantó el soporte del portaequipajes, cogió la bolsa y se acercó lentamente a nosotros, que estábamos tumbados en la hierba, cada uno con una paja en la boca.

—¡Aquí tenéis porno! —dijo, cogiendo la bolsa por debajo, de modo que las revistas se esparcieron por el suelo.

Desde el islote del estrecho se oían chillidos de gaviota. Con todo el cuerpo derretido, cogí una de las revistas y me puse boca abajo. Aunque me fijara en una foto cada vez, y sólo en una parte de la misma, por ejemplo los pechos, que sólo con mirarlos sentía oleadas de excitación recorrerme el cuerpo, o por ejemplo las piernas, esa conmoción casi salvaje que despertaba en mí la visión de la hendidura entre ellas, más o menos abierta,

más o menos sonrosada y reluciente, y en cuyo borde reposaba en muchos casos un dedo o dos, o en la boca, que solía estar abierta, a menudo contraída en una mueca, o por ejemplo, los culos, a veces tan deliciosos y redondos que no era capaz de estarme quieto, en esos caso, digo, no se trataba de las partes en sí, era más como algo en lo que me bañaba, una especie de mar que no tenía principio ni fin, un mar en cuyo centro se encontraba uno desde el primer momento, desde la primera imagen.

—¿Ves algún coño apetitoso, Geir? —pregunté.

Movió la cabeza en un gesto negativo.

—Pero hay algunas con unas tetas enormes. ¿Quieres verlas?

Asentí, y él me puso la revista delante de los ojos.

Ketil estaba sentado a unos metros de nosotros, con las piernas cruzadas y una revista en las manos. Al cabo de unos minutos, la tiró y se levantó.

—Las he visto un montón de veces —dijo—. Necesito nuevas revistas.

—¿Dónde las has conseguido? —le pregunté mirándolo mientras me hacía sombra con la mano.

—Las he comprado, claro.

—¿LAS HAS COMPRADO? —le pregunté.

—Sí.

—Pero están viejas.

—Son usadas, tonto. En la ciudad hay una peluquería donde venden revistas usadas. Tienen un montón de revistas porno.

—¿Y a *ti* te dejan comprar?

—Al parecer sí.

Lo miré durante unos segundos. ¿Me tomaba el pelo?

No lo parecía.

Seguí hojeando. De repente aparecieron unas fotos de dos chicas en una pista de tenis. Llevaban faldas cortas, una azul clara y la otra blanca, camisetas blancas, muñequeras, calcetines blancos y zapatillas blancas de tenis. Cada una con una raqueta en la mano. ¿No pretenderían...?

Pasé a la siguiente página.

Una estaba tumbada en la hierba con la camiseta levantada y los pechos al descubierto. Tenía la cabeza echada hacia atrás. ¿No llevaba bragas?

Qué va.

Pronto estaban las dos desnudas, de rodillas, muy cerca de la red, con los culos al aire. Era fantástico. Fantástico. Fantástico.

—Mira esto, Geir —dije—. ¡Dos chicas jugando al tenis!

Me echó una breve mirada y asintió, demasiado absorto en lo suyo para perder el tiempo.

Ketil había bajado al viejo y destartalado muelle, y estaba tirando al agua piedras que habría encontrado en la playa de al lado. El agua estaba en calma total, y a cada impacto de las piedras planas se esparcían pequeñas olas circulares.

Habría hojeado unas tres o cuatro revistas cuando Ketil se acercó y se detuvo delante de nosotros. Lo miré.

—Es bueno leerlas estando boca abajo —dije.

—¡Ja, ja, ja! ¡Así que te gusta restregarte!

—Sí —contesté.

—No me extraña —dijo—. Tengo que irme ya. Quedaos las revistas, si las queréis. Yo estoy harto de ellas.

—¿Nos las *das*? —le preguntó Geir.

—Por supuesto.

Empujó con el pie la pata de cabra de la bici, levantó una mano y empezó a subir la cuesta con la otra en el centro del manillar. Parecía que llevaba un animal.

El que fuera Geir quien tendría que guardar las revistas en su casa era tan evidente para los dos que ni siquiera lo comentamos cuando nos despedimos delante de mi casa una hora más tarde.

Las pizzas de mi madre tenían una base gruesa y muy alta por los bordes, de manera que el relleno de carne picada, tomate, cebolla, champiñones, pimiento y queso parecía una llanura rodeada de largas cadenas montañosas. Como todos los sábados, nos sentamos alrededor de la mesa de comedor del salón. Jamás habíamos comido delante del televisor, eso pertenecía al reino de lo impensable. Mi padre me cortó un trozo y me lo puso en el plato, yo me eché Coca-Cola de la botella de litro, en la que las letras Coca-Cola estaban impresas en blanco sobre el cristal ligeramente verde, en lugar de en una etiqueta roja pegada, que también había. En nuestra parte del país, en el sur, no se vendía Pepsi-Cola, yo sólo la había bebido en la Norway Cup, lo que, aparte del metro y el desayuno, en el que podíamos comer todos los cereales que queríamos, constituía una de las ventajas más destacadas del torneo.

Después de comernos las pizzas, mi padre nos preguntó si queríamos participar en un nuevo juego.

Sí que queríamos.

Mi madre recogió los platos y mi padre se fue a su despacho a por un bloc y cuatro bolígrafos.

—¿Tú también quieres jugar, Sissel? —gritó a mi madre, que se había puesto ya a fregar los cacharros.

—Me encantaría —respondió, y se sentó con nosotros. Tenía espuma en un brazo y en la sien—. ¿A qué vamos a jugar? ¿Al yatzy?

—No —dijo mi padre—. Se reparte una hoja a cada uno, en la que escribiremos país, ciudad, río, mar, lago y montaña. Una columna para cada cosa. Luego se elige una letra, y en tres minutos hay que escribir el mayor número posible de nombres que empiecen por esa letra.

No habíamos jugado nunca, pero sonaba divertido.

—¿Hay algún premio? —preguntó Yngve.

Mi padre sonrió.

—Únicamente el honor. El que gane será el campeón de la familia.

—Empezad vosotros —dijo mi madre—. Yo prepararé el té.

—Podemos jugar una partida de prueba —dijo mi padre—. Y cuando tú vengas empezamos de verdad.

Nos miró.

—M —dijo—. La letra M. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí —contestó Yngve. Ya había empezado a escribir, con una mano como un escudo delante de la hoja.

—Sí —dije yo.

Mont Blanc, escribí en la columna de montañas. Mandal, Morristown, Mjøndalen, Molde, Malmø, Metrópolis y Múnich en ciudades. No tenía nada ni en mares ni en ríos. Mo i Rana era al menos una ciudad. ¿Marruecos? ¡Ah, sí, y Mississippi!

—Se acabó el tiempo —dijo mi padre.

Un rápido vistazo a sus hojas me bastó para constatar que me habían ganado.

—Lee tú los tuyos, Karl Ove —dijo.

Cuando llegué a Morristown, mi padre e Yngve se echaron a reír.

—¡No os riáis de mí! —dije.

—Morristown sólo existe en *El Hombre Enmascarado* —dijo Yngve—. ¿Creías que existía en la realidad?

—Sí. ¿Y qué? Sala trabaja en el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, y ese edificio sí existe. ¿Por qué no iba a existir Morristown?

—Buena respuesta, Karl Ove —dijo mi padre—. Te damos medio punto por ella.

Le hice una mueca a Yngve, que me devolvió una sonrisa despectiva.

—Ya está el té —dijo mi madre. Fuimos a la cocina y cogimos cada uno nuestra taza. Yo llené la mía de leche y azúcar.

—Pues empecemos en serio —dijo mi padre—. Haremos tres letras. Creo que nos da tiempo antes de la hora de acostarse.

Resultó que mi madre conocía casi tan pocos nombres como yo. O no se concentraba tanto como Yngve y mi padre. Fuera lo que fuera, a mí me venía bien, así éramos nosotros dos contra ellos dos.

Cuando mi padre contó los puntos de la primera partida, ella nos dijo que había cambiado de apellido.

—He recuperado mi antiguo apellido de soltera. Así que ahora me llamo Hatløy y no Knausgård.

Se me heló todo el cuerpo.

—¿Ya no te llamarás Knausgård? —dije mirándola boquiabierto—. ¡Pero si eres nuestra madre!

Ella sonrió.

—¡Claro que lo soy! ¡Y lo seré siempre!

—¿Pero por qué? ¿Por qué ya no vas a llamarte como nosotros?

—Al nacer me llamaron Sissel Hatløy, ¿sabes? Ése es mi nombre. Knausgård es el apellido de papá. ¡Y el vuestro!

—¿Os vais a divorciar?

Los dos sonrieron.

—No, no nos vamos a divorciar —dijo mi madre—. Sólo vamos a tener apellidos distintos.

—Con una consecuencia un poco tonta —dijo mi padre—. Y es que a partir de ahora no vamos a poder ver a vuestros abuelos paternos. No les gusta que vuestra madre cambie de

apellido, así que ya no quieren vernos.

Lo miré.

—¿Y en navidades? —pregunté.

Mi padre dijo que no con un gesto de la cabeza.

Yo me eché a llorar.

—No hay por qué llorar, Karl Ove —dijo mi padre—. Seguro que se les pasará. Lo que ocurre es que ahora están enfadados. Ya se les pasará.

Eché la silla hacia atrás de un empujón, me levanté y me fui corriendo a mi cuarto. Al cerrar la puerta oí que alguien venía detrás. Me tumbé en la cama y hundí la cabeza en la almohada, mientras sollozaba ruidosamente y las lágrimas me caían como nunca me habían caído.

—Pero Karl Ove —sonó la voz de mi padre detrás de mí. Se sentó en el borde de la cama—. No te lo tomes tan mal. ¿Tanto te gusta estar con los abuelos?

—¡Sí! —grité a la almohada. Mi cuerpo se encogía en sollozos espasmódicos.

—Pero si ellos no quieren ver a tu madre, no tiene mucha gracia estar con ellos, ¿no? Lo entiendes, ¿verdad? No quieren vernos.

—¿Por qué va a cambiar de apellido? —grité.

—Es su verdadero apellido —dijo mi padre—. Es lo que ella quiere. Y eso no se lo podemos negar ni tú, ni yo, ni los abuelos. ¿A que no?

Me puso una mano en el hombro durante un segundo. A continuación se levantó y salió de la habitación.

Cuando cesaron las lágrimas, saqué el libro que mi madre me había comprado y proseguí la lectura. En un lugar muy al fondo de mi conciencia capté que Yngve se iba a acostar, que la puerta corredera se cerraba, y que ellos estaban escuchando música allí dentro, pero sin darle ninguna importancia. Desde la primera frase me zambullí en la historia que estaba leyendo, y me fui sumergiendo cada vez más. El protagonista era Ged, un chico que vivía en una isla y que tenía unas facultades muy especiales. Cuando eso se descubrió, lo enviaron a una escuela de magos. Allí se vio que sus aptitudes eran extraordinarias, y un día que iba a exhibirse ante los demás con demasiada arrogancia, abrió la puerta al otro mundo, al submundo, al reino de los muertos, y una sombra se escapó de allí. Ged estuvo a punto de morir, durante muchos años después estuvo débil y sin fuerzas, marcado para toda la vida, y la sombra le perseguía. Huyendo de ella, se escondió en un modesto lugar del mundo, desistió de todas sus ambiciones, y sabía que lo que había estado haciendo, las simples artes de magia no eran más que una farsa y gestos vacíos, pero había otra magia más profunda que estaba entretejida con todo lo que existía,

y la verdadera tarea de los magos consistía en mantener el equilibrio entre todo eso. Todas las cosas y todos los seres tenían un nombre que correspondía a su naturaleza, y sólo si conocías esos nombres podrías dominarlos. Ged los conocía, pero no lo sabía, porque todo conjuro, toda arte de magia tenía influencia sobre el equilibrio, entonces podía suceder algo en otro sitio que no se podía abarcar. Los habitantes del pueblo en el que se había establecido pensaban por ello que él era un mal mago, ya que no quería hacer ni los trucos más simples, con los que cualquier mago de pueblo se ganaba la vida. Era joven, serio, en la cara tenía una gran cicatriz, pasaba frío a menudo, pero cuando realmente era necesario, cuando realmente tenía que usar sus facultades, entonces lo hacía. Una vez un niño estaba agonizando, Ged lo siguió al reino de los muertos y lo rescató, aunque no debía hacerlo, aunque en realidad era peligroso, porque precisamente el equilibrio entre la vida y la muerte era el que menos debía trastocarse. Pero él lo hizo y estuvo a punto de morir. Los habitantes del pueblo vieron por primera vez quién era. Y esa sombra que él había dejado escapar del otro lado y que siempre había volado por el mundo detrás de él lo descubrió, porque cada vez que hacía uso de sus fuerzas, la sombra lo notaba y se acercaba más. Ged tendría que marcharse. Y lo hizo, se fue en un barco al mar entre las islas, hasta las regiones más remotas. La sombra se acercaba cada vez más. Tras varios enfrentamientos en los que Ged rozó la muerte, llegó el último grande y decisivo. Continuamente había intentado encontrar el nombre de la sombra, buscando en las obras de seres de tiempos remotos, preguntando a otros magos más sabios, pero en vano, ése era un ser desconocido, sin nombre. Entonces lo supo. En el mar, solo en una barca, con la sombra acercándose cada vez más, lo supo de repente. La sombra se llamaba Ged. La sombra tenía su nombre. La sombra era él mismo.

Cuando apagué la luz tras haber leído la última página, eran casi las doce, y mis ojos estaban llenos de lágrimas.

¡La sombra era él mismo!

Al menos dos veces por semana aquel otoño e invierno me quedaba solo en casa. Mi padre tenía reuniones. Yngve ensayaba con la banda del colegio, entrenaba con el equipo de voleibol o de fútbol, o iba a casa de algún amigo. A mí me gustaba estar solo en casa, me encantaba que nadie decidiera por mí o quisiera algo de mí, aunque al mismo tiempo no me gustaba tanto, porque la oscuridad llegaba cada vez antes por las tardes, y el resplandor de las habitaciones en las ventanas, donde se movía mi propia figura, resultaba enormemente incómodo, porque estaba relacionado con la muerte y los muertos.

Sabía que no era así, ¿pero de qué servía esa certeza?

Resultaba especialmente tenebroso cuando estaba absorto en lo que leía, porque entonces, cuando levantaba la cabeza del libro y me levantaba, era como si no estuviera fijado *a ninguna parte*. Completamente solo, ésa era la sensación, completamente solo, aislado por esa oscuridad que se levantaba allí fuera como un muro.

Bueno, siempre podía llenar la bañera de agua, si me daba tiempo antes de que mi padre volviera, a él no le gustaba que me bañara a todas horas, según él bastaba con una vez por semana, y llevaba un control exhaustivo tanto de eso como de todo lo demás que yo hacía. Pero si de todos modos me tomaba la libertad de abrir el grifo y empezar a llenar la bañera, me sentaba, encendía el radiocasete y dejaba que el agua caliente se deslizara por mi cuerpo, me veía a mí mismo desde fuera, me veía como con la *boca abierta*, como si mi cabeza fuera un cráneo. Me ponía a cantar, la voz se volvía en mi contra, metía la cabeza debajo del agua y me sentía aterrado: ¡no veía nada! ¡Alguien podría acercarse a mí a escondidas! ¿Había alguien allí? Los dos, tres o cuatro segundos que había estado debajo del agua representaban un agujero en el tiempo, y en ese agujero podría haberse metido alguien. Quizá no en el cuarto de baño, no, allí no había nadie, pero podría haberse metido en la casa.

La mejor solución cuando me sentía así era encender la luz de la cocina o de mi cuarto y mirar fuera, porque allí fuera, cuando no había reflejo en las ventanas, allí fuera estaban las demás casas, allí estaban las demás familias, y algunas veces también estaban fuera los demás chicos. No había nada más seguro que ver eso.

Una de esas noches estaba arrodillado en el banco de la cocina en la oscuridad mirando hacia fuera, nevaba copiosamente y soplaba un fuerte viento aullando a través del paisaje, los canalones tintineaban, la chimenea zumbaba. Era noche cerrada, en el resplandor amarillo bajo las farolas no se veía a nadie, sólo la nieve que se movía con el viento.

Por la cuesta subía un coche. Giró para meterse en nuestra calle. Se acercaba a nuestra casa. ¿Venía aquí?

Pues sí. Se metió en la entrada de coches y se paró.

¿Quién podía ser?

Salí corriendo de la cocina, bajé la escalera y salí a la entrada.

Allí me paré.

A nuestra casa no venía nunca nadie, ¿no?

¿Quién podía ser?

Me entró miedo.

Me acerqué a la puerta y apreté la nariz contra el cristal rugoso. No tenía por qué abrir, podría mirar a ver si conocía a esa gente que se estaba acercando.

¡Se abrió la puerta del coche, y una persona se *cayó* de él!

¡La persona se estaba acercando *a cuatro patas*!

¡Oh, no! ¡Oh, no!

Venía contoneándose como un oso. Se detuvo debajo del timbre, ¡se puso de pie!

Retrocedí.

¿Qué criatura era ésa?

Ding-dong, sonó el timbre.

La figura volvió a apoyarse en las cuatro patas.

¿El abominable hombre de las nieves? ¿Lightfoot?

¿Pero aquí? ¿En Tybakken?

La figura volvió a levantarse, llamó al timbre y volvió a agacharse sobre cuatro patas.

Mi corazón daba brincos.

Entonces supe quién era.

Claro que sí.

Era el concejal del ayuntamiento, ese que era inválido.

Tenía que ser él.

Y el abominable hombre de las nieves no vendría conduciendo un coche, ¿no?

Abrí la puerta en el momento en que el hombre empezó a arrastrarse de vuelta al coche. Se volvió.

Era él.

—Hola —dijo—. ¿Está tu padre?

Negué con la cabeza.

—No —dije—. Está en una reunión.

El hombre, que llevaba barba y gafas, tenía algo de saliva en la comisura de los labios y solía pasearse con jóvenes en su coche adaptado especialmente para él, suspiró.

—Salúdalo de mi parte y dile que he estado aquí —dijo.

—Vale —contesté.

El hombre se arrastró de nuevo hacia su coche, ayudándose con los brazos, abrió la puerta y se elevó hasta el asiento. Lo miré boquiabierto. Dentro del coche, lo lento y desvalido de sus movimientos se transformaba, aceleró con fuerza el motor y dio rápidamente marcha atrás en la cuesta, para luego bajar a toda velocidad y desaparecer.

Cerré la puerta y subí a mi cuarto. Apenas me había tumbado en la cama cuando se

abrió la puerta de abajo.

Por los sonidos, supe que era Yngve.

—¿Estás aquí? —gritó en la escalera. Me levanté y salí.

—Tengo mucha hambre —dijo—. ¿Cenamos ya?

—Pero si sólo son las ocho —objeté.

—Cuanto antes, mejor —dijo—. Yo puedo hacer té. Además, tengo muchísima hambre.

—Llámame cuando esté listo el té —dije.

Un cuarto de hora después estábamos comiendo rebanadas de pan con embutido y queso, y teníamos delante unas grandes tazas de té.

—¿Ha venido un coche por aquí esta tarde? —preguntó Yngve.

Asentí con la cabeza.

—Ese concejal inválido del ayuntamiento.

—¿Qué quería?

—¡Yo qué sé!

Yngve me miró.

—Alguien ha hablado hoy de ti —dijo.

Me quedé helado.

—¿Ah, sí?

—Sí, Ellen.

—¿Y qué dijo?

—Que andas de un modo muy raro.

—¡No dijo eso!

—Sí. Y es verdad, ¿no? Andas de un modo un poco raro, ¿no has pensado nunca en ello?

—¡NO ES VERDAD! —grité.

—Sí que lo es —dijo Yngve—. El nene pequeñito ni siquiera sabe andar bien.

Se levantó y empezó a andar por la cocina como cayéndose hacia delante a cada paso que daba. Lo miré con los ojos llenos de lágrimas.

—Ando de una manera muy normal —dije.

—Fue Ellen quien lo dijo, no yo —insistió—. Hablan de ti, ¿sabes? Eres un poco

especial.

—¡NO LO SOY! —grité tirándole con todas mis fuerzas la rebanada de pan. Él volvió la cabeza y la rebanada dio contra la cocina eléctrica con un pequeño chasquido.

—¿Se ha enfadado el nene? —preguntó.

Me levanté con la taza de té en la mano. Cuando Yngve me vio, también se levantó. Yo le arrojé el té caliente. Le dio en la tripa.

—Te pones muy mono cuando te enfadas, Karl Ove —dijo—. Pobrecito nene. ¿Quieres que te enseñe a andar? Yo sé, ¿sabes?

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero ésa no era la razón por la que no veía nada, era porque la rabia se me había subido, llenándome la cabeza de una especie de niebla roja.

Me lancé sobre él y le golpeé todo lo que pude en el estómago. Él me cogió de los brazos y me retorció, yo intenté librarme, él me tenía agarrado, yo intentaba dar patadas, él me apretó con más fuerza hacia él, yo intenté morderle la mano y él me apartó de un empujón.

—Tranquilo, tranquilo —dijo.

Volví a lanzarme sobre él, lo único que deseaba era pegarle en la cara, y si hubiera tenido un cuchillo a mano, no habría dudado en clavárselo en el estómago, pero él sabía todo eso, había ocurrido muchas veces, así que volvió a hacer lo mismo, me tenía sujeto, apretándome contra él, diciendo que yo era un nene, y que me ponía muy mono cuando me enfadaba, hasta que intenté morderle, y él ya no era capaz de mantener a distancia mi cabeza y me alejó de un empujón. Esta vez no me lancé sobre él, sino que salí disparado de la cocina. En la mesa del salón había una fuente con fruta, cogí una naranja y la estrellé con todas mis fuerzas contra el suelo. Se reventó y un fino chorro de zumo salió disparado hasta el papel pintado de la pared.

Yngve estaba en el vano de la puerta mirando.

—¿Qué has hecho? —dijo.

Lo miré. Luego vi la raya en la pared.

—Límpiala tú, idiota —le dije.

—No se puede limpiar —dijo él—. Si lo intentas, la mancha se hará aún más grande. Papá se va a cabrear muchísimo cuando la vea. ¿Por qué lo has hecho?

—A lo mejor no la ve —dije.

Yngve se limitó a mirarme.

—Podemos tener esa esperanza —dijo. Se agachó, cogió la naranja y se la llevó a la cocina. Por el ruido entendí que la estaba metiendo al fondo del cubo de la basura. Volvió

con un trapo y limpió el suelo.

Yo temblaba tanto que apenas me tenía de pie.

La raya era fina, pero larga, y pensé que sería imposible que mi padre no la viera en cuanto volviera a casa.

Yngve fregó la tetera y las dos tazas. Tiró la rebanada de pan y limpió las migas. Yo estaba sentado en la silla delante de la mesa de comedor, con la cabeza entre las manos.

Yngve se detuvo delante de mí.

—Perdóname —dijo—. No era mi intención hacerte llorar.

—Sí que lo era.

—Es porque te enfadas mucho —dijo—. Tienes que comprender que resulta muy tentador. Te *he* pedido perdón.

—No es eso —dije.

—¿Entonces qué es?

—Lo que has dicho de que ando de un modo muy raro.

—Venga ya —dijo—. Todo el mundo anda de un modo distinto. Lo importante es llegar. Estaba bromeando, ¿vale? Quería hacerte enfadar. Y lo he conseguido. No andas de un modo más raro que los demás.

—¿Seguro?

—Tan seguro como un banco.

Cuando llegó mi padre, yo ya me había acostado. Estaba a oscuras en la cama escuchando sus pasos. No se detuvieron en la entrada, como yo pensaba, sino que continuaron hasta la cocina. Hizo allí algo y volvió a salir. No se detuvo tampoco esta vez.

No lo había descubierto.

Nos habíamos salvado.

La tarde siguiente fui a natación con Geir. Cogimos el autobús desde Holtet hasta la central de autobuses de la ciudad, y subimos las cuevas hasta Stintahallen, cada uno con una bolsa al hombro. En la mía llevaba un bañador Arena azul oscuro, un gorro de natación blanco, marca Speedo, con una bandera noruega en un lado, un par de gafas de natación Speedo, una pastilla de jabón y una toalla. Pertenecíamos al Club de Natación de Arendal desde el invierno anterior. Entonces apenas sabíamos nadar, ir de un extremo al otro de la piscina nos suponía un enorme esfuerzo, al límite de lo imposible, pero como se esperaba de nosotros que lo hiciéramos, como un mínimo absoluto para un club de natación, y el entrenador, un hombre con zuecos y tatuajes en los brazos, nos seguía a lo largo del borde de la piscina gritando, tardamos asombrosamente poco tiempo en nadar sin problemas. No éramos buenos, al menos en comparación con los chicos mayores, que a veces andaban por allí con sus cuerpos delgados y largos, y sin embargo musculosos, surcando el agua con sus bocas abiertas y sus gafas de insecto. Comparados con ellos parecíamos renacuajos, pensaba a veces, chapoteando laboriosamente, yendo igual hacia delante que hacia los lados. Pero aunque mejorábamos poco a poco y enseguida éramos capaces de nadar mil metros en el transcurso de un entrenamiento, yo no seguía yendo a nadar sólo por el progreso, sabía que nunca sería un nadador a nivel de competición, porque cuando llegaban las competiciones y debía darlo todo, nunca era suficiente, ni siquiera conseguía alcanzar a Geir. No, lo que a mí me gustaba era lo otro, lo que empezaba ya en el momento de meternos en el autobús y continuaba a través de la oscuridad, camino de Arendal, la vespertina ciudad vacía por la que pasábamos, las mismas tiendas ante cuyos escaparates nos parábamos, hasta dentro de ese gran edificio municipal con su extraña mezcla de exterior e interior, por el que entrábamos como por una esclusa desde que nos encontrábamos envueltos en ropa de invierno fuera en la entrada, hasta que quince minutos después estábamos casi desnudos, vestidos sólo con un trozo de tela, en el borde de la piscina, tras haber realizado todo ese pequeño rito que consistía en desnudarnos, ducharnos y ponernos el bañador, listos ya para tirarnos dentro de esa maravillosa y transparente agua fría y que olía a cloro. Eso era lo que a mí me gustaba. Los sonidos que se lanzaban de un lado a otro dentro del recinto, la oscuridad fuera de las ventanas, las corcheras entre las calles parecidas a corales, los trampolines, las cálidas duchas de media hora que nos dábamos luego, cuando el proceso se hacía a la inversa y pasábamos de ser unos flacuchos chicos pálidos con grandes cabezas, casi desnudos, a encontrarnos de nuevo vestidos y abrigados en el invierno del exterior, con el pelo mojado debajo del gorro y el olor a cloro en la piel, y los brazos y piernas

deliciosamente agotados.

También me gustaba la sensación de encerrarme en mí mismo al ponerme el gorro y las gafas de natación, sobre todo en las competiciones, cuando también tenía una calle para mí solo que me esperaba debajo del trampolín, pero por regla general los pensamientos que allí aguardaban, en la soledad casi astronáutica de la natación, se volvían caóticos y a veces también aterradores. En las gafas de natación podía entrar agua, que se metía en el ojo hasta que escocía y me impedía ver, algo que evidentemente estorbaba la pureza del pensamiento. Podía tragar agua, podía equivocarme en el giro y quedarme sin aliento y tragar aún más agua. Y podía ver que los que nadaban en la calle de al lado ya se estaban alejando, algo que me susurraba esa voz que quería ganar, con la que entonces podía empezar a hablar. Pero aunque esa voz interior me hablaba tranquilamente mientras yo nadaba y bregaba todo lo que podía, y por ello estaba rodeado de una luz espantosa, más o menos como una centralita militar dentro de un búnker, donde los oficiales discuten sin inmutarse, mientras la batalla está librándose encima de sus cabezas, y todo eso conducía a que aumentara la velocidad, y por unos segundos consiguiera realmente darlo todo, no servía de nada, Geir seguía delante de mí, algo que yo no podía entender, si yo en realidad era mejor que él, sabía muchas más cosas que él, también sobre la voluntad de ganar. Y sin embargo era él el que daba con la mano en el borde *entonces* y yo el que daba *ahora*.

Cuando el entrenador pitó para indicar que el entrenamiento había terminado por ese día, puse los brazos sobre el borde de la piscina, no sin sentir cierto alivio, y salí para correr con Geir por el suelo de losas y meternos en la ducha, donde la velocidad era algo menor, la nuestra al menos se redujo al quitarnos los gorros y los bañadores, luego nos pusimos bajo el chorro, para poder sentir con los ojos cerrados cómo el calor se nos expandía por el cuerpo y no tener ya necesidad de decir o hacer nada, ni siquiera tener fuerza para reírnos si uno de esos hombres que ahora entraban en el recinto se ponía a cantar. Había algo onírico en el ambiente allí dentro, esos cuerpos blancos que aparecían en la puerta y que con movimientos lentos e introvertidos se metían en la ducha, en cómo el rumor del agua golpeando los azulejos se mezclaba con el débil rumor del exterior, el vapor que saturaba el aire, el timbre hueco de las voces cada vez que alguien hablaba con alguien.

Solíamos quedarnos allí mucho tiempo después de que se hubiesen marchado nuestros compañeros de entrenamiento. Geir contra la pared, yo, para esconder el culo, de cara a la habitación. A veces lo observaba cuando él no se daba cuenta. Él tenía los brazos más delgados que yo, y sin embargo era más fuerte. Yo era un poco más alto que él, pero él era más rápido, aunque ésa no era la razón por la que nadaba más deprisa que yo. Era porque lo deseaba más. Lo de sus dibujos era otra cosa, era algo que él sabía hacer, así de simple, algo que tenía dentro y que siempre había estado allí. Exceptuando la figura humana, sabía reproducir todo con gran exactitud. Casas, coches, barcos, árboles, tanques,

aviones, cohetes. Era casi un misterio. Porque no copiaba, su madre nunca le dejó usar ni regla, ni goma de borrar. A veces aparecían en sus frases extrañas dicciones, por ejemplo decía *imaginer* y *cuadredo*, y en lugar de *una* naranja decía *un* naranja, y aunque yo le corregía siempre, él seguía hablando así, como si esas formas fueran una parte tan firme de él como el color de sus ojos o la colocación de sus dientes.

Por fin se dio cuenta de que lo estaba observando y nuestras miradas se cruzaron. Con una sonrisa en los labios se estiró y apretó la palma de la mano contra la alcachofa de la ducha, para que el chorro se ahogara y pareciera como si el agua se espesara bajo sus dedos. Se rió y se volvió hacia mí. Le mostré mis manos. Las puntas de los dedos estaban rojas y tumefactas por la humedad.

—Parecen pasas —dije.

Él se miró sus dedos.

—Los míos también —dijo—. ¡Imagínate que cuando nos bañamos se nos pusiera todo el cuerpo así!

—El escroto está todo el tiempo arrugado —dije.

Los dos nos inclinamos para mirarnos las partes bajas. Pasé un dedo lentamente por los pliegues duros y sin embargo sensibles de piel, y una sensación glacial me recorrió el cuerpo.

—Resulta agradable tocarse ahí —dije.

Geir miró a su alrededor. Luego cerró la ducha, se fue al perchero donde colgaban las toallas y empezó a secarse. Yo cogí la pastilla de jabón y la lancé al aire. Se deslizó lentamente por el suelo, dio contra la pared del rincón y se quedó sobre una de las rejillas. Cerré la ducha y estuve a punto de seguir a Geir cuando de repente no soporté la idea de que la pastilla de jabón se quedara allí, en medio del suelo. Apreté la cara contra la tela seca de la toalla.

—Imagínate cuando nos salga pelo en la picha —dijo Geir, dando unos pasos con las piernas separadas.

Me reí.

—¡Imagínate cuando nos crezca de verdad! —dije.

—¡Hasta las rodillas!

—¡Entonces tendremos que peinarlo!

—¡O hacernos una coleta!

—¡O ir al peluquero! ¡Por favor, quiero cortarme el pelo de la picha, gracias!

—De acuerdo. ¿Cómo lo quieres?

—¡Al cero, gracias!

En ese instante se abrió la puerta y dejamos de reírnos. Entró un hombre mayor, gordo y con ojos tristes, y el vacío que las risas habían dejado en nosotros se llenó enseguida de risitas cuando primero nos saludó cortésmente con la cabeza y luego nos dio la espalda para quitarse el bañador. Al coger nuestras bolsas de baño para salir de las duchas, Geir dijo en voz alta:

—¡Seguro que la tiene enorme!

—¡O minúscula! —dije yo, en una voz igual de alta. Luego cerramos la puerta detrás de nosotros dando un portazo y corrimos hasta el fondo del vestuario. Nos quedamos un rato sentados, riéndonos mientras nos preguntábamos si nos habría oído o no, hasta que ese ambiente por lo demás tan tranquilo también se apoderó de nosotros, y lentamente empezamos a recoger nuestras cosas y vestirnos. No se oyeron ya más sonidos que el de pies sobre linóleo, el crujido de piernas que se metían dentro de pantalones, brazos deslizándose por chaquetas, el agudo tintineo de una taquilla que se abre o se cierra y algún hombre suspirando, agotado tal vez por el calor de la sauna.

Saqué la bolsa del armario y metí las cosas de natación dentro. Primero las gafas, que me quedé un momento contemplando, ya que eran nuevas, alegrándome de que fueran mías. Luego el bañador, el gorro, la toalla, y al final la jabonera. Con sus líneas ligeramente redondeadas, el color verdoso y el suave olor a perfume, la jabonera pertenecía a un mundo distinto al del resto del equipamiento de natación. Estaba íntimamente relacionado con mi madre y sus cosas en el armario: pendientes, anillos, frascos, broches, pañuelos y tules. Yo estaba seguro de que ella ignoraba la existencia de ese mundo, de lo contrario jamás me habría comprado aquel gorro de baño de señora. Porque el gorro de baño de señora pertenecía a ese mundo. Y eso era algo que todo el mundo sabía: un mundo jamás debía relacionarse con el otro.

Geir estaba ya casi listo. Yo me levanté y me puse los calzoncillos, cogí los leotardos de lana y metí primero una pierna y luego la otra. Me los subí bien hasta la cintura, antes de volverme a buscar los calcetines entre la ropa. Encontré sólo uno, y volví a revisar el montón.

No estaba allí.

Eché un vistazo dentro del armario.

Estaba completamente vacío.

¡Oh, no!

¡No, no, no!

A toda prisa volví a revisar mi ropa, sacudiendo prenda por prenda, con la intensa

esperanza de verlo caer y posarse en el suelo delante de mí.

Pero no estaba allí.

—¿Qué pasa? —preguntó Geir. Estaba ya completamente vestido y sentado en el banco de enfrente mirándome.

—No encuentro el otro calcetín —dije—. ¿Lo ves tú?

Se agachó a mirar debajo del banco.

—Ahí no está —dijo.

¡Ay!

—Pero en algún sitio tiene que estar —dije—. ¿Me ayudas a buscarlo? ¡Por favor!

Noté que la voz me temblaba un poco. Pero Geir hizo como si nada, o a lo mejor ni siquiera se había percatado. Se agachó y miró debajo de todos los bancos, mientras yo me acercaba a la ducha por si se había metido entre la toalla y caído al suelo por el camino. Tampoco estaba allí. ¿Lo habría recogido junto con la ropa de baño sin darme cuenta?

Volví al vestuario a toda prisa y vacié el contenido de la bolsa en el suelo.

Pero no había ningún calcetín.

—No está ahí, ¿no? —pregunté.

—No —respondió Geir—. Tenemos que irnos ya, Karl Ove. El autobús se va.

—Primero tengo que encontrar el calcetín.

—Pero no está aquí. Hemos mirado por *todas partes*. ¿No puedes irte sin él?

No contesté. Sacudí otra vez toda la ropa, me agaché, miré debajo de todos los bancos, y me metí por última vez en las duchas.

—Tenemos que irnos ya —dijo Geir enseñándome el reloj—. Se van a enfadar si no llego al autobús.

—¿Puedes seguir buscando mientras yo me visto? —le pregunté.

Asintió y algo desganado empezó a dar vueltas por la habitación, dejando deslizar la mirada por el suelo. Yo me puse la camiseta y el jersey.

¿Y en el estante de arriba?

Me subí al banco para mirar.

Nada.

Me puse los pantalones y encima los de plumas, me subí la cremallera de la cazadora y me agaché a atarme los botines.

—Tenemos que irnos ya —dijo Geir.

—Ya voy —dije—. Espérame fuera.

Cuando él salió, yo volví a las duchas. Miré dentro de la papelera, pasé la mano por el alféizar de las ventanas, abrí incluso la puerta que daba a la piscina.

Nada.

Geir estaba fuera esperándome. Echó a correr antes de que yo le hubiese alcanzado.

—¡Espérame! —grité. Pero no hizo ademán de pararse, ni siquiera se volvió, y yo eché a correr tras él. Bajamos en medio de la oscuridad por delante de los árboles grisáceos, y luego salimos a la luz de la calle. A cada paso que daba, el pie desnudo rozaba contra el áspero cuero del botín. *He perdido el calcetín*, sonó dentro de mí. *He perdido el calcetín. He perdido el calcetín.* Al mismo tiempo, mi cabeza empezó a hacer tictac en algún punto detrás de la sien izquierda, tictac, decía, pero aunque resultaba inquietante, ya que sonaba como si se hubiese soltado algo, o quizá mejor como algo que se estaba frotando contra otra cosa allí dentro, no se lo podía decir a nadie, porque dirían que estaba mal de la cabeza, y se reirían.

Tic tac tic tac tic tac.

Tic tac tic tac tic tac.

Fui corriendo detrás de Geir todo el camino hasta la tienda de golosinas. Entrábamos siempre allí; la bolsita de golosinas con la que salíamos constituía el punto culminante de la excursión. Geir estaba esperándome fuera, pateando de impaciencia. Me detuve frente a él. Debido a la nieve de las máquinas quitanieves nos encontrábamos medio metro más en alto que de costumbre, y ese nuevo ángulo hacía que toda la tienda pareciera cambiada. Tenía cierto aspecto de sótano, y eso lo alteraba todo, de un vistazo me di cuenta de que los estantes eran simples «estantes», que el género era «género» colocado en un espacio completamente normal de una casa, en resumen, que la tienda era una «tienda», sin que yo lo expresara así, no fue más que un presentimiento que me pasó por la mente y que se esfumó tan deprisa como había llegado.

Geir abrió la puerta y entró.

Yo lo seguí.

—¿Vamos muy mal de tiempo? —le pregunté.

—Sí —contestó—. El autobús sale en once minutos.

En la trastienda, la dependienta dejó el periódico, salió y se colocó detrás del mostrador con una expresión desinteresada, quizá también un poco desdeñosa, en la cara. Era vieja y repugnante; en la barbilla tenía un lunar del que le salían tres largos pelos.

Toda una pared estaba cubierta de pipas y limpiaboquillas, papel de fumar y máquinas de liar, cajas de cigarrillos, cajas de puros y de rapé de distintas formas y colores, todas con diferentes tipos de letra y con pequeñas imágenes estilizadas de perros, zorros, caballos, veleros, coches de carreras, negros sonrientes, marineros fumando y mujeres desenfadadas. La estantería de golosinas, que los dos estábamos mirando fijamente, cubría la otra pared. Al contrario que los productos de tabaco, las golosinas carecían de embalaje, las chokolatinas, caramelos y gominolas estaban en unos botes transparentes de plástico representándose a sí mismas, sin ninguna imagen entre ellas y nosotros; lo que veíamos era lo que recibíamos. Lo negro sabía a salado o a regaliz, lo amarillo a limón, lo naranja a naranja, lo rojo a fresa, lo marrón a chocolate. Los pequeños trozos cuadrados de chocolate, con su superficie dura, llamados «reclutas», estaban rellenos de caramelo, exactamente como su forma prometía; los trozos de chocolate con forma de corazón, sin embargo, tenían un relleno de una masa gelatinosa blanda que sabía a albaricoque. Los códigos de colores regían tanto para caramelos como para gominolas, con algunas excepciones que intentamos descubrir aquellas tardes. Algunos caramelos negros tenían sabor a verde oscuro, mientras que algunos caramelos verde oscuro sabían a verde más de farmacia, parecido al eucalipto —es decir, un verde más claro— y no al verde de golosinas, que sería lo lógico a juzgar por el color. Y luego había caramelos negros que de hecho sabían al famoso «Rey de Dinamarca», es decir, un color entre naranja y marrón. Lo curioso era que nunca sucedía al revés, es decir, no había caramelos «Rey de Dinamarca» que supieran a negro, tampoco habíamos encontrado caramelos verde eucalipto que supieran a verde de golosinas o a negro.

—¿Qué vais a querer? —preguntó la dependienta.

Geir había puesto sobre el mostrador de cristal el dinero que se iba a gastar y se inclinó hacia delante para ver mejor el surtido, obviamente desconcertado por nuestra falta de tiempo.

—Ehhhh... —dudó.

—¡Date prisa! —dije.

Entonces de repente soltó una retahíla:

—Tres de éstos, tres de éstos y otros tres de éstos, y luego cuatro de éstos, uno de aquéllos y uno de éstos —dijo, mientras señalaba a los distintos botes.

—¿Tres de...? —preguntó la dependienta, abriendo una bolsa de papel vacía y acercándose al estante.

—De los caramelos verdes. O mejor cuatro. Y tres de los rojos y blancos. Ya sabes, los polka... y cinco chupetes.

Cuando salimos de la tienda cada uno con nuestra bolsita en la mano, faltaban sólo

cuatro minutos para la salida del autobús. Pero nos dijimos que podíamos llegar y bajamos a toda prisa las escaleras. Los escalones estaban resbaladizos de nieve rascada, de modo que tuvimos que agarrarnos a la barandilla, lo que era incompatible con la velocidad que pretendíamos alcanzar. Debajo de nosotros estaba la ciudad, las calles blancas que parecían casi amarillas a la luz de las farolas, con la estación de autobuses, donde los autobuses salían y entraban deslizándose como trineos en la nieve, y la iglesia grande, con tejas y chapitel verdes. Y encima el cielo, negro como una bóveda, sembrado de estrellas chisporroteantes. Cuando sólo faltaban diez o quince escalones, Geir soltó la barandilla y echó a correr. Perdió el control tras un par de pasos, su única posibilidad de mantener el equilibrio era seguir bajando a toda prisa. Y lo hizo, bajó a una velocidad vertiginosa. De repente cambió de técnica, intentó deslizarse en lugar de correr, pero la parte de arriba de su cuerpo iba a más velocidad, de modo que se vio lanzado hacia delante y aterrizó justo en el montón de nieve que las máquinas habían dejado en la cuneta. Todo sucedió tan deprisa que no me eché a reír hasta verlo allí tumbado.

—¡Ja, ja, ja!

Geir no se movía.

¿Se había hecho daño de verdad?

Bajé lo más deprisa que pude el último tramo y me detuve delante de él. Primero respiraba con abruptos jadeos, casi sollozos. Luego de repente dio un largo y hueco respingo.

—*¡Mierda!* —susurró, agarrándose el pecho—. *Mierda. Mierda. Mierda.*

—Me gustaría que dejaras de blasfemar —dije.

Me echó una breve y oscura mirada.

—¿Te has hecho daño? —pregunté.

Volvió a dar un respingo.

—¿Te has quedado sin aliento?

Asintió con la cabeza, se incorporó y volvió a respirar con normalidad. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ahora seguro que no llegamos a tiempo al autobús —dije.

—Me quedé sin aliento —dijo él—. No estoy llorando.

Se tocó el costado al levantarse e hizo una mueca.

—¿Podrás andar? —le pregunté.

—Claro que sí —contestó.

Desde la zona de entrada al Centro Arena vimos que nuestro autobús se ponía en marcha, se metía en la calle y desaparecía al doblar la esquina. El siguiente salía media hora después.

Nos sentamos en la estación de autobuses, en el banco junto al fotomatón, y nos comimos las golosinas. Había poca gente por allí. Dos jóvenes comprando hamburguesas y patatas fritas, que habían dejado el coche con el motor en marcha, un borracho sentado en el suelo, dormido con la cabeza caída hacia delante.

Geir se metió en la boca uno de los caramelos rojos y blancos.

—¿A qué color saben? —pregunté.

Me echó una mirada interrogante.

—¡A rojo y blanco, claro! —contestó.

—Pero no es seguro que sepa a eso —dije—. Imagínate que yo me lo como y sabe, por ejemplo, a verde.

—¿Qué estás diciendo? —me preguntó.

—Imagínate que sabe a mermelada, por ejemplo —dije.

—¿A mermelada?

—¿No entiendes nada? —le pregunté—. No podemos saber si saben igual.

Él no lo entendía. Yo tampoco estaba seguro del todo de entenderlo. Pero una vez Dag Lothar y yo nos metimos cada uno una tuerca negra en la boca, luego nos miramos y dijimos en el mismo instante: ¡pero si sabe a *verde*! Y más adelante ese otoño vinieron una noche a casa mis abuelos paternos, Gunnar, el hermano del abuelo Alf y su mujer Sølvi. Tomamos gambas, cangrejo y un bogavante que por casualidad se había metido en la red de mi padre unos días antes. Mientras cenábamos, Sølvi miró a mi padre y dijo:

—Y pensar que este bogavante lo has cogido tú. Está *delicioso*.

—Está realmente delicioso —dijo la abuela.

—No hay nada que sepa tan bien como un bogavante —dijo mi padre—. Pero no podemos saber si a todo el mundo le sabe igual.

Sølvi lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Yo sé cómo me sabe a *mí* —dijo mi padre—. Pero no tengo ni idea de a qué te sabe a ti.

—Sabe a bogavante, claro.

Todos se rieron.

Yo no entendía de qué se reían. Tenían razón en lo que estaban diciendo. Yo también me reí.

—¿Pero cómo puedes saber que el bogavante me sabe a mí igual que te sabe a ti? —preguntó mi padre—. Que tú sepas, a mí puede saberme a mermelada.

Sølvi estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea, echó un vistazo al bogavante, luego a mi padre y meneó la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. El bogavante está ahí. Y sabe a *bogavante*. ¡No a mermelada!

Los otros se rieron de nuevo. Yo entendí que mi padre tenía razón, pero no sabía exactamente por qué. Estuve un buen rato pensando en ello. Tenía constantemente la sensación de estar a punto de entenderlo, pero cuando iba a captarlo, se me perdía. El pensamiento me venía un poco grande.

Pero aún más grande le venía a Geir, pensé, mirando hacia la puerta, que se abría en ese instante. Era Stig. Cuando nos vio, se le iluminó la cara y se acercó.

—Hola —dijo.

—Hola —dijo Geir.

—Hola —dije yo.

—¿Habéis perdido el autobús? —preguntó sentándose a nuestro lado.

Geir lo confirmó con un gesto de la cabeza.

—¿Quieres? —dijo, poniendo la bolsita delante de Stig, que sonrió y eligió un chupete. Entonces yo también tendría que ofrecerle algo. ¿Por qué demonios había hecho eso Geir? No teníamos tantas golosinas.

Stig iba un curso por encima del nuestro y acudía a la ciudad tres días a la semana a entrenarse en gimnasia. Competía a nivel nacional, pero no era nada soberbio, como lo era en cambio Snorre, que competía a nivel nacional en natación y no quería saber nada de nosotros. Stig era bueno, de hecho una de las mejores personas que yo conocía. Cuando llegó el autobús, se sentó en el asiento de delante de nosotros. Más o menos al final del muelle Langbrygga, se acabó la charla, se volvió hacia delante y permaneció así el resto del trayecto. Geir y yo también íbamos callados, y la idea del calcetín que había perdido volvió con fuerza renovada.

Ay, ay.

¿Cómo acabaría eso?

¿Cómo *acabaría*?

¡Ay no, ay no, ay no!

No, no, no.

El que llegáramos media hora más tarde tal vez dirigiera su atención hacia mí. Quizá estuviera esperándome. Por otro lado, podría ser que no lo hiciera, que estuviera ocupado en otras cosas; en ese caso yo estaría a salvo; si lograba pasar inadvertido hasta el cuarto de la caldera, todo iría bien, porque allí había tendidos más calcetines que podía ponerme.

El autobús se metió en el puente y el viento golpeó la carrocería. Las ventanillas temblaron. Geir, que siempre quería ser el primero en tirar de la cuerda para la siguiente parada, levantó la mano y la agarró, a pesar de que éramos los únicos que nos bajábamos en ella. La parada del autobús estaba al final de la cuesta, y yo siempre tenía mala conciencia cuando me bajaba allí, porque entonces el autobús tendría que empezar de cero y no coger velocidad hasta vencer el pico de la cuesta, unos cientos de metros más arriba. A veces ese sentimiento era tan fuerte que no me bajaba hasta la siguiente parada, la del supermercado, sobre todo si iba solo. Incluso ahora, con el recuerdo del calcetín remordiéndome la conciencia, noté un pequeño pinchazo cuando Geir tiró de la cuerda y el autobús, irritado, empezó a frenar para que bajáramos.

Nos quedamos junto al bordillo lleno de nieve que habían quitado las máquinas, esperando a que el autobús volviera a arrancar. Stig levantó la mano a modo de saludo. Luego cruzamos la calle y subimos el sendero hacia la urbanización.

Yo solía sacarme los botines de un par de patadas en el umbral con el fin de quitarles la nieve, y luego me cepillaba las perneras del pantalón con la escoba, que estaba apoyada contra la pared a tal fin, pero esta vez me salté las patadas, porque él podría oírlas, me limité a cepillarme muy superficialmente los pantalones y abrí con cuidado la puerta, me colé dentro y la cerré detrás de mí.

Pero no bastó con eso. Oí que la puerta de su despacho se abría, y luego la puerta de la entrada.

Apareció delante de mí.

—Llegas tarde —dijo.

—Sí, lo siento —me disculpé—. Es que durante el camino Geir se cayó y se hizo daño, y perdimos el autobús por unos minutos.

Empecé a desatarme el botín en el que sí llevaba calcetín.

Él no daba señales de ir a marcharse.

Me quité el botín y lo coloqué junto a la pared.

Lo miré de reojo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —contesté.

El corazón me latía con fuerza. Levantarme y cruzar la entrada con un solo botín sería inaceptable, claro. Quedarme inmóvil y esperar a que él se fuera, tampoco era muy realista, porque él no se iría.

Lentamente empecé a desatarme el segundo botín. De repente se me ocurrió una idea y me quité la bufanda, la dejé al lado del botín, y cuando ya lo había desatado del todo y empecé a quitármelo, cogí a la vez la bufanda, intentando cubrir con ella el pie desnudo como por casualidad.

Así, con la bufanda medio tapándome el pie, me levanté.

—¿Dónde está tu calcetín? —preguntó mi padre.

Bajé la vista para mirarme el pie. Luego lo miré a él.

—No lo encontré —dije, de nuevo con la mirada baja.

—¿Lo has *perdido*? —preguntó.

—Sí —contesté.

Al instante vino hacia mí, me agarró con una fuerza férrea por los brazos y me apretó contra la pared.

—¿Has PERDIDO el calcetín?

—¡Sí! —grité.

Me zarandeó. Luego me soltó.

—¿Se puede saber qué edad tienes? ¿Y cuánto dinero crees que tenemos nosotros? ¿Crees que podemos permitirnos el lujo de perder prendas?

—No —dije mirando al suelo y con los ojos llenos de lágrimas. Me cogió de la oreja y me la retorció.

—¡Maldito niño! —dijo—. ¡Tienes que aprender a cuidar tus cosas!

—Sí —dije.

—No irás más a natación. ¿Entendido?

—¿Qué?

—¡NO IRÁS MÁS A NATACIÓN!

—Pero... —sollocé.

—¡NO HAY PEROS QUE VALGAN! —Me soltó la oreja y fue hacia la puerta. Se volvió hacia

mí—. No tienes edad para eso. Esta tarde lo has demostrado. No irás más. Hoy ha sido la última vez. ¿Entendido?

—Sí —dije.

—Vale. A tu habitación. Esta noche te quedas sin cenar. Ya te puedes ir a la cama.

La siguiente semana no fui a natación, pero lo echaba tanto de menos que la otra semana hice como si nada hubiese pasado, metí mis cosas en la bolsa y cogí el autobús con Geir y Dag Lothar. El miedo me sacudía a intervalos, pero algo dentro de mí me decía que todo iría bien, y así fue. Cuando volví a casa, todo estaba como antes, y así siguió, él no volvió a decirme nunca que no podía ir a natación.

A principios de diciembre, tres días antes de mi cumpleaños y dos días antes de que mi madre volviera, estaba sentado en el baño cagando cuando el ruido del coche de mi padre que entraba y aparcaba no fue seguido por el igualmente conocido sonido de la puerta que se abría y se cerraba, sino por el sonido del timbre.

¿Qué pasaba ahora?

Me limpié el culo a toda prisa y tiré de la cadena, me subí los pantalones, abrí la ventana de encima de la bañera y saqué la cabeza.

Abajo estaba mi padre con un nuevo anorak. Llevaba unos pantalones bombachos y unas medias largas azules, y en los pies unas botas de esquí azules y blancas, todo nuevo.

—¡Ven! —dijo—. ¡Vamos a esquiar!

Me vestí a toda prisa y salí. Él estaba fijando mis esquís y mis bastones a la baca del coche, junto a un par de flamantes esquís de madera de la marca Splitkein.

—¿Te has comprado esquís? —le pregunté.

—Sí —contestó—. ¿A que es una buena idea? Así podemos esquiar juntos.

—Sí —dije—. ¿Adónde vamos?

—Iremos a dar una vuelta por la parte de la isla que da a mar abierto. A Hove.

—¿Allí hay pistas?

—¡Ya lo creo! Las mejores pistas se encuentran allí.

Yo tenía mis dudas, pero no dije nada y me senté a su lado. Él estaba desconocido con su ropa nueva. Nos fuimos a Hove. No dijimos nada hasta que mi padre paró el coche y se bajó.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó.

Había entrado por el campamento, que constaba de una serie de casas rojas y barracones que estaban allí desde la guerra, al parecer los habían construido los

alemanes, igual que el campo de tiro, que algunos decían que había servido de aeródromo. Sobre las rocas y en las playas de cantos rodados, muy cerca de la linde del bosque estaban los puestos de cañones de hormigón, y dentro del bosque esos búnkers bajos y misteriosos donde solíamos jugar cuando estábamos allí la tarde del día nacional, el 17 de mayo, tanto en el tejado como dentro en las habitaciones. Pasó por delante de todo eso, luego por un estrecho camino en el bosque que acababa en un pequeño yacimiento de arena, donde se paró y aparcó.

Cuando hubo bajado los esquís de la baca, sacó una pequeña maleta llena de ceras para esquís que también acababa de comprar, y los untamos con cera Swix azul, que tras leer lo que ponía en los tubos pensó que era la mejor. Tardó más que yo en ponerse los esquís, daba la sensación de no tener mucha práctica con las fijaciones. Al final metió las manos en las correas de los bastones. Pero no lo hizo desde la parte de abajo, para que la correa no se soltara de la mano aunque él soltara el bastón. No, metió directamente las manos.

¡Como hacían los niños pequeños que no sabían!

Daba pena verlo, pero yo no podía decir nada. Lo que sí hice fue sacar las manos y volver a meterlas para que, si estaba atento, pudiera ver cómo se hacía.

Pero él no me miraba a mí, sino a la pequeña colina sobre el yacimiento de arena.

—¡Vamos allá! —dijo.

Aunque yo nunca lo había visto esquiar, jamás me habría imaginado que no supiera. Pero no sabía. No se deslizaba sobre los esquís, sino que andaba con pasos cortos, como hacía cuando andaba normalmente, e incluso tambaleándose, porque de vez en cuando detenía los movimientos y tenía que clavar el bastón en el suelo para no caerse de bruces.

Pensé que a lo mejor era sólo al principio, que enseguida volvería a acostumbrarse a los movimientos y a esquiar como se debía esquiar, deslizándose por las pistas. Pero cuando llegamos a lo alto de la colina, desde donde el mar se veía entre los árboles, gris y con las espumantes crestas blancas de las olas, y empezamos a seguir la pista del llano, él seguía exactamente igual.

De vez en cuando se volvía y me sonreía.

Me daba tanta pena que podría haberme puesto a gritar.

Pobre papá. Pobre, pobre papá.

Al mismo tiempo me sentía avergonzado, mi padre no sabía esquiar. Me mantenía todo el rato a cierta distancia de él, para que posibles transeúntes no lo asociaran conmigo. Él simplemente era alguien que iba ahí delante, un turista, yo estaba solo, yo era de aquí, yo sabía esquiar.

La pista se adentraba en el bosque, pero aunque la visión del mar desapareció, su bramido permanecía entre los árboles en ascenso y en descenso, y el olor a agua salada y algas podridas estaba en todo, mezclándose con los otros olores del bosque, debilitados por el invierno, de los que la extraña mezcla de lo húmedo y templado de la nieve tal vez fuera el más concreto.

Mi padre se paró y se apoyó en los bastones. Yo me coloqué a su lado. Un barco se deslizaba por el horizonte. El cielo sobre nosotros estaba gris claro. Una zona pálida, entre gris y amarilla sobre los dos faros de Torungen, revelaba la situación del sol.

Me miró y me preguntó:

—¿Tú te deslizas bien?

—Bastante bien —contesté—. ¿Y tú?

—Sí, sí —contestó—. ¿Seguimos? Pronto habrá que dejarlo. Tengo que preparar la comida. ¡Muévete ya!

—¿No vas a ir tú delante?

—No, tú primero. Yo iré detrás.

Eso me trastocó todo lo que tenía en la cabeza. Si mi padre iba detrás de mí, me vería esquiar, vería que yo sabía esquiar, y entendería lo torpe que era su estilo. A cada paso que daba lo vería con sus ojos, como cuchillos en la consciencia. Al cabo de unos metros empecé a reducir la velocidad y a ir cada vez más despacio y como a pequeños golpes, no muy diferente a su estilo, sólo que no tan torpe, porque entonces se daría cuenta de lo que estaba haciendo y todo iría de mal en peor. Debajo de nosotros las blancas olas rompientes golpeaban perezosamente la playa de cantos rodados. En algunos sitios el viento levantaba la nieve de las rocas. Una gaviota planeaba sin mover las alas. Estábamos ya cerca del coche, y en la última pequeña cuesta tuve una idea, cambié de ritmo, aceleré unos metros, hice como si perdiera el equilibrio y me tiré en la nieve junto a la pista. Me levanté lo más deprisa que pude y estaba sacudiéndome la nieve del pantalón cuando él me adelantó.

—Es importante mantenerse en pie —dijo.

Volvimos en silencio, y yo me sentí aliviado cuando por fin nos encontrábamos delante de casa y nuestra excursión de esquí había terminado.

Tampoco dijimos nada mientras nos quitábamos los equipos de esquí en la entrada. Pero entonces, al abrir la puerta de la escalera, se volvió hacia mí y dijo:

—Tendrás que hacerme compañía mientras preparo la comida.

Asentí y lo seguí escaleras arriba.

En el salón se detuvo y miró la pared.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Habías visto esto?

Me había olvidado ya de la raya de naranja. Mi asombro al negar con la cabeza debió de parecer bastante auténtico, porque su atención se desplazó de mí a la pared, y se inclinó hacia delante, pasando un dedo por la fina raya. Su imaginación ni siquiera podía llegar a figurarse que yo había lanzado una naranja al suelo, justo allí, en la entrada, delante de la cocina.

Se enderezó y se metió en la cocina. Yo me senté en el banco como de costumbre, él sacó un paquete de pescadilla del frigorífico, lo dejó en la encimera, sacó harina, sal y pimienta del armario, echó todo en un plato y empezó a dar vueltas a los blandos y temblorosos filetes en la mezcla.

—Mañana después del colegio nos iremos a la ciudad a comprar tu regalo de cumpleaños —dijo sin mirarme.

—¿Voy a ir yo también? —pregunté—. ¿No debe ser secreto?

—Sabes lo que has pedido —dijo—. Un traje de fútbol, ¿no?

—Sí.

—Entonces vienes y te lo pruebas —dijo empujando un trozo de mantequilla del cuchillo hasta dentro de la sartén.

Lo que yo quería era un traje del Liverpool, pero cuando entramos en la tienda Intersport no vimos ninguno.

—¿No podemos preguntárselo a alguno de los que trabajan aquí? A lo mejor tienen alguno en el almacén.

—Si no hay ninguno expuesto, significa que no lo tienen —contestó mi padre—. Elige alguno de los otros.

—Pero yo soy del Liverpool.

—Coge uno del Everton entonces —dijo—. Son de la misma ciudad.

Miré el traje del Everton. Azul con pantalón blanco. Umbro.

Miré a mi padre. Parecía impaciente, miraba todo el rato a su alrededor.

Me puse la camiseta por encima del jersey y el pantalón delante.

—Me está bien —dije.

—Vale, nos lo llevamos entonces —dijo mi padre. Cogió el traje y se acercó a la caja a pagarlo. Se lo envolvieron mientras él contaba los billetes de su abultada cartera, se alisaba el pelo y miraba hacia fuera, donde había un montón de gente de compras,

faltaban sólo tres semanas para Navidad.

El día de mi cumpleaños me desperté al amanecer. El paquete con el traje estaba en mi armario. Ardía de ganas de ponérmelo. Arranqué el papel, saqué el traje y lo apreté contra la nariz, ¿había algún olor mejor que el de la ropa nueva? Me puse el pantalón corto de tela brillante, luego la camiseta, que era de una tela algo más áspera, casi un poco rugosa contra la piel, y las medias blancas. Luego fui al baño y me miré en el espejo.

Di varias vueltas para verme desde todos los ángulos.

Era bonito.

No era del Liverpool, pero era bonito, y los dos clubs eran de la misma ciudad.

De repente mi padre abrió violentamente la puerta del baño.

—¿Qué estás haciendo, chico? —me preguntó. Me observó—. ¿Has abierto el regalo? —gritó—. ¿Tú solo?

Me agarró del brazo y me arrastró hasta mi cuarto.

—¡Ahora lo envuelves OTRA VEZ! —gritó—. ¡AHORA MISMO!

Me eché a llorar y me quité el traje, intenté doblarlo lo mejor que pude, lo metí en el papel, lo doblé y lo pegué con el trozo de celo que aún pegaba.

Mi padre vigilaba todos mis movimientos. En cuanto hube terminado de envolverlo, me lo arrancó de las manos y salió de la habitación.

—En realidad debería quitártelo —dijo—. Pero lo esconderé hasta que te demos los regalos. Es tu cumpleaños.

Como sabía lo que me iban a regalar, e incluso me había probado el traje en la tienda, estaba seguro de que lo que importaba era *el día*, que me lo pusiera *ese día*. No contaba con los demás regalos que me dieron cuando tomamos la tarta por la tarde. Resultó imposible hacérselo entender. Pero yo tenía razón, no él. ¡El traje era mío! ¡Ese día se convirtió en mío!

Me quedé llorando en la cama hasta que los demás se levantaron. Mi madre estaba de buen humor y me felicitó por mi cumpleaños cuando entré en la cocina. El día anterior había hecho bollitos que ahora calentó en el horno. Y había huevos cocidos, pero todo me era indiferente, el odio hacia mi padre lo oscurecía todo.

Por la tarde tomamos refrescos y tarta. Nunca había invitado a nadie por mi cumpleaños y ese año tampoco. Estaba malhumorado y desgano, comiendo trozos de tarta sin pronunciar palabra, y cuando mi padre me colocó delante los regalos, con una sonrisa totalmente carente de comprensión por lo que había sucedido por la mañana, como si de hecho *pudiéramos* empezar de nuevo, me limité a desenvolver el traje del

Everton sin dar ninguna muestra de felicidad.

—Qué bonito es —dijo mi madre—. ¿No te lo vas a probar?

—No —contesté—. Me lo probé en la tienda. Me quedaba bien.

—Póntelo —dijo mi padre—. Para que lo vean mamá e Yngve.

—No —dije.

Me miró.

Me llevé el traje al baño, me cambié y volví al salón.

—Estupendo —dijo mi padre—. Apuesto a que vas a ser el más chulo en el entrenamiento de fútbol este invierno.

—¿Puedo quitármelo ya? —pregunté.

—Espera a que te hayamos dado todos los regalos —dijo—. Aquí tienes uno mío.

Me dio un pequeño paquete cuadrado que *tenía* que ser una cinta de casete.

Lo abrí.

Era la nueva cinta de los Wings. *Back to the Egg*.

Lo miré. Él miraba por la ventana.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Oh sí —contesté—. ¡Pero si es la nueva cinta de los Wings! ¡Quiero escucharla ahora mismo!

—Espera un poco —dijo—. Aún te faltan un par de regalos por abrir.

—Aquí hay uno muy pequeñito mío —dijo mi madre.

Era grande, pero ligero. ¿Qué podría ser?

—Algo para tu habitación —dijo ella.

Abrí el paquete. Era un taburete. Cuatro patas de madera, y una especie de asiento de tela metálica tensado entre ellas.

—Un taburete muy chulo —dijo Yngve.

—Muchas gracias —dije—. ¡Puedo usarlo para leer!

—También yo tengo un regalo para ti —dijo Yngve.

—¿Sí? —dije—. ¿Qué te has inventado esta vez?

Era un libro sobre cómo tocar la guitarra.

Lo miré con los ojos brillantes.

—Muchas gracias —dije.

—Es sobre solos, escalas y todo eso —dijo Yngve—. Muy sencillo. Tienes que apretar un punto negro. Hasta tú serás capaz de entenderlo.

El resto de la noche escuché *Back to the Egg*.

Yngve entró y dijo que John Bonham, el baterista de Led Zeppelin, tocaba en una de las canciones. Y que había leído en el periódico que un pastor noruego participaba al principio de una canción. Pensamos que tendría que ser en la primera, la que abría el disco, «Reception», en la que había una grabación de radio.

—¡Ahí está! —dijo Yngve—. ¡Ponla otra vez!

Y entonces yo también lo oí.

«Intentemos por un momento ver esto a la luz del Nuevo Testamento», dijo en noruego una débil y destemplada voz de viejo.

La idea de que ni Paul McCartney, ni Linda McCartney, ni Denny Laine, ni Steve Holly ni Laurence Juber tuvieran la más leve idea de lo que se decía en ese fragmento de la canción, y que Yngve y yo sí lo entendiéramos, porque éramos noruegos, resultaba vertiginosa.

Como siempre, mi padre fue amable durante toda la Navidad, incluso por las mañanas. Al acercarse la Nochevieja, cuando las tiendas por fin abrieron durante unas horas, mi madre se fue a la ciudad a comprar comida y fuegos artificiales. Seguro que ella le había dicho que tal vez no fuera necesario gastar cientos de coronas en cohetes, como hacía siempre mi padre, porque ella asumió la responsabilidad de comprarlos, y ese año él se mantuvo al margen.

La cosa no salió muy bien.

Mi padre solía enseñarnos los cohetes que había comprado con frases como «¡Este año vamos a ganar a los Gustavsen por muchos puntos!» o «¡Este año sí que va a haber buenas explosiones!». Al oscurecer, solíamos verlo fuera, en el césped, cubierto de nieve resplandeciente, organizando el lanzamiento con gran destreza y esmero. Con un mechón de pelo colgándole por la cara, casi tapada por la barba, colocaba el tendedero en la nieve y apoyaba en él los cohetes más grandes, y los más pequeños en un montón de botellas u otros objetos huecos. Cuando tenía todo preparado, sólo había que esperar hasta las once y media. Entonces nos llamaba para que saliéramos al jardín a recibir el Año Nuevo con fuegos artificiales. Empezaba modestamente, con algún petardo o bengala que nos repartía a Yngve y a mí, y luego iba en aumento, hasta que a las doce en punto disparaba el cohete más grande. Después constataba que ese año había habido muchos cohetes estupendos, pero que los nuestros habían sido los mejores, como de costumbre, lo que era discutible, porque nosotros no éramos los únicos que invertían dinero en fuegos

artificiales, también lo hacían los Gustavsen y los Karlsen.

Pero esa Nochevieja mi padre, el rey de los fuegos artificiales, había abdicado.

Reflexioné bastante sobre cuál podría ser la causa de esa abdicación. Pero fuera la que fuera, sospeché que las consecuencias podían llegar a ser importantes. No, no lo sospechaba, lo *sabía*.

Cuando eran algo más de las once y media, y mi madre dijo que tal vez fuera ya hora de salir y disparar el cohete, me quedé helado.

—¿El cohete? —dije—. ¿Sólo tenemos uno? ¿Un solo cohete?

—Sí —contestó mi madre—. Es suficiente, ¿no? Es uno grande. En la tienda me dijeron que era el más imponente que tenían.

Mi padre sonrió con desdén. Salió detrás de Yngve y de mí, y se colocó a nuestro lado en la terraza de la parte de atrás de la casa, donde tendría lugar el lanzamiento.

El cohete era realmente grande, en eso mi madre tenía razón.

Lo metió en una botella, pero la botella era demasiado pequeña, y tanto el cohete como la botella se volcaron. Ella se enderezó y miró a su alrededor. Llevaba el abrigo de piel clara abierto y las cremalleras de las botas bajadas, de manera que cuando andaba parecían desplegarse, como dos plantas de una extraña especie. Alrededor del cuello se había enrollado su gruesa bufanda color óxido.

—Necesitaríamos algo más grande para meterlo —dijo.

Mi padre no dijo nada.

—Papá suele usar el tendedero —apuntó Yngve.

—¡Es verdad! —dijo mi madre.

El tendedero, que sólo se usaba en verano, era de madera y estaba junto a la pared. Mi madre fue a por él, lo colocó en la nieve y apoyó el cohete en él. A nuestro alrededor se oían constantes estallidos de cohetes, el cielo flameaba con las explosiones, que intuíamos más que veíamos, porque estaba nublado y había niebla, de modo que la lluvia de estrellas y todos los colores y dibujos quedaron convertidos en no mucho más que unos temblorosos centelleos de luz.

—Quizá deberías ponerlo de lado —sugirió Yngve—. Papá suele hacerlo así.

Mi madre hizo lo que le dijo.

—Ya son las doce —intervino mi padre—. ¿No vas a disparar ya nuestro cohete?

—Sí —contestó mi madre. Sacó del bolsillo un mechero y se agachó, protegiendo la pequeña llama con la mano, a la vez que apartaba el cuerpo, como si estuviera a punto de

salir huyendo. En el instante en que la mecha prendió, vino corriendo hacia nosotros.

—¡Feliz Año Nuevo! —dijo.

—Feliz Año Nuevo —dijo Yngve.

Yo no dije nada, porque del cohete, al que había llegado ya la llama de la mecha, salió un sonido de fracaso. El fuego se apagó y se hizo el silencio.

—Oh, no —dije—. ¡No ha funcionado! ¡Está defectuoso! Y sólo tenemos uno. ¿Por qué has comprado sólo uno? ¿Cómo has podido hacer algo así?

—Bueno, se acabó la fiesta —dijo mi padre—. Tal vez deba ocuparme yo de los cohetes la próxima Nochevieja.

Jamás había sentido tanta pena por mi madre como en ese momento, cuando abandonamos el lugar del lanzamiento y volvimos al calor de la casa, rodeados de gritos y estallidos de todos los alegres vecinos. Lo que más me dolió fue que ella lo hizo lo mejor que pudo. Simplemente no sabía cómo hacerlo.

Una tarde, dos semanas después, estaba yo en Tjenna, con los pies helados. Framlaget, la asociación infantil del Partido Laborista, de la que yo y casi todos los demás chicos de la urbanización formábamos parte, había organizado una competición de esquí. Llevábamos un número sobre el pecho y había premios para todos, pero resultaba terriblemente helador estar allí esperando tu turno. Cuando me tocó a mí, los esquís estaban resbaladizos y no conseguí coger velocidad, por lo que acabé muy abajo en la clasificación. En cuanto llegué a la meta y me dieron la medalla, me fui para casa. La oscuridad colgaba entre los abetos, el frío me mordía los dedos de los pies, los esquís resbalaban constantemente, no conseguí subir la cuesta más empinada ni siquiera poniéndolos en v, así que tuve que ir de lado. Pero por fin vi nuestra calle, con sus farolas encendidas como una cinta iluminada en el atardecer, y allí estaba nuestra casa, al otro lado. Crucé y entré en el jardín, me quité los esquís y los coloqué junto a la pared, abrí la puerta y me detuve.

¿Qué olor era ése?

¡La abuela!

¿Estaba en casa *la abuela*?

Ni hablar, eso era imposible.

Tal vez mi padre había ido a Kristiansand y la había traído.

No, jolines, alguien estaba hablando arriba en la cocina.

Me quité los zapatos a toda prisa, los calcetines estaban mojados, lo que significaba que no podía entrar con ellos, se darían cuenta, así que correteé por la entrada hasta el cuarto de la caldera, donde había un par tendido en la cuerda, me los puse, subí la escalera

lo más rápido que pude y me detuve.

El olor allí era más fuerte. No había duda, la abuela esta en casa.

—¿Eres tú, Loffe? —dijo mi padre.

—Sí —contesté.

—¡Ven aquí un momento!

Entré en la cocina.

¡Allí estaba la abuela!

Corrí hacia ella y la abracé.

Ella se rió y me tiró del pelo.

—¡Cuánto has crecido! —dijo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté—. ¿Dónde está el coche? ¿Dónde está el abuelo?

—He venido en el autobús —contestó.

—¿En el autobús?

—Sí. Mi hijo está solo con los chicos, pensé, así que podría ir a verlos y echarle una mano. Os he preparado la comida, ¿sabes?

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

Ella se rió.

—Bueno, creo que me iré mañana. Alguien tiene que ocuparse también del abuelo. No puede quedarse demasiado tiempo solo.

—Claro —dije, y la volví a abrazar.

—Bueno, bueno —dijo mi padre—. Vete a tu cuarto, te llamo cuando vayamos a comer.

—Pero primero tengo que darle el regalo —dijo la abuela.

—Por cierto, gracias por el regalo de Navidad —dije—. Era estupendo.

La abuela se agachó y cogió su bolso. Sacó de él un pequeño paquete y me lo dio.

Arranqué el papel.

Era una taza del club deportivo Start.

Era blanca, con el logo del Start a un lado y un jugador de fútbol con camiseta amarilla y pantalón negro en el otro.

—¡Ah, una taza del Start! —exclamé, y le di otro abrazo.

Resultaba extraño tener allí a la abuela. No la había visto casi nunca sin el abuelo, y

casi nunca a solas con mi padre. Se sentaban en la cocina a charlar, los oía a través de la puerta de mi habitación, que dejaba entreabierta. A veces se quedaban callados, entonces él o ella se levantaban a hacer algo. Después seguían hablando, la abuela se reía, contaba alguna historia, mi padre murmuraba algo. Luego nos llamaba para las comidas, él era completamente distinto a como era normalmente, era como si se acercara y se alejara todo el tiempo. A veces escuchaba con gran atención lo que decía la abuela y de repente parecía ausentarse, miraba hacia otro lado o se levantaba a hacer algo, entonces la miraba de nuevo sonriendo, hacía un comentario que a ella le hacía reír, y luego volvía a mirar hacia otra parte.

Ella se marchó la tarde siguiente. Nos dio un abrazo a Yngve y a mí, y mi padre la llevó a la estación de autobuses de la ciudad. Yo puse *Rubber Soul* y me tumbé con una biografía de Madame Curie. Cuando empezó el segundo tema, «Norwegian Wood», levanté la vista de la página del libro y me quedé mirando al techo, dejando que el ambiente de la música, de una manera incomprensible, se me metiera dentro y me elevara hasta donde ella se encontraba. Fue una sensación fantástica. No sólo porque era hermosa, también había algo más, algo que no tenía nada que ver con la habitación en la que me encontraba o el mundo que me rodeaba.

I once had a girl, or should I say, she once had me...

She showed me her room, isn't it good, Norwegian wood?

Fantástico, fantástico.

Seguí leyendo sobre Madame Curie hasta las diez, entonces apagué la luz. Entrando ya en el sueño, cuando lo que había a mi alrededor en la habitación me llenó de alguna manera de imágenes de cuya procedencia no tenía ni idea, pero que no obstante aceptaba, se abrió de repente la puerta y se encendió la lámpara del techo.

Era mi padre.

—¿Cuántas manzanas has cogido hoy? —me preguntó.

—Una —contesté.

—¿Estás seguro? La abuela dijo que ella te había dado una.

—¿Sí?

—Pero también te comiste una después de comer. ¿Lo recuerdas?

—¡Ah, no, lo había olvidado por completo!

Mi padre apagó la luz y cerró la puerta tras él sin decir nada más.

Al día siguiente después de comer me llamó. Fui a la cocina.

—Siéntate —dijo—. Voy a darte una manzana.

—Gracias —contesté.

Me alcanzó una manzana.

—Te la comerás aquí sentado —dijo.

Le dirigí una fugaz mirada. Él me la devolvió, sus ojos estaban serios y yo miré al suelo. Empecé a comérmela. Cuando me la hube acabado, me dio otra.

¿De dónde la había sacado? ¿Tenía una bolsa escondida en la espalda o algo así?

—Aquí tienes otra —dijo.

—Gracias —dije—. Pero sólo me dais una al día.

—Ayer cogiste dos, ¿no?

Asentí con un gesto de la cabeza y me la comí.

Me alcanzó otra.

—Aquí tienes otra —dijo—. Hoy es tu día de suerte.

—Estoy lleno —dije.

—Cómete la manzana.

Me la comí. Tardé más que con las dos primeras. Parecía que los bocados que daba se iban amontonando encima de lo que había comido; era como si pudiera sentir la fría pulpa de la manzana en mi interior.

Mi padre me alcanzó otra.

—No quiero más —dije.

—Ayer no había límites —dijo—. ¿Ya no te acuerdas? Te comiste dos manzanas porque te apetecían. Hoy puedes tener todas las que quieras. Cómetela.

Negué con la cabeza.

Se inclinó hacia mí. Sus ojos estaban totalmente fríos.

—Cómete la manzana. Ahora mismo.

Empecé a comerla. Cada vez que tragaba, el estómago se me contraía, y tuve que tragar saliva varias veces para no vomitar.

Él se había colocado detrás de mí, no podía librarme de ninguna manera. Lloraba y tragaba, tragaba y lloraba. Al final no pude más.

—¡Estoy llenísimo! —exclamé—. ¡No puedo más!

—Cómetela —dijo él—. Te encantan las manzanas, ¿no?

Intenté darle un par de bocados más, pero no pude.

—No puedo —dije.

Me miró. Luego cogió la manzana a medio comer y la tiró al cubo de la basura, en el armario de debajo del fregadero.

—Puedes irte a tu habitación —dijo—. Espero que hayas aprendido la lección.

En mi habitación deseaba sólo una cosa: hacerme mayor. Decidir sobre mi propia vida. Odiaba a mi padre, pero estaba en sus manos, y no podía escapar de su dominio. Resultaba imposible vengarse de él. Excepto en mis pensamientos y en mi imaginación, que tanto elogiaban. En mi imaginación podía aplastarle. En ella podía crecer, hacerme más grande que él, ponerle la mano en las mejillas y apretar, hasta que sus labios se transformaran en esa boca tonta que él tan a menudo ponía para imitarme, debido a mis dientes salidos. En mi imaginación podía golpearle la nariz con tanta fuerza que se le rompía, y la sangre salía de ella a chorros. O mejor aún, tan fuerte que el hueso nasal se le metía en el cerebro y él se moría. Podía lanzarlo contra la pared, empujarlo por las escaleras. Podía agarrarlo por el cuello y aplastarle la cara contra la mesa. Podía pensar todo eso, pero en el momento de encontrarme en la misma habitación que él, todo se disolvía, él era mi padre, un hombre adulto y mucho más grande que yo, por lo que todo tendría que suceder según su voluntad, la mía la aplastaba como si nada.

Sería por eso —naturalmente sin saberlo— por lo que convertí el espacio interior en un enorme espacio exterior. Cuando leía, y durante algún tiempo apenas hacía otra cosa, siempre era el mundo exterior en el que me movía cuando estaba tumbado en mi cama, y no sólo el mundo de aquí y ahora, con todos sus países y seres desconocidos, sino también el que existió antes, desde los libros sobre el chico de la Edad de Piedra, hasta las edades que quedaban por conocer, como aparecía por ejemplo en los libros de Julio Verne, y luego estaba la música, que también abría el espacio, con esos ambientes y fuertes sentimientos que me producía, que no tenían nada que ver con los demás sentimientos de mi vida. Lo que más escuchaba eran Los Beatles y Wings, pero también la música de Yngve, que durante mucho tiempo fueron grupos y artistas como Gary Glitter, Mud, Slade, Sweet, Rainbow, Status Quo, Rush, Led Zeppelin y Queen. Luego, cuando él ya estaba en el instituto, entre todas estas viejas cintas empezaba a colarse una música completamente distinta, como el single de The Jam y el de The Stranglers, que se llamaba *No More Heroes*, el LP de Boomtown Rats y uno de The Clash, la cinta de Sham 69 y Kraftwerk, y además las canciones que él grababa del único programa de música que había en la radio en aquella época, *Pop Spesial*. Empezó a tener amigos que se interesaban por el mismo tipo de música y que también tocaban la guitarra. Uno de ellos se llamaba Bård Torstensen, y a principios de mayo, un día que mi padre se había ausentado por unas horas, y la casa por tanto estaba abierta, Yngve lo invitó a entrar en su cuarto. Estuvieron tocando la guitarra y escuchando discos. Al cabo de un rato llamaron a mi puerta, había

algo que Yngve quería enseñar a Bård. Yo, que estaba tumbado en la cama leyendo, me levanté cuando entraron.

—Mira éste —dijo Yngve acercándose al póster de Elvis que yo tenía en la pared sobre el escritorio—. ¿Puedes adivinar lo que hay en el reverso?

Bård negó con la cabeza.

Yngve quitó las chinchetas, cogió el póster y le dio la vuelta.

—Mira esto —dijo—. ¡Johnny Rotten! ¡Y el tío lo tiene colgado con Elvis hacia fuera!

Se rieron los dos.

—¿Puedo comprártelo? —preguntó Bård.

Dije que no con la cabeza.

—Es mío.

—¡Pero lo tienes colgado al revés! —dijo Bård riéndose de nuevo.

—No es verdad —dije—. ¡Pero sí es Elvis!

—¡Elvis no es nadie! —dijo Bård.

—Sí, Elvis Costello es alguien —dijo Yngve.

—Sí, es verdad —dijo Bård.

Cuando se fueron, estudié un rato los dos lados. El que se llamaba Johnny Rotten era feo. Elvis era guapo. ¿Por qué iba a tener al feo hacia fuera y al guapo hacia dentro?

Fuera hicimos lo de todas las primaveras: cortábamos ramas de los abedules y atábamos botellas a los restos que quedaban, al día siguiente las recogíamos, llenas ya de savia, que nos bebíamos. Cortábamos ramas de los sauces y hacíamos flautas con la corteza. Cogíamos grandes ramos de anémonas blancas para regalar a nuestras madres. Bueno, en realidad éramos ya demasiado mayores para esas cosas, pero era un gesto, era ser bueno, de modo que una mañana que sólo teníamos tres horas para nosotros me llevé a Geir al bosque, conocía un lugar donde había tantas anémonas blancas que a lo lejos parecía nieve cubriendo el suelo. No las cogí sin aflicción, porque las flores estaban vivas, cogerlas significaba matarlas, pero era por una buena causa, con su ayuda sembraríamos felicidad. La luz se metía entre las ramas, el musgo estaba de un verde reluciente. Cogimos cada uno un enorme ramo que llevamos a casa a toda prisa.

Mi padre estaba en el cuarto de la lavadora en el sótano cuando llegué. Se volvió hacia mí con enfado en cada movimiento.

—Te he cogido flores —dije.

Alargó la mano, cogió el ramo y lo tiró al fregadero grande.

—Las flores las cogen las niñas pequeñas —dijo.

Tenía razón. Y creo que le daba vergüenza. Una vez vino a casa un colega suyo, y me vio en la escalera, con mi pelo muy rubio bastante largo, porque era invierno, y leotardos rojos.

—Qué hija más guapa tienes —dijo el hombre.

—Es un chico —respondió mi padre. Sonrió en ese momento, pero yo lo conocía lo bastante para saber que no le había hecho ninguna gracia.

Yo, con mi interés por la ropa, yo, que lloraba si no me compraban exactamente los zapatos que quería, yo, que lloraba porque hacía frío cuando salíamos en la barca, bueno, yo, que lloraba cuando él alzaba la voz, incluso cuando resultaba perfectamente natural alzar la voz; ¿era entonces de extrañar que él se preguntara qué clase de hijo le había tocado?

Supongo que yo también estaba enmadrado, él lo decía a todas horas. Sí que lo estaba. La echaba mucho de menos. Y nadie estaba más feliz que yo cuando volvió a casa definitivamente a finales de ese mes.

Cuando acabó el verano y yo iba a empezar quinto, le tocó el turno a mi padre. Él se iría a estudiar a la Universidad de Bergen, que estaba mucho más lejos que Oslo, y se alojaría en algo llamado Hogar de Estudiantes de Fantoft. Iba a licenciarse en lenguas nórdicas para ser profesor en el bachillerato superior.

—Por desgracia, no voy a poder venir a casa todos los fines de semana —dijo durante la comida justo antes de marcharse—. Quizá sólo una vez al mes.

—Qué pena —dije.

Lo acompañé hasta el coche para decirle adiós. Metió la maleta en el maletero, y se sentó delante, en el asiento del pasajero, porque era mi madre la que iba a llevarlo al aeropuerto.

Pocas veces he visto algo más curioso.

Mi padre no encajaba en un escarabajo, de eso no había duda. Y si de todos modos tenía que meterse dentro de alguno, al menos no era en el asiento del pasajero. Resultaba casi grotesco, sobre todo cuando mi madre se subió a su lado, arrancó el motor, volvió la cabeza y empezó a ir marcha atrás.

Mi padre no era ningún pasajero, de eso no había duda.

Le dije adiós con la mano, él apenas levantó la suya, y desaparecieron.

¿Qué haría yo ahora?

¿Meterme en el cuarto de las herramientas y ponerme a serrar, clavar clavos y cortar

todo lo que pudiera?

¿Ir a la cocina y hacer gofres? ¿Freír huevos? ¿Preparar té?

¿Sentarme con las piernas en la mesa del salón?

No, yo sabía lo que quería hacer.

Entrar en la habitación de Yngve, coger uno de sus discos, ponerlo y subir el volumen al máximo.

Elegí *Play* de Magazine.

Subí el volumen casi al máximo, abrí la puerta y entré en el salón.

El bajo casi hacía temblar las paredes. La música salía de allí dentro como una cascada. Cerré los ojos y empecé a mecerme de un lado para otro al compás del ritmo. Al cabo de un rato fui a la cocina, cogí una tableta de chocolate y me la comí. La música bramaba a mi alrededor, pero yo no estaba dentro de ella, ella era como una parte de la casa, de la mesa de comedor o de los cuadros de las paredes. Volví a mecerme al compás de la música y entonces fue como si la devorara y me la metiera dentro. Sobre todo cuando cerraba los ojos.

Alguien gritó desde abajo.

Abrí los ojos, se me cortó la respiración.

¿Se les había olvidado algo y habían vuelto?

Me apresuré hasta la habitación y bajé el volumen del todo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Yngve desde abajo.

¡Uf! Menos mal.

—Nada —dije—. He cogido tus discos.

Yngve subió la escalera. Detrás de él venía otro chico. Uno que yo no conocía. ¿Acaso alguno del voleibol?

—¿Te has vuelto loco o qué? —preguntó Yngve—. Vas a *reventar* los altavoces. Seguro que ya están rotos. ¡Maldito idiota!

—No lo sabía —dije—. Lo siento. Te pido mil disculpas.

El otro chico sonrió.

—Éste es Trond —dijo Yngve—. Y éste es mi hermano pequeño, el idiota.

—Hola, hermano pequeño —dijo Trond.

—Hola —contesté.

Yngve fue a su habitación, subió un poco el volumen y puso la cabeza junto a los altavoces.

—Afortunadamente no han reventado —dijo, enderezándose—. Has tenido suerte. Si no, habrías tenido que comprar unos nuevos. De eso me habría encargado yo en persona.

Me miró.

—¿Hace mucho que se han ido?

Me encogí de hombros.

—Media hora —contesté.

Yngve cerró la puerta de su habitación y yo me quedé un rato en el salón sin hacer nada, hasta que avisté a Marianne y a Solveig fuera, empujando un carro de niño. Salí y corrí tras ellas.

—¿Os acompaño? —pregunté.

—Si quieres —contestaron—. ¿Adónde vas?

—Arriba.

—¿A qué casa?

Me encogí de hombros.

—¿De quién es el niño?

—De los Leonardsen.

—¿Cuánto os pagan?

—Cinco coronas.

—¿Estáis ahorrando para algo?

—Nada en especial. Quizá una nueva chaqueta.

—Yo también me voy a comprar una nueva cazadora —dije—. Una Martinique negra. ¿Las habéis visto?

—No.

—Las mangas son grandes y de una tela diferente al resto. Como un poco rayada. Y tiene una solapa en el medio que tapa la cremallera. ¿Tú qué chaqueta quieres?

Marianne se encogió de hombros.

—Un abrigo, pensaba.

—¿Un abrigo? ¿De color claro?

—Quizá. Bastante corto.

—Eres el único chico que habla de ropa —dijo Solveig.

—Ya lo sé —dije. Era algo de lo que me había dado cuenta hacía poco. Resultaba muy difícil hablar con las chicas. Después de quitarles los gorros o gritarles alguna palabrota, ya no sabía qué más decir o hacer. Bueno, a veces se hablaba de los deberes. Pero de nada más. Y de repente se me ocurrió. Ropa. La ropa era algo que les interesaba. Entonces podría hablar un montón.

Cuando nos estábamos acercando a B-Max, les dije adiós y bajé corriendo la pendiente hasta el pequeño parque infantil, completamente desierto, luego subí la pendiente cubierta de hierba hasta el viejo coche siniestrado, que estaba vacío, miré hacia el campo de fútbol de tierra, que también estaba vacío, trepé la valla de los Prestbakmo, me paré delante de la casa y llamé al timbre. Pero Geir estaba comiendo y luego iba a ir a casa de Vemund.

Ajá.

También la calle estaba vacía. Era domingo y la hora de comer, la gente estaba comiendo, de visita, o de paseo con sus padres.

De repente me iluminé. ¡Yngve tenía visita! Quizá podría estar con ellos en la habitación.

Subí corriendo la cuesta, pero las bicicletas no estaban, se habrían ido ya.

¿Qué podía hacer entonces?

Estaba nublado y no hacía mucho calor; en Nabben no habría nadie.

Empecé a bajar lentamente hasta los muelles flotantes. Allí tampoco habría nadie, pero al menos podría mirar las embarcaciones e inhalar ese olor tan particular a fibra de vidrio y madera, gasolina y agua salada, presente siempre en ese sitio.

Me había equivocado. Había allí una pandilla.

Me deslicé imperceptiblemente entre ellos. Algunos tenían barcas y estaban sentados a bordo de ellas, escupiendo en el agua y escuchando a los que estaban en el muelle y que no tenían barca, pero que estaban allí para estar cerca de los que sí tenían. Yo me encontraba entre ellos, pero sin soñar con barca propia, eso resultaba tan irrealista como si soñara con despertarme en la época vikinga al día siguiente, lo que sí le había sucedido a un chico de esos libros que yo leía. Si yo soñaba, era con unas zapatillas nuevas blancas de tenis, con el logo azul claro de Nike, iguales que las que tenía Yngve, un pantalón azul claro Levi's, o una chaqueta azul claro Catalina. O un par de zapatillas Puma de fútbol, un chándal Admiral, un par de pantalones cortos Umbro. O un bañador Speedo. Pensaba mucho en esas zapatillas Adidas Olympia negras y blancas. Luego me pedía unas

espinilleras y una bolsa Puma, y, para el invierno, esquís de eslalon Atomic y botas de eslalon Dynaster. También quería tener un pantalón de eslalon, y un plumas auténtico. Esquí de fibra de vidrio marca Splitkein, con nuevos cierres marca Rottefella. Y unos botines de piel clara, estilo Sami, de los que tenían en la punta una minúscula trompa. Quería una nueva camisa blanca y una sudadera roja. Había elegido unas botas de goma blancas para sustituir a las azules que ya tenía. También me pedía un collar rosa de coral que había visto, en último caso, blanco.

Yo no pensaba tanto en barcos, ciclomotores y coches. Pero como eso no se lo podía decir a nadie, también tenía algunas marcas favoritas en esos temas. Barco: un With Dromedille de diez pies con motor Yamaha de cinco caballos. Ciclomotor: Suzuki. Coche: BMW. La elección de estas marcas tenía mucho que ver con las inusuales letras Y, Z, W. Por la misma razón sentía cierta atracción por el Wolverhampton Wanderers; fue el primer equipo de fútbol al que apoyé, e incluso cuando me había pasado al Liverpool, mi corazón también latía por los Wolves, ¿cómo no, llamándose su campo Molineaux Ground y siendo su logo un lobo negro sobre fondo naranja?

Pensaba mucho en pantalones, chaquetas, jerséis, zapatos y accesorios deportivos, porque yo quería ser algo, quería triunfar. Cuando a John McEnroe, al que apreciaba tal vez más que a ningún otro deportista, se le veía esa mirada peligrosa después de la decisión de algún árbitro, esa mirada, digo, que le echaba después de dejar caer la pelota a la hierba antes del saque, yo pensaba desesperado, no, no lo hagas, esto irá mal, tú te puedes permitir el lujo de perder este punto, ¡no lo hagas!, y apenas me atrevía a mirar cuando a pesar de todo lo hacía y empezaba a poner verde al árbitro, incluso quizá tiraba la raqueta con tanta fuerza al suelo que rebotaba varios metros en el aire. Me identificaba tantísimo con él que lloraba cada vez que perdía, y no soportaba estar en casa, sino que tenía que salir a la calle, donde me sentaba en el bordillo de la acera sufriendo por la pérdida, con las mejillas inundadas de lágrimas. Lo mismo me pasaba con el Liverpool. Una derrota en la final de la FA Cup me enviaba a la calle deshecho en lágrimas. De ese equipo había elegido a Emlyn Hughes, era a él a quien más defendía, pero también a todos los demás, claro, por ejemplo Ray Clemence y Kevin Keegan, antes de que éste se fuera al Hamburgo y luego al Newcastle. En una de las revistas de fútbol de Yngve había leído una comparación entre Kevin Keegan y su sucesor, Kenny Dalglish. Eran comparados punto por punto, y aunque tenían distintas fuerzas y debilidades, salieron más o menos igualados. Pero una cosa que se decía en ese artículo se me quedó grabada para siempre. Ponía que Kevin Keegan era extrovertido y Kenny Dalglish introvertido.

Sólo ver aquella palabra, introvertido, me desesperaba.

¿Yo era introvertido?

¿No lo era?

¿Lloraba acaso más de lo que me reía? ¿No estaba siempre tumbado en mi habitación leyendo?

Eso era ser introvertido, ¿no?

Introvertido, introvertido, yo no quería ser introvertido.

Era lo último, era lo peor.

Pero lo era, y esa certidumbre fue creciendo dentro de mí como una especie de cáncer de los pensamientos.

Kenny Dalglish solía mantenerse alejado de los demás.

¡Ay, así era yo también! ¡Pero no quería ser así! ¡Quería ser extrovertido! ¡Extrovertido!

Una hora más tarde, después de haber regresado por el bosque y trepado un rato a un árbol para averiguar hasta dónde se podía ver desde allí, salí a nuestra calle en el mismo momento en que el escarabajo de mi madre subía la cuesta. La saludé con la mano, pero ella no me vio, y yo corrí todo lo que pude tras el coche cuesta arriba, luego por el breve llano, hasta nuestra casa, donde ella en ese momento se bajó, se colgó la bandolera al hombro y cerró la puerta.

—Hola —dijo—. ¿Quieres ayudarme a hacer pan?

Puede que ése fuera el año en el que mi padre nos librara de sus garras.

Muchos años después él diría que fue en Bergen donde empezó a beber.

«No podía conciliar el sueño», diría. «De modo que empecé a beber un poco por las noches antes de acostarme».

También contó luego que se había echado una amiga en Bergen.

El tema salió por casualidad un verano que lo visité a principios de los noventa, él estaba borracho y yo le dije que me iba a mudar a Islandia aquel invierno, y él dijo, Islandia, allí estuve una vez, en Reikiavik.

—No es verdad —dije—. ¿Cuándo estuviste tú allí?

—Cuando estudiaba en Bergen, ¿te acuerdas? Tenía una amiga, era islandesa, y fuimos juntos a Reikiavik.

—¿Mientras estabas con mamá?

—Sí. Yo tenía entonces treinta y cinco años y vivía en una residencia de estudiantes.

—No hace falta que te disculpes. Puedes hacer lo que quieras.

—Gracias, hijo.

No sabíamos nada de eso entonces, claro, y tampoco teníamos ninguna experiencia para podérselo imaginar. Lo único que me importaba era que él no estuviera en casa. Pero aunque la casa se abrió y por primera vez en mi vida podía hacer lo que me diera la gana en ella, él seguía allí de una manera muy extraña, su recuerdo me llegaba como un rayo si entraba con barro en los zapatos, si dejaba migas en la mesa cuando comía, o incluso cuando me corría el zumo por la barbilla al comerme una pera. Ni siquiera eres capaz de comerte una pera sin ensuciarte, chico, le oía decir en esos casos. Si sacaba buena nota en algún examen, siempre era a él a quien se lo quería contar, no a mi madre, no era lo mismo. Al mismo tiempo, lo que ocurría fuera cambió lentamente de carácter, empeorando y mejorando a la vez, fue como si ese ligero mundo infantil, en el que los golpes que caían eran indefinidos y sin destino, en el sentido de que eran por todo y por nada, se hiciera más perfilado y claro, eliminándose una duda, eres *tú* y lo que *tú* dices lo que no nos gusta, y eso significaba una limitación, a la vez que se abría algo distinto, y eso, lo distinto, no estaba relacionado conmigo personalmente, pero me atañía quizá aún más porque formaba parte de ello, y esa parte no tenía *nada* que ver con mi familia, era algo *nuestro*, algo de los que andábamos por allí fuera. Aquel otoño que empecé quinto me sentía enormemente atraído por casi todas las chicas, pero no las vivía como seres radicalmente diferentes, tenía algo dentro que me posibilitaba acercarme a ellas. No tenía ni idea de que eso fuera un gran error, bueno, el error más grande que puede cometer un chico.

Aquel curso tuvimos una profesora mayor, se llamaba señora Høst, nos daba varias asignaturas y le gustaba dirigir obras de teatro. A menudo dramatizaba pequeños episodios, y yo siempre me ofrecía para hacer algún papel. Era una de mis actividades favoritas, todos me miraban y podía ser otra persona. Tenía un talento especial para hacer de chica. Lo hacía bien. Me colocaba el pelo detrás de las orejas, hacía un mohín, andaba contoneándome y hablaba de un modo algo más amanerado que de costumbre. A veces, la señora Høst se reía tanto de mí que se le saltaban las lágrimas.

Una tarde estaba con Sverre. A él también le gustaba hacer teatro y también era buen estudiante; de aspecto nos parecíamos tanto que dos profesores suplentes, sin hablar entre ellos, nos tomaron por gemelos. Le sugerí que fuéramos a visitar a la señora Høst. Ella vivía a unos tres kilómetros al este de nuestra urbanización.

—Buena idea —dijo Sverre—. Pero tengo la bici pinchada. Y está demasiado lejos para ir andando.

—Podemos hacer autostop —sugerí.

—Vale.

Bajamos al cruce y nos colocamos en el arcén. Yo había hecho bastante autostop durante el último año, casi siempre con Dag Magne, para ir a Hove, Rolighedden o a alguno

de esos otros lugares que nos atraían, y nunca habíamos tenido que esperar más de una hora hasta que alguien nos parara.

Esa tarde se paró el primer coche.

Eran dos jóvenes.

Nos metimos en él. Llevaban la música a todo volumen, las ventanillas tintineaban con el bajo. El que conducía se volvió hacia nosotros.

—¿Adónde vais?

Se lo dijimos, el conductor metió la marcha y aceleró tanto que nos quedamos pegados al respaldo del asiento.

—¿Y quién vive ahí fuera?

—La señora Høst —contestó Sverre—. Es nuestra profesora del colegio.

—Ajá —dijo el que iba sentado al lado del conductor—. ¿Le vais a hacer alguna jugarreta? Nosotros también hacíamos eso cuando éramos pequeños. Íbamos a las casas de nuestros profesores a fastidiarlos.

—No —dije—, no vamos a hacer exactamente eso. Sólo vamos a hacerle una visita.

Se volvió y me miró.

—¿Hacerle una visita? ¿Por qué? ¿Algo de los deberes o algo así?

—No —respondí—. Sólo porque nos apetece.

Volvió a mirar hacia delante. Permanecieron callados el resto del trayecto. El coche se detuvo de golpe en el cruce.

—Bajaos, chicos —dijo el conductor.

Yo tenía algo de mala conciencia, porque sabía que les habíamos decepcionado, pero tampoco podíamos mentir. Así que me esmeré mucho por darles las gracias con gran cordialidad.

Siguieron su curso ruidosamente en la oscuridad.

Sverre y yo echamos a andar por el camino de gravilla. A ambos lados había grandes árboles caducifolios con las ramas vacías. No habíamos estado nunca en aquella casa, pero sabíamos dónde estaba.

Había dos coches aparcados fuera y luz en todas las ventanas.

Llamé al timbre.

—¿Sois *vosotros*? —dijo la señora Høst asombrada al abrir la puerta.

—Hemos venido a hacerle una visita —dije.

—¿Podemos entrar? —preguntó Sverre.

Ella vaciló.

—Bueno, tengo visita, ¿sabéis? Es un poco inoportuno. ¿Pero habéis hecho todo este trayecto sólo para venir a verme?

—Sí.

—¡Entrad! Podéis quedaros media hora si queréis. La verdad es que tengo tarta y pastas. Os daré un poco. ¡Y también limonada!

Entramos.

El salón estaba lleno de adultos. La señora Høst nos presentó, nos sentamos en sendas banquetas junto a la mesa y ella nos puso delante un plato con tres galletas y un vaso de limonada.

Dijo que éramos sus alumnos favoritos y que se nos daba muy bien hacer teatro.

—¿Por qué no nos representáis una pequeña obra? —sugirió alguien.

La señora Høst nos miró.

—Pues claro —dije—. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —contestó Sverre.

Me coloqué el pelo detrás de las orejas, hice un mohín y nos pusimos manos a la obra. Fue algo improvisado, pero los invitados se rieron. Al terminar la escena, saludamos con la cara un poco roja, pero satisfechos de nosotros mismos, y de los aplausos.

Repetí el éxito en el carnaval, justo antes de Navidad, cuando Dag Magne y yo nos disfrazamos de mujer al completo, con maquillaje, vestido y bolso, y tan buena era mi imitación que nadie me reconoció, ni siquiera Dag Lothar, a cuyo lado estuve al menos cinco minutos antes de que se diera cuenta de repente de quién era esa chica desconocida.

Pero aunque no me avergonzara de disfrazarme de chica, ni de charlar con ellas sobre cosas de chicas, sí que tuve alguna que otra novia. La más guapa se llamaba Mariann, la relación duró dos semanas, patinábamos juntos, se sentaba sobre mis rodillas y me besaba, yo fui el único chico en su fiesta de cumpleaños, también entonces se sentó sobre mis rodillas y la tuve cogida mientras ella hablaba con sus amigas, también entonces nos besuqueamos, pero al final no aguanté más, porque aunque me gustaba —era sin duda una de las guapas del colegio, aunque no se encontraba entre las *top*— y quizá también me daba un poco de pena, porque vivía sola con su madre y su hermana y eran bastante pobres, nunca le compraban ropa nueva, por ejemplo, la madre le sacaba el mayor partido posible a la que heredaba de sus parientes, me notaba vacío cuando estaba en su cuarto y sentía claustrofobia cuando nos besábamos, y lo que más deseaba era alejarme de ella, y

al final le pedí a Dag Magne que le dijera que habíamos terminado. Ese mismo día metí la pata hasta el fondo, ella pasaba corriendo por detrás de mí hacia el cobertizo, y yo, por puro reflejo, eché el pie hacia atrás, ella tropezó y cayó de bruces en el asfalto, sangraba y lloraba, pero eso no fue lo peor, lo peor fue la ira que descargó sobre mí, con la aprobación y el apoyo de todas las demás chicas, que se congregaron en torno a ella para protegerla. Sería faltar a la verdad decir que fui una persona popular las siguientes semanas. El que no hubiera sido mi intención hacerle daño, sino sólo bromear, no fue motivo de comprensión. Algunas veces era como si las chicas me odiaran de verdad, como si pensaran que yo era pura escoria, otras veces ocurría lo contrario, no sólo querían hablar conmigo, sino que en esas fiestas de clase que habíamos empezado a organizar, tanto en nuestras casas como en el colegio, también querían bailar conmigo. También mi actitud ante ellas era ambivalente, al menos cuando se trataba de las chicas de mi clase. Por un lado las conocía tan bien después de casi cinco años juntos en el colegio que me sentía indiferente con relación a ellas, por otro lado, ellas habían empezado a cambiar, crecían las protuberancias debajo de sus jerséis, se les ensanchaban las caderas y se comportaban de un modo diferente, se elevaban por encima de nosotros, y cuando buscaban a chicos apuntaban a dos o tres cursos por encima del nuestro. Nosotros, con nuestras voces de pito, devorábamos más o menos a escondidas todo lo que ellas de repente tenían, éramos aire y nada para ellas. Pero aunque eran tan importantes para nosotros, no sabían nada del mundo al que se dirigían. ¿Qué sabían ellas de hombres y mujeres y del deseo? ¿Habían leído acaso a Wilbur Smith, en cuyos textos las mujeres eran violadas bajo cielos tormentosos? ¿Habían leído acaso a Ken Follett, en uno de cuyos libros un hombre le afeita el coño a una mujer mientras ella yace con los ojos cerrados en una bañera llena de espuma? ¿Habían leído acaso *Verano de insectos*, de Knut Faldbakken, ese pasaje que yo me sabía de memoria, en que él le quita a ella las bragas en el heno? ¿Habían tenido alguna vez una revista porno entre las manos? ¿Y qué sabían ellas de música? Sólo les gustaba lo que le gustaba a todo el mundo, The Kids y toda esa mierda de las listas de éxitos, la música no significaba nada para ellas, en el fondo no tenían ni idea de lo que era o podía ser la música. Apenas sabían vestir, aparecían en el colegio con las más extrañas combinaciones de prendas, sin saber siquiera que eran extrañas. ¿Y esas chicas iban a menospreciarme? Yo sí había leído a Wilbur Smith, Ken Follett y Knut Faldbakken, yo sí llevaba varios años hojeando revistas porno, yo escuchaba a los grupos que importaban de verdad, y yo sabía vestir. ¿Iba yo entonces a ser menos que ellas?

Para ilustrar todo esto, organicé un pequeño golpe en la clase de música. Cada viernes teníamos algo llamado «el hit de la clase». Seis alumnos se llevaban un disco, sobre los que todos votábamos. Mis discos quedaban siempre en último lugar, fuera el que fuera. Led Zeppelin, Queen, Wings, The Beatles, The Police, The Jam, The Skids: el resultado era siempre el mismo, uno o dos votos, el último lugar. Yo sabía que votaban en mi contra, y no en contra de la música. En realidad no escuchaban la música. Eso me irritaba

infinitamente. Me quejaba a Yngve; él no sólo me entendía, porque también a él le disgustaba la música de las listas de éxitos, sino que además se le ocurrió una manera de engañarlos. El segundo disco de The Kids no había sido lanzado aún. Un viernes me llevé el primer LP del grupo The Aller Værste! [Lo peor de Todo], titulado *Materialtretthet*, que Yngve había conseguido sólo unos días antes, y dije que era un ejemplar encargado de antemano del nuevo disco de The Kids a punto de salir. Había informado al profesor de música de mi iniciativa y puso la primera canción del disco, que estaba metido en una funda blanca, ya que, como les había dicho, el disco era tan nuevo que la portada definitiva aún no estaba lista. Para ellos The Aller Værste! era lo peor de todo, la anterior vez que les había puesto música de este grupo en la clase, el single «Rene Hender [“Manos limpias”]», me estuvieron gritando «¡Manos limpias! ¡Manos limpias!» durante varios días, pero esta vez, al sonar en el aula las primeras notas del primer disco del grupo, hubo un murmullo y un creciente entusiasmo que culminó al terminar la votación, y resultó que The Aller Værste!, bajo el seudónimo de The Kids, había ganado por goleada. ¡El triunfo me brillaba en los ojos cuando pude levantarme y decir que *no* eran The Kids lo que habían votado, sino The Aller Værste! Dije que eso era una prueba de que no les gustaba la música, que eran otros factores los que decidían sus gustos. ¡Jo, cómo se cabrearon! Pero no pudieron decir nada. Les había engañado demasiado bien.

Claro que luego me tuve que oír de todo. Yo era un presumido, yo me creía alguien, yo siempre quería algo especial, no lo que les gustaba a todos los demás. Pero eso no era verdad, si me gustaba la buena música, y no la mala, no se me podía criticar por ello, ¿no? Por cierto, aprendí sobre buena música gracias a Yngve y sus periódicos musicales, que me leía de principio a fin, y de los grupos en los que él me introducía. Magazine, The Cure, Stranglers, Simple Minds, Elvis Costello, Skids, Stiff Little Fingers, XTC, los grupos noruegos Kjøtt, Blaupunkt, The Aller Værste!, The Cut, Stavangerensemblen, DePress, Betong Hysteria, Hærværk. También me enseñó más acordes en la guitarra, y cuando él no estaba en casa, yo tocaba para mí con el plectro Gibson negro en la mano y la correa negra Fender al hombro. Por si acaso, también compré un manual de batería, preparé dos palillos, puse unos libros en el suelo formando un círculo a mi alrededor, el de la izquierda era el charles, el de al lado la caja, y los tres libros encima, los tam tam. El único que me acompañaba en esto era Dag Magne, con quien pasaba cada vez más tiempo. La mayor parte de los días escuchábamos discos en su habitación, intentando tocar lo que oíamos en su guitarra de doce cuerdas, pero él también venía a mi casa, entonces solíamos leer cada uno nuestra revista, porque la prohibición de mi madre ya no era tan absoluta, mientras escuchábamos mis cintas y hablábamos de chicas o del grupo que íbamos a formar, sobre todo de cómo lo llamaríamos. Él quería que se llamara Los Discípulos Sin Nombre de Dag Magne, yo quería que se llamara Coágulo [Blodpropp]. Estábamos de acuerdo en que los dos eran igual de buenos, y en que no hacía falta tomar una decisión hasta que el grupo fuera una realidad y nos encontráramos de repente sobre

un escenario.

De esa manera transcurrió el invierno, que también incluyó las primeras fiestas de clase, en las que jugábamos a beso, caricia o abrazo, bailábamos lento, dando vueltas y más vueltas, muy pegados a alguna de las chicas con las que habíamos compartido clase durante cinco años y a las que conocíamos casi mejor que a nuestros propios hermanos, y mi cabeza estuvo a punto de estallar cuando de repente tuve el cuerpo de Anne Lisbet tan cerca del mío. El olor de su pelo, sus chispeantes ojos tan rebosantes de vida como antes. Ah, y los pequeños pechos debajo de la fina blusa blanca.

¡Qué sensación tan FANTÁSTICA!

Era completamente nueva, no sentida durante todos esos años, pero ahora sí la sentía, ahora sí quería acercarme a ella.

Pasó el invierno y llegó la primavera con su luz, que cada día mantenía el paso hacia la noche abierto un poco más de tiempo, y con su lluvia fría, que hacía que la nieve se encogiera y desapareciera. Una de esas mañanas de marzo, dominadas por la oscuridad y la lluvia, entré en la cocina a desayunar, como de costumbre. Mi madre se había ido ya, tenía guardia a primera hora. Se había olvidado de apagar la radio. Ya en mi habitación oí que algo había sucedido en el transcurso de la noche, porque las voces, cuyas palabras no conseguía oír, sonaban inusualmente dramáticas. Unté de mantequilla una rebanada de pan, puse encima una loncha de salami y llené un vaso de leche. Había habido un accidente en el Mar del Norte, una plataforma petrolífera se había hundido y estaba bajo el agua. Las gotas de lluvia corrían lentamente por la parte exterior de las ventanas. Un débil sonido tamborileante de la lluvia cayendo en el tejado envolvía la casa como una membrana. El agua corría por los canalones. El coche de los Gustavsen arrancó, se encendieron los faros. Se trataba de una gran catástrofe, un número incalculable de personas estaban desaparecidas, nadie sabía exactamente cuántas. Cuando media hora después subí a BMax, con el pantalón metido en las botas y la capucha del impermeable cubriéndome la cabeza, todo el mundo hablaba de lo mismo. Todo el mundo conocía a alguien que conocía a alguien que tenía un padre o un hermano que trabajaba en esa plataforma, Alexander Kielland se llamaba, y uno de los pilares seguramente se había roto. ¿Lo había ocasionado una ola de las que sólo hay una en un siglo? ¿Una bomba? ¿Un error de construcción?

En la primera clase, el profesor empezó hablando del accidente, aunque en realidad teníamos mates. Me preguntaba qué estaría diciendo ahora mi abuelo materno. Siempre nos decía que deberíamos meternos en lo del petróleo. Que el futuro era el petróleo. Pero llegaron otras señales de otras partes: en la televisión iniciaron una emisión de las noticias con una profecía que decía que las reservas petrolíferas pronto estarían agotadas, que todo había ido más deprisa de lo que se pensaba, que al cabo de veinticinco años se habrían acabado del todo. Me quedé fascinado por el año que aparecía, 2004, porque

quedaba muy en el futuro, y en el fondo tan irreal, pero en ese contexto era tratado como una realidad neutra, esencialmente distinta a lo que se veía en los libros y en las revistas de ciencia ficción, y por ello casi escandaloso: ¿llegaría *de verdad* algún día el año 2004? ¿En el transcurso de *nuestras vidas*? Al mismo tiempo me inquietaba lo sombrío de las voces de esos hombres que predecían algo terrible, y me daba pena oír que algo iba a acabarse. Aquello no me gustaba, yo quería que todo lo que estaba en marcha continuara. Todo lo que significaba fin me daba miedo. Esperaba por tanto que Jimmy Carter tuviera un nuevo período presidencial, y que Odvar Nordli y el Partido Laborista ganaran las siguientes elecciones. Me gustaba Jimmy Carter, me gustaba Odvar Nordli, aunque siempre estaba cansado y agotado. No me gustaban ni Mogens Glistrup, ni Olof Palme, había en ellos algo zalamero que no estaba bien, algo en sus labios y en su mirada. Lo mismo ocurría con Einar Førde y Reiulf Steen, pero no tanto. Pero me gustaba Hanna Kvanmo. No Golda Meir, ni tampoco Menachem Begin, a pesar del acuerdo de Camp David. Anwar el-Sadat me resultaba más difícil de juzgar. Lo mismo me ocurría con Brézhnev, aunque a otra escala. Cuando lo veía con su grueso abrigo de piel y su gran gorro, con sus enormes cejas sobre los achinados ojos mongoles en esa cara inexpresiva, saludando mecánicamente al desfile, en el que se exhibían uno tras otro los misiles, deslizándose sobre sus baterías, rodeados de miles de soldados idénticos desfilando a paso de ganso, no lo veía como un ser humano, era otra cosa, algo con lo que me resultaba imposible relacionarme.

¿Me gustaba Per Kleppe, el ministro de Finanzas?

Sí, en cierto modo, al menos albergaba la tierna esperanza de que su «paquete Kleppe», con medidas para activar el empleo, funcionara.

Me gustaba Hans Hammond Rossbach, pero el primer ministro Trygve Bratteli me resultaba algo extraño, con su voz baja y susurrante y sus extrañas *r*, sus estrechos hombros y esa cabeza tan grande que recordaba a una calavera con negras y gruesas cejas.

El accidente del Mar del Norte fue el tema durante un cuarto de hora, luego la clase continuó como de costumbre, es decir, nosotros haciendo cálculos en nuestros cuadernos, y el profesor moviéndose entre las filas para ayudar a los que levantaban la mano pidiéndosela, mientras la oscuridad iba cediendo ante la mañana, que iba aclarando lentamente. En el recreo alguien dijo que dentro de la plataforma había tal vez bolsas de aire en las que sería posible sobrevivir varios días. Otros dijeron que no había ningún padre de nuestro colegio a bordo de la plataforma, pero que el padre de un niño del colegio Rolighedden estaba desaparecido. No resultaba fácil saber de dónde procedían todos esos rumores, ni si decían la verdad. La clase siguiente era de lengua noruega. Cuando la profesora se sentó detrás de su mesa, yo levanté la mano.

—¿Sí, Karl Ove?

—¿Has corregido ya nuestras redacciones?

—Tendrás que esperar —contestó ella.

Pero seguro que lo había hecho, porque a continuación repasó en la pizarra algunas palabras y reglas, que seguramente formaban parte de los errores cometidos en las redacciones que le habíamos entregado el jueves anterior.

Así era. Sacó de su bolsa un gran montón de cuadernos, que dejó sobre la mesa.

—Esta vez ha habido muchas redacciones muy buenas —dijo—. Podría haberlas leído todas aquí en voz alta. Pero el tiempo no nos da para tanto, de modo que he elegido cuatro. No significa necesariamente que sean las mejores, eso ya lo sabéis. Todos los alumnos de esta clase escriben buenas redacciones.

Miré fijamente al montón para ver si reconocía la mía. No era la de más arriba, eso seguro.

Anne Lisbet levantó la mano.

Llevaba un jersey blanco de punto. Le sentaba de maravilla. El pelo negro y los ojos negros conjuntaban muy bien con el blanco, y también los labios rojos y las mejillas sonrosadas, que siempre ardían cuando entraba en calor.

—¿Sí? —dijo la señorita.

—¿Podemos hacer punto mientras lees? —preguntó Anne Lisbet.

—Sí, no creo que haya ningún inconveniente —contestó la profesora.

Cuatro de las chicas se inclinaron hacia delante y sacaron sus labores de punto de las mochilas.

—¿También podemos hacer deberes? —preguntó Geir Håkon.

Se oyeron algunas risas.

—Debes levantar la mano como todos, Geir Håkon —dijo la profesora—, pero la respuesta es no, claro está.

Geir Håkon esbozó una sonrisa con la cara un poco roja, no porque acabara de ser amonestado, sino por haberse atrevido a decir algo. Se ponía siempre un poco rojo cuando hablaba en clase.

La profesora empezó a leer. La primera no era la mía, pero quedaban tres, pensé, estirando los pies delante del pupitre. Me gustaban las primeras clases del día, cuando fuera aún era noche cerrada y nosotros nos encontrábamos como en una cúpula luminosa, todos un poco despeinados y con ojos somnolientos, y esos movimientos laxos y poco nítidos que el día poco a poco iría afilando, hasta que todos corríamos y gritábamos con ojos alerta y piernas y brazos en constante movimiento.

La segunda redacción no era la mía. Y tampoco la tercera.

La miré inquieto cuando levantó el cuarto cuaderno. ¿No era el mío?

Ay, no leería la mía.

Noté que algo se me encogía por dentro de pura decepción. Al mismo tiempo apareció otro sentimiento. Mi redacción era la mejor de todas. Yo lo sabía y ella también. No había leído la de la vez anterior, y ahora tampoco ésta. ¿De qué servía entonces escribir bien? La siguiente vez escribiría lo peor que pudiera.

Por fin dejó en la mesa la última y malísima redacción.

Levanté la mano.

—¿Por qué no has leído la mía? —pregunté—. ¿Era mala?

Sus ojos se amusgaron un instante, antes de que los volviera a abrir y sonreír.

—Me habéis entregado veinticinco redacciones. No puedo leerlas todas, tienes que entenderlo. De hecho, tus redacciones están entre las que más a menudo he leído. Ahora les ha tocado a éstas. —Dio una palmada—. Y eran fantásticas. ¡Qué imaginación tenéis todos! Me lo he pasado muy bien leyéndolas.

Hizo una señal a Geir B., que se levantó y se acercó a la pizarra. Él era el encargado del orden y repartiría las redacciones. Hojeé rápidamente la mía. Aproximadamente una falta por página. Al final, ella había escrito: «Imaginativa y buena, Karl Ove, pero la historia quizá acabe un poco de repente, ¿no? ¡Tienes pocas faltas, pero debes trabajar la caligrafía!».

El tema era algo del futuro. Había escrito sobre un viaje espacial. Es decir, empleé tanto espacio en describir los distintos programas de entrenamiento a los que los astronautas tenían que someterse que ya había escrito diez páginas cuando tocaba el lanzamiento, de manera que tras meditar un rato llegué a la conclusión de que la expedición podría ser cancelada debido a una avería, y los astronautas tendrían que irse a sus casas sin cumplir la misión.

En un sitio yo había escrito «Hotel». Ella había añadido una ele con su letra de lazos. Levanté la mano y ella se acercó.

—Hotel se escribe con una ele. Lo sé. Lo vi en un libro, estoy seguro.

Ella se agachó. De sus manos subió un olor a jabón, y de su cuello una suave fragancia a un perfume de verano.

—Bueno, en parte tienes razón y en parte no. Hotel es con una ele es inglés. En noruego lleva dos.

—Hotel Fénix lleva una ele —dije—. Y ese hotel está en Noruega. ¡En Arendal, incluso!

—Tienes razón.

—¿Entonces no ha sido una errata a pesar de todo?

—De acuerdo. Digámoslo así. Y la redacción era estupenda, Karl Ove.

Se enderezó y volvió a su mesa. Sus palabras me confortaron, aunque sólo las escuché yo.

Fuera estaba lloviendo, los árboles más allá del recinto escolar ondeaban y crujían, y cuando entramos en el gimnasio al terminar el recreo, el viento se apretaba contra las altas paredes del recinto con tanta fuerza que a veces sonaba como olas. El equipo de ventilación aullaba y silbaba, como si el edificio estuviera vivo, un enorme animal lleno de habitaciones, pasillos y pozos que se había tumbado al lado del colegio y en su desaliento cantaba para él sus solitarias lamentaciones. O tal vez fueran los sonidos los que estaban vivos, pensé, sentado en el banco del vestuario desnudándome. Subían y bajaban, formando remolinos y moviéndose de un lado para otro, como en medio de un juego. Me levanté desnudo, cogí la toalla y me metí en la ducha, que ya estaba llena de vapor. Me coloqué en medio del grupo de cuerpos de chico blancos como el mármol, dejándome regar por esa agua caliente que primero me alcanzó en la cabeza y luego me caía a chorros por la cara y el pecho, la nuca y la espalda. El pelo se me pegaba a la frente y cerré los ojos. Entonces alguien gritó:

—¡Tor la tiene tiesa! ¡Tor la tiene tiesa!

Abrí los ojos y miré a Sverre, que era el que había gritado. Señalaba a través de la estrecha habitación hacia donde Tor estaba sonriendo, con los brazos caídos a los lados y la picha levantada.

Tor tenía la picha más grande de la clase, incluso tal vez de todo el colegio. Le colgaba como una salchicha gorda entre las piernas, y no era ningún secreto, porque todos sus pantalones eran estrechos y llevaba la trompa hacia arriba, para que todo el mundo pudiera verla. Sí que era grande, pero cuando estaba tiesa era enorme.

—¡Jesús! —gritó Geir Håkon.

Lo miramos todos, el ambiente se había caldeado de repente, y estaba claro que habría que hacer algo. Una situación tan extraordinaria no se podía desaprovechar.

—¡Vamos a llevarlo a la señora Hensel! —gritó Sverre—. ¡Venga, rápido, antes de que acabe!

La señora Hensel era nuestra profesora de gimnasia. Venía de Alemania, hablaba el noruego con acento, era severa, decorosa y mojigata, lo que se veía reforzado por sus pequeñas gafas y el pelo siempre recogido en un austero moño. Era detallista, a la vez que lejana, en suma, lo que llamábamos cursi. Como profesora de gimnasia era una pesadilla,

ya que tenía predilección por los aparatos y casi nunca nos dejaba jugar al fútbol. Cuando Sverre sugirió que lleváramos a Tor ante ella, que estaba poniendo orden en el gimnasio con el silbato al cuello y vestida con un traje de gimnasia azul y medias blancas, todos supimos que era una propuesta perfecta.

—No —gritó Tor—. ¡No lo hagáis!

Sverre y Geir Håkon se acercaron a él y lo agarraron de los brazos.

—¡Vamos! —gritó Sverre—. ¡Dos más!

Se acercó Dag Magne y junto con Geir B. agarraron a Tor por las piernas y lo levantaron del suelo. Tor protestaba y se retorció ligeramente cuando lo sacaron de la ducha, pero era una protesta bastante floja. Los demás los seguimos. Era algo digno de verse. Tor, completamente desnudo y con una enorme picha dura levantada, llevado en volandas por cuatro chicos desnudos, acompañados por una pequeña comitiva de más chicos desnudos atravesando el vestuario y saliendo a ese gimnasio grande y frío donde la señora Hensel, que tendría unos treinta años, se volvió hacia nosotros desde el escenario en el otro extremo de la sala.

—¿Qué queréis? —preguntó.

Los que llevaban a Tor *corrieron* con él. Cuando se encontraban justo delante de la señora Hensel lo pusieron de pie, como si fuera una estatua que iba a ser contemplada, así lo dejaron durante unos diez segundos antes de tumbarlo de nuevo y volver pitando al vestuario.

La señora Hensel se había limitado a decir «No, no, chicos, esto no puede ser, de verdad», sin hacer nada. No hubo gritos, ni chillidos, ni boca abierta, ni ojos a punto de salirse de la cara, como quizá esperábamos. Pero de todos modos fue un éxito. Habíamos conseguido enseñarle la enorme picha tiesa de Tor.

Después, en el vestuario, discutimos lo que ocurriría a continuación. Pocos creían en una represalia, por la sencilla razón de que para ella sería embarazoso iniciar un seguimiento del caso. Pero nos equivocamos estrepitosamente. Se convirtió en un caso importante, el director vino a vernos, los cuatro que llevaron a Tor en volandas tuvieron que quedarse castigados en la clase, y a los demás nos cayó una bronca monumental. El único que salió de aquello con el honor intacto fue Tor, que además de como víctima —el director, el tutor y la propia señora Hensel consideraron lo ocurrido como acoso— quedó como ganador, porque ahora todos, también las chicas, conocían ese detalle casi sensacional de su fisionomía, sin que él tuviera que levantar un dedo para darlo a conocer.

Esa noche me miré desnudo en el espejo.

No resultó fácil. El único espejo de cuerpo entero estaba colgado abajo en la entrada,

junto a la escalera. No podía ponerme allí en pelotas, aunque se suponía que la casa estaba vacía, porque de repente podían llegar y por mucho que yo reaccionara con rapidez, me verían de todos modos el culo, huyendo escaleras arriba.

Sólo podría usar el espejo del baño.

Pero ese espejo estaba pensado para mirarse la cara. Si te acercabas del todo, dejando las piernas muy atrás, podías verte un poco del cuerpo, pero desde un ángulo tan extraño que no decía nada.

Por esa razón esperé hasta que mi madre hubiese acabado de fregar después de la comida y se sentara con una taza de café y el periódico en el salón. Entonces fui a la cocina a por una silla. Si ella me preguntaba para qué era podría decir que iba a poner el radiocasete en alto mientras me bañaba. Si me preguntaba por qué no podía estar en el suelo como de costumbre, le diría que había oído decir que mezclar electricidad y agua era peligroso, y que mojaba a menudo el suelo cuando me bañaba.

Pero no hizo ninguna pregunta.

Cerré la puerta, me desnudé, coloqué la silla junto a la pared y me subí encima.

Primero me miré la parte delantera del cuerpo.

No se podía decir que mi picha fuera como la de Tor. Era más como un pequeño tapón. O como uno de esos pequeños resortes, porque vibraba un poco cuando se la golpeaba.

La cogí con la mano. ¿Cuánto mediría de largo?

Le di la vuelta y la miré de lado. Así parecía un poco más larga.

Tenía la misma pinta que tenían todas las demás pichas de la clase, excepto la de Tor, ¿no era así?

Lo peor eran los brazos. Eran muy delgados. Y el tórax también lo era. Lo había visto de repente en una foto de la Norway Cup, cómo la parte superior de mi cuerpo se estrechaba cuanto más se acercaba a la cabeza. Y así no era como debía ser, de eso no había duda. A veces hacíamos flexiones cuando entrenábamos, pero siempre hacía trampas, porque en realidad, y sólo lo sabía yo, no conseguía hacer *una sola* flexión.

Me bajé de la silla, empecé a llenar la bañera de agua, que salía chapoteando de la pequeña boca debajo de esa breve construcción con pinta de viga de hierro en la que se encontraban los dos ojos, uno rojo y uno azul, me apresuré hasta mi cuarto, cogí el radiocasete, puse *Outlandos d'Amour*, que para mí era la música del baño, lo coloqué sobre la silla, apreté el botón de *play* y me metí con cuidado en la bañera. El calor me escocía tanto en la piel que me resultó casi imposible sentarme. Pero pude. Me senté, volví a levantarme, me senté, volví a levantarme, hasta que la piel se acostumbró a la temperatura de la habitación y pude quedarme quieto en la bañera, dejando que el agua

caliente me acariciara, y con la música saliendo a todo volumen del pequeño radiocasete, yo cantaba a voz en cuello mientras soñaba con hacerme famoso, y con lo que dirían entonces todas las chicas a las que conocía. *I feel lo lo lo, I feel lo lo lo, I feel lo lo lo, I feel lo lo lo, I feel lo lo lo. Lo, I feel lo. I feel lo, I feel so lonely, I feel so lonely, I feel so lonely lonely lonely lo, I feel so lonely, lonely, lonely lo. Lonely lone. ¡Ah I feel so lonely! So lonely. So lonely. So lonely. So lonely. So lonely, I feel so lonely. I feel so lonely. I feel so lonely.*

Captaba cada pequeño matiz en la voz de Sting, incluso los quejidos del final. De vez en cuando golpeaba los puños contra el borde de la bañera de puro entusiasmo. Cuando la canción terminó, me sequé las manos en una toalla, di la vuelta a la cinta y rebobiné hasta «Masoko Tanga», otra de mis favoritas.

¡Ah, «Masoko Tanga»!

Luego me puse frente al armario de mi cuarto para buscar alguna ropa que ponerme. Aún quedaban unas horas del día.

Tendría que ser la camisa azul clara con botones blancos, y los pantalones Levi's azules.

—¿Cuándo vamos a comprarme ropa para el 17 de mayo? —pregunté a mi madre, parándome delante de ella en el salón.

—Sólo estamos a finales de marzo —contestó—. Tenemos tiempo de sobra.

—Pero quizá sea más barata ahora —dije.

—Ya veremos —dijo ella—. Tampoco tenemos tanto dinero ahora que papá está estudiando, ¿sabes?

—Pero algo tenemos, ¿no?

Ella sonrió.

—Claro que tendrás ropa nueva para el 17 de mayo.

—Y zapatos.

—Y zapatos.

El 17 de mayo seguía siendo el punto culminante de la primavera para nosotros, como lo era la Navidad el del invierno. En el colegio cantábamos «También los niños somos una nación», «Noruega en rojo, blanco y azul», «Cómo amamos este país», leíamos sobre el poeta Henrik Wergeland y sobre lo que ocurrió cuando se firmó la Constitución en Eidsvoll, en 1814. En casa se sacaban los lazos y las banderas, y todo lo que había de pitos y silbatos. Ese día se izaban las banderas en todos los mástiles, y temprano por la mañana las familias salían a sus jardines ataviadas con el traje regional, vestido o trajes, con el

abrigo encima si hacía frío o llovía, los niños con banderas en la mano, algunos con un estuche de instrumento, porque no pocos de mis vecinos tocaban en la banda, y ellos llevaban uniforme en lugar de ropa de vestir, y luego se cambiaban. El uniforme de la banda de música del colegio de Tromøya se componía de chaqueta color mostaza, pantalón negro con una raya blanca en los costados, y un sombrero negro, parecido a los de la legión extranjera. Llevaban el pecho cubierto con las medallas que habían ganado en los innumerables encuentros musicales en los que habían participado. Luego, coche tras coche salían de los jardines a la calle, en dirección a la ciudad, donde se veían obligados a aparcar muy lejos del centro, porque la gente acudía de todas partes, y las calles estaban atestadas a lo largo de todo el trayecto que recorrería el desfile. Y el desfile éramos nosotros. Formábamos en Tyholmen, bajo el estandarte del colegio de Sandnes, al que nos sentíamos orgullosos de pertenecer, andando en una fila casi interminable formada no sólo por todos los colegios de la ciudad de Arendal, sino también por todos los de los alrededores. Marchábamos en dos filas por las calles de la ciudad, en medio de una marea de gente a la que teníamos que estar constantemente atentos, porque nuestros padres, a los que había que saludar con la mano y que nos harían fotos, podían estar en cualquier sitio.

Ese día, el 17 de mayo de 1980, fue distinto al resto de los Días de la Constitución que yo había vivido hasta entonces. Llovía cuando nos levantamos, lo que me dio mucha pena, porque significaba que tendría que llevar impermeable encima de la ropa nueva. Me puse mis nuevos pantalones de color azul claro de la marca Levi's, un par de zapatillas de tenis blanquísimas y una chaqueta corta, entre blanca y gris. Estaba especialmente contento con los pantalones. Por la cuesta, en el exterior de las casas, se oían a intervalos desiguales largos y quejumbrosos mugidos de las cornetas que llevaban los chiquillos. Se abrían y cerraban puertas de coches, se gritaba por encima de las verjas, el ambiente estaba agitado, pero expectante. Cuando llegamos al lugar de formación en Tyholmen, donde la lluvia caía sin cesar, quedó claro que desfilaríamos al lado de una clase del colegio Rolighed. Yo jugaba al fútbol con algunos de ellos, pero había muchas caras que no había visto nunca.

Una chica se volvió hacia mí.

Tenía el pelo rubio, ondulado y grandes ojos azules, me sonrió.

Yo no le sonreí a ella, pero a pesar de eso ella sostuvo la mirada, y luego volvió la cara.

El desfile se puso en marcha. Mucho más adelante tocaba una banda de música. Uno de nuestros profesores empezó a cantar, y nosotros nos unimos al canto. Después de unos veinte minutos de desfile, la paciencia de muchos comenzó a agotarse, sobre todo la de los chicos, que empezamos a reírnos y a hacer tonterías, y cuando algunos se pusieron a levantarles la falda a las chicas con la bandera y eso se extendió, yo fui hacia la chica rubia junto con Dag Magne, por suerte, porque así formaba parte de algo y no era sólo yo. Le

metí la bandera debajo del pliegue de la falda y la levanté, ella se volvió de golpe y se la bajó con una mano gritando «*Para, para*». Pero los ojos que me miraban sonreían.

Hice lo mismo a alguna otra, hasta que ya no resultaba sospechoso que me acercara otra vez a ella.

—¡No lo hagas! —dijo esta vez, dando unos pasos rápidos hacia delante—. ¡No seas tan infantil!

¿Estaba enfadada de verdad?

Transcurrieron unos segundos. Entonces se volvió hacia mí y sonrió. Fue una sonrisa breve, pero suficiente, la chica no estaba enfadada, no pensaba que yo fuera infantil.

Pero ¿había hablado con acento del este?

¿No era de aquí? ¿Sólo estaba de visita?

Entonces nunca volvería a verla.

Qué va. Relájate. ¡Nadie que esté de visita puede desfilarse!

De repente me acordé de la bandera que llevaba en la mano y la levanté. El anterior 17 de mayo mi padre se irritó porque dejé que la bandera tocara el suelo cuando pasé por delante de ellos.

Dag Magne exhibía su más amplia sonrisa. Los flashes centelleaban. Sus padres estaban en primera fila en la acera. No parecían ellos, la ropa de vestir no les pegaba.

Volví a mirar a la chica.

Era bastante baja, y llevaba una chaqueta rosa clara, falda azul clara y medias blancas finas. Tenía el pelo rubio y ondulado, la nariz pequeña, la boca grande y una pequeña hendidura en la barbilla.

Me dolía el estómago.

Cuando se volvió hacia atrás para evitar que le levantara la falda, vi que sus pechos eran grandes, porque llevaba la chaqueta abierta, y el jersey de debajo era fino.

Ay, querido Dios, déjame ser su novio.

—¡Hola, Karl Ove! —gritó de repente mi madre desde algún lugar. Miré a mi alrededor. Allí, al otro lado de la calle, delante del Hotel Phønix, estaban mis padres. Mi madre movió la mano saludándome, luego levantó la cámara, mi padre me hizo un gesto con la cabeza.

En el camino de vuelta al centro, la chica se volvió y me miró otra vez. Al disolverse el desfile unos minutos más tarde, ella desapareció en la multitud.

Yo ni siquiera sabía su nombre.

Después de desfilar con el colegio volvimos todos a la urbanización, donde nos cambiamos de ropa, comimos y tal vez vimos en la televisión los desfiles infantiles en otras partes del país, antes de que todos nos metiéramos otra vez en el coche, ya vestidos con ropa menos formal, para ir a Hove, en cuyos prados siempre se vivían los momentos cumbre de la celebración. Había puestos donde vendían perritos calientes, helados y refrescos, otros donde vendían boletos para una tómbola, se organizaban juegos, y una multitud de niños corría de un lado para otro con billetes de diez coronas ardiendo en los bolsillos, y tan pronto compraban un perrito caliente, como saltaban en una carrera de sacos, con ketchup en las mangas, helado alrededor de la boca y una botella de Coca-Cola con paja en la mano. No nos sentíamos demasiado mayores para participar en todo aquello, pero es probable que la velocidad con la que lo hicimos se hubiese reducido algo desde el año anterior. Yo estuve toda la tarde buscando a la chica del desfile, cada vez que veía una chaqueta rosa y una falda azul, mi corazón estaba a punto de estallar, pero nunca era ella, ella no estaba allí. Aunque sabía a qué curso iba, y aunque yo jugaba al fútbol con dos chicos de su clase, no podía preguntarles, porque enseguida adivinarían mis intenciones y no vacilarían en contárselo a los demás. Pero volvería a verla antes o después, lo sabía, nuestra isla no era tan grande.

Mi padre volvió a casa definitivamente dos semanas después, orgulloso de haber conseguido su licenciatura en unos meses. Había vendido su colección de sellos, renunciado a sus compromisos políticos, el jardín estaba perfecto, se sabía el trabajo de profesor hasta aburrirse. Lo que hizo entonces fue solicitar otros puestos. Y si conseguía algo que le interesara nos mudaríamos al lugar en cuestión. Tenía la esperanza de que el año siguiente fuera el último en el que trabajara con alumnos de bachillerato elemental.

Al principio de aquel verano se compró un barco, un Rana Fisk 17, con un motor fuera borda Yamaha, de veinticinco caballos. Mi madre, Yngve y yo estábamos esperándolo en el muelle flotante cuando él entró desde el estrecho de Arendal por primera vez. Iba al timón, y aunque ni sonreía ni nos saludaba con la mano, yo sabía que se sentía muy orgulloso de estar allí.

Redujo la velocidad y el barco descendió en el agua, pero no lo suficiente para poder girar y meterse en nuestra plaza, como él había planificado, y el barco se deslizó demasiado hacia fuera y dio contra el pontón. Mi padre hizo que el barco retrocediera, volvió a meter una marcha y entonces entró suavemente. Lanzó el cabo de amarre a mi madre, que no sabía exactamente qué hacer con él.

—¿Va bien? —pregunté.

—Ya lo creo —contestó él—. ¿No lo ves?

Subió al muelle con el bidón rojo de gasolina en la mano. Puso la lona y se quedó un instante contemplando el barco antes de que nos metiéramos en el coche. Conducía mi

padre, aunque era el escarabajo de mi madre.

Al empezar el nuevo curso yo tenía que acompañarlo por las tardes a echar las redes y luego, tempranísimo por la mañana, a recogerlas. Nos tomábamos un par de rebanadas de pan, con las caras mustias de sueño, y salíamos a la oscuridad, él arrancaba el coche y bajábamos a los muelles flotantes, que estaban silenciosos y desiertos, abría la lona verde, colocaba el bidón rojo de gasolina en su sitio, soltaba el amarre, arrancaba el motor y salía dando marcha atrás con mucho cuidado. Yo me sentaba a proa, detrás del parabrisas, inclinado hacia delante con los brazos pegados al cuerpo y las manos metidas en los bolsillos, porque hacía frío, y aunque ese barco era más rápido que la vieja barca, el trayecto hasta donde estaban las redes duraba más de media hora. Mi padre iba de pie, con el timón entre las manos, pilotando con aire concentrado por el estrecho paso entre tierra y el islote de Gjerstholmen, donde había un escollo contra el que había chocado ese verano. Cuando salíamos al estrecho, él se sentaba e íbamos en dirección al mar abierto con las olas golpeando la parte de abajo del casco de plástico, y levantando el agua por los aires. Solía echar las redes bastante cerca de tierra, y yo tenía que colocarme a proa y agarrar los flotadores a los que estaban fijadas. Era difícil, porque estaban muy resbaladizos, y si no lograba agarrarlos al primer intento, mi padre me decía a gritos que espabilara, que sólo se trataba de cogerlos, yo sentía ya mucho frío en las manos, porque el agua estaba helada, claro, y allí fuera, en el mar abierto, soplaba siempre el viento a esas horas. El pelo de mi padre estaba caótico y sus ojos brillaban de irritación cuando volvía a dar marcha atrás para acercarse una vez más al flotador. Si yo no conseguía agarrarlo, me regañaba y yo me echaba a llorar, entonces él se enfadaba aún más, a veces venía hacia mí para recogerlo él mismo, ordenándome que cogiera el timón y lo llevara en dirección al jodido flotador, en esos casos podía decir: «*Hacia el flotador*, te estoy diciendo, ¡idiota! ¿Es que no sabes hacer nada?». «No es tan fácil pilotar un barco», contestaba yo, y él gritaba: «Se dice pilotar, ¡no *pilotag!*!». Yo lloraba, muerto de frío, y mi padre se inclinaba por la borda arrancando violentamente el flotador y metiéndolo en el barco. Luego, cuando estábamos quietos flotando sobre las olas, con la luz del amanecer como una raya en el horizonte, y él recogía la red mientras el ardor de su ira iba desapareciendo poco a poco de sus ojos, intentaba a veces suavizar su ataque de rabia, pero era demasiado tarde, el frío se me había metido tanto en el alma como en las manos, lo odiaba como sólo se puede odiar a un padre, y durante el viaje de vuelta a tierra, con los peces aún dando saltos en la cubeta blanca, no intercambiábamos una sola palabra. Mientras él limpiaba los peces en el cuarto de la lavadora, yo preparaba mi mochila y me iba a esa jornada que para mis compañeros de clase acababa de comenzar, pero que para mí ya había empezado hacía varias horas.

Ese mismo otoño nuestro grupo de música se hizo por fin realidad. Ganó mi propuesta de nombre, pusimos Blodpropp en nuestras chaquetas y en nuestras mochilas, y ensayábamos en el sótano de la nueva casa de oración. Eso nos lo organizó Dag Magne, su

madre trabajaba de limpiadora para un médico que también formaba parte de la directiva del consejo parroquial. Dag Magne era el único que sabía tocar y que mostraba algo parecido a aptitudes musicales. Tocaba la guitarra y cantaba, yo tocaba la guitarra, Kent Arne el bajo que su madre le había comprado, Dag Lothar se ocupaba de la percusión. Íbamos a tocar en el gimnasio en la fiesta justo antes de las vacaciones de Navidad. Yngve me había enseñado los acordes de «Forelska i lærer'n» [Enamorada del profe], el gran éxito de The Kids, y aunque tocar justamente esa canción significara renunciar a ciertas convicciones, al menos en mi caso, era la canción más sencilla en opinión de Yngve, y probablemente la única conocida que éramos capaces de tocar. Y aunque el grupo ya se estaba disolviendo —cada uno tocaba a su ritmo, y Kent Arne se puso a afinar el bajo en medio de todo—, y aunque la mayoría se mostrara crítica hacia nosotros después, e incluso algunos de cuarto se atrevieran a criticarnos luego, y con razón, porque no sabíamos tocar, nos sentíamos después, en el patio de recreo, con pantalones vaqueros agujereados, chaquetas vaqueras y bufandas al cuello, completamente insuperables. Estábamos en sexto, pronto seríamos alumnos de bachillerato elemental, y tocábamos en un *grupo*. El que éste se disolviera al cabo de muy poco tiempo, ya que ni Dag Lothar ni Kent Arne querían continuar, fue un revés, pero Dag Magne y yo seguimos tocando como dúo durante un tiempo, ensayábamos canciones en su casa, escuchábamos música y soñábamos con participar, por ejemplo, en el encuentro roquero Saganatta, que tendría lugar en la ciudad en verano, en el que se permitía tocar a grupos nuevos. Fui a ver a Håvard, que tocaba en el único conjunto punk de la ciudad, para pedirle que nos ayudara a conseguirlo. No podía prometerme nada, pero se lo diría a alguien y ya veríamos.

En un evento del colegio con los padres aquella primavera tocamos dos canciones, Dag Magne a la guitarra, yo a la caja. La letra de una de ellas, «Tramp på en soss» [Pisa a un pijo], la había escrito yo, y la otra canción era de Åge Aleksandersen y se llamaba «Ramp» [Canalla]. Antes de empezar, ofrecí a los padres una pequeña introducción sobre el punk.

—En la clase obrera de Inglaterra ha surgido en los últimos años una forma de música completamente nueva —dije—. Algunos de vosotros habréis oído hablar de ella. Se llama punk. Los que tocan punk no son buenos músicos, sino rebeldes que quieren levantarse contra la sociedad. Visten chaquetas de cuero y cinturones con clavos, y llevan imperdibles por todas partes. El imperdible es casi su símbolo.

Miré enardecido al público de peluqueros, secretarias, auxiliares de enfermería, asistentes y amas de casa. Yo tenía doce años y antes de las navidades y de las vacaciones de verano me habían visto allí los últimos cinco años, hablando desde el estrado, ya fuera como alcalde de la ciudad o como José en Belén, y ahora estaba allí de nuevo, esta vez como paladín del punk e integrante del grupo Blodpropp.

—Os vamos a ofrecer una pequeña muestra de esta forma musical. Empezaremos con una canción compuesta por nosotros mismos. Se llama «Tramp på en soss».

Dag Magne, que todo el tiempo había estado de pie a mi lado con la guitarra de doce cuerdas al hombro empezó a tocar, mientras yo daba golpes arbitrarios a la caja y cantaba.

Nuestro siguiente encargo fue para nuestra propia clase. Tocamos las mismas dos canciones. Cuando acabamos, la mayoría nos abucheó. Y el tutor, el señor Finsådal, que tenía una barba pelirroja, se acercó a Dag Magne y le dijo que empezaba a manejar bien su guitarra.

Eso me dolió.

En respuesta, envié en secreto una carta a la NRK, la Radiotelevisión Noruega, que entonces emitía un programa en el que los niños podían actuar con sus ídolos. Escribí que me gustaría tocar «Ramp» con Åge Aleksandersen.

Viví mucho tiempo con ese sueño, pero nunca me llegó ninguna respuesta, y la ilusión de ser un famoso músico pop se fue esfumando lentamente, al mismo tiempo que nacía otra, porque nuestro entrenador, Øyvind, nos reunió al acabar un entrenamiento para decirnos que a lo mejor jugaríamos un pre partido para el Start-Mjøndalen. Para mí, que el año anterior había presenciado la final de la liga en el estadio de Kristiansand, viendo cómo el Start se aseguraba el oro casi en el último segundo, para mí, que había bajado al césped con varios cientos más, que había estado delante de los vestuarios cantando y vitoreando a los jugadores, y que incluso había llegado a tocar con mis manos el traje del jugador Svein Mathiesen, que a los pocos segundos me fue arrebatado por un adulto con ojos avariciosos, para mí, que cada dos domingos durante varios años había presenciado todos sus encuentros en su campo, y que mi tío Gunnar lo conocía lo bastante para conseguirle a Yngve un autógrafo, para mí lo de jugar en el estadio de Kristiansand, con la posibilidad de ser visto no sólo por el gran público, sino quizá también por los propios jugadores, tenía un gran significado. El equipo en el que yo jugaba era uno de los mejores de la región, ganábamos con gran ventaja la mayoría de los partidos, y habíamos ganado la liga todos los años que yo había formado parte del equipo. El que yo fuera uno de sus peores jugadores, lento y sin una buena técnica, lo consideré siempre algo pasajero. Porque yo *en el fondo* era bueno, *en el fondo* sabía hacer todo lo que debía saber hacer, tan bien como los demás, y que eso se viera era sólo cuestión de tiempo. Eso era así porque *en mis pensamientos* yo era capaz de meter montones de goles desde todas las posiciones posibles e imposibles, igual que Hans Christian. Simplemente trataría de coordinar la acción con el pensamiento, hacerlos converger, y con eso estaría hecho. ¿Y por qué no podría ocurrir esto durante un prepartido en el estadio, igual que en un entrenamiento en Hove? ¿Y no era verdad que durante unas semanas en el otoño yo siempre *mejoraba*? ¿Y no sería incluso posible que lograra superar uno tras otro a todos los jugadores?

Sí, así era. Lo tenía todo en la cabeza. Y a pesar de no haber mostrado aún nada de todo eso que esperaba saber, seguía, curiosamente, ocupando mi plaza fija en el mediocampo.

Al principio de esa primavera habíamos jugado el primer partido de entrenamiento en el campo de grava del nuevo polideportivo Tromøyhallen, muy cerca del colegio Rolighed, y cuando me sustituyeron, ya avanzado el segundo tiempo, los ojos se me llenaron de lágrimas cuando salía del campo. Aunque bajé la vista, el entrenador se dio cuenta y vino corriendo detrás de mí cuando me dirigía a los vestuarios. Debería haberme quedado a ver el resto del partido, pero estaba tan decepcionado por haber sido sustituido que no lo soportaba y, además, no quería que nadie me viera llorar, claro está.

—¿Qué te pasa, Karl Ove?

—Nada —respondí.

—¿Es porque te han sustituido? Todos tienen derecho a probar, ¿sabes? Esto no significa que te haya sacado del equipo. No es así. Sólo ha sido hoy. Es un partido de entrenamiento.

Sonreí a través de las lágrimas.

—No pasa nada —dije—. Está bien.

—¿Seguro?

—Sí —dije notando cómo las lágrimas amenazaban con brotar de nuevo.

—Bien, entonces —dijo.

Luego pensé que tal vez me dejara jugar porque me tenía compasión, o porque no quería volver a verme así. No era un pensamiento agradable, a la vez que al fin y al cabo lo más importante era que yo seguía en el equipo, a pesar de mis numerosos defectos.

Entrenábamos y jugábamos los partidos en casa en Kjenna, un campo que se encontraba justo debajo de la gran urbanización de Bratteklev, en la que vivían la mayor parte de los chicos con los que yo jugaba.

Allí fue donde de repente volví a verla.

Principios de junio, el cielo azul y sin una nube. Jugábamos entre conos colocados en el centro de una mitad del campo, porque en la zona de las porterías y alrededor del círculo central la hierba estaba pisoteada y el suelo lleno de baches, y aunque el sol colgaba bajo y las sombras de los árboles se extendían por el campo, hacía tanto calor que el sudor me corría por la frente y por la nuca cuando corríamos a la caza del balón. En los árboles a lo largo del campo cantaban los pájaros, chillaban las gaviotas, algún que otro coche pasaba gruñendo, a lo lejos subía y bajaba el ruido de un cortacéspedes, y junto a los barracones provisionales que contenían los vestuarios sonaban risas y gritos, una pandilla de niños se bañaba en el agua caliente y marrón de Tjenna, mientras nosotros jadeábamos y suspirábamos, pasándonos el balón con golpes flojos y bajos. Esa temporada yo estaba en el mejor equipo, con chicos un año mayores que yo. Íbamos

ganando claramente, y al cabo de un mes participaríamos de nuevo en la Norway Cup, con la esperanza de llegar a la final y jugarla en Ullevaal. Yo llevaba un pantalón corto Umbro y un par de botas Le-Coq Sportif, que engrasaba después de cada entrenamiento y a las que todavía les daba la vuelta en la mano y contemplaba con una enorme alegría palpitante.

Aquella tarde cuatro chicas se bajaron de un salto de sus bicicletas junto al campo de fútbol, las dejaron allí y fueron a sentarse en la roca del lateral a mirarnos, charlando y riéndose. De vez en cuando venían chicas a vernos, pero a ella nunca la había visto antes. Porque era ella, sin duda. Esta vez llevaba unos vaqueros azules y una camiseta blanca.

Durante lo que quedaba de entrenamiento no me olvidé ni un instante de su presencia. Todo lo que hice en el campo lo hice por ella. Cuando hubimos terminado, una vez hechos los estiramientos y tras habernos pasado entre nosotros las botellas de XLI, me senté en el césped justo debajo de ella con Lars y Hans Christian. Ellos les gritaron algún que otro insulto, y recibieron risas e insultos de vuelta.

—¿Las conocéis, o qué? —pregunté, como de pasada.

—Sí —contestó Lars, sin ningún interés.

—¿Van a vuestra clase?

—Sí. Kajsa y Sunnva sí. Las otras dos van a la clase de HC.

Entonces ella se llamaba Kajsa o Sunnva.

Me eché hacia atrás, con las manos apoyadas en la hierba y los ojos mirando entornados los rayos del sol naranja. Uno de los chicos metió la cabeza en el cubo que había al lado de la línea de banda. Luego se enderezó e hizo un gesto. Las gotas de agua formaron una reluciente bóveda en el aire un breve instante, antes de desaparecer. Con los dedos como rastrillos se aró con ambas manos el pelo mojado.

—He visto antes a una de ellas —dije—. La que está a la derecha. ¿Cómo se llama?

—¿Kajsa?

—Oh, ¿así se llama?

Lars me miró. Tenía el pelo rizado, pecas y una pinta un poco descarada, pero sus ojos eran cálidos y con chispa.

—Somos vecinos —dijo—. La conozco desde que aprendí a andar. ¿Te interesa?

—No-oo —contesté.

Lars me clavó un par de veces un dedo en el pecho.

—Sí —dijo entre risas—. ¿Quieres que te la presente?

—¿Presentármela? —dije de repente con la boca muy seca.

—¿No es así como se dice, tú que lo sabes todo?

—Pues sí, creo que sí. Pero no. Ahora no. O no del todo. No me interesa. Sólo me preguntaba... Creo que la he visto antes.

—Kajsa es guapa —dijo Lars. Luego susurró—: ¿Tiene los pechos grandes?

—Sí —asentí. Me volví a mirarla sin pensármelo. Lars se rió y se levantó. Ella me miró.

¡Me miró!

Yo también me levanté y seguí a Lars a los vestuarios.

—¿Me das un poco? —pregunté.

Me lanzó la botella de XLI, yo eché la cabeza hacia atrás y sorbí el líquido verdoso a través del largo y estrecho tubo de plástico hasta la garganta.

—¿Te vienes a bañar? —preguntó.

—No, tengo que irme a casa —contesté.

—Quizá Kajsa también vaya a bañarse —dijo.

—Ya —dije.

Él me miró. Yo dije que no con la cabeza. Él sonrió. Los demás nos siguieron zanganeando. En el vestuario sólo me cambié de camiseta y de zapatos, me puse la parte de arriba del chándal, coloqué la bolsa en el portaequipajes y me fui a casa en mi bici por el viejo camino de grava a través del bosque, donde el aire había refrescado de repente en los sitios donde el sol no brillaba desde hacía rato y tuve que cerrar la boca, ya que esos espacios grises y frescos estaban llenos de grandes enjambres de insectos. Sobre la colina, totalmente vacía de árboles después de un incendio el año anterior, brillaba el sol antes de desaparecer del todo al empezar las grandes cuevas y los grandes y tupidos abetos que se levantaban como un muro a ambos lados del camino. Mi bicicleta era la misma que tenía desde que era pequeño, una DBS combi, en la que tanto el asiento como el manillar estaban subidos al máximo, lo que hacía que pareciera una especie de mutante, un primer torpe intento de la bicicleta de alejarse de ella misma. Iba cantando en voz alta mientras a gran velocidad evitaba todos los agujeros y baches, y a veces patinaba con la rueda trasera.

¡Come together!

Dudiddilidudu

¡Come together!

Dudiddilidudu

¡Come together!

Dudidilidudu

You come all flattarp he come

Groovin ut slowly he got

Ju ju eyeball he won

Holy roller he got

Here down to his knees

Got to be a joker he just do what he pleases

iCome together!

Dudidilidudu

iCome together!

Dudidilidudu

iCome together!

Dududdilidudu

Era el principio de *Abbey Road*, «Come Together», que en mis oídos sonaba así. Es decir, sabía que no era exactamente eso lo que cantaban, pero ¿qué me importaba eso a mí, bajando a toda velocidad por la cuesta del bosque, completamente henchido de felicidad? Abajo, en la carretera de asfalto que cruzaba mi camino, frené ante un coche, antes de aumentar de nuevo la velocidad y subir pedaleando lo más rápido que pude la cuesta de grava al otro lado. Me tragué uno o dos jevenes e intenté en vano sacármelos tosiendo, crucé la carretera principal arriba en la cuesta Speedmann y seguí el sendero para bicicletas hasta Fina, donde la pandilla estaba sentada fuera en las mesas, y no dentro del café, como en invierno. Sus bicicletas y velomotores estaban aparcados cerca de ellos. Ya no me daba lo que se dice miedo entrar allí, porque lo peor que podía pasar era que alguien soltara algún comentario, pero eso tampoco me gustaba, así que cuando pasaba por delante de ellos lo hacía por el otro lado de la calle. Esa noche había tres de mi clase, aparte de Johan, vi a Tor y a Unni y luego a Mariann, de la otra clase, que había sido mi novia. Nadie se interesó por mí, tal vez ni siquiera me vieron.

El camino más rápido a casa yendo en bicicleta era por la carretera principal, pero al llegar al sendero me bajé de la bici y empecé a llevarla cuesta arriba. En cuanto los árboles impedían la vista de la carretera principal detrás de mí, el paisaje se volvía agreste y era un cambio tan agradable que merecían la pena los minutos de más que se tardaba por ese camino.

Luego todo era bosque, no se veía ni una casa ni una calle, por todas partes había árboles caducifolios altos, de anchas copas, atestados de hojas verdes, llenos de pájaros

gorjeantes. El sendero, formado por tierra apisonada y alguna que otra losa, era cruzado en varias partes por enormes raíces que recordaban animales prehistóricos. La hierba que crecía a lo largo del curso del arroyo era tupida y exuberante. En la maleza de más adentro había árboles caídos con troncos lisos y llenos de vegetación entre las ramas secas muertas, llevaban en ese lugar desde que yo podía recordar, y más allá aún había un cerro con tocones entre las largas pajas y los nuevos árboles que habían crecido allí. Cuando recorrías los primeros cien metros del sendero, te imaginabas que el bosque era profundo, incluso infinitamente profundo, y lleno de misterios. No resultaba difícil olvidar que en otoño e invierno se podía avistar la larga vertiente de pedruscos que bajaban desde la carretera que daba la vuelta a la urbanización, entre las ramas y el tejado color naranja de una de las casas. Pues el problema no es tanto que el mundo ponga límites a la imaginación como que la imaginación ponga límites al mundo. Pero esta vez no había salido a jugar, sólo quería rodearme de algo que me gustaba, y seguir disfrutando de esa sensación de libertad que me había procurado la mirada de Kajsa.

¡Kajsa, se llamaba Kajsa!

Con la bicicleta dando saltitos a mi lado subí andando las cuestas, atravesé luego la parte llana y me monté de nuevo en la bicicleta cuando salí a la calle justo por donde la casa parroquial. Delante de la casa de Ketil la calle estaba llena de niños jugando al fútbol. Su padre estaba sentado en una silla de camping en la terraza, vestido con un pantalón corto y con la tripa asomando por una camisa abierta de manga corta. Salía humo de una barbacoa cerca de él.

¡Ah, ese olor!

Al otro lado Tom estaba lavando su coche. Llevaba unas grandes gafas de piloto y un pantalón vaquero corto, eso era todo. Reconocí la música que salía por las puertas abiertas, que hacían que el coche pareciera un pequeño avión deforme, era Dr. Hook. Por fin llegué a la cuesta y muy a lo lejos divisé el estrecho azul detrás de los árboles verdes, y los depósitos blancos de gas al otro lado. Al empezar el descenso, el viento me llenaba los ojos de lágrimas. Otro grupo de chiquillos jugaba al fútbol en la calle delante de nuestra casa. El hermano pequeño de Marianne, el hermano pequeño de Geir Håkon, el hermano pequeño de Bente y el hermano pequeño de Jan Atle. Me saludaron, yo no les devolví el saludo, pero me bajé de la bicicleta y la metí en la entrada de coches, donde había aparcados dos coches. Era el Citroën grande de Anne Mai y el 2CV de Dagny. Me había olvidado por completo de que iban a venir, y un pequeño temblor de felicidad me recorrió el cuerpo al verlas.

Estaban en el salón charlando con mi madre cuando subí. Ella había hecho café y una tarta, de la que quedaba casi una tercera parte. Una nube de humo las envolvía. Las saludé, me preguntaron cómo me iba, yo dije que bien y que venía del entrenamiento de fútbol, ellas preguntaron si habían empezado ya las vacaciones. Yo contesté que sí y que

era estupendo. Anne Mai sacó una bolsa de pastillas de chocolate M.

—A lo mejor eres ya demasiado mayor para esto.

—Para M no —dije—. Nadie es demasiado mayor para eso.

Cogí la bolsa y me di la vuelta para ir a la cocina cuando Anne Mai dijo:

—¿Pero qué pone en la espalda de tu camiseta? *¿Trauma?*

Se rió.

—Su equipo de fútbol se llama Trauma —explicó mi madre.

—¡Trauma! —exclamó Dagny. Esta vez se rieron las tres.

—¿Qué tiene de malo ese nombre? —pregunté.

—Nosotras trabajamos con traumas, ¿sabes? Surgen cuando ocurre algo terrible. Por eso resulta un poco cómico verlo en tu espalda.

—Ah —dije—. Pero no significa eso. Viene de Thruma, el antiguo nombre de Tromøya. De la época vikinga, de hecho.

Se estaban riendo todavía cuando me fui a mi cuarto. Puse The Specials en el radiocasete y me tumbé en la cama a leer, mientras los últimos rayos de sol brillaban en la pared del otro lado de la cama, y la urbanización al otro lado de la ventana se iba vaciando de sonidos.

Durante las siguientes semanas, Kajsa estaba constantemente en mis pensamientos. En ellos se repetían dos imágenes. En una ella se volvía hacia mí, con su pelo rubio y sus ojos azules, vestida con su ropa rosa y azul clara del 17 de mayo. En la otra yacía desnuda delante de mí en un prado. Esta última imagen me venía casi todas las noches antes de dormirme. Pensar en los grandes pechos blancos con los pezones rosas me producía dolores por todo el cuerpo. Me retorció mientras me imaginaba varias cosas vagas pero intensas que haría con ella. Esa segunda imagen también despertaba algo distinto en mí y en otros momentos: en medio de un salto desde el peñasco del islote, volando por los aires, con el sol de frente la veía en una visión fugaz, y dentro de mí se desataba entonces un regocijo casi enloquecido, más o menos a la vez que los pies se deslizaban por el espejo del agua y el cuerpo se metía dentro del mar azul verdoso, que frenaba la caída al cabo de unos metros, y yo, rodeado de fragorosas burbujas, y con sabor a sal en los labios, volvía a la superficie con movimientos lentos y un temblor de felicidad en el pecho. O comiendo en la mesa, cuando estaba arrancando la piel de un trozo de bacalao fresco, por ejemplo, o a punto de masticar un bocado de picadillo de pulmones, de esa consistencia tan desagradable que se hinchaba y ocupaba al principio mucho espacio, pero que cuando lo masticaba, los dientes atravesaban la masa que no ofrecía resistencia hasta el final, cuando se pegaba a los dientes, en esos momentos aparecía de repente su imagen, con una luz tan intensa que todo lo demás que me rodeaba era empujado hacia la sombra. Pero en la realidad no la veía. La distancia en línea recta entre las dos urbanizaciones sería de unos kilómetros, pero la distancia social era mayor, y no se dejaba recorrer ni en bicicleta ni en autobús. Kajsa era un sueño, una imagen en mi cabeza, una estrella en el firmamento.

Entonces sucedió algo.

Estábamos jugando un partido en el campo de Kjenna. En realidad, la temporada de primavera había acabado, pero un partido había sido suspendido y atrasado, de modo que allí estábamos, corriendo por la hierba con el calor y los diez o quince espectadores de siempre, cuando con el rabillo del ojo avisté a tres personas que venían andando por la banda, y enseguida supe que era ella. El resto del partido prestaba la misma atención al público en la pendiente que al balón.

Después del partido se me acercó una chica.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —me preguntó.

—Claro que sí —respondí.

Se me encendió por dentro una esperanza tan delirante que tuve que sonreír.

—¿Sabes quién es Kajsa? —me preguntó la chica.

Me sonrojé y miré al suelo.

—Sí —contesté.

—Me ha pedido que te pregunte —dijo.

—¿Qué has dicho?

Una ola de calor me subió por dentro, como si el pecho se me llenara de sangre.

—Kajsa pregunta si quieres ser su novio —dijo—. ¿Quieres?

—Sí —contesté.

—Bien, entonces se lo diré.

Echó a andar.

—¿Dónde está ella? —pregunté.

Se volvió hacia mí.

—Está allí, esperando junto a los vestuarios —contestó—. ¿Te vemos después entonces?

—Sí —dije—. Muy bien.

Cuando ella se alejó, yo miré un instante al suelo.

—Gracias, Dios —dije por dentro. Porque ya había sucedido. ¡Ya era el novio de Kajsa!

¿Era verdad?

¿Era realmente el novio de Kajsa?

¿De *Kajsa*?

Perplejo, me puse a andar por la banda. Porque de repente se me ocurrió que tenía un gran problema. Ella estaba ya allí esperándome. Yo tendría que decirle algo, tendríamos que hacer algo juntos. Pero ¿qué?

Cuando entrara en el vestuario podría hacer como si no la viera o dedicarle una leve sonrisa, porque iba a cambiarme. Pero luego, cuando saliera...

Era una tarde templada, el aire olía a hierba y estaba lleno de canto de pájaros, habíamos ganado y las voces que subían del vestuario eran alegres y alborotadas. Kajsa estaba un poco más allá, con otras dos chicas. Estaba sujetando su bicicleta y me echó una breve mirada cuando yo miré hacia ella. Sonrió. Yo le sonreí a ella.

—Hola —dije.

—Hola —dijo ella.

—Sólo voy a cambiarme —dije—. Ahora salgo.

Asintió con la cabeza.

Dentro del vestuario, en ese edificio que parecía un barracón, me cambié lo más despacio posible, mientras intentaba febrilmente buscar una manera que me permitiera salir de aquello con el honor intacto. Sin prepararme no podría irme con ella, jamás funcionaría. Tenía que buscar un pretexto convincente.

¿Deberes?, pensé aflojando la espinillera, que estaba resbaladiza de sudor por el lado de dentro. No, eso daría una mala imagen de mí.

Metí la espinillera en la bolsa y miré fijamente el agua a través de la pequeña ventana. Me desenrollé la venda del pie y la volví a enrollar. Los primeros ya habían salido. John dijo «Pero tío, ¿eres tonto o qué?» a Jostein, que le dio un golpe en la mejilla con los guantes de portero. «Déjalo, cabrón», gritó John. Me entraron ganas de decir que era el novio de Kajsa, pero no lo hice, claro, sino que me levanté y me puse mis vaqueros claros.

—Qué pantalones tan pijos —dijo Jostein.

—Eres tú el que lleva pantalones pijos —dije.

—¿Éstos? —dijo él, señalando sus pantalones de rayas negras y rojas.

—Sí —contesté.

—Son pantalones punk, idiota —dijo.

—Nada de eso —insistí—. Están comprados en Intermezzo, y ésa al menos es una tienda pija.

—¿Entonces también el cinturón es pijo? —me preguntó.

—No —contesté—, es un cinturón punk.

—Bien —dijo él—. Pero ese pantalón tuyo es muy pijo.

—No soy pijo, joder —dije yo.

—Pero eres bastante *femi* —intervino John.

¿*Femi*? ¿Qué significaba eso?

—Ja, ja, ja —se rió Jostein—. ¡Venga ya, *femi*!

—Cállate, maldito hijo de papá —dije yo.

—¿Qué culpa tengo yo de que mi padre sea un ricachón? —dijo él.

—Ninguna —contesté. Me subí la cremallera de la parte de arriba de mi chándal Puma azul y blanco—. Hasta luego —dije.

—Hasta luego —dijeron ellos. Y me marché sin haber tenido tiempo de preparar nada de nada.

—Hola —dije parándome delante de ellas con las manos en el manillar de la bicicleta.

—Qué bien habéis jugado —dijo Kajsa.

Ella llevaba una camiseta blanca. Sus pechos abultaban debajo. Pantalón Levi's 501 con cinturón rojo de plástico. Calcetines blancos. Zapatillas blancas de tenis, marca Nike, con el logo azul claro.

Tragué saliva.

—¿Eso te ha parecido? —le pregunté.

Ella lo confirmó con un gesto de la cabeza.

—¿Vienes?

—Es que esta tarde voy con el tiempo muy justo.

—¿Ah, sí?

—Sí, tengo que irme enseguida.

—Ay, qué pena —dijo mirándome—. ¿Qué tienes que hacer?

—He prometido a mi padre que lo ayudaría con un muro que está construyendo. Pero podemos vernos mañana.

—Vale.

—¿Dónde?

—Puedo acercarme a tu casa después del colegio —contestó ella.

—¿Sabes dónde vivo?

—En Tybakken, ¿no?

—Sí.

Pasé la pierna por encima de la barra de la bicicleta.

—¡Hasta luego! —dije.

—Adiós —dijo ella—. ¡Hasta mañana!

Aparentemente despreocupado, me fui pedaleando hasta que salí de su campo de visión, luego me puse de pie sobre el pedal, me incliné hacia delante y me puse a pedalear como un poseso. Era fantástico y terrible. Puedo acercarme a tu casa, había dicho. Sabía dónde vivía. Y quería ser mi novia. No sólo eso. Ya *éramos* novios. ¡Yo era el novio de Kajsa! ¡Ah, todo lo que yo quería estaba a mi alcance! Pero no. ¿De qué hablaría con ella? ¿Qué haríamos?

Cuando me metí en la entrada de coches delante de mi casa media hora más tarde, mi madre estaba sentada en la terraza de detrás leyendo el periódico, con una taza de café en la mesa de camping a su lado. Me senté junto a ella.

—¿Dónde está papá? —le pregunté.

—Pescando —contestó ella—. ¿Qué tal el partido?

—Bien —dije—. Hemos ganado.

Se hizo el silencio durante un rato.

—¿Ha pasado algo? —preguntó mi madre mirándome.

—No —contesté.

—¿Hay algo que quieras preguntarme?

—No, en realidad no.

Me sonrió y siguió leyendo el periódico. En casa de los Prestbakmo sonaba una radio. Miré hacia allí. Martha estaba, como mi madre, sentada en una silla de camping con el periódico abierto delante de ella. Un poco más allá, junto a la valla de piedra que daba al bosque estaba Prestbakmo, inclinado sobre un macizo en el huerto con un azadón en la mano. Un movimiento en el sendero me hizo volver la cabeza. Era Freddie, lo supe enseguida, era albino y su pelo blanquísimo era inconfundible. Estaba en cuarto, y tenía la espalda curvada.

Miré de nuevo a mi madre.

—¿Mamá, sabes lo que significa *femi*? —le pregunté.

Bajó el periódico.

—¿*Femi*?

—Sí.

—No, no lo sé. Pero supongo que será una abreviación de «femenino».

—¿Como de chica o algo así?

—Sí, exactamente. ¿Por qué lo preguntas? ¿Alguien te ha llamado así?

—No, no. Es algo que he oído después del partido. Se lo decían a otro chico. Sólo que yo no lo había oído nunca.

Me miró, vi que tenía la intención de decir algo y me levanté.

—Bueno —dije—. Voy a meter la ropa del entrenamiento en la lavadora.

Después de cenar fui al cuarto de Yngve y le conté lo que había sucedido.

—Esta tarde me he hecho novio de Kajsa —dije.

Levantó la vista de los libros de texto que tenía abiertos sobre la mesa y sonrió.

—¿Kajsa? No me suena. ¿Quién es?

—Va al colegio Rolighedden. Está en sexto. Muy guapa, ¿sabes?

—No lo dudo —dijo Yngve—. Enhorabuena.

—Gracias. Pero hay una cosa..., a lo mejor necesito un consejo...

—¿Sí?

—No sé —dije—. Bueno, es que no la conozco de nada. No sé... qué podemos hacer.

Viene aquí mañana, ¿sabes? ¡Y yo ni siquiera sé qué decir!

—Irá bien —dijo Yngve—. Si no piensas en ello irá bien. ¡Siempre podéis meteros mano!

—Ja, ja.

—Irá bien, Karl Ove. Tranquilo.

—¿Tú crees?

—Claro que sí.

—Vale —dije—. ¿Qué estás haciendo?

—Deberes. Química. Luego geografía.

—Tengo ganas de empezar en el instituto —dije.

—Mucho que estudiar —respondió Yngve.

—Ya, pero de todos modos...

Yngve volvió a concentrarse en el libro, y yo volví a mi cuarto. Yngve acababa de hacer el primer año de instituto, y tenía entendido que quería seguir en la rama de ciencias sociales, pero que mi padre quería que hiciera ciencias naturales. Y eso haría. Un poco extraño, la verdad, porque las asignaturas de mi padre eran noruego e inglés.

Puse *McCartney II* en el radiocasete y me tumbé en la cama a pensar en lo que podría hacer al día siguiente. A veces unos escalofríos me recorrían el cuerpo. ¿Era realmente su novio? Tal vez justo en ese momento estaba tumbada en su cama pensando en mí. Tal vez sólo llevara puestas unas bragas. Me puse boca abajo y froté la pelvis contra el colchón mientras cantaba «Temporary Secretary» y pensaba en todo lo que me esperaba.

Ella llegó una hora después de que hubiéramos acabado de comer. Yo no paraba de mirar por las ventanas que daban a la calle, y estaba tan preparado como me era posible. Y sin embargo el corazón me dio un vuelco al verla subir la cuesta pedaleando. Durante unos segundos apenas fui capaz de respirar. Kent Arne, Geir Håkon, Leif Tore y Øyvind estaban allí fuera, descansando sobre sus bicis, y cuando todos a la vez volvieron la vista hacia ella, una oleada de orgullo me recorrió. Jamás se había visto en Tybakken a una chica tan guapa. Y venía a verme a mí.

Me puse los zapatos y la chaqueta y salí.

Ella se había parado delante de los chicos y estaba charlando con ellos.

Cogí la bici por el manillar y me acerqué.

—¡Nos está preguntando dónde vives, Karl Ove! —dijo Geir Håkon.

—¿Ah, sí? —contesté. La mirada de Kajsa se cruzó con la mía—. Hola —la saludé—.

¿Has encontrado bien el camino?

—Sí, sí, no ha sido difícil —contestó Kajsa—. No sabía exactamente qué casa era, pero...

—¿Nos vamos? —sugerí.

—Vale.

Subí a la bicicleta. Ella hizo lo mismo.

—¡Hasta luego! —dije a los cuatro que se quedaban. Me volví hacia ella—. Podemos subir por allí.

—Vale —dijo.

Yo sabía que nos estaban mirando y que sentían más envidia que de costumbre. ¿Cómo diablos lo ha conseguido?, pensarían. ¿Dónde la ha conocido? ¿Y cómo demonios ha conseguido que sea su novia?

Ya bastante arriba en la cuesta, Kajsa se bajó de la bicicleta. Yo hice lo mismo. Una corriente de aire recorrió el bosque, las hojas crujieron a nuestro lado y volvió a reinar el silencio. El sonido de las cubiertas rodando por el asfalto. El roce de los muslos con los pantalones. Sus suelas de corcho contra el asfalto.

Esperé un poco para que se colocara a mi lado.

—Qué chaqueta tan chula —dije—. ¿Dónde la has comprado?

—Gracias. En Bajazzo, en Kristiansand.

—Ah —dije.

Llegamos al cruce con la calle Elgstien. Sus pechos se mecían, mi mirada se sentía todo el rato atraída por ellos. ¿Se daría cuenta ella?

—Podemos pasarnos por la tienda y ver si hay alguien —dije.

—Mm.

¿Se estaba arrepintiendo?

¿Debería besarla ya? ¿Sería lo más correcto?

Nos encontrábamos en lo alto de la cuesta, yo pasé la pierna por la barra y esperé a que

ella tuviera los pies en los pedales, entonces empecé a pedalear. Nos rozó otro soplo de viento. Yo llevaba el manillar con una mano, me volví a medias hacia ella.

—¿Conoces a Lars? —pregunté.

—Sí —contestó—. Es mi vecino. Y vamos a la misma clase. ¿Tú lo conoces? Claro que lo conoces, jugáis en el mismo equipo.

—Sí —contesté—. ¿Viste todo el partido ayer?

—Sí. ¡Sois buenos!

A eso no contesté. Puse la otra mano en el manillar y empecé a bajar hacia la tienda. Estaba cerrada y fuera no había nadie.

—No parece que haya nadie aquí —dije—. Si quieres, vamos hacia tu casa.

—Por mí vale —contestó ella.

Decidí que la besaría a la primera ocasión que tuviera. Al menos le cogería la mano. Algo tendría que pasar. Ya éramos novios.

¡Kajsa era mi novia!

Pero no se presentó ninguna ocasión. Fuimos por el viejo camino de grava a través del bosque hasta Kjenna, donde no había nadie, luego seguimos cuesta arriba hasta su casa y nos detuvimos fuera. No habíamos intercambiado muchas frases por el camino, pero sí las suficientes para que no hubiera sido una catástrofe.

—Mis padres están en casa —dijo ella—. Así que no puedes entrar.

¿Significaba eso que podría entrar algún día, cuando ellos no estuvieran en casa?

—Vale —dije—. Empieza a hacerse tarde. Quizá deba irme para casa.

—Pues sí —contestó ella—. ¡Está bastante lejos!

—¿Nos vemos mañana?

—Mañana no puedo. Vamos a salir con el barco.

—¿El jueves entonces?

—Vale. ¿Vienes tú aquí?

—Sí, vengo yo.

Durante todo el tiempo habíamos tenido las bicicletas entre nosotros. No había habido ninguna posibilidad de inclinarse hacia delante y besarla. Y quizá tampoco ella quisiera ahora, justo delante de su casa.

Subí de nuevo a la bicicleta.

—Entonces me voy —dije—. ¡Adiós!

—Adiós —dijo ella.

Y me alejé de allí a toda velocidad.

Bueno, no había ido demasiado mal. No había hecho ningún avance, pero tampoco había estropeado nada. Yo sabía que no podíamos seguir así, sólo hablando, porque entonces todo moriría. Tenía que besarla, teníamos que hacernos novios de verdad. ¿Pero cómo llegaría a eso? A Mariann la había besado, pero ella no me gustaba mucho, no había supuesto ningún problema, simplemente la había abrazado, la había apretado contra mí y la había besado. La cogía de la mano cuando íbamos uno al lado del otro. Pero no podía hacer eso con Kajsa, no podía abrazarla sin más, como si nada, ¿y si ella se oponía? ¿Y si yo no conseguía hacerlo bien? Tenía que ocurrir, y tenía que ser ya la próxima vez que quedáramos. Y en un lugar adecuado, donde nadie pudiera vernos.

¡Menos mal que tenía que salir con el barco! Así disponía de dos días enteros para prepararme.

Justo antes de dormirme me acordé de que el jueves teníamos entrenamiento, lo que significaba que tendría que llamarla y decírselo. Al día siguiente temblaba cada vez que pensaba en llamarla. El teléfono de mi casa estaba en la entrada, y todos podían oír lo que se decía desde allí, si no cerraba la puerta corredera, pero eso despertaría su curiosidad, así que lo mejor sería llamar desde una cabina. Había una abajo, en la parada del autobús, cerca de la gasolinera Fina. Bajé hasta allí en la bici después de haberlo aplazado al máximo, a las ocho y algo. Por regla general tenía que estar en casa a las ocho y media, porque los días laborables tenía que acostarme a las nueve y media, esa regla seguía siendo indiscutible en mi casa, aunque todos mis conocidos podían quedarse levantados hasta mucho más tarde.

Aparqué la bici y busqué en la guía telefónica el número de su casa. Había pensado una y otra vez en lo que le diría.

Marqué el número, excepto la última cifra. Esperé unos segundos intentando respirar tranquilamente, luego marqué la última cifra.

—Casa de los Pedersen, dígame —contestó una voz de mujer.

—¿Puedo hablar con Kajsa? —dije deprisa.

—¿Quién llama?

—Karl Ove —contesté.

—Espera un momento.

Hubo una pausa. Pude oír pasos alejándose, voces. Un autobús bajaba la cuesta y se metía lentamente en la parada. Apreté el auricular contra la oreja.

—¿Hola? —dijo Kajsa.

—¿Eres Kajsa? —pregunté.

—Sí.

—Soy Karl Ove.

—¡Ya! —dijo ella.

—Hola —dije.

—Hola.

—Tengo entrenamiento mañana —dije—. Así que no puedo ir a tu casa, como habíamos quedado.

—Entonces bajo yo. Porque es en Kjenna, ¿verdad?

—Sí.

Pausa.

—¿Estuvo bien? —pregunté.

—¿El qué?

—La excursión en barco. ¿Estuvo bien?

—Sí.

Pausa.

—¡Entonces nos vemos mañana! —dije.

—Sí. Hasta luego.

—Hasta luego.

Colgué y mi mirada se cruzó con la de un viejo profesor de unos cuarenta y tantos años que trabajaba con mi padre, iba sentado en el autobús y apartó la vista cuando lo miré. Abrí la polvorienta puerta de la cabina y salí. El aire de fuera estaba caliente y lleno de humo del tubo de escape del autobús en marcha. Delante de Fina había sentada una familia con dos niños comiendo helado. En el momento en que yo pasaba por delante en mi bici, salió John. Llevaba un casco en la mano. Iba desnudo de cintura para arriba y con zuecos en los pies.

—¡Hola, Karl Ove! —gritó.

—Hola —dije devolviéndole el saludo.

Se puso el casco, era negro, con visera negra, y se sentó en el asiento trasero de una moto. El conductor la arrancó con dos acelerones con el pie. Al instante subieron

estrepitosamente la cuesta detrás de mí. John agitó un brazo en el aire al pasarme. Yo tenía la frente húmeda de sudor. Me pasé la mano por el pelo. También mi mano estaba sudada. Pero el pelo estaba bien, me lo había lavado la noche anterior para tenerlo perfecto para ir a ver a Kajsa. Me detuve en la parada del autobús, en lo alto de la cuesta, delante de B-Max. Apoyé el pie en el bordillo.

De repente sabía cómo lo haría.

Hacía sólo unas semanas había estado allí con una pandilla que solía reunirse en torno a Tor. Él se había construido su propia bicicleta. Iba sentado en el asiento de una moto y una enorme y nueva rueda dentada delante. Se exhibía todo el rato con esa bici, yendo sobre una rueda hacia delante y hacia atrás, y lanzando grandes escupitajos al asfalto. También estaba con él Merethe, su novia. Dag Magne y yo nos los habíamos encontrado y nos habíamos quedado con ellos. Tor se acercó en la bici a Merethe y la besó, luego se sacó del bolsillo interior un reloj, que llevaba colgado de una cadena, lo miró y dijo: «A ver cuánto tiempo podemos estar besándonos en la boca, ¿quieres?». Merethe dijo que sí con la cabeza, se acercaron el uno al otro y empezaron a besarse. Se podían ver sus lenguas trabajar dentro de sus bocas. Ella tenía los ojos cerrados y los brazos alrededor de él, él tenía las manos en los bolsillos y los ojos abiertos. Todo el mundo los miraba. Al cabo de diez minutos él levantó el reloj en el aire y se enderezó. Se limpió la boca con el dorso de la mano. «Diez minutos», dijo.

Ésa sería la manera de hacerlo. Yo sacaría el reloj y le preguntaría si quería que averiguáramos cuánto tiempo éramos capaces de estar besándonos. Y luego lo haríamos.

Me di impulso con el pie y bajé en la bici hacia Holtet. Simplemente se trataba de buscar un sitio adecuado. En el bosque, claro, ¿pero dónde? ¿Cerca de su casa? No, yo aquello no lo conocía. Debería ser un lugar de por aquí.

Tal vez no justo al lado de nuestra casa.

Habíamos quedado en su casa.

Pero claro. ¡Ah, sí! En el bosque junto al sendero que subía desde Fina. Allí, debajo de los árboles caducifolios. Sería perfecto. Nadie nos vería. El sotobosque estaba blando. Y la luz que entraba por entre las copas de los árboles era muy bonita.

Con el fin de no llegar el primero al entrenamiento al día siguiente, subí andando, empujando la bicicleta por todas las cuestas, sin que sirviera de mucho, porque cuando avisté el campo delante de mí, estaba completamente vacío, lleno de aspersores que zumbaban y chasqueaban cada uno a su ritmo, lanzando el agua en todas las direcciones. Christian y Hans Christian estaban sentados en la barrera de la entrada, mirándome con los ojos entornados por el brillo del sol.

—¿Nadie tiene un balón? —pregunté.

Negaron con la cabeza.

—¿Es verdad que eres el novio de Kajsa? —preguntó Christian.

—Sí —contesté mordiéndome el labio para no sonreír.

—Es guapa —dijo él.

Christian nunca había tenido novia, no era de esa clase de chicos. Pero en la Norway Cup, el verano anterior, se había comprado una revista porno en el quiosco la tarde que llegamos. Por desgracia para él, su padre, que entrenaba a los pequeños, lo pilló por sorpresa en el saco de dormir mirando esas fotos hipnóticas. Tuvo que ir a tirar la revista a la basura junto con todo el equipo de espectadores y pedirle perdón a su padre.

—Pues sí-i —dije.

Unos minutos más tarde apareció Øyvind con el balón y las llaves, y corrimos entre los aspersores hasta la portería del fondo, a la que enseguida empezamos a tirar, mientras Øyvind cerraba el grifo del agua y sacaba los aspersores del campo. Cuando había llegado todo el mundo, dimos un par de vueltas alrededor del campo, hicimos estiramientos y unos cuantos ejercicios antes de empezar a jugar siete contra siete en una mitad del campo. Kajsa no llegó hasta casi el final, acompañada por las tres chicas de la vez anterior. Me saludó con la mano. Yo le devolví el saludo.

—¡Concéntrate, Karl Ove! —gritó Øyvind—. ¡Primero el entrenamiento, luego las chicas!

Después del entrenamiento, metí la cabeza en el cubo de agua que había en la banda, intentando hacer como si nada. Pero no resultó fácil; saber que ella estaba sentada muy cerca, y que no sólo ella, sino también sus amigas me estaban mirando, me ardía constantemente en la consciencia.

Ella bajó.

—¿Vas a cambiarte? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Te acompaño. Tengo algo que decirte.

¿Algo que decirme? ¿Me iba a dejar?

Empecé a andar. Ella extendió la mano y rozó ligeramente la mía. ¿Era un error? ¿O podía cogérsela?

La miré.

Ella me sonrió.

Con un rápido movimiento le cogí la mano.

Alguien silbó detrás de nosotros. Me volví. Eran Lars y John. Pusieron los ojos en blanco. Yo sonreí. Ella me apretó suavemente la mano.

El camino para cruzar el campo nunca había sido tan largo como esa tarde. Tenerla cogida resultaba casi insoportable, todo el rato sentía ganas de retirar la mano, para acabar de una vez con esa felicidad insoportable.

—Date prisa, ¿vale? —dijo cuando llegamos.

—Vale —dije.

En el vestuario, sentado en el banco, apoyé la cabeza en la pared. El corazón me latía con fuerza. Recapacité, me vestí en un periquete y salí. Las chicas estaban esperando con sus bicicletas en la calle, justo al lado del campo. Me acerqué a ellas y me coloqué al lado de Kajsa. Ella parecía contenta. Se apartó un rizo de pelo con su pequeña mano. Llevaba las uñas pintadas de un esmalte rosa transparente. Las amigas se subieron a sus bicicletas como si hubiesen recibido una señal, y se alejaron.

—El sábado me quedaré sola en casa —dijo Kajsa—. Le he dicho a mi madre que vendrá Sunniva, así que nos hará pizza y comprará Coca-Cola. Pero Sunniva no viene. ¿Te apetece a ti?

Tragué saliva.

—Sí —contesté.

Algunos de los chicos del equipo nos gritaron algo desde el barracón. Kajsa tenía agarrado el manillar de la bici con una mano y la otra colgando junto al costado.

—¿Nos vamos? —le pregunté.

—Si quieres —dijo ella.

—¿Hacia abajo?

Asintió y nos subimos a las bicicletas. Pedaleamos por el umbrío camino de grava, yo delante, Kajsa justo detrás. En lo alto de la larga cuesta frené un poco para que pudiéramos bajar juntos. El sol iluminaba la colina al otro lado. Los insectos que revoloteaban por el aire parecían oropel que alguien hubiera esparcido. A mitad de la cuesta llegamos a un viejo camino forestal que subía a la derecha; de repente se me ocurrió que tal vez condujera a un lugar adecuado, y con el viento revoloteándome el pelo, grite a Kajsa que fuéramos por allí, ella asintió y nos desviamos, subimos unos diez metros hasta que perdimos velocidad y nos bajamos de las bicis. Ella no dijo nada, yo no dije nada, nos limitamos a subir el camino cubierto de hierba, mezclada con trozos de corteza y leña. Cuando llegamos arriba y pudimos admirar el paisaje, entendí que ese lugar no podría ser, porque el suelo estaba lleno de tocones y donde acababan los tocones empezaban los abetos, que estaban muy juntos, como una pared.

—No —dije—, no está muy bien. Continuemos.

Kajsa seguía callada, se limitó a subirse a la bicicleta a la vez que yo, y volvió a bajar de pie sobre los pedales, usando los frenos con más frecuencia que yo.

No, tendríamos que ir por el sendero que hay encima de Fina.

El mero pensamiento hizo que una ola de miedo me recorriera. Era como haber subido demasiado alto en una montaña, quedarse mirando hacia el mar de abajo y saber que o desafiabas al miedo y te tirabas, o te retirabas como un cobarde.

¿Sabía ella lo que iba a suceder?

La miré de reojo.

Ah, cómo se mecían sus pechos.

Ah, ah, ah.

Pero su cara estaba seria. ¿Qué significaba eso?

Nos bajamos de un salto de las bicis y subimos la cuesta hacia la carretera principal bajo las profundas sombras de los árboles caducifolios, cuyas copas se extendían por encima de nosotros. No habíamos pronunciado palabra desde Kjenna. Si decía algo, tendría que ser algo importante, no cualquier menudencia.

Sus pantalones eran de algodón verde claro y los llevaba atados a la cintura con un cordón. Le quedaban sueltos por los muslos pero estrechos por la ingle y el trasero. Llevaba una camiseta y una fina chaqueta de punto blanca, con algo amarillo. Por las sandalias asomaban sus pies desnudos. Se había pintado las uñas de los pies y de las manos del mismo color, y lucía una cadena alrededor del tobillo.

Tenía un aspecto fantástico.

Cuando llegamos a la carretera principal y ya sólo una larga bajada y una larga subida nos separaban de lo que iba a suceder, yo tenía más bien ganas de dejarla y alejarme de allí a toda prisa en mi bici. Pedalear y desaparecer de su vida. Y si hiciera eso, ya no habría ninguna razón para detenerme ahí. No, ya puestos, podría dejar mi casa, Tybakken, Tromøya, Aust-Agder, Noruega, Europa, y todo atrás. Me llamarían el holandés en bicicleta. Condenado a pasearme eternamente por el mundo en bici, con el faro del manillar arrojando una luz fantasmal sobre las carreteras.

—¿Adónde vamos? —me preguntó cuando bajábamos velozmente la cuesta.

—Conozco un sitio estupendo —dije—. No está muy lejos.

Ella no dijo nada. Pasamos por delante de Fina, yo señalé la cuesta entre los árboles y ella volvió a bajarse de la bici en cuanto la cuesta se hizo más pronunciada. Una fina capa de sudor le cubría la frente, que le brillaba. Pasamos por delante de la vieja casa blanca y

el viejo granero rojo. El cielo estaba despejado y azul. El sol colgaba silencioso y ardiente sobre las colinas al oeste. La luz que emitía proporcionaba un intenso brillo a las hojas de los árboles. El aire estaba lleno del canto de los pájaros. Estuve a punto de vomitar. Nos adentramos en el sendero. La luz se filtraba por entre las copas exactamente como me había imaginado. Se fragmentaba de la misma manera que bajo el agua. Columnas de luz colocadas oblicuamente hacia el fondo.

Me detuve.

—Podemos dejar las bicis aquí —sugerí.

Así lo hicimos. Sacamos las patas de cabra de las bicis. Empecé a adentrarme en el bosque. Ella me siguió. Yo buscaba un sitio adecuado para tumbarnos. Hierba o musgo. Nuestros pasos sonaban demasiado altos allí dentro. No me atrevía a mirarla. Pero venía justo detrás de mí. Había por allí un sitio que podría estar bien.

—Podemos tumbarnos aquí —sugerí. Al sentarme, no la miraba. Ella se sentó vacilante a mi lado. Yo me metí la mano en el bolsillo, saqué el reloj y se lo mostré en la palma de la mano.

—¿Medimos el tiempo que aguantamos besándonos en la boca? —le pregunté.

—¿Qué? —dijo.

—Tengo reloj —expliqué—. Tor estuvo diez minutos. Nosotros lo superaremos.

Dejé el reloj en el suelo, me fijé en que eran las ocho menos dieciocho, le puse las manos en los hombros y la eché hacia atrás, acercando a la vez mi boca a sus labios. Cuando estábamos tumbados del todo en el suelo le metí la lengua en la boca, que se encontró con la suya, puntiaguda y suave, como un animalillo, y empecé a dar vueltas a la mía allí dentro. Tenía las manos pegadas a los costados, sólo la tocaba con la boca y la lengua. Nuestros cuerpos yacían bajo las copas de los árboles como dos barcas en tierra. Me concentré en conseguir que mi lengua diera vueltas con la menor resistencia posible, mientras ardía por dentro al pensar en sus pechos tan cerca de mí, y en lo que había entre sus muslos, debajo del pantalón, debajo de las bragas. Pero no me atrevía a tocarla. Ella yacía con los ojos cerrados y su lengua contra la mía, yo tenía los ojos abiertos y buscaba con la mano el reloj, al final lo encontré y lo coloqué en mi campo de visión. Ya llevábamos tres minutos. Por las comisuras de los labios le salía un poco de saliva. Ella se retorció un poco. Yo apreté el vientre contra el suelo dejando que mi lengua diera vueltas y más vueltas. No era tan maravilloso como me había imaginado, de hecho era bastante fatigoso. Unas hojas secas crujían contra su cabeza cuando se movía. Nuestras bocas estaban llenas de una saliva pegajosa. Ya habían pasado siete minutos. Faltaban cuatro. Mmm, dijo ella, pero no fue un sonido de placer, algo pasaba, se movió un poco, pero yo no la solté, moví mi cabeza al compás de ella, sin dejar de dar vueltas a la lengua. Ella abrió los ojos, pero no los clavó en mí, sino directamente en el cielo sobre nosotros.

Nueve minutos. Me dolía la raíz de la lengua. La saliva seguía chorreando por las comisuras de los labios. Mi aparato de ortodoncia se topaba de vez en cuando con sus dientes. En realidad, no necesitábamos estar más que diez minutos y un segundo para ganar a Tor. Ya lo habíamos conseguido. Pero sería mejor ganarle por mucho. Aguantaríamos quince minutos. Sólo cinco más. Pero la lengua me dolía, era como si me creciera en la boca, y la saliva, que apenas se notaba cuando estaba caliente, producía una sensación un poco repugnante cuando corría fría por la barbilla. Doce minutos. ¿Era suficiente? ¿Era suficiente ya? No, un poco más. Un poco más, un poco más.

A las ocho menos tres minutos retiré la cabeza. Ella se levantó y se limpió la boca con la mano sin mirarme.

—¡Hemos conseguido estar quince minutos! —dije, levantándome—. ¡Le hemos ganado por cinco!

Nuestras bicis centelleaban a lo lejos junto al sendero. Fuimos hacia ellas. Kajsa se iba sacudiendo el pantalón y el jersey de hojas y ramitas.

—Espera —dije—. También tienes por la espalda.

Ella se detuvo y yo le quité los restos de hojas que se le habían pegado al jersey.

—Ya está —dije.

—Creo que tengo que irme a casa ya —dijo ella cuando llegamos a las bicicletas.

—Yo también —dije, señalando hacia arriba—. Hay un atajo por el bosque.

—Adiós —dijo Kajsa, se subió a la bicicleta y se fue pedaleando por el accidentado sendero.

—Hasta luego —dije yo, agarrando el manillar antes de emprender la subida.

Aquella noche en la cama estuve imaginándome sus pechos, blancos como la leche y grandes, y todo lo que podríamos haber hecho en el sotobosque, hasta que me dormí. Tendría que llamarla, porque no habíamos acordado a qué hora iría a su casa el sábado, por fin no podía aplazarlo más, y bastante entrado el mismo sábado, me subí a la bici y bajé a la cabina telefónica. Había además otro problema, el que yo tuviera que estar en casa a las ocho y media, algo completamente incompatible con la vida que ahora llevaba. No podría marcharme de su casa a las ocho porque tenía que acostarme. ¿Qué pensaría ella de mí? Insinué a mi madre que esa noche tenía algo importante, ¿podría volver a casa a las nueve y media o tal vez incluso a las diez? Quiso saber de qué se trataba, yo le contesté que eso no podía decírselo. Si no puedes decírmelo, no te doy permiso, dijo ella. Tenemos que saber dónde estás y qué haces. Entonces tal vez te deje. Lo entiendes, ¿no? Pues sí, lo entendía, y estaba dispuesto a hacer penitencia y hablarle de Kajsa. Pero primero tenía que hablar con ella.

El cielo estaba nublado, y era como si esa capa mate y gris de nubes absorbiera los colores del paisaje. El camino estaba gris, las piedras de la cuneta estaban grises, incluso en las hojas de los árboles había algo gris mate entre lo verde. También el calor del día anterior había desaparecido. No hacía frío, tal vez unos dieciséis o diecisiete grados, pero sí el fresco suficiente como para que tuviera que abotonarme la chaqueta hasta el cuello. Se hinchaba como un pequeño globo bajo la presión del aire. En la parada, que en realidad era una miniestación de autobuses, había dos autobuses, a veces había algunos aparcados toda la noche. Ahora estaban con el motor en marcha, iban cada uno en una dirección, uno hacia la parte de la isla que daba al mar abierto, y el otro a la ciudad. Los dos conductores habían aparcado de tal modo que podían charlar a través de las ventanillas abiertas.

Dejé la bici detrás del cobertizo de fibra de vidrio verde, que parecía un sombrero. Corría por allí un arroyo a través de ramas y matorrales y un montón de basura, en su mayoría papel de chocolatinas, seguramente procedentes de Fina; vislumbré Caramello, Hobby, Nero, Bravo, y un papel azul de Hubba Bubba, pero también había unas botellas relucientes sin etiqueta, algunos periódicos y una caja de cartón llena de desperdicios. Saqué unas monedas del bolsillo, entré en la cabina y las dejé preparadas sobre el teléfono. Abrí la guía telefónica y busqué el número, mientras me acordaba de los juegos de palabras sobre la guía telefónica. Con el dedo índice debajo del número y el auricular en la mano me quedé un buen rato con la vista posada en la ventana mate de polvo, sin realmente captar lo que estaba mirando, hasta que me armé de valor, me puse el auricular junto al oído y tecleé el número.

—¿Hola? —dijo una voz.

¡Era Kajsa!

—Hola —dije—. Soy Karl Ove. ¿Eres tú, Kajsa?

—Sí —contestó—. Hola.

—Al final no quedamos a ninguna hora para que vaya a tu casa —dije—. ¿Quieres que vaya a alguna hora especial? A mí me da igual.

—Ehhhh —balbuceó ella—. En realidad se ha cancelado.

—¿Cancelado? —repetí—. ¿No puedes? ¿Tus padres no van a salir al final?

—No es exactamente eso —dijo ella—. Pero... eh... eh... no puedo... bueno, no podemos ser novios.

¿Qué?

¿Estaba rompiendo la relación?

¡Pero... si sólo habíamos sido novios cinco días!

—¿Hola? —dijo ella.

—¿Se ha acabado? —pregunté.

—Sí —contestó—. Se ha acabado.

Yo no dije nada. Podía oír su respiración al otro lado. Las lágrimas me corrían por las mejillas. Transcurrió un buen rato.

—Que te vaya bien —dijo ella de repente.

—A ti también —respondí, colgué y salí a la parada de autobuses. Mis ojos estaban cegados por las lágrimas. Me las sequé con el dorso de la mano, moqueé, me subí a la bici y empecé a pedalear. Apenas era capaz de ver la calle delante de mí. ¿Por qué había roto? ¿Por qué? Justo ahora que todo había empezado a funcionar tan bien. Justo el día que íbamos a estar solos en su casa. Unos días antes yo le gustaba, ¿por qué de repente ahora no le gustaba? ¿Era porque habíamos hablado poco?

Y ella, tan guapa. Tan increíblemente guapa.

Qué mierda, joder.

Qué puta mierda.

Jodido puta mierda.

Cuando llegué a B-Max, me sequé las lágrimas en la manga de la chaqueta, era sábado, justo antes de cerrar, el aparcamiento estaba lleno de coches y de gente con bolsas de la compra y niños, montones de niños. Si veían las lágrimas, podría ser por el viento, ¿no? Al fin y al cabo yo iba en bici.

Subí pedaleando la pequeña cuesta antes del llano. Dentro de mí empezaron a emerger espacios vacíos, neutros, podían pasar diez segundos sin que pensara en nada, sin saber siquiera que existía, y entonces aparecía de repente la imagen de Kajsa, se había terminado, un sollozo imposible de parar me recorrió el cuerpo.

Le puse el candado a la bici y la aparqué en su sitio, delante de casa; una vez dentro, me detuve en la entrada para localizar a los demás. Preferiría no encontrarme con nadie, al parecer tenía vía libre, subí la escalera y me metí en el cuarto de baño, donde me lavé la cara a fondo, antes de meterme en mi habitación y sentarme en la cama.

Al cabo de un rato me levanté y fui a la habitación de Yngve. Estaba sentado en la cama tocando la guitarra. Levantó la cabeza y me miró cuando entré.

—¿Qué te pasa? ¿Has llorado? —me preguntó—. ¿Es por Kajsa? ¿Ha roto?

Dije que sí con la cabeza y me eché a llorar de nuevo.

—Venga ya, Karl Ove —dijo—. Se te pasará pronto. Hay muchas chicas esperando. ¡Hay un montón de chicas por todas partes! Tienes que olvidarla. No es tan importante.

—Sí que lo es —dije—. Sólo hemos sido novios cinco días. Y ella es muy guapa. Sólo quiero estar con ella. Con nadie más. Y justo hoy. Íbamos a estar solos en su casa.

—Espera un poco —dijo levantándose—. Voy a ponerte una canción. A lo mejor te ayuda.

—¿Qué canción? —le pregunté sentándome en una silla.

—Espera —dijo, y se puso a hojear el montón de singles que tenía en el estante—. Éste —dijo mostrándome uno de The Aller Værste! «Ingen vei tilibake» [No hay marcha atrás].

—Ah, sí, ése.

—Escucha la letra —dijo sacando el disco de la funda. Puso primero en el tocadiscos la pieza redonda, luego el disco, levantó la aguja y la llevó hasta el primer surco, que ya había empezado a dar vueltas. Tras un segundo de rasgado, se pusieron en marcha los tambores, bombeando con energía, luego el bajo, la guitarra y el órgano electrónico, seguidos por el ruidoso e increíblemente cautivador riff de la guitarra, y por fin la voz del tipo que cantaba en el dialecto de Stavanger:

No exagero al decir que yo sabía

Que ese rollo nuestro se rompería

Y tú intentabas entonces reprimirlo

Pero de puro cariño el condón no pudo aguantarlo

Planes y perspectivas para la eternidad

Liquidados sin más en un pispás

Me abrazaste, yo te quise dar más

Pero ya todo quedaba atrás

—Escucha esto —dijo Yngve.

Todo pasa, todo tiene que acabar

Te acuestas y duermes, despiertas y vives

Ya no hay marcha atrás, nada recibes

Nada de que hablar, vístete, te puedes largar

—Sí —dije.

Estuvimos a un centímetro de lo banal

Me oí a mí mismo y me cabreé

Bebimos mucho y ay, qué sentimental

La conversación la infecté

Rompiste mi corazón y me hiciste daño

La cura de penicilina aún no me hace efecto

Por qué golpeamos el muro de antaño

Cuando sabemos que no sentimos nada al respecto

Todo pasa, todo tiene que acabar

Te acuestas y te duermes, despiertas y vives

Ya no hay marcha atrás, nada recibes

Nada de que hablar, vístete, te puedes largar

—Todo pasa —dijo Yngve al acabar la canción. Por propia iniciativa, la aguja encontró el camino de retorno a su pequeña repisa—. Todo tiene que acabar. Te acuestas y te duermes, despiertas y vives.

—Entiendo lo que quieres decir —dije.

—¿El disco te ha servido de algo?

—Sí, un poco. ¿No puedes ponerlo otra vez?

Por fortuna, durante la comida mis padres no se dieron cuenta de que había llorado. Luego salí a la calle, estaba demasiado nervioso para quedarme en casa, y como la calle estaba vacía y mis mejores amigos estaban de vacaciones, me di un paseo hasta los muelles flotantes. Allí había una pandilla de chicos, rodeando el barco de Jørn, que era nuevo de ese año. Muchos tenían barco esa primavera, tanto Geir Håkon como Kent Arne, una GH 10 y un With Dromedille, respectivamente, también este último de diez pies y ambos con un motor fuera borda de cinco caballos.

Me acerqué a ellos.

—Aquí tenemos también al *femi* —dijo Jørn cuando me paré.

Otra vez esa palabra.

Se rieron y entendí que no lo había dicho con buena intención.

—Hola —dije.

Jørn arrancó el motor tirando un par de veces de la cuerda.

—Ven aquí, Karl Ove —dijo.

—No —contesté—. Creo que no.

—Te voy a enseñar algo —dijo mirando a su hermano pequeño—. Da marcha atrás

cuando yo te lo diga.

El hermano pequeño asintió con la cabeza.

—Ven —dijo, y se fue a proa.

Di un par de pasos vacilantes hacia delante. Cuando me detuve en el borde del muelle, él me rodeó de repente las piernas con los brazos.

—¡Marcha atrás! —le dijo a su hermano.

El barco dio marcha atrás, yo me agaché, me agarraron de las piernas, me caí, y fui arrastrado por encima del borde, porque Jørn no me soltaba las piernas y el barco no dejaba de ir marcha atrás. Conseguí agarrarme con los dedos al borde. El hermanito aceleró, el motor se embolsó y yo me quedé colgando con las piernas dentro de la barca, el cuerpo encima del agua y las manos en el muelle. Les grité que lo dejaran ya. Me eché a llorar. Los otros que estaban allí miraban sonrientes, pero de un modo neutral, lo que estaba sucediendo.

—¡Ya basta! —gritó Jørn.

En total, el episodio puede que durara un minuto. El hermano llevó el barco un poco hacia delante, Jørn me soltó las piernas, yo subí al muelle lo más deprisa que pude, y me marché de allí llorando. No dejé de llorar hasta encontrarme en el barranco. Allí me senté un rato, en medio de ese aire caliente, completamente inmóvil y como saturado de olores, de piedras calentadas por el sol, hierba seca y flores silvestres.

Pensé en llamar a Kajsa y preguntarle por qué había roto, con el fin de aprender para la vez siguiente, pero me pareció demasiado complicado, me imaginé cómo sería, ella vacilando, yo titubeando, ¿para qué? Había acabado, ella no quería estar conmigo, así de fácil.

Todavía con el cuerpo temblando, me levanté y me fui a casa. Me lavé la cara un buen rato en el baño con agua fría, eché la cortina porque no quería que me llegara nada de fuera, puse *Ace of Spades*, de Motörhead, pero no funcionó, así que lo cambié por el nuevo disco de Paul McCartney y empecé un libro de Desmond Bagley que había comprado con mi propio dinero, se llamaba *La carta de Vivero*, ya lo había leído, trataba de las pirámides de Sudamérica, de las enormes grutas submarinas por las que buceaban los personajes en busca de un tesoro que también buscaban otros...

Cuando me senté a cenar, mi madre me miró y sonrió.

—Quizá sea hora de que empieces a usar desodorante, Karl Ove. Mañana te compraré uno.

—¿Desodorante? —pregunté sin entender.

—Sí, ¿no crees que sería bueno? Pronto irás al instituto.

—La verdad es que hueles un poco —dijo Yngve—. Eso no les gusta a las chicas, ¿sabes?

¿Era por eso?

Pero cuando se lo pregunté a Yngve más tarde en el cuarto, sonrió y dijo que dudaba de que fuera tan sencillo.

A la mañana siguiente mi padre entró en la habitación para decirme que no podía pasarme el verano tumbado en la cama leyendo; tenía que salir. ¿Bañarte, por ejemplo?, dijo.

Cerré el libro sin una palabra y pasé por delante de él sin mirarlo.

Me senté en el bordillo y me puse a tirar piedras a la calle. Pero no podía seguir allí, porque entonces todo el mundo vería que no tenía nada que hacer, ni nadie con quien estar, de modo que empecé a andar cuesta abajo hacia el gran cerezo, en el bosque justo al lado de la calle, para ver si las cerezas estaban ya lo bastante maduras para poderlas comer. No estaba muy claro quién era el propietario de ese frutal, algunos decían que eran cerezas silvestres, otros decían que el árbol pertenecía a Kristen, pero fuera de quien fuera, desde que teníamos edad para trepar lo limpiábamos cada verano de cerezas y nadie se había quejado todavía. Yo conocía cada rama, trepaba casi hasta arriba del todo, hasta la última rama, parándome cuando empezaba a inclinarse. Las cerezas no estaban del todo maduras, la piel estaba dura y verde por un lado, pero por el otro tenían ya un suave rubor, lo que me bastaba para quitarles la piel con los dientes y masticarlas y tragarlas, luego escupía los huesos lo más lejos que podía.

Mientras estaba allí sentado, llegó Jørn en su bicicleta. Con una mano sostenía un bidón de gasolina en el portaequipajes y con la otra sujetaba el manillar. Al verme, frenó con cuidado y se detuvo.

—¡Karl Ove! —gritó.

Bajé del cerezo lo más deprisa que pude. Tardé exactamente lo mismo que él en ir desde la bicicleta hasta el cerezo, porque cuando alcancé el suelo, él estaba a unos metros de mí. Nuestras miradas se cruzaron antes de que yo echara a correr bosque adentro.

—¡Sólo quiero pedirte perdón! —exclamó—. ¡Por lo de ayer! ¡Te oí chillar!

No me volví.

—¡No fue mi intención! —dijo—. ¡Ven para que pueda darte la mano!

Ja, ja, pensé, y seguí subiendo dando tumbos entre matorrales y maleza, hasta que llegué al punto más alto, desde donde lo vi volver despacio a la bicicleta, montarse en ella y seguir su camino tambaleándose hasta abajo, hasta las barcas. Entonces volví donde estaba antes. Pero las cerezas duras y amargas ya habían perdido la capacidad de

fascinarme, así que las abandoné, y volví a subir, con la esperanza de encontrarme a gente por el camino. A veces salía alguien que te había visto desde la ventana, razón por la que subía la cuesta mirando hacia los jardines de ambos lados. Por todas partes veía casas vacías. La gente había salido en sus barcos, se había ido en coche a las playas de la parte de la isla que daba al mar abierto, o estaba en el trabajo. El marido de Tove Karlsen estaba tomando el sol en una hamaca en medio del amarillento césped, con una radio al lado. La madre de Geir, Trond y Wenche, la señora Jacobsen, estaba sentada bajo la sombrilla del porche fumando. En la cabeza llevaba un sombrero blanco de cubo y en el resto del cuerpo ropa blanca ligera. El hermanito de dos años estaba sentado en el suelo a su lado, apenas podía verlo entre los barrotes. Alguien me llamó por mi nombre desde atrás. Me volví. Era Geir, venía corriendo cuesta arriba con las palmas de las manos puntiagudas.

Se detuvo delante de mí.

—¿Dónde está Vemund? —le pregunté.

—De vacaciones —contestó—. Se han ido esta mañana. ¿Te vienes en la barca?

—Quizá —contesté—. ¿Adónde iríamos?

Geir se encogió de hombros.

—¿A Gjerstadholmen? O a alguno de los pequeños islotes de al lado.

—Vale.

Lo de Geir no era más que una barca de remos, de manera que su radio de acción era mucho más reducido que el de los demás propietarios de barcos. Pero al menos nos llevaba a los pequeños islotes y a veces remábamos en ella varios kilómetros a lo largo de la parte de la isla que daba al litoral. No le dejaban remar por el estrecho.

Subimos a bordo, yo empujé, él colocó los remos en las horquillas, apoyó los pies contra la tabla del fondo y remó con tanta energía y con los remos tan profundamente metidos en el agua que su cara se torció en un gesto.

«Uf», gemía a cada golpe de remo. «Uf, Uf».

La barca se deslizaba por la superficie de mar azul claro, a veces rizada por ráfagas de viento que entraban volando. Más adentro del estrecho las crestas de las olas eran blancas.

Geir se volvió para localizar el pequeño islote, ajustó un poco el rumbo con un remo, y volvió a emitir sus gemidos, mientras yo arrastraba la mano por el agua, dejando descansar la vista en la estela casi imperceptible.

Al acercarnos, me levanté, salté a tierra y arrastré la barca dentro de una minúscula bahía. Como no sabía hacer nudos, le tocó a Geir atar la cuerda a uno de los pequeños postes de hierro que parecía haber en cualquier pequeño peñasco en todos esos islotes

que bordeaban el litoral.

—¿Nos bañamos? —preguntó.

—Vale —contesté.

Por el lado que daba al estrecho, la roca pelada se elevaba sobre un peñasco de tal vez dos metros de alto, desde el que saltábamos. El viento era frío, pero el agua no lo estaba, nos bañamos durante casi una hora antes de subir a la roca a secarnos.

Cuando nos habíamos vuelto a poner la ropa, Geir sacó un mechero del bolsillo y me lo enseñó.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunté.

—Estaba en nuestra cabaña —contestó.

—¿Encendemos algo?

—Pues sí, ésa era mi intención.

Entre todas las rendijas de la roca crecía la hierba, y en medio del islote había un pequeño prado.

Geir se agachó, protegió el encendedor con una mano y encendió un pequeño manojito de hierba. Prendió inmediatamente y ardió con una llama clara, casi transparente.

—¿Me lo dejas? —le pregunté.

Geir se enderezó, se apartó su flequillo tieso y me alcanzó el mechero.

—¡Mira! —dije—. ¡Ten cuidado! ¡Se está extendiendo!

Geir empezó a pisar el fuego mientras se reía. Casi había conseguido apagarlo cuando de repente volvió a arder un poco más allá, donde ya lo había apagado antes.

—¿Lo has visto? —preguntó—. ¡Se ha prendido solo!

Lo apagó pisándolo, yo me acerqué al pequeño prado y encendí la hierba. En ese instante sopló una fuerte ráfaga de viento. El fuego se levantó como una alfombrilla.

—Ayúdame un poco —le dije—. Hay mucho que apagar.

Saltamos y pisoteamos todo lo que pudimos, y el fuego se apagó.

—Dame el mechero —dijo Geir.

Se lo alcancé.

—Podemos encender en varios sitios a la vez —dijo él.

—Vale —dije.

Encendió por donde él estaba, me alcanzó el mechero, yo me acerqué corriendo al otro

lado y encendí, corrí hacia él, que ya se había movido, y encendió de nuevo.

—¡Escucha cómo crepita! —dijo.

Así era. El fuego crepitaba y chisporroteaba en la hierba, extendiéndose lentamente. Por donde yo había encendido, el fuego se movía como una serpiente.

Sopló otra ráfaga de viento.

—¡Uy, uy, uy! —exclamó Geir cuando las llamas se elevaron unos centímetros, abriéndose paso hacia dentro.

Empezó a pisotear como un enajenado. De repente no servía de nada.

—Ayúdame —dijo.

Noté en su voz un pánico creciente.

Yo también empecé a pisotear. Vino otra ráfaga de viento, algunas llamas nos llegaban ya hasta las rodillas.

—Oh, no —grité—. ¡Ahora también está ardiendo por allí, joder!

—¡Quítate el jersey, apaguemos con los jerséis! ¡Lo vi una vez en una película!

Nos quitamos los jerséis y empezamos a sacudirlos contra el suelo. El viento seguía tirando de las llamas, que se extendían cada vez más.

Estaba ardiendo en serio.

Sacudíamos y pisoteábamos como locos, pero todo era en vano.

—¡No sirve de nada! —gritó Geir—. No podremos apagarlo.

—No —dije—. ¡Esto va de mal en peor!

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. ¿Crees que podemos usar el achicador?

—¿El achicador? ¿Eres tonto o qué?

—No, no soy tonto —contesté—. Sólo era una sugerencia.

Uy, uy. Estaba ardiendo ya en serio. Noté el calor, aunque me encontraba a varios metros de distancia.

—Nos largamos —dijo Geir—. ¡Vamos!

Con las llamas bailando y crepitando en la hierba cada vez con más intensidad, empujamos la barca hasta el agua. Geir se sentó y empezó a remar, si era posible con más energía aún que a la ida.

—Joder, joder —decía de vez en cuando—. ¡Cómo ardía! ¡Cómo ardía!

—Sí —dije—. ¿Quién lo habría dicho?

—Al menos yo no.

—Yo tampoco. Espero que nadie lo vea.

—Eso no es tan grave —dijo Geir—. Lo más importante es que nadie nos haya visto a *nosotros*.

Cuando llegamos a tierra, arrastramos la barca hasta bastante dentro del bosque para ocultar todo rastro. Había hollín en las camisetas, las lavamos en el agua, y por si acaso nos quitamos los pantalones cortos y los lavamos también; si alguien nos preguntaba diríamos que nos habíamos bañado con los pantalones cortos y que las camisetas se nos habían caído al agua. Acto seguido nos tiramos al agua para quitarnos de encima el olor a hollín y nos fuimos a casa.

A lo lejos vi que había alguien en la parte delantera del jardín. Me detuve en la entrada: ni un ruido. Me deslicé hasta el cuarto de la caldera, tendí la camiseta y subí a mi habitación, desnudo de cintura para arriba. Cogí otra camiseta del armario y me puse otro pantalón corto.

Desde la ventana del cuarto de Yngve vi que mi padre estaba en la tumbona en el césped. Era capaz de estar durante horas al sol sin moverse, como un lagarto. El bronceado de su piel era un resultado de eso. Una radio sonaba cerca; mi madre estaría sentada en la terraza, debajo de la ventana del salón.

Una hora después entró en mi cuarto con un desodorante. Se llamaba MUM for Men. Era un frasco de cristal azul, y olía bien, a algo dulce. Pensé: para hombres. Yo era un hombre. Al menos un joven. Empezaría en el instituto de enseñanza media en unas semanas, y ya usaba desodorante.

Mi madre me explicó que tenía que frotármelo contra las axilas un par de veces después de lavarme. Pero siempre después de lavarme, insistió, si no, olía peor.

Cuando ya se había ido, hice como me había dicho, inhalé el nuevo olor a mí mismo durante un rato, luego seguí leyendo el libro que había empezado, era *Drácula*, sin duda mi favorito, era la segunda vez que lo leía, pero seguía siendo igual de emocionante.

—¡Vamos a cenar! —gritó mi madre desde la cocina; yo dejé el libro y fui hacia allí.

Mi padre estaba sentado en su sitio, con su cuerpo oscuro y su mirada oscura. Mi madre había echado agua hirviendo en la tetera y la puso en la mesa.

—Martha nos ha invitado a su cabaña esta noche —dijo.

—Ni hablar —respondió mi padre—. ¿Dijo algo más?

Mi madre negó con la cabeza.

—Nada en particular.

Yo bajé la vista y comí lo más deprisa que pude, sin que pareciera que quería largarme.

Muy cerca, alguien arrancó un motor, que tosió varias veces antes de volver a pararse.

Mi padre se levantó y miró por la ventana.

—¿Los Gustavsen no están de vacaciones? —preguntó.

Nadie contestó; me miró a mí.

—Sí —contesté—. Pero Rolf y Leif Tore no. Están solos en casa.

El coche volvió a arrancar. Esta vez con un fuerte acelerón. Luego metieron una marcha y el ruido subía y bajaba muy irregularmente.

—Alguien está arrancando su coche —dijo mi padre.

Me levanté a mirar.

—¡Quédate sentado! —dijo mi padre.

Me senté.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre.

—Esos jodidos niños cogen el coche de sus padres sin permiso.

Se volvió hacia mi madre.

—¿No te parece increíble? —preguntó.

El ruido del motor subió la cuesta a golpes.

—¿Es que no tienen *ningún* control sobre sus hijos? —preguntó—. Leif Tore tiene la edad de *Karl Ove*. ¿Y les roba el coche a sus padres?

Tragué el último trozo de la rebanada de pan y eché un poco más de leche en el té para enfriarlo lo bastante para poder tomármelo de un trago. Me levanté.

—Gracias por la comida —dije.

—De nada —contestó mi madre—. ¿Te vas a acostar?

—Creo que sí —dije.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Él entró antes de que yo hubiera apagado la luz.

—Incorpórate —dijo.

Me incorporé.

Se me quedó mirando un buen rato.

—Me han dicho que has fumado, Karl Ove —dijo.

—¿Qué? —dije—. ¡No es verdad! ¡Te lo prometo!

—Eso no es lo que yo he oído. A mí me han dicho que has fumado.

Nuestras miradas se cruzaron.

—¿Es verdad? —preguntó.

Miré al suelo.

—No —contesté.

Me agarró una oreja.

—Sí que has fumado —dijo—. ¿A que sí?

—¡No, no! —grité.

Me soltó.

—Me lo contó Rolf —dijo—. ¿Estás diciendo que Rolf me ha mentido?

—Sí, *tiene* que haberte mentido —contesté—. Porque no he fumado.

—¿Por qué iba a mentirme Rolf?

—No lo sé.

—¿Y por qué lloras? ¿Estás llorando con la conciencia tranquila? Te conozco, Karl Ove. Sé que has fumado. Por esta vez vale, pero no vuelvas a hacerlo.

Se dio la vuelta y salió del cuarto, tan oscuro como había entrado.

Me sequé los ojos en la funda del edredón y permanecí tumbado, mirando durante un rato al techo, de repente completamente despierto. Yo no había fumado jamás.

Pero él sabía que yo había hecho algo.

¿Cómo podía saberlo?

¿Cómo *podía* saberlo?

Al día siguiente fuimos incapaces de quedarnos quietos, y dimos una vuelta alrededor del islote remando.

—¡Está todo negro! —dijo Geir reposando sobre los remos.

Nos reíamos tanto que estuvimos a punto de caer al agua rodando.

Aunque ese verano en lo exterior fue como todos los demás veranos —estuvimos unos días en Sørbøvåg, luego unos días en la cabaña de mis abuelos paternos, y el resto del

tiempo anduve por la urbanización, unos días con unos, y otros con otros, cuando no estaba solo leyendo—, en lo interior fue muy diferente a los anteriores, porque lo que me esperaba al terminar las vacaciones no era sólo un nuevo año escolar, como todos los demás nuevos años escolares, no; en nuestra fiesta de fin de curso en junio, el director del colegio nos había dado un discurso, y lo hizo porque habíamos llegado al final de nuestra educación primaria y de nuestro tiempo en el colegio de Sandnes. Después de las vacaciones de verano empezaríamos séptimo en el instituto de enseñanza media Rolighed. Ya no éramos niños, sino jóvenes.

Trabajé en una explotación agrícola todo el mes de julio, desde temprano por la mañana, bajo un sol ardiente, cogiendo o empaquetando fresón, o entresacando zanahorias, a mediodía me sentaba junto a una roca a comerme el bocadillo a toda prisa para poder irme en la bici al lago Gjerstad a darme un baño antes de volver al trabajo. Todo lo que ganara era para la Norway Cup. La semana que duró el campeonato mis padres hicieron montañismo. Aquel verano tuvimos una ola de calor, jugamos uno de los partidos en grava, y hacía tanto bochorno que me desplomé y me llevaron a una especie de hospital de campaña en medio del llano, donde volví en mí por la tarde. A lo lejos se oía «More Than This» de Roxy Music, miré al techo de la tienda de campaña y por alguna razón que no entendía pero que acepté, me sentí más feliz de lo que me había sentido jamás.

¿Podría ser porque durante esos días me había pegado a Kjell, había cantado temas de Police tan alto que los vagones de metro retumbaban, había charlado con chicas desconocidas, comprado un montón de pins a un vendedor callejero, entre otros de The Specials y The Clash, además de un par de gafas negras de sol que llevaba siempre que estaba despierto?

Pues sí, sin duda podría ser por eso. Kjell tenía un año más que yo, y era el chico más popular entre las chicas del colegio. Su madre era brasileña, pero él no sólo tenía los ojos oscuros, el pelo negro y era guapo, también era valiente, y muy respetado por todo el mundo. El que no pareciera tener nada en mí contra suponía por tanto una mejora enorme de mi situación, me elevó de repente de Tybakken y de los chicos de allí. Ellos no querían saber nada de mí, pero Kjell sí, ¿qué me importaba entonces lo otro? Durante el viaje a Oslo también estuve con Lars, otra cosa que no me esperaba.

Posiblemente fuera ése el motivo de mi increíble sensación de felicidad, tumbado en aquel hospital de campaña. Pero también era posible que se debiera a la canción de Roxy Music, «More Than This». Era tan impactante y tan bonita..., y a mi alrededor, en esa oscuridad veraniega de la noche, rubia y suavemente azulada, había una ciudad grande, no sólo llena de seres humanos de los que yo no sabía nada, sino también de tiendas de discos con cientos, quizá miles, de estupendos grupos en sus estantes. Salas donde de hecho tocaban esos grupos que yo sólo conocía de haber leído algo sobre ellos. El tráfico

bramaba en la lejanía, por todas partes sonaban voces y risas, y Bryan Ferry cantaba «*More than this — there is nothing. / More than this — there is nothing*».

Una noche, a mediados de agosto, nos fuimos todos en el barco hasta Torungen a pescar cangrejos. Mi padre había comprado una potente linterna submarina, y llevaba un rastrillo, además de máscara de buceo, aletas y una cubeta blanca vacía. Una colonia entera de gaviotas alzó el vuelo cuando nos bajamos del barco, volaban gritando por encima de nuestras cabezas, algunas de ellas con unos descensos tan empinados que casi nos rozaban, era violento e inquietante, pero acabó cuando llegamos a la parte exterior de la isla en la noche negra y teníamos el agua en calma delante de nosotros. Mi madre hizo una hoguera, mi padre se quitó la ropa y se puso las aletas, para acto seguido deslizarse dentro del agua con la linterna en la mano, luego se puso la máscara de bucear y desapareció bajo la superficie. El agua salía como de una pequeña cascada del tubo de respiración cuando volvió a emerger.

—Aquí no hay nada —dijo—. Intentémoslo un poco más allá.

Yngve y yo andábamos lentamente por el monte pelado. Las gaviotas seguían chillando sobre nosotros. Mi madre nos preparó comida.

Mi padre volvió a aparecer, esta vez con un enorme cangrejo coleando en una mano.

—¡Tráeme la cubeta! —dijo. Yngve se la acercó hasta el mismo borde del agua, mi padre metió el cangrejo dentro y volvió a alejarse nadando.

Yo me sentía un poco avergonzado, pues no era así como se cogían los cangrejos, se hacía con un rastrillo, andando por la playa, iluminándola. Por otro lado, en el islote no había nadie más que nosotros.

Después, cuando la cubeta estaba a rebosar de crustáceos coleando, mi padre se sentó al lado del fuego para calentarse, y nosotros asamos salchichas y bebimos refrescos. Bajando al barco, cuando él ya había apagado el fuego con un cubo de agua del mar, descubrí una gaviota muerta en una pequeña cavidad en el monte. La toqué. Estaba caliente. De repente un temblor le recorrió la pata, y yo me estremecí. ¿No estaba muerta? Volví a agacharme y le puse un dedo en el pecho blanco. No hubo reacción. Me levanté. Resultaba escalofriante verla allí. No tanto porque estuviera muerta, sino porque me parecía casi obscenamente definida en sus colores y líneas. El pico color naranja, los ojos amarillos y negros, las grandes alas. Y las patas, como llenas de conchas, y con un aire a reptil.

—¿Qué has encontrado? —preguntó mi padre detrás de mí.

Me volví, y él me iluminó la cara con la linterna. Levanté la mano para protegerme de la luz.

—Una gaviota muerta —contesté.

Bajó el rayo de luz.

—Déjame ver —dijo—. ¿Dónde está?

—Allí —le respondí señalando.

Al instante el ave estaba iluminada como en una mesa de operaciones. Los ojos resplandecían en un reflejo.

—Eso quiere decir que habrá por allí unos polluelos que no lo pasarán muy bien —dijo.

—¿Tú crees? —le pregunté.

—Sí, porque aún tienen polluelos en los nidos. Por eso estaban tan molestas por nuestra presencia. Vamos.

Nos dirigimos en el barco hacia la relumbrante ciudad a través del estrecho, hasta el muelle, siempre con los pequeños chasquidos y fantasmales crujidos de los cangrejos de los dos cubos llenos. Mi padre los coció en cuanto llegamos a casa, y hubo algo liberador al presenciar la falta de piedad de la operación: fueron sacados vivos del cubo, vivos cayeron dentro del agua hirviendo y ya muertos daban vueltas lentamente con sus conchas blanquecinas y marrones como las hojas.

Dos días después de nuestra excursión nocturna, nuestro padre se mudó a Kristiansand. Había conseguido un puesto de profesor en un instituto de Vennesla, y estaba demasiado lejos para ir y venir todos los días, de manera que se alquiló un piso en un bloque en Slettheia. En tres viajes con un remolque que alguien le había prestado, se llevó todas las cosas que le harían falta en su nueva vivienda. A partir de entonces sólo venía a casa los fines de semana, y luego ni eso. La idea era que él buscara una casa en la región de Kristiansand y nosotros nos mudáramos allí el verano siguiente.

Su marcha fue un gran alivio. El que cambiara de lugar de trabajo justo ese otoño en el que yo iba a empezar a ir al instituto en el que él llevaba trece años trabajando también fue una suerte casi increíble. Si él hubiera seguido trabajando allí, yo habría tenido constantemente ese miedo a su mirada y apenas me habría atrevido a levantar una mano sin haber sopesado primero las consecuencias. Eso le ocurrió a Yngve. Pero no me ocurriría a mí.

Los primeros días en el instituto recordaban a los que habíamos vivido al empezar el primer curso de primaria, seis años antes. Todos los profesores eran nuevos y desconocidos, todos los edificios eran nuevos y desconocidos, y aparte de los que iban a nuestra clase, también todos los alumnos eran nuevos y desconocidos. Allí regían otras reglas y otros códigos, allí circulaban otros rumores e historias, allí el ambiente era muy distinto. Nadie jugaba en el instituto. Nadie saltaba a la goma, nadie saltaba a la comba, nadie jugaba a la pelota, nadie jugaba a Tú la llevas o a Pasa el anillo. La única excepción era el fútbol, que se jugaba allí igual que en el colegio. Allí en los recreos todos

holgazaneaban sin hacer nada. Los que fumaban se metían en un rincón junto al cobertizo, charlando y riéndose, ocupados con sus mecheros y cigarrillos, algunos con chaqueta de cuero, otros con chaqueta vaquera, casi todos con un ciclomotor de uno u otro tipo, porque las motos formaban parte de su modo de vida. Corrían rumores sobre algunos de ellos, que habían participado en algún robo, por ejemplo, que habían llegado borrachos al instituto o incluso que habían probado alguna droga, algo que ellos obviamente no negaban, pero tampoco confirmaban, estaban como envueltos en un halo de misterio y maldad, y ¿quién sino John estuvo allí con ellos ya el primer día de clase normal, riéndose de su habitual manera ronca? Los que se reunían allí despreciaban los conocimientos que se adquirían en los libros, odiaban estudiar, la mayor parte de ellos eran buenos con las manos y deseaban empezar a trabajar ya al acabar octavo, lo que se les permitía, a todos los casos perdidos se les permitía, el instituto estaba más que contento de librarse de ellos. Pero aparte del cigarrillo en la comisura de los labios, en la práctica no se comportaban de un modo distinto a los demás alumnos, porque también ellos se reunían en grupos en el patio de recreo, charlaban y se reían. Las chicas por un lado, los chicos por otro. En ocasiones, algunos chicos molestaban a algunas chicas, en esos casos había un poco de gritos y carreras, y unas cuantas veces hubo peleas entre dos chicos, entonces todos los presentes en el patio de recreo eran atraídos hacia los dos luchadores como nadadores por una marea, era algo irresistible.

Tardamos varias semanas en adaptarnos a la nueva vida en el instituto. Había que probarlo todo. Teníamos que aclarar los límites y preferencias de los profesores. Teníamos que enterarnos del nivel. De las normas dentro de los edificios, y de las normas fuera.

En ciencias naturales teníamos a Larsen, el profesor que había llegado borracho al instituto, tenía siempre pinta de haber dormido vestido en el sofá y de haberse despertado hacía muy poco, ya fuera temprano o tarde en el día, andaba siempre algo atontado y desubicado, pero le encantaban los experimentos, el humo y las explosiones, de manera que nos gustaban sus clases. En música teníamos a Konrad, él dirigía el club de ocio, llevaba camisas que parecían blusas con un chaleco negro encima, usaba gafas, tenía una cara redonda y una naciente calva, era jovial y juvenil; todo el mundo lo llamaba por su nombre de pila. En mates teníamos al antiguo tutor de Yngve, Vestad, un hombre rubicundo y calvo con gafas y ojos agudos, en tareas del hogar teníamos a la Hansen, una profesora canosa, severa, con pinta de misionera y con gafas, que parecía tener un interés genuino por enseñarnos a freír bolas de pescado y a hervir patatas; en inglés, noruego, religión y ciencias sociales teníamos a nuestro tutor, Kolloen, un hombre alto y delgado de veintimuchos años, con facciones afiladas y poca paciencia, que solía mantenernos a distancia, pero que a veces podía mostrar sorprendentes destellos de empatía y compasión.

Estos profesores no sólo nos ofrecían comentarios y explicaciones generales, como

habían hecho los profesores de la primaria, en el instituto recibíamos notas por todo lo que hacíamos. Esto creaba una tensión muy especial en la clase, porque de repente podíamos ver confirmadas nuestras sospechas de las fuerzas y debilidades de los demás. Resultaba imposible mantener las notas en secreto, aunque sí, o mejor dicho, se podía, pero no estaba bien visto. Yo solía sacar notable, o notable alto, alcanzando rara vez un sobresaliente, y bajando rara vez a un aprobado, pero aunque en el aula no lo escondiera, fuera dejé de hacer alarde de ello, ya que los últimos meses había empezado a captar señales que me decían que no estaba muy bien sacar buenas notas en el instituto, que un sobresaliente, al contrario de lo que uno podía pensar, era señal de un defecto, una falta de carácter, y no lo contrario, que sería la intención al principio. Mi estatus llevaba mucho tiempo en declive, ahora intenté invertir el proceso y conseguir procurarme una buena reputación sin pensar muy concretamente en ello, todo estaba basado en sospechas e intuición, según esa corrección social con la que se topaba todo el mundo en todas partes. En esta tarea tuve una gran ventaja, el fútbol, a través del cual había conocido a muchos de los que estaban en octavo y noveno, entre ellos unos cuatro o cinco de los que eran realmente admirados, tanto por los chicos como por las chicas. Yo era el único de la clase que podía acercarme a la pandilla a la que pertenecía Ronny, por ejemplo, o Geir Helge o Kjell o a todos a la vez, sin que me mirasen interrogantes o empezaran a molestarme. A ellos tampoco les gustaba yo, no me aportaban gran cosa, pero eso no era lo más importante, lo más importante era que podía estar allí y que podía ser visto estando allí. Geir, Geir Håkon y Leif Tore habían pasado de un día para otro de ser pequeños reyes a pequeños bufones, allí no eran nadie, allí tendrían que crearse de nuevo, y no se sabía si en el transcurso de los tres años que tenían por delante lo lograrían. Yo ya no miraba hacia ellos más que en la clase, que ya no contaba.

En el transcurso de las primeras semanas en el instituto, Lars se convirtió en mi nuevo mejor amigo. Iba a la otra clase de octavo y representaba en ese sentido algo nuevo. Vivía en Bratteklev, donde raramente íbamos los de Tybakken, y jugaba al fútbol. Era sociable, conocía a mucha gente y se llevaba bien con todo el mundo. Tenía el pelo rizado, entre rubio y pelirrojo, estaba siempre de buen humor, se reía de un modo alto y claro y con seguridad en sí mismo, le tomaba el pelo a todo el mundo, raramente con malicia. Su padre era ex campeón europeo de patinaje sobre hielo, había participado en varios campeonatos del mundo y Juegos Olímpicos, entre otros los de Squaw Valley, el salón de su sótano estaba lleno de copas, medallas, diplomas y una gran corona de laurel seca y descolorida. Era un hombre amable y considerado, pero decidido, casado con una mujer danesa, sumamente buena con los que la rodeaban.

Con Lars de amigo, todo lo que venía de Tybakken rebotaba en mí. Al mismo tiempo yo había cambiado; ocurrió casi de la noche a la mañana, ya no me esforzaba por realizar buenas acciones, al contrario, empecé a decir tacos y a blasfemar, empecé a robar frutas en los jardines, tiraba piedras a las farolas y a las ventanas de los barracones, me había

vuelto un contestón en clase y dejé de rezar a Dios. ¡Qué libertad me proporcionó aquello! Me encantaba robar fruta, y cuanto mayor era el riesgo, mucho mejor. Parar la bicicleta por la mañana camino del instituto, meterme corriendo en un jardín, coger cinco o diez manzanas a plena luz del día, y luego simplemente volver a mi bici y seguir hasta el instituto como si no hubiese pasado nada me producía una agradable sensación, un tipo de sensación que no había conocido hasta entonces. Uno de los jardines por los que pasaba estaba recién plantado y en medio de él había un único y pequeño manzano que tenía una sola manzana, no hacía falta mucha imaginación para entender que esa manzana era importante para el padre que había plantado el frutal esa primavera, y para sus dos hijos pequeños, que cada día pensaban con ilusión en el día en que la manzana, para ellos la Manzana, estuviera madura. Era su propia manzana la que yo veía colgar allí todas las mañanas camino del instituto y que al final cogí.

No robé esa manzana por la noche, cuando no había luz y la posibilidad de poder hacerlo sin ser visto era grande, no, no, lo hice por la mañana, camino del instituto, dejé la bici, trepé la verja, atravesé el césped, cogí la manzana y clavé mis dientes en ella al volver a la calle. Un mundo se me había abierto. Aún no robaba en las tiendas, pero pensaba en ello, sopesaba constantemente la posibilidad. Sin embargo, en casa no cambié más que en el sentido de comportarme con más libertad, ser más alegre, más hablador, algo de lo que mi madre seguramente no se percatara, ya que esa falta de libertad en mi conducta estaba muy relacionada con la presencia de mi padre, y su rabia sólo la exhibía de lleno cuando estábamos solos con él. A solas con mi madre e Yngve siempre me había comportado así. Con mi madre siempre había hablado de todo, o mejor dicho: raramente sobre lo que directamente tenía que ver con el mundo exterior, con ella hablaba más bien de mis pensamientos, de toda clase de ocurrencias e imaginaciones, pero en aquella época empecé a ser más consciente de lo que le decía y lo que no le decía, porque entendía que eso era importante, que un mundo tenía que ser limpio y luminoso y no contener nada de las muchas sombras largas del otro mundo.

Aquel otoño los dos mundos se abrieron, pero no fue ninguna puerta mecánica de garaje la que se abrió, la apertura fue viva y orgánica, como dirigida por un músculo: todos los viernes, cuando mi padre volvía, el mundo de mi casa se cerraba de nuevo en torno a mí, se retomaban las viejas usanzas, y yo pasaba en casa el menor tiempo posible. Pero mientras el mundo de dentro era conocido y siempre igual en su previsibilidad, el mundo de fuera era totalmente imprevisible, o, mejor dicho, lo que sucedía sucedía con toda claridad y sin ninguna duda, lo que era difuso como el crepúsculo eran las causas.

Todos los viernes se organizaba un club de ocio en el viejo gimnasio del instituto. Estaba abierto a todos los alumnos. Durante unos años había sido un lugar mítico para mí, tan atractivo como inalcanzable. Había visto a Yngve vestirse con esmero para ir allí, una vez incluso con un pañuelo al cuello, yo sabía que allí se bailaba, se jugaba al ping-pong y a *couronne*, se vendía Coca-Cola y perritos calientes, a veces se proyectaban

películas, se organizaban conciertos y eventos especiales. Se hablaba bastante de que un día también nosotros tendríamos acceso a ese lugar milagroso, sobre todo entre las chicas, porque de alguna manera eran ellas las que más se asociaban con ese lugar, como si fuera más para ellas, pero de vez en cuando también nosotros hablábamos de ello.

La primera tarde que me acerqué allí en bicicleta tenía la sensación de que iba a ser iniciado en un ritual. El aire era fresco, subiendo la cuesta del instituto pasé a varias chicas de séptimo, todas se habían arreglado para la ocasión, ninguna tenía la pinta que solía tener. Aparqué la bicicleta fuera, pasé por delante de la pandilla que estaba allí fumando, pagué la entrada y me adentré en el oscuro gimnasio transformado por focos de gran colorido y centelleantes bolas de discoteca, y donde la música salía martilleando de dos enormes altavoces. Miré a mi alrededor. Había muchas chicas de octavo y noveno, obviamente, ninguna de ellas se dignó mirarme, pero la mayor parte eran de séptimo, como yo. Éramos los únicos para los que el club representaba una novedad.

La pista de baile estaba completamente vacía. La mayoría de las chicas estaban sentadas en las mesas junto a la pared, y la mayoría de los chicos se paseaban por las otras salas, donde se encontraban las mesas de ping-pong y de *couronne*, o se quedaban delante de la entrada, donde en el transcurso de la tarde se reunía siempre un grupo de chicos con velomotores. Algunos de ellos ya habían dejado el instituto, pero no hacía tanto tiempo como para no seguir teniendo a las chicas bajo vigilancia.

Pero yo no había ido allí a jugar al ping-pong ni a quedarme en un aparcamiento con una Coca-Cola en la mano. Me gustaba la música, me gustaban las chicas y me gustaba bailar.

No me atreví a adentrarme en una pista de baile vacía. Pero en el momento en que un par de amigas se pusieron a bailar, como tanteando el terreno, y otras dos se unieron a ellas, yo también me adentré en la pista.

Absorto por el ritmo y la lúdica sensación de ser visible me puse a bailar. Una canción, dos canciones, y luego me fui en busca de algún conocido. Me pedí una Coca-Cola y me senté con Lars y Erik.

Toda mi manera de ser, mi interés por la ropa, mis largas pestañas y mis mejillas suaves, mi actitud de sabelotodo y mi fama de alumno aplicado mal escondida, dejaban en un principio la vía abierta para que ocurriera una catástrofe prepuberal. Mi comportamiento durante esas tardes no contribuyó exactamente a mejorar mi situación. Pero yo no lo sabía. No veía nada desde fuera, sino que lo vivía todo desde dentro, donde el ritmo seductor y martilleante de «Funkytown», el extraño falsete de los Bee Gees, la impactante «Hungry Heart» de Springsteen, la oscuridad centelleante, todas las chicas que se movían allí dentro, con sus pechos y muslos, bocas y ojos, los excitantes olores a perfume y sudor, era de lo que se trataba. A veces volvía a casa completamente mareado

después de esas tardes de viernes en las que, de un modo misterioso, todo lo usual se había hechizado, apareciendo de repente como algo oscuro, difuso, como sombras, a la vez que infinitamente rico y seductor, lleno de esperanza y posibilidades. ¡Pues trataba del gimnasio! ¡Allí estaban Sølvi, Hege, Unni y Marianne! ¡Geir Håkon, Leif Tore, Trond y Sverre! ¡Lo que vendían eran perritos calientes con ketchup y mostaza! Las mesas y las sillas eran las que a diario estaban en nuestras aulas. Las espalderas de la pared eran las que usábamos para hacer gimnasia. Pero eso no importaba nada cuando anochecía y todo se llenaba de destellos, entonces todo era llevado dentro del mágico círculo de lo tenue y lo prometedor, entonces todo se convertía en ojos oscuros y cuerpos suaves y maravillosos, corazones palpitantes y nervios fulgurantes. El primer viernes me marché aturdido del club de ocio, la siguiente vez llegué ansioso y expectante.

Lo más genial de todo de aquel lugar era que facilitaba el acercamiento a las chicas. Por regla general estaban fuera de mi alcance, los últimos meses la mayoría de ellas habían adoptado en su manera de ser algo hastiado y arrogante, casi todo lo que hacíamos los chicos era infantil, ellas se sentaban en los recreos con sus radiocasetes al sol charlando o haciendo punto, imposibles de abordar. Aunque yo lo intentaba, porque todavía hablaba su lenguaje, nunca conducía a nada, pues cuando sonaba el timbre nos íbamos cada uno a lo nuestro.

Pero en el club de ocio todo era diferente, allí podías acercarte a una de ellas sin más, y preguntarle si quería bailar. Si no apuntabas demasiado alto, acercándote a la más cotizada y la más guapa de noveno, siempre salía bien. Solían decir que sí, y entonces salías a la pista con ella y te apretabas contra su cuerpo blando y cálido, contoneándote hasta que terminaba la canción. La esperanza consistía en que aquello llegara a más, que fuera tal vez seguido de miradas furtivas y sonrisitas graciosas, pero aunque eso no sucediera, esos momentos eran en sí valiosos, sobre todo debido a las promesas que incluían un paraíso futuro con desnudez total. Todas las chicas con las que había estado hasta entonces, Anne Lisbet, Tone, Mariann y Kajsa, iban a mi instituto y frecuentaban el club de ocio, pero aunque todavía podía notar un pinchazo en el corazón cuando las veía con otros, estaban completamente muertas para mí, pertenecían a algo dejado atrás, no deseaba nada de ellas, excepto que no dijeran nada a las otras del que yo había sido. Eso iba sobre todo por Kajsa. Luego me di cuenta de que lo que había ocurrido en el bosque con ella era ridículo, me había comportado como un absoluto idiota, me sentía profundamente avergonzado por ello y hacía mucho que había decidido no contárselo nunca a nadie, ni siquiera a Lars. Sobre todo no a Lars. Ella en cambio no tenía ninguna razón para avergonzarse, y yo la vigilaba un poco cuando se encontraba cerca, por si se inclinaba hacia delante y susurraba algo que hiciera que todo el mundo me mirara. No sucedió. Los golpes llegaron, no obstante, de otros sitios menos esperados. Desde cuarto yo sentía cierta debilidad por Lise, que iba a la otra clase, era guapa, me gustaba mirarla, ver cómo sonreía, cómo vestía, esa agudeza que había en su carácter, era de las que daban

su opinión cuando no toleraba algo, sin miedo, pero sus facciones eran suaves, y cuando empezamos séptimo tenía unas formas ya redondeadas y deliciosas. Cada vez la tenía más en el punto de mira. Era la mejor amiga de Mariann, y una vez terminados los desencuentros ocasionados porque yo había roto con ella, solíamos charlar de vez en cuando, o volver juntos del instituto, y en una de esas ocasiones me contó algo que Lise había dicho de mí ese mismo día.

Entré en el antiguo gimnasio, que durante el día se usaba como comedor, donde podíamos comernos los bocadillos en los recreos largos y cuando Lise, sentada en una mesa llena de gente, me vio, dijo: «¡Ah, ese tío es asqueroso! ¡Cuando lo veo me entran escalofríos!».

—A mí no me das esa impresión —añadió Mariann después de habérmelo contado—. Tampoco me pareces *femi*.

—¿*Femi*? —repetí.

—Sí, lo dice todo el mundo.

—¿Qué?

—¿No lo sabías?

—No.

Y como si hubiera un pacto secreto de no llamármelo antes de que yo hubiera sido debida y discretamente informado, justo después de mi conversación con Mariann empezaron a usarlo en mi contra, como si hubiera sido propagado a la velocidad de la luz. De repente yo era *el femi*. Me llamaban así las chicas de mi clase, las chicas de otras clases, algunos chicos de mi clase, chicos de otras clases, bueno, incluso en el equipo de fútbol algunos me llamaban así. De repente un día, durante el entrenamiento, John se volvió hacia mí y dijo: «Sí que eres un jodido *femi*». También les había llegado a niños más pequeños, como unos niños de la urbanización que iban a cuarto, y cuando pasaba me gritaban *femi*. Por todas partes a mi alrededor sonaba, *femi, femi, femi*. Se había dictado una sentencia, y no podía haber sido peor. Si discutía con alguien, por ejemplo con Kristin Tamara, ella me dejaba sin argumentos, aplastándome por completo con limitarse a decir: «Ah, eres tan *femi*. ¡Hola *femi*! ¡Ven aquí, *femi*!». Todo esto me atormentaba, apenas pensaba en otra cosa, me pesaba como una pared negra en la consciencia, imposible de escapar. Eso era lo peor, no había nada que yo pudiera hacer.

No se arreglaría si me comportara de un modo un poco menos femenino y la gente dijera: «¡Ah, pero si a pesar de todo no eres *femi*!». No, no, estaba muy arraigado y estaría allí para siempre. Tenían algo contra mí, y lo usaban por todo lo que valía. Excepto Lars, que se limitaba a decir que no permitiera que aquello me afectara, lo que yo le agradecía, porque algo de lo primero que pensé cuando todo empezó era que Lars ya no querría que

lo vieran conmigo, pues tendría mucho que perder. Pero no lo hizo. Tampoco me llamaban así Geir, Dag Magne o Dag Lothar. Y obviamente ninguno de los profesores o padres. Pero todos los demás sí. El mote prevalecía sobre cualquier otra cualidad que yo pudiera tener, no importaba lo que hiciera, yo era *el femi*.

En una clase de biología en la que la profesora Sørsdal nos iba a hablar de la reproducción, Jostein, de la otra clase, portero de nuestro equipo, se había colado en el aula y se había sentado en un pupitre que estaba libre. Al principio no lo descubrieron, la clase empezó, la señora Sørsdal habló sobre la homosexualidad, y Jostein dijo: «¡Bueno, Karl Ove sabe todo sobre eso! ¡Él es gay! ¡Que lo cuente él!». Se oyó alguna que otra risa, Jostein se había excedido y fue expulsado inmediatamente, pero la semilla había quedado sembrada. ¿Acaso también yo era gay? ¿Sería en el fondo eso lo que me pasaba? Empecé a meditar sobre ello. Yo era *femi*, a lo mejor también era gay. En ese caso, no me quedaría ninguna esperanza. No tendría ninguna razón para vivir. Todo estaba oscuro, nunca había estado tan oscuro como entonces.

No le conté nada a mi madre, claro que no, pero al cabo de unas semanas me armé de valor y se lo conté a Yngve. Él iba subiendo la cuesta en dirección al supermercado cuando lo alcancé.

—¿Tienes prisa? —le pregunté.

—Bastante —contestó—. ¿Por qué?

—Tengo un problema —dije.

—¿Sí?

—Es sobre algo que me llaman —dije.

Me echó una breve mirada, como si en el fondo no quisiera saberlo.

—¿Y qué es?

—Bueno... —dije—. Es...

Se detuvo.

—¿Qué es lo que te llaman? ¡Dilo ya!

—Bueno, me llaman *femi* —dije—. Soy *el femi*.

Yngve se echó a reír.

¿Cómo podía *reírse*?

—Pero eso no es tan grave, Karl Ove.

—Dios mío —dije—. ¡Claro que lo es! ¿No te das cuenta?

—Piensa en David Bowie —dijo—. Es andrógino. Eso está muy bien en el rock, ¿sabes?

David Sylvian, también.

—¿Andrógino? —repetí, decepcionado porque no entendía nada.

—Sí, hermafrodita. Un poco mujer, un poco hombre.

Me miró.

—Ya pasará, Karl Ove.

—No tiene pintar de pasar —dije. Me volví y me fui a casa, Yngve siguió subiendo la cuesta.

Yo tenía razón, no acabó nunca, pero en cierto modo me acostumbré, así era, yo era *el femi*, y aunque pensar en ello me atormentaba como nada me había atormentado antes, y las sombras que arrojaba eran largas, sucedieron muchas otras cosas a mi alrededor, la mayor parte de tal intensidad que mientras duraban eclipsaban todo lo demás.

No hacíamos nada más que vagar por ahí. En realidad era algo que siempre había hecho, pero mientras que para Geir y para mí lo más importante era buscar y visitar lugares secretos, lugares que tendríamos para nosotros solos, ahora ocurría lo contrario. Con Lars lo importante era buscar lugares donde podría suceder algo. Hacíamos autostop para ir a todas partes, a Hove, por si allí ocurría algo, a Skilsø, en el este de la isla, o nos quedábamos delante de B-Max, a la espera de que ocurriera algo, que alguien llegara, o delante de Fina, dábamos vueltas por la ciudad, íbamos en bici hasta el nuevo polideportivo, aunque no a entrenar, o subíamos a la casa parroquial, donde ensayaba el coro Ten Sing, por la sencilla razón de que en el polideportivo había chicas y en el Ten Sing había chicas, que era lo único de lo que hablábamos. Chicas, chicas, chicas. De cuáles tenían los pechos grandes y cuáles los tenían pequeños, cuáles podrían llegar a ser guapas, y cuáles lo eran ya. Cuál tenía el culo más bonito. Cuál tenía las piernas más bonitas. Cuál tenía los ojos más bonitos. Con cuál tendríamos posibilidades de ligar. Cuál era inalcanzable.

Una oscura tarde de invierno cogimos el autobús hasta Hastensund, allí vivía una chica que cantaba en Ten Sing, tenía el pelo rubio, era un pelín gordita, pero espectacularmente bonita. Estábamos interesados en ella, aunque tenía un año más que nosotros. Llamamos a su casa, y entramos en su habitación, donde charlamos algo titubeantes sobre esto y aquello, ardiendo de deseo, y en el autobús de vuelta estábamos tan repletos de sentimientos que apenas conseguimos pronunciar palabra.

Un fin de semana que mi madre se fue a visitar a mi padre en Kristiansand, Lars se quedó a dormir en mi casa, comimos patatas fritas, bebimos Coca-Cola, tomamos helado y vimos la televisión, era primavera, la noche del 1 de mayo, la televisión emitiría un concierto de rock con el fin de evitar que los jóvenes de Oslo salieran esa noche a tirar piedras por la calle. No teníamos ninguna revista porno, no me atrevía a tenerlas en casa

aunque estuviéramos solos. Tuvimos que contentarnos con la novela *Verano de insectos*, de Knut Faldbakken, ese párrafo que yo había leído tantas veces que el libro se abría por esa página. Pensamos que no podíamos estar allí solos, tendríamos que invitar a algunas chicas, y Lars sugirió a Bente.

—¿Bente? —pregunté—. ¿Quién es Bente?

—Esa que vive un poco más arriba —contestó Lars—. Es guapa.

—¿Bente? —grité—. ¡Pero si es *más joven* que nosotros!

Yo llevaba toda la vida viéndola, siempre había sido más pequeña, para mí no contaba. Pero se había desarrollado, dijo Lars, lo había visto, la chica tenía ya pechos y todo. ¡Y era guapa! ¡Muy guapa!

Yo no me había fijado, pero ahora que lo decía...

Nos vestimos a toda prisa, subimos corriendo la cuesta y llamamos a su casa. Estaba sorprendida de vernos, pero no, no podía venir a mi casa, esa noche no.

Vale, dijimos, ¡otro día entonces!

Sí, otro día.

Luego nos sentamos delante del televisor y vimos y escuchamos grupo tras grupo mientras charlábamos de lo que estábamos viendo, y de todas de esas chicas con las que deberíamos estar viéndolo. Siv, de nuestra clase, que tampoco contaba para mí, también se había vuelto interesante de repente, iríamos a llamar a su casa. Lo que ocurriría a partir de allí no lo sabíamos.

Así vivíamos, dando vueltas, inquietos y llenos de un deseo imposible. Leíamos revistas porno, dolía físicamente mirar las fotos, eran tan cercanas y sin embargo tan lejanas, tan infinitamente lejanas sin que eso evitara despertar en nosotros esos sentimientos enormemente intensos. Lo que yo más deseaba cada vez que veía a una chica era gritar todo lo que podía, tumbarla y quitarle la ropa en un santiamén. La mera idea hizo que la garganta se me espesara y el corazón me latiera con fuerza. El que de hecho todas estuvieran desnudas bajo la ropa cuando estaban a nuestro lado y que teóricamente *pudieran* quitársela, resultaba increíble.

¿Cómo podía todo el mundo andar por la vida sabiéndolo, sin acabar completamente enloquecido?

¿Lo reprimían? ¿Fingían que no les pasaba nada?

Yo era incapaz. No pensaba en otra cosa, era lo único que tenía en la cabeza desde que me despertaba por la mañana hasta que me acostaba por la noche.

Pues sí, mirábamos revistas porno. También jugábamos a las cartas, en todas partes y

en toda clase de contexto se sacaba la baraja, íbamos a las casas de los chicos, frecuentábamos el club de ocio, escuchábamos música, jugábamos al fútbol, nos bañábamos en el mar mientras se podía, robábamos fruta en los jardines, dábamos vueltas por acá y por allá, mientras hablábamos sin parar.

¿Kjersti?

¿Marianne?

¿Tove?

¿Bente-Lill?

¿Kristin?

¿Lise?

¿Anne Lisbet?

¿Kajsa?

¿Marian?

¿Lene?

¿La hermana de Lene?

¿*La madre* de Lene?

Nunca en la vida he sabido tanto de algo como lo que sabía de las chicas que nos rodeaban en aquella época. Más tarde podré haber dudado de si *Un viaje a Australia* es una novela buena o mala, o si Hermann Broch es mejor autor que Robert Musil, pero jamás dudé de que Lene fuera una chica guapa que pertenecía a una división muy distinta de por ejemplo Siv.

Lars también hacía muchas otras cosas, entre ellas vela, tanto con sus padres como solo en un bote tipo Europa. Esquiaba bien, infinitamente mejor que yo, a veces iba con su padre a estaciones de esquí como Åmli y Hovden, y conservaba a sus antiguos compañeros Erik y Sveinung. Cuando él estaba ocupado, yo me quedaba en mi habitación escuchando música, leyendo, charlando con Yngve y con mi madre. Ya no me iba nunca al bosque o al monte, o abajo donde los muelles flotantes o a Gamle Tybakken.

Un domingo ya muy entrado el invierno me fui en bici a casa de Lars. Él estaba a punto de irse a Åmli con su padre y Sveinung a esquiar en la pista de eslalon. Yo no podía ir con ellos porque era una excursión que habían planificado desde hacía mucho tiempo. Me quedé tan decepcionado y me vino tan de sopetón que se me llenaron los ojos de lágrimas. Lars lo vio, yo me volví y me marché en la bicicleta. Lágrimas, no podía ser, era lo peor de todo.

Él llamó cuando llegué a casa. También había sitio para mí. Podían pasar a buscarme.

Yo debería haber dicho que no, para dejar claro que aquello no me importaba, y mostrarle que no se trataba de lágrimas, sólo de una mota que se me había metido en el ojo, un poco de viento en la córnea. Pero no fui capaz, Åmli era una gran pista de esquí, con telesilla y todo, yo nunca había subido en una así, de modo que me tragué el orgullo y me fui con ellos.

El padre de Lars esquiaba con una elegancia de los años cincuenta que yo nunca había visto.

Pero mis lágrimas habían decepcionado a Lars, y me habían decepcionado a mí. ¿Por qué no podían haberse escondido, ahora que yo tenía ya trece años? ¿Ahora, que resultaban completamente inexcusables?

Durante una clase de manualidades, John empezó de repente a provocarme, yo me cabreé tanto que le pegué en la cabeza con una pieza del torno, me eché a llorar, tenía que dolerle mucho, y a mí me expulsaron de la clase, pero él sólo se estaba riendo y luego vino a pedirme perdón, no sabía que te pondrías a llorar, dijo. No era mi intención. Todo el mundo lo había visto, habían visto lo débil y miserable que yo era, de repente todos mis esfuerzos por parecer más duro, por formar parte de los duros, resultaron completamente inútiles. John, que ya el primer día de instituto le enseñó el culo al profesor, que vino una mañana con las cejas afeitadas, que había empezado a hacer pellas, y que en opinión de todos era uno de los que buscarían un trabajo al terminar octavo. Había que salvarlo. Yo intentaba salvarme a mí mismo. Lars tenía pesas en su garaje, eran de su padre, pero él también las levantaba, y una tarde le pedí que me dejara probar.

—Claro —dijo—. Inténtalo.

—¿Cuántos levantas tú?

Me lo dijo.

—¿Me colocas tú la barra? —le pedí.

—¿No puedes hacerlo tú?

—No sé cómo se hace.

—Vale. Ven entonces.

Bajé con él. Puso las pesas y colocó la barra. Me miró.

—Tengo que hacerlo solo —dije.

—¿Estás de broma? —preguntó él.

—No. No te preocupes. Luego subo.

—Vale.

Cuando se hubo marchado, me tumbé en el banco. No pude mover la barra ni un

centímetro. Quité la mitad de las pesas. Tampoco así logré levantarla, sólo un pequeñísimo trecho, tal vez dos o tres centímetros.

Yo sabía que había que bajar la barra hasta el pecho y luego levantarla estirando los brazos.

Quité dos pesas más.

Seguía sin poder.

Al final, había quitado todas las pesas y me quedé sólo con la barra. Cuando subí, Lars me preguntó.

—¿Cuánto has conseguido levantar?

—No tanto como tú —dije—. He tenido que quitar dos pesas.

—¡Eso no está nada mal! —exclamó Lars.

—¿De verdad? —dije yo.

Durante todos esos años, desde que Anne Lisbet fue mi novia en primero había pensado que siempre aprendía algo, que con cada nueva novia que tuviera iría mejor. Que Kajsa había sido el último contratiempo. Que después de ella todo iría bien, porque yo ya sabía de qué iba aquello y evitaría todos los errores.

Pero no resultó ser así.

Me enamoré de Lene. Ella iba a la otra clase de nuestro curso. Era la más guapa del instituto. Nadie podía competir con ella. Era más maravillosa que todas las demás, pero también tímida, y eso era algo que yo no había visto hasta entonces. Había en ella algo frágil por lo que resultaba difícil no dejarse atraer o no soñar con ello.

Tenía una hermana en noveno, se llamaba Tove y era lo diametralmente opuesto, también ella era guapa, pero de una manera vivaracha, provocadora y socarrona. Las dos estaban muy solicitadas.

Pero Lene sólo indirectamente. Era de las que uno miraba y deseaba en secreto. Al menos así era en mi caso. Tenía los ojos achinados, los pómulos altos, las mejillas suaves y pálidas, a menudo con un ligero rubor, era alta y delgada, iba siempre con la cabeza un poco ladeada y entrelazaba a menudo las manos cuando andaba. Pero también tenía algo de su hermana; por ejemplo cuando se reía, en ese destello que entonces aparecía en sus ojos entre azules y verdes, en la terquedad y en esa enorme seguridad en sí misma que de vez en cuando exhibía, tan difícil de compatibilizar con la impresión general de fragilidad que daba. Lene era una rosa. Yo la contemplaba, empecé a ladear la cabeza como ella. De esa forma entraba en contacto con ella, de esa forma surgía una relación entre los dos. Yo no podía esperar más que eso, porque la tenía demasiado idealizada para osar acercarme a ella de alguna manera. La idea de invitarla a bailar, por ejemplo, era absurda. Dirigirle la

palabra era impensable. Me contentaba con mirar y soñar.

En cambio, empecé a salir con Hilde. Ella me lo preguntó y yo le contesté que sí, ella iba a la misma clase que Lene, tenía un cuerpo ancho y fuerte, casi como el de un hombre, me sacaba media cabeza, sus facciones eran finas y era educada y amable, y rompió conmigo al cabo de dos días, porque, como ella dijo: «No estás enamorado de mí». «Te equivocas», dije yo, pero naturalmente, ella tenía razón. Todo el mundo lo sabía, porque yo no pensaba en otra cosa, y cuando estábamos en el recreo yo sabía siempre dónde se encontraba Lene y con quién andaba, y esa atención no podía pasar inadvertida.

Un día Lars me dijo que le había oído decir a alguien que ella había dicho que yo no le caía nada mal. A pesar de que fuera *femi*. A pesar de que me hubiese puesto a llorar en la clase de manualidades. A pesar de que yo fuera lento en el campo de fútbol y apenas consiguiera levantar pesas.

La miré en el patio de recreo, ella me devolvió la mirada y sonrió, antes de volverse con un ligero rubor en las mejillas.

Pensé que tendría que aprovechar la oportunidad que me brindaba. Pensé que era ahora o nunca. Pensé que no tenía nada que perder. Si ella decía que no, bueno, todo seguiría como antes.

Si en cambio dijera que sí...

Así pues, un viernes envié a Lars con la pregunta. Habían ido a la misma clase durante seis años, él la conocía bien. Volvió con una sonrisa en los labios.

—Ha dicho que sí —dijo.

—¿De verdad?

—Que sí. Ya eres el novio de Lene.

Y todo empezó de nuevo.

¿Podría acercarme ya a ella?

La miré. Ella me sonrió.

¿Qué le diría?

—Acércate a ella —dijo Lars—. Dale un beso de mi parte.

No me empujó por el patio de milagro.

—Hola —dije.

—Hola —contestó ella.

Bajó la mirada y movió levemente un pie.

Dios mío, qué guapa era.

Ay, ay, ay.

—Gracias por decir que sí —se me escapó.

Ella se rió.

—De nada. ¿Qué tienes en la siguiente clase?

—¿En la siguiente clase?

—¿Sí?

—¡Eh...! ¿Noruego?

—A mí no me lo preguntes —dijo.

Sonó el timbre.

—¿Nos vemos luego? —le pregunté—. Después del instituto, quiero decir.

—Por mí vale —dijo—. Tengo entrenamiento en el polideportivo. Podemos vernos después.

La cuestión no era cómo iría aquello, la pregunta era cuántos días pasarían hasta que dejara de funcionar y ella rompiera la relación. Yo lo sabía, pero lo intentaría de todos modos, tenía que luchar, nunca se sabía, y cada minuto despierto ella estaba presente en mí, en parte como una especie de sentimiento bloqueado, una sensación constante, en parte como una nublada percepción de su manera de ser y de su carácter. Pues sí, tenía que luchar, aunque en la realidad no tenía nada con qué luchar. Ni siquiera sabía en qué consistía la lucha. Conservarla, sí, ¿pero cómo? ¿Siendo yo mismo? No me hagas reír. No, tendría que aprovecharme de otros, pensé, y esos días me acerqué a pandillas de su entorno, para que toda la conversación no pesara sobre mis hombros. Iba al polideportivo con Lene, me acercaba a Kjenna con Lene, bajaba al transbordador Skilsøfergen con Lene. En el instituto nos habían dado una Biblia, el siguiente otoño empezaríamos la preparación para la confirmación y pensé que podría preguntarle qué había hecho ella con su Biblia, y decirle que yo había tirado la mía, y así tendría algo de que hablar y podría preguntarle a la gente con la que me topara lo que había hecho con su Biblia. Lene escuchaba. Lene me seguía. Lene empezaba a aburrirse. Era una rosa, nos besamos en un cruce de carreteras e íbamos cogidos de la mano por el patio de recreo, pero yo no era más que un niño, y aunque tenía los dientes blancos y completamente derechos después de que me quitaran la ortodoncia, no era suficiente, Lene se aburría conmigo, y una tarde que me acompañó al entrenamiento de fútbol, vi que abandonaba la grada y desaparecía, estuvo ausente toda la última hora, yo entré a cambiarme con los demás, sospeché que algo iba mal, me detuve en la entrada, donde se encontraban el mostrador de la recepción y la máquina de Coca-Cola y miré hacia fuera; allí estaba Lene Rasmussen, allí estaba

Vidar Eiker, charlando y riéndose, y por la manera en la que la vi reírse entendí que todo había terminado. Vidar Eiker había acabado noveno el año anterior, pertenecía a la pandilla que frecuentaba Fina, y tenía ciclomotor propio, en el que estaba apoyado en ese momento.

Subí a la grada y me senté.

Al cabo de media hora llegó Hilde. Se sentó a mi lado.

—Tengo malas noticias, Karl Ove —dijo—. Lene rompe contigo.

—Sí —dije mirando hacia otro lado para que no viera las lágrimas que me corrían por las mejillas. Pero ella se dio cuenta, se levantó como si se hubiese quemado.

—¿Estás llorando?

—No.

—¿La amas de verdad? —preguntó con voz de asombro.

No contesté.

—Pero Karl Ove —dijo.

Me sequé las lágrimas con una mano, moqueé y respiré larga y temblorosamente.

—¿Está ella ahora fuera? —le pregunté.

Asintió.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no. Ve tú, no te preocupes.

En cuanto ella hubo desaparecido por la puerta del fondo de la grada, yo me levanté, me eché la mochila al hombro y salí. Volví a secarme las lágrimas, me apresuré por el pasillo, salí a la entrada y abrí la puerta. Ellos seguían allí.

Agaché la cabeza y pasé por delante de ellos.

—¡Karl Ove! —me llamó ella.

No contesté, y en cuanto ya no podía verlos, eché a correr.

Lene empezó a salir con Vidar, yo estuve destrozado durante varios meses, pero luego llegó la primavera y se lo llevó todo con su fuerza. Durante una semana, los de octavo y noveno estuvieron de campamento, en el instituto sólo quedamos los de séptimo, y durante esos días se extendió entre nosotros una especie de manía, empezamos a asaltar a las chicas, uno se acercaba a ellas por detrás y les subía el jersey, otro se acercaba por delante y les tocaba los pechos desnudos con las manos, mientras ellas luchaban por librarse y gritaban, pero nunca tan alto como para que alguno de los profesores pudiera

oírlas. Llevamos a cabo esa técnica en los pasillos entre las aulas, en el patio, y en las zonas sin casas del camino del instituto. Corrían rumores sobre que Mini, Øystein y algunos más de la pandilla de Fina le habían metido mano a Kjersti, la habían sujetado, le habían bajado el pantalón y le habían metido un dedo dentro, Lars y yo subimos una tarde a su casa pensando que a lo mejor podríamos tener una experiencia parecida, pero cuando llamamos a la puerta abrió su padre, y cuando Kjersti bajó y le preguntamos si podíamos entrar, un no muy contundente salió de sus labios, no, jamás entraríamos en su casa, ¿qué nos habíamos creído?

Pero la luz de sus ojos era aún más insinuante que la de los nuestros, ella sabía perfectamente lo que queríamos. Unas semanas después nos encontramos en la feria náutica, en Hove, donde Lars y yo habíamos estado vendiendo boletos para una gran lotería en la caseta del Trauma, entre ellos había un boleto ganador que escondimos y que nos llevamos cuando nos relevaron. Estuvimos dando una vuelta mirando barcos y personas el tiempo suficiente para que no pareciera sospechoso —porque teníamos en mente una pequeña estafa—, y luego volvimos a nuestra caseta, como por casualidad, y compramos cada uno un boleto, los abrimos, y mientras yo enseñaba el mío para preguntar si tenía premio, Lars cambió el suyo por el del premio. Los que estaban entonces en la caseta eran Christian y John, y se negaron a creer a Lars cuando les enseñó el boleto ganador. Dijeron que era un boleto viejo. Lo negamos con tanta firmeza que al final accedieron a darnos la mitad del premio. Aceptamos el arreglo y nos alejamos con la enorme caja de bombones debajo del brazo, muertos de risa y de miedo por lo que habíamos hecho. Muy cerca de allí nos topamos con Kjersti.

—¿Te vienes a dar una vuelta? —le preguntó Lars.

—Claro que sí —dijo Kjersti, y cuando lo dijo, yo sentí algo extraño en el cuerpo.

Atravesamos el bosque y llegamos a la playa de cantos rodados, donde nos tumbamos y nos pusimos a comer bombones.

Ella llevaba un pantalón rojo y un plumas azul, y no dijo nada cuando le acaricié con cuidado el muslo. Tampoco cuando deslicé la mano hasta la cara interna. Lars hizo lo mismo al otro lado.

—Sé lo que queréis —dijo ella—. Pero no lo vais a conseguir.

—No queremos nada —dije tragando saliva, con la garganta espesa de deseo.

—Nada —dijo Lars.

Le acaricié la ingle con toda la mano y podría haber gritado de felicidad y frustración. Lars acercó los dedos a la cremallera del plumas y la bajó, consiguiendo meter la mano debajo del jersey. Yo hice lo mismo. Su piel era caliente y blanca, y noté los pechos debajo de mi mano. Los pezones estaban tiesos, los pechos firmes. Volví a acariciarle el muslo,

pero esta vez, tragando saliva, cometí el error de bajarle la cremallera del pantalón.

—No —dijo ella—. ¿Qué te has creído?

—Nada —contesté.

Se enderezó y se bajó el jersey.

—¿Quedan bombones? —preguntó.

—Ya lo creo —dijo Lars, y seguimos allí sentados, comiendo bombones y mirando el mar, como si nada hubiera pasado. Las blancas olas rompientes parecían montones de nieve en el segundo en el que golpeaban contra las rocas bajas y peladas. Algunas gaviotas pasaron volando con alas trémulas. Cuando la caja de bombones se acabó, nos levantamos y volvimos por el bosque al recinto ferial. Kjersti nos dijo adiós, tal vez nos veamos más tarde, y Lars y yo decidimos irnos a casa. Para eso teníamos que pasar por la caseta donde se encontraban las bicis. Allí estaba Øyvind, nuestro entrenador, que no puso buena cara al vernos. Nosotros lo negamos todo. Él dijo que no podía probar nada, pero que sabía lo que habíamos hecho. ¿Por qué, si no, nos habíamos contentado con la mitad del premio? Seguimos negándolo todo. Dijo que estaba muy decepcionado, que no quería vernos más ese día, y nos fuimos a casa en las bicis.

El lunes, antes de empezar la primera clase, Lars le levantó a Siv el jersey y yo le apreté los pechos con las dos manos. Ella chilló y dijo que éramos infantiles, y al instante se marchó de allí.

En la primera clase, que era de noruego, tuvimos que ir a buscar cada uno un libro a la biblioteca, que deberíamos leer en el transcurso de la semana y escribir una redacción sobre él. Yo dije que había leído todos los libros de la biblioteca. El profesor Kolloen no me creyó. Pero era verdad. A cada libro que sacaba y me preguntaba de qué trataba, yo se lo decía. Al final me dio permiso para escribir sobre otro libro, lo que significaba que no tenía nada que hacer durante esa hora. Encontré un libro de historia y me senté en el pupitre debajo de la ventana. Fuera había neblina, pero hacía calor. El patio de recreo estaba completamente vacío. Me puse a hojear el libro y a mirar las fotos.

De repente vi una de una mujer desnuda. Estaba tan delgada que las caderas parecían platos. Se le veían todas las costillas. Entre las piernas tenía un pequeño mechón negro. Detrás de ella había filas de literas, en las que se intuían más mujeres.

Yo temblaba por dentro.

No porque estuviera tan delgada, sino porque no había absolutamente nada atractivo en ella, incluso estando desnuda, y porque en la siguiente página se veía un enorme montón de cadáveres delante de una profunda fosa en la que había más muertos. Vi lo siguiente: las piernas sólo eran piernas, las manos sólo manos, las narices sólo narices, las bocas sólo bocas. Algo que había crecido en algún sitio y que ahora estaba allí, tirado

en el suelo. Cuando me levanté, sentí una náusea y confusión. Como no tenía nada que hacer, salí y me senté junto a la pared. El sol calentaba, aunque estaba cubierto por neblina. La hierba que crecía entre las rendijas y cavidades de la pequeña roca en medio del recinto, rodeada de muro y asfalto, era larga y se inclinaba hacia delante y hacia atrás con el discreto viento. La náusea no me abandonó, porque también estaba relacionada con lo que estaba viendo, formaba parte de ello. La hierba verde, los dientes de león amarillos, los pechos desnudos de Siv, los gruesos muslos de Kjersti, la esquelética mujer del libro.

Me levanté y volví dentro, llamé a Geir, que se acercó y me miró interrogante.

—He encontrado una foto de una mujer desnuda —dije—. ¿Quieres verla?

—Claro que sí —contestó. Abrí el libro delante de él y señalé a la mujer esquelética.

—Es ésta —dije.

—Ah, mierda —dijo Geir—. ¡Qué asco!

—¿Qué pasa? —pregunté—. Está desnuda, ¿no?

—Uf —dijo Geir—. Parece que esté muerta.

Eso era exactamente lo que pasaba. Parecía una muerta viviente. O la muerte en forma de vida.

El siguiente fin de semana mi madre y yo fuimos a ver a mi padre. Resultó extraño verlo en su piso, en una planta alta de un bloque. Era completamente blanco, el sol brillaba a través de las ventanas, llenándolo del todo. Había tan pocos muebles que apenas parecía que alguien viviera allí.

¿Qué hacía él allí?

Nos llevó a casa de los abuelos, comimos con ellos, y luego nos llevó a casa. Nadie sabía muy bien cuándo íbamos a mudarnos, dependía de muchas cosas, había que vender la casa, comprar una nueva, mi madre tenía que encontrar trabajo, nosotros teníamos que cambiar de instituto. Eran tantas cosas que no pensé mucho en ello. Pero no me habría importado nada irme de la urbanización y del instituto. Tenía la sensación de haber jugado todas mis cartas. Cometía un error tras otro. Un día, después de gimnasia, por ejemplo, estaba en el pasillo, en la puerta del aula, y se me acercó Kjersti.

—¿Sabes una cosa, Karl Ove?

—¿Qué? —pregunté sospechando lo peor a juzgar por la burlona expresión de su cara.

—Hace un momento estábamos hablando de ti en el vestuario —dijo—. Y descubrimos que no le gustas a ninguna de las chicas.

No dije nada, me limité a mirarla, lleno de una ira repentina y terrible.

—¿Me has oído? —prosiguió—. No le gustas a ninguna de las chicas de la clase.

Le di una bofetada con la mano abierta en la mejilla lo más fuerte que pude. El movimiento repentino y el chasquido que siguió y que le dejó la mejilla de color rojo fuego hicieron que la gente se volviera a mirarnos.

—¡Cabrón! —exclamó dándome un puñetazo en la boca. Yo le tiré del pelo. Ella me golpeó en el estómago, me dio patadas en la pierna y consiguió agarrarme del pelo, todo un remolino de golpes, patadas y tirones de pelo y yo, ese pequeño miserable de mierda, me eché a llorar; de repente todo me superaba, salieron de mi boca unos sollozos enfermizos, y entre los que en el transcurso de unos segundos se habían congregado a nuestro alrededor, pude oír a alguien gritar está llorando, pero no podía remediarlo, y noté que una mano enorme me agarraba por la nuca, era Kolloen, que agarró de la misma manera a Kjersti y nos preguntó qué diablos significaba eso, ¿os estáis peleando? Dije que no pasaba nada, Kjersti dijo que no pasaba nada y con una mano del profesor en la espalda entramos los dos en el aula, yo convertido en el hazmerreír de todo el mundo, porque no sólo había infringido la regla de no llorar nunca, sino también la de no pelear nunca con una chica, y a Kjersti en heroína, porque a ella le habían pegado, ella se había defendido también pegando, y sin llorar.

Qué bajo puede caer uno.

Kolloen dijo que teníamos que darnos la mano. Lo hicimos, Kjersti me pidió perdón y me sonrió. La sonrisa no era burlona, era de alguna manera entrañable, como si compartiéramos algo.

¿Qué significaba eso?

La última semana de mayo llegó el calor, todos los de la clase nos fuimos a Bukkevika a bañarnos, la arena era blanca, el mar azul, y en el cielo sobre nuestras cabezas ardía el sol.

Anne Lisbet emergió del agua.

Llevaba la parte de abajo de un bikini y una camiseta blanca que al mojarse transparentaba sus pechos. Su pelo negro y empapado brillaba al sol. Me dedicó una amplia sonrisa. Yo la miré, no pude evitarlo, pero entonces me di cuenta de que había alguien a mi lado, volví la cabeza y allí estaba Kolloen, también mirándola.

No había ninguna diferencia entre nuestras miradas, me di cuenta de eso enseguida, él estaba viendo lo mismo que yo y estaba pensando lo mismo que yo.

Sobre Anne Lisbet.

Ella tenía trece años.

Ese momento no duró ni un segundo, él bajó la vista en cuanto yo lo miré, pero fue suficiente, y entendí algo cuya existencia había ignorado por completo hasta entonces.

Tres días después mi padre vino a buscarme al instituto, íbamos a ver una casa situada a veinte kilómetros de Kristiansand, junto a un río, a lo mejor la comprábamos, así que yo debía decir lo que me parecía con toda sinceridad. Por la manera en la que mi padre hablaba de la casa, que tenía un granero, que era muy antigua, del siglo XIX, que el terreno era grande y se podía tener un jardín y también un huerto, que crecían allí grandes y viejos árboles frutales, y que quizá se pudieran tener gallinas, además de cultivar patatas, zanahorias y hierbas propias, yo ya lo había decidido, le diría que me gustaba, fuera o no verdad.

Cuando llegamos allí, con el cielo azul, la hierba verde y el río reluciente, yo corrí de ventana en ventana mirando hacia dentro para que él viera mi entusiasmo, que no era del todo falso, sólo un poco exagerado, y el asunto quedó zanjado. Si nos la vendían, la compraríamos. Mi madre solicitaría un puesto en la escuela de enfermería, mi padre continuaría en el mismo instituto, y yo empezaría en uno del lugar. Lo que haría Yngve estaba menos claro. Porque se negó. Por primera vez en su vida se opuso a su padre. Tuvieron una bronca. Nunca habíamos discutido con nuestro padre. Siempre era él el que nos injuriaba, y nosotros los que recibíamos sus injurias.

Pero ahora Yngve dijo que no.

Mi padre estaba furioso.

Pero Yngve dijo que no.

—No quiero estudiar el último año en Kristiansand —dijo—. ¿Por qué iba a hacerlo? Tengo aquí a todos mis amigos. Sólo me queda un año de instituto. Sería absurdo empezar de nuevo en otro sitio.

Estaban en el salón. Yngve era igual de alto que mi padre.

No me había fijado en eso antes.

—Te crees que eres un adulto, pero no es así, ¿sabes? —dijo mi padre—. Has de estar con tu familia.

—No —insistió Yngve.

—De acuerdo —dijo mi padre—. ¿Me puedes decir cómo te las arreglarás? Porque de mí no recibirás una sola corona.

—Pediré un préstamo —dijo Yngve.

—¿Y quién crees que te dará un préstamo? —dijo mi padre.

—Tengo derecho a un préstamo de estudiante —contestó Yngve—. Me he informado.

—¿Te van a dar un préstamo de estudiante antes de empezar a estudiar en la universidad? —dijo mi padre—. Qué bien.

—Si tengo que pedirlo, lo pediré —contestó Yngve.

—¿Y dónde vas a vivir? —le preguntó mi padre—. Ya sabes que esta casa se va a vender.

—Alquilaré una habitación —contestó Yngve.

—Hazlo —dijo mi padre—. Pero no recibirás ninguna ayuda por nuestra parte. Ni una corona. ¿Entendido? Si quieres seguir aquí, puedes hacerlo, pero entonces no te servirá de nada venir a pedirme ayuda. Tendrás que apañártelas por tu cuenta.

—Vale —contestó Yngve—. Está bien.

Y así fue.

Cuando llegó el último día de clase de séptimo, se anunció que iba a mudarme, y los que habían sido mis compañeros de clase durante siete años me habían comprado un regalo de despedida. Primero me dieron una col, ya que mi nombre, Karl, como algunos me llamaban a secas, en su dialecto sonaba a «Kol», que poco a poco se convirtió en un apodo. Luego me dieron un mono de peluche, ya que me parecía a un mono.

Y eso fue todo.

Salimos por las puertas, yo para no volver a verlos nunca más.

Pero aún no había acabado del todo. Esa misma tarde se celebraría una fiesta de la clase en casa de Unni. Varias de las chicas se reunieron antes con el fin de prepararlo todo, y sobre las seis llegamos los demás en nuestras bicis. La fiesta se celebró en el jardín y en el salón del sótano. Y cuando la oscuridad del verano empezó a descender sobre los páramos, y todos los tejados rojos de la urbanización resplandecían bajo la luz menguante del sol, la fiesta empezó a degenerar poco a poco, aunque nadie bebía. Un año entero de pensamientos y deseos ocultos que empezaban a buscar una salida. Flotaba en el aire. Algunas manos tanteaban debajo de camisetas y blusas, sin que se tratara de ningún asalto o brutalidad, se hacía de un modo cercano y con la respiración ardiente entre los lilos del jardín, bocas que se encontraban, bocas que se besaban, también algunas chicas se quitaron la parte de arriba, exhibiendo sus pechos oscilantes, fue una especie de orgía prepuberal in crescendo, y las mismas chicas que sólo unos meses antes habían dicho que yo no les gustaba, venían ahora a ofrecerse, una tras otra, se sentaban sobre mis rodillas, me besaban, frotaban sus pechos contra mi cara. Ese orden jerárquico en el que habíamos colocado a las chicas, en el que algunas subían lentamente en el transcurso del otoño y otras bajaban, no tenía ahora importancia alguna. Era indiferente quién se te acercara, yo apreté la cabeza contra unos blandos pechos blancos, los besé en la oscuridad, besé los oscuros y duros pezones, acaricié unos muslos y el hueco entre las piernas, y ellas no decían que no, esa noche no salió un solo no de sus bocas, sino que se inclinaban a besarme con ojos cálidos y oscuros, pero también extrañados, como estarían los míos, ¿somos realmente nosotros los que estamos haciendo esto?

No he visto a ninguna de ellas desde aquel verano, y si las busco en la red para ver qué aspecto tienen, o cómo les ha ido en la vida, no encuentro nada. No pertenecen a la clase que se encuentra allí, pertenecen a esa clase con padres obreros y funcionarios que creció fuera del centro y que presumiblemente se ha quedado fuera del centro, excepto en lo que es su propia vida. No tengo ni idea de quién soy yo para ellas, probablemente un vago recuerdo de alguien que conocieron en la infancia, porque han hecho tantas cosas en su vida desde entonces, han sucedido tantas cosas y con tanta fuerza que esos pequeños episodios que tuvieron lugar en la infancia no tienen ya más peso que ese polvo que arremolina un coche al pasar, o esa pelusa que esparce una pequeña boca soplando un diente de león marchito. Ah, ¿a que esta última ha sido una bonita imagen de cómo un suceso tras otro se esparcen sobre el pequeño prado de la historia propia, cayendo entre las pajas para desaparecer?

Cuando el camión de la mudanza se hubo marchado y mis padres y yo nos metimos en el coche, bajamos la cuesta y cruzamos el puente, pensé con un alivio enorme que jamás volvería a ese lugar, que todo lo que veía lo estaba viendo por última vez. Que las casas y los sitios que desaparecían a mis espaldas también desaparecerían de mi vida, y para siempre. Poco sabía yo que cada detalle de ese paisaje, y cada ser humano que en él vivía, estarían pegados a mi memoria, con precisión y exactitud, como con una especie de oído absoluto de los recuerdos.



KARL OVE KNAUSGÅRD (Noruega, 1968). Debutó en la literatura en 1998 con una aplaudida novela, *Ute av verden* (Fuera del mundo), gran éxito de crítica y ventas, y por la que recibió el premio de los Críticos de Noruega, que hasta entonces nunca había sido otorgado a una primera novela. La segunda, *En tid for alt* (Un tiempo para todo) (2004), también resultó un acontecimiento.

Knausgård se embarcó en otoño de 2009 en un proyecto literario sin igual. Su obra autobiográfica *Mi lucha* es, en más de un sentido, una gran proeza literaria: está compuesta por seis novelas, y la última fue publicada en otoño de 2011. A la primera le fueron otorgados en 2009 el prestigioso Brage Award y el Morgenbladet Award al mejor libro del año, y en 2010, el P2 Listeners' Prize; los tres primeros volúmenes fueron galardonados con el Sorlandet Literary Prize también en 2010. Este fascinante experimento literario, además de ser un gran éxito de crítica y de recibir numerosos galardones, ha suscitado un gran interés en los medios de comunicación y entre los críticos literarios y los lectores, y el resultado han sido cientos de artículos, comentarios, ensayos, notas en blogs y debates. Cuando fue publicada la sexta novela, las primeras cinco ya habían vendido en Noruega la increíble suma de cuatrocientos mil ejemplares. Esta ambiciosísima gesta literaria ha despertado, además, un enorme interés internacional, con quince traducciones en marcha.